VIDA

DE SAN FRANCISCO

DE SALES

BX4700
.F85
C8
c.2
v.2

1080043156

27

VIDA

DE

SAN FRANCISCO DE SALES.

TOMO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIDA

DE

SAN FRANCISCO DE SALES,

OBISPO

Y PRÍNCIPE DE GINEBRA,

FUNDADOR

de la Orden de la Visitacion de Santa María, conocida en España con el nombre de SALESAS; escrita en francés segun los manuscritos y autores contemporáneos

POR EL SR. CURA DE SAN SULPICIO,

autor de la vida del Cardenal Cheverus,

y traducida por una Religiosa del primer Monasterio de la Visitacion de Santa María de esta Corte.

BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO MONTERREY

MANUEL LOZANO ELIZONDO AGENTE GENERAL DE PUBLICACIONES. CALLE DE HIDALGO MONTERREY

MADRID:

IMPRENTA Y FUNDICION DE LA VIUDA É HIJO DE D. E. AGUADO.—PONTEJOS, 8.

1876.

54645

15873

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E
922
F

Bx4700
.F85
C8
ej.2

VIDA

DE

SAN FRANCISCO DE SALES,

OBISPO

Y PRÍNCIPE DE GINEBRA.

LIBRO QUINTO.

San Francisco de Sales funda la Orden de la Visitacion.

CAPITULO I.

Orígen de la Orden de la Visitacion.

(Año 1610.)

PARA conocer bien el orígen de esta órden, una de las mas puras glorias del Santo cuya vida escribimos, es necesario tomar las cosas de mas lejos.

Hacia largo tiempo que el corazon tan compasivo de Francisco de Sales sufria con el dolor de las personas cristianas, que suspirando por la vida religiosa, la separacion del mundo y sus peligros, no podian realizar su piadoso deseo, porque ya por debilidad de temperamento, ya por edad demasiado avanzada, ya por último por tener un temple de alma bueno sin duda, pero poco enérgico, no podian acomodarse al régimen austero de las comunidades que existian entonces. Habia en efecto, en esta época muchos asilos abiertos á los pecadores penitentes, á los cenobitas y solitarios, á las almas fuertes, á las que el espíritu de humildad y de mortificacion atraia á la práctica de las austeridades corporales; pero no los habia para las personas del sexo femenino que, en una edad ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

dura, en el estado de viudez ó con una salud débil, hubieran querido separarse del mundo, consagrarse á Dios y vivir en la obediencia.

Para llenar este vacío, el santo Obispo deseaba, no una órden en que se comprometieran con votos, porque pensaba que habia bastantes en la Iglesia sin crear otras nuevas, sino una congregacion de mujeres piadosas, tanto doncellas como viudas, en la cual, en vez de los sentidos, el espíritu y el corazon sufrieran una mortificacion al alcance de todos; en la que los defectos se reformaran y las virtudes se adquirieran, mas por el atractivo del amor que por el rigor de la penitencia; donde se entregaran mas al recogimiento interior que á la multitud de las oraciones, mas á la desapropiacion que á la pobreza, mas á la caridad que á la soledad, más á la obediencia que á las observancias penosas; donde, en fin, la santidad, tanto mas sólida cuanto que sería mas interior, no se manifestara al esterior sino por la dulzura, la condescendencia, la afabilidad, la sencillez, virtudes todas sin brillo á los ojos de los hombres, pero bellas á los de Dios y sus ángeles. Allí podrian ser recibidas las enfermas de todas clases, aun las ciegas, las contrahechas ó de avanzada edad, esceptuando solo las que estuviesen atacadas de algun mal contagioso, ó aquellas á quienes sus enfermedades impidiesen seguir la regla y los ejercicios ordinarios de la comunidad (1). «Si el Salvador ha muerto por todos, decia este caritativo »pastor, el alma de las que estan afligidas con alguna en»fermedad ó deformidad le es tan amada como la de las »robustas y jóvenes; y así, ¿por qué cerrarles las puertas »de la religion, é impedirlas seguir la inspiracion de Dios, »si las llama á la perfeccion religiosa? El estado religioso »es el banquete nupcial del celestial esposo, que quiere se »introduzca en él á los enfermos, á los cojos y á los »ciegos.»

Estos eran los santos pensamientos que preocupaban

(1) Juan de San Francisco, p. 294 y sig.

al piadoso Obispo, sobre todo desde que el cielo le habia revelado el designio de fundar por su medio una nueva órden, y le habia proporcionado en Dijon el conocimiento de la señora de Chantal, que habia de secundarle en esta bella obra. Aunque separado de esta alma generosa, no cesaba de prepararla á los grandes designios que Dios tenia sobre ella, y de ayudarla con sus consejos en la senda de la perfeccion, por donde caminaba con un valor estraordinario. A su vuelta de Dijon, le dirigió una carta en que le decia (1): «Ruego á nuestro buen Dios dirija á feliz »término el deseo que ha puesto en vos de la perfeccion »cristiana, y que debeis amar y alimentar tiernamente en »vuestro corazon, como la obra del Espíritu Santo y como »una centella de su divino fuego..... Este deseo y el amor »á vuestra viudez, son las dos columnas en que debe apo»yarse el edificio de vuestra felicidad; conservadlo por lo »tanto con cuidado. Manteneos con frecuencia en la pre»sencia de Dios, con una santa libertad de espíritu, con »una gran confianza en su misericordia, sin escrúpulo, »sin ardor y sin inquietud, é introducid vuestro corazon »dulcemente y no á fuerza de trabajo en las llagas de »Nuestro Señor.»

Esta carta llenó de alegría á la Señora de Chantal, y aumentó aún mas el violento deseo que la impulsaba á colocarse enteramente bajo la direccion del Obispo de Ginebra; pero este mismo deseo, combatido por el compromiso que habia contraido de no dejar á su primer director, fué para ella un martirio. Atraida por un lado, porque creia era la voluntad de Dios, cuya voluntad era el único objeto de su amor, el mayor de todos los bienes á sus ojos; contenida del otro por el temor de apartarse de ella engañándose, no sabia qué partido tomar. «Estas palabras, vo»luntad de Dios, dice ella, eran como una chispa que in»flamaba mi alma,» hasta tal estremo, que una vez la duda sobre lo que pedia de ella la voluntad divina, la tuvo

(1) Carta LVII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

durante treinta y seis horas en un tormento indecible, que no la permitió ni dormir ni comer.

En su ansiedad consultó al Padre de Villars, rector de los jesuitas en Dijon, hombre cuya ciencia igualaba á su piedad, el cual le aseguró que Dios queria se entregara á la direccion del Obispo de Ginebra, y que este verdadero siervo de Dios era el guia bajo cuya direccion la Providencia la destinaba á hacer grandes cosas. Esta decision la consoló como si la hubieran quitado una montaña de su corazon, y esperimentó una paz grande, acompañada de una seguridad perfecta de que era conforme al órden de la Providencia.

Habiendo vuelto su primer director, despues de una larga ausencia, no desaprobó que hubiera recurrido al Obispo de Ginebra y que le escribiera algunas veces; pero con la condicion de continuar siempre, como antes, bajo su direccion personal (1). Esta condicion la volvió á sumir en una aflictiva perplejidad, tanto mayor cuanto que un religioso capuchino, despues de haber orado y consultado mucho al Señor, le dió por este tiempo una decision enteramente contraria, asegurándola que la voluntad de Dios era que se colocase bajo la direccion del santo Obispo. Confió su pena á su director; y este, por toda respuesta, la obligó á renovar el voto que habia hecho de permanecer bajo su direccion. Obedeció, pero informó de ello al punto á Francisco, á lo cual el hombre de Dios le contestó con su prudencia acostumbrada, que era de parecer que no se debia tener mas que un director, pero que la unidad de director no impedia que se tuviera confianza en otro y se tomaran sus consejos. «Obedeced á vues»tro director filial y libremente, le escribe, y servíos de »mí caritativa y francamente.» Estaba muy lejos de desear la direccion de esta alma escogida, y antes de resolver nada, quiso tomar tiempo para reflexionar y consultar á Dios en la oracion. Tantas dilaciones reprodujeron

(1) Carta LVIII.

en el alma de la Señora de Chantal todas sus anteriores turbaciones. Se descubrió por segunda vez al Padre Villars, que la declaró con firmeza y autoridad que, si no se entregaba totalmente á la direccion del Obispo de Ginebra, resistia al Espíritu Santo. Al punto trasmitió este parecer al santo prelado, presentándoselo como un oráculo del cielo, y este le contestó se dirigiese el 24 de agosto á San Claudio, á donde debia acompañar á su madre, que habia hecho voto de ir en peregrinacion; y allí, despues de haber conferenciado con ella, le daria una solucion definitiva.

La Baronesa no faltó á la cita, y tuvo la dicha de conocer á la Señora de Boissy, á la cual la unió la virtud con una celestial amistad; pero aún mas feliz se consideró con poder comunicarse con el santo Obispo y recibir sus consejos. Le contó con claridad, sencillez y candor lo que habia pasado por ella; y el prudente prelado, despues de haberla escuchado atentamente sin darla ninguna resolucion, se retiró para reflexionar sobre ello. Pasó toda la noche en oracion, y al dia siguiente por la mañana fué á buscarla. «Señora, le dijo, he trabajado toda la noche en vuestro »negocio, y creo que es la voluntad de Dios que me en»cargue de vuestra direccion espiritual.» Despues de estas palabras permaneció algunos instantes en silencio, y levantando luego los ojos al cielo: «Es preciso al fin que os »lo declare, añadió, porque tal es la voluntad de Dios: el »voto que os han hecho hacer no puede quitaros la paz de »la conciencia; si he tardado tanto en daros una solucion, »es porque deseaba conocer bien la voluntad de Dios, y que »su mano sola hiciera este negocio.» Y diciendo estas palabras, nota la Santa Madre de Chantal, estaba profundamente recogido, hablaba con una moderacion reflexiva, y con tanta lentitud que parecia estar en un rapto. Recibió luego la confesion general de su nueva penitente, y le dió sus consejos para la vida perfecta en que queria formarla. «Así que os desperteis, le dice, arrojad vuestra alma toda »en manos de Dios con algunos santos pensamientos; que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»el paso de la noche al dia os haga pensar en el paso del »tiempo á la eternidad, donde veremos toda luz en la luz »de Dios. Empezad luego el dia con la meditacion y la »santa Misa, aplicándoos á estos dos ejercicios con gran »devocion, pero sobre todo con gran libertad y segun la »inspiracion de la gracia, sin sujetaros á un modo de ora»cion forzado y violento. Despues de la Comunion, con»templad á Nuestro Señor sentado en el trono de vuestro »corazon, y presentadle vuestros sentidos y potencias para »oir sus órdenes y prometerle fidelidad. Durante el dia »haced con frecuencia oraciones jaculatorias, y mas espe»cialmente cuando dé las horas el reloj. Cada dia de la se»mana, entrad y permaneced con amor en una de las lla»gas del Salvador; mas si faltais á alguna cosa de las que »os he indicado, no tengais escrúpulo de ello.»

La Señora de Chantal, despues de estos sabios consejos, que hicieron brillar en su alma como un nuevo dia, le manifestó el deseo que habia tenido á menudo de ser religiosa; pero, enemigo de toda determinacion precipitada, Francisco la recomendó no pensase por entonces mas que en santificarse por medio de una devocion dulce hácia Dios, caritativa con el prójimo, atenta á no importunar ni incomodar á nadie; ¡hermosa idea de la verdadera virtud, que nos esplica una reprension que dió á la Señora de Chantal!

Esta Señora se levantaba muy temprano para hacer su meditacion, y obligaba á su doncella á que se levantara tambien, para llevarla la luz y ayudarla á vestirse. El Obispo lo supo, y la corrigió, diciéndola que, si queria ir á buscar á Dios en la oracion, debia levantarse sola para encontrarlo mejor, sin dar un trabajo inútil á la que la servia.

Despues de haber permanecido dos dias en San Claudio, Francisco volvió á Annecy y la Baronesa de Chantal tomó el camino de Dijon, á donde llegó toda encantada con la gracia de tan feliz entrevista, y muy contenta por haber conocido á la Señora de Boissy, que la rogó fuera á

verla al castillo de Sales. Al dia siguiente de su llegada, fué á dar gracias á la Santísima Vírgen en la iglesia de Nuestra Señora de l'Etang, donde, bajo la proteccion de la Madre de Dios, hizo voto de perpétua castidad y de obediencia al Obispo de Ginebra. De vuelta á su casa escribió la fórmula de este voto, y se lo envió con su firma á su nuevo guia, informándole de las tentaciones que la importunaban, tanto contra la eleccion que acababa de hacer de su director, como contra la fe, y pidiéndole reglas de conducta relativas á su posicion. El santo Obispo, para tranquilizarla, la contestó (1): «Que veia en la eleccion »que habia hecho de él todas las señales de la voluntad de »Dios, y que la inspiracion dulce, violenta y constante que »la habia conducido á él, la madurez de juicio con que él »mismo habia examinado todo ántes de consentir en ello, »el parecer del Padre Villars y las oraciones continuadas »durante varios meses para obtener la luz del cielo, eran »otras tantas pruebas manifiestas. No disputeis en este »punto con el enemigo, le escribia, sino decidle animosa»mente que Dios es el que lo ha querido y el que lo ha »hecho.» De esta primera dificultad el santo director pasa á la segunda, relativa á las tentaciones contra la fe. «No »se debe disputar ni poco ni mucho contra la tentacion, »sino hacer lo que los hijos de Israel hacian con los hue»sos del cordero pascual, que no intentaban siquiera rom»perlos, sino que los arrojaban al fuego; y no se debe tam»poco contestar, ni parecer que se oye lo que dice el »enemigo. Por mucho que ladre á la puerta, no se debe »decir siquiera ¿quién está ahí? sino procurar distraerse »con piadosos afectos, á menos que no se prefiera arrojar»se con fuerza contra él, lanzando este grito de guerra: »¡Léjos de aquí, Satanás! Está escrito: No tentarás al Se»ñor tu Dios; Eva, queriendo disputar contigo, se perdió; »yo no la imitaré. Y luego pensad en otra cosa. Como al »demonio, añade Francisco, no le agrada que se mortifi-

(1) Carta LIX.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»que á la carne su cómplice, cincuenta ó sesenta golpes »de disciplina serian muy útiles para ponerlo en fuga. »Acordaos por lo demás de aquellas palabras de la Escri- »tura: Bienaventurado el que sufre la tentacion, pues »cuando el enemigo grita fuera, es señal de que no está »dentro.»

En fin, como hábil maestro de la vida espiritual, termina su carta con las reglas de conducta que le habia pedido, y señalándole el tiempo y el modo de hacer todos sus ejercicios de piedad; aprueba el ayuno del viernes y la disciplina dos veces á la semana; le da consejos para la educacion de sus hijos, para su propia conducta con su padre y su suegro; le recomienda se mantenga en una *disposicion dulcemente flexible* en todos los acontecimientos; con un carácter siempre igual, nunca inconstante, ni forzado, ni violento; con un corazon libre, desprendido de toda inclinacion aun á los consuelos y á los ejercicios espirituales; esclavo solo de la voluntad de Dios, y dispuesto á seguirla en paz así que la conozca, á toda costa. «Se »debe hacer todo por amor y nada por fuerza; amar mas »la obediencia que temer la desobediencia. Os dejo la li- »bertad de espíritu, y quiero que, si ocurre alguna oca- »sion justa y caritativa de dejar vuestros ejercicios, sea »esto para vos como una obediencia, y que esta falta la »supla el amor.» (1)

La Baronesa recibió estos consejos como oráculos bajados del cielo, y se aplicó á ponerlos en práctica con un ardor desmedido, tanto que no haciendo nada con la perfeccion que deseaba, se afligia por sus imperfecciones, sus tibiezas y sus sequedades; se atormentaba con ardientes deseos de obrar mejor, y era verdaderamente desgraciada. Informado Francisco de su estado, le escribe al punto para consolarla. «Seguid dulcemente vuestro cami- »no, le dice (2), porque es bueno. No importa que haya

(1) Memorias de la Madre Chaugy.
(2) Carta LXXI.

»muchas sequedades y esterilidades, con tal que amemos »á Dios. No le será menos agradable vuestra buena vo- »luntad, porque no vaya acompañada del sentimiento. Si »quiere que le sirvamos entre las esterilidades, angustias »y tentaciones, sirvámosle como Él lo desea; llegará un »dia que hará lo que queramos, y mas de lo que pudiéra- »mos querer. Sabe bien lo que hace, y todo lo hace para »nuestro bien. El dió á escoger á David el castigo que »habia merecido su pecado; pero yo no hubiera escogido, »sino que le hubiera dejado obrar. Cuanto mas de Dios es »una cruz tanto mas debemos amarla. No desapruebo sin »embargo que os quejeis á Nuestro Señor, si es con hu- »mildad, amor, y sin desolacion ni ardor, como hacen los »niños pequeñitos á sus madres.»

A pesar de unas cartas tan á propósito para consolarla, la Señora de Chantal esperimentaba siempre penas interiores, que eran para ella como un martirio que debilitaba su salud y sus fuerzas. «En el momento, le escribe, »en que voy á alcanzar la paz, sobreviene un nuevo com- »bate; se apodera de mí una nueva pena, y esclamo: ¡Mi »alma está triste hasta la muerte! Yo digo algunas veces: »Que pase este cáliz; pero así que lo he dicho me repren- »do por mi cobardía, siento un gran deseo de beberlo »hasta la última gota, y vuelvo á decir á Nuestro Señor: »Dios mio, hacedme esta gracia, que no pase este cáliz »sin que lo haya bebido.» (1)

Conmovido, pero no sorprendido con sentimientos tan generosos, el santo Obispo le escribe (2): «Alabo á Dios »por vuestra constancia en llevar la cruz, en servir á »Dios sin gusto, sin sentimiento y aun con repugnancia, »pero que vuestra paciencia no esté mezclada de inquie- »tud y de ansiedad..... ¿Qué importa que caminemos por »desiertos ó por risueñas campiñas, con tal que Dios esté »con nosotros y que vayamos al paraiso? Jesucristo, aban-

(1) De Cambis, t. I, p. 534.—Memorias de la Madre Chaugy, p. 58.
(2) Carta LXXII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»donado y triste en el huerto de las Olivas, pide con-
»suelo á su Padre, no lo obtiene, y no pensando mas en
»ello no lo procura, y ejecuta amistosamente la obra de
»la redencion. Haced lo mismo y someteos enteramente á
»la voluntad de Dios, á quien nunca se le sirve mejor que
»cuando se le sirve como quiere. Este servicio no nos
»agrada, pero á Él le contenta; no es de nuestro gusto,
»pero lo es del suyo. Cuando no penseis en veros libre,
»Dios pensará en ello; cuando no tengais empeño, Dios
»os socorrerá..... Permite las tentaciones á fin de que, por
»el desprecio que hagamos de ellas, podamos manifestar
»nuestro afecto á las cosas divinas. Mas no debeis inquie-
»taros por eso; el diablo da vueltas alrededor de vuestro
»corazon; dejadle que se enfurezca, que como tengais las
»puertas bien cerradas él se cansará al fin, y si no se cansa,
»Dios le hará levantar el sitio. Mientras la tentacion os
»desagrade, no hay nada que temer, porque no desagrada
»sino porque no la quereis.»

Estas buenas palabras no tranquilizaron aún á la Señora de Chantal, la cual deseaba ir á Saboya, para abrir toda su alma al guia ilustrado que le habia dado el cielo, y recibir sus consejos, de los que esperaba mucho fruto. Francisco consintió en ello, y la citó en el castillo de Sales para el sábado despues de la Ascension. Llegado el dia indicado, hizo con él una confesion general, le dió una cuenta exacta de toda su vida, y mientras la oia, el santo director recibió tantas luces divinas en su espíritu, tan grandes sentimientos de Dios en su corazon, que se sintió inundado de gozo. «Y bien, le dijo, estais deci-
»dida á servir á Jesucristo?—Oh, sí lo estoy, le con-
»testó.—¿Os consagrareis toda al puro amor de Dios?—
»Toda entera, contestó, para que me consuma y trasfor-
»me en él.—¿Os consagrareis á él sin reserva?—Sí, sin
»reserva me consagro á él.—¿Despreciais verdaderamente
»al mundo y sus vanidades, para tener á Jesucristo y su
»gracia?—Lo desprecio con toda mi alma, me causa hor-
»ror.—¿En fin, no quereis mas que á Dios?—Sí, solo quiero

»á él en el tiempo y en la eternidad.—¡Ah! replicó en-
»tonces Francisco, he tenido grandes pensamientos sobre
»vos en las tres horas que han precedido á vuestra llega-
»da aquí. Dios me ha comunicado hace algunos años al-
»guna cosa sobre vuestro porvenir, pero no quiero decí-
»roslo hasta dentro de un año.—¡Pero, Padre mio, le dijo
»sin preguntarle sobre esto, no me arrancareis al mundo
»y á mí misma! ¡Tengo tan grandes deseos de estar li-
»bre de todo obstáculo en el servicio de Dios!—Sí, le con-
»testó, algun dia lo dejareis todo, vendreis á mí, y os
»haré abandonar todo por Dios.» Le trazó luego la regla de vida que debia seguir para conciliar á un tiempo tres grandes deberes que parecian poco compatibles: por un lado, el cuidado de sus negocios temporales, de sus hijos y sus criados; por el otro, la práctica de la eminente piedad á que la veia llamada por la gracia; y entre estos dos deberes, el regular su devocion de tal modo que no fuera molesta para nadie, sino amable para todos (1).

La Señora de Chantal permaneció diez dias en el castillo de Sales, ocupada en recibir estas preciosas lecciones. «Y estos pocos dias, dice, fueron para mí años de bendi-
»cion; oyendo á mi santo director creia oir á Dios; y todas
»sus palabras pasaban de su boca á mi corazon como pa-
»labras de Dios; veia en efecto en él como un reflejo de
»la Divinidad; me parecia sentir á su lado como la impre-
»sion de la presencia de Dios, que vivia y hablaba en su
»siervo; y hubiera tenido á gran dicha dejar todo el mun-
»do para ser en su casa la última de sus criadas, con el
»fin de alimentar mi alma con las palabras de vida que
»salian de su boca.» Tenia efectivamente en tanta vene-racion los consejos del hombre de Dios, que los escribia al punto que los recibia, y aun á veces le rogaba los escribiera él mismo en un cuaderno destinado á recogerlos (2).

---

(1) Memorias de la Madre de Chaugy, p. 59.
(2) Memorias de la Madre, p. 59.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Feliz con haber obtenido estas santas instrucciones, la Baronesa volvió á Monthelon á casa de su suegro, y allí empezó una nueva vida. Se redujo á la mayor sencillez en sus vestidos y en su alimento, abrazó las austeridades de los anacoretas, se impuso una hora de oracion por la mañana, tres cuartos de hora por la tarde, y todo el dia una atencion tan contínua á la presencia de Dios, que casi no la perdia. Lo que habia de mas notable en ella, es que su piedad no perjudicaba á ninguno de sus deberes, y no era enojosa á nadie. Se ocupaba de todas las menudencias de la casa, instruia y aun divertia á sus hijos, enseñaba el catecismo á sus criados, y nunca estaba triste ni disgustada, sino siempre buena, dulce, complaciente, de un acceso fácil para todos, sobre todo para los pobres y afligidos, y sin escrúpulo interrumpia sus ejercicios de piedad ó los trasladaba para otro tiempo cuando la caridad lo exigia; lo que hacia decir á sus criados, admirados de su recogimiento y union con Dios en medio de tantos negocios: «El primer director de la Seño»ra no la hacia orar mas que tres veces al dia, y estába»mos disgustados y fatigados; pero el Obispo de Ginebra »la hace orar todo el dia, y eso no molesta á nadie.» Tan cierto es que la devocion bien entendida hace en la vida presente la dicha de todo lo que la rodea, al mismo tiempo que prepara al que la cultiva la felicidad de la vida futura (1).

Entretanto las tentaciones contra la fe no cesaban de importunar á la Señora de Chantal. «Pensais demasiado »en vuestras tentaciones, le escribe su sábio consola»dor (2), las temeis demasiado; mas no os harán ningun »mal si no reflexionais sobre ellas. Amais la fe, no quereis »tener un solo pensamiento contra ella, y así que os so»breviene, os entristeceis y turbais. Credme, no temais »esas tentaciones, dejadlas pasad; las tentaciones no

(1) Memorias de la Madre Chaugy, p. 62.
(2) Carta LXXXI.

»mancharán un corazon que no las ama. Dejad al enemi»go que ahulle y gima cuanto quiera á la puerta, y vos »vivid dentro con Jesus y María. San Pablo sintió horri»bles tentaciones, Dios no quiso quitárselas, y fué por »amor. Aunque Dios nos haga dar vueltas y nos haga »girar á derecha é izquierda como le agrade; aunque nos »envie mil males, no le hemos de dejar. Encontraremos »las rosas de la caridad entre las espinas de las afliccio»nes interiores y esteriores. ¡Oh! cuánto amo tres peque»ñas virtudes que se recogen en los valles de nuestras »miserias; la dulzura de corazon, la pobreza de espíritu, »la sencillez de vida, y los ejercicios viles en apariencia »de la visita de los enfermos, del servicio de los pobres, »del consuelo de los afligidos. Si no tenemos los brazos »tan largos que podamos alcanzar los cedros del Líbano, »contentémonos con coger el hisopo de los valles.» (1)

Estando así las cosas, la Señora de Chantal fué combatida por una prueba capaz de seducir á un alma menos fuerte que la suya. Un Señor rico, encantado de sus bellas cualidades, de su virtud dulce y amable, de la gracia de su talento y de la bondad de su corazon, pidió su mano al presidente Fremiot, ofreciendo al mismo tiempo casar á sus dos hijos con las dos hijas de la Señora de Chantal. Estos tres casamientos juntos parecieron una buena proporcion al presidente y se lo propuso á su hija, comprometiendo para esto á todos sus parientes, igualmente deslumbrados con las grandes ventajas de esta triple alianza. La piadosa viuda tuvo que combatir á la vez las solicitaciones del señor que la pretendia, la autoridad de su padre á quien amaba tiernamente, las instancias de su familia, y su ternura por sus hijos, lo que fué para ella un terrible martirio. «Me mantenia, dice, cuan»to podia unida á la cruz, temiendo que tantas voces »seductoras adormeciesen mi corazon con alguna com»placencia y vana condescendencia.»

(1) Carta LXXXII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Francisco de Sales, informado de la crisis en que se encontraba, se apresuró á alentarla con su poderosa palabra. «¿Quiénes son esos temerarios, le escribe (1), que »quieren derribar las blancas columnas de nuestro sagrado »tabernáculo?» Llamaba así al voto de castidad, y al de aspirar siempre á la perfeccion, que eran como las columnas del tabernáculo que deseaba elevar al Señor por medio del instituto religioso que meditaba. «No temen »á los querubines que estan á sus lados y las cubren con »las sombras de sus alas. Quizás habrá habido un poco »de vanidad, un poco de complacencia, ó de no sé qué, »pero todo eso no es nada para un ánimo firme. Nuestras »columnas estan bien fundadas, y un poco de viento no »las hará vacilar. Pero se debe cortar pronto y romper »por completo en estas ocasiones, no deteniendo á los »pretendientes sino despidiéndolos en seguida. ¿Como es »que no ven que hemos arriado la bandera, y que nuestro »cuerpo ya no nos pertenece, pues el gran Rey Jesus lo »ha escogido para su trono?»

La Señora de Chantal entró tan completamente en los designios de su santo director, que este se vió precisado á moderar el deseo que sentia de dejar el mundo, modelando su corazon á no querer mas que lo que Dios quiere, cuando lo quiere y como lo quiere, sin dejarse nunca llevar de ansiedades humanas. Esperando el momento señalado por la Providencia, continúa sosteniéndola en medio de las tentaciones, desolaciones é impotencias con que el cielo la probaba. «No os atormenteis, le es»cribe (2), con esos temores que el demonio os inspi»ra. No temamos mas que á Dios, y eso con un temor »amoroso; no dejemos arruinar las murallas de nuestras »buenas resoluciones, y vivamos en paz..... Es necesario »tener un poco de paciencia para sufrir el ruido y es»truendo que hace el enemigo á los oidos de vuestro cora-

(1) Carta XCII.
(2) Carta CXXIV.

»zon. Seamos alegres sin disipacion, seguros sin arrogan»cia; temamos sin turbarnos; seamos cuidadosos sin acon»gojarnos..... No quiero que deseis con un deseo volun»tario esa paz inútil y quizás perjudicial. Dios nos dará »la paz cuando nos humillemos dulcemente á vivir en la »guerra (1). No se deben tener esos deseos de una perfec»cion tan dulce, que no se quieran mas que suavidades en »los ejercicios, sin disgustos, sin repugnancia, sin dis»tracciones, sin tentaciones.

»Contentaos con saber que el árbol de vuestras reso»luciones está bien plantado, profundamente arraigado, »sin querer que ni una sola hoja sea agitada con el viento »de alguna tentacion. Os deseo un ánimo fuerte, y no »delicado, que no se inquiete ni por lo dulce ni por lo »amargo, ni por la luz ni por las tinieblas, sino que ame »á Dios con un amor generoso, que sabe dar como Marta »una parte de su tiempo á las obras de caridad, y como »María una parte mejor aún á la contemplacion, á este »honor tan grande para un corazon, cual es el de hablar »á solas con su Dios. En el servicio de Dios es nece»saria la libertad de los hijos que sirven á un padre, y no »la sujecion inquieta de los esclavos que sirven á un »tirano.»

A estos consejos contra las tentaciones, Francisco de Sales añade avisos particulares sobre diversas prácticas: recomienda á su penitente, como cosa buena para los principiantes, servirse de la imaginacion en la oracion para representarse á Jesucristo, y del entendimiento para escitar á la voluntad con consideraciones; pero una vez movida la voluntad, no debe, dice, aplicarse mas que á los afectos, para pasar de ahí á las resoluciones, y de las resoluciones á la práctica (2). Le recomienda la Comunion frecuente, como un medio de hacer vivir á Jesucristo en nosotros, de tal modo que este Divino huesped de nuestras

(1) Carta CXXVI.
(2) Carta XCX, CI, CII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

almas ame con nuestro corazon, hable por nuestra boca, que su espíritu lo haga y dirija todo en nosotros, y que todo nuestro interior, alabe y bendiga su voluntad soberana y santísima, justísima y bellísima (1). Le recomienda igualmente conserve su salud y no la debilite con largas vigilias, porque, despues de haber velado por la noche, no se está para nada durante el dia; se vista cada dia con mas sencillez; instruya á los niños *para infundir en sus tiernas almas* el temor de Dios, que es el principio de la sabiduría, y el amor, que es la perfeccion de ella; permanezca tranquila y animosa en medio de las penas interiores, en la que se ejercitan, dice, mil pequeñas y bellas virtudes, por las cuales se arraigan en el alma la humildad y la caridad, estas madres de las virtudes, á las que siguen las demás como los polluelos á su madre (2).

El hábil director insiste varias veces en dos puntos principales; en la humildad, que consiste no solo en no estimarse á sí mismo, sino en aceptar voluntariamente el desprecio de los demás, y en el espíritu de confianza y de paz, que hace correr con corazon desahogado por las sendas de la perfeccion. «Amad, le escribe (3), la cruz y sus »ignominias; complaceos en veros pobre y miserable, te»niendo á la vista los abatimientos de nuestro Señor. Ale»graos de no ser nada, puesto que vuestro abatimiento »sirve de objeto á la bondad de Dios para ejercitar su mi»sericordia. Si Dios ve que vuestro corazon se mantiene »alegremente en bajos sentimientos de vos mismo, os co»municará grandes gracias. Manteneos pues alegremente »humilde delante de Dios y del mundo. Si os estiman, bur»laos de la estimacion alegremente; si, por el contrario, »no se acuerdan de vos, consolaos alegremente, y estad »contenta porque al menos en eso piensa el mundo la »verdad.....

(1) Carta CXXXIX.
(2) Cartas XCIV, CVII, CVIII, CIX, CXV.
(3) Cartas LXXXIV y LXXXVIII.

»Os suplico por amor de Dios, le escribe otra vez, no »temais á Dios, que no quiere haceros ningun mal; amad»le mucho, porque os quiere hacer mucho bien..... No os »esforzeis en vencer vuestras tentaciones, porque esos es»fuerzos las fortificarán, sino despreciadlas sin disputar »con ellas. Representaos á Jesus crucificado en vuestros »brazos, y besando su costado abierto por el amor, repetid »cien veces: Aquí está mi esperanza; esta es la fuente viva »de mi felicidad; nada me separará ya de su amor; le ten»go y no le dejaré. ¿Qué hay en la tierra, ó qué quiero en »el cielo, sino es á Vos, ó Jesus mio? Vos sois el Dios de »mi corazon y mi tesoro para siempre.»

La Señora de Chantal no habia vuelto á ver al caballero que habia matado en la caza al Baron su esposo; y viéndose espuesta á encontrarle, consultó sobre esto al Obispo de Ginebra. «No es necesario, le escribe (1), que »busqueis ocasion de verle, pero si se presenta, quiero »que esteis en la entrevista con un corazon dulce, agra»dable y compasivo. Sin duda vuestro corazon se alterará »y latirá, vuestra sangre hervirá, ¿pero qué es todo eso? »El de nuestro Salvador hizo lo mismo á la vista de su »amigo Lázaro muerto, y al acercarse su pasion, pero le»vantó los ojos al cielo en estas dos ocasiones: haced vos »lo mismo, hija mia. En estas emociones que esperimen»tamos, nos hace conocer Dios que somos aún muy carna»les; mostrad condescendencia con los que quieren presen»taros á este pobre hombre, y manifestad que amais la »muerte misma de vuestro marido, la de vuestros padres, »la de vuestros hijos, parientes, y la vuestra propia, en el »amor y por el amor de vuestro dulce Salvador. Practi»quemos estas humildes, pero sólidas, santas y escelentes »virtudes.»

Penetrada de tan bellas instrucciones, la Señora de Chantal, retirada á Monthelon en casa de su suegro, trabajaba con un ardor infatigable en su santificacion, y

(1) Carta CIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

abrazaba todas las buenas obras que se presentaban, cuidando á los enfermos mas repugnantes, vendando sus llagas, visitando á los pobres, y proveyendo á todas sus necesidades como si fuera su criada (1). Pero todo lo que hacia le parecia nada, si no se consagraba ella misma á Dios en la vida del claustro. «¿No pensais, escribe á su di»rector (2), que dejaré un dia todas las cosas de este mun»do para ocuparme solo de Dios en el retiro? Dejadme al »menos esta dulce esperanza.» El Obispo le contesta, que ruega y hace rogar á Dios para conocer su voluntad en este punto; que un dia lo dejará todo, pero que no sabe aún de qué modo; que continuará rogando y haciendo rogar, y que en cuanto á ella, debe abandonarse con una entera resignacion á la direccion de la Providencia, sin otro deseo que el de amar y obedecer cada vez mas á su Dios; que, por lo demás, antes de resolver nada definitivamente, tenia necesidad de conferenciar con ella, y para eso la mandó se encontrara en Annecy cuatro ó cinco dias antes de Pentecostés. Habiéndola obligado sus negocios á diferir la partida, caminó á grandes jornadas y aun gran parte de una noche, en medio de la lluvia y de la mas terrible tempestad, con el fin de llegar justamente al tiempo señalado.

Francisco, al ver una obediencia tan puntual, le preguntó por qué se habia fatigado tanto. «No creia, le dijo, »poder dispensarme en la menor parte de vuestras pres»cripciones.—Es necesario en estas ocasiones, contestó el »santo prelado, interpretar por la dulzura de mis inten»ciones el rigor de mis palabras.» Oigamos á la misma Señora de Chantal referir esta entrevista. «Fuí á buscar á »este bienaventurado prelado, dice, con la mayor indife»rencia que me fué posible, sin otro deseo que el de abra»zar fielmente lo que Dios me ordenare por su medio, con »una firme confianza de que su decision sería la voluntad

(1) Memorias de la Madre Chaugy, p. 68 y sig.
(2) Idem, ibid., p. 79.

»divina, á la que habia consagrado todos mis afectos. Has»ta Pentecostés me habló de muchas cosas, me hizo dar »cuenta de todo lo que habia pasado en mi alma, sin de»clararme nada de sus designios, diciéndome solo que ro»gara mucho á Dios y me entregara sin reserva en sus »benditas manos, lo que procuraba hacer absolutamente. »Por fin el dia siguiente de Pentecóstes, dirigiéndome la »palabra con un rostro grave, serio y recogido, me dijo »que ya habia decidido lo que haria de mí. Y yo contesté, »arrodillándome á sus piés: Estoy resuelta á obedeceros »en todo.—Pues bien, dijo para probarme, es preciso que »seais Clarisa.—Padre mio, estoy pronta.—No, no sois »bastante robusta para ello; es preciso que seais hermana »del hospital.—Padre mio, lo que querais.—No es esto »tampoco lo que yo quiero; sereis Carmelita.—Padre mio, »estoy pronta á obedeceros.—No, contestó, no es eso lo »que Dios quiere de vos; os destino á fundar una órden »donde reinen la caridad y la dulzura de Jesucristo, don»de serán admitidas las débiles y las enfermas, y que se »empleará en cuidar á los enfermos y visitar á los pobres.— »A esta proposicion, sentí al punto una gran correspon»dencia interior con una dulce satisfaccion y luz, que me »aseguraba era esa la voluntad de Dios; lo que no habia »esperimentado en las otras disposiciones, aunque mi alma »estuviera enteramente sometida á aceptarlas.»

Desde este momento el sábio director no vaciló ya, y la certeza que tenia de que este designio era de Dios, le afirmó en su resolucion. Sin embargo, veia inmensas dificultades en su ejecucion, cuales eran: un hijo único, tres jóvenes sin establecer, un padre y un suegro ambos muy ancianos, y que el bien parecer prohibia abandonar, y por último, negocios muy complicados, cuyo hilo y cuyo secreto tenia solo la Señora de Chantal. ¿Cómo romper tantos lazos y triunfar de tantos obstáculos? Luego, para colmo de tantas dificultades, ¿dónde encontrar recursos para esta fundacion? Él era pobre, y apenas tenia con qué subsistir; además Annecy, á quien Dios le habia mostrado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como la fuente de donde el instituto debia estenderse sobre la tierra por medio de sus diversos establecimientos representados bajo la forma de varios hermosos y grandes arroyos; Annecy, donde la razon sola dictaba que la nueva viña debia necesariamente ser plantada, para ser cultivada, podada, dirigida, y recibir en fin su forma propia de la mano de su fundador, Annecy era una ciudad fuera del reino de Francia, demasiado pequeña para proporcionar sujetos y recursos. Pero nada de esto desconcertaba su fe, pues veia en la empresa la obra de Dios, y sabia que el cielo se burla de los obstáculos que se oponen á sus designios.

En efecto, en la semana siguiente, en el momento que nadie lo pensaba, un incidente que parecia puramente casual, abrió la primera puerta á la ejecucion. Habiendo la Señora de Chantal vuelto muy cansada de la procesion del Santísimo, varios caballeros, entre los cuales estaba Bernardo de Sales, Baron de Thorens, el menor de los hermanos del Obispo de Ginebra, se ofrecieron á ayudarla á subir á su cuarto. «Permitid, Señores, dijo dando la mano á »Bernardo, que elija á este caballero.» Esta palabra dicha por pura cortesía y sin ninguna intencion, hizo creer á la Señora de Boissy que la Baronesa deseaba casar á su hija mayor con Bernardo, jóven que en efecto era digno de su aprecio, reuniendo á la intrepidez de alma, la profundidad y los atractivos del talento, la dulzura y afabilidad en el trato; y en su consecuencia, le hizo proponer esta alianza por medio del santo Obispo. «Nunca, cuenta la Señora de »Chantal, me encontré tan sorprendida como en esta pro»posicion, conociendo cuánto se opondrian los dos abuelos »de mi hija á su salida de Francia; sin embargo, no lo dejé »conocer, y manifesté mucha gratitud á la buena Señora »de Boissy.»

Así tuvo lugar el primer proyecto de su enlace, cuya conclusion debia fijar un dia á la Señora de Chantal en Annecy, y dar principio á la órden de la Visitacion.

Ocho dias despues, habiendo partido la Baronesa para

Borgoña en compañía de la hermana menor de Francisco, que habia ofrecido á la Señora de Boisy educar con sus hijas, el santo prelado la escribió varias cartas para afirmarla en su vocacion, é inculcarla el espíritu y las virtudes.

«Cada vez siento mas firme en mi alma, le escribe, la »eleccion que he hecho para vos. No dejeis que vuestro »corazon se incline á otros deseos, y bendiciendo á Dios »por la escelencia de otras vocaciones, deteneos humilde»mente en esta, mas humilde y menos digna, pero mas »conforme á vuestra suficiencia y pequeñez.....

»Ensanchad vuestro corazon; hacedle reposar en los »brazos de la Providencia. Mantenedle firme y elevado en »Dios por una entera confianza en esta santísima Provi»dencia, la cual no os ha dado el designio de servirle sin »querer daros los medios para ello (1).

»Humillaos mucho, pero con una humildad dulce y »sin turbacion. Si Dios os quiere en la Cruz, queredlo »tambien vos. Mortifiquémonos hasta lo mas interior, y »que todo muera en nosotros para que Dios viva en nos»otros. Estad indiferente para seguir á Dios, tanto en las »espinas como entre las rosas, fijándoos una regla de amar »su beneplácito mas fuerte y tiernamente que nada en »este mundo..... (2) Decid simplemente: Señor, si vos lo »quereis, yo tambien lo quiero, y si no lo quereis, no lo »quiero. Nada de ese temor que quita al alma su fuerza, »y la deja triste é inquieta. Pensad que descansais sobre »el seno de Nuestro Señor, entre los brazos de la Provi»dencia ó los de la Cruz, recibiendo en vuestro corazon »algunas gotas de ese bálsamo que destila por todas par»tes, y recogiendo estas pequeñas yerbecitas de las virtu»des que nacen alrededor.»

La señora de Chantal, ocupando su alma con estos santos pensamientos, no veia, sin embargo, el dia que debia

(1) Cartas CXXI, CXXII, CXXVIII, CXXX, CXXXV y CLXXXIV.
(2) Cartas CXLV, CXLII y CXLIV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dejar el mundo, y se preocupaba por ello. «Valor, hija »mia, le escribe el santo Obispo, siempre lleno de con- »fianza en Dios; veo, es cierto, grandes dificultades para »la ejecucion, y no sé cómo allanarlas; pero estoy seguro »de que la divina Providencia lo hará por medios desco- »nocidos á las criaturas..... No nos desalentemos con las »tempestades que se presentan. Si Dios las quiere, las quer- »remos tambien, y su providencia nos conducirá al puer- »to. El mundo hablará, pero todo eso es nada para quien »ve el mundo solo para despreciarlo, y el tiempo para al- »canzar la eternidad. ¿Quién hizo nunca el bien sin ser »contradecido por el mundo? (1)

Alentada con estos consejos, la Señora de Chantal se ocupaba en paz de la educacion de la señorita de Sales, á la que instruia juntamente con sus hijas, cuando tuvo el dolor de ver caer enferma á esta jóven y espirar poco despues en sus brazos. A la vista de este cuerpo inanimado y recordando la proposicion que le habia hecho la Señora de Boisy de casar su hija mayor con el baron de Thorens, se sintió impulsada interiormente á hacer voto de terminar este enlace, para indemnizar á la Señora de Boisy de una pérdida tan sensible. «Poniéndome de rodillas, dice, para »pronunciar este voto, la Divina bondad me consoló, y me »hizo ver que era el medio que su providencia habia esco- »gido para facilitar mi retirada á Saboya.» Propuso esta alianza á su padre, el presidente Fremiot, el cual opuso al principio muchas dificultades, pues amaba tiernamente á su nieta, y le era muy duro separarse de ella y verla salir fuera de Francia; pero luego, considerando el grande honor que sería para su casa unirse con la de un santo se rindió á los deseos de su hija, y quiso escribir él mismo al Obispo de Ginebra.

«Es preciso que os confiese, Monseñor, le escribe, que »solo las fuerzas que Dios ha dado á la Señora de Chan- »tal han podido sacar á esta querida niña de mis rodillas,

(1) Cartas CLVI y CXX.

»de mis brazos y de delante de mis ojos.» El ejemplo del presidente determinó al abuelo y á los parientes del padre de la señorita de Chantal á consentir igualmente en este casamiento, y ya no se trató mas que del tiempo en que habia de verificarse.

Pero en el momento en que todo se preparaba bien para el nacimiento del nuevo instituto, parecia que todo se iba á trastornar y venir á tierra. Enrique IV intentó, como ya hemos dicho, arrancar al Obispo de Ginebra de Saboya y fijarle en Francia.

El santo prelado, que no tenia nada oculto para la Señora de Chantal, no pudo callarle esto, y es facil concebir cuánto la desconcertó esta noticia. «No os turbeis, le con- »testó Francisco, pues no se hará nada sino queriéndolo »Dios. Siento repugnancia á cambiar de pais, aunque no »me siento asido sino á algunas almas con un lazo pura- »mente espiritual, gracias á Dios; pero Dios lo dispondrá »todo con sus manos, y mi alma no tiene otro lugar de »retiro sino su amabilísima providencia.» (1)

Lo que tanto temia la Señora de Chantal no sucedió, y pudo obtener el consentimiento de su padre y de su suegro para ir á Annecy á pasar la Cuaresma de 1609 con sus dos hijas, motivando esta ausencia en la necesidad de terminar el contrato de matrimonio de la mayor, prometida al baron de Thorens. Durante todo este tiempo, conferenció con el Obispo sobre el próximo establecimiento de su congregacion; oyó todos los sermones que predicó en la Catedral, asistió todos los dias á todo el Oficio Divino, visitó á los pobres, y fue para toda la ciudad un grande ejemplo de edificacion.

«El Viernes Santo renovó sus votos con la fórmula si- »guiente, escrita de su mano: «El dia de la muerte de mi »Salvador, el año 1609, renuevo mis votos con un nuevo é »incomparable afecto, queriendo para siempre morir á mí »misma y á todas las cosas, para vivir en la obediencia de

(1) De Cambis, t. 2.°, p. 25.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»la divina voluntad, á la cual me consagro absolutamente »y sin reserva, para obedecerla en la persona de Monse- »ñor de Ginebra. Así mi Salvador me ayude y me reciba, »como de todo mi corazon me entrego á él.»

La piadosa baronesa convino luego con el Obispo en que aprovecharía la primera ocasion favorable para obtener el consentimiento de su padre para entrar en religion, y despues de las fiestas de Pascua volvió á Dijon, donde permaneció algun tiempo, espiando el momento de descubrir al Señor de Fremiot el designio que meditaba. Un dia, que era el 25 de junio, mientras que todos habian ido á ver los fuegos de San Juan, encontrándose sola con su padre, empezó por decirle cuánto sufria educando á sus hijos en casa del anciano baron de Chantal, donde reinaba tan poco órden. «No os aflijais por eso, contestó este tierno »padre: vuestra hija mayor va á casarse con el baron de »Thorens; las dos menores estan en edad de ser colocadas »como pensionistas en algun convento, para el que indi- »can tener vocacion; y yo me encargo de vuestro hijo.— »¡Oh! entonces, replicó la santa viuda, no desaprobareis »que, aprovechando la libertad que me da esta feliz dispo- »sicion, abandone el mundo para entrar en la religion, »donde Dios me llama hace mucho tiempo.» A esta proposicion inesperada, el venerable anciano, que tenia ya setenta y un años, sintió su alma profundamente conmovida, prorumpió en sollozos, y no pudo contener sus lágrimas. Para calmar tanto dolor, su querida hija se apresuró á decirle que esto no era aún mas que un proyecto; que ella se lo comunicaba como al confidente de sus pensamientos, porque no queria tenerle nada oculto; pero que no podia, sin embargo, disimularle que Monseñor de Ginebra, con quien lo habia consultado, consideraba este designio como inspiracion del cielo. «Convengo, contestó el »anciano, en que Monseñor de Ginebra tiene el espíritu »de Dios, pero os ruego que no resolvais nada hasta que »yo le haya hablado.—Os lo prometo con tanto mas gus- »to, replicó, cuanto que prefiero en esto atenerme á lo que

»decidais los dos, á seguir mis propios sentimientos.» La santa viuda partió luego para Monthelon, á donde el Obispo de Ginebra fué algunos meses despues á bendecir el enlace de su hermano, el baron de Thorens, con la señorita de Chantal. Al dia siguiente de la boda, el santo prelado, el Arzobispo de Bourges y Mr. Fremiot tuvieron una conferencia sobre este grave asunto; y durante la conferencia la señora de Chantal, postrada en oracion, no cesó de encomendar el asunto á Dios con abundantes lágrimas. Llamada ante los jueces que iban á pronunciar sobre su porvenir, les espuso con claridad el piadoso designio que habia concebido, el buen orden que habia puesto en los negocios de sus hijos, que estaban libres de deudas y de pleitos, y por último la facilidad de educar á las dos menores á su lado, y aun de velar personalmente, si era necesario, por los intereses de su familia. A este lenguaje sereno y lleno de dignidad, ni el padre ni el hermano pudieron desconocer el Espíritu de Dios que residia en ella; y el Obispo, confirmando estas primeras impresiones, añadió que el proyecto no habia sido concebido á la ligera, sino que lo habia estudiado maduramente durante varios años, y lo habia reconocido manifiestamente venido de Dios; que hubiera creido oponerse á la voluntad de Dios contrariándolo; que el Arzobispo y el Presidente debian reflexionar sobre ello; y que era peligroso oponerse á los designios que vienen del cielo: el señor de Fremiot y el Arzobispo su hijo no pudieron oponerse á él; rindieron las armas y dieron su consentimiento. El presidente se limitó á pedir que la primera casa del órden se estableciera en Dijon, y el Arzobispo en Bourges ó en Autun; pero la santa viuda contestó á estas proposiciones que debia ser en Annecy, tanto porque un instituto naciente tiene una necesidad diaria de las luces y consejos del fundador, como porque estando mas próximo á Thorens podria ver mas á menudo á su hija, y formarla para el gobierno de una gran casa. Se rindieron á estas razones; la partida de la Señora de Chantal para Annecy fue fijada para dentro de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos meses, y se convino en que llevaría consigo á sus dos hijas menores para educarlas á su lado (1).

El anciano Baron de Chantal, que hasta entonces no habia demostrado apreciar mucho á su nuera, cuando supo esta determinacion lloró amargamente, y parecia inconsolable; mas la santa Baronesa se encargó de calmarlo, y lo logró felizmente.

Despues de haber conducido á tan feliz término el proyecto que habia sido el objeto principal de su viaje, Francisco ofició el domingo siguiente en Monthelon, dió la Comunion á una gran parte de de sus habitantes, y convirtió en un sermon que predicó á un joven libertino, el cual se hizo poco despues capuchino, y murió en olor de santidad. Recibió luego la visita de la Señorita de Brechard, joven de la nobleza del Nivernais, que habia dejado la orden del Carmelo, no pudiendo por su salud soportar sus rigores; y examinándola encontró en ella una virtud tan generosa, una caridad tan perfecta, una inspiracion tan poderosa de unirse á la Señora de Chantal, que no titubeó en decidir que, en los designios de Dios, debia ser una de las piedras fundamentales del edificio proyectado; y convino desde entonces con ella, en que al primer aviso se dirigiria al lugar que le fuese indicado. Despues partió para Annecy, donde se ocupó en prepararlo todo para inaugurar lo mas pronto posible la nueva orden.

El santo fundador creyó deber empezar bajo la forma mas modesta por modo de ensayo, y redactó en su consecuencia unas constituciones provisionales. «Empezamos, »dice (2), con la pobreza, porque nuestra congregacion »no pretenderá enriquecerse sino de buenas obras. He »aquí, para empezar, cuál será la clausura: ningun hom»bre entrará en la casa, sino en los casos permitidos en »los monasterios; las mujeres tampoco podrán entrar sino

(1) Memorias de la Madre Chaugy, p. 99.
(2) Idem, ibid., p. 102 y sig.

»con permiso del superior; y las hermanas solo saldrán »para el servicio de los enfermos pasado el año del novi»ciado. Cantarán el Oficio de la Santísima Virgen, para »tener con esto una santa y divina recreacion; y por lo »demás, se dedicarán á toda suerte de buenos ejercicios, »particularmente al de la santa y cordial oracion. Espero »que esto dará buen resultado, y debe hacerse ya que no »se puede hacer mas por ahora.»

El santo Obispo se ocupó en seguida en escoger el personal que debia servir de fundamento á la nueva comunidad (1). Ya tenia á la Señora de Chantal, esa alma de *escelente virtud y piedad*, como él la llamaba, y la Señorita de Brechard, digna compañera de tan santa fundadora. Les unió á la Señorita de Favre, hija mayor del ilustre presidente de este nombre, su amigo, la cual reunia en su persona todas las gracias del alma, afabilidad y dulzura de maneras, los encantos de una buena conversacion y el atractivo de su rostro. Habia sido recibida con aceptacion en el mundo, y la gracia con que bailó una vez en Chambery, le habia merecido entre otras muchas los mas vivos aplausos. Pero habiendo entrado en cuentas con su conciencia. «¡pobre Favre! se dijo, ¡qué te resultará de »estas figuras que haces con tanto esmero! ¡Dirán de ti: »esta Señorita ha danzado bien; y á eso se reducirá todo: »triste recompensa!» Comprendiendo con esta reflexion la vanidad del mundo y los amargos remordimientos que se preparaba para la hora de la muerte, habia resuelto abandonarlo, y se habia colocado bajo la direccion del santo Obispo, cuando Luis de Sales, pensando en volverse á casar, fué á pedir su mano al presidente Favre. Este, acogiendo gustoso la proposicion, se apresuró á participárselo á su hija, mas la Señorita Favre, lejos de corresponderle, rogó al punto á Francisco la librase de una solicitacion que la afligia, y la ayudara á permanecer firme en su piadosa resolucion. Costó al Obispo de Ginebra algun

(1) Carta CCIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

trabajo el decidir al presidente á que sacrificase una alianza que le halagaba; pero con su hermano le fué mas fácil. Un dia que estaba en la mesa con él, «¡no sabes, »hermano mio, le dijo sonriendo, que tienes un formida»ble rival, á quien tendrás que ceder tu dama!—¿Cómo »un rival? contestó Luis. ¿Quién se atreve á disputár»mela?—Es un rival, contestó Francisco, ante el cual »á pesar de tu valor temblarás; es Jesucristo, tu soberano »dueño, al que la Señorita Favre ha escogido unicamente »por su esposo; y así no pienses mas en ella.—No per»mita Dios, contestó el fervoroso cristiano, que me opon»ga á la vocacion de la Señorita Favre y á la voluntad »de Dios!» Y habiendo visto luego á la Señorita. «Si »me dejáseis por otro hombre, la dijo, estaria inconsola»ble; pero por Dios renuncio á todas mis pretensiones, y »os cedo al celestial esposo del que soy indigno siervo, no »mereciendo ser su rival.» Libre ya de toda pretension, la Señorita Favre no pensó mas que en ser la segunda compañera de la Señora de Chantal.

El santo fundador quiso unirles otra tercera, y era la señorita Amadea de Blonay, á la que habia conocido y formado en la piedad desde su mas tierna infancia durante su mision del Chablais. Escribió al Señor de Blonay, á quien daba el dulce nombre de hermano, para rogarle llevara á Annecy á su hija despues de Pascua, época en la cual esperaba dar principio á su pequeña congregacion. «Sed generoso, dice al padre (1), y decid vos mismo á esa »querida hija, que es preciso que olvide á su pueblo y la »casa de su padre, porque se ha de acordar siempre de»lante de Dios, que es nuestro padre comun, de que es »singularmente á ella á quien se dirijen las palabras del »Esposo sagrado: *Levántate, date prisa, amada mia;* y de »que Amada es su nombre.» El Señor de Blonay, que habia abrazado el estado eclesiástico desde la muerte de su mujer, consintió gustoso en la partida de su hija, pero, por

(1) Carta CCIII.

una reunion de circunstancias desfavorables, no pudo esto ejecutarse sino diez y ocho meses despues.

Habia otras dos almas santas, la hermana Fichet y la hermana Chastel, que estaban prontas á acudir y venir á la primera señal del piadoso fundador. Pero otra mas, aunque de condicion oscura, no le interesaba menos, y era Ana Jacobina Costa, aquella virtuosa criada que habia encontrado en la fonda del Escudo de Francia en Ginebra, cuando iba á conferenciar con Beza. Movido por las bellas disposiciones de esta alma escogida la habia traido á Annecy, y la dirigia en la práctica de las mas eminentes virtudes, admirando su piedad tranquila en medio del bullicio de una fonda donde la habia colocado; su recogimiento interior entre la disipacion que la rodeaba; su dulzura inalterable en medio de las contradicciones; y por último su fidelidad en hacer todo por el puro amor de Dios, á quien honraba como á principio y fin de todas sus acciones. Por esto la calificaba con el nombre de *santa*, encomendándose á sus oraciones, y recibiendo con sencillez las observaciones que ella le hacia con candor. Un dia en que le manifestaba el deseo de ser hermana conversa en el monasterio de religiosas que debia fundar, «¿y quién os ha dicho, le contestó, que yo debo fundar un »monasterio de religiosas?—Nadie, pero siento contínua»mente este movimiento en mi corazon, y os lo digo.» El santo fundador, sin embargo, no habia comunicado su secreto á nadie; y dedujo de esto que Dios se lo habia revelado á su sierva; en su consecuencia se lo confesó con toda sencillez, y desde este tiempo no cesó de prepararse mas particularmente al retiro, preguntando á menudo á su santo director, no por curiosidad, sino por un deseo ardiente de servir mejor á Dios en un monasterio: «¿Cuándo »vendrá la Señora?» Así era como designaba á la Señora de Chantal.

Estando así preparadas las constituciones provisionales y el personal de la nueva comunidad, no faltaba mas que la casa. Un gran señor habia hecho edificar con este

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

designio una pequeña casa, capaz de albergar á doce personas, con un oratorio, con la condicion de establecer allí un monasterio regular (1); pero habiéndose opuesto algunas dificultades á este proyecto, una señora piadosa, deseosa de unirse á la pequeña comunidad naciente, compró una casa llamada la *Galería*, en el barrio de la *Perriere*, en Annecy, y la puso á disposicion del Obispo, de suerte que en el tiempo señalado todo estaba pronto, y no esperándose para empezar mas que la llegada de la Señora de Chantal. Esta no faltó. Tenia que procurar el recobro de una suma considerable debida á su difunto esposo: antes que retardar su partida para seguir este pleito, pagó la suma de sus propios fondos, y se apresuró el dia convenido á despedirse del anciano Baron de Chantal, su suegro, así como de las demás personas que conocia en Monthelon. Esto fué para todos un motivo de afliccion indecible: el Baron, á cuyos piés se arrojó para pedirle con su bendicion perdon por todo lo que hubiera podido desagradarle, la abrazó con abundantes lágrimas, y la deseo toda la felicidad que merecia; sus arrendatarios, sus vecinos, los habitantes del castillo, los pobres sobre todo, que habian tenido en ella un recurso siempre seguro, un apoyo, una madre, estaban inconsolables, decian que perdian todo perdiendo á ella, y los sollozos ahogaban su voz. Pero ella, fuerte y animosa en medio de las lágrimas de todos los asistentes, les dió su último adios. «Adios para siempre, »mis buenos súbditos, adios, mis buenos pobres, siempre »sereis mis hijos; temed á Dios y rogad por mí. Adios, mis »buenos criados, adios, mi amado padre, adios todos;» y diciendo estas palabras abrazó á los que estaban á su lado y partió para Autun (2).

Desde allí, despues de haber visitado los lugares tan amados de su fe en esta antigua ciudad, regada con la sangre de tantos mártires, despues de haber llevado sus

(1) Carta CXCIII.

(2) Memoria de la Madre de Chaugy, p. 110.

limosnas á los hospitales y servido á los pobres, se dirigió á Dijon, donde estaba toda su familia. Pensando en el sacrificio que iba hacer de todo lo que mas amaba en el mundo, sintió que la naturaleza se rebelaba y su alma fué herida de dolor; porque la gracia no ahoga á la naturaleza, sino que se contenta con regularla, y la santa viuda habia puesto su virtud no en estinguir en ella la sensibilidad, sino en vencerla para seguir la voz de Dios. Era hija y era madre: como hija, sentia hácia un padre que la habia amado siempre tiernamente, todo lo que puede inspirar la piedad filial; como madre, amaba á sus hijos con un amor indecible, pues los habia educado á su vista, formándolos por sí misma en la virtud, y ellos habian correspondido perfectamente á sus cuidados. Para obtener el valor de separarse de personas tan queridas, se previno con el pan de los fuertes, fué en peregrinacion á Nuestra Señora de l'Etang y á Fontaine, y visitó varias iglesias de la ciudad y de los alrededores, pidiendo en todas partes á Dios la energía sobrenatural que necesitaba en una crisis tan violenta. Llegado el dia de la partida, todos sus parientes se reunieron en casa del presidente, su padre, para despedirla. No hubo una que no llorara; mas afligido que todos el jóven Baron, su hijo, de edad de quince años, se entregaba al dolor á la entrada del gabinete, donde el Señor de Fremiot, igualmente inconsolable, lloraba la pérdida próxima de su querida hija, y no bien hubo apercibido á la Baronesa que iba á despedirse de su padre, se arroja á su cuello llorando, y teniéndola abrazada le ruega, en nombre de todo lo que hay de mas sagrado, que no le abandone. El corazon de esta tierna madre se deshacía de pena, y se vieron sus ojos bañados de lágrimas. Sin embargo, superior por la gracia á la naturaleza que estaba pronta á desfallecer, le consuela con buenas palabras, le acaricia, enjuga su llanto, le hace ver que cuando Dios habla es preciso obedecer; y luego, haciendo un esfuerzo para desprenderse de él, se dirije al gabinete de su padre. El joven se precipita delante de ella, y se coloca en el dintel

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la puerta por donde debia pasar. «Y bien, madre mia, »le dice, si soy tan débil y desgraciado que no puedo de»teneros, al menos podrán decir que habeis pasado sobre »vuestro hijo.» Un espectáculo tan desgarrador la detuvo; titubea, sus lágrimas corren en abundancia, pero entonces tambien la gracia triunfa de la naturaleza, y pasa sobre el cuerpo de su amado hijo (1). A un eclesiástico que encontrándose presente habia exhalado un grito de admiracion: «No, no señor, le dijo, las lágrimas de un hijo no »quebrantarán la magnanimidad de la madre; pero os »agradezco hayais aprobado mi valor.» Habiéndose detenido algunos instantes para llorar, vió venir á ella á su padre, cuyo dolor iba á martirizarla todavía mas. La abrazó, la tuvo largo tiempo estrechada contra su corazon sin poder separarse de ella, y por último, despues de una larga conversacion, acompañada de muchas lágrimas por una y otra parte, se arroja á sus piés, le suplica la bendiga y tenga cuidado del hijo que le deja. Entonces este venerable anciano, levantando al cielo sus trémulas manos, con los ojos bañados en lágrimas: «¡Oh, Dios mio! dijo en alta »voz, no me toca á mí decir nada sobre lo que vuestra »Providencia ha determinado en sus eternos decretos; con »pleno consentimiento de mi corazon, consagro con mis »propias manos sobre el altar de vuestra voluntad á esta »hija única, tan amada para mí como lo era Isaac de vues»tro siervo Abraham.» Luego le dió su bendicion, la levantó y la abrazó de nuevo. «Id pues, amada hija, le dijo, »á donde Dios os llama; moriré contento, aunque no vuel»va á veros mas en este mundo, sabiendo que estais en la »casa del Señor; y confio en que con vuestras oraciones »sostendreis la ancianidad de vuestro padre, que os per»mite esta partida.—Sí, sin duda alguna, amado y buen »padre mio, contestó la Baronesa.—Pues bien, añadió el »presidente, detengamos uno y otro el curso de nuestras »lágrimas, aunque justas, para rendir este homenaje á la

(1) Memorias de la Madre Chaugy, p. 111.

»voluntad divina, y no dar á entender al mundo que vaci»la nuestra constancia.» (1) Le entregó luego para el Obispo de Ginebra una carta, en la que no se sabe qué admirar mas, si la ternura del padre ó la fe del cristiano. «Mon»señor, dice, este papel debia estar mas cubierto de lágri»mas que de palabras, porque mi hija, en quien esperaba »encontrar el consuelo y apoyo de mi ancianidad, se va, y »me deja padre sin hijos. Sin embargo, me conformo con »el beneplácito divino, y puesto que quiere tener á mi »hija á su servicio en este mundo, para conducirla por ese »camino á la gloria eterna, prefiero seguir su voluntad, »con la tranquilidad de mi conciencia, á mis propias afec»ciones.....» Portadora de estas bellas palabras, la santa viuda salió sola del gabinete de su padre, y atravesando la numerosa reunion de sus parientes, amigos y criados, que la esperaban todos deshechos en llanto, y dirigiéndose á ellos: «Perdonad mi debilidad, les dijo con un rostro »severo, dejo á mi padre y á mi hijo para siempre; pero »la fe debe consolarme, y en todas partes encontraré á »Dios.» Se puso al punto en camino, y así que pasó las puertas de la ciudad cantó, con la Señorita de Brechard que la acompañaba, los versos siguientes de los salmos de David: *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus. ¡Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! Concupiscit et deficit anima mea in atria Domini. Anima nostra sicut passer erepta est de laqueo venantium. Laqueus contritus est, et nos liberati sumus;* es decir: «Me »he estremecido de gozo cuando me han dicho estas pala»bras. Iremos á la casa del Señor. ¡Oh Dios de las virtu»des, cuán amables son vuestros tabernáculos! Mi alma »suspira por los átrios del Señor: vednos aquí libertadas »como el pájaro que se escapa de las redes del cazador; »la red se ha roto y hemos quedado libres;» y varias veces repitió con alegría este último verso.

Durante el camino, en cualquier parte que las santas

(1) Carta CXCVIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

viajeras se detuviesen para pasar la noche, iban á servir á los enfermos, en los hospitales ó en las casas; y por la mañana, antes de partir, volvian para hacerles las camas y encomendarse á sus oraciones. Siguieron así piadosamente su camino hasta cerca de Annecy. El Obispo de Ginebra, informado de su próxima llegada, salió á su encuentro á unos ocho kilómetros, acompañado de veinticinco personas de uno y otro sexo de las mas notables de la ciudad; y todo el pueblo las recibió con aplauso. La Baronesa de Chantal pasó toda la semana en Annecy, compartiendo su tiempo entre los ejercicios de piedad y las conferencias espirituales con el santo Obispo; y pasadas las fiestas de Pascua, fué á llevar á la Baronesa su hija al castillo de Thorens, donde permaneció seis semanas, para enseñarla á dirigir sus negocios y su casa, á poner órden en sus criados, y sobre todo, á rodearse de personas celosas, inteligentes y de toda confianza (1).

Volvió en seguida á Annecy para la fiesta de Pentecostés, época en que el santo Obispo tenia intencion de instalar su comunidad, «para que sus hijas, decia, en»cerradas como en un pequeño cenáculo, recibiesen el »Espíritu Santo, y fuesen embriagadas de esa gracia que »hace hablar un nuevo lenguaje y vivir una vida nueva.» Pero habiendo mudado de parecer y retirado su palabra la señora que se habia ofrecido á darles la casa llamada *la Galería,* en el barrio de la Berriere, y que tenia intencion de unirse tambien á ella, la ereccion de la comunidad fué forzosamente retardada, y fué preciso que Francisco trasladara el mismo contrato á su nombre, esperimentando un gran consuelo al terminar este convenio. «Estoy alegre, decia, porque he encontrado una colmena »para mis pobres abejas, un palomar para mis palomas.» Una vez tomada la casa, solo faltaba acomodarla á su nuevo destino; y bien pronto la hizo distribuir, dándola todas las dependencias necesarias para una comunidad.

(1) Memorias de la Madre Chaugy, p. 114.

Durante este tiempo, la Baronesa de Chantal, deseosa de imitar la pobreza de Jesucristo y de dar á su instituto un grande ejemplo de desinterés, ejecutó un acto que admiraron las personas piadosas y que censuró severamente el mundo. Contenta con una pension que le aseguraba su hermano el Arzobispo de Bourges, abandonó todos sus bienes, y aun su misma viudedad, á sus hijos. Esta medida, para los que juzgan humanamente las cosas, parecia poco prudente, habiendo podido ser la conservacion de su fortuna útil á la vez á sus hijos para mantenerlos en el respeto y en la obediencia, y á su comunidad para proveer á sus primeras necesidades. Pero el santo Obispo y la piadosa viuda tenian miras mas altas que las de la prudencia humana; querian confiar en Dios solo y abandonarse á su Providencia, y el éxito hizo ver claramente que Dios tiene cuidado de los que confian en él, y que sabe, cuando le agrada, enriquecer aun en este mundo á los que dejan todo por su amor.

El cielo pareció desde entonces recompensar su valor, por la completa victoria que le hizo alcanzar sobre una tentacion violenta que tuvo en esta época. Se le representó á su espíritu que habia sido de su parte una crueldad tan odiosa á Dios como á los hombres el haber abandonado á un padre tan anciano, á hijos que tenian necesidad de sus cuidados, y á tantas personas á las que era útil; y esta consideracion, que producia como consecuencia el pensamiento de dejar á un lado su proyecto de comunidad para volver á su familia, la tuvo durante tres horas enteras en la mas cruel angustia; vacilaba, no sabia que partido tomar, cuando, cayendo de rodillas, repitió tres veces: «*Deus, in adjutorium meum intende;* Dios mio, venid »en mi socorro, poned los ojos de vuestra misericordia so»bre mi miseria;» y añadió luego estas sublimes palabras: «Me abandono, ¡oh Dios mio! á vuestra adorable provi»dencia; no importa que mis padres, mis hijos y yo pe»rezcamos si así lo habeis ordenado; mi único interés en »el tiempo y en la eternidad, es obedecer y servir á vues-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»tra incomparable majestad.» Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando recobró su primera tranquilidad, acompañada de una suavidad celestial tan perfecta, que no pudo dudar de que á Dios agradaba el designio que habia formado de dejarlo todo para seguirle á él solo (1).

El dia siguiente de esta ruda prueba, 6 de junio, fiesta á un tiempo de la Santísima Trinidad y de San Claudio, era el designado para la ceremonia de la fundacion del nuevo instituto. Este dia pareció á la piadosa Baronesa el mas hermoso de su vida.

Despues de haberse confesado con el santo Obispo y haber recibido la Comunion de su mano, visitó, en compañía de las señoritas Favre y Brechard, las iglesias de la ciudad, se despidió de sus conocidos, y por la tarde cerca de las siete, saliendo las tres de la casa del presidente Favre, donde vivian, fueron al palacio episcopal á pedir la bendicion del santo prelado, el cual, contemplando estas tres víctimas coronadas de gozo y alegría, «sois muy feli»ces, les dijo, vosotras á quien el Señor os ha escogido: »tened un ánimo grande y humilde; Dios será vuestro »guía, y bajo sus divinos ojos marchareis victoriosas so»bre las cabezas de vuestros enemigos.» Entregando luego á la Señora de Chantal un compendio de las Constituciones que habia compuesto para ellas, «seguid este camino, »les dijo, y hacedlo seguir á las que Dios ha destinado á »marchar sobre vuestras huellas.» Despues de esto, levantando los ojos al cielo, las bendijo: «En el nombre de »Dios todopoderoso, que las atraia; en el del Hijo, sabidu»ría eterna, que las dirigia; y en el del Espíritu Santo, »que las animaba con sus amorosas llamas.»

Partieron luego formando una especie de procesion; el baron de Thorens conducia á la Señora de Chantal, su suegra; Juan Francisco de Sales, á la señorita Favre, y Luis de Sales, á la señorita de Brechard. Todo el pueblo estaba en las calles esperándolas, y al verlas pasar, hacia

(1) Memorias de la Madre Chaugy, p. 116.

resonar el aire con alabanzas y bendiciones. Llegados á la casa que iba á ser la cuna de la órden de la Visitacion, se dirigieron primero á la capilla, y al entrar en ella la Señora de Chantal, prorumpió en esta esclamacion de felicidad: «Hé aquí, hermanas mias, el lugar de nuestras de»licias y de nuestro descanso.» Allí, de rodillas, dieron gracias á Dios con el cántico tres veces repetido del *Gloria Patri,* y le pidieron el cumplimiento de su santísima voluntad en su empresa, con una perfecta caridad entre sí; luego la Señora de Chantal abrazó tiernamente á sus dos compañeras, y estas, reconociéndola por superiora, la prometieron obediencia como á Dios mismo, cuyo lugar ocupaba. La nueva superiora las leyó luego el reglamento de la casa, para que se observara inmediatamente con exactitud y amor; y como ya era tarde, hicieron su oracion, y fueron á dejar con alegría, para siempre, sus vestidos seglares y á descansar.

Nunca las dos compañeras de la señora de Chantal habian tenido un sueño tan dulce y tranquilo; no sucedió lo mismo á la superiora, que durmió poco, abismada como estaba en el doble sentimiento de la presencia de Dios y del reconocimiento que le debia. Al dia siguiente fue á despertar á sus dos compañeras, y las vistió el hábito del noviciado: Francisco fue á las ocho á celebrar la Misa, les hizo una exhortacion sobre la fidelidad en guardar las reglas de su nuevo estado (1); y así empezó esta bella órden, cuyo desarrollo veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO II.

Desarrollo de la Orden de la Visitacion.

El noviciado de las primeras religiosas de la Visitacion fué todo lo que se podia esperar de las santas disposicio-

(1) Mem. de la Madre Chaugy, p. 121 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»tra incomparable majestad.» Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando recobró su primera tranquilidad, acompañada de una suavidad celestial tan perfecta, que no pudo dudar de que á Dios agradaba el designio que habia formado de dejarlo todo para seguirle á él solo (1).

El dia siguiente de esta ruda prueba, 6 de junio, fiesta á un tiempo de la Santísima Trinidad y de San Claudio, era el designado para la ceremonia de la fundacion del nuevo instituto. Este dia pareció á la piadosa Baronesa el mas hermoso de su vida.

Despues de haberse confesado con el santo Obispo y haber recibido la Comunion de su mano, visitó, en compañía de las señoritas Favre y Brechard, las iglesias de la ciudad, se despidió de sus conocidos, y por la tarde cerca de las siete, saliendo las tres de la casa del presidente Favre, donde vivian, fueron al palacio episcopal á pedir la bendicion del santo prelado, el cual, contemplando estas tres víctimas coronadas de gozo y alegría, «sois muy feli»ces, les dijo, vosotras á quien el Señor os ha escogido: »tened un ánimo grande y humilde; Dios será vuestro »guía, y bajo sus divinos ojos marchareis victoriosas so»bre las cabezas de vuestros enemigos.» Entregando luego á la Señora de Chantal un compendio de las Constituciones que habia compuesto para ellas, «seguid este camino, »les dijo, y hacedlo seguir á las que Dios ha destinado á »marchar sobre vuestras huellas.» Despues de esto, levantando los ojos al cielo, las bendijo: «En el nombre de »Dios todopoderoso, que las atraia; en el del Hijo, sabidu»ría eterna, que las dirigia; y en el del Espíritu Santo, »que las animaba con sus amorosas llamas.»

Partieron luego formando una especie de procesion; el baron de Thorens conducia á la Señora de Chantal, su suegra; Juan Francisco de Sales, á la señorita Favre, y Luis de Sales, á la señorita de Brechard. Todo el pueblo estaba en las calles esperándolas, y al verlas pasar, hacia

(1) Memorias de la Madre Chaugy, p. 116.

resonar el aire con alabanzas y bendiciones. Llegados á la casa que iba á ser la cuna de la órden de la Visitacion, se dirigieron primero á la capilla, y al entrar en ella la Señora de Chantal, prorumpió en esta esclamacion de felicidad: «Hé aquí, hermanas mias, el lugar de nuestras de»licias y de nuestro descanso.» Allí, de rodillas, dieron gracias á Dios con el cántico tres veces repetido del *Gloria Patri,* y le pidieron el cumplimiento de su santísima voluntad en su empresa, con una perfecta caridad entre sí; luego la Señora de Chantal abrazó tiernamente á sus dos compañeras, y estas, reconociéndola por superiora, la prometieron obediencia como á Dios mismo, cuyo lugar ocupaba. La nueva superiora las leyó luego el reglamento de la casa, para que se observara inmediatamente con exactitud y amor; y como ya era tarde, hicieron su oracion, y fueron á dejar con alegría, para siempre, sus vestidos seglares y á descansar.

Nunca las dos compañeras de la señora de Chantal habian tenido un sueño tan dulce y tranquilo; no sucedió lo mismo á la superiora, que durmió poco, abismada como estaba en el doble sentimiento de la presencia de Dios y del reconocimiento que le debia. Al dia siguiente fue á despertar á sus dos compañeras, y las vistió el hábito del noviciado: Francisco fue á las ocho á celebrar la Misa, les hizo una exhortacion sobre la fidelidad en guardar las reglas de su nuevo estado (1); y así empezó esta bella órden, cuyo desarrollo veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO II.

Desarrollo de la Orden de la Visitacion.

El noviciado de las primeras religiosas de la Visitacion fué todo lo que se podia esperar de las santas disposicio-

(1) Mem. de la Madre Chaugy, p. 121 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes que las habian preparado á la vida del claustro. Todas las mañanas oian en su capilla la Misa del santo Obispo ó de su capellan, y el resto del dia se repartia entre la oracion, la meditacion, las obras de piedad y las de caridad; guardaban el mas riguroso retiro; no salian nunca del monasterio; y observaban una vida angélical. Oigamos á la misma Madre de Chantal hacernos la descripcion de ella.

«Desde el primer dia de nuestro retiro, dice (1), nos »pusimos á ejecutar muy exactamente todo lo que nos es»taba señalado, que eran las mismas prácticas que hoy se »observan. Hacíamos escrúpulo de la nueva observancia, »hasta el punto de que habiendo nuestras dos amadas her»manas gustado, sin comerla, una de las peras de la huer»ta, que estaban caidas, para saber si era tiempo de co»gerlas, tuvieron tanto escrúpulo, que lo consultaron con »nuestro bienaventurado padre, el cual les mandó confe»sarse de ello y decirlo á la superiora, así como todas las »faltas que hicieren contra la observancia, por pequeñas »que les pareciesen. Este gran santo nos imprimió un amor »á la sencillez y á la exactitud tan perfecto, que á la me»nor falta sentíamos un gran remordimiento de concien»cia, y nadie podia sufrir nada en su corazon, sin que al »instante fuese á arrojarse á los pies de la superiora, »para decir la culpa con gran sentimiento y humildad. »Nunca se verá mas candor, inocencia y santa alegría, »que la que reinaba en aquellas queridas almas; y todo »acompañado de una confianza tan grande en la Providen»cia, que se encerraron en esta casa sin ninguna provi»sion, ni un pedazo de pan ni una gota de vino, y creo »que sin ningun pensamiento de inquietud por eso. No ha»bia mas que una pequeña suma de dinero para esta em»presa, toda fundada en la confianza en Dios; lo que hacia »decir á nuestro bienaventurado padre, que la Divina Pro»videncia lo habia hecho como el mundo, todo de la nada. »Esta pobreza era uno de nuestros principales consuelos,

(1) Cartas de Santa Juana Francisca.

»y me acuerdo del gozo que sentimos cuando, habiendo »comprado nuestra buena hermana tornera un saco de »carbon por tres sueldos, fuimos las tres con nuestras lla»ves, segun previene la regla, á abrir el cofre del dine»ro, y no encontramos mas que estos tres sueldos. Nos »arreglábamos entonces segun nuestra pobreza, pero nun»ca nos ha faltado cosa alguna necesaria. Gozábamos de »una santa paz en nuestro retiro, favorecidas con las sa»gradas instrucciones que nos daba nuestro bienaventura»do padre y señor, con su suavidad y celo incomparables. »Tan felices las tres con la buena hermana tornera, y »con tan gran dulzura, que nuestra amada hermana Favre »decia con frecuencia, que si no fuera por la gloria de Dios, »hubiera querido que pasásemos la vida sin que se aumen»tase el número.

»Hácia fin de julio, dos hermanas de singular virtud, »la hermana Roget y la hermana Chastel, vinieron á unír»senos, y en el mes de diciembre llegaron otras tres, de »suerte que nos encontramos ocho de comunidad. Es im»posible referir las gracias y celestiales favores que Dios »derramaba en estas queridas almas; y se veia brillar en »la pequeña comunidad una exactitud tan delicada á la »observancia de nuestras reglas, un recogimiento y un es»píritu de oracion tan grandes, un candor é inocencia tan »infantiles, tal suavidad, dulzura y santa alegría en las »conversaciones, y un mútuo amor tan grande, que ha»cian un paraiso de delicias de la estancia en esta casa. »No se hablaba mas que de Dios y de los medios de ade»lantar en su santo amor: lo que causaba á nuestro santo »fundador consuelos indecibles. Nos visitaba á menudo, »nos confesaba cada quince dias, y daba pequeñas confe»rencias espirituales para enseñarnos la verdadera perfec»cion, encargando á cada una segun sus necesidades, la »práctica de alguna virtud particular.»

En medio de estos santos ejercicios, las fervorosas novicias suspiraban, con un ardor incomparable por el momento feliz en que pudieran hacer la profesion. «¿Cuán-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»do llegará, escribia la Madre de Chantal al santo Obispo, »el dia feliz en que haga y renueve la irrevocable ofrenda »de mí misma á Dios? Su bondad me ha llenado de senti- »miento tan extraordinario y tan poderoso de la gracia »que hay de ser toda suya, que si este sentimiento dura »en todo su vigor, me consumirá. Nunca he tenido deseos »mas grandes y afectos mas ardientes de la perfeccion »evangélica. Me es imposible espresar lo que siento, ni la »gran perfeccion á que Dios me llama. ¡Ay! á medida que »me resuelvo á ser muy fiel al amor del Salvador, me pa- »rece cosa imposible corresponder á toda la grandeza del »atractivo de este mismo amor. ¡Oh, qué cosa tan penosa »es para el amor esta barrera de nuestra impotencia! Pero »¿qué es lo que digo? Yo rebajo el don de Dios con mis »palabras, y no puedo esplicar ese sentimiento de amor »que me solicita á entera pobreza, humilde obediencia y »perfecta pureza.» (1)

Por último, tocando á su fin el tiempo del noviciado para la Baronesa de Chantal, la señorita Favre y la seño- rita de Brechard, el santo Obispo fué á examinar á cada una sobre sus disposiciones interiores; y habiéndolas en- contrado no solo resueltas á continuar el género de vida cuyo ensayo acababan de hacer, sino llenas de las virtu- des propias para el instituto que meditaba, señaló el dia de su profesion, y determinó la clase y la forma del hábito que habian de llevar, queriendo que todo respirara en él sencillez y pobreza (2). Desde entonces las futuras profe- sas se ocuparon en adornar la capilla para el dia de la ceremonia; pero para esto se necesitaba dinero, y solo te- nian una corta cantidad que les habia traido últimamente el Obispo para proveer á las necesidades de los enfermos, prohibiéndoles emplearlas en otra cosa. En este apuro las hermanas Favre y Brechard pidieron con instancias á su superiora les permitiese echar mano de este dinero, ale-

(1) Memorias de la Madre de Chaugy, p. 131.
(2) Idem., ibid., p. 1.

gando que sería pronto reemplazado por un donativo que habia ofrecido el presidente Favre, y que así los pobres no quedarian perjudicados. La superiora se dejó persuadir; pero apenas hubo concedido el permiso y empleado el di- nero, cuando, atormentada por el temor de haber desobe- decido, se apresuró, aquella misma noche, á escribir al santo Obispo para informarle de lo ocurrido. Este, profunda- mente afligido con este acto de desobediencia, muy de mañana vino al monasterio para corregirla. Así que se presentó, la Madre de Chantal se arrojó á sus piés y le pi- dió perdon con muchas lágrimas. «Esta es, hija mia, le »contestó con un rostro grave y majestuoso, esta es la »primera desobediencia que me habeis hecho, que me ha »quitado el sueño una gran parte de la noche, y me ha »hecho sentir un disgusto que no podré espresaros.» A es- tas palabras la superiora, profundamente afligida por ha- ber contristado á su santo padre, á quien reverenciaba como á un ángel del cielo, estuvo á punto de caer desva- necida, y costó trabajo reponerla por su gran dolor.

Habiendo llegado el dia de la profesion, el santo fun- dador, despues de haber confesado á sus tres amadas hijas, las habló del sacrificio que iban á hacer con palabras en- teramente celestiales, abrasadas en el fuego divino que le consumia; y mientras que hablaba, se veia brillar en su rostro una alegría santa, mezclada con una majestad y una gravedad estraordinarias. Habiéndose luego revestido de sus ornamentos pontificales, y sentado en un sillon, pro- nunció un solemne discurso, en el que comparando las tres personas cuya profesion iba á recibir con los tres gra- nos de trigo que, llevados por casualidad á cierta provin- cia y arrojados en tierra, se multiplicaron de tal suerte que en pocos años todo el país fué abundante en trigo, dijo, como en espíritu de profecía: «Veremos igualmente, »así lo espero, á estas tres pequeñas almas, que la provi- »dencia de Dios ha sembrado aquí, como en un pequeño »rincon de la tierra, multiplicarse sin número; la divina »misericordia las bendecirá, y será glorificada en ellas.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Concluido el sermon, la superiora y las dos hermanas Favre y Brechard hicieron su profesion con un fervor y una alegría que tenia algo de celestial, y que hicieron derramar lágrimas á todos los asistentes. Entonces fué cuando la Señora de Chantal, en los trasportes de su alegría y sin premeditacion alguna, entonó por tres veces el verso á que se asoció todo el coro: *Hæc requies mea in sæculum sæculi; hic habitabo quoniam elegi eam.* «Hé aquí »el lugar de mi descanso para siempre, la mansion de de»licias que mi corazon ha escogido;» de donde vino á la Visitacion la costumbre de cantar este verso despues de todas las profesiones. La ceremonia que se observó entonces, fué el modelo de lo que se hizo en lo sucesivo y de lo que se hace aún hoy, con la corta diferencia de que, en vez de los votos que se hacen ahora, no hicieron mas que una simple ofrenda de sí mismas á Dios, porque el primer designio de Francisco era establecer, no una órden religiosa, sino un instituto donde no hubiera otros lazos que los de la caridad, que es el vínculo de la perfeccion. «Y »ciertamente, añade la Señora de Chantal al referir esto, »este lazo nos estrechaba tan fuertemente, por la íntima »resolucion que teníamos de perseverar en esta forma de »vida, como hubieran podido hacerlo todos los votos del »mundo.» Toda la alta sociedad de Annecy, que habia asistido á esta tierna ceremonia, quiso dar las felicitaciones de costumbre á las nuevas religiosas; pero el santo Obispo no lo consintió. «Retirémonos, dijo á la concur»rencia, dejemos á estas nuevas esposas de Jesucristo sa»borear en silencio el don de Dios.»

Sin embargo, no todos aprobaban la nueva orden, y algunas personas que no entendian nada de las obras de Dios, la hicieron el objeto de sus burlas, y la pusieron en ridículo aun en presencia del santo fundador. Un dia en que el hombre de Dios, hablando con una persona de distincion, le decia el designio que tenia de hacer tapiar una ventana del monasterio que daba á la calle: «Hareis bien, »monseñor, le contestó esta; porque no se ve luz en vues»tra empresa.» (1) Otros, burlándose de las pocas austeridades esteriores acostumbradas en la Visitacion, decian: «Que estas religiosas habian encontrado el secreto de ir al »cielo por un camino sembrado de rosas sin espinas, de »entrar en él por otra puerta que la de la Cruz, y con otra »llave que la que el Hijo de David llevó sobre sus hom»bros.»

Algunos críticos mal intencionados llegaron hasta llamar al nuevo instituto la cofradía del descendimiento de la cruz, porque decian que las religiosas, huyendo de los sufrimientos, habian descendido á Jesucristo (2), y profetizaban que el dia que faltase el Obispo ó la Madre de Chantal, la obra vendria á tierra y se desvaneceria como el humo.

El santo prelado consultó sobre todos estos juicios del mundo á un célebre Jesuita, el padre Ignacio Armando. «Monseñor, le contestó éste, dicen que fundais un hospital »mas bien que un monasterio, pero así es el mundo, que »siempre encuentra que decir de todo. Tenemos monasterios »austeros, y el mundo les acusa de indiscreto rigor; con »vuestra Visitacion, que no es ni demasiado suave para las »fuertes ni demasiado austero para las débiles, fundais »imitadoras de la benignidad del Verbo humanado, que no »desechaba á nadie; y esto lo censuran los hijos del mun»do, cabezas vacías de las máximas del Crucificado, que no »saben lo que cuestan estas palabras: negarse á sí mismo »para vivir en Dios, renunciarse á sí mismo para llevar su »cruz..... Se encuentra en vuestra institucion la pobreza »de Belen y las razonables comodidades de Nazaret; la »soledad del desierto y la dulce conversion de Bethania; »en fin, se ve en la Madre de Chantal la imitacion del »Salvador pobre, dulce, benigno, cordial, oculto, retirado, »orando, conversando, amando la soledad, sirviendo al pró»jimo, glorificado en el Tabor, crucificado en el Calvario.»

---

(1) Dep. de Angélica de la Pesse.
(2) Espíritu de S. Francisco de Sales, p. V, sec. VII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Alentado con estas buenas palabras, el santo fundador, en medio de todas las críticas, adoró con paz y confianza la Providencia divina, que de los mas débiles principios hace salir á menudo grandes cosas. «Cuando la Providen-»cia, decia, hace conocer sus designios, es preciso seguir »adelante, digan los hombres lo que quieran. Los oprobios »no son temibles donde hay provecho para las almas; y »aun cuando este establecimiento no hubiera servido mas »que para impedir un solo pecado mortal, estaría conten-»to. Los hombres, añadia, piensan que á mi muerte todo »se deshará; pero nuestra Madre, que no muere y que »reina para siempre en el cielo, es mas poderosa para sos-»tenerla que todos los hombres juntos para destruirla.» La madre de quien queria hablar era la Santísima Virgen, la cual, en efecto, las sostuvo tan bien, que en menos de sesenta años la Orden contó ciento veinte monasterios (1).

No hacia mas que cinco semanas que el santo Obispo habia recibido la profesion de estas nuevas religiosas, cuando murió el presidente Fremiot, lo que le produjo un dolor inmenso. Perdia en este magistrado eminente un amigo sincero, y para un corazon como el suyo, una pérdida así era muy sensible. Tenia además que dar esta triste noticia á la Madre Chantal, y sabia cuánto iba á sufrir con ella su corazon filial. Se armó de valor para ir á llenar esta dolorosa mision, y así que con delicadas prevenciones hubo pronunciado las terribles palabras: «Vues-»tro padre ya no existe.—¡Ay! esclamó, ¿cómo ha muer-»to?—Muy santamente, contestó Francisco, y en los bra-»zos de su hijo el Arzobispo de Bourges.—Dios sea ben-»dito,» añadió; y asegurada así de la suerte eterna de su buen padre, sostenida tanto por la palabra como por la presencia venerada de su santo director, no se dejó abatir por este rudo golpe, y pareció tranquila y dueña de su dolor. Pero cuando estuvo sola, entregada á sí misma, la sen-

(1) Dep. de Miprest.

sibilidad natural se sobrepuso, la tierna hija lloró amargamente; luego el dolor, que es ingenioso en atormentarse, le trajo al pensamiento que quizás su retiro habia anticipado la muerte de su padre; que si hubiera dilatado un año su salida del mundo, hubiera podido tributarle los últimos deberes; y toda su alma se conmovió, sintiéndose acometida de una turbacion punzante que se parecia al remordimiento. En medio de su afliccion se puso de rodillas en presencia de Dios, pronunció un acto de abandono de toda su persona á la voluntad divina, y al punto la paz sucedió á la turbacion y la luz á las tinieblas. En una circunstancia tan dolorosa, Francisco, atento á lo que exigian los deberes de la naturaleza y los intereses de familia, creyó conveniente enviar á Borgoña á la santa superiora, para que velase por los negocios y la educacion del joven Baron de Chantal, de quien se habia encargado el presidente Fremiot; y en su consecuencia, despues de haber renovado en manos del piadoso fundador el voto de pobreza, despues de haber recibido á la profesion á otras cuatro hermanas, las hermanas Roget, Chastel, Fichet, Milleloht, y de haber dejado de superiora durante su ausencia á la hermana Brechard, la Señora de Chantal partió para Dijon. Durante todo el camino no alteró apenas su vida del claustro: mostrándose exacta á todos sus ejercicios, siempre recogida en Dios, fiel en mortificar la curiosidad que disipa, y al mismo tiempo siempre graciosa, dulce, amable, atenta y hasta alegre cuando era necesario, y nunca molesta á nadie ni disgustada. Su llegada á Dijon fue un motivo de regocijo para toda la ciudad, y su estancia en ella un ejemplo de constante edificacion por su modestia y su humildad, su caridad y dulzura. El recordar lo que habia sido en el mundo y ver la vida pobre que habia abrazado, hablaba á todos los corazones con mas elocuencia que los mas bellos discursos. Allí puso en órden todos los intereses de su familia, con una amabilidad que probaba que la piedad bien entendida no quita nada de la inteligencia de los negocios; fue á consolar á su sue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gro y á todos sus parientes; y una vez terminada su mision, solo pensó en volver, considerándose en su pais como en una tierra estraña. Sus parientes quisieron oponerse á ello, haciendo unos valer razones de conciencia, pues sostenian que estaba obligada como madre á no abandonar á sus hijos y el cuidado de sus negocios, y otros mas violentos, empleando un lenguaje destemplado y pretendiendo que era un deshonor para su familia ver á una persona de su clase, *oculta*, decian, *bajo dos varas de estameña*, y que se debia hacer su velo mil pedazos. A los primeros la santa viuda contestó con dulzura, que desde Annecy velaria por los intereses de sus hijos, y que además iria á Borgoña siempre que la necesidad lo reclamase. A los segundos dió sonriendo esta firme respuesta: «El que ama mas »su corona que su cabeza, no perderá la una sin la otra;» dando á entender con eso que antes perderia la vida que su velo, al que consideraba como su corona.

Partió pues de Monthelon, despues de cuatro meses de estancia en Borgoña; y habiéndose detenido el primer dia de su viaje en una capilla que se encontraba en el camino, para asistir en ella al Santo Sacrificio, fué favorecida con un éxtasis, en el cual, viendo la complacencia que tiene Dios con un alma perfectamente pura, tuvo la inspiracion de obligarse con voto á obrar siempre lo que le pareciera mas perfecto. Llegada á Annecy, conferenció sobre este voto con el santo Obispo, y con su consejo favorable lo pronunció, con un fervor que no puede ser comprendido sino por un alma tan santa como la suya.

Su comunidad durante su ausencia, habia sido dolorosamente probada con la enfermedad; y la hermana Brechard, comprendiendo dignamente los deberes de la superioridad, se habia consagrado á los cuidados de los enfermos hasta el punto de comprometer su salud con sus trabajos escesivos, y merecer el ser moderada por estas palabras tan bondadosas que le escribia el santo Obispo (1): «Os

(1) Carta CCXXXV.

»recomiendo tomeis descanso, dejeis el trabajo á las de»más y no disputeis á todas sus coronas. En la enferme»dad de las personas queridas, Dios nos amenaza á menu»do sin tener designio de herirnos. Es preciso en todos los »tristes acontecimientos, esperar con confianza un buen »resultado, no de sus cuidados sino de la bondad de Dios.» Las religiosas, en efecto, recobraron poco á poco la salud; una sola, la hermana Chantal, habia estado de mucha gravedad; pero habiendo ido el santo Obispo á administrarla la santa Uncion, pareció de repente durante la ceremonia que salia como de un profundo sueño, mirando con sorpresa á los asistentes y esperimentando una mejoría sensible.

Habiendo pasado este digno padre toda la noche siguiente en oracion para alcanzar su perfecta curacion, la mejoría se aumentó, y la enferma, entrando en su estado normal, recibió esta carta del santo Obispo: «¡Animo, mi »querida hija, ánimo en nombre del Señor! Procurad re»cobrar vuestras fuerzas para servir de nuevo á nuestro »divino Dueño, para que, cuando vuelva nuestra amada »madre, nos encuentre tales como desea encontrarnos. Si »os hubiéramos dejado morir, su corazon se hubiera afli»gido profundamente. Dios sea bendito, porque nos ha vi»sitado con su misericordia y nos ha consolado.»

La Señora de Chantal encontró á su llegada á todas las religiosas en un perfecto estado de salud, y en su consecuencia pensó en ejecutar el designio primitivo de su instituto, que era emplearse en la visita de los pobres y enfermos. El primer dia del año de 1612 empezó esta visita, acompañada de la hermana Favre, y Annecy admirado vió á esta señora de tan alto rango penetrar en todos los albergues de la miseria, ir por las calles con toda la severidad y modestia religiosa, sin hablar á nadie y sin detenerse mas que donde la caridad la llamaba, llevar con sus propias manos á los enfermos todo lo que necesitaban, comida, remedios, lienzos y mantas; hacer sus camas, mudar sus sábanas y curar sus llagas, aun las mas repugnan-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tes. Los encontraba cubiertos de miseria y de úlceras, acostados sobre paja ó en el suelo, y los limpiaba sin dar la menor señal de repugnancia; les llevaba ella misma paja para que descansaran sus miembros doloridos, restableciendo la limpieza donde no habia mas que miseria y mal olor (1); y cuando el enfermo deseaba los sacramentos, iba á avisar al sacerdote y arreglaba la casa para recibir en ella con decencia la sagrada Eucaristía.

Estos bellos ejemplos de caridad movian á los pobres á hacerles amar la religion y dedicarse á su práctica. «Es»tas pobres gentes, refiere la misma madre de Chantal, se »deshacian en amor y reconocimiento, y nos admiraban por »las virtudes que practicaban en su miseria, sobre todo »por su paciencia y resignacion al beneplácito divino, »tanto para sufrir como para morir, no oyéndose mas que »palabras de bendicion en estas pobres, amadas y bendi»tas almas.» (2) El pueblo, viendo que las nuevas religiosas habian escogido á la Santísima Virgen por patrona y adornado su altar con su imágen, las habia llamado al principio hermanas de Santa María; pero cuando las vió tan dedicadas á la visita de los pobres y enfermos, no las llamaba mas que hermanas de la Visitacion, nombre que han conservado siempre despues, aunque no desempeñen ya el mismo ministerio.

Mas maravillada que nadie de la heróica caridad de su superiora, la religiosa que la acompañaba se permitió un dia pedirle el secreto de ella, recibiendo esta bella respuesta: «Os aseguro, mi querida hija, que nunca me ha »ocurrido que sirvo á las criaturas, y siempre he estado »persuadida de que en la persona de estos pobres enfer»mos curo las llagas de Jesucristo abiertas por nuestros »pecados, y cubierto de mas úlceras que si hubiera sido »atacado de una lepra general.» (3) Las otras religiosas

(1) Juan de San Francisco, p. 280.
(2) Cartas de la Madre Chantal.
(3) De Cambis, t. II. p. 284.

imitaron muy pronto á su digna superiora. Todos los meses se nombraban dos nuevas hermanas para esta visita de los pobres; una era durante la salida superiora de la otra, y esta celadora de su superiora: no iban sino á los lugares determinados por la obediencia, sin entretenerse en las calles ni hablar con nadie; y á la vuelta, la superiora daba cuenta del estado de los enfermos, y la celadora de la conducta de su compañera.

Un dia que la Madre Fichet y la Madre Favre desempeñaban este piadoso oficio, el santo fundador, detenido en cama por una llaga que tenia en la pierna, las hizo llamar en el momento en que pasaban delante de las ventanas del palacio: «Puesto que vais, les dijo, á curar á los »pobres enfermos, aquí teneis uno que tiene una llaga en »la pierna: ¿querreis hacerle la misma caridad?» Muy consoladas con poder hacer este servicio á su bienaventurado padre, las dos religiosas curaron su llaga con una mano que la hacia temblar el respeto y la alegría, lo que le hizo sufrir mucho sin manifestarlo; solo cuando la llaga estuvo vendada, les dijo: «Hijas mias, cuando cureis á los »pobres, es preciso tener el pulso firme y no temblar, ni »darse tanta prisa: porque cuando se toca á la carne »viva con fuerza, se causan muchos dolores.» De vuelta á la casa, las hermanas informaron del hecho á la Madre Brechard; y esta, que era mucho mas hábil, se apresuró á solicitar el favor de ir ella á curar el augusto enfermo. Lejos de acceder á su peticion le prohibió, lo mismo que á la Madre Chantal y á las demas hermanas, ir á visitarle. «No os veré, les dijo, hasta que pueda llevar mi pierna »enferma al locutorio.» (1) Tan grande era la reserva que se imponia su austera modestia.

Apenas restituida á la salud, tuvo el dolor de ver al cimiento de la nueva órden en peligro de venir por tierra. La madre Chantal, consagrada sin reserva al servicio de las enfermas, habia caido ella á su vez enferma, sin te-

(1) Manuscrito de la Madre Fichet.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ner en su enfermedad mas fuerza que la que le daba la energía sobrenatural comunicada por la gracia divina. Desde su noviciado habia estado sufriendo, y salvo algunos intérvalos, sujeta á crisis violentas acompañadas de una completa postracion de fuerzas, en las que perdia el uso de la palabra, hasta el punto de que á cada momento se creia que iba á morir. Estos accidentes se aumentaron tanto en medio de todos estos trabajos, que temieron perderla. El santo Obispo, que la miraba como el apoyo de la órden, hizo llamar al punto á los médicos mas célebres para consultarlos; pero lejos de curar ó aliviar el mal, los remedios prescritos por ellos no sirvieron sino para agravarlo (1). Entonces se dirigió á un doctor hereje que tenia mucha fama, el cual se rindió á la invitacion, y mientras que estudiaba atentamente el estado de la enferma, Francisco, considerándole con pena, como mucho mas enfermo por razon de sus errores, se preocupaba enteramente de su curacion espiritual, que parecia interesante tanto como la Madre Chantal. «¡Ay, decia (2), qué no daría yo »por la salvacion de una oveja tan digna de compasion! »Dios, ante quien vivo y hablo, es testigo de que quisiera »dar mi vida temporal, mi piel y mi sangre, por arran»carle de la muerte eterna.»

Sin embargo, el nuevo doctor no fué mas afortunado que sus colegas. «No veo, dijo, mas que una causa del »mal: la señora está enferma de amor de Dios, y no sé cu»rar estos males.» Este era, en efecto, el carácter principal de su estado: el amor divino la absorbia de tal suerte que, olvidándose de sí misma para no ver mas que el beneplácito de Dios, no pedia nada, no rehusaba nada, é indiferente para vivir ó morir, segun agradase á Dios, tomaba todos los remedios que le presentaban sin fijar su atencion en los efectos que podrian producir. «He conocido clara»mente, dijo un dia en un esceso de abandono, que no debe

(1) Carta CCXXI.
(2) Carta CCXXIV.

»formar regla, que esta prescripcion del médico me haría »mal; pero no me he detenido á pensar en ello. Hasta que »me han mandado que diga lo que conozca que me perju»dica, hubiera tenido escrúpulo de mezclarme en nada, »entregándome á Dios y la obediencia, y prefiriendo morir »por sumision y abandono á vivir por cuidarme.» Francisco le recomendaba con frecuencia esta disposicion de abandono en Dios. «Colocad vuestra cabeza al pié de la cruz, »le decia, y manteneos allí humildemente para recibir los »méritos de la sangre preciosa que destila, con gran con»fianza en la misericordia divina.» El mismo se mantenia, con respecto á su enfermedad, en una sumision entera á las órdenes del cielo, esperando en paz, pero no sin viva ansiedad, el giro que tomaria el mal. «Está muy mal esta »buena Madre, escribe (1), y mi espíritu muy afligido por »su estado; pero si el soberano Artífice de esta nueva »congregacion, quiere arrancar de sus cimientos la pri»mera piedra fundamental que ha puesto en ellos, para »ponerla en la Jerusalén celestial, Él sabe bien lo que »quiere hacer del resto del edificio, y con este pensamien»to quedo en paz.»

Algunos dias despues, habiendo empeorado el mal, vinieron á decirle que la enferma estaba de la mayor gravedad, que los médicos la habian desahuciado, y que se habia perdido toda esperanza. Esto hubiera sido para otro un golpe terrible, porque veia á punto de perder á aquella sobre quien habia fundado tan grandes designios y concebido tan bellas esperanzas; pero acostumbrado á sacrificar su propia voluntad en aras de la divina, no se turbó nada, y fué á dar en paz su último á Dios á la querida enferma. «Y bien, hija mia, le dijo con un rostro »tranquilo y sereno, ¿no quereis que la voluntad de Dios »se cumpla en todo?—Sí, sin duda, contestó.—Quizás, »añadió con un tono tranquilo y resignado, quiere Dios »contentarse con probarnos, como se contentó con la vo-

(1) Carta CCXXV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»luntad que mostró Abraham de sacrificarle su hijo. Si es »su beneplácito que dejemos la empresa á la mitad del ca»mino, al menos su bondad habrá visto que nos hemos de»dicado con buen deseo á la obra que nos habia inspira»do: que su santísima voluntad sea eternamente ben»dita.»

De vuelta á su palacio, habiéndole Luis de Sales espresado sus inquietudes sobre el rudo golpe que iba á sufrir la congregacion con la muerte de una superiora semejante: «Mi querido hermano, le contestó sin perder nada »de su perfecta serenidad, Dios es un dueño poderoso é »infinitamente bueno; todo está en sus manos; no necesita »de nadie, y de las mismas piedras puede suscitar hijos de »Abraham.» Sin embargo, quiso ensayar un remedio á su modo: mezcló con la bebida de la enferma un poco de polvo de las reliquias de San Cárlos Borromeo, en cuya proteccion tenia la mayor confianza, é hizo voto de ir en peregrinacion á su sepulcro, si la santa superiora recobraba la salud; ésta, no bien hubo gustado la bebida, exhaló un gran suspiro, que creyeron era el último; luego, abriendo los ojos, dijo á Francisco de Sales: «Padre mio, no moriré; »conozco que estoy curada y me siento muy bien, gracias »á Dios y á nuestro santo.» A estas palabras el santo prelado entonó el *Te Deum*, que rezó con él toda la comunidad. Pocos dias bastaron á la enferma para completar su restablecimiento, y pronto pudo volver á tomar el gobierno de su congregacion, con sus prácticas de caridad y de celo (1).

Dirigida por una superiora tan hábil y edificada con tantas virtudes, la comunidad se aumentó rápidamente, tanto en número como en fervor; y la casa de la Perriere era ya muy estrecha para recibir á las aspirantes que se presentaban.

Entonces la Madre Chantal compró en el interior de la ciudad, cerca del lago, otra casa, y el martes 30 de octu-

(1) Memorias de la Madre Chaugy, cap. II, p. 167.

bre de 1612, fué á establecerse á ella con sus religiosas en número de diez y seis, ocho profesas y ocho novicias. Allí esperaba fundar el primer monasterio de la Visitacion, comprando algunas casas pequeñas inmediatas á la suya; pero este negocio, que parecia lo mas sencillo del mundo, encontró los mayores obstáculos; y la ciudad, que debia considerarse feliz con poseer religiosas que tan útiles eran para socorrer las necesidades de los pobres, se manifestó opuesta á su santa empresa. Por un lado los magistrados y varios particulares, que hicieron entrar en la oposicion á los mismos dependientes del Duque de Nemours, pretendieron que el establecimiento de que se trataba perjudicaria á los intereses del barrio y disminuiria en él la circulacion y el comercio; por el otro, una casa religiosa que estaba en la vecindad se asustó, pensando que no podria elevarse un monasterio á su lado sin causarle perjuicio; y todo el mundo, alistándose bajo la bandera de uno ú otro de los jefes de la oposicion, se levantó contra el proyecto.

El santo fundador y la piadosa fundadora no se desconcertaron por eso, y el Obispo recurrió al Duque de Nemours, por lo que tenia relacion con sus dependientes y los magistrados de la ciudad; y este, despues de haber oido las razones en pró y en contra, desentendiéndose de las pretensiones de los que se oponian, autorizó la compra.

Mas difícil fué persuadir á la casa religiosa; pero al fin, á fuerza de paciencia y de prudencia, de dulzura y de talento, se triunfó de este segundo obstáculo como del primero, y la adquisicion tuvo lugar, la casa fué apropiada á su nuevo destino, y la Señora de Chantal se vengó de uno de sus principales perseguidores, prodigándole todos sus cuidados durante una larga enfermedad. «Este hom»bre, decia á sus hermanas, merece que tengamos gran »compasion de él; siente aversion hácia nosotras, y es »preciso que le curemos á fuerza de dulzura.»

A medida que la comunidad se aumentaba, el santo fundador redoblaba los cuidados con sus santas hijas. Les

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

recomendaba con frecuencia que se mantuvieran en una constante igualdad de alma, tranquilamente unidas á la divina Providencia en medio de las contrariedades de la vida y de las repugnancias de la naturaleza; que interrogasen á su corazon á ciertas horas del dia para ver si podian decir con verdad: «No soy yo la que vivo, es Jesucristo el que vive en mí;» (1) que inmolasen sin cesar su propia voluntad al beneplácito de Dios, hasta dejar sin hacer un punto, sin formar una letra, sin acabar una frase, cuando les llamase la obediencia (2); que consultasen á Dios en todo, como un hijo consulta á su padre; que recibiesen todas las cosas grandes ó pequeñas como venidas de su mano paternal; que hiciesen dulce y graciosamente al prójimo todos los servicios que desease (3); y por último, que se abandonasen enteramente, en lo que mira á la salud, á las personas encargadas de cuidar de ella.

Descendiendo de estos avisos generales ó detalles prácticos, les aconsejaba que *arrojasen desde la mañana, al despertar, toda su alma en el seno de Dios*, y la mantuviesen allí todo el resto del dia por el fervor de la caridad. Las designaba, segun la diversidad de las fiestas y tiempos, los asuntos de la meditacion, primer ejercicio de cada dia; les precisaba su objeto, enseñándoles á referirlo todo á la reforma de sus defectos é inclinaciones naturales, de modo que no viviesen ya para sí mismas, sino para Jesucristo; y les indicaba el medio seguro de alcanzar este fin, cuyo método era el mismo que espone en la *Introduccion á la vida devota*. Queria que todas le siguiesen, y tuvo sujeta á él á la misma Señora de Chantal; y solo despues de esta larga prueba, cediendo al atractivo de la gracia que inspiraba á esta alma escojida, la permitió una oracion mas sublime, en la cual se mantenia en una simple presencia de Dios y consideracion de

(1) Cartas, t IV, p. 75.
(2) Cartas, p. 78 y 79.
(3) Cartas, p. 80.

su nada, enteramente abandonada á la direccion del Espíritu Santo, sin procurar hacer un acto con preferencia á otro, descansando dulcemente en nuestro Señor, y dejándole sin impedimento ni resistencia hacer en ella lo que le agradase (1).

De la oracion el santo doctor pasaba al sacrificio de la Misa, que presentaba á las religiosas como el sol de los ejercicios de piedad, el corazon de la devocion, el centro del cristianismo: y las enseñaba á unir sus homenages á los de toda la Iglesia triunfante y militante, que en este sublime misterio se asocia ella misma á Nuestro Señor para glorificar con él, en él y por él á la Santísima Trinidad.

Cuando trataba del santo Oficio, les recomendaba recogieran dentro de sí mismas todas las potencias de su alma para bendecir el nombre de Dios, y pronunciar las alabanzas de su divina bondad, que nunca podrá ensalzarse bastantemente. Instruyéndolas sobre el exámen de conciencia y la confesion, las enseñaba á mantenerse postradas en espíritu á los pies de Jesus Crucificado; á representarse por la fe su sangre cayendo gota á gota sobre ellas para lavar sus manchas; y á llevar al santo tribunal, como un precioso tesoro, un corazon contrito y unido á Dios por un nuevo amor. Tratando de la Comunion, les recomendaba llevasen á la sagrada mesa un alma llena de fe, de esperanza y de amor, conduciéndose luego de tal suerte, que todos reconociesen al verlas que Dios estaba en ellas. Por último, las esplicaba el modo de vivir como otros tantos holocaustos, enteramente consagrados á Jesucristo, ofreciéndole todos los momentos de su existencia, aun los del sueño y los de la recreacion (2), entregando toda su alma al amor divino por medio de frecuentes aspiraciones ó elevaciones de corazon al soberano bien. «Porque, decia, es»tos santos ejercicios, lanzando y dirigiendo nuestros es–

(1) Cartas, p. 76 y 77.
(2) Carta CCLXI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»píritus en Dios, llevan tambien á él todas nuestras accio-»nes y las hacen agradables,» cuyas prácticas, sin embargo, queria se refiriesen siempre, como la oracion, á la reforma del corazon, estinguiendo los vicios y fortificando las virtudes. «Es preciso, decia, que todas se dejen con-»ducir, corregir y modelar, y se establezcan sólidamente »en la humildad, en la perfecta abnegacion de la propia »voluntad, y en el desprendimiento de todas las cosas. De »ahí se elevarán á la práctica de las virtudes; y en la elec-»cion de ellas preferirán, no las mas brillantes sino las mas »humildes, como las pequeñas prácticas de dulzura, de »paciencia, de tolerancia con el prójimo, de procurar »complacer á todos en todas las cosas, no habiendo en ello »pecado; en fin, la modestia en los ojos, en las palabras y »en las acciones, de modo que los que las vean no puedan »menos de esclamar: «He ahí unas verdaderas esposas de »Jesucristo.»

Para animarlas á la práctica de estas virtudes, el santo director tenia algunas máximas favoritas que procuraba inculcarles. «Todo se vuelve en bien, decia, para los que »aman á Dios; muchas miserias sirven para hacernos mas »humildes; nuestras aflicciones, contrariedades y perse-»cuciones bien sufridas, nos merecen un aumento de di-»cha perdurable. Todo es vanidad, fuera de la eternidad. »Todos los dias nos acercamos á la eternidad, y ya casi »tenemos un pié en ella; con tal que sea feliz, ¡que impor-»ta que el paso, que no dura mas que un momento, sea »borrascoso!.... ¿Es posible que, sabiendo que nuestros »sufrimientos de tres ó cuatro dias producen eternos con-»suelos, no los suframos con gusto? Si Dios es nuestro pa-»dre, padre tan tierno que vela contínuamente sobre nos-»otros, y que un solo cabello no cae de nuestra cabeza sin »su consentimiento, ¿cómo no estamos siempre preocupa-»dos con cuidado de amarle y servirle.» Una de sus grandes máximas era que se debia tener el corazon desprendido de toda criatura, de toda inclinacion á los lugares, á las personas, á los tiempos y hasta á los mismos actos

particulares de las virtudes, para unirse únicamente á la voluntad divina, no buscando consuelo, descanso ni gloria sino en la cruz del Salvador, al pié de la cual debian todas hacer morir sus inclinaciones y aversiones, sus pasiones, su imaginacion y sus sentidos. «Porque, decia con »frecuencia, es preciso sufrir mucho por Dios, ántes que »gozar de Dios.» (1)

Las religiosas de la Visitacion recibian con respeto estas hermosas enseñanzas, y se esforzaban en conformar á ellas su conducta. Pero considerando cuán útil les sería tenerlas por escrito para meditarlas á menudo, y trasmitirlas como un precioso legado á las religiosas venideras, formaron el piadoso proyecto de recoger cada una, despues de cada conferencia del hombre de Dios, lo que conservase en su memoria, reunir luego los trozos esparcidos, y componer el discurso por completo.

El resultado de estas santas hijas sobrepujó á su esperanza, pues por un esfuerzo inteligente de su memoria verdaderamente maravillosa, reprodujeron exactamente las palabras de su padre, y dieron al mundo el bello libro de las *Conferencias espirituales* del santo Obispo, vulgarmente conocido con el título de *Entretenimientos* (2). Leyendo esta hermosa obra se cree oir al mismo Francisco; allí se ve su estilo, su colorido y su espresion; habla con la sencillez de un amigo que conversa, con la precision y la claridad de un doctor que instruye, con la uncion de un santo que saca todo lo que dice de un corazon convertido, y que no enseña mas que lo que practica.

Allí espone á sus hijas tres leyes de la vida espiri-

---

(1) Conferencia VII.

(2) La hermana Inés de la Roche fué el alma de este hermoso trabajo, como nos lo dice la Madre Chantal en su carta sobre la muerte de esta religiosa. «Con la hermana Inés, dice, nuestro instituto pierde una de sus mas dignas »religiosas. Todas la tenemos grandes obligaciones, y su recuerdo no debe morir »entre nosotras. Ella es quien ha tenido cuidado de recoger las conferencias de »nuestro Bienaventurado Padre y la mayor parte de sus sermones, pues tenia »una memoria tan feliz, que repetia palabra por palabra lo que este gran prela-»do habia predicado algunos dias antes.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tual, que dice ser *de una utilidad sin igual, y capaces de causar una grande paz y suavidad interior, porque son todas de amor*. La primera es hacerlo todo para Dios y nada para sí; no solo en lo que mira á lo temporal, sino aun á lo espiritual y al progreso del alma en la perfeccion. «¡Oh, »qué felices seríamos, dice, si lo hiciéramos todo por Dios! »porque su amor es infinito para el alma que se entrega á »él.» La segunda ley es no disminuir su exactitud en el cumplimiento de sus deberes en medio de las privaciones y sequedades, de los disgustos y de los sacrificios por los cuales se complace Dios en hacernos pasar. «Un solo »acto hecho con sequedad de espíritu vale mas, dice, que »varios hechos con gran ternura; porque se hace con un »amor mas fuerte, aunque menos tierno y agradable.» La tercera ley es bendecir igualmente á Dios en los acontecimientos prósperos que en los adversos, lo cual esplica el santo con el ejemplo de Job. «¡El nombre del Señor sea »bendito! decia el santo Job.» Este era su cántico de amor, que entonaba en todas las ocasiones. «Vedle reducido á la »mas estrema afliccion; ¿qué es lo que hace? Entona su »cántico de dolor con el mismo tono que los de regocijo. »Hemos recibido, dice, los bienes de la mano del Señor; »¿por qué no hemos de recibir tambien los males? ¡Que »siempre sea bendito su santo nombre! ¡Oh, cuán amada »era de Dios esta alma santa! Procuremos hacer lo mismo »en los consuelos y en las aflicciones, cantando siempre y »en todas ocasiones el mismo cántico, con la mas perfecta »igualdad. ¡El nombre de Dios sea bendito!»

A estas leyes generales, el sabio maestro de la vida espiritual añade reglas particulares para cada virtud con relacion á Dios, y pide desde luego á sus hijas que se abandonen con su voluntad y afectos al beneplácito divino, para no querer mas que lo que quiera, descansando en él con amor y confianza. Es preciso, segun él, depositar nuestra propia voluntad en las manos de Dios, hasta recibir con una perfecta indiferencia la afliccion y el consuelo, la enfermedad y la salud, la pobreza y las riquezas, el

desprecio y los honores, el oprobio y la gloria, y aun preferir la privacion al goce, el sufrimiento al placer, si en ello se encuentra un poco mas del beneplácito divino. «Los »santos que están en el cielo, dice, tienen tanta union »con la voluntad de Dios, que si hubiera un poco mas de »su beneplácito en que fueran al infierno, dejarian al punto »el paraiso para ir allí. Debemos igualmente en toda oca»sion dejarnos conducir por la voluntad de Dios, sin preo»cuparnos de las consecuencias favorables ó adversas que »resulten, estando bien persuadidos de que nada nos será »enviado por este corazon paternal, de que no nos haga »sacar provecho, si confiamos en él.» (1) Este abandono de sí propio á Dios para ser perfecto, debe, segun el autor, tener por compañera á la sencillez, esta hermosa virtud que no solo no mira mas que á Dios en todas las cosas, sin pensar en agradar á las criaturas, ni inquietarse por lo que podrán decir ó pensar de ella, sino que se ocupa *buenamente*, dice, en amar á Dios, sin atormentarse en buscar los ejercicios y medios de amarle, como si para formarse en el amor no hubiera otro arte ó secreto mas que amar. Nada mas suave y delicioso que las consideraciones del autor sobre este asunto; toda su hermosa alma se manifiesta en él en toda sencillez y candor.

El doctor de la piedad no es ménos amable cuando esplica las virtudes que se refieren al prójimo, á quien quiere que se le ame mas que á uno mismo, hasta despojarse de sí propio por darle gusto, y preferirle en todo á sí segun el precepto y ejemplo de Jesucristo, que nos ha dicho: *Amaos los unos á los otros como yo os he amado;* y que luego se ha sacrificado por nosotros. Es preciso, pues, mezclar en todas las relaciones mucha cordialidad, y aún mas esa dulce afabilidad tan distante de la demasiada seriedad que desagrada, como de la familiaridad que destruye el respeto. Es preciso condescender de un modo amable con los deseos de los demás, mezclar en la conversacion una alegría san-

(1) Conferencias II, V, VIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ta y moderada; un no sé qué de gracioso que agrada; es preciso, en fin, evitar el aire sombrío y melancólico, como el aire disipado y aturdido; tolerar los defectos de las almas, sin dejar entrever que se perciben; y abstenerse de las preferencias que escitan la envidia (1).

Es cierto que esperimentamos en nosotros, á pesar nuestro, sentimientos de aversion contra ciertas personas, cuyo espíritu, carácter y maneras nos desagradan. Pero el santo autor enseña á no hacer caso de estas repugnancias, no dejando de acojer y hablar á estas personas con menos bondad y gracia, y aun á estimarlas mas, porque hay mas virtud en el que combate un natural defectuoso que en el que goza sin lucha de uno bueno (2). Con respecto á los superiores, quiere una obediencia universal, amorosa, pronta y constante: universal, porque la verdadera obediencia tiene un deseo insaciable de ser mandada en todo, porque la obediencia aumenta el mérito de las mas pequeñas acciones, y no hay virtud donde no hay obediencia; sometiéndose no solo la voluntad sino tambien el juicio, aprobando la cosa mandada, y estimándola mejor que ninguna otra, porque no conoce ese orgullo secreto que se atiene á su opinion y la prefiere á la de los otros; amorosa, porque se somete, no por temor sino por amor, y solo ve á Dios en la persona del que manda, sin discutir los motivos ni la prudencia de la órden, ni inquietarse por el resultado, sino pasando á la ejecucion y bastándole saber que obedece; pronta, porque la obediencia no deja nada para mas tarde, pues cuando se ama no hay dilaciones; y constante, porque consagra toda su vida á la obediencia y pone en ella toda su dicha (3).

En estas hermosas instrucciones, el santo Obispo no olvidó la modestia, virtud propia de las religiosas: modestia en las acciones, opuesta á la afectacion y á la lijereza;

(1) Entretenimiento IV.
(2) Idem XVI.
(3) Conferencia IX.

modestia en las palabras, que no dice nunca sino cosas convenientes y con un tono moderado; modestia en los vestidos, que consiste en la sencillez unida á la limpieza; modestia en el interior, que mantiene siempre en un estado tranquilo y recogido la imaginacion, el espíritu y el corazon (1). No prevenia con menos fuerza á sus amadas hijas contra las estravagancias é inconstancias que son una de las grandes miserias de la humanidad. «Dios, dice, »ha dado al hombre la razon para conducirle; y sin embargo, pocos hombres se dejan conducir por ella, sino »que siguen sus pasiones, sus caprichos, su carácter mudable; lo que agrada un dia, desagrada al otro; se ama y »se aborrece á la misma persona, segun la impresion del »momento; se está alegre ó triste con frecuencia sin saber »por qué..... Este no es el espíritu cristiano: la desigualdad »de los acontecimientos no debe nunca causar en el alma »desigualdad de humor; entre la variedad de los accidentes se debe permanecer siempre invariable, contento con »*servir á Dios constante, animosa y fervorosamente, sin interrupcion alguna.* En la paz de un corazon siempre igual »es donde Dios se manifiesta, así como en un lago muy »tranquilo cuyas olas no están agitadas por el viento, se »refleja de tal modo el cielo en una noche serena, que lo »mismo puede contemplarse su hermosura mirando abajo »como arriba.» (2)

Por último, por encima de todo esto el santo fundador les predica la humildad, no solo á cada una en particular, sino al instituto en general. «Las hijas de la Visitacion, les »dice (3), hablarán siempre muy humildemente de su pequeña congregacion, honrando y estimando á las otras, »pero prefiriendo la suya por el amor, manifestando gustosas cuando se presente la ocasion, cuan agradablemente »viven en este estado; á la manera que todos prefieren el

(1) Conferencia IX.
(2) Idem id.
(3) Idem III.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»pais propio por amor, no por estimacion, y el piloto ama »el navío en que navega mas que los otros, aunque sean »mas ricos. Confesemos francamente que las otras con»gregaciones son mejores y más escelentes, pero no mas »amables y deseadas para nosotras.»

Se concibe bien cuán edificantes serian nuestras religiosas formadas de esta suerte. «Entre estas almas tan pu»ras y buenas, cuenta la Madre de Chantal, no habia otra »emulacion que la de ser la última en su propia estima»cion y la primera en fervor y amor;» trazando, sin saberlo, la santa superiora que así hablaba, su propio retrato, pues se abatia con alegría á los mas humildes empleos, servia á su vez de ayudante en la cocina, y obedecia exactamente á la que estaba encargada de este oficio.

Así no se hablaba en todas las provincias vecinas sino de la nueva Orden de la Visitacion. «La edificacion que »nuestras hermanas dan todos los dias, escribia el piadoso »fundador (1), da fe de la intencion del Espíritu Santo. »Es admirable cuánto se ha aumentado la reputacion de »la vida devota con el trato de nuestras hermanas, á las »que veo tambien adelantar en ella todos los dias. Varias »señoras estrangeras que las han visto han salido con las »lágrimas en los ojos, y muy amantes de una órden tan »fervorosa.» Varias personas acudieron de Lyon para contemplar lo que decian era la maravilla de la época, y despues de haber visto al santo fundador, á la piadosa fundadora y á sus angélicas hijas, se retiraron publicando que todo lo que se decia de la Visitacion era muy inferior á la verdad, y que sería una bendicion para su ciudad poseer una casa de una órden tan santa.

Atraidas por el perfume de tantas virtudes, nuevas pretendientes pidieron formar parte de esta fervorosa comunidad; y bien pronto su número se aumentó sobre toda prevision. El santo fundador tuvo él mismo el consuelo de recibir á una de estas aspirantes, que fué mas adelante

(1) Carta DCLIII.

una de las glorias de la órden. Esta era la señorita Gaspara de Avege, de la alta nobleza de Chambery. Él la habia bautizado; y el dia de su bautizo una luz divina le habia ilustrado sobre su destino futuro. Así, cuando se presentó: «Sed bien venida, le dijo, hace tiempo que os espe»raba; desde el dia de vuestro bautizo, Dios me hizo co»nocer que seríais de las nuestras; desde entonces se lo »previne á vuestros padres. Hace pocos dias dije á la »Madre Chantal que otra hermana le llegaría el dia de »Reyes, y era de vos de quien hablaba.» Esta jóven quedó tanto mas sorprendida al oir esto, cuanto que hasta entonces, lejos de haber comunicado su designio á nadie, habia dado á entender lo contrario, siguiendo las modas y vanidades del siglo; y así no pudo menos de admirar una manifestacion tan maravillosa de la voluntad de Dios sobre ella, que ya habia creido reconocer en un sueño en el que, viendo en la ciudad de Annecy un largo camino que terminaba en el cielo, y cuya entrada resplandecia con tres estrellas, le pareció oir una voz que le decia: «No llegarás sino por este camino al paraiso.»

Estas tres estrellas le habian parecido designar claramente á las madres Chantal, Brechard y Favre, fundadoras de la Visitacion; y desde entonces, no pudiendo dudar que esta voz era un aviso del cielo, habia pensado unirse á estas tres religiosas, y por fin, cediendo á la gracia que la solicitaba, se habia despedido del mundo, y habia ido la víspera de Reyes á establecerse en el monasterio. El hombre de Dios le dió el hábito de novicia con otras tres pretendientes, y durante la ceremonia pareció de tal suerte arrebatado en Dios, que la espresion angélica de sus facciones permaneció grabada hasta la muerte en el recuerdo de la nueva religiosa y bastó para reanimar cada dia su fervor (1). Bajo la sábia direccion del santo Obispo, unida á los buenos consejos de la superiora y á estas divinas impresiones, hizo durante su noviciado los mas

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 5 de enero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rápidos progresos en la virtud; pero gozó poco tiempo de la compañía de la Madre Chantal, porque esta perdió, poco despues, al Baron de Chantal, su suegro; y Francisco, comprendiendo lo que debia como madre á sus hijos, únicos herederos del Baron, juzgó necesario enviarla á Borgoña para poner en orden los negocios de la herencia.

Hizo este viaje como el primero, con la misma piedad, el mismo recogimiento y la misma fidelidad á su regla que si hubiera estado en su monasterio. La criada del Baron, que la habia tratado tan indignamente por espacio de tantos años, volvió á usar con ella sus maneras rudas é insolentes; y la santa superiora, que podia despedirla en el acto, no correspondió á estos malos procederes sino con beneficios, acompañados de afecto y de ternura. Al Baron de Thorens, que acompañaba á su suegra, le indignaba la audacia de esta criada.

«En cuanto á mí, le dijo alegremente la santa viuda, »no veo en esto nada de nuevo, nada que me sorprenda; »otra cosa era cuando vivia mi suegro:» y en el heroismo de su caridad, hacia comer á la mesa á esta criada, como si fuera su igual. Como los negocios del difunto estaban en el mayor desórden, le fué preciso durante cinco semanas trabajar desde la mañana hasta la noche para desenredar este caos, y tratar con gentes groseras, que procuraban por medio de la mentira y del engaño disimular sus deudas; pero en medio de tantos obstáculos no se la vió nunca perder su paz, turbarse ni irritarse. Tenia una igualdad de alma y de palabras que nada alteraba. Y conforme á los consejos de su santo director, despachaba los negocios uno despues de otro, suave y dulcemente, sin preocuparse por lo que habia precedido ó debia seguir.

A la vuelta de su viaje, bien fuera por el cansancio ú otra causa, la Madre Chantal cayó gravemente enferma, y se temió otra vez por su vida; pero habiéndola hecho besar piadosamente el santo Obispo, despues de una fervorosa oracion, las reliquias de San Blas, que se conservan

en la iglesia de San Mauricio, al punto quedó completamente curada. Mas habiéndose permitido una religiosa decir, que no valia la pena de ir á buscar un santo del cuarto siglo á Armenia, cuando Monseñor de Ginebra hubiera podido por sí solo obrar esta curacion, el humilde prelado quedó tan afligido al oir esto que derramó algunas lágrimas, reprendió severamente á la religiosa delante de toda la comunidad, y la impuso en penitencia, no solo pedir perdon al santo mártir, sino tambien ayunar durante tres años en la víspera de su fiesta.

Habiendo la digna superiora recobrado la salud, conducia á sus amadas hijas por las sendas de la perfeccion, cuando el principio del año 1614 el santo Obispo, siempre preocupado con los medios de santificarlas mas, les envió de aguinaldo, bajo el nombre de *Desafío sagrado*, dos billetes, uno para todas en general y otro para cada una en particular, con las prácticas de una virtud, una pequeña penitencia por las faltas en estas prácticas, y la indicacion de los santos que habian sobresalido en esta virtud. La práctica comun á todas consistia en hacer seis aspiraciones en los tiempos que no están destinados á los ejercicios de piedad, para conformarse á las palabras que dijo Dios á Abraham: «Anda en mi presencia y serás perfecto.» La penitencia por cada falta era el verso *Beata viscera Mariæ Virginis quæ portaverunt Æterni Patris filium;* y los modelos ó protectores eran San Ambrosio, San Bruno y San Francisco de Paula. Las prácticas particulares para cada una eran: 1.° La preparacion al oficio divino y la atencion á decirlo bien. 2.° La conversacion interior con los santos á quienes se tiene particular devocion, y con el ángel custodio. 3.° La aplicacion á observar su interior, sin permitirse observar ni censurar á los otros. 4.° La tolerancia en silencio de los defectos del prójimo. Luego venia la penitencia por cada falta, y los modelos para cada virtud. Estos pequeños billetes, que parecian muy pequeña cosa en sí, dieron grandes frutos, y produjeron el más vivo fervor en la comunidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bien pronto nuevas aspirantes pidieron formar parte de la bendita casa. Entre ellas se encontraba una persona de distincion, á quien un caballero amaba ciegamente. Este señor, furioso al ver frustrada su pasion, creyó que esta señorita habia entrado en el convento por instigacion del Obispo, y en su consecuencia corrió lleno de cólera al palacio, prorumpiendo en las mayores injurias contra el santo prelado. «Señor, le dijo Francisco despues de ha»berle escuchado con calma, tened á bien examinar lo que »ha pasado, y vereis que no he sido el consejero de esa »señora, y que solo he aprobado la eleccion que ha hecho.» El jóven fuera sí se puso á gritar mas. «Señor, le dijo el »santo Obispo, os agradeceré que me digais en voz baja »las injurias que querais, y os aseguro que las pondré al »pié del Crucifijo y no las sabrá nadie.—Deseo, contestó »el jóven, que todo el mundo sepa el poco caso que hago »de vos.—Yo tambien lo desearía, dijo el humilde Obispo, »si de mi desprecio os resultara algun elogio.—Pues bien, »contestó el jóven furioso, iré esta misma noche al monas»terio, romperé las puertas, sacaré á la señora y le pren»deré fuego.—Señor, contestó Francisco con voz firme, »decís mucho y no hareis nada, porque Dios y la justicia »os detendrán.» Habiendo salido el jóven al decir estas palabras, el Obispo dió órden á la Madre Chantal para que hiciera acostar á la señora en el cuarto mas apartado de la calle, tuviese las luces encendidas cerca de la ventana, y confiase en Dios sin ningun temor. El caballero cumplió su palabra; y desde las once de la noche hasta las dos de la mañana, sus gentes estuvieron llamando á la puerta del monasterio, rompieron los cristales á pedradas y prorumpieron en mil insolencias. Por la mañana fueron á contárselo al santo Obispo: «Gracias á Dios, dijo, de que no haya »en todo eso mas que un poco de ruido que lleva el viento; »pero lo que no sabeis, es que el jóven está mas furioso »con la señora que conmigo; creia que al menos hubiera »asomado la cabeza á la ventana para rogarle que se reti»rase; y su silencio, que ha atribuido á desprecio, le ha

»irritado de tal suerte, que me ha mandado á decir que »era una orgullosa y que no la quiere ya.» (1)

Esta lamentable escena que habia producido la pasion del amor, fué reproducida al año siguiente por la ambicion de las riquezas. Habiendo entrado una señora rica en el monasterio, un señor, pariente suyo, que temia dejase á esta casa una parte considerable de su fortuna, fué lleno de cólera al palacio y colmó de ultrajes al santo Obispo. «Señor, contestó Francisco con dulzura, hubiérais debido »antes de irritaros informaros bien de la verdad, pues ha»bríais sabido que soy completamente estraño á los de»signios de vuestra parienta, y que no la he aconsejado »nada.» Lejos de admitir esta escusa, el insolente señor levantó mas y mas la voz y amenazó romper las puertas del convento. «Basta, señor, contestó Francisco con fir»meza, tened mas moderacion; las amenazas no valen nada »con nadie, y menos conmigo. Soy Obispo, y la justicia no »sufrirá vuestras insolencias contra mí.» A estas palabras el fogoso señor se retiró, y algunos fueron á decir á Francisco que habia jurado romper las puertas de la Visitacion. «¡No, contestó tres veces con energía, no, no, no lo »hará!»

Si la pasion amotinaba á los caballeros jóvenes contra las religiosas de la Visitacion, la malignidad de las lenguas no las perdonaba tampoco; se las calumniaba indignamente, y el santo prelado, para sostener su valor en medio de estas pruebas, les recordaba á menudo los grandes pensamientos de la fe. «Siento, escribe á la Madre Chantal (2), »el pecado de los calumniadores; pero estas injurias son »las pruebas mas ciertas de la aprobacion del cielo. Nues»tro Señor, para hacernos comprender este secreto, ha »querido ser Él mismo calumniado primero, y nos ha di»cho que son bienaventurados los que sufren persecucion »por la justicia..... Tengamos confianza en que la miseri-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 26 de junio.
(2) Cartas CCXXIX y CCXXX.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»cordia del Señor acabará lo que ha empezado en nosotros, »y dará á este poco aceite de buena voluntad que tenemos, »tanto aumento, que todos nuestros vasos y los de nues»tros vecinos se llenarán de él.»

Los hechos, por lo demas, hablaban en favor de la órden de la Visitacion y la elogiaban mejor que los discursos. La Baronesa de Mirabel, admirada de las virtudes que brillaban en este nuevo instituto, le habia declarado su universal heredero. Sus parientes, descontentos al verse privados de una fortuna con la cual contaban, quisieron poner pleito para anular el testamento; mas Francisco, amigo de la paz, renunció al punto á esta rica herencia, diciendo que no queria que las abejas disputaran con las hormigas sobre los bienes de la tierra, y que se complacia en enseñar á sus hijas espirituales á desprenderse de todas las cosas de este mundo, á fundar sus establecimientos sobre una base mejor que los bienes de fortuna, sobre la pobreza acompañada de todas las virtudes cristianas. Pero á la apología de los hechos, el santo prelado no desdeñó unir la proteccion de los poderosos de la tierra, y rogó á la infanta Margarita, hija del Duque de Saboya, Duquesa de Mantua, tomara bajo su alto patrocinio el instituto de la Visitacion. Esta proposicion fué acogida con gusto en la corte.

«La Infanta está llena de alegría, escribia al piadoso »prelado el Duque de Saboya, por haber sido elegida pro»tectora de una congregacion tan santa, á la cual haremos »con un celo estraordinario todos los servicios posibles: »nos sentimos inclinados á ello no solo por el afecto par»cular que os tenemos, sino tambien por las virtudes que »brillan en las religiosas de vuestra órden, las cuales se»gun hemos sabido edifican á toda la provincia.» En su consecuencia la Infanta declaró en un despacho que trasmitió el senado de Saboya, que tomaba por el presente y para el porvenir á esta congregacion bajo su proteccion, y que su voluntad era que fuese favorecida y sostenida en todos los estados de Su Alteza Real el Duque su padre.

Hasta entonces estas santas religiosas solo habian habitado casas edificadas para particulares, poco acomodadas á los usos de una comunidad regular, y era importante que la primera casa de la Visitacion ofreciese el modelo de un monasterio de esta orden. Muchas dificultades se oponian á la ejecucion de este proyecto, pues era preciso obtener un terreno que pertenecia á los Dominicos, hacer admitir en cambio otro terreno perteneciente al colegio, y que este consintiera en admitir una indemnizacion que le daria la Visitacion; negociaciones tan delicadas, que ofrecian pocas probabilidades de éxito: pero habiendo el santo fundador reclamado la proteccion del Duque de Saboya, del de Nemours y de la Duquesa de Mantua (1), que declararon á las partes interesadas deseaban mucho este arreglo, y que lo pedian como un buen servicio, todos se inclinaron ante estos intercesores, y los terrenos deseados fueron concedidos. El 18 de setiembre, despues de la Misa de pontifical, la Duquesa de Mantua puso, por medio de procurador, la primera piedra del monasterio; el santo fundador la bendijo en medio de los armoniosos acordes de la música, y bien pronto se levantó el edificio.

En vez de aplaudir tan bella obra, muchos se opusieron á ella procurando contrariarla, ya arrojando piedras sobre los obreros, ya ocultando sus herramientas ó dispersando sus materiales, ya inundando los cimientos con aberturas practicadas durante la noche en los diques de los canales. Un dia fueron á avisar al santo Obispo que un pobre, armado con un hacha, estaba rompiendo la estacada que la humedad del suelo habia obligado á establecer allí; acudió al punto, y sin mudar de semblante ni alzar la voz, dijo al malhechor con su dulzura incomparable: «Amigo »mio, os ruego no continueis:» y como el desgraciado no hiciese caso ni de la presencia del santo ni de sus palabras, se acercó, cogió dulcemente el hacha de sus ma-

(1) Carta CCCIX.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nos, y uniendo á la dulzura una majestuosa autoridad, le reprendió fuertemente. El malhechor intimidado se retiró confuso, y cuando se marchaba, le gritó el capellan que acompañaba al Obispo: «Ven ahora á Sales á buscar car»tas de recomendacion, ya te las daremos.—Sí, sí, con»testo, Francisco, se las daremos, y de buen grado;» y dirigiéndose al capellan le dijo: «Qué habeis hecho, señor, »de las máximas del Evangelio?»

El santo Obispo contó luego lo ocurrido á la Madre Chantal, confesando que se habia sentido algo alterado, y que habia tenido que sujetar su corazon con ambas manos para mantenerlo en la dulzura. A pesar de tanta moderacion, el malvado se atrevió á publicar con un aire de triunfo que habia hecho enfadar al santo, é informándole un amigo por escrito del rumor que se habia estendido, y preguntándole confidencialmente si la cosa era cierta: «Verdaderamente, le contestó Francisco, me he reido de »todo corazon cuando he leido en vuestra carta que os han »dicho que me he encolerizado..... Si el que os ha hablado »de mi cólera no hubiera tenido mas que yo, no estaríais »afligido por este pobre sacerdote. Os ruego que cuando »vuelva á veros le abraceis de mi parte y le manifesteis do»ble caridad, porque os confieso que no deja de tener razon. »Me sentí conmovido ciertamente, pero contuve mis emo»ciones, y he confesado mi debilidad á nuestra amada ma»dre, que en esta ocasion no tuvo tampoco ninguna palabra »de indignacion. Me parece que estas buenas gentes se »complacen en darla frecuentes motivos de mortificacion, »los que tolera insaciablemente. Sin embargo, ¿qué mal »hemos hecho á este hombre? ¡Ay! nuestra madre y yo »solo pretendemos levantar una pequeña colmena para al»bergar á nuestras pobres abejas, que no se ocupan mas »que en coger la miel sobre las sagradas y celestiales co»linas, y no de la grandeza y hermosura de su col»mena.» (1)

(1) Fundacion *inédita* del primer monasterio de Annecy, p. 27.

Al mismo tiempo que Francisco dirigia la construccion de su monasterio, se ocupaba de enviar una colonia de sus hijas á Lyon, para establecer allí una casa de la orden, que hacia mucho tiempo pedia el Arzobispo, y toda la ciudad deseaba vivamente.

Como sabio director, que no impone mas que sacrificios voluntarios, Francisco empezó por sondear las disposiciones de las hermanas que destinaba á la fundacion, y recibió la misma respuesta de todas; que solo querian obedecer, y que resueltas á morir al mundo y á sí mismas, no sabian mas que vivir por Dios, ni querer otra cosa que lo que Dios quiere. Seguro de sus hijas, pidió el consentimiento de sus padres (1), y el 25 de enero hizo partir á la madre Chantal con las hermanas Favre, Chastel y Blonay, y algunas otras que no habian profesado aún.

Llegada la pequeña comitiva á Lyon, se apeó en una casa cerca de los Fuldenses, que les estaba preparada. El Arzobispo Monseñor de Marquemont, entonces diputado en los estados generales, no pudo presidir su instalacion; pero la ceremonia no por esto dejó de tener lugar con la mayor solemnidad el 2 de febrero, en cuyo mismo dia, cuatro pretendientes se asociaron á la nueva comunidad y tomaron el hábito.

Tres sucesos notables señalaron esta fundacion. El primero fué un sentimiento estraordinario de amor con que la gracia inflamó el corazon de la Madre Chantal al salir de la Comunion, y que desde esta época hasta algunos años despues, produjo en ella cada vez que comulgaba, como un violento incendio que le costaba trabajo soportar. «Entonces, dice, estaba abismada en el sentimiento »de mi voto de hacer siempre lo que conociera ser mas »perfecto, y me parecia que en cada Comunion este fuego »quemaba y consumia alguna cosa de mis imperfecciones, »aunque obraba muy tranquilamente.» Otra cosa aún mas maravillosa ocurrió, y fué, que habiendo el director de

(1) Carta CCCIV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estas santas religiosas, mandado para probar su obediencia á la Madre Chastel, tomara del brasero una barra de hierro hecho áscua, aquella obedeció al instante, sin que le resultara ningun daño (1).

Por último, la tercera maravilla fué, que habiendo Monseñor de Marquemont, pedido á París autorizacion para fundar un instituto con el nombre de *Instituto de la Presentacion*, encontró, por una intervencion visible de la divina Providencia, tanto en los despachos del Rey como en el original de la demanda dirigida por él, que el instituto era designado bajo el nombre de *Visitacion*, en cinco ó seis lugares, con caractéres claros, bien formados y sin ninguna señal de raspadura; de suerte que los despachos enviados para la institucion de Monseñor de Marquemont, con pleno derecho se aplicaron á la congregacion de la Visitacion, que ocupó el lugar del ensayo que habia intentado inútilmente el Arzobispo (2).

Pero estos favores del cielo fueron bien pronto compensados con crueles pruebas. Los parientes de la Señora de Auxerre, persona piadosa que se habia asociado á la comunidad naciente, movidos por el temor de que su fortuna pasara al nuevo monasterio, que ella sostenia casi por sí sola, hicieron que se apoderaran de sus bienes, prorumpieron en injurias contra las religiosas, de modo que

(1) Vida de las primeras Madres, I, 315.

(2) Testigos de este hecho son: 1.° San Francisco de Sales. «En la patente »de autorizacion que Sus Majestades han dado para la ereccion de esta casa, »se la nombraba la Congregacion de la Visitacion, como si Nuestro Señor se hu»biese querido declarar por medio de la voz del rey.» Este rasgo de la Providencia me agrada mucho. (*Carta inédita á madame Desgonfiers*, fundacion manuscrita de Lyon.) 2.° La Santa Madre Chantal, que para esplicar estas palabras tan breves de San Francisco de Sales ha añadido algunas líneas de su mano al pié de la carta arriba citada. «Se quiso cambiar en la patente el título »de la Presentacion en el de Visitacion; pero se vió que Dios habia hecho por »sí mismo este cambio, de lo que todos quedaron admirados y consolados, al »ver un testimonio tan manifiesto de su voluntad.» 3.° La Madre Chaugy, que esplica este rasgo muy por estenso en sus memorias sobre la santa, y en la fundacion manuscrita de Lyon, revisada y corregida por la misma mano de Santa Chantal.

la casa sufrió á la vez la doble pena de la mas estrema indigencia y de las mas odiosas calumnias. Felizmente el cielo acudió en su socorro, y un dia que la Señora de Chantal no tenia nada para dar de comer á la comunidad, no bien hubo dicho de rodillas un *Padre nuestro* para pedir á Dios el pan de cada dia, cuando un desconocido llamó á la puerta del convento, depositó en sus manos ochenta escudos, sin decir otra cosa sino que el que enviaba esta limosna la suplicaba rogara á Dios por él. Otro dia, en el momento en que, deseando tener una custodia de plata para el Santísimo Sacramento, rogaba á Jesucristo tomase cuidado de sí mismo, Él, que tanto cuidaba de sus esposas, un desconocido fué á llevarla una custodia de plata sobredorada, manifestándola su deseo de que la usaran lo mas pronto posible (1).

Francisco unia sus consuelos á los de la Providencia, y en el espacio de cinco semanas escribió á la Madre Chantal hasta cinco cartas, para alentarla y fortificarla en medio de las pruebas. Desde el dia siguiente al de su partida, le habia dirigido una carta que debian entregarle en el camino. «La Providencia os asistirá, le decia (2); invo»cadla en confianza en todas las dificultades: á medida »que adelantais, tomad ánimo y alegraos de agradar á »Nuestro Señor, cuyo contento llena de gozo á todo el pa»raiso. Haced suave y alegremente la obra que os ha con»fiado. Vuestros ángeles de aquí tienen sus ojos fijos en »vos y en vuestra pequeña comitiva, y no pueden abando»naros; los ángeles de Francia que os esperan enviarán á »vuestro encuentro sus bendiciones, y os miran ya con »amor ir á los lugares que les estan confiados, puesto que »no vais á ellos mas que para secundar su ministerio..... »¡Oh Dios de mi corazon! conducid á mi amada hija por »vuestra mano; que un ángel esté siempre á su diestra

(1) De Cambis, t. II, p. 435.

(2) Carta CCCXV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»para protegerla, y que la Santísima Virgen la recree con »la mirada de sus benignos ojos.»

Cuatro dias despues le escribia (1). «Sé que estais en»ferma, y algo estrañada de no haber encontrado las cosas »en tan buen estado como nuestro deseo me lo hacia ima»ginar. Esas son verdaderas señales de la bondad de la obra; »el principio es siempre difícil, el progreso un poco me»nos y el fin feliz. No dejeis abatir vuestro ánimo por las »contradicciones, pues la puerta de los consuelos es difi»cil y lo que les sigue sirve de recompensa. Sufrid, dulci»ficadlo todo y llevadlo en silencio. Es preciso sembrar »con trabajo, perplejidad y angustia, para recoger con »gozo, consuelo y dicha.» Algunos dias despues añadia (2): «Estoy siempre presente en espíritu en medio de »vosotras, y no ceso de formar santos deseos acerca de vos »y de vuestras hijas. Señor, bendecid con vuestra mano »el corazon de mi madre, para que sea bendito con la ple»nitud de vuestra suavidad, y sea como una fuente fecun»da que os produzca un gran número de corazones ente»ramente dedicados á vos..... Dios quiere no sé qué de »grande de nosotros (3). Pero observad el precepto de los »santos, de hablar poco de sí y de las cosas propias. El »amor á nosotros mismos nos deslumbra con frecuencia; y »es necesario tener los ojos muy cerrados para no engañar»nos sobre este particular.» Por fin, en su última carta (4) le da consejos acerca de su salud y sobre algunos puntos de la disciplina religiosa. Así es cómo este tierno padre ayudaba con sus consejos á su amada hija espiritual, aunque estuviese, segun su espresion, totalmente *atareado* con la composicion del *Tratado del amor de Dios*, en el cual trabajaba entonces; así es cómo, asistiéndolas tanto de lejos como de cerca, practicaba lo que él mismo manifestó,

(1) Carta CCCVI.
(2) Carta CCCXXXII.
(3) Carta CCCXXVIII.
(4) Carta CCCXX.

cuando dijo que «las gentes del mundo se separan al se»pararse, pero las de Dios, lejos de separarse nunca, están »siempre unidas en Jesucristo.» (1)

CAPITULO III.

Reglas que da Francisco á la Visitacion.—Progreso rápido del Instituto.

El Obispo de Ginebra no detuvo á la Madre Chantal en Lyon mas que nueve meses, al cabo de cuyo tiempo, nombró á la Madre Favre superiora en su lugar, y llamó á Annecy á la santa fundadora, deseoso de tener constantemente en la cuna de la congregacion á una persona tan hábil para formar en ella las novicias, y comunicarlas el espíritu de Dios, de que estaba llena. Deseaba tambien conferenciar con ella sobre las reglas del instituto y establecerlo todo de acuerdo, tanto mas cuanto que el Arzobispo de Lyon, bajo cuya jurisdiccion se encontraba entonces, tenia sobre la órden miras enteramente diferentes de las del fundador. Monseñor de Marquemont creia que, para establecer el nuevo instituto sobre fundamentos sólidos, era absolutamente necesario ordenar la clausura, prescribir votos solemnes, y erigir la congregacion en órden religiosa. «Actualmente, decia, no se puede desear »mas fervor; pero tal es la debilidad y la inconstancia hu»mana, que no se puede esperar una larga perseverancia »en un estado en que la naturaleza sufre y no está con»tenta, y hay mucho que temer que la libertad de salir »introduzca la disipacion y la relajacion, y aun quizás la »licencia y el desórden, y que los votos simples no sean »lazos bastante fuertes para contener la natural inclina»cion á cambiar.» Francisco, por el contrario, quería que sus hijas no estuvieran sujetas á clausura, que saliesen

(1) Carta CCCXIX.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»para protegerla, y que la Santísima Virgen la recree con »la mirada de sus benignos ojos.»

Cuatro dias despues le escribia (1). «Sé que estais en»ferma, y algo estrañada de no haber encontrado las cosas »en tan buen estado como nuestro deseo me lo hacia ima»ginar. Esas son verdaderas señales de la bondad de la obra; »el principio es siempre difícil, el progreso un poco me»nos y el fin feliz. No dejeis abatir vuestro ánimo por las »contradicciones, pues la puerta de los consuelos es difi»cil y lo que les sigue sirve de recompensa. Sufrid, dulci»ficadlo todo y llevadlo en silencio. Es preciso sembrar »con trabajo, perplejidad y angustia, para recoger con »gozo, consuelo y dicha.» Algunos dias despues añadia (2): «Estoy siempre presente en espíritu en medio de »vosotras, y no ceso de formar santos deseos acerca de vos »y de vuestras hijas. Señor, bendecid con vuestra mano »el corazon de mi madre, para que sea bendito con la ple»nitud de vuestra suavidad, y sea como una fuente fecun»da que os produzca un gran número de corazones ente»ramente dedicados á vos..... Dios quiere no sé qué de »grande de nosotros (3). Pero observad el precepto de los »santos, de hablar poco de sí y de las cosas propias. El »amor á nosotros mismos nos deslumbra con frecuencia; y »es necesario tener los ojos muy cerrados para no engañar»nos sobre este particular.» Por fin, en su última carta (4) le da consejos acerca de su salud y sobre algunos puntos de la disciplina religiosa. Así es cómo este tierno padre ayudaba con sus consejos á su amada hija espiritual, aunque estuviese, segun su espresion, totalmente *atareado* con la composicion del *Tratado del amor de Dios*, en el cual trabajaba entonces; así es cómo, asistiéndolas tanto de lejos como de cerca, practicaba lo que él mismo manifestó,

(1) Carta CCCVI.
(2) Carta CCCXXXII.
(3) Carta CCCXXVIII.
(4) Carta CCCXX.

cuando dijo que «las gentes del mundo se separan al se»pararse, pero las de Dios, lejos de separarse nunca, están »siempre unidas en Jesucristo.» (1)

CAPITULO III.

Reglas que da Francisco á la Visitacion.—Progreso rápido del Instituto.

El Obispo de Ginebra no detuvo á la Madre Chantal en Lyon mas que nueve meses, al cabo de cuyo tiempo, nombró á la Madre Favre superiora en su lugar, y llamó á Annecy á la santa fundadora, deseoso de tener constantemente en la cuna de la congregacion á una persona tan hábil para formar en ella las novicias, y comunicarlas el espíritu de Dios, de que estaba llena. Deseaba tambien conferenciar con ella sobre las reglas del instituto y establecerlo todo de acuerdo, tanto mas cuanto que el Arzobispo de Lyon, bajo cuya jurisdiccion se encontraba entonces, tenia sobre la órden miras enteramente diferentes de las del fundador. Monseñor de Marquemont creia que, para establecer el nuevo instituto sobre fundamentos sólidos, era absolutamente necesario ordenar la clausura, prescribir votos solemnes, y erigir la congregacion en órden religiosa. «Actualmente, decia, no se puede desear »mas fervor; pero tal es la debilidad y la inconstancia hu»mana, que no se puede esperar una larga perseverancia »en un estado en que la naturaleza sufre y no está con»tenta, y hay mucho que temer que la libertad de salir »introduzca la disipacion y la relajacion, y aun quizás la »licencia y el desórden, y que los votos simples no sean »lazos bastante fuertes para contener la natural inclina»cion á cambiar.» Francisco, por el contrario, quería que sus hijas no estuvieran sujetas á clausura, que saliesen

(1) Carta CCCXIX.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para visitar á los enfermos, consolar á los afligidos y socorrer á los pobres, uniendo así la vida de María á la de Marta, y las obras esteriores de la caridad al reposo de la contemplacion. «Mi designio, decia, habia sido unir estas »dos cosas con tanta igualdad, que en vez de destruirse se »ayudasen mútuamente, que la una sostuviese á la otra, y »que las hermanas, trabajando en su propia santificacion, »procurasen al mismo tiempo el socorro y el alivio del »prójimo. Prescribirles hoy la clausura, sería destruir una »parte esencial del instituto, privar al prójimo de buenos »ejemplos y preciosos auxilios, y á las mismas hermanas »del mérito de las obras de caridad, tan recomendadas en »el Evangelio y tan autorizadas con el ejemplo de nuestro »Señor.» (1)

A pesar de unas razones tan poderosas, el Obispo de Ginebra no se obstinó en su parecer; inspirado solamente por el deseo del mayor bien, pesó atentamente las razones en pró y en contra, y prefiriendo á su opinion la del Arzobispo, decidió que su congregacion fuera erigida en orden religiosa, guardara clausura é hiciera votos solemnes; lo que le inspiró en lo sucesivo estas bellas palabras llenas del espíritu de humildad: «Me llaman fundador de la Vi»sitacion, y no hay nada mas injusto. Yo he hecho lo que »no queria hacer, y he deshecho lo que queria hacer.» (2)

La fundacion de Lyon, que habia ocasionado una modificacion tan notable en el instituto, fue bien pronto seguida de otra. Los magistrados de Moulins, maravillados de lo que la fama publicaba de las nuevas religiosas, pidieron con instancia el establecimiento de una casa de esta orden en su ciudad, apoyando el Arzobispo de Lyon su demanda como administrador del obispado de Autun, del que Moulins dependia entonces, por lo cual no fue posible rehusar. En su consecuencia el santo Obispo envió para esta fundacion á la Madre Brechard, con cuatro compañeras de una piedad notable. Llegadas á Moulins, estas santas hijas no encontraron casi nada de lo que se les habia prometido, y las cosas mas necesarias faltaban en la casa; pero lejos de desalentarse, pusieron su confianza en Dios, y edificaron de tal suerte á la ciudad y á la provincia con su desinterés y su espíritu de pobreza, su paciencia, su dulzura y su modestia, que bien pronto recibieron veinte novicias, les dieron lo que faltaba, y en poco tiempo este monasterio se hizo uno de los mas hermosos y mejor establecidos de la órden.

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, por Mr. de Belley, p. XV, sec. XI.
(2) Idem, p. VI, sec. X.

Viendo Francisco que esta se aumentaba y empezaba á estenderse, creyó que habia llegado el momento de darle unas constituciones definitivas. Para acertar en esta obra tan delicada, solicitó por mucho tiempo las luces del cielo con fervorosas oraciones, estudió las reglas y constituciones de diversas órdenes, tomando de cada una lo que podia servir á su objeto; consultó á los hombres mas eminentes en este punto; y despues de estos preliminares puso manos á la obra, proponiéndose de tal suerte suavizar estas reglas, que las mas débiles no las encontrasen muy severas, ni las mas fuertes demasiado suaves, y que todas pudieran acomodarse á ellas, con tal que supiesen amar á Dios y al prójimo.

El piadoso fundador instituyó desde luego á los Obispos superiores inmediatos de todas las casas de la Visitacion, «porque, dice, si un Obispo deja que decaiga la re»gularidad, su sucesor la levantará; porque Dios, que no »abandonará nunca á su Iglesia, no permitirá una larga »série de prelados que olviden su deber hasta ese pun»to.» (1)

Esto establecido, ordenó que no se recibiese á nadie en la congregacion que no hubiese cumplido diez y seis años, y que no supiese bien leer, si deseaba ser corista; que no hubiese puesto en buen órden sus negocios temporales y establecido á sus hijos, si los hubiera, de modo que su pre-

(1) Carta DCLXXXVI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sencia no fuere necesaria en el mundo; que tuviera enfermedad contagiosa ó que la hiciera incapaz de observar la regla y de seguir los ejercicios de la comunidad; que no tuviera buen espíritu y estuviera dispuesta á vivir bajo obediencia, en la práctica de la dulzura, humildad y sencillez. Con estas condiciones la pretendiente podia ser recibida, aunque fuera viuda, deforme, enferma ó anciana; y para que la casa pudiera convenir á todas, no se dejaría introducir en ella ninguna austeridad corporal, fuera de las indicadas en la regla (1).

Habrá tres clases de hermanas: las coristas, destinadas á cantar ó rezar el Oficio; las asociadas, que estarán exentas del Oficio, pero que tendrán parte en todo lo demás como las coristas; y en fin, las hermanas domésticas, que no tendrán voz en el capítulo. Ninguna casa de la órden, á no ser con dispensa, podrá tener mas de treinta y tres hermanas. La clausura se guardará exactamente, y si es preciso introducir algun estraño, como el médico ó el confesor para las enfermas, el albañil ó el carpintero para los trabajos de su clase, serán acompañados de dos hermanas por el dia y de cuatro durante la noche.

Todas las hermanas obedecerán á la superiora; no ayunarán ni harán ninguna austeridad sin su permiso; le abrirán su corazon con confianza y se dirigirán por sus consejos. Las dispensará en las cosas pequeñas, pero reservará las grandes al juicio del superior ó del Obispo. Las dirigirá con dulzura, mas bien rogando que mandando; leerá todas las cartas que escriban ó reciban, escepto las de las hermanas al superior, ó las del superior á las hermanas, y espirado el tiempo de su cargo, irá á ocupar el último lugar, para practicar la humildad y la obediencia.

Las hermanas no tendrán nada propio, y cambiarán cada año de celda, cama, hábitos, libros, rosarios, cruces medallas y otros objetos semejantes, con el fin de prevenir

(1) Carlos Aug. p. 476.

ó corregir cualquier inclinacion por pequeña que sea. Todo lo que es del uso de las hermanas, será sencillo; y no habrá riquezas ni cosas preciosas sino para el servicio del altar.

Desde Pascua hasta San Miguel se levantarán á las cinco: de cinco y media á seis y media tendrán la oracion, que será seguida del canto de Prima y del oficio menor de la Santísima Virgen, único que se rezará en esta congregacion. A las ocho rezarán Tercia y Sesta seguidas de la Misa, y luego de la Nona y del exámen de conciencia. A las diez será la comida; luego la recreacion, que durará hasta las doce, á cuya hora todas las hermanas se presentarán á la superiora para saber lo que deberán hacer hasta la noche; á las tres, Vísperas, á las que seguirá la junta ó conferencia espiritual; á las cinco Completas, seguidas de la Letanía y media hora de oracion; á las seis la cena seguida de la recreacion, despues de la cual irán todas, como al medio dia, á tomar las órdenes de la superiora para emplear el tiempo hasta el otro dia á las doce; á las ocho y tres cuartos Maitines y Laudes, seguidos del exámen y los puntos de la oracion; y á las diez todas deben estar acostadas. Desde San Miguel hasta Pascua se levantarán media hora despues, y todos los demás ejercicios se retardarán con la misma proporcion hasta Vísperas (1).

Quizás se encontrarán estos ejercicios muy multiplicados, pero precisamente es esta multiplicidad la que los suaviza, pues lo que dura mucho tiempo fatiga, y la variedad, por el contrario, recrea. Aquí cada momento tiene su ocupacion: un dulce encadenamiento, una ligazon natural conduce de un ejercicio á otro; el siguiente nace del precedente; el uno es fruto y alivio del otro; la oracion prepara al Oficio, la recreacion suaviza el trabajo, la lectura dispone al exámen, y así, por una santa distribucion del tiempo, todo pasa dulcemente, todos los momentos estan aprovechados, pues la vida mas llena es la mas tranquila,

(1) Carlos Aug., p. 477 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y la vida mas santa, es la mas dulce. «Este es el efecto, »dice Francisco de Sales, que producen los cuadros en un »magnífico jardin y los colores en una hermosa flor. Se »admira la blancura de la azucena, la belleza de la rosa, »el colorido del clavel; ¿pero acaso se desprecian las viole»tas, los pensamientos y las margaritas? Las mas pequeñas »flores regadas con la sangre de un Dios, sin ser tan bri»llantes, no son menos agradables.» Pero continuemos oyendo al piadoso legislador de la Visitacion.

Se leerá durante toda la comida; se guardará en todas partes silencio, fuera del tiempo de las recreaciones, y en estos momentos de descanso se hablará modesta, util y santamente, observando la caridad, la dulzura y la sencillez. No se jugará ni se hará ninguna labor que sirva á la vanidad; no habrá pájaros, ni otro animal que sirva de diversion. Se abreviarán cuanto sea posible las conversaciones en el locutorio; no se hablará nunca á solas con ningun estraño; y se mantendrán, hablando con los hombres, á cierta distancia de la reja y con el velo bajo, á menos que dispense de ello la superiora. El locutorio se cerrará al toque de Oraciones al ponerse el sol, y no se volverá á abrir sino es por una necesidad muy urgente.

Ademas de los ayunos prescritos por la Iglesia, se ayunará todos los viernes desde San Miguel hasta Pascua, y las vísperas de la Trinidad, de la Ascension, del Corpus, de San Agustin, y de todas las fiestas de la Santísima Virgen.

Las hermanas llevarán el hábito y el velo negros, dormirán solas cada una en su celda, y tendrán un colchon y almohadas de lana en su cama.

Cuatro veces al año se presentarán á un confesor estraordinario, cada dia comulgarán tres religiosas sucesivamente; los jueves, domingos y fiestas, habrá Comunion general; y cada ocho dias se llevará la Comunion á las que esten enfermas.

Todos los sábados habrá capítulo; una vez al mes darán cuenta de conciencia á la superiora, se leerán las constituciones y se renovarán los votos; y una vez al año, el dia de la Presentacion de la Santísima Virgen, renovarán su profesion y se ofrecerán á Dios con los sentimientos de María al ofrecerse al Eterno Padre en el templo.

Tales son en resúmen las constituciones de la Visitacion (1), en las cuales no se encuentran austeridades que espanten á la debilidad humana: la penitencia pierde en ellas sus espinas, la soledad su tedio, el silencio su disgusto, la obediencia su violencia, el trabajo sus dificultades; y sin embargo, la naturaleza encuentra su muerte con el sacrificio contínuo de la propia voluntad, y la obligacion de estar siempre ocupada, con la desapropiacion absoluta y la uniformidad constante de los ejercicios diarios, que quebranta la inconstancia natural del corazon humano. Pero lo que eleva hasta el mas alto grado el mérito de estas reglas, es el espíritu de caridad y dulzura, de humildad y de sencillez, de candor y de inocencia con que el piadoso legislador quiere se observen. Desea que se haga todo por amor y nada por temor; que todas las hermanas no tengan entre sí mas que un corazon y un alma, como hermanas de una misma familia; que su piedad, agradable á la par que sólida, sea tan amable é indulgente con las demás como severa con ellas mismas; que siempre prontas á sacrificar sus deseos ó repugnancias en bien de la caridad, se apliquen á agradar en todo al prójimo; que la dulzura respire en toda su persona; y que sus palabras, su voz, su aire y sus acciones sean como la efusion de la suavidad de que su corazon debe estar inundado; que, en fin, sean modestas en sus miradas, reservadas en las palabras, graves en su continente, limpias en sus hábitos, y que unan siempre la severidad del deber á la cortesía en sus acciones.

He aquí la piedad con todos sus encantos; tan cierto es que todo se hace amable en manos de la virtud. ¡Cosa

(1) El manuscrito autógrafo de estas constituciones, firmado el 9 de octubre de 1618, se conservaba aún en 1792 en los archivos de la casa de Sales.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

notable! en estas constituciones el mismo santo fundador no habla como maestro, sino que recurre á las formas mas dulces, á los giros mas insinuantes, á los términos mas comedidos; mas bien aconseja que exige; ruega mas bien que manda; mas dirige que establece; y esto mismo es lo que hace que su palabra sea mas fuerte y poderosa, hasta el punto de que la Orden de la Visitacion, desde su origen hasta nuestros dias, se ha mantenido en todas partes en su primer espíritu y regularidad perfecta. No prescribe cilicios y cadenillas de hierro, ni las disciplinas que quebrantan el cuerpo; deja al fervor dirigido por la obediencia, el cuidado de suplir á la regla; y las santas hijas de la Visitacion, lejos de quedar inferiores á sus esperanzas parecieron mas bien traspasarlas, porque por su propio impulso llegaron á martirizar su cuerpo algunas hasta herir con ortigas vivas su carne inocente (1).

Francisco, despues de haber redactado así sus constituciones, las envió á Roma para someterlas á la aprobacion de la Santa Sede y pedir la ereccion de su congregacion en órden religiosa. Ya habia escrito con este motivo al Cardenal Belarmino (2), quien le habia contestado (3) que el asunto ofrecia graves dificultades, pero que interpondria todo su poder para vencerlas. Al enviar las reglas, envió con ellas otra carta de recomendacion (4) á un religioso que conocia, rogándole al mismo tiempo procediera con suavidad y circunspeccion, «porque, dice, algunos ecle»siásticos austeros y rígidos en su conducta, han manifes»tado no estar satisfechos de que en esta congregacion »haya tan pocas austeridades.»

Sin embargo, el 23 de abril de 1618 Paulo V le envió la bula que le autorizaba para erigir en órden religiosa bajo la regla de San Agustin el instituto de la Visita-

(1) Manuscrito de la Madre Fichet, p. 3.
(2) Carta CCCLXI.
(3) Carta CCCLXXI.
(4) Carta DLXXXI.

cion (1), y el 9 de octubre siguiente, el piadoso fundador llenó esta mision de la Santa Sede, añadiendo á estas constituciones reglas de costumbres para el gobierno de cada casa, que pasamos aquí en silencio por referirse mas á las religiosas que al público. Notaremos solo que no les mandó rezar otro Oficio que el de la Santísima Virgen, para lo cual habia obtenido de Roma el competente permiso por diez años, siendo de parecer que se renovase esta peticion pasado este tiempo. «Mi procurador, dice la Señora de »Chantal, me escribe que se ha hecho mal en recurrir á »Roma para cosas en que se puede pasar sin hacerlo, y los »cardenales lo han dicho tambien; porque dicen hay cosas »que no necesitan especial autorizacion, porque están per»mitidas, y si se quiere hacerlas autorizar, se corre el ries»go de que sean examinadas diversamente; y el Papa pre»fiere que la costumbre autorice algunas cosas á hacerlo él »mismo, por las consecuencias que pueden resultar.» Sin embargo, el santo Obispo sufrió con este motivo algunas críticas; habia creido deber modificar el Oficio para las fiestas principales del año, poniendo el capítulo, los versículos y la oracion del dia, en lugar del capítulo, de los versículos y de la oracion de la Virgen. Se criticó esta disposicion, y el piadoso fundador dió esta dulce respuesta á la censura: «¡Dios mio! verdaderamente que es delicada esta »queja; los padres del Oratorio hacen mas aún, y en Italia »varios Obispos han compuesto enteramente los Oficios de »los santos de su iglesia. Pero, para condescender será »necesario limitarse á hacer conmemoracion de la fiesta al »fin del Oficio.»

Nada mas gracioso y delicado que lo que dijo á las religiosas al entregarlas estas constituciones, sobre el espíritu que debia vivificar la letra de la regla, á cuya breve conferencia llama la Madre Chantal el compendio de toda la perfeccion del instituto. Hé aquí lo acontecido. Habiéndole hecho una religiosa, la hermana Simplicia, con

(1) Carta DLXXI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mucho candor esta pregunta: «¿Monseñor, si fuéseis reli-
»giosa y estuviéseis entre nosotras, cómo haríais para ser
»muy perfecto?—Oh, querida hija, le contestó con una
»dulce sonrisa, me preguntais lo que haría; no me porta-
»ría tan bien como vos sin duda, porque no valgo nada,
»pero me parece que con la gracia de Dios me mantendria
»tan atento á la práctica de las menores observancias, que
»de ese modo robaria el corazon de Dios; guardaría per-
»fectamente el silencio, sin embargo, hablaría aun en
»tiempo de silencio cuando la caridad lo pidiese; y lo haria
»muy dulcemente teniendo en ello una atencion particu-
»lar, porque las constituciones lo mandan; abriria y cerra-
»ria las puertas muy suavemente, porque nuestra Madre
»lo quiere, y deseamos hacer todo lo que quiere que se
»haga; tendria los ojos bajos y andaria muy modestamen-
»te, porque Dios y sus ángeles nos están mirando siempre,
»y aman estremadamente á los que obran bien. Si me em-
»plearan en alguna cosa, la amaría y procuraria desempe-
»ñarla bien; si no me emplearan en nada, no me ocuparía
»de nada, sino de obedecer y de amar á nuestro Señor.
»¡Oh! Me parece que yo amaria con todo mi corazon á
»este buen Dios, y aplicaria todo mi espíritu á esto y á
»observar bien mis reglas. Se debe hacer todo lo que mas
»se pueda, porque nos hemos hecho religiosas para eso;
»pero no debemos asustarnos de nuestras faltas, porque
»nada podemos sin la ayuda de Dios. Estaria muy con-
»tento y no me apresuraría nunca; eso, á Dios gracias, lo
»hago ya, porque nunca me apresuro, pero esto lo obser-
»varé desde ahora mejor. Me mantendria muy bajo y pe-
»queño, aceptaria las humillaciones que se encuentran, y
»si no las encontraba, me humillaria de no ser humillado.
»Procuraria lo mas posible mantenerme en la presencia de
»Dios, y hacer todas mis acciones por amor; porque ¿qué
»otra cosa mas que esta tenemos que hacer en este mundo?
»Trabajaria en dejarme á mí mismo, y dejaria hacer de mí
»lo que quisieran. Dios nos dé la gracia para todo esto y
»sea bendito.»

Este cuadro tan tierno de sencillez y de virtud no es, por decirlo así, mas que la esposicion de los consejos de perfeccion que el santo fundador dió por aquel tiempo á la misma piadosa fundadora. «Deseo, le escribia (1), que »seais estremadamente baja y pequeña á vuestros ojos, »dulce y condescendiente como una paloma. Aprovechad »de todo corazon las ocasiones de humillaros; no os pre-»cipiteis en hablar; contestad tranquila, humilde y dul-»cemente, y decid mucho callando por modestia é igual-»dad. Tolerad y escusad mucho al prójimo con gran dul-»zura de corazon. No filosofeis sobre las contradicciones »que os sobrevienen; no mireis sino á Dios en todas las »cosas y someteos á todas sus disposiciones con gran »sencillez. Hacedlo todo por Dios, uniéndoos á él y conti-»nuando vuestra union, dirigiéndole simples miradas ó ele-»vaciones de vuestro corazon. No os apresureis nunca; »hacedlo todo tranquilamente y con espíritu de paz; por »cualquier cosa que ocurra no perdais vuestra paz inte-»rior, aunque toda el alma se sienta conmovida, porque »¿qué son todas las cosas de esta vida comparadas con la »paz del corazon?

»Encomendad todas las cosas á Dios y manteneos tran-»quila en el seno de su Paternal providencia. Cuando en-»contreis disipado vuestro espíritu, recogedle dulce y sim-»plemente, sin inquietaros con cuidados, deseos, afectos »ni pretensiones, bajo cualquier concepto que sea. Nues-»tro Señor os ama y os quiere toda suya. No tengais otro »brazo para apoyaros que el suyo, ni otro seno en que des-»cansar que el de la divina Providencia, y no pongais »vuestras miras y vuestro espíritu sino en Él solo. Man-»tened vuestra voluntad tan íntimamente unida á la suya, »que no la separe el mas leve obstáculo, y olvidad todo lo »demás. No deseeis nada, sino por el puro amor de nues-»tro Señor; no rehuseis nada, por pequeño que sea, revis-

---

(1) Carta DCLXVIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»tiéndoos de nuestro Señor crucificado, y amándole en sus »sufrimientos.»

De este modo Francisco sustituia á las austeridades corporales el desprendimiento mas perfecto, la humildad mas profunda, la obediencia fiel y el espíritu de pobreza. Dios bendijo visiblemente un instituto que tenia impreso tan vivamente el espíritu del Evangelio, hasta el punto de que el santo Obispo vió durante su vida fundar trece monasterios, y la Madre Chantal sola fundó ochenta y siete.

No se podia menos de conocer en este gran desarrollo la mano de la Providencia, que no solo proporciona, segun las necesidades, religiosas eminentes y casi tantas superioras como religiosas, sino que aun produjo maravillosos resultados. Por esto esperaban su indicacion con respeto y la seguian con amor; pero nunca se adelantaban á ella con un celo indiscreto ó demasiado natural, tanto en la eleccion de personas como en la fundacion de los establecimientos. «Poco y bueno, decia el santo fundador; tenga- »mos paciencia y haremos mucho, si lo poco que hacemos »agrada á nuestro buen Dueño. Vale mas que nuestras »hermanas crezcan por las raices de las virtudes que por »las ramas de las casas. No serán mas perfectas por tener »gran número de monasterios. Repartiendo se disipa (1). »*Multiplicasti gentem, non magnificasti lætitiam.*» (2)

Para la eleccion de las personas, el santo fundador no miraba ni su fortuna ni su salud, sino su dulzura y su humildad: «Prefiero infinitamente, decia (3), las dulces y »humildes, aunque sean pobres, á las ricas menos humil- »des y dulces. La prudencia humana dice: ¡Bienaventura- »dos los monasterios ricos! Pero nosotros debemos decir: »Bienaventurados los pobres; y sufrir con amor que la po- »breza sea despreciada.» Discutian un dia en su presencia sobre el dote que se debia recibir de una joven en su profesion; la Madre Chantal se mantenia firme en que el dote fuese entero; él no dijo nada ni en pró ni en contra, pero de vuelta á su casa desaprobó la firmeza de la superiora en una carta que la escribió, y que concluia así: «Madre mia, sois mas justa que buena, y en estas oca- »siones se debe ser mas buena que justa.» (1) Habiendo sido una hija única, heredera de grandes bienes, admitida como religiosa profesa despues de un año de probacion, el santo fundador le preguntó qué disposicion queria hacer de sus bienes: «Quiero, dijo ella, darlos al monasterio.— »No, dijo el santo fundador, no hacemos nuestra congre- »gacion para perjudicar á las familias; os limitareis á dar »un dote un poco mayor que de ordinario porque teneis »medios para ello, y eso bastará. ¿Y qué quereis hacer de »lo demas?—Lo daré á mi hermano.—¿Y por qué no á »vuestra madre?—Porque me ha ocasionado graves dis- »gustos.—Eso no os dispensa, añadió, observar el manda- »miento de Dios que prescribe el respeto á sus padres:» con lo cual este negocio quedó terminado.

Pero así como el santo fundador deseaba que en la admision de las personas no se diera sino una importancia secundaria á los bienes de fortuna, así tambien prescribia indulgencia para los defectos de cuerpo y de espíritu, con tal que tuvieran una verdadera vocacion. «Soy amigo de »las enfermas, decia; y si las desechara, ¿dónde esta- »ria en mí la caridad cristiana? ¿Y qué sería de esta clase »de personas á quien nadie quiere? Si se las recibe con »caridad, este ejemplo atraerá á otras bien formadas, y »en tan gran número que causará admiracion á los mun- »danos.» (2) El mismo santo Obispo tenia como una predileccion especial hácia las personas poco favorecidas de la naturaleza de cualquier modo que fuere; y como le preguntasen la razon de ello: «Bienaventurados, contestó, los

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VIII, sec. XXI.
(2) Isai. IX.
(3) Carta CCLVI.

(1) Memorias de la Madre Greffier.
(2) Memorias de la Madre Chaugy.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»que no tienen nada de amables, porque el amor que se »les tiene es todo por Dios.» Le presentaron un dia una persona muy deforme, y habiendo reconocido su mérito en el exámen que hizo de ella: «Recibámosla, dijo, pues es »una hermosa alma en un cuerpo muy feo; es un hermoso »brillante mal engastado.»

Enseñaba á sus hermanas (1) que la vocacion no es otra cosa que una firme y constante voluntad de servir á Dios en el estado á que se creen llamados, y trabajar en su perfeccion por los medios propios de este estado; y que cuando se encuentre esta buena voluntad, no se debe hacer caso ni de la ocasion que ha hecho nacer la vocacion, que con frecuencia es puramente humana, ni de los disgustos, frialdades y alternativas que sobrevienen, y que son el resultado de nuestra naturaleza; que si bien se pueden recibir las pretendientes á prueba aun cuando su vocacion no satisfaga, no se las debe dar el hábito ni admitir al noviciado sino habiendo plena certeza de ella, y cuando se ha esperimentado bien la buena voluntad que tienen de enmendarse y someterse (2); que los defectos que estan resueltas á corregir, no deben servir de obstáculo (3), porque donde hay menos de la naturaleza hay mas de la gracia; pero que sobre todo no se debe admitir á la profesion sino á las personas en las cuales se encuentre: 1.° un corazon decidido á vivir en la perfecta obediencia; 2.° un espíritu bueno, dispuesto á dejarse manejar y conducir, y capaz de comprender las virtudes sólidas; 3.° y último, haber hecho durante el año del noviciado serios esfuerzos para reformarse, acompañados de algunos adelantos, y de la firme resolucion de seguir venciéndose.

Entre las pretendientes que solicitaban la dicha de entrar en el instituto, figuraban nombres ilustres. La Madre Angélica Arnaud, abadesa de Port-Royal, quiso á toda

(1) Cartas DCLXXVI y DCLXXVIII.
(2) Carta DCLXXXVII.
(3) Carta DLXXVIII y sig.

costa ser admitida en él; pero aunque instó al Obispo y á la Madre Chantal, nunca quiso consentir en ello el sábio fundador, dando por razon que la encontraba poco á propósito para obedecer (1). Juzgó de un modo muy distinto de la señorita Shuillier, joven dotada de todas las ventajas de la naturaleza y de la fortuna, á la que el mundo sonreia así como ella sonreia al mundo.

El santo Obispo dirigió su conciencia en uno de sus viajes á París, habia estudiado su vocacion y conocido los designios de Dios sobre ella para la vida religiosa, pero no le habia dicho nada para no atacar de frente la inclinacion que tenia aún al mundo en su corazon, y se limitó á recomendarle algunos ejercicios de piedad y el abandono á la voluntad divina en todo, prometiéndole consultar á Dios cuando estuviera en Annecy, y escribirle entonces su pensamiento. La carta ofrecida no se hizo esperar mucho, y la señorita de Shuillier, al recibirla, esperimentó una turbacion inesplicable, temiendo encontrar en ella su sentencia de entregarse á la vida religiosa; pero en lugar de leerla en el acto, la llevó cerrada delante del Santísimo Sacramento, protestando á Dios ejecutar lo que el santo prelado le prescribiera en ella.

Al dia siguiente despues de la Comunion la abrió con un temblor estremo; y, cosa estraña, apenas hubo leido que debia dejar el mundo por el claustro y entrar en la Visitacion, se sintió enteramente cambiada, la repugnancia que le inspiraba el claustro dió lugar al amor al retiro, y á pesar de la oposicion de sus padres, pidió el mismo dia entrar en el noviciado y se hizo una fervorosa religiosa.

Francisco no se limitaba á escoger bien á las pretendientes, sino que trabajaba en formarlas en el espíritu religioso. Mientras estuvo en Annecy las confesaba cada quince dias, y tres veces á la semana iba á oir á las que deseaban abrirle su corazon en conferencias privadas, dando toda esta importancia á este primer monasterio de la

(1) Cartas DLXXVIII y siguientes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

órden, porque deseaba fuera siempre el monasterio modelo de toda la congregacion, la casa madre á la cual las demás pidiesen la interpretacion de las reglas y constituciones, el centro venerado con el cual toda la órden estuviese en comunicacion, así como los rayos con el foco, las ramas con el tronco, puesto que aquel era el origen y el gérmen de todo el instituto (1).

La Madre Chantal unia á las instrucciones del fundador sus avisos y consejos, pero fué asaltada de un escrúpulo, que era el temor de introducirse en un ministerio que le atraia alabanzas, y que no convenia á su débil virtud. Escribió al santo Obispo, que estaba entonces ausente, el cual le contestó con la carta siguiente (2). «No se »debe, dice, abstenerse de hablar de Dios cuando se cree »útil, no importando nada lo que de ello puedan decir los »que escuchan. No se debe hacer ni decir nada para ser »alabado, como tampoco dejar de hacer lo bueno por el »mismo temor. No es ser hipócrita el no ser tan bueno co»mo se dice; si asi fuera yo deberia callarme por miedo »de ser hipócrita, porque, cuando hablo de la perfeccion »no creo ser perfecto, lo mismo que no creo ser italiano »cuando hablo italiano, pero creo saber esta lengua por»que la he aprendido..... No se debe enredar el espíritu »con telas de araña, sino caminando de buena fe por me»dio de las hermosas virtudes de la sencillez y de la hu»mildad, y no por los estremos de tantas sutilezas..... La »fuerza es mas fuerte cuando es tranquila y nace de la ra»zon sin ninguna mezcla de pasion.»

Sosegada con estas sábias palabras, la Madre Chantal continuó instruyendo á sus novicias y religiosas; y cuando era preciso sacar algunas de la casa madre para fundar una nueva colonia en las ciudades que la reclamaban, iba ella misma á los lugares donde debian establecerse, para enseñarlas con su ejemplo y sus palabras á poner sóli-

(1) Juan de San Francisco, p, 376.—El P. La Riviere, p. 330.
(2) Carta CCCXIII.

dos cimientos á la obra. Así fué como en el mes de octubre de 1618 fué á crear el establecimiento de Grenoble, donde el santo Obispo predicaba la Cuaresma, como diremos mas tarde. Al volver de Grenoble partió para Bourges, á donde la llamaba el Arzobispo su hermano; y durante seis meses trabajó en medio de todas las privaciones de la pobreza en la fundacion del nuevo monasterio, sin querer nunca que se avisase á su hermano del descuido que habian tenido en ejecutar las órdenes que habia dado para proveer á la casa de todo lo necesario, pues tanto era lo que deseaba sufrir por nuestro Señor. Bajo su hábil mano el nuevo monasterio se formó y desarrolló, de modo que fué bien pronto un modelo de regularidad religiosa; y Francisco tuvo el consuelo de asegurarse de ello con sus propios ojos, cuando desde París, á donde le habia llevado el mandato de su soberano, fué en persona á Bourges para presidir el capítulo de sus hijas. Quedó tan edificado, que de vuelta á París, considerando este monasterio sólidamente establecido, creyó podia llamar á su lado á la Madre Chantal, para crear en la capital del reino un establecimiento semejante, aun ántes de tener á su disposicion ningun medio humano para verificarlo. «Os queda»reis sorprendida, le escribe (1), de que os llame á esta »ciudad para fundar un monasterio sin ningun recurso »temporal: pero no os admireis; ni vos ni yo seremos los »que hagamos esta fundacion, en la cual trabajaríamos en »vano, sino que será el Salvador el que pondrá en ella su »mano y la bendecirá con su gracia.»

Mil obstáculos, en efecto, surgieron contra su ejecucion, no solo por parte del mundo sino tambien por la de personas de religion y piedad, que parecia despreciaban el naciente instituto, y de las que el santo fundador decia á la Madre Chantal: «Guardaos bien de contestar á estos »desprecios de otro modo que con una invariable humil»dad, dulzura y suavidad de corazon, y no os defendais si

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 1.º de mayo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»estas personas desprecian vuestro instituto porque les »parece inferior al suyo, contraviniendo á la caridad, se- »gun la cual los fuertes no desprecian á los débiles, ni los »grandes á los pequeños. Consiento en que sean mas que »vos; pero ¿acaso los serafines desprecian á los ángeles, y »los grandes santos del cielo á los mas pequeños? ¡Oh, mi »querida hija! el que mas ame será mas amado y mas glo- »rificado en el cielo. No os aflijais; pues el premio se ha »dado al amor, á despecho de los desprecios y contradic- »ciones.» (1) Otros no querian admitir á las nuevas religiosas sino con la condicion de que cambiasen sus reglas, y que tomasen la direccion de las casas de arrepentidas ó de las congregaciones que tenian necesidad de reforma.

Habiendo ido un religioso, poderoso por su influencia, á significárselo formalmente á la Madre Chantal: «Antes, »Padre mio, le contestó con tanta fortaleza como dulzura, »nos marcharemos de aquí, que abrir una brecha en nues- »tras reglas y en nuestro instituto, pues no pretendemos »mas que hacer la voluntad de Dios. El nos ha hecho ve- »nir; si le agrada que nos volvamos, le obedeceremos gus- »tosamente, cualquiera que sea su determinacion.» Esta respuesta hizo impresion en el religioso, que desde este momento se declaró en favor de la Madre Chantal, publicando en todas partes que el espíritu de Dios estaba en ella. Otras contradicciones se unieron á esta. «¿Creeríais, »escribe el santo Obispo á la Madre Chantal, que algunos »siervos de Dios me han dicho hoy, que la dulzura y la »piedad de nuestro instituto son tan del gusto de los »franceses, que perjudicaremos á las demás casas religio- »sas, pues, cuando se haya visto á esta Madre Chantal, to- »das se inclinarán á ir con ella? Pero esto no vale nada, y »Dios, que ve todo y que sabe que no hemos venido á Pa- »rís para que nos vean, sino para mostrar á su bondad »varias almas que se encaminan puramente á su santo »servicio; Dios, digo, nos ayudará.» En efecto, el 1.º de

(1) El P. La Riviere, p. 580.

mayo de 1619 la casa empezó muy pobremente, y con mucha escasez, como todas las obras de Dios; y como una posicion tan humilde afligiera á la presidenta Ameloz, que se tomaba el mas vivo interés por el instituto: «Señora, »le escribió el santo fundador, no os admireis de ver á »nuestras hijas de Santa María tan humilladas y abatidas; »Dios las levantará y hará crecer este pequeño instituto, »que se multiplicará, estendiendo, como la violeta, por to- »das partes su buen olor.» (1) En efecto, apenas habian trascurrido cuatro meses, cuando el mérito de la santa Madre Chantal atrajo sobre el nuevo monasterio el interés general, y facilitó la compra de un local mas conveniente.

Durante este tiempo Francisco, de vuelta á Annecy, hizo partir para París á unas hermanas destinadas á ir bajo las órdenes de la Madre Chantal, á fundar un establecimiento en Orleans, que pedia con instancias religiosas del nuevo instituto. Poco despues el convento de Moulins envió una colonia á Nevers, y el monasterio de Lyon otra á Monferrand, ciudad de la Auvernia, entonces famosa, que tenia sus fortificaciones y sus cónsules, hoy totalmente despojada de su antiguo esplendor. El 20 de agosto de 1622 el monasterio de Lyon envió igualmente cinco religiosas á Belley, para fundar en esta ciudad una casa que pedia con instancia el Obispo; y por último, la Madre Chantal fué ella misma á establecer otro monasterio en Dijon. Francisco, viendo multiplicarse así sus monasterios, compuso para las hermanas que eran nombradas superioras reglas de conducta, eminentemente útiles á los que gobiernan en cualquier grado de la escala social que esten colocados (2). Establece como primer principio, que las superioras deben sobresalir en humildad y dulzura, estas dos virtudes «que nuestro Señor pedia á los apósto- »les destinados á la superioridad del universo. Aniquilaos »profundamente en vosotras mismas, les dice, consideran-

(1) Historia de la fundacion del primer monasterio de París.
(2) Carta DCLXXV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»do que Dios quiere servirse de vuestra pequeñez para un »ministerio de tanta importancia como es la direccion de »los demás y el cuidado de las almas. Para desempeñar »este ministerio no seais, con vuestras hermanas, ni se- »veras ni aduladoras, sino dulces, amables y afables, »amándolas con un amor cordial, maternal y pastoral, ha- »ciéndoos toda para todas, madre de todas, el recurso de »todas, la alegría de todas: con estas condiciones todo va »bien, pero sin ellas nada basta.» Su segundo principio es que las superioras deben tener en Dios una confianza mayor que la desconfianza de sí mismas; y es preciso, segun él, que este sentimiento las haga «humildemente animo- »sas, por aquel que hizo el gran acto de su omnipotencia »en la humildad de su cruz. El divino Dueño, les dice, »colocándoos en ese empleo, se ha obligado á prestaros la »asistencia de su divina mano. ¿Pensais que un padre tan »bueno como Dios os hace nodrizas de sus hijos sin da- »ros abundancia de leche, de manteca y de miel? Si el Se- »ñor os entrega estas almas para que las hagais dignas de »él, estenderá su brazo poderoso proporcionadamente á la »obra que os impone.»

Fijados estos dos principios, el santo fundador desciende al detalle de los deberes de la superiora. «Tened gran »cuidado, dice, en mantener vuestro esterior en una santa »igualdad, sin aparecer nunca triste ni disgustada, por »afligida que esteis, ni mostrar lijereza en vuestro sem- »blante, que debe ser grave y á la vez dulce y humilde; »que vuestra risa sea moderada, que los ojos estén ordi- »nariamente bajos; y que la afabilidad no perjudique á la »autoridad y al respeto. Seguid á la comunidad sencilla- »mente en todas las cosas, sin hacer nada de mas ni de »menos. Todas esperan ver en vos buenos ejemplos, pero »unidos á una caritativa benignidad, porque á esta virtud, »como al aceite de la lámpara, está unida la llama del »buen ejemplo, no habiendo nada que edifique tanto como »la suavidad siempre igual de corazon, y la caritativa be- »nignidad.»

En cuanto al gobierno de las hermanas, el santo legislador prescribe que no se las tenga ni demasiado oprimidas ni muy libres; que no se las muestre nunca desconfianza; que se las tolere dulcemente y se las sirva amorosamente, conservando la autoridad de superiora con una santa humildad, y teniendo la balanza recta entre todas, sin manifestar parcialidad ni aversion hácia ninguna, acordándose de que el cargo de almas no es tanto en beneficio de las fuertes como de las débiles, si bien es preciso tener cuidado de todas, para que las mas adelantadas no vuelvan atrás; y por consiguiente, ser muy tierna con las mas imperfectas para que sean mejores, y no admirarse nunca de las miserias que confien; que se tenga siempre una intencion firme de hacerlo todo por Dios y nada mas que por Dios, sin desconcertarse por eso al ser contrariadas en sus gobiernos; que oigan todo con dulzura; que consulten con Dios, tomen el consejo de sus consiliarias, y luego obren lo que crean mejor, con una santa confianza de que la Providencia hará que todo redunde en gloria suya; y al mismo tiempo con tanta paz y suavidad, que los inferiores no tengan ocasion de perder el respeto debido á la superiora, ni pensar que necesitan de ella para gobernar.

«Cuidad mucho, dice el santo fundador, de la exacta »observancia de la regla, del decoro de vuestras personas »y de vuestras casas. Enseñad á las hermanas á que no »tengan mas que un corazon para amar, bendecir y servir »fielmente á Dios, que las ha juntado para que sean ex- »traordinariamente animosas, firmes y constantes en su »servicio; á que se entreguen á las grandes y perfectas »virtudes de una devocion varonil, fuerte y generosa, á la »abnegacion del amor propio, al amor de su propia abyec- »cion, á la mortificacion de los sentidos, á la sincera di- »leccion, y á que hagan lo que les mande su superiora, »sin objecion de ninguna clase, ni otra pretension que la »de servir á la divina Majestad (1). Es cosa muy dura para

(1) Cartas DCXCIV y DCXCV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»ellas, añade, el verse contrariar y mortificar en todas »ocasiones; pero la habilidad de una madre dulce y cari- »tativa hace pasar estas píldoras amargas con la leche de »un santo afecto, acogiendo constantemente á sus hijas »alegre y bondadosamente, para que recurran á ellas ale- »gremente y se dejen modelar como bolas de cera, que se »ablandarán sin duda al fuego de esta ardiente caridad.»

Estos sabios avisos fueron como la coronacion de la obra de San Francisco de Sales, cuya historia general ha sido interrumpida algunos instantes por la necesidad de reunir en un solo libro, todo lo que se referia á la órden de la Visitacion. Vamos á tomar otra vez el hilo de la historia desde el año 1610, donde la hemos dejado, hasta la muerte de Francisco de Sales en 1622; advirtiendo al lector que no se admire si encuentra estos doce años menos fecundos en hechos que los precedentes. La razon es que este santo Obispo habia desterrado en gran parte el mal de su diócesis, y habia organizado el bien en ella; y si el mal que hay que reformar proporciona siempre numerosas páginas á la historia, sucede de un modo muy distinto con un bello órden de cosas sólidamente establecido, cuyo órden se sostiene sin incidentes notables y sigue pacíficamente su curso como el sol, dejando al historiador en una feliz esterilidad.

Lo que ocupó mas los últimos doce años de Francisco de Sales fué la órden de la Visitacion, que es lo que acabamos precisamente de contar, adelantándonos así al tiempo para reunir los hechos análogos.

LIBRO SESTO.

Desde la fundacion de la Visitacion en 1610, hasta la muerte del santo Obispo en 1622.

CAPITULO I.

Francisco continúa su episcopado ejercitando el celo y la caridad.—Su opinion en las discusiones relativas al poder de los Papas sobre el temporal de los Reyes.

(De 1610 á 1612.)

Los cuidados que habia dedicado Francisco de Sales al instituto de la Visitacion, no habian disminuido en nada el que debia al buen gobierno de su diócesis. Conceptuando como una de sus primeras solicitudes la formacion de su clero, hubiera deseado establecer un gran seminario, donde los aspirantes al sacerdocio hubieran podido formarse en las virtudes y en los deberes eclesiásticos, aprender el modo de catequizar é instruir, el canto y las ceremonias. Destituido de todo recurso para hacer frente á los gastos de este establecimiento, como hemos dicho antes, renovó sus instancias á la Santa Sede para que impusiera al clero una contribucion sobre los beneficios, que sería empleada en una obra tan necesaria (1). Ningun Obispo podia hacer oir una voz mas poderosa, porque su virtud era apreciada en Roma como debia serlo. «Teneis »por Obispo verdaderamente á un santo, decia el Soberano »Pontífice al Señor de Coëx, enviado para hacerle aprobar »la reforma de Talloires; siempre le he considerado como »tal. Decidle que se acuerde de Nos en sus oraciones, en »las que tenemos la mayor confianza, y vosotros sed sus

(1) Carta DCXCIV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»ellas, añade, el verse contrariar y mortificar en todas »ocasiones; pero la habilidad de una madre dulce y cari- »tativa hace pasar estas píldoras amargas con la leche de »un santo afecto, acogiendo constantemente á sus hijas »alegre y bondadosamente, para que recurran á ellas ale- »gremente y se dejen modelar como bolas de cera, que se »ablandarán sin duda al fuego de esta ardiente caridad.»

Estos sabios avisos fueron como la coronacion de la obra de San Francisco de Sales, cuya historia general ha sido interrumpida algunos instantes por la necesidad de reunir en un solo libro, todo lo que se referia á la órden de la Visitacion. Vamos á tomar otra vez el hilo de la historia desde el año 1610, donde la hemos dejado, hasta la muerte de Francisco de Sales en 1622; advirtiendo al lector que no se admire si encuentra estos doce años menos fecundos en hechos que los precedentes. La razon es que este santo Obispo habia desterrado en gran parte el mal de su diócesis, y habia organizado el bien en ella; y si el mal que hay que reformar proporciona siempre numerosas páginas á la historia, sucede de un modo muy distinto con un bello órden de cosas sólidamente establecido, cuyo órden se sostiene sin incidentes notables y sigue pacíficamente su curso como el sol, dejando al historiador en una feliz esterilidad.

Lo que ocupó mas los últimos doce años de Francisco de Sales fué la órden de la Visitacion, que es lo que acabamos precisamente de contar, adelantándonos así al tiempo para reunir los hechos análogos.

LIBRO SESTO.

Desde la fundacion de la Visitacion en 1610, hasta la muerte del santo Obispo en 1622.

CAPITULO I.

Francisco continúa su episcopado ejercitando el celo y la caridad.—Su opinion en las discusiones relativas al poder de los Papas sobre el temporal de los Reyes.

(De 1610 á 1612.)

Los cuidados que habia dedicado Francisco de Sales al instituto de la Visitacion, no habian disminuido en nada el que debia al buen gobierno de su diócesis. Conceptuando como una de sus primeras solicitudes la formacion de su clero, hubiera deseado establecer un gran seminario, donde los aspirantes al sacerdocio hubieran podido formarse en las virtudes y en los deberes eclesiásticos, aprender el modo de catequizar é instruir, el canto y las ceremonias. Destituido de todo recurso para hacer frente á los gastos de este establecimiento, como hemos dicho antes, renovó sus instancias á la Santa Sede para que impusiera al clero una contribucion sobre los beneficios, que sería empleada en una obra tan necesaria (1). Ningun Obispo podia hacer oir una voz mas poderosa, porque su virtud era apreciada en Roma como debia serlo. «Teneis »por Obispo verdaderamente á un santo, decia el Soberano »Pontífice al Señor de Coëx, enviado para hacerle aprobar »la reforma de Talloires; siempre le he considerado como »tal. Decidle que se acuerde de Nos en sus oraciones, en »las que tenemos la mayor confianza, y vosotros sed sus

(1) Carta DCXCIV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»imitadores y seguid exactamente sus huellas.» (1) Sin embargo, Roma vió tantas dificultades en la medida propuesta, que se abstuvo de resolver nada.

Desesperando entonces de obtener nunca lo que deseaba tan vivamente, Francisco se esforzó al menos en animar el celo por las ciencias eclesiásticas, tomando parte en las controversias públicas de filosofía y teología, que ejercitan tan útilmente la inteligencia cuando, terminado el curso elemental, se está en disposicion de entregarse á estudios mas profundos. Un dia que asistia á uno de estos ejercicios, ocurrió que el que respondia se dejó coger en las redes de su argumentador. Al canónigo que presidia tocaba sacarle de ellas; pero, poco feliz en sus esfuerzos, iba á su vez á ser cogido y á sufrir una penosa humillacion para sus canas, cuando compadecido de su situacion el Obispo intervino al punto, y con una distincion muy sutil resolvió el argumento de una manera tan clara que no hubo mas que objetar. El argumentador, descontento de su derrota en el momento en que esperaba la victoria, contestó con viveza y mal humor que esta distincion era desconocida.

«Puede ser, contestó el Obispo sonriendo, que haya »sido desconocida para vos hasta hoy, pero ya en adelan»te no lo será.» (2) Al salir del ejercicio el presidente fué á dar las gracias al Obispo por haber salvado el honor de un pobre anciano, poco acostumbrado á las sutilezas de la escuela. «No me debeis dar gracias, Señor, contestó Fran»cisco; es un deber en los jóvenes el sostener á los ancia»nos, así como á los ancianos toca el sostenernos en las »debilidades de nuestra infancia. Este es el órden del mun»do razonable, y una de las reglas de la Providencia.»

Algun tiempo despues, el santo Obispo dió pruebas de un espíritu de caridad mas admirable aún en un ejercicio semejante. Invitado por el sustentante á argumentar á su

(1) Dep. de Mincet.
(2) Carlos Aug., p. 417.

vez, espuso su argumentacion de una manera no menos notable por la forma que por el fondo, cuando uno de los asistentes se atrevió á apoderarse de su objecion bajo el insolente pretesto de hacerla valer mejor. Un olvido tan notable de las atenciones debidas escitó de todos lados un murmullo de desaprobacion; pero el santo Obispo, bajando los ojos y guardando silencio, dejó hablar al que le habia interrumpido hasta que le vió apurado, é inhábil para salir con honra del mal paso en que se habia metido. Entonces, volviendo á tomar el argumento, procuró cubrir cuanto le fue posible, la ignominia bien merecida de aquel hombre tan desatento.

No contento con alentar los estudios en el clero, Francisco, procuraba atraer á él sujetos eminentes y capaces de hacer honor á la Iglesia. De este número era su hermano Luis de Sales, que figuraba en primera línea. El Duque de Nemours le habia nombrado hacia poco caballero del consejo del Ginebresado, dignidad la mas elevada para un militar, cuyo cargo desempeñaba con universal satisfaccion del príncipe, de los magistrados y de la nobleza. Pero el santo Obispo deseaba que sus grandes talentos y raras virtudes se emplearan en otra cosa mejor y mas útil, en el ministerio eclesiástico. Le propuso ser su coadjutor, haciéndole resaltar el bien que resultaría de sus trabajos hechos en comun. «Cuando predique á nuestros pueblos, »le dijo, escribireis; cuando yo escriba, predicareis; cuan»do visiteis, yo residiré; y cuando yo visite, vos residireis.» Todas estas razones fueron impotentes ante la humildad del piadoso seglar, que se reconocia indigno del simple sacerdocio, y con mayor razon aún de la dignidad episcopal.

Afligido por no poder dar á la Iglesia un buen sacerdote mas, el hombre de Dios tuvo el dolor aún mayor de perder uno, que habia continuado siendo su mejor amigo despues de haber sido largo tiempo su ayo.

El señor de Deage, aquel preceptor celoso que le habia seguido por todas partes como su ángel custodio, murió por esta época. Siempre este buen sacerdote le habia ama-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do con pasion; siempre le habia vigilado y reprendido las menores imperfecciones que creia notar en él, como si el Obispo no hubiera cesado de ser su discípulo; siempre, en fin, habia querido verlo perfecto en todo, honrado y admirado de todo el mundo, sin poder sufrir que se permitieran con respecto á él la menor censura: y por su parte el Obispo, reconocido á tanto afecto, le habia rodeado de honor y respeto, admitido entre los canónigos de su catedral, recibido en su casa y á su mesa, no cesando de velar con una atencion delicada porque nada le faltase, en salud ó enfermedad (1). Cuando le vió atacado del mal que le condujo al sepulcro, le asistió hasta el último suspiro con un cuidado y asiduidad correspondientes al amor que le tenia. Despues de su muerte hizo celebrar por él en la catedral las exequias mas honrosas, oficiando él mismo, y dispuso se ofreciesen en toda la diócesis gran número de Misas por el descanso de un alma que le era tan querida. No fue esto aún bastante á su ternura, ¡tanto es lo que saben amar los santos! sino que ofreció él mismo varias veces el santo sacrificio por aquel amado difunto. La primera vez que lo hizo, el dolor de haber perdido á tan buen amigo le arrancó muchas lágrimas y suspiros; cuando llegó al *Pater noster* y hubo pronunciado tres ó cuatro palabras, se vió obligado á detenerse, sofocado por los sollozos, y no pudo continuar sino derramando muchas lágrimas. Despues de la Misa, estando solo en su cuarto con su capellan, que procuraba consolarle: «¡Ay! le dijo, esta al»ma está bien donde está, y no quisiera estar aquí; está »entre los brazos y en el seno de la misericordia y clemen»cia de Dios; descansa como San Juan sobre el amable »pecho de Jesucristo. Quereis saber lo que me ha hecho »llorar tanto cuando empecé á decir el *Padre nuestro*? Es »que recordé que era este hombre verdaderamente bueno »el que me lo habia enseñado.» (2)

(1) Espíritu de San Francisco de Sales, p. I, sec. XXVIII.
(2) Ibid., p. V, sec. XXII.

El dolor de verse para siempre privado de un amigo se aumentó con la pérdida de otro á quien su nueva posicion obligaba á alejarse de él. Antonio Favre, al que siempre llamaba hermano, fue nombrado para el senado de Chambery, y en su consecuencia tuvo que dejar á Annecy para residir donde estaba el puesto á que le llamaba la confianza de su príncipe. Por eminente que fuera esta dignidad, no pudo compensar el dolor de su separacion; y hubo por una y otra parte un verdadero pesar, tanto mayor cuanto que la envidia, irritada con esta elevacion, suscitó amargas penas al nuevo presidente. Nada tan edificante como la relacion que de ella hizo este á su amigo. «Mi querido her»mano, le escribe, yo digo todos los dias á Dios: *Bonum »mihi quia humiliasti me ut discam justificationes tuas* (1). »Mi corazon se alegra en nuestro divino Salvador, de »que por la persecucion y el desprecio de los de este »pais, tenga ocasion de contener la vanagloria que pudie»sen inspirarme los aplausos que me proporcionan mis li»bros y mi reputacion. En otras partes dicen que es »una fortuna ver al gran Antonio Favre; aquí se conside»rarian felices en deshacerse de este desgraciado; y á todo »eso, hermano mio, repito con vos con la mas perfecta »tranquilidad: No somos mas que lo que somos delante de »Dios, á cuyos ojos ni las alabanzas de los ausentes me »elevan, ni los desprecios de los presentes me abaten; sea»mos, pues, indiferentes á los unos y á los otros, caminan»do delante de Dios en justicia y santidad.»

Además de los consuelos que encontraba en la religion, el piadoso magistrado halló una indemnizacion á su pena por el placer que tuvo en ceder al santo prelado su casa, la mayor y mas hermosa de Annecy, para que le sirviera de palacio episcopal y fuera siempre una prenda de su amistad para con él.

Habiendo ido Francisco á establecerse á ella, escogió

(1) Es decir: «Bueno es, Señor, que me hayais humillado para que aprenda á conocer vuestras justificaciones.» Salm. CVIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para su cuarto privado un gabinete muy estrecho, dando por razon que, despues de haber pasado el dia en grandes y magníficos departamentos como un gran personaje, era preciso que se acordase á la noche, al verse reducido entre cuatro paredes y en su pequeño lecho, de que no era mas que un hombre pobre y miserable. «De este modo, decia, »el Obispo de Ginebra ocupará su lugar durante el dia, y »Francisco de Sales el suyo por la noche.» (1)

Mientras que Francisco tenia de sí mismo unos sentimientos tan humildes, todas las bocas repetian sus alabanzas por su caridad y desinterés, á pesar del cuidado que ponia en ocultar sus obras á todas las miradas. Habiendo un caballero del Chablais ido á esponerle que una tempestad habia devastado sus mieses, de tal suerte que no tenia con qué sembrar sus tierras para el año siguiente, el hombre de Dios, compadecido de su pena, hizo sembrar á sus espensas las tierras del tal señor (2). El librero de Lyon, Pedro Rigaud, que habia impreso la *Introduccion á la vida devota*, habia obtenido de la venta de esta obra una enorme ganancia, y fué á ofrecerle cuatrocientos escudos en testimonio de su gratitud; mas Francisco, rehusó este presente, alegando que no queria otra recompensa de su trabajo que saber habia sido útil á las almas. Nuevas instancias del librero tuvieron por mucho tiempo la misma negativa; por último, habiendo reiterado sus solicitaciones, «bien, dijo, puesto que lo quereis acepto vuestro di»nero, pero estad seguro de que no lo colocaré á interés.» Y al punto envió los cuatrocientos escudos á una pobre y santa joven que deseaba vivamente entrar en religion, pero que no podia ejecutar su piadoso designio por falta de medios para pagar el dote que la exigian (3).

La caridad del santo no fué menor con varios endemoniados que le trajo por esta época uno de sus sacerdotes.

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 4 de abril.—Carlos Aug., p. 417.
(2) Carlos Aug., p. 416.
(3) Dep. de Francisco Favre, que estaba presente.—Carlos Aug., p. 418.

Empezó por examinarlos con cuidado, descubriendo uno que fingia la posesion del demonio, sin tenerla en efecto, por lo cual le reprendió severamente; y habiéndose asegurado de la de los otros, pronunció sobre ellos los exorcismos, y tuvo el consuelo de dejarlos libres (1).

Pero lo que le proporcionó aún mayor consuelo, fué la conversion á la verdadera fe de unos quince herejes de Ginebra, y sobre todo de la Señora de Saint-Sergues, persona distinguida y de un talento notable, hábil en la controversia, que estudiaba hacia veintidos años, mas instruida que ningun ministro, y de tanta autoridad en su secta que se la llamaba la *archiministra*. Habiendo esta Señora ido á Annecy á ver á algunas amigas que tenia en esta ciudad, le propusieron hiciese una visita al Obispo, cuya reputacion era tan grande. «Dios me libre, contestó con aire de »desprecio; es un mal hombre, un encantador, un mago, »un hechicero, al que aborrecemos por sus engaños y »fraudes.—Pero al menos, la dijeron, consentid en oirle »predicar una vez.»

Consintió en ello, y así que le hubo oido sintió disminuir sus preocupaciones, y aun deseó que la presentaran á él. El santo Obispo la acogió con bondad, la dejó que se desahogara en invectivas contra la religion católica con un ardor y una violencia que no conocia medida, y todo esto sin que él perdiese nada de su incomparable dulzura; y cuando cesó de hablar, le espuso, evitando aun la sombra de controversia, las bellezas de la fe que no comprendia, y lo hizo con tanta tranquilidad, bondad y gracia que la Señora fuera de sí, no sabia qué admirar mas, si la tranquilidad de su alma ó la solidez de su doctrina. Sin embargo, no se rindió este primer dia; volvió á discutir otros puntos diferentes; y en fin, confesándose no solo convencida sino encantada de las bellezas de la religion católica, se resolvió animosamente á convertirse (2). El

(1) Carlos Aug., p. 418.
(2) Idem. p. 419.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

santo prelado oyó su confesion, y escogió para reconciliarla con la Iglesia y admitirla á la santa mesa, la capilla de la Visitacion. «Como espero, escribia á la Madre Chan»tal (1), que los ángeles, y sobre todo la Reina de los án»geles, presenciarán el espectáculo del último acto de su»mision de esta alma, deseo que se verifique cerca de vues»tra pequeña compañía, para que seamos todos mirados »con un gozo estraordinario por estos espíritus celestia»les, y que celebremos con ellos el banquete de alegría »con este hijo pródigo que ha vuelto á la casa de su padre.»

La abjuracion de una persona de tanto mérito llenó de rabia á los herejes de Ginebra. Persiguieron con sus insultos y llenaron de injurias á la Señora de San-Sergues, que, no solo permaneció fiel á la fe que habia abrazado, sino que empleó aún mas energía en defenderla que la que habia empleado en sostener la doctrina de Calvino. Este bello ejemplo determinó á varios herejes á convertirse, entre otros á un religioso italiano, llamado Nicolás Bartholonio, el cual, abandonando su claustro, habia ido á Ginebra á casarse. Este apóstata, sintiendo que se despertaban mas punzantes que nunca los remordimientos de su conciencia, fué á buscar al Obispo, á quien todos miraban como el padre de los hijos pródigos; y este no solo le obtuvo la absolucion de la Santa Sede, sino que le procuró un beneficio en la iglesia catedral de Sion (2).

Estas conversiones fueron seguidas de otra que hizo mayor ruido todavía. Francisco acababa de dar á luz una segunda edicion de la *Introduccion á la vida devota*, propagándose la obra mas y mas, y llevando á todas las almas la luz y la uncion de la verdadera piedad. Habiendo caido un ejemplar en manos del Baron de Monthelon, calvinista de la Lorena, este señor quedó tan profundamente impresionado con su lectura, que en el transporte de su admiracion se puso al punto en camino para Annecy, queriendo

(1) Carta CCXVI.
(2) Carlos Aug., p. 440.

á toda costa ver al autor de un libro tan incomparable, y conferenciar con él sobre la religion. Llegado á Annecy se presentó al Obispo, que le recibió con su bondad ordinaria, y le consagró todo el tiempo que quiso. La importunidad del señor lorenés fué grande, pero el resultado muy consolador, porque despues de seis semanas de conferencias, este señor abjuró la herejía é hizo profesion de la fe católica (1).

Por este tiempo Francisco recibió una noticia que llenó de gozo su fe, y fué el establecimiento de la congregacion del Oratorio. Desde antes de su episcopado, su celo por el bien de la Iglesia le habia inspirado un proyecto semejante; habia comprendido cuán útil sería una sociedad de eclesiásticos sábios y piadosos, que ofreciesen al clero secular un modelo de perfeccion sacerdotal, y fuesen como un seminario de pastores ejemplares. Durante su estancia en París en 1602, habia conferenciado con el Señor de Berulle, que le habia ofrecido ponerse él mismo á la cabeza de la obra; pero su modestia habia rehusado un cargo del que creia al Señor de Berulle mas digno y capaz que ningun hombre en el mundo. Desde entonces esta idea habia permanecido solo en proyecto: con el vivo deseo que tenia de verla realizada, el hombre de Dios habia pedido á la Santa Sede el permiso de dejar al menos por algun tiempo su diócesis, con el fin de ayudar á dar principio á un bien tan grande; y no habiendo querido consentírselo la Santa Sede, que conocia lo necesaria que era la presencia de un Obispo como este en una diócesis como la de Ginebra, solo le fué posible contribuir á que se realizara con sus votos y oraciones. El cielo las oyó, y el 11 de noviembre de este año de 1611 el Señor de Berulle empezó el establecimiento de esta célebre congregacion, que ha hecho tan grandes servicios á la Iglesia. El santo Obispo bendijo á Dios, autor de todo bien, y escribió con este motivo á la bienaventurada María de la Encarnacion.

(1) Dep. de Favre.—Carlos Aug., p. 421.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Hubiera deseado mas de lo que se puede espresar ser »útil á la santa congregacion que se abre ahora bajo la di»reccion del Señor de Berulle, pero no he podido absolu»tamente hacerlo, pues nuestro Señor no me ha encontra»do digno de ello.»

Francisco se indemnizó del bien que no podia hacer en Paris, consagrándose enteramente al buen gobierno de su diócesis. Pronto á ir á todas las partes donde su presencia podia ser útil, le vemos en esta época en Gex, donde convirtió á un caballero hereje, y atrajo á otros muchos á confesar al menos la belleza de la fe católica; en Thonon, donde sostuvo y aumentó el gran bien que habia empezado; en el castillo de Sales, donde consoló á su cuñada enferma la Baronesa de Thorens, y sostuvo su valor abatido. El tiempo mismo que gastaba en ir de un lugar á otro era útilmente empleado.

«Doy fe, dice un compañero de sus viajes (1), de que »durante el camino nos hablaba de Dios y de las cosas del »cielo, pero de un modo tan admirable, que involuntaria»mente se recordaba al arcángel San Rafael viajando con »el jóven Tobías, y no se creia que el enviado celestial »pudiese hablar mejor. Rezaba primero el itinerario de los »clérigos, luego el Breviario, despues el rosario, diciendo »en cada cuenta un *Padre nuestro* y un *Ave María*. Le »pregunté un dia la razon de este modo de rezar el rosa»rio.—Lo hago, me dijo, con el fin de dar gracias al Padre »Eterno por haber escogido á María para ser la Madre del »Verbo encarnado.—De ahí tomó ocasion de hablar de »las sublimes prerogativas de la Madre de Dios, haciéndo»lo de un modo tan suave, que nuestros corazones estaban »arrebatados y maravillosamente escitados á la devocion »de la Santísima Virgen. La conversacion duró hasta »nuestra llegada á Annecy, y allí, despues de haberme he»cho notar que San Francisco de Asís habia sido deudor á »la intercesion de María de todas las gracias con que el

(1) Dep. de Rendu.

»cielo le habia colmado, me dijo concluyendo.—Seamos »dignos hijos de la Madre y del Hijo, é imitemos las vir»tudes del uno y de la otra.»

Sería dificil enumerar los milagros con que Dios se complacia en manifestar la santidad de su siervo.

Un dia, una madre afligida acudió á él llevando en sus brazos á su hija, á la que una fiebre contínua, hacia tres meses la ponia en peligro de muerte. Bendijo á la enferma diciendo: «Dios os cure, hija mia;» y al punto quedó sana. Otro dia, habiendo ido á ver un enfermo reducido á la última estremidad, sin conocimiento y abandonado de los médicos, dijo á su mujer, que se deshacia en lágrimas: «No lloreis, roguemos á Dios; vuestro marido vivirá;» y pocos dias despues el enfermo estaba perfectamente curado. Animado con estos ejemplos, le trajeron en el momento en que se disponia para subir al altar un jóven paralítico de nacimiento, y todo contrahecho; empezó por confesarle aquel dia, le hizo comulgar al siguiente, y al tercero, despues de la Misa, le puso las manos sobre los hombros, y al punto todos sus miembros se enderezaron, volviendo á tomar tan perfectamente su forma natural, que el enfermo pudo volverse por su pié (1). Un sacerdote de Rumilly, á consecuencia de una fiebre ardiente, era víctima de una locura furiosa, que obligaba á tenerle encerrado y atado de pies y manos; tres veces habia roto sus cadenas, llenando á todos de espanto, corriendo á través de los campos, los bosques y las montañas. Cogido por cuarta vez y conducido á las prisiones del obispado se entregaba á los mas terribles escesos, cuando el Obispo, pasando por delante de la ventana de la prision, le llamó, tocó su mejilla á través de las rejas como para acariciarle, le dijo diera gracias á Dios por su curacion, y le hizo abrir en el acto las puertas de su calabozo. El desgraciado salió lleno de razon y de juicio, cayó de rodillas á los pies de su li–

(1) Carlos Aug., libro VII.—Dep. de Favre que estaba presente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bertador y le bendijo por su salud recobrada, que no esperimentó despues ninguna alteracion (1).

Cuando el santo Obispo no estaba de viaje se ocupaba en su ciudad episcopal en todo lo que podia fomentar la piedad. Buscaba los mejores predicadores para dar misiones en su diócesis, predicar las estaciones de Adviento y la Cuaresma, enseñándoles el modo mas útil de anunciar la palabra divina; les recomendaba á menudo evitar toda vanidad en el estilo, toda clase de afectacion en las palabras y ademanes. «Es preciso, les decia, predicar á Jesus »Crucificado, pero con un corazon lleno de celo y amor; »en vano habla el predicador si el fuego de la caridad no »le abrasa interiormente.» (2) Dirigia al mismo tiempo en el mundo y en el claustro cartas dictadas por el espíritu de sabiduría y piedad: solicitaba de la reina María de Médicis la restitucion de todas las iglesias y beneficios del pais de Gex que estaban aún ocupados por los herejes, así como el restablecimiento de los monasterios (3).

Mientras se entregaba á todos estos trabajos, un senador de Chamberí se presentó en el palacio del Obispo de un modo muy descortés, y le entregó una carta del Senado en que, por razones que se ignoran, le amenazaba como lo habia hecho otras veces, con privarle de una parte de su temporal. El santo prelado, insensible para lo que solo tenia relacion con su persona, pero considerándose obligado á hacer respetar su dignidad, contestó á este comisario con una noble firmeza; procuró con fortaleza y energía la reparacion de la injuria; y tanto por la fuerza de sus razones como por el crédito de que gozaba en la corte de Turin, obtuvo que el Senado le presentara sus escusas (4). Salvada así su dignidad, se vengó esta vez como lo habia hecho antes en una circunstancia análoga,

(1) Juan de S. Francisco, p. 500.
(2) Dep. de Renche.
(3) Cartas CCXLVI, CCXLVIII, CCXLIX y CCL.
(4) Juan de San Francisco, p. 701.

nombrando para una canongía de su catedral al sobrino del Senador que tanto le habia ofendido, y yendo á predicar en Chambery la Cuaresma de aquel año 1612 (1). «Allí, »cuenta un testigo ocular (2), ocupaba todo el dia en oir »confesiones, en conferencias en particular con los que »acudian á hablarle, en predicar en las casas religiosas, »en la Santa Capilla, á los penitentes y á las congregacio»nes de los Jesuitas, de suerte que apenas le quedaban al»gunos momentos libres para preparar los sermones mas »solemnes que pronunciaba delante del senado. Sin em»bargo, daba abasto á todo, predicaba apostólicamente, »olvidándose de sí mismo, y pensando tan solo en la sal»vacion de las almas.»

En medio de tantas ocupaciones, encontró no obstante tiempo de escribir á Roma para algunos negocios graves. Primero, á instancias de los síndicos, pidió á la Santa Sede erigiese en obispado la ciudad de Chambery, que hasta entonces habia estado bajo la jurisdiccion del Obispo de Grenoble (3); y fundó su peticion: primero en la importancia de esta ciudad, capital de la Saboya, residencia del senado y del consejo de Estado, y muy frecuentada por los pueblos vecinos; en segundo lugar en su distancia á Grenoble, y la dificultad de las comunicaciones entre las dos ciudades, sobre todo en invierno, y la imposibilidad de mantener relaciones en todo tiempo, cuando la Francia y la Saboya están en guerra; en tercer lugar en el estado de sospecha y las mil trabas que tiene que sufrir un Obispo que está sometido á dos soberanos, con frecuencia celosos uno de otro (4). Por escelentes que fueran estas razones, su peticion no tuvo el resultado que deseaba, pues oponiéndose la Francia á esta medida, el establecimiento de la silla no tuvo lugar.

(1) Carlos Aug., p. 423.
(2) Dep. de Dannant.
(3) Carlos Aug., p. 723.
(4) Carta CCLII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Habia otro negocio que no deseaba menos el hombre de Dios, y era la canonizacion de Amadeo III, Duque de Saboya, nacido en Thonon en 1435 y muerto en Turin á la edad de treinta años.

Ya varias iglesias le honraban como á bienaventurado, y tenian su imágen espuesta á la veneracion de los fieles, justificando el cielo este culto con grandes milagros; pero el santo prelado, movido por las heróicas virtudes que habian señalado el paso del bienaventurado Amadeo sobre la tierra, deseaba aumentar su gloria obteniendo su canonizacion (1). Escribió al Duque reinante y le instó vivamente á proseguir este negocio, tan honroso para su familia y tan deseado en toda la Saboya. «Los milagros que Dios »obra en favor de este gran Príncipe, le dice (2), la pro»funda estimacion que los pueblos tienen de su santidad, »los historiadores que celebran tan altamente su eminente »virtud, son como otras tantas invitaciones que os hace »este santo Príncipe para que le tributeis los honores que »le son debidos.»

El Duque aceptó la idea del piadoso Obispo, con tanto mas gusto, cuanto que habiendo depuesto las antiguas sospechas le tenia entonces en singular veneracion, y acababa de darle una prueba de ello nombrándole para la abadía de Ripailles, que habia vacado recientemente por muerte del titular. Apoyado en esta poderosa autoridad el Obispo de Ginebra, dirigió su súplica al Soberano Pontífice Paulo V.

«Ceded á nuestras instancias, Santísimo Padre, le »dice: no permitais que esta lámpara encendida con el »fuego divino permanezca mas tiempo oculta bajo el cele»min; colocadla sobre el candelero para que ilumine á »todos los que están en la iglesia; exaltad el nombre del »que ha santificado el nombre de Dios por el celo tan ac»tivo de su caridad, y que ha estendido su gloria con un

(1) Carlos Aug., p. 425.
(2) Carta CCLI.

»gran número de milagros; anunciad á toda la congrega»cion de los fieles que están sobre la tierra, que el Señor »ha glorificado á su santo en el cielo para escucharnos »cuando imploremos su socorro. La majestad de Dios, que »será glorificada, os lo pide; la Jerusalen celestial lo de»sea; la Jerusalen terrena lo reclama; vuestra propia glo»ria lo quiere; la familia de los Duques de Saboya, y con »ellos toda la Saboya, os lo suplican.» Para asegurar mejor el éxito de su piadosa empresa, el santo prelado escribió á la congregacion de Ritos otra carta (1), en la que expuso que esta canonizacion llenaría de gozo á los católicos, que se alegrarian de protestar con sus homenajes á su nuevo bienaventurado, contra la doctrina de Calvino sobre el culto y la invocacion de los santos; que ella confundiría á los herejes, que verian que su encarnizamiento contra nuestras creencias no habia tenido otro resultado que hacerlas mas vivas; que provocaría en los Príncipes cristianos un nuevo ardor para seguir las huellas de un santo de su clase; y que en fin, llenaría de alegría y cubriría de gloria á toda la Iglesia por el número y la grandeza de los milagros, que patentizaria la informacion que precediera al decreto de canonizacion.

Mientras que el Obispo de Ginebra instaba así por la canonizacion de un santo, la reputacion de su propia santidad se estendia mas y mas. Tan alta estimacion tenian de su virtud, que los mismos herejes le tomaban por árbitro en sus diferencias. Un hereje de Ginebra, que tenia un pleito con el Conde de Saint-Alban, habiendo sabido el paso del santo prelado por Bonneville, parroquia del Faucigny, fué á buscarlo y le rogó terminara la diferencia. «¿Cómo, le preguntó el Obispo, teneis confianza en mí si »los Ginebrinos me tienen por su enemigo?—Es, contestó »el hereje, porque sé que sois un hombre de bien, y solo »quereis en todo la justicia.» El Obispo, oidas las razones de ambas partes, combinó tan bien los derechos de ambos,

(1) Carta CCLIX.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que quedaron satisfechos de la decision (1). Otros dos, que tenian con sus mismos hermanos una diferencia por una suma de tres mil escudos de oro, le tomaron igualmente por árbitro sin temer la influencia del parentesco, y su juicio fué aceptado como dictado por la misma equidad (2).

No le estimaban menos en Francia, Lyon y París: ávidos de verle y oirle le invitaron sucesivamente á que predicase la Cuaresma del año siguiente. Hubiera deseado vivamente acceder á estas invitaciones; pero no habiendo querido dar su consentimiento el Duque de Saboya, dirigió á las dos ciudades su respuesta negativa. «No podeis »menos de ganar mucho en el cambio, escribia á los ca»nónigos de Lyon (3), si se atiende á la suficiencia, por»que en eso soy inferior á todos los predicadores que fre»cuentan las buenas ciudades y suben á los grandes púl»pitos como es el vuestro; pero en cuanto al afecto y gusto »en serviros sin duda perdereis, porque en verdad tengo »el corazon lleno de amor y reverencia hácia vosotros, y »de ardor y de celo por el aumento de la verdadera piedad »en vuestra ciudad.»

«Dios sabe bien, escribia á su amigo Deshayes que le »habia invitado para París, que preparaba un corazon nue»vo, mas grande, me parece, de lo que es el mio de ordi»nario, para ir ahí á anunciar sus santas y divinas pala»bras, primero para dar en tan bella y digna ocasion glo»ria á su Divina Majestad, luego para contentar al que me »llamaba con tanto empeño, y me prometia, por un esceso »de amor, que, predicando ahora un poco mas madura, »sólida y apostólicamente que lo hacia hace diez años, os »hubieran agradado mis sermones.»

En esta época se ajitaba en la Europa la gran cuestion de los derechos del Papa en las cosas temporales. Habia

(1) Dep. de Miguel Favre.
(2) Dep. de Vaulier.
(3) Carta CCLXVI.

sido promovida, de un lado por los escritos que publicó Jacobo I Rey de Inglaterra, para justificar el juramento que exigia de sus súbditos católicos; del otro por la refutacion que hizo aparecer el Cardenal Belarmino, primero en una obra titulada *de Romano Pontífice,* que Sixto V hizo poner en el índice ó catálogo de los libros prohibidos porque limitaba demasiado el poder del Papa (1), luego en otra obra titulada *Tractatus de potestate Summi Pontificis in temporalibus*, que no era mas que la reproduccion de los principios contenidos en la precedente. Este sábio Cardenal, queriendo apoyar sobre la revelacion el derecho público de la edad media, que constituia al Papa jefe de todos los soberanos, revestido del derecho de deponer á los que abusaran de su autoridad (2), enseñaba que Jesucristo, dando á su vicario en la tierra el poder de regir los pueblos en el órden espiritual, le habia indirectamente y como por via de consecuencia, dado el de regular, en las cosas temporales, lo que exigiera el mayor bien de la religion, aun en el caso en que fuera necesario deponer á los soberanos, transferir la corona de un individuo á otro, de una familia á otra (3); pero no decia, como lo han enseñado otros teólogos, que Jesucristo habia dado al Papa directamente un poder absoluto, tanto sobre lo temporal como sobre lo espiritual.

Esta obra, que desagradó en Roma como muy moderada, desagradó aún mas en Francia como exagerada, y escitó en el Parlamento y en la Universidad de París la mas violenta tempestad. Richer, síndico de la facultad, publicó contra el autor un escrito titulado: *De ecclesiastica et politica potestate,* que fué condenado por el clero de Francia por contener varias proposiciones falsas, erróneas, escandalosas, heréticas, y luego prohibido por la Santa Sede. Por otro lado, un consejero del Parlamento de Borgoña,

(1) Despues de la muerte de Sixto V, la obra fué retirada del Index.
(2) Véase sobre esta cuestion la sabia obra de Mr. Gosselin, *Poder del Papa en la Edad Media*.
(3) Belarmino, *De rom. Pontifice,* lib. V, c. IV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Benigno Milletot, creyendo deber abogar por la causa de Richer, publicó su *Tratado de los delitos comunes y casos privilegiados, ó del poder legítimo de los jueces seculares sobre las personas eclesiásticas;* y como era amigo íntimo del Obispo de Ginebra, le envió un ejemplar de su obra.

Francisco, afligido con la lectura de este escrito, contestó con una carta en la que, uniendo al amor de la verdad el talento de hacerla amable, le dice á su amigo todo su pensamiento en los mejores términos que le fué posible. «Mi corazon, dice despues de un exordio lleno de gra»cia, os envia sus pensamientos con un amor que no vio»lará las leyes del respeto y un respeto que no se separará »nunca del deber del amor. Hablemos como conviene en»tre amigos perfectos; veo en vuestro libro dos cosas, la »mano del artista y la materia ó el asunto: encuentro vues»tra mano no solo buena y digna de elogio, sino esquisita »y rara. Pero la materia me desagrada, y si es preciso de»cir la palabra que tengo en mi corazon, me desagrada es»tremadamente. Aborrezco por inclinacion natural, y creo »que por inspiracion celestial, todas las discusiones y »disputas que tienen lugar entre los católicos, y cuyo ob»jeto es inútil; mas aún aquellas cuyos efectos no pueden »menos de ocasionar discusiones y diferencias, sobre todo »en este tiempo lleno de espíritus dispuestos á las contro»versias, á las murmuraciones, á las censuras y á la ruina »de la caridad. No he encontrado á mi gusto tampoco cier»tos escritos de un santo y muy escelente prelado (1), en »los que ha tratado del poder indirecto del Papa sobre los »Príncipes; no porque haya juzgado si tiene razon ó no, »sino porque en este tiempo, en que tenemos tantos ene»migos fuera, no debemos alterar nada del cuerpo de la »Iglesia. La pobre madre que, como la gallina hace con »sus polluelos, nos cubre con sus alas, bastante trabajo »tiene con defendernos del milano, sin que vayamos nos»otros á picotearnos unos á otros y á dificultarla el andar.

(1) El Cardenal Belarmino.

»En fin, si los Reyes y Príncipes tienen mal concepto de »su padre espiritual, como si quisiera arrancarles su auto»ridad, que Dios, Padre soberano, Príncipe y Rey de to»dos les ha dado, ¿qué resultará de todo esto, sino una muy »peligrosa aversion de los corazones? Y cuando creyeran »que obrando contra ellos faltaba á sus deberes, ¿no esta»rian tentados á olvidar á su vez los suyos? No he querido »notar en vuestra obra todas las cosas que me parece »deben ser estremadamente suavizadas, y me he conten»tado con deciros brevemente mi humilde opinion, y para »hablar mas sencillamente mi gran sentimiento por este »asunto. Tal vez, señor, direis que os hablo con demasia»da franqueza, pero así es sin embargo como trato á los »que quieren que contraiga una entera amistad con ellos. »¡Ay! yo sé, yo creo, y juro en todas partes que amais la »Iglesia, que sois constantemente su hijo fiel; pero el celo »por la autoridad temporal, que habeis por tanto tiempo y »tan felizmente poseido, os ha conducido demasiado lejos. »Dios sabe, señor, que os amo á pesar de eso con todo mi »corazon.

Non sentire bonos eadem de rebus iisdem,
Incolumi licuit semper amicitia (1).

»No sé usar de moderacion en la amistad ni casi en nada de lo que tiene relacion con ella.»

Esta carta notable no fue la sola en que Francisco se esplicó sobre estas materias. Una señora, sábia á medias, que se introducia á razonar en cuestiones que tampoco la correspondian, le consultó con este motivo, y le contestó con una nueva carta donde brilla mejor aún su buen sentido y su espíritu sólido, su tierno amor por la Iglesia y su adhesion á la Santa Sede, en fin, ese tacto perfecto que, bajo el esterior de una gran sencillez, presenta con toda

(1) Es decir: Las gentes de bien, aunque piensen de diferente modo, no por eso dejan de ser menos amigos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su fuerza los argumentos morales de su tésis, únicos que estaban al alcance de la persona á quien se dirige (1).

«Permitid, le escribe, que os hable como el gran san »Gregorio á una señora que queria obtener de él el cono- »cimiento de lo que sería de ella. Aquel santo le dijo: Me pre- »guntais una cosa dificil al mismo tiempo que inútil; lo »mismo os digo con relacion á la pregunta que me haceis. »*¿Cuál es la autoridad del Papa sobre el poder temporal de »los reinos?* Me pedís una solucion igualmente dificil é inú- »til; *dificil*, no ciertamente en sí misma, porque, al contra- »rio, es muy fácil de encontrar á los espíritus que le buscan »por el camino de la caridad, pero dificil en estos tiempos »en que abundan cerebros acalorados, sutiles y contencio- »sos. Es muy dificil hablar de modo que no se ofendan los »que, creyéndose buenos servidores, tanto del Papa como »de los príncipes, no quieren que nunca se decida fuera »de ciertos límites, no considerando que no pueden hacer »nada peor á un padre que quitarle el amor de sus hijos, »ni peor á los hijos que quitarles el respeto que deben á »su padre. Digo en segundo lugar *inútil*, porque el Papa »no pide nada á los reyes y á los príncipes en este par- »ticular. Los ama á todos tiernamente, desea la firmeza y »estabilidad de su corona; vive dulce y amigablemente con »ellos; y no hace casi nada en sus estados, aun en lo que »concierne á las cosas puramente eclesiásticas, sino con »su consentimiento. ¿Qué necesidad hay de ocuparse en el »exámen de su autoridad sobre las cosas temporales, y por »ese medio abrir la puerta á la discusion y á la discor- »dia?.... ¿A qué propósito imaginarse pretensiones que »conduzcan á disensiones contra aquel á quien debemos »amar filialmente, honrar y respetar como á nuestro ver- »dadero padre y pastor espiritual? Siento un vivo dolor en »mi corazon de que esta disputa de la autoridad del Papa »sea el juguete y el asunto de la conversacion entre tan- »tas personas que, poco capaces de resolverla, en vez de

(1) Carta DCCCXXIII.

»aclararla, la turban; en vez de resolverla, la desgarran; »y lo que es peor, turbándola, turban la paz de muchas »almas; desgarrándola, desgarran la santa unidad de los »católicos, apartándolos así de pensar en la conversion »de los herejes..... Contra todos estos vanos discursos, hé »aquí las trincheras donde pondreis á cubierto vuestro »espíritu; el Papa es el soberano pastor y padre espiritual »de los cristianos, porque es el supremo vicario de Jesu- »cristo en la tierra; por lo tanto, él tiene la ordinaria so- »berana autoridad espiritual sobre todos los cristianos, »emperadores, reyes, príncipes y demás, que le deben no »solo amor, reverencia y respeto, sino tambien ayuda, so- »corro y asistencia contra los que le ofendan á él ó á la »Iglesia, en esta autoridad espiritual y en la administra- »cion de aquella. Como por derecho natural, divino y hu- »mano todos pueden emplear sus fuerzas y las de sus »aliados contra el injusto agresor y ofensor, tambien la »Iglesia y el Papa, porque todo es uno, puede emplear sus »fuerzas y las de los príncipes cristianos, sus hijos espiri- »tuales, en la justa defensa de los derechos de la Iglesia »contra todos los que quisieran violarla y destruirla. Y »tanto mas cuanto que los cristianos, príncipes y demás, »están ligados al Papa y á la Iglesia, no con una simple »alianza ordinaria, sino con la mas poderosa en obliga- »cion, la mas escelente en dignidad que pueda haber; y »así como el Papa y los demás prelados de la Iglesia están »obligados á dar su vida y á sufrir la muerte para dar el »alimento espiritual á los reyes y á los reinos cristianos, »así los reyes y los reinos están obligados á sostener á cos- »ta de sus vidas y de sus estados al Papa y á la Iglesia: »obligacion invariable que se estiende hasta la misma »muerte; obligacion natural, divina y humana, por la cual »el Papa y la Iglesia deben sus fuerzas espirituales á los »reyes y reinos, y los reyes sus fuerzas temporales al Pa- »pa y á la Iglesia. Porque los padres son para los hijos y los »hijos para los padres; los reyes y los príncipes tienen una »soberanía temporal, pero el Papa y la Iglesia no la pre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»tenden: el Papa es supremo pastor y padre espiritual; el »Rey es supremo Príncipe y señor temporal: la autoridad »del uno no es contraria á la del otro, sino que tienen re- »lacion la una con la otra.»

Así Francisco de Sales, tan firme en cumplir todo lo que mandan la fe y la caridad en adhesion á la Santa Sede, quería por el bien de la paz, se guardase silencio recíproco por los hombres de la Iglesia y los del estado sobre las cuestiones exteriores de la fe, que no se pueden casi nunca tratar sin originar disensiones y otros mil inconvenientes, verdaderos focos de donde sale, si se resuelven, el fuego de la discordia. Repetia á menudo las palabras del Apóstol: *Pacem habete, et Deus pacis et dilectionis erit vobiscum* (1). «Que la diversidad de las opiniones y de los in- »tereses no altere vuestra paz si quereis que el Dios de la »paz y del amor permanezca con vosotros.» Y sabiendo que en todos tiempos existen en el mundo ciertos espíritus soberbios, llenos de sí mismos, que no aspiran sino á hacerse notar pensando de otro modo que los demás, que tienen placer en trastornarlo todo, con tal que brille su gloria en medio de las ruinas, nada temia tanto como ver agitarse cuestiones á favor de las cuales estos genios turbulentos alterarian la paz tan necesaria al bien de la religion y de la Iglesia.

Esto es lo que desarrolla en una memoria con fecha 2 de junio de este año 1612, dirigida al Cardenal Scipion Caffarelli Borghese, memoria que nos revela cuánto se preocupaba su alma por los males de la Iglesia, cuánto habia estudiado los remedios para ellos, y qué espedientes, dignos del mas hábil diplomático, habia descubierto su sabiduría para lograr pacificarlo todo. «Es evidente, »escribe al Cardenal (2), que la mayor parte de los parla-

(1) II Cor. XIII, 11.

(2) Esta memoria, escrita en italiano, fué descubierta en el último siglo por Mr. José Luis Dominico de Cambis, Marqués de Villeron, en una coleccion de manuscritos de varios documentos sueltos, cuya adquisicion habia hecho,

»mentos, de los ministros de estado y de los católicos de »Francia, se colocan en estas cuestiones en la parte mé- »nos favorable, ó por mejor decir la mas contraria á la »autoridad del Papa, creyendo de este modo dar la venta- »ja á la autoridad, y si las cosas van mas adelante, es de »temer se siga una pérdida considerable y una deplorable »division en este reino; tanto mas que, debiendo el Rey »tomar dentro de tres ó cuatro años la direccion de los ne- »gocios, les será fácil á los de la parte contraria á la auto- »ridad de la Santa Sede inclinarle á su partido; teniendo »los hombres, principalmente en estos tiempos, tan gran- »de inclinacion á la autoridad independiente, inclinacion »que es aún mas fuerte y dominante en los jóvenes, por »ser naturalmente atrevidos y temerarios, aunque se debe »creer que el Rey tiene sentimientos muy buenos y muy »ortodoxos.»

Leyendo estas líneas, ¿quién no admirará la perspicacia del Obispo de Ginebra, adivinando la lucha entre el poder real y el de los Papas que, preparándose bajo Luis XIII, estalló bajo Luis XIV con gran detrimento de la religion, lucha deplorable, cuyo golpe ha resonado en los siglos siguientes, y que aún hoy aflige los oidos católicos?

«Esta idea de sacudir todo yugo, continua el autor de »la Memoria, siendo un mal muy contagioso, pasaria luego »insensiblemente de un reino á otro, como se ha visto con »cosas semejantes, de donde parece que hay gran peligro »en las circunstancias.

»No parece que pueda servir de remedio el hacer dis- »cutir el asunto por sábios teólogos, porque cuanto mas »animada sea la disputa, mas se agriarán los espíritus y »crecerá la division; porque además de que las razones »de los adversarios halagarian el oido de los grandes, no »porque sean ciertas sino por estar mas conformes á su

y no se atrevió entonces á publicarlo, temiendo provocar la animosidad de los parlamentos, que no hubieran admitido la ley del silencio, tan recomendada por Francisco de Sales en estas materias. (Véase el manuscrito de Mr. de Cambis, t. II, p. 321.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»intencion, no faltarán teólogos que, por diversas consi-»deraciones, tomarán parte en contra.

»El medio mas eficaz sería tratar amistosamente con »la Reina mientras que aún tiene el gobierno, y con su »consejo, representándole que no habiéndose levantado »nunca la menor diferencia entre Su Santidad y Su Ma-»jestad, habiendo mostrado, por el contrario, nuestro Santo »Padre, en todas las ocasiones, un corazon verdaderamen-»te paternal y celoso por el bien, prosperidad y grandeza »de esta corona, no puede menos de mirarse con dolor »que ciertos espíritus inquietos, puntillosos y enemigos »de la santa union que reina entre Su Santidad y Su Ma-»jestad, se atrevan imprudentemente á poner en duda si »Su Santidad tiene por esta corona un verdadero interés; »que agitando estas inútiles cuestiones se forme en los es-»píritus débiles una triste desconfianza del sincero afecto »de nuestro Santo Padre hácia Su Majestad y su reino; y »que en consecuencia se ruegue á Su Majestad imponga »silencio á estas temerarias y sediciosas disputas, como »Su Santidad por su parte lo impondrá en tales cuestio-»nes en todas partes donde convenga hacerlo; tanto mas »cuanto que estas contestaciones, inútiles entre los cató-»licos, son muy peligrosas con los protestantes, que se »alegran de nuestras divisiones, y que la continuacion de »la disputa, en vez de apagar el fuego, lo enciende cada »vez mas.

»Es bien cierto que, en esta guerra, una piadosa in-»dustria, un modo de proceder lleno de dulzura y pruden-»cia, hacen mas que un saber inflamado y un espíritu ar-»diente. Lo que se desprecia cae por sí mismo; lo que se »combate con fuego adquiere importancia. *Spreta exoles-»cunt; si irascaris, agnita videntur.* La mejor respuesta que »se puede dar á los espíritus turbulentos, es el desprecio »y el silencio; de suerte que sería necesario que ahora, en »Francia, todos los predicadores inculcasen, con dulzura »y sin agitacion, la unidad de la Iglesia y la sumision al »soberano Pastor, sin disputar acerca de su autoridad so-

»bre los príncipes. Con respecto á las personas que hablan »mal de la autoridad del Papa, no se les deberia contestar »directamente, sino indirectamente, quejándose de que »hablan así sin necesidad, y con una maligna intencion de »hacer odiosa la Santa Sede, que está llena de dulzura y »afecto á la monarquía francesa. Convendria, descubrien-»do esta mala intencion, hacerlos odiosos á ellos mismos, »como á perturbadores del reposo público, y hacer entrar »dulcemente en el discurso la necesidad de la unidad ca-»tólica y la adhesion á la Santa Sede, que es el lazo de »esta unidad.

»Convendrá tambien establecer, por medio de prelados »prudentes y celosos, una buena inteligencia entre la Sor-»bona y los jesuitas, á fin de que estos dos cuerpos unidos »pudieran trabajar mas eficazmente en el campo del Se-»ñor; y para obtener esta union, se debería hacer compren-»der su importancia á la Reina, exponiéndola que si los »prelados, la Sorbona y los religiosos estuvieran bien uni-»dos, podrian hacer desaparecer la herejía en diez años. »Se deberian buscar personas de confianza que ayudasen »á monseñor el Nuncio, y pudieran poner en relacion á »los unos con los otros. Se deberia recomendar esto á los »provinciales y generales de las órdenes y enviar á la Uni-»versidad, y especialmente á la Sorbona y á los prelados, »breves llenos de cordialidad y de demostraciones del »afecto paternal de nuestro Santo Padre á este reino; pero »antes de llegar á eso convendria que se hubiese tratado »el negocio en París con la Reina y su consejo, y en Roma »con su embajador y los cardenales franceses, mostrando »un gran interés en que cesen semejantes disputas. La »cosa urge: *Sero medicina paratur, cum mala per longas »invaluere moras.*»

El cardenal Borghese mostró esta memoria al Papa Paulo V, que alabó la prudencia del autor y aprobó todos los medios de conciliacion propuestos; pero desgraciada-mente se descuidó en practicarlos, y bien pronto surgie-ren de nuevo las disputas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO II.

Nuevas conversiones obradas por el Obispo de Ginebra.—Peregrinacion á Milan.—Rasgo de desinterés.—Da libertad á varios presos.—Trabajos en el pais de Gex.

(Año de 1613.)

Francisco de Sales, trabajando sin descanso fuera y dentro de su diócesis, no dejaba de dispensar la divina palabra cuando encontraba ocasion para ello. Un dia que predicaba en la iglesia de Santo Domingo sobre la Comunion espiritual, y procuraba encender en sus oyentes un gran deseo de unirse á Jesucristo aniquilado por ellos en el sacramento del altar, esclamó en un santo trasporte: «¡Ah! que todo el mundo muera si no quiere vivir en Je»sucristo y para su gloria!» Y como repitiese este grito varias veces, y cada vez con mayor fervor, un pecador público, movido de estos acentos tan apostólicos, se levanta de repente, pide en alta voz, hiriéndose el pecho, perdon al cielo y á la tierra de su vida escandalosa, y ruega al santo apostol le reconcilie con Dios. Doce herejes que preparaba hacia largo tiempo en particular, vienen en seguida á pronunciar su abjuracion en sus manos; y bendiciendo á Dios por esta doble gracia, convidó á su mesa á todos los recien convertidos. «Jesucristo, les dijo, fue al festin »con alegría despues de haber convertido á Mateo, que era »publicano y pecador público. Vamos tambien á comer »alegremente en el nombre y á ejemplo de este adorable »Salvador.»

Se puso á la mesa, y la alegría de su corazon brillaba en su rostro. «Monseñor, le preguntaron, ¿qué os causa mas »placer, un pecador vuelto á la virtud, ó doce herejes que entran en el seno de la Iglesia?—Me alegra, contestó, la »vuelta de los unos y de los otros; pero la conversion de »los herejes es para mí un gran motivo de consuelo, por»que vienen de mas lejos, pues no tienen aún en su cora»zon la verdadera fé, que es el principio de la salva»cion.» (1)

A pesar de los consuelos con que el cielo coronaba su celo en Annecy, Francisco creyó que la voluntad de Dios le llamaba á hacer un gran viaje fuera de su diócesis. Cuando la enfermedad de la Madre Chantal se habia comprometido con voto, para obtener su curacion, á ir en peregrinacion al sepulcro de San Carlos en Milan; queria además ir á Turin, primero para recomendar al Duque de Saboya el instituto de la Visitacion, rogándole favoreciera los establecimientos que se esperaba formar bien pronto; en segundo lugar, para obtener de Su Alteza la autorizacion de confiar á religiosos hábiles el colegio de Annecy, que los seglares que lo dirigian habian dejado caer en una completa decadencia; y por último, para defender á un gran número de caballeros acusados injustamente de la muerte del secretario del duque de Nemours, que acababa de ser asesinado en el bosque de Sonaz, cerca de Annecy.

Impulsado por todas estas razones, tan dignas de un corazon como el suyo, partió de Annecy el 15 de abril, acompañado de algunos eclesiásticos y de varios piadosos seglares. Nada tan edificante como este viaje: en él el santo Obispo dirigia á sus compañeros en la oracion hecha en comun, les daba todas las mañanas los puntos de meditacion, y frecuentemente durante el dia los animaba al fervor con los discursos mas interesantes. «Durante el cami»no, cuenta el Marqués de Lullin que le acompañaba, sus »acciones y palabras celestiales imprimian en mi corazon »un sentimiento de estimacion y respeto que no puedo es»presar. Me exhortaba con una suavidad irresistible y en»cantadora á la práctica de todas las virtudes cristianas, »mostrándome que es mas facil de lo que se cree unir las »virtudes sólidas con los empleos militares; que la devo»cion no es adusta y feroz como se la presenta; que se

(1) *Año de la Visitacion*, 12 de febrero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»puede conservar tanto en la corte como en los claustros; »que es el ornamento de los mas grandes señores; que »grandes reyes la han practicado en el trono, y grandes »capitanes en medio de las batallas, como David y San »Luis, Judas Macabeo y sus hermanos que en los comba»tes eran rayos de guerra y santos delante de Dios. Me »esponia luego con una suavidad divina, cuán justa es la »ley de Dios, cuán bella, dulce, amable, útil, facil de ob»servar á los que quieren amar á Dios y confiarse en su »bondad paternal. Otras veces procuraba hacer resaltar la »vanidad del mundo, la inconstancia de la fortuna, lo »poco que hay que confiar en el favor de los grandes »y en las mismas grandezas, mostrándonos á Dios solo »como el único fundamento en que se pueda descan»sar.» (1)

Llegado á Turin, el piadoso viajero fué al punto á ofrecer sus homenajes al Duque de Saboya, que le recibió con todas las atenciones que merecian su caracter y su virtud. Sus primeras palabras fueron para la defensa de los caballeros á quienes se imputaba el asesinato del secretario del Duque de Nemours; pero encontrando contra ellos grandes prevenciones, creyó prudente no insistir por el pronto, y pasó á la cuestion de sus amadas hijas de la Visitacion. El duque, por la relacion que le hizo, concibió tanta estimacion hácia ellas, que no contento con conceder todo lo que el santo Obispo solicitaba, escribió al año siguiente al Senado de Chamberí para recomendarle con el mayor interés esta órden naciente. El Obispo le habló luego del estado de decadencia en que se encontraba el colegio de Annecy, y de la renuncia de los Jesuitas por no poder dar abasto á todos los establecimientos que se les ofrecian. El príncipe le propuso hacer venir á él á los Barnabitas, si despues de haber visitado las casas que dirigian en Turin, Verceil y Milan, los encontraba dignos de su confianza; y ofreció apoyar con todo su poder su establecimiento en el colegio (1); lo que en efecto tuvo lugar, como veremos mas adelante (2).

(1) Dep. del Marqués de Lullin.

Despues de esta entrevista Francisco partió para Milan, donde, habiendo ido para honrar á un santo, fué recibido él mismo como santo. El 25 de abril, dia de su llegada, el cardenal Federico Borromeo, primo y sucesor de San Carlos, informado de su próximo arribo, salió á recibirle acompañado de D. Juan de Mendoza, gobernador de Milan, y quiso llevarlo á su palacio. El humilde prelado no admitió esta graciosa invitacion, y pidió permanecer desconocido como un pobre peregrino, para satisfacer mas libremente su piedad ante la tumba de San Carlos, y llenar mas perfectamente el objeto de su viaje (3).

Al dia siguiente, en efecto, revestido de los mas ricos ornamentos, que el arzobispo habia puesto á su disposicion, celebró la Misa en el sepulcro del santo cardenal, vertiendo lágrimas de amor, y manifestando con lo encendido de su rostro el fuego sagrado que ardia en su corazon.

Terminado el sacrificio, quedó varias horas postrado ante el cuerpo del santo, pidiéndole con lágrimas una participacion de sus virtudes, la gracia de gobernar la diócesis de Ginebra como el santo cardenal habia gobernado la de Milan, y la fortaleza de alma necesaria para no sucumbir bajo el peso de las cruces que tenia que llevar.

Al volver de la Iglesia, los sacerdotes que le acompañaban se apresuraron á comunicarse sus sentimientos de

(1) Carlos Aug., p. 433.

(2) Los Barnabitas fueron fundados en Milan, en 1530, por tres santos sacerdotes, Morigia, Ferrari y Zacarías, con el objeto de catequizar, de predicar, de confesar, de enseñar á la juventud, de dirigir los seminarios y de hacer las misiones. Se les llamaba Barnabitas por su singular devocion á san Bernabé, ó porque hicieron sus primeros ejercicios en una iglesia que tenia el nombre de este santo apóstol. Se les llamó tambien clérigos regulares de San Pablo, porque el sacerdote que los dirijió en su fundacion les hacia leer asiduamente las epístolas de San Pablo. Esta congregacion ha tenido en todos tiempos hombres eminentes en ciencia y piedad, como Alejandro Sauli, apostol de Córcega y confesor de S. Cárlos; Carlos Bascapé, Obispo de Novara; y Agustin Tornielli, autor de los anales sagrados.

(3) *Año Santo de la Visitacion*, 25 de abril.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

admiracion sobre las bellezas y magnificencias de la catedral; pero mientras que hablaban, el santo Obispo no decia palabra. Sorprendidos de su silencio, le preguntaron qué le habia parecido: «Os confieso, contestó, que no he »visto nada.—Pero al menos, Monseñor, habreis notado »los ricos ornamentos que os han dado para celebrar la Mi»sa, porque es imposible que el brillo de las piedras de que »estaban cubiertos no haya atraido vuestras miradas.—No »lo he notado, contestó, porque los ornamentos interiores »de la santidad del gran cardenal Borromeo me han ocu»pado de tal modo, que no he pensado ni en la magnificen»cia esterior de la Iglesia ni en la de los ornamentos pon»tificales.» (1)

El santo prelado, despues de haber satisfecho su piedad fue á ofrecer sus homenajes al arzobispo y al gobernador de Milan, pues sabia que la cortesía forma parte de la religion bien comprendida, porque no es otra cosa que la caridad en accion. Visitó luego á los Barnabitas, segun el encargo que le habia dado el Duque de Saboya, y habiéndole propuesto el General de los religiosos hospedarle en el mismo departamento donde se retiraba San Carlos cuando venia á su casa para hacer los ejercicios espirituales, aceptó con gozo una oferta que tan bien se acomodaba con su veneracion al santo arzobispo. Permaneció algunos dias entre estos religiosos, los examinó con cuidado para asegurarse si convenian para la direccion del colegio de Annecy, y habiéndolos encontrado tales como podia desearlos, les ofreció esta direccion, que aceptaron (2). Durante este tiempo, no dejó de volver varias veces al sepulcro del santo Cardenal, pasando allí una noche entera en oracion; despues de lo cual, llamado á Turin para la fiesta del Santo Sudario, que se aproximaba, se puso en camino, visitó en Novara la tumba de San Bernardo de Meuthon, y afligido por el estado de abandono en que la encontró, re-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 26 de abril.
(2) Idem, 28 de idem.

comendó á los canónigos de la iglesia donde se conservaba esta preciosa reliquia, la tributaran mas honor y veneracion (1). Llegado á Turin para la fiesta del Santo Sudario, fué designado por el Duque de Saboya para predicar en esta ocasion solemne. Obedeció, y se presentó en el púlpito sin mas traje que el roquete y la estola; porque era costumbre en esta época, que un Obispo no tendria derecho á llevar la muceta fuera de su diócesis sino era invitado por el Obispo del lugar. El Duque de Saboya, disgustado de que el Arzobispo de Turin no hubiera concedido este honor á tan gran prelado, quiso que para reparar el olvido, el Arzobispo enviase al punto su propia muceta al predicador por uno de los eclesiásticos asistentes. Habiéndolo Francisco recibido con respeto, se volvió al Arzobispo y le dijo: «Monseñor, no merezco este honor, »pero lo acepto por obedeceros.» Besó luego la muceta, se la revistió y continuó el sermon. Terminado el discurso se quitó la muceta antes de bajar del púlpito, y fue él mismo á devolvérsela al prelado que habia quedado solo con el roquete, diciéndole al entregársela unas palabras tan humildes, que este quedó confuso, y los asistentes edificados esclamaron: «Todo predica en este santo Obispo; hasta sus »vestidos.» (2)

El Duque de Saboya, deseoso de honrarle á su vez, le nombró como uno de los Obispos encargados de esponer el Santo Sudario á la veneracion del pueblo. Francisco llenó con alegría este piadoso ministerio, y mientras tenia el lienzo sagrado empapado en las lágrimas y la sangre del Hijo de Dios, dejó caer en él por descuido algunas gotas

(1) Este Santo fué el que fundó en los Alpes los dos hospitales tan nombrados y tan útiles á la humanidad, llamados de su nombre el *Grande* y el *Pequeño San Bernardo*. Habia nacido en el castillo de Meuthon, cerca de Annecy, en junio de 923, de una de las mas ilustres casas de Saboya. Dió primero misiones en los alrededores de Aosta en el Piamonte, y despues de haber asegurado auxilio á los viajeros con la fundacion de estos dos hospitales, evangelizó la Lombardía y murió en Novara el año 1008. Sus virtudes y sus milagros le hicieron canonizar desde el año siguiente.
(2) *Año de la Visitacion*, 5 de mayo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de sudor, ocasionado por el escesivo calor de la atmósfera, mezclado con las lágrimas de amor que no podia contener. El cardenal de Saboya que lo apercibió, le reprendió vivamente; pero el accidente que disgustaba tanto al prelado, fue por el contrario para el santo Obispo materia de las mas tiernas reflexiones y los mas piadosos sentimientos. «O Salvador mio! dijo en el fondo de su alma (1), dig»naos mezclar mis indignos sudores con los vuestros; em»papad mi sangre, mi vida, mis afectos en los méritos de »vuestra sagrada Pasion; á este buen Cardenal le disgusta, »vos no sois tan delicado; vos, Salvador mio, no habeis der»ramado el sudor y la sangre sino para mezclarlas con los »nuestros y darles de ese modo el precio de la vida eter»na. ¡Ojalá mis suspiros se unan á los vuestros, para que »sean recibidos con suavidad ante el Padre Eterno!» Despues de la ceremonia, Francisco tuvo una última audiencia con el Duque de Saboya, para hablarle de los caballeros injustamente acusados en el asesinato del secretario del Duque de Nemours; abogó por su causa lo mejor que pudo, pero no obtuvo por entonces mas que esperanzas. Debiendo volver á Annecy para solemnizar las fiestas de Pentecostés, dejó al Sr. de Blonay el encargo de proseguir trabajando en la justificacion de los acusados (2), y partió sin detenerse, tomando el camino que pasa por el monte Cenis.

Al atravesar estas altas montañas, admiraba cómo los hombres podian establecer su morada en lugares tan horribles, entre los hielos y las nieves, las escarchas y las tempestades que reinan allí casi sin interrupcion, y tomaba de esto ocasion para bendecir á la divina Providencia. «Si estos hombres, se decía, fueran á ganar su vida en »las grandes ciudades ó hermosos campos, estarian cier»tamente mucho mejor que aquí; pero ¡qué admirable es »el gran Rey del universo en su accion sobre las almas!

(1) Carta CCXCVII.
(2) Carlos Aug., p. 435.—Carta CCCXXVI.

»Por una bondad inefable les da inclinaciones contrarias, »para que así haya hombres para dirigir y servir á los via»jeros, los cuales sin ellos no podrian atravesar nunca es»tas horribles montañas.» (1)

Continuando su camino, Francisco llegó felizmente á Annecy el 25 de mayo, víspera de Pentecostés, y al dia siguiente celebró solemnemente la Misa en la catedral. Los canónigos, por medio de un artificio que era del gusto de esta época, habian colocado en la bóveda de la iglesia una especie de máquina representando las nubes, de la cual, despues de la consagracion, debia salir una paloma con llamas, para representar la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles; la máquina no produjo en parte su efecto, y no se vió descender de la nube artificial ninguna lengua de fuego; pero la paloma salió, y espantada tanto por la música como por la multitud de pueblo que llenaba la Iglesia, revoloteó por todos lados sin encontrar donde refugiarse. Por fin, cansada y no pudiendo mas, fué á descansar sobre la cabeza del santo Obispo, que estaba de pie delante del altar, lo que conmovió á todos los asistentes, maravillados de ver cómo esta paloma llenaba admirablemente su papel habiéndose colocado sobre aquel en quien residia tan plenamente el espíritu de Dios. Francisco la dejó reposar en su cabeza todo el tiempo que quiso, sin echarla ni moverse; tan absorto estaba en el placer de recibir á aquel de quien era figura (2). La tarde de este mismo dia predicó en Vísperas, y dijo á los asistentes que les traia la bendicion del santo Obispo de Milan: «Pero, añadió, debo »dirigiros las mismas palabras que decia San Antonio á »sus discípulos despues de haber visitado á San Pablo: »Vengo de honrar los vestigios de santidad de un gran »siervo de Dios, ante el cual no soy mas que un fantasma,

(1) Carlos Aug., p. 435 y 436.
(2) Dep. de Renche, de Francisco Favre y de otros varios que han afirmado el hecho como testigos oculares.—Carlos Aug., p. 436.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»una sombra de Obispo, indigno de besar la huella de sus »pies.» (1)

Volviendo á encargarse del gobierno de su diócesis, sin permitirse ni un dia de descanso despues de este largo viaje, se encontró, como antes, agobiado de trabajos que le obligaron á sacrificar hasta el goce mas amado para un espíritu como el suyo, el del estudio. «Estoy, escribe á »uno de sus amigos (2), en un contínuo bullicio, que los »negocios de esta diócesis me producen incesantemente, »sin que haya un solo dia en que pueda ver mis pobres li»bros que he amado tanto otras veces, y que ya ahora no »me atrevo á amar por no hacer mas sensible el divorcio »que he hecho con ellos.»

Entre las personas cuyas visitas absorbian la mayor parte del tiempo del santo Obispo, se encontraron un dia los parientes lejanos de un cura que habia muerto en las montañas de Faucigny. Segun la ley de aquel tiempo, cuando moria un cura sin herederos reconocidos por la ley ó instituidos por testamento, sus bienes, cualesquiera que fuesen, pertenecian de derecho al obispo. Afligidos de verse arrebatar una herencia con la cual contaban, estos parientes se habian dirigido, primero al mayordomo del Obispo, Jorge Rolando, rogándole tomase en consideracion su pobreza y moviera á su amo á que renunciase á sus derechos, mediante la suma de veinte ducatones ó sean setenta y nueve francos (3) que le ofrecian como indemnizacion. El mayordomo, mirando una oferta tan pequeña como una impertinencia (porque la herencia valia diez veces mas) les habia despedido sin querer oirlos mas. Ellos entonces, esperando mas de la caridad del amo que de la del criado, fueron á ver al Obispo, y despues de haberle espuesto exajeradamente su pobreza y referido la negativa de Jorge Rolando, le reiteraron la oferta de los veinte

(1) Año de la Visitacion, 25 de mayo.
(2) Carta CCLXXXIV.
(3) El ducaton valia 3 francos 45 céntimos.

ducatones: Francisco aceptó al punto un convenio tan desfavorable, les cedió toda la herencia por un acta firmada de su mano, y tomó alegremente la suma propuesta. «He »aquí, les dijo, una suma que vendrá bien á mis pobres.» No bien lo hubo sabido el mayordomo, cuando fue muy disgustado á buscar á su amo y á reconvenirle con amargura por el apuro en que le ponia en subvenir al gasto de la casa. «¡Cómo! amigo mio, contestó Francisco con una »amable sonrisa, si este buen sacerdote no hubiera muerto »¿no hubiéramos tenido con que vivir? Pero consolaos, mi »querido Rolando, no volveré á hacerlo mas. En cuanto »á los veinte ducados, estan ya destinados para los pobres.» Habiendo en esto llegado un amigo y demostrádole su sorpresa de ver salir al mayordomo de tan mal humor: «Es, »le dijo Francisco, que he hecho una mala pasada á Ro»lando; esperaba cobrar una suma considerable de unos »bienes que me han tocado en herencia; la he cobrado sin »que supiera nada, y la he distribuido á los pobres. Dios »nos guarde de mayor mal!» (1)

El enfado de Rolando no duró mucho; habiendo sido conducidos al palacio varios desgraciados para ser curados de su enfermedad, la que creian generalmente ser una posesion del maligno espíritu, el santo Obispo los miró pensativo, sin decir nada. Rolando, admirado de este silencio, le rogó los hablara y los curara. «¡Ah! dijo Francisco »sonriendo, me alegro mucho que mi Rolando me enseñe »á hacer milagros.» Luego les habló con su piedad acostumbrada, los bendijo, y quedaron al punto perfectamente sanos y tranquilos. Hizo lo mismo, algunos dias despues, con otros diez desgraciados que el demonio atormentaba de una manera horrible, á los cuales despues de confesados les hizo comulgar, y solo con la bendicion los dejó libres enteramente (2).

Francisco permaneció poco tiempo en Annecy, pues

(1) Carlos Aug., p. 437.
(2) Idem, p. 437 y 338.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

partió para dirigirse al pais de Gex, que era el objeto constante de sus solicitudes. Los ministros herejes de estos paises, apoyados por la república de Ginebra y alentados con la política tímida de Francia con respecto á la herejía, se obstinaban en no volver á la Iglesia los bienes que le habian quitado, y á los sacerdotes que enviaban allí para restablecer la religion católica les faltaban las cosas mas necesarias para la vida (1). Sin desalentarse por la inutilidad de sus primeras tentativas, Francisco habia dirigido el año precedente á Luis XIII una instancia sobre este asunto; pero habiendo el encargado de los negocios de Ginebra en París rehusado recibir traslado de ella, y habiendo escrito á la Reina regente los señores de su república, á los que habia informado de este paso, la instancia fue desechada. No habiendo tenido resultado por este lado, comprometió á uno de sus amigos, Mr. de Mazuyer, consejero del Rey y mas tarde primer presidente del parlamento de Tolosa, á que obtuviese al menos que los beneficios, á medida que fueran vacando, fuesen devueltos á los párrocos católicos por la via ordinaria del concurso y el nombramiento del Obispo. Este digno amigo solicitó para el santo prelado no solo la concesion del derecho que reclamaba, sino aun una posicion mejor si lograba llevarle á París. He aquí lo que espresa esta carta inédita de San Francisco de Sales, con fecha del 14 de noviembre de 1612 (2). «Nuestro pobre Gex, le escribe, está siempre »casi en el mismo estado; aunque sobrán buenas disposi»ciones que prometen un porvenir mejor, por lo que debe»mos alabar á Dios, pues nosotros no merecemos que cam»bie repentinamente los corazones, como cambió el agua »en vino. Procuraré hacer que nada falte hasta donde al»canza mi poder..... Vuestra bondad ha conseguido cartas

(1) Carta CCLXXXIV.

(2) El señor Marqués de Cambis dice haber copiado esta carta del original en Tolosa, en casa de la Señora Marquesa de Thezan, biznieta del señor de Mazuyer, t. II, p. 347.

»para el nombramiento de los sacerdotes á los beneficios, »pero exigen tantas formalidades, que no podrán serles »útiles, porque si falta la menor cosa, no dejará de haber »quien ataque á estos pobres curas para tomar sus bene»ficios, manjar tan deseado en este tiempo, que los mas in»capaces son los que quieren mas tenerlos. Os doy gracias »por vuestros bondadosos proyectos con respecto á mí; »nunca mereceria este favor, como no sea que mis deseos »de obrar el bien se admitan en lugar del mérito. Dios, que »por su gracia me ha asistido hasta ahora en este camino »eclesiástico por el cual marcho, me ha dado á comer pan, »á beber agua y vestidos para cubrirme, lo que es sufi»ciente para obligarme á tenerle por mi Dios, á levantar »altares en Gex, en Francia y en todas partes donde le »agrade emplear mi miseria para la gloria de su miseri»cordia. Os hablo así, Señor, con la confianza que me da »la amistad, no en son de rehusar, sino para deciros que »nunca pretenderé nada. El que no se contenta con lo pre»ciso nunca tiene lo bastante. *Cui quod satis est non est »satis, illi nihil satis est.*»

Los buenos oficios del Señor de Mazuyer no obtuvieron sino escasos resultados, y Francisco comprendió que no le quedaba mas que hacer por sí mismo, en el pais de Gex, todo el bien que pudiera. Pasó allí todo el mes de noviembre; y á fuerza de celo é industria, logró restablecer el Oficio divino en ocho parroquias, Gex y Targes, Pason y Chaler, Ussy y Divonne, Thoizg y Sacconay; obligó á los curas, á los cuales colocó allí, á residir constantemente, bajo pena de ser privados de una parte de sus beneficios, en proporcion con el tiempo de su ausencia; proveyó á todas estas iglesias de lo que les era necesario; fijó la hora de la Misa y de las Vísperas, y prescribió la instruccion y el catecismo todos los domingos, el canto de una antífona de la Santísima Virgen los sábados, y las oraciones acostumbradas por los difuntos. Al mismo tiempo asignó al maestro católico de Gex una renta anual de novecientos florines, ó sean cuatrocientos catorce fran-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cos (1); mandó á todos los patronos restablecer las capillas que les pertenecian, bajo pena de ser privados del derecho de patronato; nombró al cura de Gex administrador de todo este distrito bajo la proteccion del rey de Francia; y prohibió á los capuchinos hacer allí otra provision que la del vino y el trigo, y emprender nada importante sin consultarlo previamente (2).

En medio de estas graves ocupaciones, se tiene gusto en oir al santo Obispo, no menos atento á su salvacion que á la de los demás, decir á la Madre Chantal (3): «Entre »tantos negocios, no sé de qué lado volverme; pero nues»tro Salvador me da como un nuevo ánimo para amarle, »servirle y honrarle mas que nunca con todo mi corazon, »con toda mi alma y todo mi sér. Digo de todo mi sér, ha»biéndome apercibido que hasta ahora no he tenido el ar»dor conveniente á todo lo que debo á esta inmensa bon»dad. Debemos hacer esfuerzos para ser santos y hacer »grandes servicios á Dios y al prójimo. Los negocios de la »religion, que se aumentan aquí todos lós dias, me hacen »detener mas tiempo del que pensaba, pero sin duda con »mucho contento por mi parte, porque es para la gloria »de Dios y el servicio de las almas que Él ha rescatado.»

El bien que hizo Francisco en estos paises dejó aún mucho que desear. A consecuencia de la obstinacion de los ministros en conservar los bienes eclesiásticos, los curas y las Iglesias estaban siempre en la mas estrema pobreza. Varias veces el vigilante pastor reiteró sus quejas en la corte: y Luis XIII, aún de menor edad, apreciando este estado de cosas, pero no pudiendo remediarlo por el momento, le envió trescientos escudos con el fin de proveer á las reparaciones mas urgentes de los lugares santos. El hombre de Dios se apresuró á manifestarle su reconocimiento con una carta llena de gracia (4), donde, des-

(1) El florin 46 céntimos.
(2) Carlos Aug. p. 437 y 438.
(3) Carta CCLXXXVIII.
(4) Carta CCLIV.

pues de haber dicho que «los favores que vienen de tan al»to lugar son siempre de grande estima, porque son como »las arras de los mayores beneficios para el porvenir, le »espresa la esperanza, que la real bondad de Su Majestad »miraria con ojos propicios la miseria profunda á que ha»bia reducido á este pais la herejía.»

Pero habia en el distrito de Gex alguna cosa peor que la pobreza que afligia el corazon del santo Obispo, y era la privacion de esa libertad religiosa que los duques de Saboya dejaban al pais cuando eran dueños de él, y á la que la Francia habia sustituido una servidumbre humillante bajo el poder del magistrado secular. «Qué abyeccion, es»cribia el santo Obispo (1), que no podamos hacer uso del »poder espiritual que Dios nos ha confiado, sino con la »aprobacion del magistrado temporal; que, simples ejecu»tores de sus voluntades, debamos castigar cuando nos lo »mande, dejar de castigar cuando lo ordena, y estemos así »privados de la llave principal que Nuestro Señor nos ha »dado! ¡Ah! verdaderamente nuestra Iglesia tiene dere»cho á esclamar como Jerusalen: *Vide, Domine, et consi»dera quoniam facta sum vilis. Manum suam misit hostis ad »omnia desiderabilia ejus, quia videt gentes ingressas san»ctuarium tuum, de quibus præceperas ne intrarent in eccles»siam tuam* (2). Ved, Señor, y considerad cuán humillada »estoy; el enemigo ha puesto la mano sobre mis bienes »mas preciosos, y se ha visto á los profanos penetrar en »vuestro santuario, á pesar de la prohibicion que les habeis »puesto de introducirse en la administracion de las cosas »santas.»

Francisco creyó entrever una ocasion de remediar tantos males en la próxima reunion de los estados generales del reino, en lo que habia consentido María de Médicis por el tratado terminado en Saint-Ménehould, con el príncipe de Condé y los príncipes y señores de su

(1) Carta CCCV.
(2) Toren. 1, 10.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

partido. Luego esta esperanza pareció disipársele por la oposicion de la reina, la cual temia que esta asamblea la inquietara por los actos de su regencia, pidiendo el alejamiento de sus ministros, é impidiera al rey, que iba á entrar en su mayoría, le dejara la misma autoridad que habia tenido desde la muerte de Enrique IV. En fin, habiendo sido Luis XIII declarado mayor de edad el segundo dia de octubre, ordenó definitivamente la reunion de los estados generales para el 10 de octubre siguiente; y en consecuencia, los estados particulares del ducado de Borgoña se reunieron para estender sus despachos de representacion y nombrar á sus diputados.

Monseñor de Belley fue nombrado; y el Obispo de Ginebra se apresuró á recomendarle los intereses de la parte de su diócesis que dependia del reino de Francia. «Estoy »seguro, le escribe (1), que hareis todo lo posible por la »conservacion de los derechos de Dios y de su Iglesia; »y mientras nuestro Josué esté ahí tendremos las manos »levantadas para obtenerle una especial asistencia del Es»píritu Santo. Invocaremos á los ángeles protectores y los »santos Obispos que nos han precedido; les rogaremos que »esten á vuestro lado y os asistan con sus inspiraciones.»

Francisco, en efecto, oró con fervor y se manifestó mas piadoso que nunca, de lo cual el cielo pareció querer dar un testimonio á su pueblo. El dia de la Natividad de la Santísima Virgen, cuando, oficiando en la iglesia colegiata de Annecy, estaba sentado en su sólio, una paloma de una blancura deslumbradora, entrando por la abertura de una ventana, vino á ponerse sobre su hombro, y de allí pasó á su pecho, sin que nadie se atreviera á tocarla y quitarla, porque todos creian ver en ella al Espíritu Santo, que bajo la forma visible que parece haber adoptado por símbolo, reposaba en el hombre de Dios comunicándole su dulzura (2). En el oficio de la tarde, en el que

(1) Carta CCCV.
(2) Dep. del Caro, Rendu, Gard, Favre y otros muchos.

predicó sobre las grandezas de María, recordó la aventura de la paloma, pero fue para aplicarla á la Santísima Virgen, á quien Dios dice en las Sagradas Escrituras, segun la interpretacion de la Iglesia: «Sois toda bella, ¡ó amada »mia, paloma mia! no hay en vos mancha alguna.» Y habló con tanto fervor que comunicó á las almas de los asistentes los piadosos sentimientos que le animaban, y el auditorio se conmovió hasta derramar lágrimas.

CAPITULO III.

Francisco establece los Barnabitas en Annecy y los Cartujos en Ripailles.—Es favorecido con el don de profecía.—El Emperador de Alemania le convoca para la dieta de Ratisbonne.—Va á Lyon á visitar al Arzobispo y á Sion en el Valais, á la consagracion del Obispo de esta ciudad.—Rasgos notables de caridad y de firmeza.

(De 1614 á 1615.)

Las solicitudes que ocasionaba el estado del país de Gex á Francisco de Sales, fueron un tanto suavizadas por el consuelo que tuvo en establecer á los Barnabitas en Annecy.

Desde el dia siguiente de Pentecostés, al volver de su viaje á Milan, habia propuesto á los síndicos y consejeros de la ciudad confiar á estos santos religiosos la direccion del colegio, asegurando que su mérito, superior á todo elogio, prometia para el establecimiento un brillante porvenir; que su celo, igual á su mérito, haria en la ciudad y sus alrededores inmensos servicios; que los pueblos encontrarian en ellos predicadores y confesores hábiles, los pobres y los enfermos sacerdotes caritativos que los visitasen y aliviasen, y las obras buenas de cualquiera clase que fueran, auxiliares poderosos y desinteresados. Habiéndose sometido los síndicos y los consejeros enteramente á su parecer, el santo Obispo informó de ello al punto á los Barnabitas, y estos enviaron á tres de los suyos para to-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

partido. Luego esta esperanza pareció disipársele por la oposicion de la reina, la cual temia que esta asamblea la inquietara por los actos de su regencia, pidiendo el alejamiento de sus ministros, é impidiera al rey, que iba á entrar en su mayoría, le dejara la misma autoridad que habia tenido desde la muerte de Enrique IV. En fin, habiendo sido Luis XIII declarado mayor de edad el segundo dia de octubre, ordenó definitivamente la reunion de los estados generales para el 10 de octubre siguiente; y en consecuencia, los estados particulares del ducado de Borgoña se reunieron para estender sus despachos de representacion y nombrar á sus diputados.

Monseñor de Belley fue nombrado; y el Obispo de Ginebra se apresuró á recomendarle los intereses de la parte de su diócesis que dependia del reino de Francia. «Estoy »seguro, le escribe (1), que hareis todo lo posible por la »conservacion de los derechos de Dios y de su Iglesia; »y mientras nuestro Josué esté ahí tendremos las manos »levantadas para obtenerle una especial asistencia del Es»píritu Santo. Invocaremos á los ángeles protectores y los »santos Obispos que nos han precedido; les rogaremos que »esten á vuestro lado y os asistan con sus inspiraciones.»

Francisco, en efecto, oró con fervor y se manifestó mas piadoso que nunca, de lo cual el cielo pareció querer dar un testimonio á su pueblo. El dia de la Natividad de la Santísima Virgen, cuando, oficiando en la iglesia colegiata de Annecy, estaba sentado en su sólio, una paloma de una blancura deslumbradora, entrando por la abertura de una ventana, vino á ponerse sobre su hombro, y de allí pasó á su pecho, sin que nadie se atreviera á tocarla y quitarla, porque todos creian ver en ella al Espíritu Santo, que bajo la forma visible que parece haber adoptado por símbolo, reposaba en el hombre de Dios comunicándole su dulzura (2). En el oficio de la tarde, en el que

(1) Carta CCCV.
(2) Dep. del Caro, Rendu, Gard, Favre y otros muchos.

predicó sobre las grandezas de María, recordó la aventura de la paloma, pero fue para aplicarla á la Santísima Virgen, á quien Dios dice en las Sagradas Escrituras, segun la interpretacion de la Iglesia: «Sois toda bella, ¡ó amada »mia, paloma mia! no hay en vos mancha alguna.» Y habló con tanto fervor que comunicó á las almas de los asistentes los piadosos sentimientos que le animaban, y el auditorio se conmovió hasta derramar lágrimas.

CAPITULO III.

Francisco establece los Barnabitas en Annecy y los Cartujos en Ripailles.—Es favorecido con el don de profecía.—El Emperador de Alemania le convoca para la dieta de Ratisbonne.—Va á Lyon á visitar al Arzobispo y á Sion en el Valais, á la consagracion del Obispo de esta ciudad.—Rasgos notables de caridad y de firmeza.

(De 1614 á 1615.)

Las solicitudes que ocasionaba el estado del país de Gex á Francisco de Sales, fueron un tanto suavizadas por el consuelo que tuvo en establecer á los Barnabitas en Annecy.

Desde el dia siguiente de Pentecostés, al volver de su viaje á Milan, habia propuesto á los síndicos y consejeros de la ciudad confiar á estos santos religiosos la direccion del colegio, asegurando que su mérito, superior á todo elogio, prometia para el establecimiento un brillante porvenir; que su celo, igual á su mérito, haria en la ciudad y sus alrededores inmensos servicios; que los pueblos encontrarian en ellos predicadores y confesores hábiles, los pobres y los enfermos sacerdotes caritativos que los visitasen y aliviasen, y las obras buenas de cualquiera clase que fueran, auxiliares poderosos y desinteresados. Habiéndose sometido los síndicos y los consejeros enteramente á su parecer, el santo Obispo informó de ello al punto á los Barnabitas, y estos enviaron á tres de los suyos para to-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mar posesion del colegio en nombre de su sociedad, los cuales fueron Don Justo Guerin, que despues fué Obispo de Ginebra; el Padre Simpliciano, de una de las mas ilustres familias de Milán, tan distinguido por su saber como por sus virtudes; y Don Mauricio, que no llevaba para Annecy mas que una mision pasajera, y partió poco despues para París. El General de los Barnabitas, al enviarlos, no habia designado cuál sería el superior, resultando de ahí un combate de modestia entre los dos primeros religiosos, que se cedian mútuamente la superioridad. Don Justo Guerin quedó vencedor, consiguiendo ser provisor, y en su consecuencia su compañero fué nombrado superior.

Terminada esta edificante disputa, fué el mismo Obispo á instalarlos en el colegio, haciendo resaltar en un discurso adaptado á las circunstancias, la escelencia del instituto de los Barnabitas, honrado con la aprobacion de cinco soberanos Pontífices, y distinguido por tantos hombres de mérito que han salido de su seno. «Estábamos per»didos, dijo, aplicando la célebre palabra de Temístocles, »si no hubiéramos estado perdidos: *Perieramus nisi pe»riissemus*. La ruina de este colegio ha ocasionado su re»surreccion; su muerte le ha dado la vida. Si hubiera sido »menos malo, no tendríamos á estos sabios y piadosos di»rectores.» Este primer discurso no fué mas que el principio de las demostraciones de interés que tributó siempre á estos religiosos, con cuya compañía se complacia, llamándose él mismo Barnabita; los invitaba á menudo á su mesa, é iba á comer con ellos en ciertos dias; con frecuencia tambien iba á oficiar, á predicar y á catequizar en su iglesia. Una vez, despues de haber espuesto á sus oyentes que San Pablo habia correspondido tan perfectamente á la gracia con la santidad de su vida, que habia podido decir con verdad: *Vivo, no yo, sino Jesucristo es el que vive en mí*, fué de repente como abrasado de las llamas del amor divino y permaneció algun tiempo estasiado (1).

(1) Carlos Aug., p. 440 y 441.—De Cambis, t. II, p. 401.

El Padre Simpliciano, para corresponder á la confianza con que le honraba Francisco, hizo ir al colegio maestros hábiles (1), y bajo su direccion este establecimiento recobró su antiguo esplendor. Los colegiales acudieron en gran número, el superior dió al clero lecciones de casos de conciencia que el mismo Obispo iba á oir cuando podia (2); y sus compañeros enseñaban todos los domingos el catecismo á los fieles en cuatro iglesias de Annecy, con gran fruto para la religion.

A los trabajos de tan escelentes obreros evangélicos, el santo Obispo creyó útil unir el auxilio de las oraciones y ejemplos de una comunidad de Cartujos que, por el fervor de sus oraciones, abrieran sobre su diócesis el seno de las divinas misericordias, al mismo tiempo que, por la santidad de su vida, probaran á los pueblos á qué grado de virtud es capaz de elevarse el hombre sostenido por la fe y el amor. Ya habia propuesto al Duque de Saboya darles la abadía de Tilly; pero habiendo el Príncipe concedido al mismo Francisco la de Ripailles, la solicitó para estos religiosos. El Duque consintió en ello, y los cartujos se establecieron en Ripailles, desde donde se dejó sentir bien pronto su influencia en todos los alrededores, con gran provecho de la religion y de las almas (3).

Sin embargo, por santos que fueran estos religiosos, los pueblos de la diócesis de Ginebra veneraban aún mas á su Obispo; le veneraban como á un profeta ilustrado con luces sobrenaturales; y cada dia, por decirlo así, se confirmaban más en este pensamiento.

El castellano de Choisy, cerca de Annecy, tenia un enemigo declarado, que varias veces habia jurado matarle;

(1) Uno de los mas célebres de estos hábiles maestros fué el P. Baranzano, amigo del canciller Bacon, muerto en Montargis en 1622 á la edad de 33 años. Ha dejado varias obras: 1.° *Summa philosophiæ*. 2.° *Uranoscopia, seu universa Doctrina de Cœlo*. 3.° *Novæ opiniones physicæ*. 4.° *Campus philosophicus*. 5.° *Del modo de confesarse y de meditar la pasion de Nuestro Señor*.

(2) Dep. de Moccard.

(3) Carta CCXCVII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y temiendo que ejecutara sus funestos designios, fue á contar á Francisco sus temores. «No temais, hijo mio, le »dijo el hombre de Dios, tened confianza en el Señor; si »Señor, si disparan contra vos, yo respondo que el arma no hará fuego y que saldreis sano y salvo.» Así sucedió, en efecto, pocos dias despues. Por este mismo tiempo la ciudad de Annecy careció de granos, y no sabia de dónde tomarlos; ya se veian en víspera de una grande hambre, y todo el mundo estaba lleno de ansiedad, cuando el Obispo, reuniendo á todo su pueblo en la Iglesia con un tono de seguridad que solo puede inspirar el espíritu de profecía: «Hijos mios, les dijo desde el púlpito, esperad, confiad en »Dios, y os dará lo necesario, con tal que observeis sus »mandamientos; no temais, yo os prometo de su parte que »no solo no perecereis de hambre, sino que tampoco sufri»reis la pobreza.» La abundancia que sobrevino inesperadamente verificó al pié de la letra la prediccion. Habiéndole presentado un habitante de Annecy un dia á su hijo de seis á siete años, que tenia un escelente temperamento y gozaba de muy buena salud, el santo Obispo, despues de haberle cogido la mano y tocado la mejilla como para acariciarle, le dijo: «Pobre niño, no pasarás de diez y siete »años,» y esto, en efecto, sucedió así (1).

Por este tiempo recibió una carta del emperador de Alemania, Matías I, que le convocaba como á príncipe del santo imperio (2) á la dieta de Ratisbona para el pri-

(1) Carlos Aug., p. 442 y 443.

(2) Los títulos de *Príncipe* de Ginebra y por consiguiente de *Príncipe del Sacro Imperio*, se dieron en el año 1100 á los Obispos de Ginebra por el emperador de Alemania, que temiendo que los señores seglares ó condes de Ginebra se hicieran demasiado poderosos, no creyó podia oponer á su ambicion un dique mas seguro que poner el ejercicio de los derechos reales en mano de los Obispos: y los pueblos, que se encontraban mucho mejor con la dominacion paternal y pacífica de los Obispos que con el espíritu guerrero y con frecuencia tiránico de los Condes, aplaudieron esta medida. He ahí por qué en varias ciudades de Alemania, los Obispos recibieron tambien de los emperadores el título y la autoridad de príncipes. El Obispo constituido en príncipe, estaba encargado de administrar justicia en materia criminal, civil y política, sin que los condes tuvieran ningun poder sobre los bienes y libertad de los ciudadanos.

mero de febrero del año siguiente de 1615. Este príncipe queria aprovechar las dificultades que suscitaban á Achmet I, emperador de los turcos, la guerra de Persia y las disensiones civiles de sus estados, para reconquistar la parte de Hungría de que se habian apoderado estos fieros musulmanes, entonces tan temidos; y como tenia necesidad para esta espedicion del auxilio de los príncipes del imperio, y la rebelion de Ginebra contra su Obispo no podia hacerle desconocer en Francisco de Sales este título que siempre habian llevado sus predecesores, le dirigió como á los demás príncipes una carta de convocatoria. El mensajero, segun la antigua costumbre, y para protestar contra la inicua expulsion del Obispo, tenia órden de dirigirse á Ginebra, de apearse en el palacio episcopal, de llamar á la puerta, de pedir se le dejara hablar al Obispo de parte de su Majestad Imperial, y segun la respuesta que se le diera, tomar acta de su mensaje é ir á llevar la carta á Annecy. El mensajero cumplió su mision exactamente, y el Obispo contestó poco despues al emperador (1), que hubiese correspondido gustoso á su invitacion, pero que el estado á que le habian reducido los herejes no le dejaba mas medios para ayudar á Su Majestad que la oracion. Renunció pues al viaje propuesto, é hizo otro que convenia mas á su corazon.

Monseñor de Marquemont, desde su advenimiento á la silla de Lyon, le habia invitado, por carta (2), á contraer con él una santa amistad á imitacion de los antiguos Obispos que, con relaciones frecuentes é íntimas, por una recíproca comunicacion de miras y de pensamientos con sus vecinos, se ayudaban mutuamente á llevar la carga pastoral y á llenar perfectamente todos los deberes.

El mismo le habia anunciado su próxima visita como al mas antiguo en el episcopado; pero Francisco consideró que el último de los obispos de Saboya (así era como se

(1) Carta CCCXXII.

(2) Carta CCCLXII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llamaba) no debia dejarse preceder por el primero de los obispos de Francia, y en su consecuencia se puso en camino para Lyon. No bien supo el Arzobispo que se aproximaba el santo prelado, cuando se apresuró á ir á recibirle con su carruaje hasta bastante lejos de los muros, acompañado de los principales de la ciudad, y le recibió con los mayores testimonios de veneracion, llamándole públicamente *el honor y la corona de los Obispos*. Toda la ciudad se asoció á esta demostracion; y Francisco, durante su estancia, probó bien cuan digno era de ello. Predicó el dia de San Pedro en la catedral; los dias siguientes conferenció largamente con el Arzobispo sobre el establecimiento de una casa de la Visitacion, que este gran prelado deseaba fundar en su ciudad; recibió á las personas piadosas que deseaban hablarle; y al cabo de ocho dias, viendo que no le quedaba allí nada mas que hacer para la gloria de Dios, volvió á tomar el camino de Annecy, llevando la estimacion de todos y la tierna amistad del Arzobispo, junto con el consuelo de haber dispuesto todo para la fundacion de una colonia de su instituto; lo que ejecutó, en efecto, siete meses mas tarde, cuando los preparativos fueron enteramente terminados, como lo hemos dicho ya.

Poco despues de su vuelta de Lyon, el 1.° de diciembre, Francisco se puso en camino y fué á Sion, capital del Valais, con el fin de asistir á la consagracion del nuevo Obispo que la Santa Sede acababa de nombrar. Habia tenido amistad y correspondencia con su predecesor Adriano de Ricdmartin, prelado muy celoso que habia introducido á los capuchinos en San Mauricio, á los jesuitas en el Alto Valais, y habia prohibido enviar los niños á las escuelas protestantes. A la primera noticia del nombramiento de Hildebrand Joss para esta silla, se habia apresurado á dirigirle una de esas cartas que, partiendo del corazon del que las escribe, van derechas al de quien las recibe. «No bien hemos sabido, le decia, vuestra promo»cion y eminentes cualidades, cuando la tristeza que sen»tíamos por la muerte de vuestro predecesor se ha cam»biado en gozo, y nuestros cánticos de dolor en otros de »alegría: hemos rendido á Dios acciones de gracias porque »no ha permitido *que su lámpara se apagase en Jerusalén*, »y haya reemplazado al padre con el hijo para establecer»le sobre la ciudad de Sion. Me prometo de vuestras bue»nas cartas y del deseo estremo que tengo de correspon»deros, que mi amistad con el Obispo de Sion, que parecia »haber cesado para siempre, va á revivir mas fuerte que »nunca. En cuanto á mí, tengo el honor de aseguraros »que estoy pronto á haceros no solo todos los servicios »fraternales que dependen de vuestro comun ministerio, »sino aun todos los que pudieran esperar de nuestro mas »humilde y fiel servidor, estando mas que nadie consa»grado á vuestra persona y á vuestros intereses. Siempre »será muy agradable para mí poder hacer algun servicio »á Vuestra Señoría Ilustrísima y Reverendísima; y en eso »no haré mas que seguir la intencion de Nuestro Señor, »el cual no ha permitido que estemos tan inmediatos, sino »para que nos ayudemos mútuamente á llevar la carga. »Cumpliré además con un deber de reconocimiento, cor»respondiendo á la benevolencia que me habeis demostra»do, y satisfaré á una necesidad de mi corazon, no pu»diéndome dispensar de complacer en todas ocasiones á un »prelado que tiene siempre un soberano afecto y una ad»hesion constante é inviolable á la Iglesia católica. Si »Vuestra Señoría me necesita, bien para su consagracion »bien para cualquier otra cosa, puede disponer de mí ab»solutamente. Entretanto, no cesaré de rogar á nuestro »divino Salvador y Maestro que os *envie desde su santua»rio* un poderoso *socorro*, para conducir felizmente al »puerto tan deseado de la bienaventurada eternidad vues»tra nave, á la que agitan las mas horribles tempesta»des.» (1)

El Obispo de Sion, gozoso de tener en su consagracion por Obispo asistente á un prelado tan venerado, no

(1) Cartas CCXCIII y CCXIV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dejó de invitarle; y Francisco, obedeciendo prontamente á la invitacion, se puso en camino para la capital del Valais, separada de Annecy unos ochenta kilómetros. Los canónigos y principales habitantes de Sion, informados de su venida, corrieron á su encuentro hasta Morges, pequeña ciudad del canton de Vaud, le cumplimentaron por medio del dean del Cabildo, al que contestó con tanta modestia como oportunidad, y le acompañaron hasta Sion. Allí se le hizo la mas honorífica recepcion; y el dia de la consagracion subió al púlpito, revestido con la capa y la mitra, y pronunció un discurso sobre la dignidad episcopal, noble y sencillo á la vez, tan enérgico por el fondo como natural en la forma, que inspiró á los numerosos herejes á quienes la curiosidad habia atraido, desprecio al lenguaje afectado de sus ministros. Este primer discurso fué origen de otros; y el santo Obispo prestándose gustoso á los deseos de sus oyentes, dió una série de conferencias sobre los caractéres que distinguen á la verdadera Iglesia, sobre todo de la necesidad de la sucesion no interrumpida de los pastores, y de una autoridad que enseñe tanto al sabio como al ignorante.

«En estos caractéres, dijo, el espíritu mas grosero »puede discernir á la verdadera Iglesia sin ninguna dis»cusion doctrinal ni teológica. La Iglesia romana es la »única de las sociedades cristianas que tiene un método »breve y fácil para instruir á los pueblos con las verdades »evangélicas; el método de la discusion y del razonamien»to no puede convenir ni á los pueblos ni á casi nadie, »porque conduce muy á menudo á los sabios y grandes »talentos á dificultades y escesos dignos de compasion. La »Iglesia, cuya doctrina está hecha para toda suerte de es»píritus, y es un objeto de fe y sumision mas que de cien»cia y de discusion, no tiene otro método que el de la au»toridad, enseñando á todos lo que se debe creer; y nada »hay tan conforme á la razon como creer en Dios, creer »en la Iglesia, creer en la autoridad mas grande, mas res»petable como la mas respetada en todos los tiempos por

»los mayores génios y los hombres mas sabios.» Estos brillantes principios de verdad, embellecidos aún con la dulzura y la virtud del orador, confirmaron á los católicos en la fe é hicieron vacilar á muchos herejes, tanto mas cuanto que habia allí para ellos verdades enteramente nuevas, no permitiendo las leyes civiles que se tratase en el púlpito ningun asunto de controversia. Así, cuando salia por la ciudad, todos salian á las puertas para verle, todos le proclamaban santo, y las madres se apresuraban á presentarle á sus hijos para que los bendijera (1). Terminadas estas instrucciones, el santo Obispo partió de Sion y regresó á Annecy.

Encontró allí una carta del Duque de Saboya, que para sostener las guerras contínuas á que le exponia su deseo ambicioso de estender sus dominios, pedia á todos los Obispos de sus estados, en virtud de un breve que habia obtenido del Papa, un impuesto sobre los bienes eclesiásticos, en proporcion á las rentas de los beneficios. El santo Obispo, en su consecuencia, hizo reunir á todos los beneficiados de su diócesis, y les exhortó á corresponder á los deseos reunidos del Príncipe y del soberano Pontífice. «Hermanos mios, les dijo (2), no nos es permitido hacer »comentarios sobre esto; el soberano magistrado espiritual »y temporal hablan claramente, y es preciso obedecer.» A pesar de estos consejos, encontrando en sus sacerdotes (cuya pobreza por otra parte era bien conocida) disposiciones poco favorables á su demanda, unió á las palabras la predicacion del ejemplo, contribuyendo él mismo con una suma mucho mayor de la que correspondia á su renta. Este ejemplo fué mas elocuente que todos los discursos, y entre todos los asistentes no hubo uno que no se avergonzase de su oposicion y que no diera sin quejarse la contribucion pedida (3).

(1) Dep. del Señor de Charmoisy y de Francisco Favre que lo acompañaban.
(2) El P. La Riviere, p. 421.
(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec. XII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero así como Francisco sabia prestarse á las intenciones de sus Príncipes, así tambien sabia sostenerse y mantenerse firme aun contra ellos, cuando era necesario. Enemigos secretos de su casa previnieron con negras calumnias el espíritu del Duque de Nemours contra él y contra sus dos hermanos Bernardo y Juan de Sales. De las prevenciones el Príncipe pasó al disgusto y de este á la indignacion; por último, las cosas llegaron á tal punto que el Obispo creyó deber, mientras esperaba una ocasion de justificarse, retirarse con sus dos hermanos al castillo de Sales. Pero habiendo vuelto en la Cuaresma á Annecy, llevado por el sentimiento de su deber, y encontrando aún los espíritus mas envenenados que nunca, creyó que ya no era tiempo de callar. Escribió al Duque de Nemours una carta digna de los Ambrosios y Basilios, en donde se revela la firmeza de un apóstol y la santa libertad de un Obispo (1).

«Los Papas y los Príncipes, le dice, tienen tribunales »de justicia á donde remiten las acusaciones para que sean »examinadas á fondo, y para que, oyendo á las partes y los »testigos, se pueda conocer de qué lado está la verdad ó la »mentira; esta es una marcha que están obligados á se»guir bajo pena de condenacion eterna, y si así no fuera, »no habria ya justicia en la tierra. Habeis recibido acusa»ciones contra mis hermanos y habeis hecho bien en oir»las; pero si las habeis creido, me perdonareis, á mí que »soy no solo vuestro fiel servidor sino aun vuestro mas »amante aunque indigno pastor, que os diga que habeis »ofendido á Dios y que estais obligado á arrepentiros, aun »suponiendo que las acusaciones sean verdaderas; porque »no se puede creer ninguna palabra contra el prójimo sin »estar probada, y no se puede probar sino por medio del »exámen y oyendo á la parte interesada. El que os hable »de otra manera, Monseñor, hace traicion á vuestra alma. »Por dignos de fe que sean los acusadores, siempre es pre-

(1) Carta CCCXXII.

»ciso que los acusados sean admitidos á defenderse, pues »los hombres mas dignos de crédito pueden engañarse ó »ser arrastrados á engaño por algun motivo humano.»

Escrita esta carta, el santo Obispo, siempre prudente y temiendo mezclar con la firmeza de Obispo la inspiracion del disgusto, creyó de su deber, antes de enviarla, dirigir otra á su amigo el presidente Favre, para pedirle su consejo. «La indignacion del Príncipe, dice en esta »carta (1), es muy sensible para mí que le soy tan adicto, »y que tan deliciosamente he disfrutado en otro tiempo de »su bondad. Muchas gentes matan, asesinan y encuentran »un refugio en su clemencia; mis hermanos no hacen mal »á nadie y pesan sobre ellos sus rigores. Nos preguntan »qué mal nos hacen; pero arrebatarnos el favor de nues»tros Príncipes, es arrebatarnos el mayor de todos los bie»nes. El Duque cree todo lo que se le dice y se indigna. »Se toma por un crimen el que me amen..... Pero calle»mos..... vendrá un dia que amarme no será un motivo de »reconvencion para nadie.» El Presidente aprobó la carta y fué enviada. Poco á poco la tempestad se calmó, penetró la luz en el espíritu del Príncipe, que acabó por volver su gracia á una familia que le era tan adicta.

La firmeza episcopal del santo Obispo no fué menos notable en una diferencia que tuvo con los habitantes de Seynel.

Esta parroquia tenia costumbre de pagar el diezmo al cabildo de Ginebra, cuando un dia á sus habitantes se les ocurrió reemplazarlo por treinta fanegas de trigo y sesenta arrobas de vino, lo que era una compensacion muy escasa. Francisco, afligido con esta injusticia, que perjudicaba á los derechos de su cabildo, ya tan pobre que carecia de lo necesario, intentó por todos los medios de dulzura y conciliacion volver á la razon á estas gentes estraviadas por la avaricia. Todo fue en vano; cuanto mas les habló de arreglo, mas se obstinaron. Dió órdenes y condenó

(1) Carta CCCXXI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con censuras, pero no hicieron de ellas ningun caso. Les envió á uno de sus sacerdotes mas recomendables por su talento y su virtud, el señor de Roges, vicario general y provisor de la diócesis, y las mujeres, ese sexo tan facil de impresionarse, segun observa el santo Obispo, se amotinaron contra el enviado, y quisieron arrojarle al Ródano, escapando este buen sacerdote con trabajo de su furor. Viendo entonces inutilizados todos sus esfuerzos, Francisco creyó debia recurrir á la autoridad secular para someter por la fuerza á estos espíritus obstinados y rebeldes. «Me afligiria, escribia con este motivo al Presidente del »parlamento de Borgoña (1), si no se reprimiera esta vio»lencia, porque crecerá cada dia mas; y me afligiré tam»bien si se reprime, porque estos rebeldes son mis dioce»sanos y mis hijos espirituales. Sin embargo, creo que es »necesario corregirlo, porque los hijos á quien son inútiles »las demostraciones, tienen necesidad de ser castigados »para enmendarse, y vale mas que llore su afliccion tem»poral que su perdicion eterna. Esta insolencia es dema»siado pública para que pueda ser disimulada, de mucha »consecuencia para dejar de ser castigada, demasiado peli»grosa para no ser reprimida: remitiéndome, sin embargo, »á vuestra prudencia, os suplico hagais de modo que mi »iglesia conserve sus derechos y que estas gentes cum»plan con su deber.»

Francisco no tuvo menos que sufrir de la injusticia de los hombres en la adjudicacion de los beneficios. Habiendo venido un caballero orgulloso de su alta nobleza, un dia á pedirle un curato vacante para un eclesiástico al cual protegia, le contestó que se habia impuesto la ley de no dar los beneficios sino por oposicion, y que si su candidato lo ganaba tendria mucho gusto en nombrarle. Irritado con esta respuesta este señor, de un carácter brusco, dejó estallar su cólera contra el santo Obispo; lo acusó de doblez é hipocresía, y le amenazó con hacer sentir á sus mismos

(1) Carta CCCXXIII.

parientes el peso de su venganza. A estas palabras ofensivas, el hombre de Dios se contentó con oponer de tiempo en tiempo algunas palabras graciosas para tratar de calmar tanto furor. El caballero, en vez de calmarse, se burló de estas palabras suaves, que llamó lisonjas melosas, buenas á lo mas para adormecer á las mujeres y á los niños. «Pues bien, dijo Francisco, voy á examinar delante de vos »á vuestro protejido.» Este, que conocia su incapacidad, no quiso consentir en ello. «Pretendereis, dijo entonces Fran»cisco al caballero, que con los ojos vendados confie el »cargo de las almas que estan bajo mi direccion? Mirad si »hay justicia en vuestro modo de proceder.» Habiéndose retirado al fin el señor, despues de haber seguido vomitando un torrente de injurias, un sacerdote presente á la escena preguntó al santo Obispo, cómo habia podido soportar con tanta calma tanta indignidad. «Es que no era él »quien hablaba, contestó, sino su pasion; Dios ha visto »desde toda la eternidad que tendria esta afrenta que su»frir, y ha querido que la sufriese con paciencia; ¿y aca»so no conviene que beba amorosamente el cáliz que me »viene de la mano de padre tan bueno? ¡Oh! cuán agrada»ble me es este caliz embriagador, viniéndome de una »mano que he aprendido á adorar desde mi infancia! (1)— »Pero, añadió el eclesiástico, habeis permanecido insensi»ble.—He procurado distraerme, contestó Francisco, me »he ocupado en pensar en las buenas cualidades de este »hombre, segun mi práctica de considerar siempre lo que »tienen de bueno las personas que me ofenden y nunca lo »que tienen de malo ó defectuoso (2); espero que, cuando »su mal humor haya pasado, cuando se hayan disipado »estas nieblas y vuelva á aparecer la luz del dia, volverá »á verme con serenidad.» Así sucedió en efecto; el caballero concibió tan gran sentimiento de su falta, que fue

(1) *¿Calicem quem dedit mihi Pater, non bibam illum?* (Joan. XVIII, 11.) *Calix meus inebrians, quam præclarus est!* (Ps. XXII, 5.)

(2) Juan de S. Francisco, p. 706.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con las lágrimas en los ojos á pedir perdon al Obispo, y no cesó hasta la muerte de manifestarle su estimacion y afecto (1).

La misma causa reprodujo, por el mismo tiempo, una escena semejante con circunstancias aún mas penosas. Un comendador de la órden de Malta, distinguido por sus servicios militares, despues de haber hecho ordenar sacerdote á uno de sus criados en otra diócesis, pensó pedir para él un curato vacante. Francisco, fiel observador de las reglas canónicas, sometió al concurso al protegido como á los demás candidatos; habiendo el concurso descubierto en él una ausencia deplorable de ciencia y virtud, proveyó el curato en otro sujeto al cual los examinadores habian juzgado mas capaz. Al saberlo el comendador, furioso se dirige al palacio del Obispo, prorumpe en quejas é insultos hasta cojer violentamente al santo prelado por la barba, diciéndole con un tono de cólera: «Si no fueras »Obispo te enseñaria á respetarme; pero si no has tenido »consideracion á mi clase, al menos deberias haber respe»tado la cruz que llevo.—Señor, contestó el Obispo con un »tono dulce y una sonrisa modesta; ¿cómo no he de estar »lleno de respeto y de atencion por la cruz, si la llevo como »vos y he compuesto un libro en su defensa? Estoy pronto »á hacer por ella todo lo que me permita mi conciencia.»

El comendador, despues de algunas instancias hechas con un tono de cólera, viendo que no obtenia nada, tomó el partido de retirarse. El Obispo, siempre atento á pesar de los insultos, quiso acompañarle hasta la puerta de palacio: «Te lo permitiría, dijo este furioso, si me rindieras »el honor que me debes; pero si haces tan poco caso de mí, »no quiero tus cumplimientos.» Habiendo entrado un religioso poco despues de esta escena en la cámara del Obispo, y habiéndole preguntado lo que habia esperimentado en medio de este ataque de desprecios y ultrajes cuyo ruido habia oido fuera: «Os aseguro, le contestó, que no me

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XIV, sec. XXVII.

»he alterado nada; Dios ha trasportado mi espíritu á otra »parte, y no he puesto atencion á lo que decia, ocupado »en otras cosas; no he perdido nada de mi tranquilidad; »*et factus sum sicut homo non audiens et non habens in ore »suo redargutiones*. Me he considerado como un hombre »que no tiene ni oidos para oir ni lengua para respon»der.» (1) Mas habiendo aquella noche entrado dentro de sí el comendador, reflexionó sobre su conducta y la del santo, conoció su yerro, fue á pedirle perdon, y desde este dia tuvo al hombre de Dios en singular veneracion (2).

Los bellos ejemplos que cada dia daba Francisco de todas las virtudes, inspiraron al predicador de la mision de la Cuaresma, en Annecy, un elogio entusiasta del santo prelado en su discurso de despedida. «¡Cuán felices sois, »esclamó, habitantes de Annecy, en gozar de la presencia »de un Obispo tan santo! Sed imitadores de sus virtudes, »porque es un santo; sí, lo repito, vuestro Obispo es un »santo, y se le puede aplicar lo que la reina de Sabá decia »de Salomon: Bienaventurados los que están siempre cer»ca de vos y oyen vuestra sabiduría.» A estas palabras Francisco, bajando los ojos, se llenó de confusion, y el resto del dia se manifestó muy triste. Habiéndole preguntado el predicador por la noche la razon de su tristeza, que no comprendia: «Me aflijo, padre mio, contestó, de »que habiendo predicado tan bien toda la Cuaresma, lo ha»yais echado á perder hoy con vuestras alabanzas y adu»laciones. ¡Ay! si conociéseis mis miserias, hubiérais em»pleado un lenguaje muy diferente.» (3) Precisamente por esta época, los elogios que el santo Obispo no queria oir eran repetidos por todas las bocas mas altamente que nunca. Habiéndose hecho la escasez de granos estrema en el año de 1615, compró para los pobres vergonzantes una cantidad considerable de trigo, hizo distribuir dos dias á

(1) Ps. XXXVII, 15.
(2) Carlos Aug. p. 455.—Filiberto de Bonneville.
(3) *Año Santo de la Visitacion*, 21 de abril.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la semana abundantes limosnas á todos los menesterosos que se presentaran á su puerta sin perjuicio de lo que daba los demás dias, estando señalado cada uno por algun acto heróico de caridad.

CAPITULO IV.

Francisco establece á los Barnabitas en Thonon y nombra vicario general á su hermano Juan Francisco.—Recibe la visita del Arzobispo de Lyon y es calumniado de nuevo al Duque de Saboya.—Nuevos rasgos de su caridad.

(De 1615 á 1616.)

Francisco, comprendiendo la influencia que tienen las grandes ciudades sobre los pueblos que las rodean, que concurren á ellas con frecuencia para sus negocios y placeres, procuraba reunir en Thonon, capital del Chablais, y por tanto tiempo centro de la herejía, todos los auxilios de la religion. Ya habia establecido allí la *Santa Casa*, destinada á tres corporaciones de operarios evangélicos. La primera era una congregacion de siete sacerdotes piadosos é instruidos, encargados de las funciones parroquiales y del Oficio divino propio de los cabildos; la segunda era una comunidad de Capuchinos, que debian dar continuas misiones en todo el país; la tercera debia ser una sociedad de sacerdotes consagrados á la educacion de la juventud. Para la ejecucion de esta última medida, la única que le quedaba por consumar, Francisco eligió á los Barnabitas, á los cuales veia trabajar diariamente con tanto éxito en Annecy. Lo consultó con Don Guerin, y este religioso, mediante la concesion de ciertos derechos y beneficios, se comprometió á nombre de su órden á sostener el colegio, dar lecciones al pequeño seminario, á enseñar, si se creia oportuno, la filosofía y la teología, á celebrar los santos Oficios en la iglesia de San Agustin, y á confesar, predicar y catequizar en todas partes donde fuera necesario. Así arreglado este convenio y firmado por una y otra

parte, el Obispo envió á Don Guerin á que lo llevara él mismo á la corte de Turin; y el Duque, no contento con aprobarlo, encargó á su Embajador en Roma lo hiciera ratificar por una bula del Soberano Pontífice.

Esta bula no se hizo esperar mucho, y ya el mes de setiembre, el Obispo fué á Thonon á dar á Don Guerin posesion del nuevo colegio y de la iglesia de San Agustin. El mérito de los nuevos religiosos resplandeció bien pronto; la fama publicó por una parte la escelencia de su enseñanza, su celo inteligente y desinteresado por el bien de los alumnos en el colegio; por otra, el éxito maravilloso de sus predicaciones en el púlpito fué para la ciudad de Thonon ocasion de una gloria legítima, para todo el Chablais un contínuo apostolado, para los religiosos mismos una preciosa ventaja por las ocasiones de méritos que recogieron en esta casa y estendieron mas tarde por toda la Francia. Estos felices resultados despertaron la envidia de algunos personajes, y la envidia suscitó la calumnia; pero estos discursos falsos, lejos de oscurecer la virtud de los Barnabitas, hicieron que apareciera mas brillante. El Papa, á cuyo tribunal habian llevado sus quejas los acusadores, remitió el negocio al Duque de Turin; este al mismo Don Guerin cuya inocencia y probidad conocia; y habiendo las declaraciones de este santo religioso manifestado la verdad en toda su luz, el Papa, para ponerlos á cubierto de los dardos de la envidia, los tomó bajo su proteccion, al mismo tiempo que Francisco, seguro de su inocencia, los recomendaba al alto patrocinio del Duque de Saboya y del Cardenal de este nombre (1), y confiaba á su apostólico celo las diversas poblaciones del Chablais.

El santo Obispo, durante su estancia en Thonon, supo que debian surgir algunas dificultades en el concurso que se preparaba en Annecy para la oposicion de los curatos, y escribió á su hermano, Juan Francisco, canónigo de la

(1) Carta CCCLVI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la semana abundantes limosnas á todos los menesterosos que se presentaran á su puerta sin perjuicio de lo que daba los demás dias, estando señalado cada uno por algun acto heróico de caridad.

CAPITULO IV.

Francisco establece á los Barnabitas en Thonon y nombra vicario general á su hermano Juan Francisco.—Recibe la visita del Arzobispo de Lyon y es calumniado de nuevo al Duque de Saboya.—Nuevos rasgos de su caridad.

(De 1615 á 1616.)

Francisco, comprendiendo la influencia que tienen las grandes ciudades sobre los pueblos que las rodean, que concurren á ellas con frecuencia para sus negocios y placeres, procuraba reunir en Thonon, capital del Chablais, y por tanto tiempo centro de la herejía, todos los auxilios de la religion. Ya habia establecido allí la *Santa Casa*, destinada á tres corporaciones de operarios evangélicos. La primera era una congregacion de siete sacerdotes piadosos é instruidos, encargados de las funciones parroquiales y del Oficio divino propio de los cabildos; la segunda era una comunidad de Capuchinos, que debian dar continuas misiones en todo el país; la tercera debia ser una sociedad de sacerdotes consagrados á la educacion de la juventud. Para la ejecucion de esta última medida, la única que le quedaba por consumar, Francisco eligió á los Barnabitas, á los cuales veia trabajar diariamente con tanto éxito en Annecy. Lo consultó con Don Guerin, y este religioso, mediante la concesion de ciertos derechos y beneficios, se comprometió á nombre de su órden á sostener el colegio, dar lecciones al pequeño seminario, á enseñar, si se creia oportuno, la filosofía y la teología, á celebrar los santos Oficios en la iglesia de San Agustin, y á confesar, predicar y catequizar en todas partes donde fuera necesario. Así arreglado este convenio y firmado por una y otra

parte, el Obispo envió á Don Guerin á que lo llevara él mismo á la corte de Turin; y el Duque, no contento con aprobarlo, encargó á su Embajador en Roma lo hiciera ratificar por una bula del Soberano Pontífice.

Esta bula no se hizo esperar mucho, y ya el mes de setiembre, el Obispo fué á Thonon á dar á Don Guerin posesion del nuevo colegio y de la iglesia de San Agustin. El mérito de los nuevos religiosos resplandeció bien pronto; la fama publicó por una parte la escelencia de su enseñanza, su celo inteligente y desinteresado por el bien de los alumnos en el colegio; por otra, el éxito maravilloso de sus predicaciones en el púlpito fué para la ciudad de Thonon ocasion de una gloria legítima, para todo el Chablais un contínuo apostolado, para los religiosos mismos una preciosa ventaja por las ocasiones de méritos que recogieron en esta casa y estendieron mas tarde por toda la Francia. Estos felices resultados despertaron la envidia de algunos personajes, y la envidia suscitó la calumnia; pero estos discursos falsos, lejos de oscurecer la virtud de los Barnabitas, hicieron que apareciera mas brillante. El Papa, á cuyo tribunal habian llevado sus quejas los acusadores, remitió el negocio al Duque de Turin; este al mismo Don Guerin cuya inocencia y probidad conocia; y habiendo las declaraciones de este santo religioso manifestado la verdad en toda su luz, el Papa, para ponerlos á cubierto de los dardos de la envidia, los tomó bajo su proteccion, al mismo tiempo que Francisco, seguro de su inocencia, los recomendaba al alto patrocinio del Duque de Saboya y del Cardenal de este nombre (1), y confiaba á su apostólico celo las diversas poblaciones del Chablais.

El santo Obispo, durante su estancia en Thonon, supo que debian surgir algunas dificultades en el concurso que se preparaba en Annecy para la oposicion de los curatos, y escribió á su hermano, Juan Francisco, canónigo de la

(1) Carta CCCLVI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

catedral. «Este negocio, decia (1), dará lugar á la crítica en »la cual es preciso permanecer grave y tranquilo, no dan»do otra contestacion sino que se ha seguido la pluralidad »de los votos..... Conviene que se asegure bien la pension »del penitenciario, de modo que no haya nada que discu»tir con el cura, porque el espíritu humano es tan facil á »disgustarse en todo lo que toca á sus intereses, que difi»cilmente se podrá de otro modo procurar al penitenciario »esta pequeña renta.» Como la peste estaba entonces en Ginebra, donde hacia grandes estragos, el Obispo tranquilizó inmediatamente á su hermano sobre esto. «No »tengais ningun cuidado por mí, le dice, no hay peligro »en todo el Chablais, y aun cuando el mal tomara aumen»to, soy prudente y me guardaré del peligro, con la ayuda »de Dios. Sin embargo, á mi regreso me detendré algu»nos dias en una casa fuera de la ciudad, si la autoridad »civil lo desea, para no ocasionar temor á nadie y mani»festar el respeto que se debe á la salud del país.»

Pocos dias despues de esta carta, habiendo sabido Francisco la muerte de su vicario general, que su mal estado de salud le habia hecho preveer hacia tiempo, escribió por segunda vez á su hermano para anunciarle la eleccion que habia hecho de él para esta dignidad. «Despues »de algunas consideraciones, le dice (2), he resuelto nom»braros para este cargo; un solo motivo os bastará para »aceptarlo y á todo el mundo para aprobarlo, y es que de »este cargo depende en gran parte, no solo el bien de la »diócesis, sino tambien mi honor, y que vuestro parentes»co os moverá mas que á nadie á tener cuidado y celo. Lo »esencial de este empleo es la vigilancia, para que los de»mas cumplan con su deber. Haced por mí hasta mi vuelta »como si hubiéseis ya tomado posesion.»

Esta vuelta no se dilató, y Francisco entró en Annecy

(1) Carta encontrada en el noviciado de los Jesuitas de Toulouse, por M. de Cambis.

(2) Carta CCCXXXVII.

el 20 de setiembre para conferenciar con la Madre de Chantal sobre las reglas de la Visitacion, y preparar una brillante recepcion al Cardenal de Marquemont que debia, al volver de los estados generales, pagarle la visita que él le habia hecho. El Cardenal no llegó hasta el 30 de octubre, y fué acogido con todos los honores debidos á su mérito y dignidad. El Obispo le hizo oficiar de pontifical y predicar el dia de Todos los Santos en la catedral. Los dias siguientes le hizo visitar los diferentes establecimientos de Annecy; el 4 de noviembre le condujo al colegio de los Barnabitas, y lo hizo oficiar en la fiesta de San Carlos. «Padres mios, dijo á los religiosos al presentárselo (1), »cuando solo me teníais á mí en esta solemnidad, no te»níais mas que la sombra de San Carlos, pero teniendo »hoy á Monseñor de Marquemont, teneis una viva copia »del admirable Arzobispo de Milán.»

El ilustre huesped quiso aún ver de cerca todos los actos públicos de la administracion episcopal de Francisco para edificarse é instruirse. Se encontraba entonces un curato vacante, y estaba abierto el concurso para dárselo al mas digno. Un eclesiástico noble, orgulloso con su nobleza, se presentó y mostró como mérito cartas del Duque de Saboya y otros príncipes que le recomendaban. Apoyado en estas poderosas protecciones despreciaba á todos los concurrentes, y se indignaba ante la menor duda sobre preferir á otro.

El Obispo, que no era hombre que hiciera ceder el deber ante el favor, le interrogó sobre el primer Evangelio que la casualidad le presentó al abrir el Misal. Era el Evangelio de los hijos del Zebedeo, á los que Jesucristo corrije su ambicion con estas severas palabras: «No sabeis »lo que pedís: *Nescitis quid petatis.*»

Francisco propuso al caballero que lo tradujese, mas el ignorante concurrente no comprendió una palabra, y sin

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 5 de noviembre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

embargo, sin desconcertarse por las risas de toda la asamblea, reclamó con un tono altanero el beneficio como cosa que le era debida. «Señor, dijo entonces Francisco con »una moderacion llena de dulzura, permitidme que os es»plique las palabras que no entendeis: *Nescitis quid peta»tis*, no sabeis lo que pedís. Es imposible para vos, con la »poca ciencia que acabamos de ver teneis, el desempeñar »el cargo de las almas, así como á mí me es imposible el »confiároslas; no soy el dueño de los beneficios, sino el »dispensador, obligado á darlos al mas digno.» (1)

En conformidad con este principio, el santo Obispo, acto contínuo, declaró provisto el beneficio en el eclesiástico que en el concurso habia dado pruebas de mas talento.

Ofendido con esta humillacion, el caballero se dejó llevar de la cólera, y amenazó con decir al Duque de Saboya el caso que se hacia de sus recomendaciones. «Basta, »señor, contestó Francisco, la pasion es la que habla en »vos en este momento; otra vez será la razon.» Francisco, en efecto, estimaba demasiado al Príncipe para pensar que quisiera la promocion de un sujeto tan notoriamente incapaz. No obstante, el caballero no se dió por satisfecho, y al domingo siguiente, en medio del Oficio, tuvo la imprudencia de ir á presentar al Obispo, sentado en su silla pontifical, un libelo infamatorio lleno de las mas groseras injurias. El santo prelado, lejos de alterarse, no pensó ni en pedir justicia por el insulto; mas habiendo el cabildo tomado cartas en el asunto, quiso proceder rigurosamente contra el culpable y hacerle castigar de una manera ejemplar. Ya la sentencia estaba escrita y á punto de ser pronunciada, cuando el Obispo, que lo sabe, se apresura á pedir gracia y la obtiene. Hace mas aún, emprende el vengarse como lo hacen los santos; solicita y consigue para el insolente caballero, en la corte del Duque de Sa-

(1) Carlos Aug., p. 464.

boya, una plaza muy honorífica, en relacion con su nacimiento y condicion, de suerte que pasó por proverbio en toda la Saboya, que bastaba ofender al Obispo de Ginebra para recibir beneficios (1).

Testigo de tantas virtudes el cardenal de Marquemont, no pudo contener su admiracion; publicaba en todas partes que el Obispo de Ginebra era un santo, le daba el nombre de padre, complaciéndose en considerarse, á pesar de ser primado de las Galias, como su hijo espiritual, su humilde discípulo; y este sentimiento era tan profundo en su alma, que un dia, leyendo la firma del hombre de Dios al pie de una carta testimonial de un religioso de Annecy, la besó varias veces con respeto, esclamando: «¡Oh que »gran siervo de Dios! ¡Oh qué hombre tan santo y perfecto! »Es un Prelado enviado del cielo, y á quien he visto hacer »actos heróicos de caridad y justicia. ¡Ah! ójala que todos »los obispos de Francia tuvieran una pequeña parte de la »gracia que posee con tanta plenitud: es verdaderamente »un pastor perfecto, y todos debemos aspirar á imitar sus »virtudes.» (2)

Los dos prelados, animados igualmente del espíritu de Dios, no conferenciaron juntos sino de materias eclesiásticas, desde la llegada del Obispo hasta su partida, que tuvo lugar demasiado pronto para los deseos de ambos. La necesidad de visitar su diócesis no permitió á este grande hombre detenerse mas tiempo. Pero apenas dejó á Annecy cuando la malignidad, atribuyendo á esta entrevista enteramente espiritual designios políticos contra el duque de Saboya, hizo saber en Turin que los dos Obispos habian concertado juntos algunos secretos proyectos en favor de los intereses del rey de Francia. El Duque, acogiendo esta sospecha injuriosa, encargó al Marqués de Laus, gobernador de Saboya, examinara el hecho, el cual al punto delegó un propio al santo Obispo para informarle del descon-

(1) Dep. de Favre, que estaba presente.
(2) Dep. de Rendu.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tento del príncipe, y pedirle cuenta del viaje del Arzobispo y de sus largas conferencias con él (1).

El Obispo, muy admirado de tan estraña sospecha, contestó al punto al gobernador (2), tomando á Dios y á los ángeles por testigos de la verdad de sus palabras, que el Cardenal no habia querido mas que devolverle la visita que habia recibido; que sin hacer misterio, como hacen los que tienen intenciones hostiles, habia venido en público acompañado de ocho hombres á caballo; que desde su llegada no habian tratado sino de cosas puramente espirituales; que daba por garantía de esto su honor y su conciencia. «Si V. E. me lo permite, añade al terminar, le »diré con libertad que he sido educado y he envejecido »en una sólida fidelidad á mi príncipe, y que mi profesion »y todas las consideraciones humanas me unen estrecha»mente á él. Soy esencialmente saboyano, yo y toda mi »familia, y no podré nunca ser otra cosa. No concibo có»mo puedo dar motivo de sospecha habiendo vivido siem»pre fiel y adicto como lo he hecho.»

Enviada esta carta, el santo Obispo, fuerte con el testimonio de su conciencia, se abandonó enteramente á la providencia y continuó en paz sus trabajos ordinarios. Pero esto no fue sin nuevas tribulaciones, que eran necesarias contínuamente á esta alma escogida para perfeccionarla en la virtud y hacerla mas semejante á Jesucristo. Habia en Annecy un abogado llamado Pillet, que rehusaba reconocer los censos que estaba obligado á pagar á la iglesia de Ginebra; y el Obispo, creyendo que debia mantener los derechos de su iglesia, le obligó por justicia á reconocer estos censos. El abogado, furioso de haber sido vencido, concibió un odio tan violento contra el Obispo, que aprovechaba todas las ocasiones de hablar mal de él, vomitaba injurias, le censuraba en todas las reuniones, y parecia haber tomado á su cargo oscurecer una reputacion tan pura.

(1) Carta CCCXLII.
(2) *Año Santo de la Visitacion*, 15 de noviembre.—Carlos Aug., p. 483.

El hombre de Dios, informado del hecho, no concibió contra el difamador sino un interés mas tierno; y habiéndole un dia encontrado en la calle: «Señor, le dijo con »bondad tomándole la mano, sé que me quereis mal y que »buscais las ocasiones de perder mi reputacion; no os es»cuseis, porque estoy seguro de ello; pero quiero tambien »que sepais, que aunque me arrancáseis un ojo os miraría »con afecto con el otro.» El desventurado, sorprendido y confuso, quedó sin poder contestar nada, pero sin embargo no se dejó vencer por estas buenas palabras; y su odio, por el contrario, creció cada vez mas. Algunos meses despues llevó su descaro hasta cubrir de lodo las cartas monitoriales fijadas en la puerta de la catedral, y hasta á disparar durante la noche tiros á las ventanas del palacio episcopal; y por último atentado hirió con la espada al vicario general de Annecy. La madre Chantal, asustada por el peligro á que un odio tan encarnizado esponia á su santo director, le rogó dejara al menos obrar á los que querian perseguir al culpable. «Dejadme hacer, le dijo, los dos nos »vengaremos; este hombre tiene tres hijas, y recibiremos »á una de ellas sin dote en nuestro monasterio:» lo que en efecto se verificó.

Entre tanto el senado de Chambery, informado de unos procederes tan inícuos, hizo prender al culpable y empezó su proceso, cuyo resultado infalible y pronto iba á ser una sentencia de muerte. El santo Obispo, alarmado con el golpe que amenazaba á su enemigo, se apresuró á escribir al duque de Saboya, y pidió y obtuvo su perdon, y fue él mismo á llevar la noticia al prisionero. El miserable, insensible á una accion tan generosa, no dejó salir de sus labios ni una palabra de arrepentimiento por su falta ni de reconocimiento por su gracia.

El hombre de Dios se puso de rodillas y le pidió perdon de lo que hubiera podido ofenderle sin saberlo, mas el pecador endurecido no se conmovió, y acogió con insultos á su bienhechor; y ¡cosa increible! perseveró en su ódio hasta el fin desgraciado que terminó su vida, y que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se miró como un castigo de la Justicia divina por el ultraje inmerecido que habia hecho á un santo (1).

Francisco esperimentó aún otra persecucion de parte de un caballero disoluto, que se habia hecho su enemigo sin que para ello le hubiese dado ningun motivo. Este hombre, que se preciaba de su talento, hizo correr por todas partes una sátira sangrienta contra el Obispo de Ginebra. Este escrito impío no escitó en el público sino el desprecio que merecia, y no alteró un instante en Francisco la paz de su alma. Despechado por el poco resultado que habia obtenido, este caballero inventó otro género de ultraje. Aunque se estaba en lo mas crudo del invierno y la tierra cubierta de nieve, reunió varias noches seguidas, delante de la puerta del palacio, á sus criados con algunos malos sujetos de la ciudad y muchos perros. Allí les mandó hacer el mayor ruido posible, unos tocando cuernos de caza, otros disparando pistolas y todos dando los gritos que es costumbre en la caza, animando con esto á ladrar á los perros y aun tirándoles de las orejas para que ladraran mas fuerte, de tal modo que nadie podia descansar ni un momento en el palacio durante la noche (2). Francisco se levantaba de la cama, y postrado de rodillas al pié de su Crucifijo rogaba por estos insolentes perturbadores, diciendo con Jesucristo: «Padre mio, perdónalos porque »no saben lo que hacen.» Los vecinos, menos pacientes que su Obispo, dieron parte á la justicia y la instaron á que impidiera este estruendo nocturno, que no los dejaba pegar los ojos en toda la noche. Pero era tanto el crédito de este señor, que logró detener é impedir á la justicia que hiciera ninguna diligencia contra ellos. Entonces los criados del palacio, sintiendo ya agotada su paciencia, quisieron hacerse justicia por sí mismos y salir armados contra los perturbadores de su reposo. «Guardaos bien de eso, les

(1) Dep. del canónigo Gard, de Favre, de Langin y de la Madre Greffier.—Carlos Aug., p. 486.

(2) Carlos Aug., p. 468.

»dijo Francisco con su incomparable mansedumbre. ¡Ah! »son mas dignos de compasion que nosotros, porque á lo »menos nosotros estamos aquí calientes y á cubierto, y »ellos deben estar transidos de frio.—Pero son unos mise»rables, le dijeron.—¡Ah! dijo el humilde Obispo, si la »gracia no nos asistiese, podríamos obrar peor aún que »ellos. Doy gracias á Dios por no querer hacer lo mis»mo.» (1)

Animados con la impunidad, estos desgraciados se pusieron á tirar piedras contra las ventanas; y el santo Obispo, viendo caer las piedras á su lado, repetia tranquilamente las palabras de San Estéban cuando le apedreaban: «Señor, no les imputeis este pecado.» Por fin llegaron hasta el estremo de llenar de lodo é inmundicia la puerta principal del palacio, y parecian decididos á continuar aún, cuando el Obispo, habiendo encontrado por casualidad un dia al caballero autor de tanto mal, le abrazó como si fuera su mejor amigo de la manera mas cordial, y diciéndole las palabras mas bondadosas. Este hombre no pudo resistir á tanta caridad; lleno de confusion le pidió perdon, é hizo mas aún, pues movido de la hermosura de la religion que enseña á amar así á un enemigo, se convirtió enteramente, proclamando que la dulzura de su Obispo habia sido mas poderosa para su alma que los sermones de cien predicadores (2).

Este señor, antes de su conversion, habia comunicado su ódio al hombre de Dios á uno de sus hermanos, que era Marqués y de un orgullo facil de ofenderse. Este ódio fué, á los ojos del santo Obispo, un título particular á su afecto; y en efecto, habiéndose disgustado con el Marqués un señor muy poderoso, y viniendo á Annecy acompañado de doce caballeros para terminar la disputa con las armas, Francisco le detuvo cuando pasó delante del palacio para ir al campo, le disuadió de batirse y le reconcilió con su

(1) Dep. de Raffy.

(2) Dep. de Daunant, testigo de la escena de Carlos Aug., p. 469.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

enemigo. Los dos combatientes, movidos de la mediacion del santo Obispo, le tomaron por árbitro; y Francisco terminó su diferencia, unió estos corazones divididos, y aquellos señores, que se habian jurado mútuamente la muerte, se separaron hechos amigos (1).

Estos bellos triunfos de la caridad se renovaron de un modo mas dulce aún para su corazon en el seno de su familia. Un caballero, con el cual tenia parentesco, se habia ofendido de una accion que Francisco habia ejecutado sin la menor sospecha de que podia desagradarle; fué en medio del dia al patio del palacio con una trahilla de perros, cornetas y trompetas, para hacer un estruendo increible; y subiendo luego á la cámara del Obispo, prorumpió contra él en las mas mortificantes injurias. No oponiendo á tanta audacia Francisco, despues de algunas palabras de política y cortesía, mas que un silencio lleno de dulzura, el caballero, mas furioso aún, redobló sus ultrajes, hasta que en fin, cansado de hablar solo, se retiró con la amenaza y la injuria en la boca. «Monseñor, preguntó entonces á Francisco el Padre de Coëx que habia presenciado »toda la escena, ¿cómo no habeis reprimido á este insolente al menos con algunas palabras firmes y severas?— »Padre mio, contestó Francisco, he hecho un pacto con »mi lengua, de que no hablaré mientras mi corazon esté »alterado, y no replicaré nunca á ninguna palabra que »pueda provocarme á la cólera; y verdaderamente no con»venia irritar mas á este pobre hombre, tratando de ha»cerle conocer su yerro. Con la reflexion se hará mas »prudente y se arrepentirá de su falta.» (2) En efecto, algunos dias despues el culpable vino, con las lágrimas en los ojos, á pedir perdon y dar gracias al Obispo, cuya dulzura le habia preservado de una falta mayor, confesando que en el trasporte de ira en que se encontraba hubiera matado á golpes al que hubiera querido razonar con

(1) Carlos Aug., p. 470.
(2) El P. Binet: Cual es el mejor gobierno, p. 184.

él (1). Corrió en efecto el rumor de que habian querido atentar contra su vida, por lo cual una religiosa de la Visitacion no pudo dejar de espresarle su pena. «¡Qué in»vencion de noticia, le contestó (2), cómo han de haber »querido matarme! Los buenos no me matarán porque son »buenos, ni los malos porque no soy bueno. Esto no ha »sido mas que una leve sombra de ataque.»

La caridad, en el Obispo de Ginebra, no era solo paciente, sino tambien generosa y pródiga. Habiendo ido un dia un cura de su diócesis á esponerle su miseria, quiso á toda costa darle algun socorro, pero ¿por qué medio si no tenia nada en su bolsa? Va á la capilla, toma dos grandes candeleros de plata que estaban en el altar y se los da á aquel pobre eclesiástico, diciéndole que los venda para tener que comer. Este, enternecido hasta derramar lágrimas, besa las manos de su bienhechor y va á vender los candeleros á Ginebra. Rolando, el mayordomo de la casa, viendo al dia siguiente la capilla sin los candeleros, sospechó lo que habia sucedido y quiso rescatar estos objetos. «No, dijo Francisco, este rescate no podria hacerse sino »con perjuicio de los pobres; nos pasaremos sin los can»deleros.» (3) El santo Obispo no limitó á esto su caridad, pues informado de que la iglesia de este buen cura estaba en un estado muy deplorable, hizo blanquear el coro á su costa, abrió grandes ventanas con su enrejado de hierro y regaló un hermoso cuadro, pagando el coste del marco y la colocacion, y otras menudencias necesarias para que produjera un buen efecto (4).

Un padre de familia, abogado de Annecy, reducido por diversas desgracias á una estrema miseria, no podia costear la educacion de su hijo que estudiaba en París.

Francisco, instruido de su posicion, le envió al punto la suma de dinero que necesitaba. La alegría de este hom-

1) Carlos Aug., p. 485.
(2) Carta DCCIX.
(3) Dep. de Chambet.
(4) Dep. de Chambet y de Donyer.—Carlos Aug., p. 471.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre habia llegado á su colmo; pero bien pronto le sobrevino una cruel inquietud, pues ¿cómo enviar este dinero á París? ¿No se perdería en el camino? El santo prelado sabe las angustias del pobre padre; le llama, se encarga de la comision tomando sobre sí la responsabilidad de todos los peligros, y acompaña el dinero con una bondadosa carta al joven para exhortarle á la piedad y al estudio. El abogado lleno de reconocimiento por tanta bondad, creyó deber corresponder con frecuentes visitas á su bienhechor. Pero desgraciadamente para el Obispo, su favorecido no conocia la discrecion; varias veces tuvo la importunidad de permanecer cuatro ó cinco horas sin tener otra cosa que decir que vagatelas insignificantes; y ¡cosa admirable! el santo prelado, á pesar de sus grandes ocupaciones, le acogió siempre bondadosamente, sin dejar entrever ningun disgusto (1).

Esta paciencia de la caridad en el santo Obispo, no fue menos notable con un señor que habia venido de los confines mas apartados de la Normandía para conferenciar con él sobre los escrúpulos que trabajaban su conciencia, y las dudas en materia de fe que atormentaban su espíritu. Este señor habia buscado en toda la Normandía y en París un doctor que aclarase sus dificultades, disipase sus tinieblas, volviera la paz á su alma turbada; y no encontrándole á su gusto, se habia resuelto á emprender el viaje de Annecy. Se presentó en el palacio, se anunció á Francisco, que estaba en la mesa para comer, diciendo que un estrangero preguntaba por él; el santo Obispo se levantó al punto, acogió á este señor con bondad y lo condujo á su cámara. Este entonces espuso largamente sus escrúpulos, dudas y dificultades. Francisco respondió á todo con claridad y paciencia, pero á medida que resolvia una cuestion aparecian otras, y por fin, la conferencia se prolongó hasta la hora de la cena. El señor Sainte-Catherine fue á decir á Francisco que ya era hora de ponerse á

(1) Carlos Aug., p. 470.

la mesa. Pasó una hora; fueron otros mensajeros á espresar á su Obispo el temor de que la falta de alimento le hiciera sucumbir á la fatiga. «*Nonne anima plus est quam* »*esca?* (1) les contestó; *meus cibus est ut faciam voluntatem Patris mei.* (2) ¿No vale mas salvar un alma que comer? Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre. Otra »vez tendremos tiempo de comer y beber; en este momento tengo otra hambre que satisfacer, otra sed que saciar: »esta es el hambre y la sed del consuelo de un alma; que »nadie venga, pues, á interrumpirme,» y continuó la conferencia hasta que este señor quedó plenamente satisfecho, y la dulce luz de la paz brilló con todo su esplendor donde reinaba la turbacion y las tinieblas. Finalmente, despues de diez horas de conferencia, el estrangero se retiró. Contento y derramando lágrimas de gozo, dijo al señor de Sainte-Catherine que le acompañaba: «¡Oh! qué felices »sois en gozar de un pastor tan santo y de un director tan »hábil. Estaba perdido, y sus consejos me han vuelto á la »vida. Nadie en Francia ha podido volver la paz á mi alma. Dios sea bendito que me ha traido á vuestro buen »Obispo! Me habian dicho de él cosas maravillosas; pero »todo no es mas que una sombra comparado con lo que he »visto. Hay entre la fama y la realidad, la diferencia que »separa un cuadro del hombre que representa (3).

(1) Carlos Aug., p. 470.
(2) Matth., VI, 2.
(3) Joan., IV, 34.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO V.

Bella conducta de San Francisco de Sales en la guerra del Piamonte. Publica su tratado del Amor de Dios. Predica dos advientos y Cuaresma en Grenoble. Pierde al baron y la baronesa de Thorens, y dos de sus mejores amigos. Convierte á un pecador desesperado. Carta á Paulo V y á Luis XIII.

(De 1616 á 1618.)

Si los sufrimientos de los particulares afligian tanto el alma sensible del Obispo de Ginebra como lo hemos visto repetidas veces en esta historia, las calamidades públicas pesaban mas aún sobre su corazon; vió con un dolor profundo que el Duque de Saboya, ayudado por la Francia, declaraba la guerra al Duque de Mantua, apoyado por la España, para arrebatarle el ducado de Montferrat, al que pretendia tener derechos (1). Esta reunion de tropas indígenas y estrangeras llevaba consigo no solo el azote de la guerra, sino tambien la corrupcion de las costumbres, y hacia el asunto contínuo de sus gemidos ante Dios y los hombres. No contento con levantar las manos al cielo y pedir todos los dias en particular, ordenó oraciones públicas, con esposicion del Santísimo Sacramento, en toda su diócesis, é invitó á su pueblo á aplacar, con una vida mejor, la ira del cielo, que envia los azotes sobre la tierra para castigar á los habitantes culpables. Esta guerra empezada por la ambicion, se complicó de una manera terrible por la venganza y la rebelion. El Duque de Nemours, descontento del Duque de Saboya, que haciéndole esperar la mano de una de sus hijas, le habia impedido casarse con Ana de Lorena, hija del Duque de Aumale y habia faltado luego á su palabra, se dejó ganar por los españoles, que le indujeron á rebelarse, instándole á que se apode-

(1) Deposicion de Bonard y de Myncet.

rase de la autoridad suprema en todo el ducado de Ginebra, y prometiéndole para ello los socorros necesarios en hombres y dinero (1). En su consecuencia hubo varios movimientos de tropas con este fin; gran número de hugonotes se unieron á los rebeldes, y se intentó el sitio de Annecy. Toda la ciudad estaba en la mayor consternacion; solo el Obispo poseía su alma en paz y tranquilizaba á su pueblo, prometiéndole que todos estos preparativos de guerra se desvanecerian como el humo.

Estas buenas palabras no podian calmar el espanto general. «Si llegan á tomar la ciudad, le decian, sereis el »primero de quien se apoderarán los herejes; saquearán »vuestro palacio y os harán sentir todo su furor: ocultaos »y poned en seguridad lo que tengais de mas precioso.— »No, hijos mios, les contestó con un semblante sereno, ni »me ocultaré, ni me separaré de vosotros; no creo que me »quieran menos que á los demás, y si es preciso, sufriré »con vosotros. Con la ayuda de Dios, cumpliré siempre »con mi deber; si tocan á Vísperas, iré á ellas; si hay ne»gocios que despachar, lo haré; si toman la ciudad por »asalto y quieren hacerme mal, estoy en las manos de la »divina Providencia. Por lo demás, añadió para alentar el »ánimo abatido de su pueblo, tened confianza, no os harán »ningun mal, yo salgo garante de ello.» En efecto, al cabo de tres dias los enemigos levantaron el sitio (2), y el Príncipe del Piamonte se dirigió á toda prisa á Annecy con tropas numerosas para prevenir un nuevo ataque.

Fué alojado en el palacio episcopal, y Francisco, siempre ocupado de las cosas de su ministerio, aprovechó esta ocasion para presentarle, sobre la reforma de las comunidades religiosas de ambos sexos, un memorial en el que brillan igualmente su sabiduría y su celo. La licencia de las guerras habia introducido en muchas de estas comunidades la relajacion y el desórden, y estando varios reli-

(1) Carlos Aug., p. 472.
(2) Idem, p. 472 y 473.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

giosos y religiosas que las habitaban unidos por el parentesco con los señores del país, la autoridad eclesiástica no podia hacerlos entrar en su deber sin suscitar poderosas oposiciones. Para remediar un mal tan dificil de curar, el sabio reformador, que creyó no se podia hacer menos que acudir á la mas alta autoridad de la Iglesia, propuso al Príncipe solicitar, por medio de su embajador cerca de la Santa Sede, el nombramiento de una comision encargada de deliberar sobre las medidas que convendria tomar, y revestida de los poderes necesarios para ponerlas en ejecucion. Esta comision deberia: 1.° Separar enteramente de los monasterios los abades y priores comendatarios, fijando las rentas á que tuvieran opcion, de modo que en lo sucesivo no hubiera mas querellas escandalosas con ese motivo, dejando una perfecta libertad, tanto á los superiores para el gobierno y reforma de sus casas, como á las comunidades para la eleccion cada trienio de sus superiores. 2.° Retirar de los campos algunas comunidades poco numerosas y trasportarlas á las ciudades, donde, siendo en mayor número y reunidas segun la necesidad, podrian observar mejor sus reglas y hacer un servicio regular. 3.° Eliminar de algunos monasterios los religiosos que no quisieran someterse á la reforma y reemplazarlos con otros mas edificantes. 4.° Hacer observar, especialmente en los monasterios de religiosas, los reglamentos trazados por el Concilio de Trento (1). El Príncipe acogió muy bien este proyecto, y prometió emplear todo su crédito para que tuviera efecto.

Comprendia sin embargo Francisco, que la verdadera reforma no se hace por la autoridad del que manda, sino por el cambio del corazon que se determina á amar á Dios y á servirle con abnegacion. Con esta mira habia empezado en 1614 á escribir un *Tratado del amor de Dios*, que meditaba hacia tiempo. «Voy á empezar el libro del *Amor*

(1) Opusc., p. 440.—Carlos Aug., p. 473 y sig.

»*de Dios*, escribia á la Madre de Chantal (1), y procuraré »escribir tanto sobre mi corazon como sobre el papel.» Habia, en efecto, consagrado á esta composicion todo el tiempo que podia economizar durante el dia, ó tomar por la mañana y la noche á espensas de su sueño. Durante este trabajo, sentia tan profundamente lo que escribia, que á pesar suyo lágrimas de amor corrian sobre el papel, y á menudo se veia obligado á interrumpirlo para llorar mas abundantemente (2). El 25 de marzo, al volver de las Vísperas, cuando se preparaba á escribir, meditando de rodillas delante de su reclinatorio sobre la grandeza del amor que habia inclinado al Verbo Eterno á unirse con la naturaleza humana en el misterio de la Encarnacion, vió en espíritu la infinita bondad con que el Hijo de Dios habia pasado del seno del Padre al de la Vírgen; y fué tal la suavidad celestial que acompañó á este éstasis, que cayó sin conocimiento. Queriendo su corazon corresponder á un amor tan grande, se escitaba á amar cuanto le era posible, y hubiera querido tener en su pecho todo el amor del cielo; el espíritu de Dios, que es todo caridad, correspondiendo á sus deseos, se comunicó á él con una abundancia que se manifestó esteriormente con señales sensibles. Así como Dios en otro tiempo representó la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles con lenguas de fuego, hizo caer sobre el santo Obispo un globo inflamado, el cual, dividiéndose en pequeñas llamas, le rodeó por todas partes sin quemar sus vestidos, y dejó su rostro resplandeciente como un astro, mientras que su corazon estaba interiormente abrasado de amor (3).

Acababa de desaparecer este fenómeno, cuando entró

(1) Carta DCXLII.

(2) Con frecuencia, dice el P. la Riviere (lib. IV, c. XLIV, ad finem) volviendo á leer los capítulos que habia acabado se sentia inundado de tantas dulzuras y delicias, que á fuerza de ternura de corazon las lágrimas caian de sus ojos y lloraba como un niño; y esto lo declaró él mismo á Mr. Vicente, que me lo ha contado.

(3) Dep. del canónigo Gard, de Francisco Favre y otros varios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Luis de Sales, que tenia costumbre de ir todas las noches antes de cenar para hablar algunos momentos con él.

Viendo su rostro todo inflamado, se asustó creyéndole enfermo y quiso llamar á los criados. «No, hermano mio, »dijo el santo Obispo, no llameis á nadie, porque es un »secreto del Señor.» Entonces le contó, temblando aún en todos sus miembros, lo que habia ocurrido; luego continuó su meditacion, prefiriendo dejar á su corazon saborear las dulzuras del amor divino que tomar el alimento acostumbrado. Para memoria de este favor celestial, la cámara quedó, por mucho tiempo despues de su muerte, en veneracion como un lugar santo; y él mismo escribió en el libro que llevaba siempre consigo estas palabras: *Die vigesima quinta Martii; hodie servum suum Franciscum misericorditer visitare dignatus est Dominus;* es decir: «Hoy, »25 de marzo, el Señor se ha dignado en su misericordia, »visitar á su siervo Francisco.» Desde este dia tuvo lugar en el alma de Luis de Sales un sentimiento particular de veneracion á su santo hermano; y no le miraba ya sino con una devocion profunda, como un hombre en quien habitaba el Espíritu Santo. Cuando obtenia la comunicacion de sus escritos sobre el amor de Dios, los leia de rodillas, preparándose á esta lectura con la oracion, y á menudo con la santa Comunion; y sacaba tanto fruto, que al terminarla parecia él mismo inflamado en el amor divino.

Entretanto, Francisco deseaba vivamente terminar su trabajo. «Hago lo que puedo por el libro (1), escribe á la »santa Madre de Chantal, y es para mí un martirio gran»de no poder disponer del tiempo que se requiere.» A medida que componia, comunicaba su manuscrito al Señor de Sainte-Catherine, canónigo de la catedral, á varios eclesiásticos distinguidos por su mérito y á su hermano Luis, rogándoles le hicieran sus observaciones, para cambiar, borrar ó añadir, como juzgaran mas conveniente. Algunas veces tambien leia algunos capítulos á los que

(1) Carta CCCXXIV.

iban á verle para edificarlos; y el Señor Favre de la Valbonne contaba, que habiendo sido atacado de una melancolía profunda, se habia curado enteramente por la lectura de dos ó tres capítulos que le habia hecho el santo Obispo. Pero sobre todo queria hacerlo examinar por los maestros de la ciencia. «Presentad, escribe á Miguel Fa»vre su capellan, que se encontraba entonces en Lyon (1), »nuestros pobres cuadernos á los pies de Monseñor de »Marquemont, si tiene lugar de aplicarse á esa lectura; »si no los entregareis á Mr. Deville, doctor en Teología, »encargado para la aprobacion de los libros; y segun su »parecer lo presentareis á Mr. Lafarge, vicario general, y »á otros doctores; porque me reconozco lleno de faltas: »además, tengo poco tiempo para revisar mis pequeñas »obras. Ruego y deseo que sean vistos despacio y carita»tivamente examinados por los doctos.»

Despues de todas estas precauciones inspiradas por la humildad y el celo de la exactitud doctrinal, dió, en los primeros meses de 1616, su manuscrito á la prensa, y el último dia de julio terminó la impresion, aunque poco felizmente; «porque, dice el autor con su ingénua humil»dad, el impresor ha cometido algunas faltas en esta obra »y yo varias imperfecciones: si se quiere encontrar algo »perfecto en este mundo, no deben buscarlo en mi tienda.»

Este libro produjo en todas partes una sensacion profunda; el General de los Cartujos, que despues de haber leido la *Introduccion á la vida devota* habia aconsejado al autor no escribiese mas, para no decaer del alto punto á que se habia elevado, le escribió, despues de haber leido este tratado, que no cesase de escribir. Los Jesuitas y la Sorbona proclamaron que, por esta obra, el autor se habia colocado á la altura de los Agustinos, Gerónimos, Ambrosios y Gregorios. Jacobo, Rey de Inglaterra, que tanto habia alabado, á pesar de ser hereje, la *Introduccion á la vida devota*, celebró en términos mas magníficos aún el

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 20 de mayo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mérito de este nuevo libro. En su admiracion, desafió á los Obispos anglicanos á escribir algo que se pareciera, y á saber hablar como el Obispo de Ginebra, el lenguaje del cielo y de la tierra. «¡Oh, bien quisiera, esclamó, ver al »autor de este escrito angélico! Debe ser un gran persona»je.» Refirieron al santo Obispo estas palabras, y lejos de buscar en ellas una satisfaccion á su vanidad, su corazon, absorto enteramente por el amor de Dios, exhaló este grito de celo apostólico: «¡Oh, quién me diera alas como de pa»loma, y volaria á buscar á ese rey en esa bella isla, en »otro tiempo tierra de los santos, hoy dominio del error! »Vive Dios que he de ir si mi príncipe me lo permite, á »esa nueva Nínive, hablaré á ese rey, y le predicaré la »verdad con peligro de mi vida.» (1) Sentimientos que ciertamente no eran pasajeros en él, porque jamás los nombres de los Anselmos, Tomases, Eduardos y tantos otros santos personajes que la Inglaterra ha producido, se presentaban á su pensamiento sin que suspirara ardientemente por su conversion.

Aunque el rey de Inglaterra apreciaba tanto el *Tratado del amor de Dios,* todos no lo apreciaban lo mismo; y dos críticas atacaron á esta obra. La primera la declaraba demasiado teológica y metafísica para estar al alcance de la mayor parte de los lectores, en lo cual el mismo autor conviene cuando dice en su prólogo: «Si solo hubiera escrito »para las personas que no gustan sino de la práctica del »santo amor, hubiera podido suprimir los cuatro primeros »libros y algunos capítulos de los siguientes.» La segunda crítica versaba sobre algunas comparaciones y espresiones un poco libres empleadas por el autor, sobre todo en los capitulos IX y X del primer libro (2). Su alma angélica estaba demasiado lejos del amor profano para sospechar siquiera las peligrosas impresiones que podrian producir en las almas terrenas las comparaciones que saca,

(1) M. de Maupas, p. 332.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales,* p. III, sec. XIV.

con el fin de hacer comprender el amor sobrenatural de Dios.

Pero á pesar de estas dos críticas, que creemos mas aplicables hoy que entonces, porque á un siglo menos instruido en las cosas divinas conviene un discurso menos elevado; á una época mas corrompida, dispuesta á pensar facilmente el mal, conviene un lenguaje mas casto, se puede decir que el *Tratado del amor de Dios* es una obra maestra. El autor empieza por reflexiones preliminares en las cuales demuestra que la voluntad dirige todas nuestras potencias y pasiones; que el amor de Dios no puede existir en un alma sino con la condicion de dominar en ella sobre todo otro amor, queriendo *ser rey ó nada, no pudiendo vivir sino reina, ni reinar sino soberanamente;* y que siendo Dios bondad infinita, el corazon humano tiene una inclinacion natural á amarle sobre todo, aunque sin poderlo hacer, sin embargo, sino con ayuda de la gracia. Despues de estas nociones que ocupan todo el primer libro, el autor entra en materia; y haciéndose el historiador del amor divino, cuenta su nacimiento, progresos y decadencia. Los principios regeneradores de este amor son las perfecciones infinitas de Dios consideradas en sí mismas; los beneficios de su mano liberal, siendo los principales la creacion, la conservacion y la redencion; las inspiraciones de la gracia, que nos mueven á amar, dejándonos no obstante en libertad de no amar; la fe, la esperanza, el recuerdo de nuestras faltas y los dulces atractivos de Jesucristo. El amor formado en el corazon por estos principios es, hasta el último suspiro, susceptible de aumento con las buenas obras, aun las mas pequeñas, por la accion de Dios siempre presente en el fondo del alma que ama; y allí el docto historiador del amor divino revela la escelencia del don de perseverancia, la dicha de morir en la caridad; despues de lo cual, siguiendo el amor hasta el cielo, lo demuestra beatificando á todos los santos por la clara vision de Dios Padre, del Verbo engendrado y del Espíritu Santo, amor sustancial que une al Padre con el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hijo. Pero desgraciadamente, en esta vida el amor no sigue siempre esta senda progresiva, y á veces el hombre deja á Dios por la criatura; los objetos sensibles le reducen y arrastran; y cuando todo deberia llevarle á Dios, todo sirve por el contrario para separarle de él. Por esto el historiador del amor divino retiene su decadencia y su tibieza, triste fruto de la inconstancia de nuestra voluntad, de nuestra debilidad en las tentaciones, de nuestra miseria profunda, que no puede amar sino cuando Dios nos hace amar.

Aquí termina la historia del amor divino con el cuarto libro. Los cinco siguientes están consagrados á describir los ejercicios ó la práctica de este amor. El primer ejercicio es la complacencia ó compasion; la complacencia, por la cual el alma se alegra de ver al Dios que ama, tan bello, tan perfecto, tan amable; la compasion, por la cual compadece los sufrimientos de Jesucristo en su pasion, y se aflije del ultraje que el pecado ha hecho á Dios. El segundo ejercicio es la benevolencia, que desea que Dios sea conocido, amado y servido por todas las criaturas, que suspira por el cielo para amarle sin interrupcion y verle amado por todos los corazones; que se une con trasporte á las alabanzas que Dios se da á sí mismo. De ahí el piadoso autor pasa al tercer ejercicio del amor, que es la oracion: recorre los diversos grados, la meditacion, la contemplacion ó el reposo en Dios, los raptos y éstasis con los desfallecidos, los trasportes y heridas del amor; y añade como último ejercicio la union de nuestra voluntad con la de Dios por la obediencia á sus mandamientos, á sus consejos, á sus inspiraciones, y por la indiferencia á todo lo que sea de su beneplácito, sea lo que quiera. En ninguna parte es mas admirable el autor que en este último punto, que forma el asunto del octavo y noveno libro. Allí se ve el amor en su apogeo, queriendo todo lo que Dios quiere que ame y no queriendo otra cosa, contento en inmolarse para que Dios esté todo en él. Despues de estas suaves y bellas consideraciones, el autor, en los tres

últimos libros, examina el mandamiento del amor divino, y hace ver su excelencia, sus efectos y sus caracteres, y da avisos para progresar en él.

Tal es el análisis rápido de este bello tratado, fruto de veinticuatro años de predicacion, segun la espresion del mismo autor, y de un estudio tan profundo que catorce líneas de este libro, decia á Mr. de Belley, le habian costado la lectura de mas de doscientas páginas en folio (1). Trata en él las cuestiones de teología mas espinosas y mas oscuras, como son: la gracia eficaz, la predestinacion, el principio de la fe; pero convierte estas espinas en flores con la precision de sus esplicaciones, revestidas del estilo mas gracioso; aclara estas oscuridades con las luces de una sana teología, la lucidez de sus apreciaciones y la exactitud y precision de su doctrina. Quita á las cuestiones escolásticas toda su sequedad con su estilo grato que brilla en todas partes; siembra el atractivo en todo lo que dice, con su imaginacion florida, que personifica hasta los objetos mas espirituales; con sus comparaciones y rasgos históricos, sacados frecuentemente de la Biblia y aplicados con tanta precision como gracia; pero sobre todo con el sentimiento de la mas tierna piedad que anima y vivifica todo, y hace de este libro mas bien un producto de su corazon que un trabajo de su entendimiento. ¡Cosa notable! esta composicion, á pesar de ser figurada y florida, es sin embargo muy sencilla; la fecundidad del genio y de la imaginacion del autor no le apartan nunca de lo natural; los ornamentos se presentan á su pluma sin ser buscados; es la elocuencia ingénua, la amable sencillez de un corazon que no dice mas que lo que siente; que se retrata sin querer; que encuentra en los asuntos mas usados bellezas desconocidas, pero tan naturales, que se sorprende de no haberlas descubierto antes. Tal es el *Tratado del amor de Dios*. El autor al componerlo habia desarrollado mucho mas ámpliamente su asunto; pero al imprimirlo, suprimió

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. III, s. XV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas de la mitad (1), bello ejemplo dado á los autores que, idólatras de sus escritos, no saben limitarse á lo que es conveniente y hacer el sacrificio de lo demás.

Entre tanto, lo que la fama publicaba del Obispo de Ginebra hizo concebir al parlamento del Delfinado el deseo de oir su elocuente palabra, y le invitó á que fuese á predicar á Grenoble el Adviento de 1616 y la Cuaresma de 1617. Despues de haber pedido el consentimiento del Duque de Saboya, aceptó la invitacion, y el dia convenido se dirigió á Grenoble, acompañado de dos consejeros que habia diputado el parlamento para que le hiciesen los honores. Durante esta mision su vida fué la de un apostol, ganando todos los corazones con su dulzura, su cortesía y sus ejemplos; y para aprovecharse del respeto y confianza que le demostraban, no perdonaba fatiga ni economizaba sus fuerzas, consagrándose enteramente á regenerar esta ciudad, predicando todos los dias, oyendo en confesion ó en conferencias particulares á los que querian recurrir á él, visitando y animando al fervor á las comunidades religiosas. Como el tiempo del Adviento esta destinado á honrar el misterio del Verbo encarnado en el seno de María, tomó por materia de sus sermones las palabras del ángel, que habia venido á anunciar á María este gran misterio, y el *Ave María* bastó para toda la mision. Cada dia comentaba algunas palabras con un corazon abrasado en el deseo de hacer conocer y amar á Jesus á María, y no se puede decir los felices resultados que produjeron estas instrucciones (2).

El Mariscal de Lesdiguieres, que mandaba entonces en jefe en el Delfinado, no pudo resistir, aunque calvinista, á la curiosidad de ir á oir á un predicador de quien todo el mundo hablaba con entusiasmo. Despues de haberle oido quiso oirlo de nuevo, y fué de los mas asíduos á sus sermones.

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. III, sec. XV.
(2) Dep. de Baylag.

Movido de la gracia, deseó tener con el santo apóstol una conferencia particular. La mision de Francisco en esta circunstancia era delicada, porque se trataba mas de atraer al Mariscal á la virtud, haciéndole romper un lazo culpable con una mujer arrebatada á su marido, que de ganarle á la verdad por la fuerza de los razonamientos; pero el santo apóstol empleó tanto tacto y prudencia, tanta constancia y energía, que dijo sin herirle todo lo que era necesario decir; y cuando al retirarse, despues de cuatro horas de conferencia, le pidió perdon por las palabras con que hubiera podido desagradarle contra su intencion: «No, »Monseñor, contestó el Mariscal, no habeis dicho nada »que no esté bien; reflexionaré y pensaré todo con la ma»durez que pide un negocio tan grave.» El Mariscal desde este tiempo permaneció unido á Francisco, le invitó con frecuencia á su mesa, fué á visitarle, y en todas ocasiones hablaba de él con el mayor elogio, proclamando que merecia ser amado, estimado y admirado de todo el mundo (1).

Esta conducta del Mariscal alarmó á los ministros, tanto mas cuanto que muchos de su partido iban á oir los sermones del santo Obispo, y salian llenos de veneracion hácia el predicador y su doctrina. Resolvieron pues hacerle algunas observaciones sobre un modo de proceder que tanto perjudicaba á su partido. El Mariscal, informado de este designio, les hizo decir que si iban á visitarle como amigos ó para hablarle de algun negocio, los recibiría gustoso; pero que si se permitian hacerle demostraciones de otro género, podian estar seguros de que entrando por la puerta saldrian por la ventana.

No pudiendo pues hablarle por sí mismos, hicieron le hablase uno de los principales señores de la provincia. «Decid á esos señores, contestó el Mariscal, que tengo »edad suficiente para saber lo que debo hacer. Son com»pañeros demasiado jóvenes y pequeños para enseñar á un

(1) Carlos Aug., p. 494.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»hombre de mi edad y de mi clase cómo debe vivir. Sé cómo »se debe tratar á los obispos; son muy diferentes nuestros »ministros, que todo lo mas pueden compararse á los pár- »rocos, puesto que han desechado la dignidad episcopal, »aunque tambien fundada en la Escritura; y creo que ellos »no están en ánimo de arrepentirse de ello. Cuando yo vea á »los príncipes soberanos, á los hijos y á los hermanos de los »reyes hacerse ministros, como veo que se tienen por hon- »rados en ser Obispos, Arzobispos y Cardenales, entonces »veré qué honor se debe dar á los ministros.» (1) Desgra- ciadamente el Mariscal partió el 19 de diciembre para ir en socorro del Duque de Saboya, atacado por los españo- les, no regresando hasta fin de abril, y aun esto fué para entrar en campaña poco despues y no volver hasta el mes de setiembre de 1617; de suerte que interrumpió sus rela- ciones con el santo Obispo, que le hubiera hecho entrar pronto en el gremio de la verdadera Iglesia.

Terminada la mision del Adviento, Francisco volvió al punto á Annecy; y entre los hechos notables que llevó á cabo entonces, la historia señala tres principales. El pri- mero fué la curacion repentina del prior de Talloires, el padre Claudio de Coëx. Este buen religioso, atacado de una fiebre maligna y pestilente, estaba en peligro de muerte. Francisco va á verle, hace una oracion por él, y el moribundo es restituido al punto á la salud. Otro en- fermo, cuyo nombre la historia no ha conservado, estaba sin conocimiento y ya en la agonía, se lo dicen al santo Obispo, viene á verle y encuentra á toda la familia desha- cha en llanto; conmovido con esta afliccion tan profunda, hace sobre el enfermo la señal de la cruz, le bendice, anuncia su próximo restablecimiento, y se va á las Vís- peras á la catedral. Apenas terminadas, el enfermo, en efecto, esperimentó una mejoría notable, que fué luego seguida de una salud perfecta (2). Algunos dias despues el

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 4 de diciembre.
(2) De Cambis, t. II, p. 558.

santo prelado, predicando en la iglesia de santo Domingo, distingue entre los oyentes á un caballero calvinista de los mas obstinados; deja al punto el asunto que habia em- pezado, y pasa á una demostracion de la verdad de la reli- gion católica. El caballero escucha con ávidez, se siente convencido y persuadido; y renunciando al punto á sus errores, toma la resolucion de volver al seno de la Iglesia, lo que verificó en efecto poco despues (1).

De esta victoria de la fe, el santo apóstol pasó á otras conquistas; volvió á Grenoble para la Cuaresma que habia prometido. El conocimiento mas perfecto que habia ad- quirido de su auditorio en el Adviento precedente, le hizo pensar que sería útil tratar de la controversia; y desde el miércoles de ceniza manifestó su designio á los oyentes. «Vedme aquí, les dijo, en la cátedra de la verdad, y no »estoy en ella sino para decirla claramente, y la diré sin »temor; nada en el mundo podrá impedírmelo; si no lo »hago, que mi lengua se pegue al paladar, se seque y »permanezca inmóvil en mi boca.» Estas palabras anima- das con el fuego del Espíritu Santo, que estaba en él, dis- pusieron tanto á los calvinistas como á los católicos á con- currir puntualmente á sus sermones, resultando varias con- versiones notables (2). Una de las primeras fué la de un apóstata, Claudio Boucard. Este desgraciado, en otro tiem- po profesor de filosofía y teología, religioso y sacerdote, habia pasado al calvinismo contra su conciencia, sin otro motivo que el de satisfacer su pasion, casándose. Movido luego por la gracia y arrepentido de su falta habia, como hemos dicho mas arriba, abjurado el error nueve años an- tes en manos del santo prelado, pero luego, cediendo otra vez á su pasion, habia vuelto á sus antiguos estravíos. En fin, no pudiendo soportar los remordimientos que lo ator- mentaban, fué á Grenoble, donde sabia que predicaba el Obispo de Ginebra; y despues de haberle oido, derraman-

(1) De Cambis, t. II, p. 559.
(2) Carlos Aug., p. 488.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do muchas lágrimas, fué por segunda vez á arrojarse á sus pies y á solicitar su vuelta al aprisco.

Francisco se dejó vencer, recibió su segunda abjuracion, le asignó una pension anual de trescientos cincuenta florines (1), y esta vez al menos tuvo el consuelo de verle perseverar en el buen camino, tanto que tres años despues el nuevo convertido dedicó á su bienhechor una escelente obra que publicó, y en la que declaró que su felicidad en la tierra sería gozar siempre de la presencia de tan santo Obispo, para formarse con el ejemplo de sus virtudes (2).

La conversion del ministro Barbier, uno de los mas sabios de su secta, no hizo menos ruido que la de Claudio Boucard (3). Admirado de la solidez de los razonamientos del Obispo de Ginebra, y no encontrando en el calvinismo la satisfaccion para su espíritu, ni esas convicciones profundas que hacen reposar el alma con la esperanza de la felicidad eterna, abjuró públicamente la herejía y recibió la absolucion de manos del santo prelado, despues de lo cual, queriendo dar cuenta de su conducta al público, escribió varias obras notables contra la doctrina de Calvino. Otros herejes imitaron el ejemplo del ministro; acudian en multitud á los sermones del apóstol, arrastrados menos aún por la reputacion de su elocuencia que por su admirable santidad, que atraia todas las miradas á pesar del cuidado que ponia en ocultarla; y nadie salia nunca sin sentir las impresiones de la gracia que Dios parecia haber unido á sus discursos.

Habiéndole oido un dia predicar dos caballeros de la primera nobleza sobre estas palabras del Eclesiastes: *Vanidad de vanidades y todo es vanidad*, quedaron tan movidos de la uncion llena de fortaleza con que hizo resaltar las preeminencias de las riquezas espirituales sobre todos

(1) Es decir, ciento cuarenta y un francos.
(2) Dep. del Can. Gard.—Carlos Aug., p. 489.
(3) Carlos Aug., p. 494.

los bienes del mundo, que se convirtieron enteramente y observaron hasta la muerte una vida muy edificante.

Tanto era el interés que inspiraban las predicaciones de Francisco que, para no perder nada de ellas, habia varios que las escribian mientras hablaba, y los mas sabios no podian contener su admiracion. «Qué hombre este, es»clamó uno ante todo el pueblo, que espone con tanta »claridad los puntos mas difíciles de la Teología, y hace »comprender á los entendimientos mas humildes las cosas »mas abstractas.—No es maravilla, dècia otro, que produz»ca tanto fruto, porque une la santidad á la doctrina, en»tendiendo muy bien todo lo que dice y practicándolo me»jor todavía.» (1)

El santo Obispo predicaba así todos los dias, y apenas encontraba tiempo para preparar sus discursos; porque acudian de todas partes á consultarle como á un oráculo del Espíritu Santo, y á cualquier hora que cualquiera se dirigiese á él, por ocupado que estuviese, le recibia con una gracia perfecta, pareciendo siempre no tener otra cosa que hacer que escuchar á los que querian hablarle, y no dejando entrever nunca que le eran molestos. Confesaba á todos los que se le presentaban, devolvia las visitas cuando lo creia útil, é iba á los monasterios á predicar la perfeccion religiosa.

Un ministerio tan activo y fecundo sembró la desolacion entre los ministros del error, y uno de ellos imaginó, para impedir á los suyos que fuesen á oir el sermon, dar su predicacion á la misma hora; pero el único resultado que obtuvo con esta determinacion, fue la ausencia de su auditorio. Entonces, no pudiendo dominar su furor, hizo correr por toda la ciudad el rumor de que queria tener una conferencia pública con el Obispo. Este se alegró estremadamente de ello, y habiendo ido á decirle uno de sus amigos que este ministro era de una insolencia increible, y que habia peligro para la dignidad episcopal en esponerse

(1) Carlos Aug., p. 493.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á sus vejaciones: «Tanto mejor, contestó Francisco; he »ahí justamente lo que necesitamos.—Pero os tratará in- »dignamente, le replicó aquel.—Tanto mejor aún, eso es »lo que yo pido. ¡Oh! cuánta gloria sacará Dios de mi con- »fusion.—Pero, le contestó, no conviene esponer vuestro »caracter al oprobio.—Jesucristo ha sufrido mucho mas; »espero que Dios me hará la gracia de sufrir mas injurias »de las que puede decirme, y si somos grandemente hu- »millados, Dios será magníficamente exaltado (1). Vereis »qué cúmulo de conversiones, pues la práctica de Dios »es sacar su honor de nuestra ignorancia.» Desgraciada- mente esta conferencia no tuvo lugar, pues fue impedida por los calvinistas, á quienes espantaba la superioridad del atleta católico, y todas las baladronadas del ministro se disiparon como el humo (2).

Despues de haber trabajado en la santificacion de los demás, Francisco, para satisfacer á su devocion particular, fue á la iglesia de los padres Mínimos el segundo dia de abril, para venerar el manto de San Francisco de Paula, que se conservaba en este monasterio. Mientras estaba en oracion ante la santa reliquia, el pueblo, deseoso de verla lo mas cerca posible, se acercó en tumulto al rededor suyo, pisando sus vestidos y sus pies, apoyándose otros en sus hombros, empujándole y atropellándole de la manera mas descortés; pero fue tanta en medio de este tropel su paciencia, su paz, su union con Dios, que no dijo una palabra, ni hizo un movimiento ni un gesto para detener esta irrupcion popular; únicamente ocupado en lo que hacia, continuó su oracion en una actitud de respeto profundo, inmóvil como una estátua, y recibió luego de mano de uno de los religiosos el gran cordon de la orden y la patente de hermandad. Al salir de la iglesia, los religiosos quisieron presentarle sus escusas por lo que habia ocurrido: «¿No es preciso, con-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 17 de febrero.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales.*

»testó, que todos satisfagan su devocion? Puedo aseguraros »que no me he ocupado mucho de los que estaban á mi al- »rededor, y solo he pensado en San Francisco de Paula, »que me daba él mismo espiritualmente su cordon y her- »mandad, y me obligaba con lazos interiores y esteriores »á considerar á todos los mínimos como á hermanos »mios.» (1) Desde este tiempo, en efecto, repetia fielmente á los religiosos mínimos, siempre que los encontraba, que era su hermano y verdaderamente mínimo en todo.

Habiendo el santo Obispo terminado su mision, partió al punto para Annecy, donde llegó para la tercera fiesta de Pascua; y allí, preguntándole por qué habia dejado tan prontamente, sin tomar un momento de reposo, una ciudad donde habia sido tan honrado y estimado: «Es, contestó, porque »en las grandes ciudades y entre los grandes hombres no »estoy en mi elemento; me encuentro allí como una estátua »fuera de su nicho, sirviendo de estorbo y siendo un obs- »táculo.» Amaba mucho á Annecy, y sobre todo su habitacion, mas que todas las ciudades y palacios del mundo (2).

En esta querida soledad era donde oraba sin cesar por la paz de los estados, la concordia de los príncipes cristianos y el bien de toda la Iglesia. Allí era donde, uniéndose con Dios, gozaba de un gusto anticipado de la gloria, y se animaba al fervor con el ejemplo de tantas santas comunidades á que se habia agregado; en Annecy, en fin, ó en sus alrededores estaban las tres iglesias amadas de su corazon, de Santo Domingo, de la Visitacion y de Thorens, como nos lo da á entender en un diálogo de una sencillez encantadora con el padre Blanc, religioso dominico. El santo Obispo habia predicado maravillosamente sobre la fe en la iglesia de Santo Domingo. «Monseñor, le dijo el pa- »dre Blanc al salir de la iglesia, nunca os he oido hablar »tan bien de nuestra santa fe como hoy.—Amigo mio,

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 2 de abril.
(2) Carlos Aug., p. 496.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»contestó el Obispo, es que me he acordado que en vues-
»tra iglesia he sido confirmado en la fe, y eso me ha ins-
»pirado.—Monseñor, le dijo el religioso, estais siempre
»lleno de bondad hácia nuestra iglesia.—Padre Blanc,
»contestó el Obispo, no me debeis reconocimiento; no ha-
»go mas que mi deber y seguir mi inclinacion cuan-
»do favorezco vuestra iglesia; amo verdaderamente á to-
»das las iglesias de mi diócesis, pero amo á tres de
»ellas muy especialmente: la de Thorens, donde he si-
»do bautizado y mas tarde consagrado Obispo; la vues-
»tra, donde he sido confirmado; y la de la Visitacion,
»donde seré enterrado.—¡Qué! Monseñor, esclamó el Padre
»Blanc cayendo de rodillas, ¿quereis privarnos de vues-
»tro cuerpo, y hacer este agravio á nuestra iglesia, que
»desde hace tantos años posee las tumbas de vuestros an-
»tepasados nuestros bienhechores?—Verdaderamente, dijo
»el santo prelado sonriéndose, he hablado demasiado di-
»ciéndoos eso; no obstante, deseo que todos sepan que ni
»en la vida ni en la muerte soy ni quiero ser del mundo:
»conviene que despues de mi muerte mi pobre cuerpo sea
»enterrado en un rincon de la pobre iglesia de la Visita-
»cion; yo la he consagrado, y nuestras hermanas tendrán
»cuidado de rogar á Dios por mí.» (1)

Su primer cuidado á su llegada á Annecy, fué escri-bir á Paulo V en favor del Señor de Prilly, caballero del país de Vaud. Este señor, convertido por él en 1608, ha-bia sido obligado por los herejes á espatriarse y separarse de su mujer y de sus hijos, obstinadamente adictos al error. En una situacion tan crítica fué á buscar al santo Obispo, y á decirle el designio en que estaba de refugiarse en Roma. Francisco, no contento con acojerle con toda la caridad que habia en su corazon y darle todos los con-suelos de la religion, quiso recomendarle al Soberano Pon-tífice, lo que hizo en la carta siguiente. «Santísimo Pa-

(1) Dep. de la Madre Chaugy.—*Año de la Visitacion*, 4 de agosto.

»dre (1), aunque la Sede Apostólica basta, por el brillo de
»su majestad, para atraer á Roma á todos los cristianos
»del universo, Vuestra Santidad tiene un misterioso atrac-
»tivo como el del iman, que atrae suavemente los cora-
»zones de los que, por la gracia de Dios, han pasado de las
»tinieblas del error á la sumision de vuestra autoridad pa-
»ternal. De este número es el ilustre peregrino que tiene
»el honor de presentarse á vos. Me ha pedido una carta de
»recomendacion, en la que diese testimonio de su fe y re-
»ligion, y se la he concedido gustoso; no hacerlo, sería
»faltar á mi deber, sería rehusar hacer justicia á su vir-
»tud. En efecto, Santísimo Padre, este escelente señor se
»ha hecho tanto mas recomendable, cuanto que siendo de
»una noble familia, ha tenido el valor de renunciar al
»rango y dignidades que su nacimiento le autorizaban á
»pretender, y perder la reputacion para con los suyos,
»queriendo mejor vivir desconocido en la casa de Dios que
»habitar entre los pecadores. Testigo hace nueve años de
»la constancia de su fe y de su piedad, le recomiendo muy
»humildemente á Vuestra Beatitud.»

El dulce reposo de que gozaba el santo Obispo en su querido Annecy, no tardó en ser mezclado de la mas cruel amargura. Tenia en los ejércitos del Duque de Saboya á su hermano el Baron de Thorens, que era uno de los mas valientes oficiales; y una fiebre pestilente le arrebató en pocos dias (2). No es facil decir el dolor de Francisco cuando lo supo. En el primer momento no pudo contener sus lágrimas y las dejó correr abundantemente, pero bien pronto, levantando los ojos y las manos al cielo, se unió á la voluntad de Dios, repitiendo aquellas bellas palabras de nuestros sagrados libros: «Sí, Padre Eterno, lo quiero con »todo mi corazon, puesto que os ha agradado que fuese »así. *Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te* (3). Me

(1) Carta CCCLXXIII.
(2) Carlos Aug., p. 494.
(3) Matth. XI, 26.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»someto sin murmurar ni quejarme, porque este golpe »viene de vos. *Obmutui, et non aperui os meum, quoniam »tu fecisti.* ¡Que el nombre de Dios sea bendito! sus de- »cretos son incomprensibles y sus caminos nos estan »ocultos (1). *Sit nomen Domini benedictum. Incomprehen- »sibilia sunt judicia ejus et investigabiles viæ ejus.*» (2)

Para comprender el heroismo de esta resignacion, es necesario leer las cartas que escribió con este motivo. «He llorado mucho, decia á una de sus hermanas (3), por- »que amaba tiernamente á este hermano, y no he podido »dejar de sentir vivamente el dolor que inspira la natura- »leza; pero ahora que sé cuán piadosamente ha muerto en »los brazos de los religiosos Barnabitas, estoy consolado y »me digo á mí mismo: Dios sea bendito por siempre por »haberle acogido en el seno de los bienaventurados, y re- »tirado de una profesion donde hay tantos peligros de per- »derse. Todo lo que Dios hace está bien hecho.....» «Es »como un sueño para mí, escribe á otro pariente (4), »cuando pienso que este pobre hermano ha muerto ape- »nas llegó á Turin; en medio de las angustias que esta »desgracia me causa esclamo: ¡Cuando Dios lo ha querido, »sin duda es lo mejor; que su nombre sea bendito, y sus »decretos adorados por siempre!»

Pero habia aún otro motivo de afliccion para el cora- zon del santo Obispo, y era el dolor profundo que iban á esperimentar la Madre de Chantal y la Baronesa de Thorens cuando supieran esta lamentable noticia. Creyó deber ir él mismo á anunciársela, y lo hizo dos horas solo despues de haberlo sabido, temiendo ser precedido por alguna len- gua indiscreta. Para llenar esta piadosa mision, empezó por recordar á la baronesa el piadoso designio que ella y su marido habian concebido de entrar en religion cuando el uno ó el otro muriese, y añadió luego con una voz en-

(1) Salm. LXXI.
(2) Rom. XI, 33.
(3) Carta CCCLXXX.
(4) Carta CCCLXXXII.

trecortada por los sollozos y las lágrimas: «Lo que no era »mas que una simple proposicion cuando la partida de »vuestro esposo, es ahora un firme propósito. El ha encon- »trado lo que su corazon desea; solo depende de vos ahora »ejecutar vuestro piadoso designio.—¡Ay, padre mio, pa- »dre mio! esclamó á estas palabras la Baronesa, os com- »prendo, mi marido ha muerto! y cayó desmayada. Luego, »volviendo en sí: ¡Oh, Dios mio, dijo, ahora soy toda para »vos solo!» Habiendo entonces la Madre de Chantal acu- »dido al ruido: «¡Ah, madre mia, esclamó la Baronesa así »que la vió, Monseñor acaba de decirme que el señor de »Thorens ha muerto.»

Al oir esta noticia, la madre cae tambien desmayada. Puede juzgarse de la angustia del santo Obispo en presen- cia de dos personas tan amadas, abismadas en el dolor hasta el punto de perder el conocimiento. Cuando le hu- bieron recobrado, les habló de la resignacion cristiana con tanta fortaleza y uncion, que enjugó por algun tiempo sus lágrimas; pero bien pronto la naturaleza volvió á sobrepo- nerse, especialmente en la jóven Baronesa. En adelante no se consideró mas que como la viuda desolada que describe San Pablo, cuya única ocupacion es gemir, llorar y orar. Su conversacion, antes tan graciosa y alegre, se convirtió en un triste silencio; una palidez mortal cubrió su rostro; y en medio de su dolor, tan pronto esclamaba: «¡Oh, mi »querido esposo, dulzura de mi vida, tú no existes; ya no »podré ni verte ni oirte, ni decirte mis penas, ni conso- »larte en las tuyas!» Otras veces, levantando al cielo sus trémulas manos con sus ojos anegados en lágrimas: «Señor, »decia, ahora puedo serviros sin division; solo estoy unida »al mundo por esta pequeña criatura que habeis formado »en mi seno; dadle el nacimiento y el bautismo, y luego »disponed de la madre y del hijo segun vuestra voluntad.»

Este espectáculo afligia profundamente al santo Obis- po, y sin embargo esto no era mas que el principio de sus angustias. A pesar de los esfuerzos que hizo la Baronesa para vencer su dolor, fué vencida por él, y cinco meses

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas tarde fué sorprendida por un parto prematuro acompañado de un largo desmayo, durante el cual el niño fué bautizado y murió una hora despues. Vuelta á su conocimiento pidió que le mostraran aquel querido niño, pero no pudieron presentarle mas que un cadáver. Le tomó en sus brazos, le cubrió con sus besos y sus lágrimas, y fué atacada de una convulsion; bien pronto los dolores se hicieron mas intensos, y los médicos no dieron esperanzas. Francisco, informado del accidente, corre á la habitacion, y no encuentra allí mas que turbacion, confusion y aflicion. La moribunda le descubre, y «Padre mio, esclama, »es preciso morir.—Lo sé, querida hija, le contesta, ¿es de »mí de quien quereis hablar?—No ciertamente, debeis vi»vir para la gloria de Dios y la salvacion de las almas; yo »voy á morir: he hecho á Dios el sacrificio de mi vida, y »solo pido morir en su amor.» El Obispo entonces le propuso recibir los últimos Sacramentos, lo que hizo con el fervor de un ángel; luego, en toda la plenitud de su razon, hizo su testamento, instituyendo al Obispo de Ginebra heredero universal de los bienes que provenian del Baron de Thorens, y dividiendo su dote entre la Visitacion y sus dos hermanos. Arreglados así sus negocios temporales: «Padre »mio, dijo, solo me resta un deseo, el de morir religiosa de »la Visitacion.» El santo Obispo accedió á ello, recibiéndola primero como novicia, y dándola luego la profesion en presencia de toda la comunidad. Contenta entonces y sin mas deseo que el cielo, no vivió ya para la tierra. Desde este momento hasta su último suspiro, no se habló mas que de cosas santas, pronunciándose palabras abrasadas en el fuego del amor divino y aspiraciones fervorosas, tanto de parte del santo Obispo que la exhortaba, como por parte de la moribunda, que esperaba con alegría su salida de este mundo. Por fin murió con la muerte de los santos, pronunciando con trasportes de amor los nombres de Jesus y de María (1).

(1) Memorias de Dané, por M. Camus.

Francisco hizo un esfuerzo sobre sí mismo para cumplir con sus últimos deberes para con la querida difunta; y llenados estos, mandó que le tuvieran preparados los caballos para ponerse en camino.

Sus criados creyeron primero que queria ir á su castillo de Sales, que solo distaba de allí doce kilómetros; y cuando supieron que partia para Belley, no pudieron menos de manifestarle su admiracion de que dejara sola en una afliccion tan grande á la Señora de Chantal. «¡Ah! »haceis agravio á mi corazon considerándola mas afligida »que yo; yo conozco la fortaleza de su alma y la debilidad »de la mia; ¿cómo podré proporcionarle consuelo, necesi»tándolo mas que ella? No os parezca mal que vaya á bus»carlo donde pienso encontrarlo.» Fué pues á Belley á desahogar su alma afligida en el corazon de su amigo, y se consoló contándole la santa vida y la muerte mas santa aún de la Baronesa, á quien pintaba como un ángel mas que como una criatura mortal (1).

Despues de haber reposado algunos dias su dolor en el seno de la amistad, Francisco volvió á Annecy, y dirigió dos cartas al Soberano Pontífice. La primera era relativa á las religiosas de Santa Clara. Estas piadosas hijas, conforme á sus reglas, no poseian nada y no podian vivir mas que de limosna. Pero el pais, exhausto por una guerra de treinta años y por las devastaciones de los herejes, no podia subvenir á su subsistencia, de suerte que se encontraban en una estremada pobreza, que unida á su austeridad y vigilias les ocasionaba enfermedades que minaban su vida. Dirigidas por los hermanos menores, no estaban bajo la jurisdiccion del Obispo; pero bastaba que estuviesen en desgracia para escitar todo su interés. «No »me preocupo de la autoridad, decia, no quiero mas que »el amor y la caridad de las almas. Dios me ha hecho la »gracia de que me agraden todos los que le aman.» Movido de su miseria las visitaba á menudo, les daba muchas li-

(1) Carta CCCXCII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mosnas; escogia tambien su iglesia para conferir las órdenes, con el fin de proporcionarles el ligero beneficio del cirio que debe llevar cada ordenando para la ceremonia. Sin embargo, comprendiendo bien que todo lo que podia hacer por ellas era muy inferior á sus necesidades, escribió al papa Paulo V (1), para rogarle las autorizase á poseer bienes en comun, para que libres de las inquietudes de la estrema pobreza, pudieran servir á Dios con un corazon libre y una santa alegría. Escribió al mismo tiempo al cardenal Belarmino (2), para rogarle apoyara su demanda. Pero estas caritativas tentativas quedaron sin resultado, y las religiosas continuaron sin tener otro recurso que las escasas limosnas de los fieles de Annecy y de los alrededores.

La segunda carta que Francisco escribió á Paulo V fue una respuesta al breve, por el cual este Soberano Pontífice le pedia su dictamen sobre Juvenal Ancina, que habia muerto siendo Obispo de Saluces, á quien se pensaba beatificar. Esta respuesta tiene de notable que el autor, al pintar á su amigo el Obispo de Saluces, se pinta á él mismo, sin pensarlo, rasgo por rasgo. «Admiraba en él, di»ce (3), la union maravillosa de una ciencia profunda con »una humildad mas profunda aún, de la gravedad en su »lenguaje y maneras con una gracia y modestia perfectas, »de la devocion con una cortesía esquisita. Nunca se ha »visto en él la menor muestra de amor propio; y por otra »parte amaba cordialmente á todos los religiosos, eclesiás»ticos y seglares, sin tener prevencion con nadie. No co»nocia las palabras heladas de *mio* y *tuyo*, y no veia en »todas las cosas mas que á Jesucristo y la mayor gloria »de Dios. Su caridad en socorrer al prójimo solo se podia »igualar con su prudencia para dirigir las buenas obras y »su sabiduría para ejecutarlas. En la silla episcopal, su

(1) Carta CCCXCII.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales.* p. II, s. XXXII.
(3) Carta CDI.

»virtud ha brillado mas aún, y ha hecho de él una lám»para ardiente y brillante, que colocada sobre el candele»ro ha iluminado á todos los que estan en la casa de »Dios. No se puede decir el amor y veneracion que le »tenia su pueblo, pues hasta tal punto le cautivaban to»dos los corazones, tanto su noble afabilidad como su ad»mirable bondad.»

Por este tiempo la ciudad de Grenoble, ávida de oir por segunda vez la poderosa palabra que tanto le habia edificado, invitó al santo Obispo para el Adviento próximo con la Cuaresma del año siguiente: y esta súplica estaba acompañada del permiso del Duque de Saboya, que el Mariscal de Lesdiguieres, al volver de sus brillantes acciones en la guerra del Piamonte, habia obtenido fácilmente del príncipe. Dos razones hubieran podido hacer dudar á cualquier otro para aceptar esta proposicion: en primer lugar, algunos consideraban como una imprudencia ir á predicar durante dos años seguidos las misiones de Adviento y de la Cuaresma en una ciudad como Grenoble, y decian que iba necesariamente á incurrir en repeticiones, y á esponerse con ellas á las burlas de los herejes. En segundo lugar, la Madre Chantal estaba atacada de una nueva enfermedad que ponia sus dias en peligro; y ¿cómo dejarla en este estado? Pero ni una ni otra de estas consideraciones pudieron detener al hombre de Dios. Contestó á la primera: «Los que me acusan de imprudencia »tienen alguna razon; conozco que son hombres porque »razonan humanamente. Si quisiera predicarme á mí mis»mo, tendria motivo de temer; pero no queriendo predicar »mas que á Jesus y su gloria, espero hacer ver á todo el »mundo que nuestro Dios es un tesoro inagotable.» (1) Contestó igualmente á la segunda objecion, que el bien público debia ser preferido al privado, la gloria de Dios á todas las afecciones del corazon; partió, aunque no sin grandes

(1) Carta CDI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

inquietudes. Estas ansiedades le acompañaron los primeros dias de su mision. «Estoy con cuidado por nuestra Ma»dre que dejé en peligro hace diez ó doce dias, escribia el 4 »de diciembre (1). Considerad si habiendo estado desde la »víspera de San Andrés sin tener noticias suyas, estaré »con inquietud.»

En fin, habiendo sabido el 8 de diciembre, dia de la Purísima Concepcion de la Santísima Virgen, que la enferma entraba en el período de convalecencia, le manifestó su alegría con estas risueñas palabras que le escribió (2). «He ido tan alegre como un pajarito á mi púlpito, »donde he cantado las alabanzas de este gran Dios que ha »rescatado mi vida de la muerte, y me coronará en su mi»sericordia, mas alegremente que de costumbre. ¡Dios sea »bendito para siempre, que nos consuela en su miseri»cordia!»

Libre de esta cruel inquietud, se entregó enteramente á los trabajos de su mision, y obtuvo los mismos resultados que el año precedente. Los ministros calvinistas, celosos del bien que hacia, procuraban cojerle en alguna falta, bien fuera en su doctrina ó en su conducta; mas no encontraron nada censurable. Entonces recurrieron á las injurias y al desprecio, pero el santo Obispo respondió á ellos, segun los consejos evangélicos, volviendo bien por mal, bendiciones por maldiciones; y terminó así felizmente su mision, despues de lo cual partió prontamente para Annecy.

Llegado á esta ciudad, escribió dos cartas al rey de Francia, la primera para rogarle reemplazara con oficiales católicos á los herejes que mandaban el pais de Gex; y como los buenos ejemplos tienen mas fuerza que los buenos discursos para ganar á los herejes, añadia á esta peticion autorizase para restablecer allí á los religiosos reformados, sobre todo á los Padres del oratorio, «que son, dice,

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 27 de febrero.
(2) Carta CDIII.

»buenos para toda clase de servicios espirituales, y pueden »mas facilmente tener relaciones con los herejes.»

Su segunda carta fue relativa á los Carmelitas. Estos religiosos habian pedido á Luis XIII volver á tomar posesion de su antiguo convento, situado en Gex, del cual quedaban aún algunos restos y algunos bienes. El rey, antes de contestar, consultó al Obispo de Ginebra, que aprobó este restablecimiento aunque con ciertas condiciones (1).

En medio de estas solicitudes, su alma, que habia sido probada ya tan cruelmente poco antes con la muerte del baron y la de la baronesa de Thorens, recibió á la vez dos golpes de los mas fuertes que pueden herir un corazon sensible. Perdió á dos de sus mas íntimos amigos; el primero era D. Simpliciano, director del colegio de Annecy, que unia á una piedad eminente una ciencia profunda; respetado y amado de los alumnos, venerado de toda la ciudad como un santo notable en el púlpito por su modo de instruir, asíduo en el confesonario, donde gozaba de la confianza general, parecia un ángel en el altar y vivia con una vida tan mortificada, que le hizo sucumbir prematuramente. El segundo fué el señor de Coex, llamado el señor de Sainte-Chaterine, para distinguirle de su hermano el prior de Talloires, canónigo de la catedral, gran penitenciario, eclesiástico perfecto, de una piedad sincera y bien entendida, el cual era en particular para Francisco mas que un amigo; era su confesor, su ojo y su brazo derecho por la ciencia y el celo, y el piadoso Obispo le profesaba todo el interés que la caridad y el reconocimiento ponen en el corazon de los santos.

Así que le vió enfermo, oró con toda su alma por una vida á la que estaban unidos tan grandes intereses. Pero Dios, en vez de escuchar su ruego, le reveló que la sentencia de muerte estaba dada sin apelacion é iba á ejecutarse (2). Entonces, armándose de toda su resignacion para

(1) Carta CDV.
(2) Carlos Aug., p. 509.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

someterse á la voluntad divina, no pensó mas que en alentar y preparar á este digno amigo para el sacrificio de su vida. Habiendo venido á visitarle, encontró al entrar en su casa al hermano del enfermo, el señor de Coex, prior de Talloires, que se deshacia en lágrimas. «He orado mucho, »le dijo, por la salud de nuestro amado hermano, y Dios »me ha revelado que queria sacarle de este mundo. El Se»ñor es el dueño, debemos someternos: los sufrimientos »que padece ahora le servirán de purgatorio.» Sugirió luego al enfermo los sentimientos piadosos que convenian á su posicion, despues de lo cual se retiró, encargando que le llamaran cuando la muerte estuviese próxima. Llegado á su casa, preguntó á Luis de Sales su hermano lo que pensaban los médicos; y habiéndole contestado que conservaban alguna esperanza de salvarle: «No, dijo, morirá; ten»go algunos motivos para saberlo.» Durante este tiempo el prior de Talloires, llorando siempre á la cabecera de su amado hermano, tuvo el consuelo de recibir de su boca estas bellas palabras, tanto mas notables, cuanto que espresaban el sentimiento de un santo y de un santo moribun»do: «Hermano mio; le dijo, enjugad vuestras lágrimas y no »os aflijais tanto por mi muerte; os he recomendado á Mon»señor, quien me ha ofrecido ser para vos un hermano; »guardaos bien de emprender nada sin su consejo: es un »gran santo, un Juan Bautista en pureza, un Borromeo en »humildad; soy feliz en decíroslo en el momento de dejar »este mundo para ir al cielo; no debia llevar este secreto »al sepulcro.» (1) Poco despues, agravándose el mal, llamaron á Francisco como deseaba, el cual estaba tomando entonces su desayuno, é interrumpiéndolo corrió al lado del enfermo. «Valor, hermano mio, le dice, morimos, pero »morimos bien; decid de lo mas íntimo de vuestro cora»zon: ¡Viva Jesus á quien amo, Jesus en quien espero, »Jesus cuyos méritos y sagrada Pasion forman toda mi »confianza! Ved que la eternidad se acerca, que vais á ver

(1) Juan de San Francisco, p. 368.

»al Señor en la tierra de los vivientes.» A estas palabras el enfermo levanta los ojos al cielo, pronuncia diez ó doce veces: *¡Viva Jesus!* pierde la voz y entra en agonía. El santo Obispo cae entonces de rodillas con todos los asistentes, reza las Letanías con la recomendacion de alma; y como la agonía tenia largo tiempo al enfermo en crueles angustias, sacó de un relicario de plata un pedacito de madera que habia sido mojado en la sangre de San Carlos Borromeo, lo sumió en el agua y le hizo beber algunas gotas de ella despues de haberla bendecido. En el mismo momento las angustias cesaron, la serenidad volvió á aparecer en el rostro del moribundo, y algunos momentos despues se durmió pacíficamente en el Señor (1). Francisco le bendijo por última vez, le cerró los ojos y alivió su dolor con abundantes lágrimas, que este es el modo como aman los santos. El prelado afligido, despues de haber reclamado el rosario del difunto como recuerdo y como reliquia, se consoló depositando su pena en el corazon de la Madre de Chantal. «Dios, que nos le habia dado para su »servicio, le escribe (2), nos le ha quitado para su gloria. »¡Su santo nombre sea bendito! Dios reparará esta pérdi»da y nos proveerá de obreros en lugar de los que le ha »agradado retirar de su viña para hacerlos sentar á su »mesa.»

Del lecho de muerte de su amigo, el santo Obispo fué llamado al lado de un moribundo bien diferente; este era un pecador público que, despues de haber caido en grandes estravíos, viéndose pronto á dar cuenta de una vida tan desordenada al soberano juez, estaba sumido en una horrible desesperacion, rechazando á todos los sacerdotes, y queria morir sin confesion. No bien supo Francisco el estado de este desgraciado, cuando corre á él, le habla con dulzura de las divinas misericordias, le fuerza con sus maneras dulces y bondadosas á decirse á sí mismo:

(1) Dep. de Myncet.
(2) Carta CCCXIV.—Carlos Aug., p. 510.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Si un hombre puede ser tan bueno, ¿qué será Dios?» Y al punto su corazon se abre á la confianza, se alienta su ánimo, pide públicamente perdon de sus faltas, las confiesa con los sentimientos de la mas viva contricion, recibe piadosamente los últimos sacramentos, y muere poco despues en la paz del Señor.

La Cuaresma entonces se aproximaba, y era preciso que el santo Obispo se dirigiera á Grenoble, para predicar en esta ciudad la segunda mision como habia prometido. Todo Grenoble acudió con nuevo ardor á oirle, y le escuchó con una admiracion siempre creciente.

Se conocia que el espíritu de Dios hablaba por su boca, y sus discursos eran menos un esfuerzo del espíritu humano que una de esas producciones del alma purificada por la piedad, que instruyen y que mueven, que ilustran y abrasan. Así era que producia frutos admirables. Los pecadores se convirtieron, los justos se hicieron mejores, y la piedad se aumentó en toda la ciudad. El Mariscal de Lesdiguieres asistió á escucharle en público, y despues de hablarle en particular se afirmó en la disposicion de abrazar la religion católica, lo que hizo en efecto cuando fué condestable. En fin, todo el mundo, juzgando de la santidad de las hijas por la del padre, quiso tener en la ciudad un monasterio de la Visitacion. Consintió en ello, y envió á la Madre Chantal con algunas otras religiosas para hacer esta fundacion. Llegó esta la víspera del domingo de Ramos, encontró la casa provisional que se habia alquilado provista de todo lo necesario, y al dia siguiente se hizo con gran pompa la ceremonia del establecimiento de la nueva comunidad.

El Lunes Santo eligió en union con el Obispo, para edificar definitivamente el monasterio, un lugar elevado y de difícil acceso en medio de las rocas, por ofrecer á la vez un aire mas puro, la ventaja de comprarlo á menos precio, y mayor facilidad á sus religiosas para hacer una vida solitaria y separada del mundo; recibió luego algunas novicias, y despues de haber organizado esta comunidad

naciente, regresó á Annecy. En cuanto al santo Obispo, deseó, antes de volver, visitar la gran Cartuja que solo está á doce kilómetros de Grenoble (1).

Don Bruno Affunges, este ilustre General de la orden, de que hemos tenido ya ocasion de hablar, le hizo una acogida digna de su piedad, conduciéndole á la cámara de huéspedes mas decente; y despues de haberse entretenido con él en santos discursos, le rogó le escusara si no podia acompañarle mas tiempo, porque debia disponerse para asistir á Maitines.

El Obispo quedó muy edificado de esta exactitud, pero cuando este santo religioso se retiraba encontró al provisor de la casa, que le preguntó donde habia dejado á monseñor de Ginebra: «Le he dejado en su cuarto, dijo, »para ir á mi celda á disponerme para los Maitines.—Ver»daderamente, le dijo el religioso, entendeis muy mal las »ceremonias; siempre tendreis bastante tiempo para can»tar las alabanzas de Dios; los Maitines no os faltarán »otras veces, y no tenemos con frecuencia en este desierto »prelados de tanto mérito como el Obispo de Ginebra. ¡Qué »vergüenza para la casa que le hayais dejado así solo!— »Hijo mio, contestó el General, creo que teneis razon, y »que he hecho mal.» Y al instante, volviendo á ver al santo Obispo, le dijo con un candor y una ingenuidad admirables: «Monseñor, he encontrado al retirarme á uno de »nuestros padres, que me ha dicho he cometido una falta »en dejaros solo; le he creido, y me he vuelto en seguida »para pediros perdon, rogándoos escuseis mi necedad, por»que os aseguro que *ignarus feci*, no habia comprendido »la falta que cometia.»

Francisco, admirando tanto candor mas que si hubiese visto un milagro, se detuvo algunos dias en este santo asilo de la perfeccion religiosa, estudiando sus virtudes y reglas, y volvió á Annecy embalsamado con el perfume de piedad que se respiraba en este santo lugar.

---

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. III, sec. XXXII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VI.

Francisco se deja retratar.—Su carta á Lessius.—Va á París para acompañar al príncipe del Piamonte.—Vive allí de una manera apostólica y hace un gran número de conversiones.

—

(Años 1618 y 1619.)

Varias veces se habia pedido á Francisco de Sales que consintiese en dejarse retratar, y nunca su humildad quiso prestarse á ello. Un pintor mas hábil encontró un medio de triunfar de sus repugnancias. «Monseñor, le dijo, sois »causa de que se ofenda mucho á Dios.—¿Cómo es eso? dijo el santo.—Rehusando dejaros retratar, sois causa de »que muchos cometan pecados de murmuracion.—Si eso »es así, dijo el santo prelado, consiento en que se saque la »imagen de este hombre de tierra, con tal que pidan á »Dios que forme en mí la imágen del Padre Celestial.» Se convino pues en una sesion, pero muy corta; de donde resultó que el artista no pudo por falta de tiempo, tomar sino muy imperfectamente el parecido. Este, sin embargo, sacó varias copias del retrato y vendió algunas, pero en corto número, por no encontrarlo parecido al original. Afligido por su poco éxito, y siendo él mismo el primero que conocia la imperfeccion de su obra, fue á buscar al santo Obispo: «Monseñor, le dijo, vengo á rogaros en nombre de »la caridad y de la verdad, que concedais una nueva se»sion: en nombre de la caridad, porque esto será ponerme el »pan en la boca, en nombre de la verdad, porque los compra»dores me hacen jurar que el retrato está hecho sacado del »natural, y esta es, monseñor, mentira que vos solo podeis »hacer cesar, porque os amo tanto, que cuando no os vea os »hago siempre mejor de lo que sois.—No sé, contestó Fran»cisco sonriendo, si vuestra razon es mas ingeniosa que in»génua; pero sea lo que quiera, no se ha de decir por esta »vez que soy obstinado.» En seguida se sentó, y estuvo sin moverse durante dos horas. «¡Oh, monseñor! dijo el

pintor al acabar, ¡qué gran limosna me habeis hecho! «Y »vos, contestó Francisco, me habeis causado una gran »mortificacion. Pero os perdono, con la condicion de que »no volvais á insistir mas.» (1)

Algun tiempo despues, informado de que el santo prelado se habia dejado retratar, uno de sus amigos se apresuró á pedírselo. «Ahí teneis, le escribe enviándoselo (2), »ahí teneis la imagen de este hombre de tierra, para que »veais que no puedo negar nada á vuestros deseos. Me di»cen que nunca me retratan bien, y pienso que eso im»porte poco; lo he comprado para dároslo, porque no lo »tengo. ¡Ah! si el de mi Criador estuviese en todo su »brillo en mi espíritu, con cuánto gusto lo veríais! *Oh! »Jesu, tuo lumine, tuo redemptos sanguine, sana, refove, »perfice, tibi conformes effice. Amen* (3).»

Así se prestaba Francisco á los deseos del prójimo: este hombre tan bueno no podia rehusar nada de lo que podia conceder sin herir la virtud, y siempre accedia á la primera peticion. Un dia que habia oficiado y predicado en los Franciscanos de Annecy para celebrar la fiesta de San Buenaventura, los Capuchinos, que celebraban tambien esta fiesta, fueron á las cinco á quejarse á él de que habiendo dedicado todo el dia á los Franciscos, no habia honrado su iglesia con su presencia. «Teneis razon, les »contestó, pero aún es tiempo,» y al punto, tomando su roquete y su muceta, fué á dar la bendicion con el Santísimo Sacramento, y á predicar á la iglesia de estos buenos Padres. Cuando despues de la ceremonia le pidieron perdon por el aumento de trabajo que le habian causado, «Soy, les contestó, de la orden de San Francisco sin dis»tincion de los diferentes miembros de su familia, y estoy »unido á ella por un doble lazo, el del bautismo, donde

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 15 de junio.

(2) Carta DCXXV.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVIII, sec. XXXII.

(3) Es decir, ¡O Jesus! con una de vuestras miradas curad, calentad, santificad, haced semejantes á vos á los que habeis rescatado con vuestra sangre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»recibí el nombre de Francisco Buenaventura, y el de mi »hermandad con vuestra santa orden.» (1)

Amigo de todas las corporaciones religiosas, Francisco recibió al mismo tiempo con alegría una carta de un célebre Jesuita, el Padre Leonardo Lessius (2), el que le espresa su tierna veneracion y su afecto sin límites. No tardó en contestar con una carta en latin que se ha hecho célebre. Como el autor declara en ella que participa de la opinion de los Jesuitas sobre la predestinacion y la gracia, los teólogos de la opinion opuesta, viendo con pena en el campo de sus adversarios una autoridad tan respetable, han querido por mucho tiempo negar la autenticidad de esta carta; pero hoy que ya el hecho está demostrado, no nos detendremos á repetir las pruebas que interesarian poco al lector, y nos limitaremos á la traduccion del testo. «Desde hace largo tiempo, dice el obispo á Lessius (3), me »siento penetrado de estimacion y afecto hácia vos, no »solo porque honro todo lo que procede de la Compañía, »sino tambien porque conozco y he podido apreciar por mí »mismo la eminencia de vuestro mérito. He leido vuestro »utilísimo tratado de la *Justicia y el Derecho*, donde re»solveis las cuestiones de una manera superior á vuestros »antecesores; he leido vuestra bella obra sobre la *eleccion »de la verdadera religion*, en la que parece no habeis he»cho mas que prestar vuestra mano al ángel del gran »consejo que os inspiraba; he leido vuestro tratado de la

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 14 de julio.

(2) Lessius, profesor de Teología en Lovayna, durante veinte años, de 1585 á 1605 sostuvo proposiciones públicas opuestas á los sentimientos de los tomistas. Las universidades de Lovayna y de Douai censuraron treinta y cuatro de ellas, pero la Santa Sede rompió la censura y declaró sana la doctrina del autor. Este religioso, eminente sábio en Teología, en Derecho, en Matemáticas, en Medicina y en Historia, como lo prueban sus numerosos escritos, no era menos notable por su santidad, como lo demuestran las informaciones tomadas despues de su muerte sobre su vida y virtudes á fin de beatificarle, y cuyo manuscrito se conserva en la biblioteca del arzobispado de Malinas.

(3) Carta CDXXXVI.

»predestinacion, donde enseñais que Dios no predestina á »los hombres para la gloria sino con relacion á sus mé»ritos; en cuya doctrina me ha sido muy agradable en»contraros de mi opinion, habiéndome parecido siempre »la mas conforme á la misericordia y á la gracia de Dios, »la mas verdadera y capaz de encender en nuestros cora»zones el fuego del amor divino, como lo he insinuado en »mi librito del *Amor de Dios* (1). Prevenido así en vuestro »favor, he tenido un placer singular en saber que sentís »hácia mí una amistad recíproca; y para afirmarme en »ella, haré con empeño todo lo que pueda seros agra»dable.»

Hacía mucho tiempo que los feligreses de *Saint-André-des-Arts*, en París, instaban al Obispo de Ginebra á que fuera á predicar en su iglesia las misiones del Adviento y la Cuaresma, y el santo prelado, que amaba tanto á la Francia, deseaba vivamente rendirse á esta invitacion; pero siempre el Duque de Saboya ponia obstáculos, no queriendo que se alejase de sus estados un prelado cuyos servicios eran tan preciosos para el país. Por fin la Providencia le ofreció la ocasion de satisfacer á los que deseaban tanto oirle.

Habiendo su Alteza proyectado casar al Príncipe del Piamonte, su hijo, con Cristina de Francia, hermana del Rey é hija de Enrique IV, y resolviendo enviar para arreglar este negocio al príncipe Cardenal de Saboya, fué preciso disponer á este último un brillante acompañamiento de los personajes de mas importancia en sus estados. Entre estos figuraba en primera línea el Obispo de Ginebra, obedeciendo el Duque de Saboya á la opinion pública al nombrarle para formar parte de esta embajada.

El Obispo se puso en camino para París con toda la comitiva del príncipe Cardenal. Nada tan edificante como la historia de este viaje, referida por uno de los señores que formaban parte de ella. «No nos hablaba, dice, sino

(1) Lib. II, cap. XII; y lib. IV, cap. VII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»de cosas santas y prácticas de virtud, pero de una ma-»nera tan deliciosa, que interesaba á todos y á nadie pro-»ducia disgusto. Me acuerdo de que nos decia entre otras »cosas que, aunque la virtud se presenta bajo una forma »austera en los anacoretas, debe manifestarse bajo un as-»pecto dulce y amable en las cortes de los Príncipes; que »nadie está mas obligado á ser virtuosos que los gran-»des, puesto que nuestro Señor ha querido nacer de san-»gre real; que se debe ser humilde á proporcion de la ele-»vacion en que se está; que la magnanimidad es muy di-»ferente de la vanidad, y la humildad de la pusilanimidad; »que no hay nada tan magnánimo como la humildad, y »nada tan cobarde é indigno de un gran corazon como la »vanidad y el orgullo, como lo atestiguan tantos piadosos »personajes que han sido á la vez muy humildes y muy »magnánimos. Luego nos hablaba de la gloria de los san-»tos, de la felicidad eterna, de la ceguedad de los hom-»bres, que inclinándose á los bienes perecederos descuidan »los eternos, dignos únicamente de un alma inmortal; nos »representaba la felicidad que hay en tener en Dios un »padre digno de toda nuestra confianza filial como de todo »nuestro amor. Antes morir, decia, que amar otra cosa »fuera de Dios: antes perderlo todo que perder la esperan-»za de amarle eternamente: desarrollando estas bellas ver-»dades de una manera tan agradable, que se tenia un pla-»cer indecible en oirle.»

Llegado á París fue á parar á la calle de Tournon, al palacio del Mariscal de Ancre (1), con el primer Presiden te Favre; y desde la mañana siguiente acudieron á invitarle para predicar el 11 de noviembre, fiesta de San Martin, en la iglesia de los sacerdotes del Oratorio. Segun su costumbre accedió á la invitacion que le hicieron: al saberlo todo París se conmovió; el Rey y las dos Reinas, varios Obispos y los sabios de la capital, todas las clases de la sociedad quisieron oir á un predicador de tanta fama; y el dia del sermon la concurrencia en la iglesia fué tan grande, que habiendo llegado el orador despues que todos, no pudo entrar sino por la ventana con auxilio de una escala que le pusieron. Todos en esta circunstancia solemne esperaban un discurso digno de tan grande auditorio, digno sobre todo del elevado genio que habia producido la *Introduccion á la vida devota y al Tratado del amor de Dios;* pero el santo Obispo, en vez de escuchar las inspiraciones del amor propio, que se hubiese alegrado de manifestarse en esta brillante ocasion, pensó que valía mas humillarse en el teatro mas grande del mundo, y se limitó á referir sencillamente la vida de San Martin. Mientras hablabla oia algunas personas que decian en voz baja: «¡Qué vulgarmente habla este montañés! No valia la pena »de venir de tan lejos para decirnos lo que ha dicho y »ejercitar así la paciencia de todos.»

Al oir estas críticas, el humilde prelado se alegraba de ser despreciado de los hombres, contento solo de agradar á Dios. El mundo censuró este discurso; y el santo Obispo contestó por toda justificacion, que no se podia esperar de un arbol de la montaña otra cosa que frutos salvajes. Confió lo ocurrido á San Vicente de Paul, y este hombre de Dios, juzgando de un modo muy diferente del mundo, quedó edificado. «Ved, dijo á sus hermanos ci-»tándoles este rasgo de humildad, ved cómo los santos re-»primen la naturaleza que ama el brillo y la ostentacion. »Ved cómo debemos obrar nosotros, prefiriendo los em-»pleos bajos á los elevados, la abyeccion á lo que pudie-»ra causarnos mas honor.»

Si el primer sermon tuvo escaso éxito, el predicador suplió esto con la santidad de su vida y sus ejemplos: habia en su persona y en todas sus maneras una cierta

---

(1) Este palacio es hoy el num. 10 de la calle de Tournon. Despues de la desgracia del Mariscal d'Ancre, tomó el nombre de palacio de los Embajadores estraordinarios, porque se dedicó á este destino. Cedido luego al Duque del Nivernais, fué reedificado por él en el estado en que se halla hoy. Declarado propiedad nacional en 1790, fué dedicado al servicio de la guardia municipal, de la cual es aún cuartel. Véase *el plano de París* en 1652, por Jacobo Gonvoure, y el *plano de la circunscripcion de la parroquia de San Sulpicio* en 1690.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

majestad que revelaba á un hombre celestial, y hacia decir, que si se queria tener una idea de Jesucristo conversando en la tierra, no habia mas que ver al obispo de Ginebra, su mansedumbre, su prudencia, su humildad y todas sus virtudes. Cuando iba por las calles se le miraba con veneracion, se consideraban felices los que podian tocar sus vestidos, como si saliese de ellos alguna virtud divina, y se veneraba como reliquia todo lo que pertenecia á su uso, hasta sus cabellos, que se procuraban por medio del que le hacia la tonsura (1). Así, cuando apareció de nuevo en el púlpito para predicar el Adviento en San Andrés de las Artes, la concurrencia fue tan numerosa que los cardenales, obispos y príncipes apenas encontraban sitio, y cuanto mas predicó mas deseo se manifestó de oirle. «Nunca, decian, han predicado los apóstoles »mas santa y apostólicamente.»

En cuanto á él no podia comprender este entusiasmo que habia por sus sermones. «No os admireis, decia á uno »de sus amigos, de ver venir á oirme á estos buenos pari»sienses, á mí, que tengo un lenguaje ordinario, unos con»ceptos tan comunes, y que pronuncio unos sermones tan »vulgares.—¿Pensais, le contestó este digno amigo, que »son las hermosas palabras las que buscan en vos? Les »basta veros en el púlpito; vuestro corazon habla por »vuestra boca y ojos; aunque no os vieran mas que pro»nunciar una corta oracion, quedarian contentos. En vos »las palabras vulgares, encendidas en el fuego de la cari»dad, penetran los corazones y los enternecen. Hay en »vuestros discursos un no sé qué de estraordinario que »impresiona. Otro diria tres veces mas que vos y no se le »haria caso. Teneis una cierta retórica de Annecy, ó mas »bien del Paraiso, que produce efectos admirables.» (2)

Este grande aplauso fue creciendo durante la mision, y terminada, los feligreses de San Andrés, no sabiendo

(1) Carlos Aug., p. 522 y 523.
(2) El P. Binet en su obra: *¿Cuál es el mejor gobierno, el dulce ó el severo?*

cómo espresarle su reconocimiento, quisieron hacerle presente de un servicio magnífico de una vajilla de plata; pero con gran sentimiento suyo no pudieron hacérselo aceptar. Terminada la mision, los sermones del hombre de Dios no se interrumpieron, pues le invitaban á predicar en todas partes, y siempre recibian de él una bondadosa respuesta. Un dia uno de los suyos, oyéndole prometer un sermon para un dia de fiesta, le hizo notar que se habia comprometido ya para ese dia en otra iglesia. «Dejadme ha»cer, contestó, Dios nos hará la gracia de multiplicar »nuestro pan, pues es rico en misericordia sobre los que »le invocan.—Pero vuestra salud se resentirá, le repli»caron.—Si Dios fortifica el espíritu para darle qué de»cir, no descuidará al cuerpo por quien se distribuye su »palabra. Y además, ¿no somos por estado la luz del mun»do? Es mal hecho quejarse de que una antorcha se con»suma ilustrando á los otros.—Pero Dios, le decian, no »prohibe se tenga cuidado de su salud.—No; pero pro»hibe desconfiar de su bondad, y si me pidieran un tercer »sermon para el mismo dia, menos trabajo me costaria »aceptar que rehusar. ¿No se debe consumir el cuerpo y el »alma por este amado prójimo que Nuestro Señor ha ama»do hasta morir de amor por él?» (1) Siguiendo este principio, le sucedió prometer hasta tres y cuatro sermones para un mismo dia, y sus amigos se lo desaprobaron como una indiscrecion. «Qué ¿quereis, les dijo, tengo un corazon que »no sabe rehusar nada? Menos me cuesta un sermon que »decir que no (2). Si viera las cosas como vos, necesitaria »un Vicario para rehusar, porque nunca tendria valor »para hacerlo por mí mismo. La palabra que anuncio me »enseña que debemos darnos á los que nos piden, y que la »verdadera caridad no mira sus propios intereses, sino los »de la Iglesia de Dios y del prójimo. ¿Qué es lo poco que

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XIV, sec. XXX.—*Año Santo de la Visitacion*, 9 de julio.
(2) *Vida del Santo*, por la Madre Chaugy.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»hacemos comparado con los sentimientos de Moisés y »San Pablo, cuando deseaban el uno ser borrado del libro »de la vida, y el otro anatema por sus hermanos?» (1) El dia de Reyes predicó en la iglesia de San Maturino sobre la belleza de la Iglesia naciente. Presentó por un lado, en el misterio de la fiesta un misterio de vocacion y de ofrenda, de luz y de amor; por el otro, cada Comunion como una nueva Epifanía, porque despues de haber recibido á Jesucristo debemos rendirle homenaje como á nuestro rey, y renovarle el juramento de nuestra fidelidad (2).

Ocho dias despues, predicando en la iglesia de Santa Magdalena, tomó por testo estas palabras: «Jesus ha sido »obediente hasta la muerte de cruz.» Un hereje que se hallaba presente fue á decirle con un aire magistral, que el testo de su discurso no era oportuno. «Señor, contestó »sonriendo, este testo era muy oportuno para vos, porque »desobedeceis á la Iglesia.» Movido el calvinista con esta respuesta, se hizo instruir y abjuró sus errores.

El 17 de enero pronunció el panegírico de San Antonio, demostrando sensiblemente qué poca escusa tendremos si no nos salvamos, nosotros que vivimos entre cristianos y con tantos medios de salvacion, cuando aquel patriarca de la soledad pudo hacerse un santo entre legiones de demonios encarnizados que peleaban por su perdicion.

El 20 de enero predicó el panegírico de San Sebastian; y en él, hablando de la inscripcion fijada por orden del emperador sobre el pecho del glorioso martir para hacer ver que era cristiano, demostró que todos deberíamos llevar el nombre de Jesus grabado en nuestros corazones, y como impreso en nuestras acciones y palabras por un modo de obrar y hablar que nos diera á conocer por discípulos del gran modelo de los escogidos.

Habiendo llegado la Cuaresma, volvió á emprender los sermones de la mision en *Saint-André-des-Arts*; despues

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. XXXIV.
(2) *Año Santo de la Visitacion*, 6 de enero.

de la Cuaresma aun continuó predicando en todas partes donde le invitaron, hasta el punto de que, habiendo tenido algunas personas la curiosidad de contar el número de sus sermones, se afirmó á su partida que, durante el año que habia pasado en París, habia subido al púlpito trescientas sesenta y cinco veces, sin cansar nunca á su auditorio (1), sino, por el contrario, manifestándose todos, cuanto mas predicaba, mas ávidos de oirle. La multitud le seguia por todas partes donde debia hablar, apiñándose para no perder ninguno de sus discursos, de tal suerte que habiéndole rogado pronunciase en la iglesia profesa de los Jesuitas el panegírico de San Luis, se vió obligado, por la afluencia del pueblo, á pasar por una de las ventanas del coro para llegar al púlpito (2), como habia hecho algunos meses antes el dia de San Martin.

En estas multiplicadas instrucciones, el santo predicador no descuidaba la elocuencia; se ocupaba mucho mas aún de dar á sus oyentes una doctrina clara y sólida, olvidándose de sí mismo y pensando solo en la conversion de las almas. Lleno de dulzura siempre, parecía, cuando se trataba de este asunto, lleno tambien de celo; animándose con un odio santo contra el mundo y sus pasiones, llamando á los pecadores á la virtud, recomendando á los justos la práctica de los consejos evangélicos, y sobre todo la Comunion y la devocion al Santísimo Sacramento, al que llamaba la fuente de todas las gracias, el arsenal de donde debemos tomar las armas ofensivas y defensivas para combatir á los enemigos de la salvacion (3).

Cuando el santo Obispo no estaba en el púlpito, se ocupaba de la oracion ó en santas obras; confesaba á todas las personas qne deseaban abrirle su corazon; oficiaba de pontifical ó iba á decir Misa á todas partes donde le invitaban; y así que se sabia dónde iba acudian en gran núme-

(1) Carlos Aug., p. 522.
(2) Idem, p. 524.
(3) Dep. del Señor de Charmoisy.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ro para consultarle sobre los negocios mas difíciles, sobre casos de conciencia que producen perplejidad, y sobre el mejor camino de perfeccion que se deseaba encontrar. Una vida tan bien empleada edificaba á toda la capital, ganaba todos los corazones para Dios, y hacia numerosas conversiones, aun entre aquellos que no podian oirle.

Habiendo caido gravemente enfermo en París el gobernador de la Fère, en Picardía, calvinista obstinado, consintió, por las instancias de sus amigos católicos, en conferenciar sobre la religion con un prelado de tan alta reputacion en ciencia y en virtud (1). Informado el santo Obispo, se apresura á ir á ver al enfermo, y acogido por él al principio con palabras bruscas, correspondió con acciones y palabras llenas de dulzura, y abordó poco á poco la doctrina católica con aquella habilidad que le era propia. El enfermo le escuchó todo con grande atencion y sin ninguna señal de disgusto. «Monseñor, dijo luego, no estoy »en estado de discutir, pero volved dentro de ocho dias, »conferenciaré sobre lo que acabo de oir con el ministro »Dumoulins, le haré que se vea con vos, y aquí los dos dis»cutireis estas materias en mi presencia.» Esta respuesta llenó de gozó el corazon del santo prelado, y prometió no faltar á la cita. El enfermo llamó al punto al ministro, le refirió la doctrina y las razones del Obispo, y le rogó aceptase la discusion en su presencia. El ministro rehusó; el enfermo insistió diciéndole que respondería por su alma en el dia del juicio, pero las instancias fueron inútiles, pues Dumoulins no queria medirse con el Obispo de Ginebra. Al cabo de ocho dias volvió este como habia ofrecido (2). «¡Ah, señor, le dijo el enfermo llorando, qué feliz soy en »volveros á ver! Ya hace cincuenta años que los ministros »me estan engañando; si Dumoulins hubiera juzgado bue»na su causa, no hubiera rehusado sostenerla delante de »vos. Esta negativa me ha abierto los ojos; estoy pronto

(1) Carlos Aug., p. 519.
(2) *Año Santo de la Visitacion*, 15 de febrero.

»á abjurar el calvinismo, que su ministro no sabe soste»ner. Os ruego que os digneis instruirme en la religion »católica.»

El santo Obispo entonces, levantando los ojos y las manos al cielo para adorar la eterna providencia de Dios, empezó la instruccion de su enfermo, le reconcilió con la Iglesia, le alcanzó con sus oraciones el restablecimiento de su salud, y el nuevo convertido, lleno de celo por la fe que acababa de abrazar, convirtió á toda su familia, que era muy numerosa (1).

Esta conquista no fué mas que el preludio de otras muchas victorias. Un caballero calvinista, que se encontraba en casa de la Señora de Montigny, su parienta, en el momento en que Francisco estaba en ella de visita, declaró que se haria católico cuando le probaran la existencia del purgatorio. Al oir esto el Obispo abrió en el acto la Biblia, que hacia llevar siempre consigo por su ayuda de cámara, y le demostró con el ejemplo de David (2), que despues del pecado perdonado queda que sufrir una pena temporal; con la primera epístola de San Juan (3), que hay pecados que no son mortales; y de estos dos hechos dedujo la existencia de un lugar de expiacion para los que mueren sin haber sufrido esta pena temporal, ó expiado estos pecados veniales. Le mostró luego el testo tan claro del 2.° libro de los Macabeos: «Es un santo y saludable »pensamiento rogar por los muertos para que sean liber»tados de sus pecados,» y probó la autenticidad de este libro; cité luego aquellas palabras de Nuestro Señor: *El pecado contra el Espíritu Santo no será perdonado ni en este mundo ni en el otro*, deduciendo de aquí que hay pecados que serán perdonados en el otro mundo; y estos pecados, ¿cuáles son sino los que se espian en el purgatorio? Esplicó el texto de San Pablo, que dice: *El que mez-*

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 15 de febrero.
(2) II Reg. 11.
(3) S. Joan. 5.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cla un poco de vanidad á su predicacion, será salvado como á través del fuego; y pasando de ahí, á las declaraciones de los Padres y de los concilios, á la autoridad y á la costumbre de la Iglesia y á la razon misma, que nos dicta que, puesto que hay algunos que á la muerte no son, ni bastante santos para entrar en seguida en el cielo, ni bastante malos para ser arrojados en el infierno, debe haber durante el tiempo de la prueba un lugar entre uno y otro, dejó al caballero completamente convencido de la existencia del purgatorio, y pocos dias despues recibió su abjuracion (1).

Otro calvinista que se preciaba de sabio, queriendo en este tiempo, por pura curiosidad, entrar en controversia con el santo Obispo, y atacarle con sus objeciones para saber hasta qué punto llegaba su ciencia, de la que tanto se hablaba, fué cogido en las redes del hombre de Dios y se convirtió.

Habiendo encontrado á otro que habia descendido de la herejía hasta el ateismo, por una consecuencia rigurosa á todo entendimiento lógico, este le preguntó con un aire burlon, si habia Dios, y qué cosa era la fe (2). El Obispo entonces, animándose con un celo apostólico, acompañado de la mas amable dulzura, fué siguiendo con gran paciencia la cadena de las verdades religiosas, desde el primer anillo hasta el último, y condujo á este espíritu estraviado de los principios á las consecuencias, obligándole á admitir desde luego una causa primera espiritual, infinitamente perfecta, con la obligacion de honrarla, de amarla y de servirla; despues la mision divina de Jesucristo y su Iglesia, encargada de conservar intacto el depósito de las verdades reveladas, con el deber de someternos á sus enseñanzas; y por último, la belleza y escelencia de estas mismas enseñanzas: siendo tanta la fuerza y uncion con que espuso todo este bello órden de doctrina, que el

(1) Carlos Aug., p. 520.
(2) Idem, p. 521.

ateo, abriendo á la vez su inteligencia y su corazon á la verdad desmostrada, llorando su estravío, se confesó, comulgó, y observó en adelante una vida ejemplar (1).

Algunos dias despues de esta conversion tan consoladora, fueron á decir al santo Obispo que habia en la cárcel un desgraciado condenado á muerte, que en la desesperacion en que se encontraba rehusaba recibir los sacramentos, y entregaba con anticipacion su alma á los demonios.

Corre al punto á la prision, baja al calabozo, abraza al culpable, le consuela, llora con él, y le ruega con instancia que tenga confianza en las divinas misericordias, que acepte la muerte en satisfaccion de sus faltas y se prepare para la confesion. «Es inútil, dijo el desgraciado, estoy des»tinado al infierno y bien pronto seré presa del demonio.— »Pero, hijo mio, ¿no quisiérais mejor ser presa del Dios de »bondad y víctima de la Cruz de Jesucristo?—Sin duda, »pero Dios no puede hacer nada con un miserable como »yo.—Pero por hombres como vos, replicó el Obispo, ha »enviado el Padre Eterno á su Hijo al mundo; por hom»bres peores que vos, como sus verdugos y el traidor Ju»das, ha derramado su sangre Jesucristo.—¿Me asegurais, »dijo el criminal, que puedo sin atrevimiento recurrir á »la misericordia de Dios?—Sería por el contrario un »grande atrevimiento pensar que, siendo infinita esta mi»sericordia, no puede perdonar todos los pecados.—Pero »Dios es justo, y me condenará.—Dios es misericordioso y »os salvará, si le pedís perdon con un corazon contrito y »humillado.» Conmovido con estas dulces palabras, el criminal se confiesa, se resigna, y muere de un modo edificante repitiendo con frecuencia: «¡Oh, Jesus! me aban»dono en Vos, confio en Vos.» (2)

No solo iba el Obispo de Ginebra á visitar á los que podia ser útil, sino que estaba, todo el tiempo que pa-

(1) Dep. de Francisco Favre, que estaba presente.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. III, sec. XI.—Carlos Aug., p. 521.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

saba en su cuarto, accesible á todos, lo mismo á los indiscretos é importunos que á sus mejores amigos; recibiendo á todos con una alegría santa y una maravillosa afabilidad; sin dejar nunca aparecer en su frente ninguna de esas nubes que forman la fatiga y el disgusto; oyendo hablar de las cosas pequeñas como si ignorase las grandes, y de las grandes como si nunca se hubiera ocupado de las pequeñas; escuchando con placer y animando á contestar con confianza; acomodándose á todos y no prefiriéndose á nadie, y dejando á todos que manifestaran su talento sin prevalerse de la superioridad del suyo. Habiendo un dia un hereje ido á verle, le preguntó sin ningun rodeo si era el que se llamaba el Obispo de Ginebra. «Sí »señor, contestó, me llaman así.—Quisiera saber de vos, »que os tienen por hombre apostólico, si los apóstoles an»daban en carruaje.—Sin duda, sí señor, cuando se pre»sentaba ocasion para ello.—Quisiera que me mostráseis »eso en la Escritura.—Leed el capítulo octavo de las ac»tas de los apóstoles, y vereis allí que el diácono San Fe»lipe subió al carruaje del eunuco de la Reina de Etio»pía.—Pero, contestó, este carruaje no era suyo, sino del »eunuco, y no era una carroza dorada, bordada y tan rica »que el rey no la tiene mas hermosa, tirada por magnífi»cos caballos, guiada por los cocheros mejor vestidos. Esto »me escandaliza en vos, que os haceis el santo y á quien os »tienen por tal: es verdaderamente muy curioso ver estos »santos que van al cielo tan cómodamente.—¡Ah, señor! ácontestó el Obispo, los de Ginebra que se han apoderado »de los bienes de mi obispado, me han dejado en tanta »escasez, que todo lo que puedo hacer es vivir pobremente »con lo que me queda. Nunca he tenido carruajes ni me»dios de sostenerlos, y este de que me sirvo pertenece á »Su Majestad, que honra con los carruajes de la corte» »los que, como yo, acompañan al Príncipe de Saboya.— »¿Sois pobre? le preguntó el interlocutor.—No me quejo »de mi pobreza; tengo lo suficiente para vivir, y aun »cuando sintiera escaseces, haria mal en quejarme de una

»posicion que Jesucristo ha escojido por su herencia, vi»viendo y muriendo en los brazos de la pobreza.» El protestante se retiró satisfecho de esta entrevista, lleno de estimacion y afecto hácia el santo Obispo (1).

La misma dulzura edificó á un antiguo oficial del Palatinado, Felipe Jacobo, que acercándosele un dia con tono brusco (2): «Quisiera saber, señor, lo que haceis »aquí.—Estoy aquí, contestó el santo Obispo con calma, »por orden de mi príncipe y por un bien público.—Y »¿quién cuida de vuestras ovejas durante esta ausencia?— »Antes de mi partida las he confiado á sacerdotes doctos y »celosos, que las apacentarán hasta mi vuelta.—¿No es de »derecho divino la residencia de los Obispos?—Así creo, »contestó el Obispo.—Y los Obispos de ahora, ¿son como »los de la Iglesia primitiva?—Sí, ciertamente, contestó, »tienen el mismo poder y la misma dignidad.—¿Pero pue»den hacer milagros como San Pedro?—Aunque no fuesen »mas que la sombra de San Pedro, porque la sombra de »San Pedro hacia milagros.»

Empeñada así la disputa se prolongó durante dos horas, durante las cuales este hombre, admirado de las respuestas del Obispo, le dijo retirándose: «Monseñor, calvi»nista por nacimiento, he abrazado despues la fe romana; »las dificultades que acabo de proponeros me inquietaban »aún. Si no las hubiérais resuelto con tanta dulzura y »claridad, hubiera vuelto á la religion protestante. Bendi»go á Dios que me ha amado hasta el punto de hacerme »la gracia de escucharos.» No fue esta la última vez que este hombre tuvo que bendecir á Dios por haber encontrado á Francisco; porque habiendo hecho luego un viaje á Italia, y habiendo quedado reducido con su mujer á la mas estrecha pobreza, fue á buscar á Annecy al hombre de Dios, que pagó durante seis semanas la posada donde paraba, y le dió á su partida una suma de dinero considerable.

---

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, sec. XXVI.
(2) Carlos Aug., p. 523.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entre las personas que iban á visitar al santo Prelado, ya se comprenderá sin duda que no faltaban señoras. Un dia, al salir de su sermon, lo rodearon; cada una tenia una dificultad que proponerle, é impacientes porque les llegase su vez, hablaban todas á un tiempo. «Señoras, las »dijo el santo Obispo sonriendo, contestaré á todas vues»tras preguntas si teneis á bien contestar á la mia. Supon»gamos una reunion donde todos hablan y nadie escucha, »¿qué se diria de ella?» Todas comprendieron su impaciencia, se callaron y se marcharon, proponiéndose cada una hablar al santo Obispo en particular (1).

Hombres eminentes en virtud acudieron tambien, pero con mas discrecion, á contraer con el santo Obispo una santa amistad. Uno de los mas notables fue Andrés Duval, decano de la facultad de Teología de París y Superior general de los Carmelitas de Francia. Quiso confesarse con el santo Prelado, que á su vez se confesó con este gran siervo de Dios. Los dos se dieron mútuamente consejos espirituales para su conducta, y cada uno de ellos decia del otro: «No soy digno de desatar las correas de su cal»zado.» Se concertaron los dos para ganar é instruir á los herejes, y cuando se habia consumado la obra, el uno atribuia siempre el mérito al otro, siendo este el único punto en que no estaban de acuerdo; bellas disputas de los santos, que se humillan por exaltar á sus hermanos, segun la observacion que hacia San Vicente de Paul refiriendo el hecho á su comunidad (2).

Del mismo modo que Mr. Duval, el Padre Suffren, de la Compañía de Jesus, confesor de Luis XIII y de María de Médicis, y Mr. Bourdoire, fundador de la comunidad de San Nicolás del Chardonnet, ocuparon un gran lugar en la amistad de Francisco. El primero era un hombre de estudio y

---

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. III, sec. XIII.

(2) Mr. Duval ha dejado una obra de Teología, un tratado *De suprema Romani Pontificis in Ecclesiam potestate*, y otras obras. Murió el 9 de setiembre de 1638, de edad de setenta y cuatro años.

de oracion, de lo cual el santo Obispo se aprovechó para incitarle á componer para los fieles una especie de *Breviario espiritual*, donde encontrasen para cada época del año, para cada mes, para cada semana, para cada dia, prácticas propias para santificarlas; y de ahí nos ha venido el *Año cristiano*, libro escelente, que no tiene mas defecto que la antigüedad del estilo. El segundo era menos un hombre de gabinete que de accion; reformador ardiente del clero, devorado por el celo de la disciplina eclesiástica, sin que pudiera sufrir en el sacerdote cosa que no fuese perfectamente regular, y que combatia sin rodeos el desórden donde quiera que lo apercibia. Deseoso de conocer al santo Obispo, que realizaba en su persona el ideal de la perfeccion sacerdotal, y prometiéndose sacar de ello gran provecho para su santificacion y la del clero, le escribió una larga carta que llevó él mismo, en la que hacia resaltar el poco fruto que producirian sus sermones mientras el clero y el pueblo no fueran mejor instruidos y regulados. El Obispo, despues de haber leido dos veces esta carta con grande atencion, conferenció una hora entera sobre su contenido con el Padre Bourdoire, y este insistió con mas firmeza aún en la necesidad de reformar el clero. «Es una cosa estraña, »dice, que nadie piense en ello.» Entonces, en efecto, no habia seminario para formar á los jóvenes sacerdotes en la ciencia y virtudes eclesiásticas, sino que se entraba en el sacerdocio sin tener conocimiento de él, y sin haber meditado y practicado sus deberes; teniendo el clero necesariamente que resentirse de esta falta de una escuela preparatoria. Por esto el Padre Bourdoire continuó hablando con esa libertad que no teme mas que á Dios. «Me sor»prende, dijo, que un Obispo á quien Dios ha dado tan gran»des talentos no los emplee en formar buenos sacerdotes, y »se entregue casi únicamente á la direccion de las muje»res.—Convengo en ello, contestó el santo Obispo sin ofen»derse por esta libertad de lenguaje, y aun estoy persuadi»do de que no hay nada tan necesario en la Iglesia como »formar buenos sacerdotes; pero ese es un ministerio muy

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»alto para mi flaqueza, y lo cedo á manos mas hábiles. »Mr. de Berulle se ocupa de ello, y tiene para eso mas ca- »pacidad y tiempo que yo, que estoy encargado de una »vasta diócesis. Dejo á los artífices que trabajen el oro y »la plata; los obreros como yo deben contentarse con ma- »nejar el barro. Considero de grande importancia la san- »tificacion de las mujeres, las cuales, siendo sólidamente »virtuosas, pueden hacer grandes cosas en la iglesia, der- »ramando en ella el perfume de su piedad. Al mismo »tiempo que su sexo débil merece una gran compasion, »su valor merece un grande interés. Siguieron á Nuestro »Señor en sus escursiones evangélicas, y le acompañaron »hasta el pié de la cruz, donde no se encontró mas que un »Apóstol.» (1)

El Padre Bourdoire, encantado cada vez mas de la alta virtud del hombre de Dios, le invitó á ir San Nicolás *du Chardonnet,* donde se daban todas las semanas, conferencias al clero sobre las virtudes y obligaciones eclesiásticas; y el Obispo, fiel á la cita, fue á ver al santo sacerdote, visitó á los miembros de esta comunidad, á cada uno

(1) Tal es la respuesta que Mr. de Belley atribuye al santo Obispo (*Espíritu de San Francisco de Sales,* p. X, sec. XIV), y nos parece mucho mas probable, mas conforme el espíritu de humildad y caridad de San Francisco de Sales, que la que refiere el Padre Bourdoire. Este le hace decir, que despues de haber trabajado durante diez y siete años en formar solo tres sacerdotes como los deseaba, no habia podido formar mas que uno y medio, y que no habia pensado en las Hijas de la Visitacion sino despues de haber perdido toda esperanza de buen éxito con los eclesiásticos. Esta respuesta contiene varias falsedades, á saber: 1.ª San Francisco de Sales pensó en las Hijas de la Visitacion desde el principio de su episcopado, y Dios le reveló su instituto al año siguiente 1603, antes de la Cuaresma, en Dijon; 2.ª trabajó toda su vida en formar un buen clero en su diócesis, y aun tuvo el proyecto de formar una Congregacion de eclesiásticos, al que renunció cuando vió nacer la de Mr. Berulle, á quien deseó asociarse (*). No es pues cierto que hubiera perdido la esperanza de formar buenos sacerdotes, y que no pensó en las Hijas de la Visitacion sino despues de diez y siete años de esfuerzos inútiles para el clero. Esta respuesta es una de esas críticas mordaces tan comunes en el P. Bourdoire, uno de esos recuerdos infieles que el que lo refiere cambia segun su impresion.

(*) *Espíritu de San Francisco de Sales,* p. VII, sec. XIV.

en su cuarto, y asistió á sus conferencias, donde tenia gusto de oir á este hombre tan lleno de verdadero espíritu sacerdotal, hablar de los deberes eclesiásticos. Frecuentemente le invitaba á que le acompañase cuando iba á predicar, y manifestaba en toda ocasion la veneracion que le tenia á él y á su comunidad. Quejándose el Cardenal de Retz un dia en su presencia de que el Padre Bourdoire daba que hablar mucho de sí por el ardor de su celo, al que faltaba á veces la prudencia: «Creedme, monseñor, »dijo el santo Obispo, no hemos oido decir aún que ninguno se haya condenado por haber procurado con demasia- »do celo el restablecimiento de la disciplina eclesiás- »tica.» (1)

Pero de todos los sacerdotes de París, San Vicente de Paul fue con quien el Obispo de Ginebra se unió mas estrechamente. Estas dos grandes almas, que poseian eminentemente el don de discernimiento de espíritus, bien pronto se conocieron y comprendieron, y una tierna amistad unió á los dos. Vicente de Paul proclamaba que la dulzura, la majestad, la modestia y todo el esterior del Obispo de Ginebra le representaba, como en una viva imágen, á Jesucristo conversando con los hombres (2). Francisco de Sales, por su parte, no llamaba á Vicente de Paul sino *el sacerdote santo, el mas digno que habia conocido;* y alababa en todas ocasiones su religiosidad, su prudencia y sus raros talentos para dirigir á las almas á una piedad sólida y elevada. Por eso, habiendo establecido en París una casa de la Visitacion, no creyó poder confiar á mejores manos que á las de San Vicente la direccion de sus amadas hijas: prueba incontestable de la alta estimacion en que le tenia; porque era máxima suya que se debe escojer un director entre diez mil; que hay menos de los que se cree capaces de este cargo; y que la direccion de una casa religiosa pide mucha virtud unida á mucha ciencia y esperiencia. Esta

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales,* p. IV, s. I.
(2) Vida del P. Bourdoire.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

eleccion significaba que preferia á San Vicente de Paul á tantos otros pastores vigilantes y sábios, á tantos doctores llenos de ciencia, á tantos directores ilustrados que encerraba entonces la ciudad de París; y el resultado probó bien el acierto de esta apreciacion.

Francisco mismo se encontró por este tiempo encargado de la direccion de una persona que se hizo despues tristemente célebre, la madre Angélica Arnaud, abadesa de Port-Royal. Esta religiosa, abadesa á los catorce años, y que cuando tenia apenas diez y siete habia ya establecido la reforma en su comunidad, venciendo para eso con ánimo varonil las mayores dificultades, acababa de emprender á los veintiocho años otra reforma mas dificil aún, la reforma de la abadía de Maubuisson. Por naturaleza altanera, y satisfecha de sí misma por la gloria precoz de que estaba rodeada, temiendo, sin embargo, engañarse conduciéndose á sí misma, invitó al santo Obispo á que visitara su casa. Se rindió á sus deseos, y desde la primera entrevista dominó su alma, y aunque aplaudia sus proyectos, la dirigió con una firmeza que no habia encontrado hasta entonces en nadie. El pensamiento del gran bien que iba unido á la instruccion de una persona de tanto mérito, le llevó á menudo á Maubuisson, y aun permaneció allí hasta nueve dias seguidos, para secundar con sus sermones y consejos la empresa de la reforma. Estos fueron para la abadesa y la comunidad dias de dicha y de salvacion, no pudiendo cansarse de admirar al hombre de Dios; recogiendo en el sentimiento de su veneracion respetuosamente los restos de su mesa para hacer su comida, sin tocar nunca irrespetuosamente los platos y el cubierto de que se habia servido, y hasta haciendo á su partida conservar como reliquias la cama, las sillas y la ropa que habia servido para su uso (1). Se colocó bajo su direccion, y aun pensó en dejar su título de abadesa para hacerse simple religiosa de la Visitacion. El santo Obispo

(1) Carlos Aug., p. 522.

no quiso nunca consentir en ello, diciéndola que era mas á propósito para mandar que para obedecer, y que debia permanecer en su vocacion (1). No pudiendo seguir al hombre de Dios, quiso al menos continuar por medio de una frecuente correspondencia bajo su direccion durante el resto de su vida. En esta curiosa correspondencia (2) se admira con qué arte el santo Obispo analizó este corazon estraordinario, atormentado con la necesidad de cosas grandes; «esta alma siempre inquieta por saber si era de »las almas bajas ó altas;» tan pronto movida de indignacion á la vista del mâl; «tan inclinada á la burla ó á la »cólera ante las bagatelas, niñerías é imperfecciones fe»meniles de sus hermanas;» tan ávida de sacrificios, tan impaciente por sus imperfecciones. «Con qué dulzura cal»ma en ella esta fiebre de penitencias corporales, la retira »poco á poco de las austeridades escesivas y la enseña á »dirigir todos sus cuidados á la correccion de sus defectos; »con qué tacto la hace sentir que debe caminar por la sen»da ordinaria, por una dulce, pacífica y profunda humildad, »practicada suave y alegremente; con qué buen sentido, en »fin, para enseñarla á establecer la tranquilidad y dulzura »en su alma, la enseña primero á ejecutar con ella todos sus »actos, á hacer que presida á todas sus acciones, como »andar, levantarse, sentarse, acostarse, comer, haciéndolo »todo dulce y suavemente, y vereis, añade, cómo dentro »de tres ó cuatro años habreis arreglado completamente »esta tan repentina precipitacion.»

Algunos meses de una direccion tan sábia obraron una saludable revolucion en el alma de la Madre Angélica, abriéndole horizontes que no imaginaba, y la prepararon á los mas maravillosos progresos, que desgraciadamente

(1) *Historia de Port-Royal*, por Racine. Apuntes de la madre Angélica Arnaud sobre la vida de su tia.

(2) Se conservan en Annecy varias cartas inéditas de San Francisco de Sales á la madre Angélica, y sería facil encontrar las otras piezas de esta correspondencia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no se realizaron, porque á la muerte del santo Prelado cayó en manos de un guia muy diferente, el Abad de Saint-Cyran, que la condujo por los senderos del error y del cisma.

Deseosa de hacer participante de su dicha á su hermana Inés Arnaud, que gobernaba la comunidad de Port-Royal durante su ausencia, obtuvo del santo Prelado la promesa de que iria á visitar esta última abadía. Fue en efecto, y predicó allí; pero en medio del sermon le sorprendió el llanto, y se vió obligado á detenerse algunos instantes. Habiéndole preguntado la Abadesa despues del sermon la causa de estas lágrimas y de esta interrupcion: «Es, contestó, que Dios me ha dado á conocer que »vuestra casa perderá la fe. El único medio de conservar»la es la obediencia á la Santa Sede.» (1)

Todos estos trabajos no eran aún sino una pequeña parte de las ocupaciones de Francisco durante su estancia en París. Ya presidia discusiones sobre Filosofía y Teología, recibia las consultas de los teólogos que acudian á pedirle la solucion de sus dificultades, ó de los Obispos que le escuchaban como á un doctor de la Iglesia y le respetaban como á su padre (2); ya animaba á la perfeccion á las comunidades religiosas; socorria á los pobres con limosnas y á los afligidos con consuelos; arreglaba los pleitos de las familias; asistia á todas las juntas que tenian por objeto los intereses de la religion ó la caridad con el prójimo; y como para descansar de tantos trabajos, iba á los hospitales para exhortar á los enfermos, confesar á los moribundos, ó á las casas particulares para alentar á los que sufrian.

Habiendo sabido que uno de sus sacerdotes que se encontraba en París estaba atacado de una enfermedad contagiosa, fue dos veces á visitarle, y envió todos los dias á saber por su salud, hasta que estuvo enteramente resta-

(1) Carta de la Hermana María Duplessis, religiosa de la Visitacion.
(2) Carlos Aug., p. 524.

blecido (1). En fin, el 28 de abril de este año 1619, consagró en la iglesia de *Saint-Germain-des-Prés* el altar de San Sinforiano (2).

Tantos trabajos le produjeron una grave enfermedad, y entonces fue cuando se manifestó bien la tierna veneracion de que era objeto. Los Cardenales y Obispos, los príncipes y cortesanos, los personajes de todas clases se apresuraron á visitarle, y de todas partes vinieron presentes de lo que podia ser útil á su estado delicado (3). Recobró pronto la salud y volvió al trabajo con nuevo ardor, olvidándose de sí mismo para no mirar sino el bien que podia hacer. A menudo llevaba este olvido de sí hasta negarse los alivios que le hubiesen alijerado el trabajo, y hacia burla graciosamente de sus compañeros de viaje cuando se lamentaban de ello.

Un dia que habia ido á predicar al monasterio de la Visitacion, muy apartado de su casa, encontró á la puerta cuando quiso volver un elegante carruaje, que un rico señor que habia asistido al sermon ponia á su disposicion para conducirle, porque la lluvia caia en abundancia y el fango llenaba las calles; pero rehusó con urbanidad y se fue á pié, prefiriendo volver así modestamente á la pompa de un carruaje de gran señor. Un jóven sacerdote que le acompañaba hubo de manifestar en su aire, y con algunas palabras de mal humor, el descontento que esperimentaba de caminar así por el fango, y entonces el Obispo, para darle la correccion fraterna, dijo á los otros sonriendo: «Miren qué vanidad tiene el señor Abate.» (4)

(1) Dep. del mismo sacerdote enfermo.
(2) *Historia de Suint-Germain-des-Pres,* p. 220 y 287.
(3) Carlos Aug., p. 525.
(4) Idem, p. 525 y 526.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VII.

Francisco es nombrado gran limosnero de la princesa Cristina. Rehusa los mas ricos beneficios. Otros rasgos de su desinterés. Es víctima de una calumnia.

(Año 1619.)

Los grandes trabajos á que se entregaba el Obispo de Ginebra por el bien de las almas, no le hicieron descuidar otra mision de un órden diferente que tenia que llenar en la corte. Debia contribuir por su parte á conducir á buen término el proyecto del casamiento entre el príncipe del Piamonte y Cristina de Francia, hermana del Rey. Se presentó en la corte cuanto fue necesario para el éxito de la negociacion, y dispuso favorablemente los ánimos; pero cuando se llegó á precisar las condiciones del contrato, graves dificultades se levantaron entre los plenipotenciarios del Duque de Saboya y los ministros de Francia; cuanto mas se discutia, mas divergian; y por último, la diferencia se envenenó hasta tal punto, que los enviados del Duque, perdiendo toda esperanza, pensaban ya en volver al Piamonte, cuando el Obispo de Ginebra les dijo un dia al salir del altar: «Esperad, Dios lo hará todo.» En efecto, pocos dias despues el contrato fue terminado con las condiciones mas ventajosas para el Piamonte, comprometiéndose el Rey á dar en dote á su hermana cuatrocientos mil escudos, y por viudedad cuarenta mil libras de renta.

El Príncipe del Piamonte, que habia quedado en Turin esperando el resultado de la negociacion, no bien supo este desenlace se puso en camino, acudiendo con una diligencia prodigiosa para aquella época; y menos de un mes despues, terminados los convenios, la ceremonia del casamiento se celebraba en París por el Cardenal de la Rochefoucauld, gran limosnero de Francia, asistido por el Obispo de Ginebra.

Como todos atribuian la conclusion de una alianza tan deseada á las oraciones y prudencia de Francisco, el Príncipe del Piamonte quiso presentarle á la Princesa su esposa, y esta le nombró al punto su limosnero mayor. Todo el mundo aplaudió su eleccion y felicitó por ello á la Princesa, porque los mismos cortesanos, que tan raramente alaban la piedad, no se cansaban de alabar al Obispo de Ginebra. Le habian visto presentarse en la corte solo cuando lo exigia su mision; y siempre con la dignidad de su carácter y virtud, amable sin lisonja, lleno de majestad sin orgullo, de prudencia sin artificio, en una palabra, como la imágen de Dios sobre la tierra, segun las palabras entonces célebres del gran prior de Francia, Alejandro de Vendome. Solo el santo Obispo se sorprendió de su nombramiento, pues era en lo que menos pensaba. «Ni directa »ni indirectamente he ambicionado este cargo, escribia »á la santa Madre Chantal (1); no tengo mas ambicion »que la de poder emplear el resto de mis dias en el servi»cio de Nuestro Señor.» Tenia una aversion decidida á la vida de la corte (2); no aspiraba sino á residir en su diócesis; y si aceptó este cargo, fué porque la gracia con que la Princesa se lo ofreció y las vivas instancias que le hizo para que lo aceptara no le permitieron rehusarlo; pero puso dos condiciones: primera, que este cargo no perjudicaria en nada sus deberes de Obispo ni su residencia en Annecy; y segunda, que no tomaría ningun sueldo como limosnero. La Princesa, para completar su favor, le regaló un magnífico diamante de quinientos escudos, y al recibirlo la hizo conocer el uso á que los destinaba. «Qué bien les va á »venir, señora, le dijo, á nuestros pobres de Annecy.» (3)

Presentado luego á la Princesa Enriqueta María de Francia, tambien hermana del Rey, y viendo la gran parte que tomaba en el regocijo general, de que la Princesa

(1) Carta CDLXXXI.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVIII, sec. II.
(3) Carlos Aug., p. 524.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cristina era objeto, la predijo que tendria algun dia una gloria mas sólida, y que Dios la destinaba á sostener su Iglesia; prediccion que justificó el tiempo, porque todo el mundo sabe que, casada con Carlos Stuart, primero de este nombre, Rey de Inglaterra, esta Princesa honró á la Iglesia católica con sus grandes virtudes; que obligada en 1644 á volver á Francia para evitar la persecucion de sus súbditos, tuvo á la vez el dolor de dejar al Rey su esposo en manos de los súbditos rebeldes, que le decapitaron, y la dicha de llevar sus infortunios con una fe tan viva, que los colocaba en su estimacion á la altura de las mayores gracias.

Por este mismo tiempo, habiendo vacado la abadía de Santa Genoveva, que valia cuatro mil escudos de renta, los amigos del santo Obispo fueron á manifestarle que este rico beneficio estaba á su disposicion; que si queria aceptarlo, el Rey tendria un gran placer en nombrarlo; y que por otra parte, este aumento de fortuna le ponia en estado de hacer mas bien y de sostener mejor el honor de su dignidad. «No, les contestó, no quiero esta abadía; no »tengo necesidad de ella.» En vano insistieron y aun le reconvinieron por su indiferencia, no desistiendo de su resolucion (1). Esta negativa fué el preludio de otra memorable.

El Cardenal de Retz, Obispo de París (2), fué á proponerle fuera su coadjutor con la futura sucesion á esta gran diócesis (3). Deseaba vivamente asegurar á la diócesis de París un prelado de quien decia siempre que no creia que la Iglesia hubiera tenido un Obispo mas santo desde San Martin y San Ambrosio, un doctor mas sabio desde San Agustin y Santo Tomás, ni un personaje mas piadoso desde San Bernardo y San Ildefonso (4). Francisco contestó á esta proposicion como á la de la abadía de Santa Genoveva. El Cardenal, para vencer su resistencia, se comprometió á pasarle una gran pension hasta que fuera titular, á dejarle ámplios poderes para manejar la diócesis á su gusto, á hacer nombrar Obispo de Ginebra á su hermano Juan Francisco y á pagar los gastos de las letras apostólicas y otros derechos de la corte Romana; además, le hizo conocer el gran bien que podia hacer en medio de un pueblo que le amaba tanto, y añadió, por último, el vivo reconocimiento que él mismo le conservaria siempre si aceptaba. Todo fué inútil, y el hombre de Dios dió gracias al Cardenal por su benevolencia, le expuso que unido como estaba hacia tantos años á la iglesia de Ginebra, no queria separarse de ella por lo mismo que era pobre, que la carga de esta diócesis pesaba ya demasiado sobre sus hombros, y que si la dejaba sería para no tomar otra; que además caminaba á la vejez, y sentia ya sus molestias acompañadas de frecuentes enfermedades. «La diócesis de Ginebra, »dijo, es la porcion de la viña que Dios me ha llamado á »cultivar; no puedo renunciar á ella sin esponer mi salva»cion. No nos damos á la Iglesia para hacer una gran for»tuna, sino para trabajar en el campo designado por el »Padre de familia.» (1) El Cardenal se vió obligado á desistir, y Francisco continuó contento en su modesta posicion. «¡Cuánto placer me dió ayer mi corazon! decia á su »amigo el presidente Favre. No solo no tuve una mirada »de complacencia á las grandezas que me ofrecia, sino que »las desprecié, como si hubiera estado á la hora de la »muerte, donde el mundo entero no parece mas que humo. »Me dicen, añadió, que me sería mas útil ser mas rico; »pero yo soy tan rico como los Obispos de Francia, porque »los que tienen mas gastan mas, y al cabo del año ellos y »yo estamos iguales.» (2)

(1) Carlos Aug., p. 526.

(2) París no fué erigido en arzobispado sino tres años despues, es decir, en 1622.

(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. VI.

(4) Dep. del Marqués de Lullin.

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 17 de abril.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. VI.

(2) Dep. de la Madre Chaugy.—Carlos Aug., ps. 525 y 526.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las ilusiones de la gloria no le deslumbraron mas que el brillo de las riquezas. Rodeado de los aplausos de todo lo que habia de mas grande en París, honrado de la corte y de todas las clases de la sociedad, que le reverenciaban como á un santo, y le proclamaban el predicador mas sábio y elocuente de su siglo, se mantenia siempre en la humildad; cuanto mas le exaltaban mas se abatia á sus propios ojos, y se ruborizaba ante el Señor de su nada y sus miserias. La opinion de los hombres no era, en su sentir, sino una deplorable vanidad, las grandezas del mundo, pequeñez; todo lo que pasa, ilusion; y gemia al ver que almas inmortales se dejaban seducir por bienes tan falsos. «¡Oh Dios, escribia á la santa Madre de Chantal (1), cuán»to mas vale ser pobre en la casa de Dios que habitar los »palacios de los reyes! Estoy haciendo aquí el noviciado »de la corte, pero nunca profesaré en ella. La corte es el »centro de todas las delicias del mundo, el eco de todas »sus máximas, doble razon para que la aborrezca. Gracias »á Dios, he aprendido á ser en la corte mas sencillo y me»nos mundano. ¿Es posible que despues de haber conside»rado la bondad y eternidad de Dios podamos amar esta »miserable vanidad del mundo? El otro dia prediqué de»lante de la Reina; pero no prediqué con mejor corazon ante »estos príncipes y princesas que en nuestro pobre y pe»queño convento de la Visitacion de Annecy..... La reina »me ha colmado de bondades, pero no por eso estoy mas »satisfecho. La vista de las grandezas del mundo eleva mi »espíritu á considerar la grandeza de las virtudes cristia»nas, y me hace amar mas el desprecio. ¡Qué diferencia »entre esta aglomeracion de intrigantes (porque la corte »no es otra cosa) y la reunion de las almas religiosas, que »no tienen otra pretension que ir al cielo! ¡Oh, si supié»semos en qué consiste el verdadero bien!» (2)

Entre tanto el príncipe del Piamonte pensó en volver

(1) Carta CDXCII.
(2) Carta CDLXXIV.

á su patria, y todos los de su comitiva se dispusieron á partir con él.

Esta partida fue un verdadero pesar para los amigos del Obispo de Ginebra. Nadie, sin embargo, lo sintió tanto como dos nobles señoras, de un mérito mas elevado aún que su posicion social, la señora de Phelippeaux, condesa de Ville-Savin, y la presidenta Lomoignon. La primera, no menos notable por su exactitud en el cumplimiento de todos los deberes de la piedad que por su celo por los intereses de la religion, le lloró como al ángel que la conducia por los caminos del cielo. Él es, decia, quien me ha enseñado á servir á Dios como Dios manda, es decir, con sencillez, sin rodeos y sin escrúpulos. La segunda, verdadera heroina de su siglo por su amor á Dios, su caridad con los pobres, su celo ilustrado en la educacion de sus hijos, á los que procuraba dejar como principal herencia, por una parte el ejemplo de sus limosnas, y por otra una fe viva en las máximas evangélicas, se afligió por perder un modelo acabado de perfeccion, que se consideraba feliz en tener á la vista para trabajar en hacerse conforme á él, porque encontraba en Francisco de Sales el tipo de la mas alta santidad, acompañada de maneras tan afables y corteses, que tenia costumbre de decir, que «aun cuando Monseñor de Ginebra no fuera un santo como »era, sería siempre el hombre mas bueno y cortés que ha»bia conocido.» Por eso, en el momento de la despedida se deshizo en lágrimas con toda su familia. El Obispo procuró contenerse, pero habiéndose quejado la presidenta de que los dejaba con indiferencia, su corazon se enterneció, y segun el consejo del apóstol, lloró con los que lloraban.

Habiéndose puesto luego en camino, acompañó á Angulema al Príncipe del Piamonte, que queria ir á ofrecer sus homenajes á María de Médicis, disgustada con el rey su hijo por razones de estado que no nos toca referir aquí; allí fue colmado de las bondades de la Reina madre, que se acordó haberle conocido cuando su primer viaje á París, bajo el reinado de Enrique IV, y luego, habiendo venido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á Amboise, donde estaba toda la corte, volvió á emprender el viaje de Saboya con los nuevos esposos y toda su comitiva, pasando por Bourges, Moulins y Lyon: feliz itinerario que le proporcionó ocasion de visitar todas las casas de su Orden, fundadas en estas ciudades. Cuando fue á Bourges condujo á las casas religiosas á la princesa, de quien era limosnero; pero no quiso nunca presentarla en las de la Visitacion, y cuando sus hijas, frustradas en su esperanza, le espusieron su queja: «Quiero, les dijo, ense»ñaros á ser humildes, ocultas y enteramente desprendi»das de todas las vanas curiosidades de la tierra.» (1)

Llegado á Lion, recibió la visita de dos caballeros reducidos á tan estrema pobreza, que no tenian sino harapos por vestidos; y aunque no le quedaba sino muy poco dinero, les hizo comprar vestidos adecuados á su condicion (2). Otro personaje, atraido por la reputacion de su dulzura, movido con la lectura de la *Introduccion á la vida devota,* acudió de una distancia de cuatrocientos ochenta kilómetros, á pedirle le confesase en un lugar secreto, donde nadie pudiera verle ni conocerle. Estaba ya muy avanzado el dia y Francisco muy agobiado de negocios, y le rogó dejase la entrevista para otro momento; el forastero insistió y declaró al santo prelado que sería responsable de su alma y de su suerte si no le escuchaba en el momento mismo. Los amigos de Francisco se asustaron, y sospecharon en este modo de proceder la astucia de algun hereje que quisiera atentar á su vida; pero el hombre de Dios, que no conocia el miedo, le designó para oirle el locutorio de la Visitacion, á donde al punto se dirigió. Llegado el forastero cerró las puertas con cerrojos, cortó el cordon de la campanilla para que nadie le interrumpiera en la accion que iba á ejecutar, rogó al Obispo que se sentara, y cayendo de rodillas, le hizo durante cuatro horas su confesion general: salió despues de haberla terminado,

(1) Historia de la fundacion de Bourges.
(2) Dep. del Can. Gard.

montó á caballo y desapareció, sin que se haya sabido nunca despues quién era (1).

Francisco se dirigió de allí á Grenoble, donde monseñor de Lacroix, coadjutor de esta ciudad, le reservaba el honor de bendecir la primera piedra del monasterio de la Visitacion, recientemente fundado en esta capital del Delfinado; pero fué tanta su humildad que rehusó este honor, y no quiso ser, en esta ceremonia, sino el asistente del Obispo. Le invitaron á predicar, y como no rehusaba nunca la palabra de Dios, demostró en su lenguaje la necesidad de trabajar en la construccion espiritual y material de las casas de Dios, que son nuestras almas y las iglesias (2).

De vuelta á Annecy, probó á todos que habia vuelto de la corte mas desprendido que habia ido, porque habiendo encontrado el pais desolado con el hambre, hizo distribuir granos y limosnas en proporcion á la necesidad, mandó á los confesores cuidasen de los pobres vergonzantes, y que cuando los socorros de que podian disponer no bastasen, reclamaran para ellos las larguezas de los ricos. Por entonces, habiéndole presentado su mayordomo el estado de las rentas del obispado durante el año de su ausencia, «no puedo tomar nada, contestó, no lo he gana»do;» é hizo seis candeleros y una lámpara de plata y unos ornamentos de tisú de oro para la catedral (3).

Habiendo sus procuradores durante este tiempo ganado litigios importantes contra varios caballeros que querian usurpar los derechos de la Iglesia, el mayordomo, cuyos recursos estaban muy escasos, quiso exigir rigorosamente la indemnizacion y costas de los pleitos, mas nunca lo consintió el Obispo. «Pero, decia el mayordomo, »estas costas ascienden á una suma considerable.— »¿Y contais por pequeña ventaja, replicó, el ganar los co»razones, que estos pleitos han convertido quizás en ene-

(1) Dep. de Favre.—Carlos Aug., p. 528.
(2) *Año Santo de la Visitacion,* 21 de octubre.
(3) Carlos Aug., p. 529.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»migos mios? Por mi parte lo considero lo principal de to-
»do. Soy padre, y debo tratarlos como á mis hijos, así
»quiero que vayais á buscarlos, y les digais de mi parte
»que les perdono lo pasado que me deben y las costas del
»pleito, con la sola condicion de que reconozcan en lo su-
»cesivo, como se lo ruego, los derechos del obispado de-
»clarados por la sentencia del senado.» Fué preciso que
el mayordomo se pusiese en camino y buscara á estos ca-
balleros para calmar su disgusto, obtener de ellos el con-
venio que pedia el Obispo y declararles perdonado todo lo
pasado, en lo que empleó quince dias de negociaciones y
viajes (1).

Tal era siempre la noble conducta de Francisco para los que perdian algun pleito contra los dependientes del obispado; y siempre que iban á pedirle les perdonara las multas á que habian sido condenados, lo hacia. Un dia que Rolando, su mayordomo, le representaba que la suma de que habia hecho donacion hubiera sido necesaria para el gasto de la casa, y que si esto continuaba se veria obli-
gado á dejar la mayordomía, que su escesiva bondad ha-
cia inútil: «Rolando, amigo mio, contestó Francisco, no
»os disgusteis; si esta gente no hubiera faltado, hubiéra-
»mos tenido que pasar sin sus multas. ¿No sabeis que no
»quiero litigar para enriquecerme, sino solo para mante-
»ner los derechos de la Iglesia y á los inferiores en su de-
»ber?» Rolando no se dejó vencer por estas razones, y no
cesaba de prorumpir en quejas. «Pero, repitió su buen
»amo, ¿acaso no veis que ahora, que hemos ganado nuestro
»pleito para mantener los derechos de la Iglesia, es preciso
»volver á ganar la amistad de nuestro prójimo, que per-
»demos ordinariamente litigando; cuando si fuera posible,
»sería necesario litigar para ganar esta amistad cuando
»no la tenemos, porque un padre debe hacerse amar de
»sus hijos?» (2)

(1) Carlos Aug., p. 529.
(2) Dep. de la Madre Chaugy.

Aunque empobrecido por su mucha caridad pastoral, Francisco encontraba siempre algo que dar á los que tenian necesidad. Una pobre joven que habia convertido en otro tiempo á la religion católica, y que mantenia hacia tiempo á su costa, no podia por falta de dote encontrar un partido para casarse. La hizo donativo de quinientos florines, ó sea doscientos veinticinco francos, y con este acto de generosidad le aseguró su porvenir. Un caballero de Malta de su diócesis habia sido cogido por los turcos, y el hermano del cautivo estaba inconsolable por no tener medios para pagar su rescate. Francisco lo sabe, va al punto á ofrecerle su vajilla de plata, y ya se habia dado la orden de venderla cuando llegó la noticia de la muerte del desgraciado prisionero (1).

Sin embargo, una virtud tan noble tuvo que sufrir por este tiempo una horrible tempestad. Consultado sobre un proyecto de casamiento, se habia limitado á declarar las bellas cualidades del jóven, y á recibir la promesa mútua de casarse, que los futuros esposos habian venido á hacer en su presencia.

No habiendo sido este matrimonio del gusto de la familia, se dijo que él lo habia arreglado y terminado. De ahí las críticas mas severas, censuras mordaces é invectivas furiosas contra el hombre de Dios (2). Pero en medio de esta tempestad, lejos de perder ni un instante su paz y serenidad, fue el primero en consolar al caballero de su desgracia con una carta llena de bondad (3). Escribió al mismo tiempo á sus acusadores (4), «rogándoles que tu-
»vieran á bien aliviar su alma, quejándose á ellos mismos
»de sus quejas, que le afligian y admiraban;» y eso hecho quedó en paz. «La Providencia, dijo, sabe la medida de
»reputacion que necesito para hacer su obra, y no quiero

(1) Dep. de Favre, que recibió la orden de vender esta vajilla.
(2) Juan de San Francisco, p. 412.
(3) Carta DXVI.
(4) Carta CDLXXXIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»ni mas ni menos que la que le agrade que tenga. No me »he alterado ni por las censuras ni por los vituperios que »dicen contra mí (1). Sé que delante de Dios no tengo fal»ta en esto; quisiera, sin embargo, ganar la voluntad de »estos señores en favor de mi ministerio, pero si no lo »puedo conseguir no dejaré de caminar á pesar de la »buena ó mala reputacion, pues siempre tendré mas de la »que merezco.....» «He entregado á la Providencia todos es»tos vientos desencadenados, escribe á la Madre Chantal, »para que soplen ó se calmen, y quiero lo que Dios quie»re, y de este modo la calma y la tempestad me son indi»ferentes. *Bienaventurados sois cuando los hombres dicen »mintiendo toda suerte de mal contra vosotros por mí* (2). »Si el mundo no tuviera que decir de nosotros, no seria»mos siervos de Dios. He recomendado este negocio á la »Santísima Virgen, y he resuelto dejarlo en su seno. Opo»niéndose á las olas solo se coge la espuma. No seais tan »tierna conmigo; es preciso querer que me censuren; si no »lo merezco por una cosa, lo merezco por otra. ¿Acaso ha»bria yo de querer estar solo en el mundo exento de opro»bio? Hay amor propio en querer que todo el mundo nos »ame y todo redunde en nuestra gloria.»

(1) Carta CDXXXI.
(2) Carta CDLXXXVI.

CAPITULO VIII.

Francisco envia á su hermano á Turin de primer limosnero de la Princesa del Piamonte, y predica el Adviento en Annecy.—Ultrajes que le hacen.—Da unas constituciones á los ermitaños del monte Voiron.—Gracias estraordinarias y milagros.—Desprecio de los honores.—Su dolor al saber la defeccion de uno de sus amigos.—Viajes á la Abadía del Sixt y santa muerte del Abad.

—

(Años 1619 y 1620.)

Como Francisco no habia aceptado el cargo de gran limosnero de la Princesa del Piamonte, sino con la condicion de que residiria siempre en su diócesis, la Princesa le pidió, para que le reemplazase con el título de primer limosnero, al canónigo Juan Francisco, su hermano y vicario general. El santo Obispo, considerando á su hermano mas á propósito que él para vivir en la corte, accedió con gusto á esta proposicion, y Juan Francisco partió para Turin. Se condujo allí con tanto juicio y discrecion y se hizo amar tanto de todos, que al cabo de dos meses de servicio, el Duque de Saboya pidió para él al Papa la coadjutoría de Ginebra, queriendo así á la vez recompensar su mérito, aliviar á su santo hermano y honrar á la Princesa, á la que correspondia tener por primer limosnero á un Obispo (1).

Esta noticia llenó de gozo el corazon paternal del santo Obispo de Ginebra, y se apresuró á dar gracias al Duque de Saboya y á la Princesa del Piamonte, en unas cartas que respiran la mas plena adhesion (2).

Durante este tiempo, siempre ocupado de la salvacion de su pueblo, el santo Obispo esplicaba todos los domingos en su catedral los Mandamientos de la ley de Dios.

(1) Carta CDXCV.
(2) Cartas DXII y DXXII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»ni mas ni menos que la que le agrade que tenga. No me »he alterado ni por las censuras ni por los vituperios que »dicen contra mí (1). Sé que delante de Dios no tengo fal»ta en esto; quisiera, sin embargo, ganar la voluntad de »estos señores en favor de mi ministerio, pero si no lo »puedo conseguir no dejaré de caminar á pesar de la »buena ó mala reputacion, pues siempre tendré mas de la »que merezco.....» «He entregado á la Providencia todos es»tos vientos desencadenados, escribe á la Madre Chantal, »para que soplen ó se calmen, y quiero lo que Dios quie»re, y de este modo la calma y la tempestad me son indi»ferentes. *Bienaventurados sois cuando los hombres dicen »mintiendo toda suerte de mal contra vosotros por mí* (2). »Si el mundo no tuviera que decir de nosotros, no seria»mos siervos de Dios. He recomendado este negocio á la »Santísima Virgen, y he resuelto dejarlo en su seno. Opo»niéndose á las olas solo se coge la espuma. No seais tan »tierna conmigo; es preciso querer que me censuren; si no »lo merezco por una cosa, lo merezco por otra. ¿Acaso ha»bria yo de querer estar solo en el mundo exento de opro»bio? Hay amor propio en querer que todo el mundo nos »ame y todo redunde en nuestra gloria.»

(1) Carta CDXXXI.
(2) Carta CDLXXXVI.

CAPITULO VIII.

Francisco envia á su hermano á Turin de primer limosnero de la Princesa del Piamonte, y predica el Adviento en Annecy.—Ultrajes que le hacen.—Da unas constituciones á los ermitaños del monte Voiron.—Gracias estraordinarias y milagros.—Desprecio de los honores.—Su dolor al saber la defeccion de uno de sus amigos.—Viajes á la Abadía del Sixt y santa muerte del Abad.

—

(Años 1619 y 1620.)

Como Francisco no habia aceptado el cargo de gran limosnero de la Princesa del Piamonte, sino con la condicion de que residiria siempre en su diócesis, la Princesa le pidió, para que le reemplazase con el título de primer limosnero, al canónigo Juan Francisco, su hermano y vicario general. El santo Obispo, considerando á su hermano mas á propósito que él para vivir en la corte, accedió con gusto á esta proposicion, y Juan Francisco partió para Turin. Se condujo allí con tanto juicio y discrecion y se hizo amar tanto de todos, que al cabo de dos meses de servicio, el Duque de Saboya pidió para él al Papa la coadjutoría de Ginebra, queriendo así á la vez recompensar su mérito, aliviar á su santo hermano y honrar á la Princesa, á la que correspondia tener por primer limosnero á un Obispo (1).

Esta noticia llenó de gozo el corazon paternal del santo Obispo de Ginebra, y se apresuró á dar gracias al Duque de Saboya y á la Princesa del Piamonte, en unas cartas que respiran la mas plena adhesion (2).

Durante este tiempo, siempre ocupado de la salvacion de su pueblo, el santo Obispo esplicaba todos los domingos en su catedral los Mandamientos de la ley de Dios.

(1) Carta CDXCV.
(2) Cartas DXII y DXXII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Habia empezado estas instrucciones catequísticas el primer domingo de Adviento, y las continuó hasta despues de Pascua con satisfaccion universal. «Predico aquí, escribe »á la santa Madre Chantal (1), los Mandamientos de la ley »de Dios que han deseado oir de mi boca, y soy maravi»llosamente escuchado; pero tambien predico con todo mi »corazon, y este corazon, os lo diré, Dios le favorece mu»cho, dándole un grande amor á las máximas del cristia»nismo, como consecuencia de las luces que me da sobre »su belleza, y del amor que todos los santos le tienen en »el cielo, donde me parece que se canta con una alegría »incomparable: *Bienaventurados los pobres de espíritu, »porque de ellos es el reino de los cielos.*» (2)

Francisco sobresalia mas aún en la práctica de los mandamientos de Dios que en la esplicacion de ellos. Un caballero jóven, cansado del celo del santo prelado que reprendia sus desórdenes, resolvió vengarse; y renovando el espectáculo ya en otra ocasion dado, reunió bajo las ventanas del palacio á varios insolentes, con cuernos de caza y una porcion de perros para hacer ruido toda la noche.

Los hermanos del Obispo, indignados de este ultraje, querian salir armados contra aquellos jóvenes aturdidos y dispersarlos, pero Francisco se opuso á ello con todo el poder de su autoridad, alegando que valia mas aparentar que no se les oia, pues no se les podia dar una mortificacion mas sensible que la del silencio, y que además al dia siguiente tendrian mas mal del que ellos pudieran hacerle. En efecto, el joven tuvo una enfermedad mortal, durante la cual el santo Obispo le visitó con mucha caridad, y sus compañeros de desórdenes fueron todos atacados de pulmonías ú otras enfermedades, que no permitieron dejar de conocer claramente la mano de Dios que los castigaba (3).

Al mismo tiempo que el santo Obispo trabajaba con sus

(1) Carta CDLXXXVI.
(2) Matth. V, 3.
(3) De Cambis, t. III, p. 78.

predicaciones y ejemplos en la salvacion de los habitantes de Annecy, formaba además las almas á la piedad con sus cartas y escritos.

En este tiempo enviaba á una de sus religiosas, turbada con las calumnias de que era objeto, estas memorables palabras: «Si por medio del abandono en las manos de la »Providencia divina os colocais en la indiferencia, tendreis »paz; pero el que no puede vivir en paz en este mundo, »debe al menos vivir en paciencia.» Entonces tambien dirigia á la Madre Angélica Arnaud, á Mr. Arnaud, su padre, á la santa Madre de Chantal, al Arzobispo de Bourges, y á varias religiosas de la Visitacion, estas piadosas cartas, donde bajo la forma de la mas tierna amistad, traza con mano siempre segura las reglas de la perfeccion; entonces, por último, compuso para los ermitaños del monte Voiron esas bellas constituciones, que le hicieron como el fundador de una nueva congregacion.

Este monte célebre, que mira á Ginebra por Levante y á Lausana por Poniente, al lago Leman por el Norte y al Faucigny por el Mediodía, habia sido habitado en otro tiempo por el señor de Laugin, que se habia construido allí, para él y un compañero de su soledad, una ermita con una capilla, colocando en ella una imagen de la Virgen con el Niño Jesus en los brazos. Despues de su muerte, algunos piadosos solitarios se habian establecido allí, y no habian cesado de edificar los alrededores hasta el tiempo en que el calvinismo intolerante habia ido á lanzarlos de su santo retiro. Los herejes habian demolido la ermita, derribado la capilla, precipitando desde lo alto de la montaña las piedras de la una y de la otra. Despues de estos atentados ejecutados facilmente, trataron de robar la imagen de la Virgen y la campana, que se oia en Ginebra y en Lausana; pero Dios impidió su siniestro designio con un doble milagro, haciendo á la imagen inmóvil á pesar de los esfuerzos que hicieron para arrancarla, y ocultando la campana de sus miradas bajo la nieve, que cayó en abundancia en el mes de agosto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mas tarde, habiendo unos santos religiosos vuelto á reedificar la capilla y la ermita, obtuvieron de Roma indulgencias para los que fueran á ella en peregrinacion (1). Las cosas se encontraban en este estado, cuando uno de estos religiosos hizo conocimiento con un hombre notable, Antonio Rigaud, secretario del gobernador de Milán, el cual, despues de haber viajado mucho y tomado una parte activa en el movimiento de los negocios del mundo, queria encerrarse en un retiro para consagrar el resto de sus dias á prepararse para el gran paso á la eternidad. El religioso le espuso la dulzura y la paz de su soledad, donde, sin entregarse á grandes austeridades, se compartia el tiempo entre la oracion, el trabajo y el canto de los salmos. Encantado de un género de vida que parecia corresponder á sus deseos, resolvió dejarlo todo para abrazarlo, y fue á pedir al Obispo de Ginebra permiso para unirse á los ermitaños del monte Voiron. El santo prelado consintió en ello con gusto (2); pero como hasta entonces estos ermitaños no habian tenido mas regla que la que se habian impuesto ellos mismos, creyó deber, para regularizar su establecimiento, darles constituciones canónicas.

Estas constituciones llevan el sello de su autor; se ve en ellas su moderacion, que contemporiza con la debilidad humana; su dulzura, que procura hacer amable la virtud; su sabiduría, que concilia la perfeccion con la discrecion. Fundó la ermita bajo el título de la Visitacion de María, y le dió por patronos: 1.° á los santos que tuvieron parte en este misterio, como son la Santísima Virgen, San José, San Zacarías, Santa Isabel y San Juan Bautista, el patriarca de los ermitaños; 2.° á todos los santos Angeles, sobre todo al coro de los Principados; 3.° á los mas célebres ermitaños, á saber San Pablo, San Antonio y San Hilarion.

Designó por hábito á los ermitaños una sotana blanca

(1) Carlos Aug., p. 532, 533 y sig.
(2) Idem, p. 531.

con su manto hasta la mitad de la pierna, y estableció que llevarian calzado, y la ropa interior de lienzo.

Les prescribió el ayuno en todo el Adviento, en todos los viernes del año, en las vísperas de sus patronos, en el tiempo que hay entre la Asuncion y la Natividad de la Santísima Virgen; la abstinencia de carne los miércoles; la disciplina los viernes durante un *Miserere*, y siempre que hubiesen cometido alguna falta grave.

Todos deberian comer en el refectorio comun; los que supiesen leer rezarian el Oficio mayor, y los demás el Rosario; se tocaria á Maitines á las cuatro de la mañana, y si se preveia que habia muchas confesiones que oir, se dirian las Vísperas á las ocho de la noche. Se tendria media hora de meditacion despues de Prima, y otra media despues de Completas. A las seis de la mañana empezarian las Misas, que los hermanos ayudarian por turno. Los sacerdotes celebrarian todos los dias, y los ermitaños que no lo fuesen, comulgarian todos los domingos y dias de fiesta.

Se guardaría un absoluto silencio, y si la caridad obligase á hablar, se velaria para que la lengua no dijese nada que no conviniese. Se acojeria con gran cortesía á los forasteros, tratándolos con mucha bondad.

Se permaneceria fielmente en la celda, no saliendo de ella sino por obediencia á la regla, con permiso y por necesidad. Cuando tuviesen que presentarse en el mundo, darian en todas partes buen ejemplo, y al volver darian cuenta de lo que hubiesen hecho. Nunca se iria á pedir fuera, á menos que faltase lo necesario para vivir.

Se obedeceria al Superior nombrado por el Obispo, y si hubiera quejas que dar contra su administracion, se recurriria al Obispo.

No se admitiria á nadie entre los ermitaños sino despues de un año de probacion; y para admitir ó despedir á un ermitaño, se necesitaria el consentimiento del Obispo y de todos los hermanos (1).

(1) Carlos Aug., p. 539 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estas constituciones, de que solo damos aquí un resúmen, fueron leidas y aprobadas en pleno sínodo, y los ermitaños, despues de haberse sometido á ellas gustosos, pronunciaron sus votos de religion. El Obispo encargó á uno de sus Canónigos velase por la observancia de estas reglas, y tuviese siempre la vista fija en esta comunidad para prevenir todo abuso. Él mismo, por su parte, exhortaba de tiempo en tiempo con sus cartas á los ermitaños á que se mantuviesen y creciesen en la perfeccion de su estado. «La »caridad de Jesucristo, les escribe, es dulce, condescen»diente, sencilla. ¡Dios, que es la caridad misma, os quie»re conservar á todos en su santo servicio!.... Cuidará de »todos vosotros como podríais desear de un amigo y de un »hermano fiel. Permaneced en paz y descansad en esta de»claracion mia. Armaos de humildad, de paciencia, de »dulzura, y cantad alegremente: *Dominus protector vitæ meæ, ¿à quo trepidabo?*» (1)

»El Señor es mi protector, ¿qué podré temer? Perma»neced bajo las alas de Nuestra Señora, no temais nada, y »que la paz de Jesucristo, que sobrepuja á todo sentido, »guarde vuestros corazones y vuestras almas.» (2)

A medida que Francisco adelantaba en la vida, su santidad parecia mas y mas brillante. Un dia que se preparaba á subir al altar, absorto en su meditacion hasta el punto de olvidar la hora ordinaria de la Misa, uno de sus capellanes fue á avisarle que le estaban esperando. «¡Ah! »esclamó con alegría levantándose, voy á recibir á este »divino Salvador, voy á recibirle,» y se revistió los ornamentos sagrados manifestando un gozo estraordinario. Interrogado luego por su confesor sobre el motivo de esta alegría: «Es, le contestó, que Dios me ha dado grandes »luces sobre la Encarnacion y la Eucaristía, y me ha »inundado de tanta abundancia de gracias, que la alegría »interior se ha trasmitido al esterior.» Algunos dias des-

(1) Salm. XXVI, 1.
(2) Dep. de Baff.

pues, mientras predicaba en su catedral sobre el amor de Dios, fue de repente rodeado de una luz, que despedia rayos por todas partes alrededor de su cabeza, tanto que apenas se le distinguia (1); cuyo hecho ha sido depuesto bajo juramento por cinco testigos irrecusables. En Premery, cuando volvia de Thonon, donde habia confirmado á mas de quinientas personas, curó á un loco furioso acariciándole dulcemente y tocándole la cabeza (2). En el Faucigny devolvió repentinamente la salud con su oracion á un enfermo desahuciado de los médicos (3). En Annecy curó, bendiciéndole, á un desgraciado, de tal suerte atormentado por la rabia y el frenesí, que era preciso tenerle atado de piés y manos (4).

Obtuvo por medio del santo sacrificio, para una señora hacia mucho tiempo estéril, el favor de tener un hijo que heredase el nombre y la fortuna de su padre (5). Libertó á dos mujeres poseidas del demonio (6), y volvió la salud á una enferma con el solo tacto de su roquete, que habia besado en el momento en que se retiraba de su casa (7).

De este modo la veneracion pública crecia siempre, envidiando la Francia á la Saboya un Prelado tan santo, y procurando Luis XIII, como en otro tiempo Enrique IV, atraerle á su reino, confiándole un puesto mas honorífico, rico y menos penoso. La Madre de Chantal, á quien San Vicente de Paul tenia al corriente de los negocios de la corte, le escribia á menudo, y en sus respuestas le decia las disposiciones de su corazon, segun las cuales, desprendido de todo, no quería sino la mayor gloria de Dios. «Que la »providencia de Dios, le escribe (8), me haga cambiar de

(1) Carlos Aug., p. 345.
(2) De Cambis, t. III, p. 89.—Carlos Aug., p. 544.
(3) Id., t. III, p. 177.—Carlos Aug., p. 545.
(4) Id., t. III, p. 98.—Carlos Aug., p. 545.
(5) Carlos Aug., p. 546.
(6) Idem, p. 550.
(7) De Cambis, p. 131 y 132.—Carlos Aug., p. 550.
(8) Carta DX.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»lugar ó me deje aquí, porque todo me es igual; pero ¿no »sería mejor para mí no tener tanta carga, para que pu- »diera respirar un poco bajo la cruz de Nuestro Señor y »escribir alguna cosa para su gloria? Sin embargo, oiremos »lo que Dios mande; no quiero mas que su gloria, que »debe dominar todos mis afectos. Me examino por todas »partes para ver si la ancianidad me inclina á la avaricia, »y encuentro, por el contrario, que me libra de inquietu- »des y me hace abandonar con todo mi corazon y con toda »mi alma toda mezquindad, toda prevision mundana y »todo temor de necesitarla. Cuanto mas voy envejeciendo »mas odioso encuentro al mundo, mas vano é injusto, y »mas siente mi alma el deseo ardiente de no estimar otra »cosa que el amor de Jesus crucificado, encontrándome »tan insensible é los acontecimientos de este mundo, que »casi nada es capaz de moverme. Solo la gloria de Dios, »manifestada por mi superior el Papa, puede sacarme de »Ginebra.» (1)

Por otro lado, el proyecto de la coadjutoría de su hermano Juan Francisco, cuyo concurso le hacia esperar una vida menos agitada, marchaba felizmente. Escribia en marzo á la Madre Chantal (2): «La coadjutoría está ya de- »terminada y pronto se verificará;» y en el mes de mayo le participa el nombramiento oficial del coadjutor, y que se habian pedido ya las bulas á Roma (3). «Ya teneis á mi »hermano Obispo, le dice; esto no me enriquece, es cierto, »pero me alivia, y me hace esperar que podré retirarme de »los apuros en que vivo, lo cual vale mas que un capelo »de cardenal.» Esta era, en efecto, su contínua preocupacion: queria dejar su obispado para vivir en el retiro, dejar sus rentas á su hermano el coadjutor, y no reservarse para sí mas que quinientos francos de renta, pretendiendo que esto era lo suficiente para alimentarse y vestirse, y que lo demás sería supérfluo y valía mas no tenerlo.

(1) Carta DXIX.
(2) Carta DXI.
(3) Carta DXIX.

La alegría que sentia con la esperanza de su retiro fue cruelmente turbada por una notició que recibió entonces. Tenia un amigo al que amaba mucho, y este amigo, apostatando de la verdadera fe, se hizo calvinista y pasó á Inglaterra. Al saber esta defeccion, su corazon se afligió profundamente (1), y lloró amargamente á su amigo perdido. «En mi vida, dice, he tenido una sorpresa »mas desagradable;» gime por la facilidad que tiene el espíritu humano de estraviarse cuando se sustrae á la autoridad que debe conducirle. «¡Oh vanidad del espíritu hu- »mano que confia en sí mismo! ¡Oh! qué vanos son los »hombres cuando se creen á sí mismos. Mi amigo, que no »encontraba bastante bien probada la autoridad del Papa »sobre los cristianos, ha ido á colocarse bajo la autoridad »eclesiástica de un rey, cuyo poder no ha autorizado nunca »la Escritura sino para las cosas civiles.» Por último, se conmueve por la suerte de Inglaterra entera, como se conmovió en otro tiempo sabiendo la acogida hecha por Jacobo I á su *Tratado del amor de Dios*. «Tengo una incli- »nacion particular hácia esta grande isla y hácia su rey, »escribe, y pido incesantemente su conversion á su divina »Magestad con la confianza de que seré escuchado, como »lo serán muchas almas que suspiran por esto.» (2)

A la pena de esta defeccion se unió en el alma de este santo Obispo otro dolor no menos sensible. Recibió noticias muy desagradables de la abadía del Sixt, donde á fuerza de solicitud, creia haber restablecido el orden y la paz. Desde el año 1603, es decir, quince años antes, habia intentado hacer entrar en su deber á los religiosos de esta casa; en 1604 habia hecho una segunda tentativa, é impuesto constituciones que prescribian la vida comun y la obediencia al prior, como ya hemos manifestado en el libro IV de esta historia; pero estas constituciones fueron tan mal observadas, que el público, poniendo en ridículo

(1) Carta DXLII y DXLV.
(2) Carlos Aug., p. 519.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esta reforma, decia que el Obispo no habia sacado de sus dos viajes, mas que el frio de las montañas y sus hielos y nieves: mas el bondadoso Obispo, que no desesperaba nunca de la conversion de nadie, contestaba á las burlas: «Decid lo que querais; hay una buena semilla debajo de esta »nieve, y el tiempo de la recoleccion vendrá. El labrador »que ve sus campos cubiertos de escarcha, espera con paciencia el fruto de su trabajo, y yo tambien vivo con esa »esperanza. Cuando la nieve se haya deshecho haremos la »siega. Es preciso trabajar en la obra de Dios al gusto de »Dios, y no segun el deseo del hombre. Dios es paciente y »misericordioso, nos espera á penitencia; pero el hombre »es arrebatado y colérico, y con frecuencia solo es misericordioso consigo mismo.» (1)

Lleno de esperanza, el paciente prelado no cesaba de exhortar con sus cartas á los religiosos del Sixt á la fiel observancia de su regla; y en efecto, á principios de enero de 1618 se determinaron á entregarse á ella, enviándole un compromiso espreso firmado por el capítulo. Francisco, alegre con esta determinacion, se apresuró á espresarles toda su alegría ratificando este acta capitular. «Aprobamos y ratificamos este acta, les escribe el 23 de enero (2), »y mandamos que sea observada. Os alabamos, os amamos »inmensamente en las entrañas de Jesucristo, y os damos »nuestra bendicion paternal.»

Deseoso de aprovecharse de estas bellas disposiciones, fué á hacerles una tercera visita. Una vez allí, como sábio superior que conduce poco á poco á sus inferiores á una perfeccion mas alta, los persuadió á que hiciesen mas aún, aceptando unas constituciones mas estensas y perfectas. «Sabiendo, dice (3), que los venerables canónigos, dóciles »á la inspiracion divina, quieren restablecer por entero la »observancia regular, decaida y casi estinguida por el cur-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 20 de diciembre.
(2) Carta CCXII.
(3) Opusc., p. 414.

»so del tiempo, queriendo secundar con nuestra autoridad »un objeto tan laudable, ordenamos lo que sigue.....»

Luego estableció que todo lo que habia sido ordenado en la última visita fuese observado; que dentro de un año todos los canónigos pronunciarian sus votos, considerándose aquel año como el de probacion; y que en adelante los novicios serian admitidos á la profesion al cabo del año si se reconocian capaces, y despedidos si no eran á propósito, y despues de probados otro año mas si su vocacion era dudosa; que los profesos solo llevarian la muceta, y los novicios la sobrepelliz; que todos los oficios se harian segun los usos de la catedral, y que los sábados el prior determinaria quienes deberian oficiar ó hacer alguna ceremonia entre semana; que los canónigos estudiarian la teología y los libros de piedad; que el mas hábil de ellos tendría la clase de los novicios, y exigiria que aprendiesen el catecismo del concilio de Trento; que las mujeres no entrarian nunca en el interior del monasterio; y que la casa mantendría doce canónigos residentes, ó tenidos de derecho por residentes, proporcionándoles los víveres, vestidos y demás cosas necesarias á la vida.

Tales fueron los sabios reglamentos con que Francisco de Sales aseguró el buen órden de la comunidad. Un solo religioso tuvo dificultad en someterse á ellos, atreviéndose hasta á amenazar á su Obispo; pero el hombre de Dios no opuso mas que dulzura á la tempestad, y el religioso rebelde, ganado con esta mansedumbre, reconoció su falta y se hizo uno de los mas regulares.

Durante el tiempo que el santo prelado permaneció en Sixt, ocurrió un hecho muy notable. Habiendo acudido gran número de personas del Faucigny, del Chablais y del país de Gex para conferenciar con el santo Obispo sobre diversos asuntos, fué preciso que la abadía alimentara á todos estos estranjeros, y se contó que habia dado hasta doscientas comidas á personas de distincion y cuarenta á otras de clase mas inferior.

Francisco, afligido con los gastos que ocasionaba á la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

casa, dijo á los religiosos que pediria á Dios los indemnizara, y ¡cosa maravillosa! fué tal el efecto de su oracion, que el monasterio no sufrió con ninguno de estos gastos. El rio que lo atraviesa le surtió de tan hermosos peces, que los hombres no recordaban haberlos visto semejantes. No se hizo cocer mas pan que el que se habia preparado para los religiosos, y hubo para todo el mundo; se tomó en el tonel todo el vino que se necesitó y el tonel no disminuyó, como si los religiosos solo hubieran bebido de él: hechos todos que han sido declarados por seis canónigos de la abadía, y depuestos con juramento en el proceso para la beatificacion del siervo de Dios (1). Ya anteriormente el santo Obispo habia hecho en estos paises alguna cosa semejante. Un dia que atravesaba las montañas del Faucigny en los grandes calores del estío, deseó procurar á sus compañeros de viaje algun refrigerio para apagar la sed devoradora que los abrasaba, y pidió vino en una posada que se encontró en el camino.

Habiéndole el posadero contestado que no tenia mas que vino echado á perder, y que haria daño á los que le bebiesen: «No importa, dijo el Obispo, dadme á probar »vuestro vino.» El posadero, despues de haberse hecho rogar, trajo un vaso: apenas el hombre de Dios lo acercó á sus labios, cuando no solo el vino que estaba en el vaso, sino aun el que habia en el tonel, se volvió escelente y delicioso. Todos los compañeros de viaje bebieron y llevaron varias botellas, y el posadero en dos dias vendió el resto á un precio muy subido (2).

Desgraciadamente el buen órden que habia producido la observancia exacta de las constituciones dadas en la abadía de Sixt duró poco; vivas contestaciones se levantaron entre el abad y sus religiosos, desterrando estas querellas la caridad y con ella la regularidad. Francisco, así

---

(1) Dep. de Bernard, Jean, Passis, Biard, Moccand y Desfayes.—Carlos Aug., p. 516.

(2) Carlos Aug., p. 512.

que fué informado de ello, partió al punto con dos hábiles jurisconsultos, y llegado allí, oyó á las dos partes con tanta paciencia y dulzura, que los dispusieron á recibir la sentencia que iba á pronunciar. Pesó las razones de una parte y otra, terminó la diferencia con una sabiduría que satisfizo á todos los espíritus, uniendo los corazones y ahogando hasta el menor gérmen de discordia. Hizo mas aún; ganó de tal suerte la estimacion y afecto del abad Jacobo de Mouxi, que este hizo con él una confesion de muchos años, acompañándola de los mas bellos sentimientos de contricion y de fervor. El santo Obispo se volvió muy consolado, pero apenas llegó á Annecy, llegó un propio para informarle de que el abad estaba gravemente enfermo, y le rogaba fuera á prepararle para la muerte. Con esta noticia parte al punto, á pesar de lo largo del camino que era de dos jornadas de marcha, y de su dificultad, teniendo que atravesar las montañas con hielos y nieves, porque esto sucedia á fines de noviembre.

Así que llegó allí, dispuso al abad para hacer un exámen completo de toda su vida, empleando para oirle tres dias, desde el medio dia hasta la noche, y al cuarto, concluida la confesion, aquel buen anciano, que no era mas que diácono, porque no habia querido nunca recibir el sacerdocio, se hizo conducir, revestido de sobrepelliz, á la iglesia, donde oyó la Misa y recibió la comunion de manos del santo Obispo, con un gozo en el que brillaba la paz de la buena conciencia y el gozo de un corazon purificado. Desde este momento pareció enteramente cambiado; se notó en toda su conducta un fervor estraordinario; no quiso ocuparse mas que del cielo; y cuando le hablaban de los negocios de la casa, contestaba que habia puesto su alma y sus bienes en manos del Obispo para que dispusiese enteramente de ellas. Al cabo de diez y ocho dias murió, segun la prediccion que habia hecho el santo prelado en su viaje precedente al dejar la abadía, porque entonces habia dicho el abad de Mouxi, sobrino del enfermo, que procurase que todos los negocios temporales de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su tio estuvieran en órden, porque no debia pasar en este mundo mas que dos lunas; y esta profecía, muy contraria á todas las conjeturas y previsiones humanas, se verificó exactamente, porque estaba próximo el fin de la luna de noviembre, y el abad murió el cuarto dia de diciembre (1).

CAPITULO IX.

Francisco de Sales recibe la visita del Obispo de Calcedonia, su hermano. Trabajos incesantes del santo Obispo. Reforma de los Bernardinos. Traslacion de las reliquias de San German.

(Año 1621.)

Habiendo recibido Juan Francisco de Sales las bulas de Roma que le nombraban coadjutor de Ginebra con futura sucesion, bajo el título de Obispo de Calcedonia, se hizo consagrar en Turin el 17 de enero de 1621, y partió pocos dias despues para dirigirse á Annecy. Francisco, queriendo honrar el carácter episcopal en la persona del nuevo Obispo, fue á recibirle con gran pompa á las puertas de la ciudad, á pesar de estar muy avanzada la noche, y los dias siguientes le rodeó de todos los testimonios de su veneracion, le hizo celebrar de pontifical en su presencia, y le cedió en todas partes el primer lugar. Le hicieron ver que iba demasiado lejos y que se ocultaba demasiado, siendo él el primero. «Es preciso, contestó sonrien»do, que mi hermano se haga grande y yo pequeño. *Opor»tet illum crescere, me autem minui.* Es preciso que él »obre y yo descanse.» Y repitió estas palabras al mismo Obispo de Calcedonia. «Nunca, le dijo, he pedido ni he»cho pedir al Duque de Saboya la gracia de teneros por »mi brazo derecho. Solo la voluntad y providencia de »Dios es la que os ha elevado á esta dignidad; doy gracias

(1) Dep. del abad de Mouxi, su sobrino, que estaba presente, del abad Lagay, de París, de Desfayes, etc.—Carlos Aug., p. 546 y 547.

»por ello á la divina Misericordia, pues espero que toma»reis el oficio de Marta y me dejareis el de María.» (1)

El Obispo de Calcedonia no pudo permanecer mucho tiempo con su santo hermano; sus funciones de primer limosnero de la Princesa del Piamonte le llamaban á la corte, y partió para Turin al cabo de tres dias, dejando al Obispo de Ginebra abrumado de trabajo. Aquí se revela un hecho bien notable, y es que, entre tantas ocupaciones diversas, el santo prelado, aunque segun su espresion tenia *la cabeza llena de negocios y de varias ocupaciones* (2), no disminuia nada de su union con Dios y de la perfeccion de su recogimiento. «¡Qué contento estaba esta ma»ñana, escribe el 24 de agosto á la Madre Chantal (3), »de encontrar á un Dios tan grande, que no podia siquie»ra imaginar su grandeza! Pero ya que no puedo exaltarla »y engrandecerla, quiero al menos anunciar su grandeza »é inmensidad. Ocultemos dulcemente nuestra pequeñez »en esta grandeza, y como un polluelo cubierto con las »alas de su madre permanece en seguridad y caliente, »descansemos nuestros corazones en la dulce y amorosa »providencia de Nuestro Señor, y abriguémonos bajo su »perfeccion.»

Habia á dos kilómetros de Annecy una abadía llamada de Santa Catalina, ocupada por religiosas de la Orden de San Bernardo. Estas religiosas, que participaban del espíritu del mundo, aumentaron las solicitudes en el corazon del santo Obispo, el cual, no encontrando que sirviesen á Dios á su gusto, emprendió su reforma (4). Para eso fue á visitar varias veces el monasterio, y á hacer en él exhortaciones llenas de fuerza y de dulzura, en las cuales se aplicaba á hacer resaltar por un lado el desórden y la ver-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 22 de abril.—Carlos Aug., p. 550.
(2) Carta DLV.
(3) Carta DLXXII.
(4) Todo lo que tiene relacion con esta reforma lo hemos sacado de la vida de la Madre Ballon, fundadora y primera superiora de las Bernardinas reformadas, por el P. Juan de Crasni, sacerdote del Oratorio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su tio estuvieran en órden, porque no debia pasar en este mundo mas que dos lunas; y esta profecía, muy contraria á todas las conjeturas y previsiones humanas, se verificó exactamente, porque estaba próximo el fin de la luna de noviembre, y el abad murió el cuarto dia de diciembre (1).

CAPITULO IX.

Francisco de Sales recibe la visita del Obispo de Calcedonia, su hermano. Trabajos incesantes del santo Obispo. Reforma de los Bernardinos. Traslacion de las reliquias de San German.

(Año 1621.)

Habiendo recibido Juan Francisco de Sales las bulas de Roma que le nombraban coadjutor de Ginebra con futura sucesion, bajo el título de Obispo de Calcedonia, se hizo consagrar en Turin el 17 de enero de 1621, y partió pocos dias despues para dirigirse á Annecy. Francisco, queriendo honrar el carácter episcopal en la persona del nuevo Obispo, fue á recibirle con gran pompa á las puertas de la ciudad, á pesar de estar muy avanzada la noche, y los dias siguientes le rodeó de todos los testimonios de su veneracion, le hizo celebrar de pontifical en su presencia, y le cedió en todas partes el primer lugar. Le hicieron ver que iba demasiado lejos y que se ocultaba demasiado, siendo él el primero. «Es preciso, contestó sonrien»do, que mi hermano se haga grande y yo pequeño. *Opor»tet illum crescere, me autem minui.* Es preciso que él »obre y yo descanse.» Y repitió estas palabras al mismo Obispo de Calcedonia. «Nunca, le dijo, he pedido ni he»cho pedir al Duque de Saboya la gracia de teneros por »mi brazo derecho. Solo la voluntad y providencia de »Dios es la que os ha elevado á esta dignidad; doy gracias

(1) Dep. del abad de Mouxi, su sobrino, que estaba presente, del abad Lagay, de París, de Desfayes, etc.—Carlos Aug., p. 546 y 547.

»por ello á la divina Misericordia, pues espero que toma»reis el oficio de Marta y me dejareis el de María.» (1)

El Obispo de Calcedonia no pudo permanecer mucho tiempo con su santo hermano; sus funciones de primer limosnero de la Princesa del Piamonte le llamaban á la corte, y partió para Turin al cabo de tres dias, dejando al Obispo de Ginebra abrumado de trabajo. Aquí se revela un hecho bien notable, y es que, entre tantas ocupaciones diversas, el santo prelado, aunque segun su espresion tenia *la cabeza llena de negocios y de varias ocupaciones* (2), no disminuia nada de su union con Dios y de la perfeccion de su recogimiento. «¡Qué contento estaba esta ma»ñana, escribe el 24 de agosto á la Madre Chantal (3), »de encontrar á un Dios tan grande, que no podia siquie»ra imaginar su grandeza! Pero ya que no puedo exaltarla »y engrandecerla, quiero al menos anunciar su grandeza »é inmensidad. Ocultemos dulcemente nuestra pequeñez »en esta grandeza, y como un polluelo cubierto con las »alas de su madre permanece en seguridad y caliente, »descansemos nuestros corazones en la dulce y amorosa »providencia de Nuestro Señor, y abriguémonos bajo su »perfeccion.»

Habia á dos kilómetros de Annecy una abadía llamada de Santa Catalina, ocupada por religiosas de la Orden de San Bernardo. Estas religiosas, que participaban del espíritu del mundo, aumentaron las solicitudes en el corazon del santo Obispo, el cual, no encontrando que sirviesen á Dios á su gusto, emprendió su reforma (4). Para eso fue á visitar varias veces el monasterio, y á hacer en él exhortaciones llenas de fuerza y de dulzura, en las cuales se aplicaba á hacer resaltar por un lado el desórden y la ver-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 22 de abril.—Carlos Aug., p. 550.
(2) Carta DLV.
(3) Carta DLXXII.
(4) Todo lo que tiene relacion con esta reforma lo hemos sacado de la vida de la Madre Ballon, fundadora y primera superiora de las Bernardinas reformadas, por el P. Juan de Crasni, sacerdote del Oratorio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

güenza de una casa religiosa donde la observancia regular no está en su vigor, y por otro el encanto y la delicia de una comunidad bien regulada. Varias religiosas, apoyadas por el poder secular, permanecieron rebeldes á su elocuente palabra; pero cinco, mas dóciles, concibieron un deseo ardiente de hacer lo que pedia, y le rogaron diera al punto principio á la reforma. La dificultad de la empresa era grande, porque á juicio del santo Obispo no habia reforma posible en un monasterio sin clausura, y en el campo no hay clausura posible por el alejamiento de los socorros temporales y espirituales. Además, para trasladar el monasterio á la ciudad se necesitaba autorizacion de la Santa Sede y de la corte de Turin, cuya doble autorizacion no podia obtenerse sino por medio de largas negociaciones. Francisco escribió mas de cien cartas con este objeto que no tuvieron resultado, y fue preciso resignarse y esperar, limitándose por el pronto á insinuaciones y á exhortaciones contínuas, con el fin de disminuir el mal que existia y procurar el mayor bien posible.

Desgraciadamente, oponiéndose fuertemente la abadesa y cuatro de sus compañeras á la reforma, sus discursos producian poco fruto; y por otro lado, las cinco religiosas que querian la reforma, impacientes por estas largas dilaciones, le instaban á que la llevase á cabo obrando por su propia autoridad. A las instancias de las últimas, contestaba que era preciso moderar este ardor escesivo y aprender á tener paciencia. «No es este negocio de un dia, les »decia; con oracion, silencio y paciencia todo se hará en »el momento señalado en los designios de Dios; pero sobre »todo sed dulces y humildes de corazon. Desead poco y »haced mucho; la resignacion y la sumision forman la »esencia de la vida religiosa.....» «Dios se sirve del tiem»po para llevar á cabo los decretos de su providencia, es»cribia á la misma hermana Ballon. El espíritu humano »ama sus satisfacciones y su propio juicio. Así no se debe »estrañar si se reciben con disgusto las ideas de otros, por »santos que sean. Permaneced en paz, sufrid en paz, es»perad en paz, y Dios, que es Dios de paz, hará brillar su »gloria en medio de esta guerra. Haced buena provision, »que ahora es ocasion de hacerla. Recojed las bendiciones »de las contradicciones, y mas aprovechareis así en un »dia que en diez en otras circunstancias. Dios hablará por »los que callen, triunfará por los que sufren, y coronará »la paciencia con un éxito feliz.»

Dos religiosas de las que se habian declarado por la reforma, arrebatadas por el ardor de la inesperiencia, que echa á perder las mejores cosas precipitándolas, no recibieron bien este lenguaje de sabia moderacion, y por un acto de celo indiscreto se atrevieron á dirigirle dos cartas, la una llena de reconvenciones sin ningun miramiento, y la otra de quejas, que tenia al menos el mérito de ser cortés. A la primera, el santo Obispo contestó: «Hija mia, »quisiera irritarme con vos, pero no puedo, porque no es»toy de humor de hacerlo.» A la otra dirigió solo estas dos líneas: «Mi querida hija, la reforma se hará, y Dios »hará que los hombres cooperen á ella cuando menos se »piense.» Pero por una desgraciada equivocacion, este billete cayó en manos de la abadesa, y se decidió en capítulo que en adelante se cerraria la puerta del convento al Obispo, y que las cinco religiosas que querian la reforma no podrian escribirle sin enseñar sus cartas á la abadesa.

El santo prelado, informado de esta decision, contestó graciosamente: «Si me cierran la puerta del convento, no »podrán cerrarme la de la iglesia; á ella iré, y hablaremos »juntos,» y al mismo tiempo mandó decir á las cinco religiosas que podian escribirle como antes, «porque, aña»dió, yo he recibido un poder mayor que el de la abadesa »para permitirlo.»

En efecto, ademas del poder que le daba su carácter de Obispo, el abad general del Cister le habia trasmitido toda su autoridad sobre la abadía, para restablecer en ella la regularidad por todos los medios que juzgara á propósito. Continuó yendo á instruir á las religiosas; les demostraba que su vocacion era sublime; que la educacion de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

juventud, á que se aplicaban, era una obra igualmente preciosa para las jóvenes y meritoria para las maestras; que la vida religiosa tiene por objeto principal mortificar la voluntad con sus mil deseos y el amor propio con sus mil pretensiones y sutilezas; colocar el alma en un perfecto abandono á la voluntad de Dios por todos los acontecimientos que agrade á su providencia mandar ó permitir; en una humildad animosa, que al mismo tiempo que se abata con la vista de su nada, se eleve por medio de la confianza en Dios; en una dulzura inalterable, que no sabe oponer mas que el silencio á las palabras ágrias y ofensivas; en la práctica de la oracion, á pesar del desprecio de los que no la hacen; en el ejercicio de las virtudes, á pesar de las contradicciones que se encuentran en ellas; y por último, en la obediencia á la superiora y en la muerte de la propia voluntad. Añadió que si estas enseñanzas, son elevadas, es preciso acordarse de que, para que una religiosa tenga seguridad de su salvacion, debe ser toda de Dios; «porque este Rey celestial lo quiere todo ó nada; »quiere reinar como soberano sobre todo nuestro sér; no »quiere corazones divididos, corazones tibios, porque á »los tibios Dios no puede sufrirlos, y los arroja de su co»razon.» Cuando decia estas palabras, observa la religiosa que las refiere, estaba todo encendido y parecia extasiado (1).

A estos discursos el santo Obispo unia la predicacion de sus ejemplos, y entre otros motivos de edificacion, se notó que en vez de acostarse en la escelente cama que se le habia preparado, hacia descansar en ella á su criado y tomaba para su uso la de este último. Así era como preparaba los corazones á la reforma para un tiempo mejor.

Entre tanto las cinco religiosas, disgustadas de no ver llegar las autorizaciones legales, le pidieron permiso para ir á establecerse en comunidad á Rumilly, y hacer allí la vida perfecta á que aspiraban; se lo permitió, y partieron

(1) Vida de la Madre Ballon.

para empezar su reforma. Estos principios fueron de los mas penosos, pues les faltaba todo. Espusieron su estado al santo Obispo en una carta, de la que se encargó un eclesiástico que era pariente suyo. Este, que hacia tiempo estaba disgustado con el hombre de Dios, acogió gustoso esta ocasion para desahogar su cólera, y tomando por pretesto la autorizacion imprudente, á su parecer, dada á las religiosas y el abandono en que las dejaba, le dijo las palabras mas mortificantes. En vez de contestar á estos ultrajes: «Primo mio, le dijo Francisco, ¿quisiérais hacerme »un pequeño servicio? Estas buenas hermanas de Rumilly »tienen alguna ropa en la Visitacion de aquí. ¿Quisiérais »mandar mañana vuestro caballo para llevársela? Ya veis »que estan pobres, y es justo asistirlas.» Una contestacion tan inesperada cambió de tal suerte al eclesiástico, que se ofreció á servir al que acababa de ultrajar, y las religiosas fueron socorridas (1).

El santo prelado fué algun tiempo despues á visitarlas, y á su llegada á Rumilly se reunió todo el pueblo y fué á verle con una alegría inesplicable. «Mis queridos hijos, les »dijo, no vengo por vosotros esta vez, sino por mis ama»das hijas de San Bernardo.» Todo el pueblo le acompañó al nuevo monasterio. Allí confesó á las religiosas, visitó toda la casa, dijo Misa, en la que comulgaron todas de su mano, y viendo la capilla llena de gente, pronunció un discurso en el que alabó mucho su empresa, alentándolas con un maravilloso fervor á proseguirla invariablemente; y luego, dirigiéndose á los asistentes, hizo ver cuán grande dicha es para las ciudades tener comunidades religiosas, que son como coros de ángeles, que con sus oraciones hacen bajar sobre sus habitantes las bendiciones del cielo. Despues de este discurso público habló á las religiosas en particular, recomendándoles hablaran siempre con respeto de las religiosas de Santa Catalina; confiaran en la providencia de Dios, que cuidaria de ellas,

(1) Vida de la Madre Ballon.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y no en el favor de los hombres; no recibiesen al noviciado sino jóvenes pobres, por temor de que el deseo del dinero hiciese recibir á las que no convinieran, ó al menos pusiesen dificultad en admitir á las ricas; y por último, que estableciesen un pensionado, tanto por la buena obra de la educacion cristiana, como por procurarse á sí mismas medios de subsistencia. «Tened ánimo, hijas mias, les dijo para concluir, y no desmayeis hasta comeros las paredes, si no tuviéseis otra cosa, como suele decirse. El fundador de las fuldenses se alimentó, durante cinco años, con flores de retama y de yerbas silvestres, y no tuvo para alumbrarse de noche otra luz que la lámpara del Santísimo Sacramento..... No os pido mas que un año de valor; despues os hareis superiores á todo. Pobres hijas mias, cada uno habla de vosotras como le agrada: el mundo os tiene por imprudentes; tenedle vosotras á él por insensato, y confiad solo en Dios.» Habiéndole dicho las religiosas unánimemente que ponian en él tambien su confianza: «Hijas mias, contestó levantando los ojos al cielo, á donde presentia que iria pronto (1), vuestro padre es ya viejo, y no puede vivir mucho; es preciso morir.» Despues de este discurso, presidió la eleccion de superiora; y así empezó la reforma, que la Santa Sede aprobó mas tarde, la que tuvo en poco tiempo varias casas, y valió al santo Obispo de Ginebra el título de restaurador de la órden, ó mas bien de fundador de las Bernardinas reformadas (2).

Francisco volvió en seguida á Annecy, y habiendo entrado algunas horas despues de su llegada sus dos hermanos de repente en su cuarto, le encontraron absorto en una profunda meditacion; y como le mostraron deseos de saber lo que la motivaba: «Hermanos mios, les dijo, dejadme un poco solo con mi Dios; su divina Majestad me ha avisado piense seriamente en un negocio de la mayor importancia.

(1) Vida de la Madre Ballon.
(2) Dep. de Myncet.

Os lo comunicaré dentro de algun tiempo.—Sin duda será, le dijeron, el establecimiento de una nueva obra.—No es eso, contestó: otra vez lo sabreis.» Diciendo esto le dejaron gozar del don de Dios, convencidos de que habia recibido un aviso celestial de su próxima muerte (1).

Todas las acciones de su vida les confirmaron mas aún en esta creencia, porque desde aquel momento no se consideró ya sino como el viajero que, pronto á ponerse en camino para un pais lejano, hace todos los preparativos de partida. Puso sus negocios temporales en ese bello órden que ilustra á los que sobreviven sobre el destino de cada parte de la herencia, que hace imposible toda discusion y toda duda, y muestra como en un dia sin nubes la última voluntad del difunto. Al mismo tiempo, añadió á su vida ordinaria ese no sé qué de acabado y perfecto, que convenia á la coronacion de la mas hermosa de las vidas.

Sin embargo, un interés mas vasto y elevado pareció preocuparle mas aún, y era el interés de su diócesis. ¿Qué iba á ser, en efecto, de sus amados diocesanos bajo un superior sin esperiencia, novicio hasta entonces en el arte tan difícil del gobierno espiritual? Preocupado con este pensamiento se dedicó enteramente á formar al Obispo de Calcedonia para este alto ministerio. Habiendo obtenido este prelado de la corte de Turin permiso de reunirse con su santo hermano para aprender á su lado los deberes del episcopado, Francisco le preparó á tomar el gobierno de la diócesis como si debiera dejarla pronto. Todos los dias, por espacio de algunas horas, se encerraba con él en su gabinete, le esponia en detalle el estado del personal y del material de las parroquias é iglesias de la diócesis, el carácter y las costumbres de los pueblos y de los pastores, sus buenas y malas cualidades, y los medios de correjir el mal y de establecer ó de consolidar el bien; luego le esplicaba los puntos principales de la Teología, los pasajes mas difíciles de la sagrada Escritura, la manera de predi-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 22 de octubre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

car y de exhortar, juntamente con las reglas del gobierno episcopal (1). «Es tiempo, mi amado hermano, le repetia »á menudo, de que os instruya todo lo mejor que yo pue»da, porque ¿quién sabe cuándo tocarán la retirada?»

A la teoría unia la práctica, y le hacia desempeñar en su presencia todas las funciones episcopales. Le hizo tambien predicar una vez con las vestiduras pontificales; y como todos cumplimentasen al nuevo orador, Francisco repitió al Cabildo que le rodeaba las palabras de San Juan: «*Illum oportet crescere, me autem minui*. Él debe apare»cer, y yo ocultarme y morir.»

Los dos Obispos vivian juntos en la union mas perfecta, formada y sostenida solo por la virtud, porque sus caracteres y temperamentos eran enteramente diferentes. Francisco era amable, de una bondad y dulzura á toda prueba, siempre pronto á perdonar y escusar las faltas de otro. El Obispo de Calcedonia, por el contrario, era austero, sério, hablaba poco, tenia severidad y aun inflexibilidad para los pecadores; pero la humildad en un lado, el aprecio en el otro, y la virtud en ambos, paralizaban estos motivos de desunion.

Un dia que se preparaban á rezar el Breviario juntos, llamaron al santo prelado para que oyese una confesion, cuya confesion duró largo tiempo. Habiendo luego empezado á rezar el Breviario, se apercibieron al fin del primer Nocturno que no era aquel el Oficio que hubieran debido decir. El Obispo de Calcedonia, á quien el disgusto de haber esperado tanto tiempo habia predispuesto al mal humor, no pudo contenerse, y con un tono ágrio culpó á su hermano por esta equivocacion; pero Francisco, sin ofenderse por el modo con que le reprendia, le rogó dulcemente que no se incomodase, asegurándole que Dios, menos difícil de servir que los hombres, se contentaria con el Nocturno que acababan de rezar, y continuaron el Oficio sin volver á empezar.

(1) Carlos Aug., p. 559.

Otro dia, en el momento de ir á ponerse á la mesa, una pobre mujer se presentó para hablar al Obispo de Ginebra, el cual la hizo entrar en la habitacion inmediata y la escuchó todo el tiempo que deseó. El Obispo de Calcedonia no pudo contenerse cuando volvió Francisco: «Verdadera»mente, le dijo con un tono de mal humor, que impa»cientais á todo el mundo.—Pero, contestó sonriendo el »santo Obispo, esta pobre mujer y yo somos del mundo, y »sin embargo no nos hemos impacientado.» Luego, habiéndose sentado á la mesa y continuando su amable broma: «¿Sabeis, hermano mio, le dijo, que hay en el mundo »una persona á quien habeis hecho enteramente feliz? (1) »Adivinad cuál es.»

El Obispo de Calcedonia nombró varias. «No es esa, »decia Francisco á cada una que citaba su hermano.— »¿Pues quién es?—La que hubiera sido vuestra mujer si os »hubiérais casado (2). Mirad, hermano mio, añadió to»mando un tono sério, los Obispos no debemos negarnos á »nadie si queremos cumplir con nuestro deber. Es preciso »que seamos como esas grandes fuentes públicas donde »todo el mundo tiene derecho á beber, donde no solo los »hombres, sino hasta las bestias y las serpientes, acuden »á apagar su sed.»

Hácia el fin de noviembre los dos Obispos se dirigieron á la abadía de Talloires, para proceder á la traslacion de las reliquias de San German, piadoso solitario que vivia en el siglo once, y que habia sido enviado de la abadía de Flavigny á Talloires para restablecer en ella la observancia regular. Terminada su mision, se habia construido sobre una alta montaña de las cercanías una ermita, donde viviendo en la práctica del ayuno, de la oracion y del trabajo de manos, habia merecido que Dios, despues de su muerte, revelase su santidad con numerosos milagros y la voz publica de los pueblos. En la visita anterior que Fran-

(1) Carlos Aug., p. 559.
(2) Memorias de la Madre Greffier.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cisco habia hecho á Talloires, habia mandado reparar la ermita, y anunciado que cuando se terminaran estas reparaciones, iria él mismo á sacar el cuerpo del santo ermitaño del centro de la nave, donde reposaba, para colocarlo mas decorosamente en el altar mayor. Llegado allí hizo oficiar pontificalmente al Obispo de Calcedonia y bendecir con sus manos la iglesia y el altar, permaneciendo él durante la ceremonia cerca de la antigua urna, que contenia las reliquias del santo, abismado en una profunda meditacion y como arrebatado en un delicioso éstasis. «Nunca »escepto en otra ocasion, dijo al Padre de Coëx, he senti»do tantos consuelos interiores.» Concluida la Misa abrió la urna, enseñó al pueblo los huesos sagrados, é hizo tocar á ellos algunos rosarios que le presentaron; colocó las reliquias en una urna nueva y bien adornada, guarnecida por dentro de una rica tela de seda, y luego, tomando aquella preciosa carga sobre sus hombros ayudado por el Obispo de Calcedonia, la llevó en procesion alrededor de la ermita, cuya tierra regó con sus lágrimas, yendo á colocar el santo cuerpo al pié del altar (1).

Entonces, no pudiendo ya contener los sentimientos de que su corazon estaba inundado, subió al púlpito y habló durante dos horas, primero del honor que se debe á los santos y á sus reliquias, y luego en particular de las virtudes de San German, exhortando vivamente á imitarlas (2).

Habiendo pasado de la ermita á la casa del ermitaño, se sintió fuertemente inclinado á ir á terminar sus dias en aquella encantadora soledad, no pudiendo ocultar este deseo á los que le acompañaban. «Verdaderamente, dijo, he »escogido este lugar para venir á vivir en él y tomar un »poco de reposo. Si agrada á nuestro Señor, dejaré el peso »del dia y del calor á nuestro coadjutor, y entretanto, con »mi rosario y mi pluma serviré á Dios y á la Iglesia.»

(1) Carlos Aug., p. 551.

(2) Dep. del canónigo Gard, de Myncet et Dasit.—*Año Santo de la Visitacion*, 13 de julio.

Luego, abriendo una ventana del lado del norte que daba al lago y á la ciudad de Annecy, y admirando la belleza del paisaje: «¡Qué sitio tan delicioso! esclamó. Aquí »los grandes y bellos pensamientos caerán tan directa y »copiosamente sobre nosotros como las nieves que caen en »invierno.» Despues de la comida bajó á pié la montaña, y llegado á la iglesia de Talloires, donde el pueblo reunido le esperaba, subió de nuevo al púlpito, y habló del culto de los santos y de los procedimientos de canonizacion antiguo y moderno, recomendando especialmente la devocion al santo anacoreta que acababa de honrar; y sus palabras se imprimieron tan profundamente en los corazones de sus oyentes, que desde entonces acude siempre un gran concurso de pueblo á la iglesia de San German, sobre todo el lunes de Pascua y los dias de Pentecostés y Todos los Santos (1).

CAPITULO X.

Plan de retirada de Francisco.—Presentimiento de su próxima muerte, y severidad con que se trata.—Preside el capítulo de los Fuldenses.—Se detiene tres dias en Turin.—Pierde y encuentra un anillo precioso.—Su dulzura en donde se hospedaba.—Su vuelta á Annecy.

(Años 1621 y 1622.)

Antes de dejar á Talloires, Francisco dió órden al prior Mr. de Coëx de que le edificase cerca de la ermita de San German, en un agradable recinto, cinco ó seis celdas, con el fin de retirarse á este santo desierto, así que pudiera entregar al Obispo de Calcedonia el gobierno de su diócesis (2). «Cuando estemos ahí, dijo al Prior, serviremos á »Dios con el Breviario, el rosario y la pluma, gozaremos »de un santo ócio para trazar por la gloria de Dios y la

(1) Carlos Aug., p. 551.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. VII; p. V, sec. VI; p. X, sec. IV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cisco habia hecho á Talloires, habia mandado reparar la ermita, y anunciado que cuando se terminaran estas reparaciones, iria él mismo á sacar el cuerpo del santo ermitaño del centro de la nave, donde reposaba, para colocarlo mas decorosamente en el altar mayor. Llegado allí hizo oficiar pontificalmente al Obispo de Calcedonia y bendecir con sus manos la iglesia y el altar, permaneciendo él durante la ceremonia cerca de la antigua urna, que contenia las reliquias del santo, abismado en una profunda meditacion y como arrebatado en un delicioso éstasis. «Nunca »escepto en otra ocasion, dijo al Padre de Coëx, he senti»do tantos consuelos interiores.» Concluida la Misa abrió la urna, enseñó al pueblo los huesos sagrados, é hizo tocar á ellos algunos rosarios que le presentaron; colocó las reliquias en una urna nueva y bien adornada, guarnecida por dentro de una rica tela de seda, y luego, tomando aquella preciosa carga sobre sus hombros ayudado por el Obispo de Calcedonia, la llevó en procesion alrededor de la ermita, cuya tierra regó con sus lágrimas, yendo á colocar el santo cuerpo al pié del altar (1).

Entonces, no pudiendo ya contener los sentimientos de que su corazon estaba inundado, subió al púlpito y habló durante dos horas, primero del honor que se debe á los santos y á sus reliquias, y luego en particular de las virtudes de San German, exhortando vivamente á imitarlas (2).

Habiendo pasado de la ermita á la casa del ermitaño, se sintió fuertemente inclinado á ir á terminar sus dias en aquella encantadora soledad, no pudiendo ocultar este deseo á los que le acompañaban. «Verdaderamente, dijo, he »escogido este lugar para venir á vivir en él y tomar un »poco de reposo. Si agrada á nuestro Señor, dejaré el peso »del dia y del calor á nuestro coadjutor, y entretanto, con »mi rosario y mi pluma serviré á Dios y á la Iglesia.»

(1) Carlos Aug., p. 551.

(2) Dep. del canónigo Gard, de Myncet et Dasit.—*Año Santo de la Visitacion*, 13 de julio.

Luego, abriendo una ventana del lado del norte que daba al lago y á la ciudad de Annecy, y admirando la belleza del paisaje: «¡Qué sitio tan delicioso! esclamó. Aquí »los grandes y bellos pensamientos caerán tan directa y »copiosamente sobre nosotros como las nieves que caen en »invierno.» Despues de la comida bajó á pié la montaña, y llegado á la iglesia de Talloires, donde el pueblo reunido le esperaba, subió de nuevo al púlpito, y habló del culto de los santos y de los procedimientos de canonizacion antiguo y moderno, recomendando especialmente la devocion al santo anacoreta que acababa de honrar; y sus palabras se imprimieron tan profundamente en los corazones de sus oyentes, que desde entonces acude siempre un gran concurso de pueblo á la iglesia de San German, sobre todo el lunes de Pascua y los dias de Pentecostés y Todos los Santos (1).

CAPITULO X.

Plan de retirada de Francisco.—Presentimiento de su próxima muerte, y severidad con que se trata.—Preside el capítulo de los Fuldenses.—Se detiene tres dias en Turin.—Pierde y encuentra un anillo precioso.—Su dulzura en donde se hospedaba.—Su vuelta á Annecy.

(Años 1621 y 1622.)

Antes de dejar á Talloires, Francisco dió órden al prior Mr. de Coëx de que le edificase cerca de la ermita de San German, en un agradable recinto, cinco ó seis celdas, con el fin de retirarse á este santo desierto, así que pudiera entregar al Obispo de Calcedonia el gobierno de su diócesis (2). «Cuando estemos ahí, dijo al Prior, serviremos á »Dios con el Breviario, el rosario y la pluma, gozaremos »de un santo ócio para trazar por la gloria de Dios y la

(1) Carlos Aug., p. 551.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. VII; p. V, sec. VI; p. X, sec. IV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»salvacion de las almas lo que hace mas de treinta años »estoy dando vueltas en mi mente; de lo que me ha servido »en mis predicaciones, instrucciones y meditaciones par- »ticulares; tengo infinidad de notas, y espero que ademas »Dios nos inspirará. ¡Oh! quién me diera alas de paloma »para volar á ese sagrado desierto, y respirar un poco bajo »la sombra de la cruz. Allí esperaré el momento de mi »paso á la eternidad. *Expectabo donec veniat immutatio »mea.*» (1)

El santo Obispo tenia en efecto planes vastísimos para ocupar los ócios de su retiro. Queria primero hacer una historia de Jesucristo en cuatro libros, el primero de los cuales sería una traduccion de los cuatro Evangelios, refundidos y dispuestos segun el órden cronológico; el segundo sería la demostracion de los principales puntos de la creencia católica, con las mismas palabras de nuestro Señor referidas en el Evangelio; el tercero trataría de las virtudes cristianas y de la perfeccion evangélica, sacado de las puras máximas de Jesucristo; el cuarto, por último, sería la historia de la primitiva Iglesia, de su constitucion y santidad, conforme á las actas de los apóstoles; «y si me »quedase tiempo, añadió, haria un trabajo análogo sobre las »epístolas de San Pablo.» (2) Terminado esto, deseaba hacer un libro sobre el amor del prójimo, como lo habia hecho sobre el amor de Dios; y luego un tratado sobre los deberes de los párrocos, en una serie de cartas pastorales. Le espusieron que era demasiado trabajo para su edad avanzada, en atencion sobre todo al presentimiento que tenia de su próximo fin. «Es verdad, contestó, pero para ocu- »par la actividad de nuestro espíritu, es preciso proponer- »se mas trabajo del que se puede hacer, como si se hubie- »ra de vivir largo tiempo, y no limitarse á las obras que »se emprenderian si se debiera morir al dia siguiente.» (3)

(1) Job. XIV
(2) Carlos Aug., p. 556.—Juan de San Francisco, p. 232.
(3) *Año Santo de la Visitacion*, 18 de junio.

Al trabajo de la composicion el santo Obispo se proponia unir la educacion de uno de sus sobrinos, Carlos Augusto de Sales, hijo de su muy amado hermano Luis de Sales, al que destinaba al estado eclesiástico. Le habia ya bendecido estando aún en el seno de su madre y habia pronunciado sobre él *algunas palabras de felices augurios*, segun el testimonio del mismo Carlos Augusto. Mas tarde, viendo aflijidos á sus padres al verle cojo por la imprudencia de la nodriza, les habia dicho, haciendo alusion al patriarca Jacob, que tenia tambien esta deformidad, que seria su amado Jacob, y que Dios reservaba á este niño, como al santo patriarca, la bendicion del cielo y de la tierra (1). El niño, despues de la muerte de su madre, habia hecho le enseñase el alfabeto una criada, y con la ayuda de estas nociones primeras, se habia formado solo en la lectura, leyendo sin descanso la *Introduccion á la vida devota*, que aprendió de memoria, casi entera, á fuerza de repetir su lectura. A la edad de ocho años fue á buscar al santo prelado llorando, y le dijo: «Tengo vergüenza de no »ser digno de vos, mi querido tio: porque no sé nada ab- »solutamente, y si no me ayudais, estoy en peligro de »permanecer ignorante toda mi vida, porque mi padre es- »tá tan ocupado que no tiene lugar de pensar en mí.» Gozoso de encontrar en tan tierna edad un deseo tan grande de instruirse, su tio le colocó, de acuerdo con su padre, al lado de escelentes maestros; y el niño hizo rápidos progresos tanto en la ciencia como en la piedad. «Este ni- »ño ha nacido para alguna cosa grande, decia con frecuen- »cia el santo Obispo, testigo de sus progresos; Dios quiere »que esta rica planta sea cultivada cuidadosamente. Acor- »daos, mi querido niño, le dijo á él mismo, que Dios os ha »escogido para ser un vaso de gracia, y que si sois fiel en »seguir su llamamiento, os empleará mucho en su ser- »vicio.»

A la edad de catorce años, el jóven Carlos pronunció

(1) Genes., XXVII, 28.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ante una numerosa asamblea un discurso que le valió, por parte de su tio, algunos hermosos regalos acompañados de este elogio público: «Mi sobrino ha sobrepujado mi espe-»ranza y se ha adelantado á su edad.» A los quince años compuso un elogio de San Pablo, que movió á Francisco á estudiar mas particularmente la vocacion de este sobrino tan felizmente dotado. El hábil maestro examinó á fondo al jóven discípulo, y aseguró que si correspondia á los designios del cielo sobre él, Dios le bendiciria en el estado eclesiástico; le confirió la confirmacion y la tonsura, y dijo á Luis de Sales: «Si Dios quiere que este niño, que »es hijo vuestro por la naturaleza y mio por el amor, viva »largo tiempo, deseo derramar sobre su cabeza todo lo que »Dios me ha hecho la gracia de derramar sobre la mia.» Se afirmó mas aún en este designio, al ver algun tiempo despues representar al jóven Carlos, en el colegio, en una tragedia el papel de un cortesano convertido que deplora el tiempo perdido en las vanidades y locuras del siglo, y reconoció claramente que el actor hablaba de lo mas íntimo de su alma, y que al detestar el mundo no hacia mas que espresar sus propias convicciones; así al bendecirle aquella noche le dijo: «Habeis hablado bien, hijo mio, »Cuando una vez se ha tenido la dicha de darse á Dios, »sería una accion muy indigna de un hombre de honor »dejar su servicio por nada del mundo.»

Tal era el jóven que el santo Obispo queria llevar consigo á la ermita de San German; y mientras llegaba este momento le llevó á su lado desde principios de 1622 para formarle en la ciencia de los santos. La dicha de este discípulo amado duró poco, pues la muerte arrebató muy pronto á su maestro; pero aprovechó tan bien las enseñanzas recibidas, que en lo sucesivo convirtió gran número de herejes, fue Obispo de Ginebra, y de acuerdo con la Madre de Chantal escribió la vida de su santo tio, la mas detallada y auténtica que tenemos.

Francisco despues de haber dado como hemos visto ya órdenes para su retiro emprendió su regreso, y atravesando el lago de Annecy llegó al lugar de Dérée, donde residia la baronesa de Cherson. Habiendo ido ó visitarla, le dijó de repente, despues de haber cambiado algunas palabras sobre la vanidad del mundo: «Señora, nos hacemos »viejos; y ya es tiempo de pensar de veras en la vida futu-»ra.—Es cierto, monseñor, contestó la piadosa señora, »que soy vieja, tengo setenta y dos años y no debo pensar »mas que en morir; mi muerte no causará ningun trastor-»no, porque soy inútil en este mundo; pero vos, monse-»ñor, sois necesario á la Iglesia, y Dios os conservará aún »largos años.—Estais en un error, señora, le contestó el »santo Obispo, partiré el primero y vos me seguireis.» Lo que en efecto se realizó como lo habia predicho. (1)

Llegado á Annecy, supo que un panadero de la ciudad, Bernardo París, estaba en la agonía; va á verle al punto, le bendice haciendo sobre él la señal de la cruz, y aquella misma tarde el enfermo quedó completamente curado (2). Mientras devolvia la salud á los otros, no pensaba en sí sino para prepararse á la muerte, que conocia estaba próxima; y un dia, habiéndole preguntado el Obispo de Calcedonia, que le veia pensativo, si estaba triste: «No, con-»testó, no estoy ciertamente triste, sino atento á oir cuán-»do suena la hora de la partida.....» «Voy á hacer el exámen »de mi conciencia, escribia algun tiempo ántes á la seño-»ra de Chantal (3), para una extraordinaria renovacion á »que me invita Nuestro Señor, á fin de que, á medida que »pasan estos años perecederos, me prepare á los eternos. »Siento que mi espíritu se dirije mas puramente que nun-»ca á Dios y á la eternidad. ¡Oh Dios! que feliz sería si »un dia, al salir de la sagrada Comunion, encontrara el »corazon de mi Salvador colocado en el lugar de mi pobre »corazon.»

Los sufrimientos que preceden á la muerte, le adver-

(1) Carlos Aug., p. 552.
(2) Dep. de Favre.
(3) Carta CDXCV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tian en efecto cada dia su próxima partida de este mundo. Sus piernas hinchadas, y aun abiertas por varios lados y cubiertas de llagas, no le sostenian sino con gran trabajo, y no se podia menos de sentir compasion al verle andar. Sufria tambien del pecho: «Siento aquí, decia poniendo »la mano, alguna cosa que me dice que no viviré mucho »tiempo.» (1)

A estas dos enfermedades se unian frecuentes y violentos dolores de cabeza, de hígado y de estómago, «pero, »decia, es necesario que muchos males vengan antes, para »anunciar al último de los males, que es la muerte.» *Multa mala debent præcedere, ut extremum malum valeant nuntiare* (2).

Sin embargo, no alteró nada sus costumbres y trabajos, ni disminuyó ninguna de las fatigas de su ministerio; y este estado de sufrimientos no le impidió ir á Thonon á tratar un negocio importante. Cuando le instaban á que se cuidara respondia: «¿Qué importa morir pronto? Algunos »años mas ó menos no son nada.» En medio de sus dolores, conservaba siempre la misma serenidad de rostro, la misma amabilidad en su trato, el mismo rigor con su persona, hasta el punto de que quiso mejor sufrir el frio, que fué estremado á principios de 1622, que permitir le hicieran vestidos nuevos para reemplazar á los interiores, que estando muy usados, no le defendian de la dureza de la estacion (3). Esta privacion le agradaba, porque era un carácter de semejanza con Jesucristo pobre, y á la vez un medio de socorrer á mayor número de desgraciados, los cuales eran tanto mas dignos de compasion, cuanto que la cosecha precedente habia sido mala, y la Saboya estaba cubierta de tropas. Habia por último en este santo Obispo una disposicion cada vez mas perfecta de sacrificarse enteramente á su deber; y habiéndole dado algunos meses

(1) Carlos Aug., p. 554.
(2) Juan de San Francisco, p. 455.
(3) Carlos Aug., p. 553.

despues Gregorio XV, la mision, por medio de un breve, de presidir en su nombre el capítulo general de los Fuldenses, que debia verificarse en Pignerol, se dispuso á partir al punto, considerando que el respeto que se debe á la Santa Sede, no permite la menor dilacion en la ejecucion de sus órdenes. En vano sus parientes y amigos le hicieron ver que su salud debilitada no le permitia hacer este viaje, sobre todo por los escesivos calores que hacian entonces (era el 22 de mayo), contentándose con decirles: «Es preciso obedecer; Dios no me ha considerado digno de »morir por la fe entre los herejes ni por la caridad entre »los apestados. ¿No sería acaso muy feliz si muriera por »obediencia? Me resta poco tiempo de vida: es preciso que »me apresure á obrar bien, y no puedo hacer nada mejor »que obedecer.» (1) Partió pues sin dilacion, y llegó en breve á donde el deber le llamaba.

El negocio que la corte de Roma le confiaba era de los mas delicados: los Fuldenses no podian avenirse sobre la eleccion de un general y sobre algunos otros puntos, y era necesario ponerlos á todos de acuerdo. Para esto escuchó con dulzura y paciencia todo lo que tenian que decirle, y dió sobre cada cosa respuestas tan razonables y sólidas, acompañadas de tanto miramiento y bondad, que todos estaban admirados (2); trataba á todos con honor y respeto; se prestaba á los menores detalles con la misma benevolencia que á los mas graves negocios; todo lo regulaba con el mismo celo; aclaraba los motivos de discusion mas embrollados, encontrando remedio para los males mas desesperados, acallando las quejas y satisfaciendo á todos los espíritus de una manera tan notable, que el hombre mas eminente de este instituto (3), hablando del modo como habia desempeñado su mision en esta ocasion, proclamaba altamente despues, «que se habia admirado en él á

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 22 de mayo.
(2) Carlos Aug., p. 554.
(3) Juan de San Francisco.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»un tiempo, una inteligencia superior, hábil para exami-»nar los mas graves negocios, pensarlos maduramente, y »resolverlos prudentemente; una bondad de alma incom-»parable, unida á un saber profundo y una abundancia »rara de luces sobrenaturales.»

Gracias á esta prudencia consumada, á este grande arte de conducir los espíritus, triunfó de todas las dificultades; los Fuldenses le obedecieron como á un enviado de Dios; puso en el órden mas perfecto tanto lo espiritual como lo material, haciendo elegir por superior á D. Juan de San Francisco, el hombre mas á propósito para este puesto delicado; y así pudo escribir á Roma, dando cuenta de su mision (1): «Gran número de puntos relativos al bien de »la congregacion, propuestos de todas partes, han sido ar-»reglados como convenia; los nombramientos del general, »los provinciales, abades y priores se han hecho con tanto »acuerdo, paz y dulzura, que no se puede dar cosa mas »agradable. Verdaderamente se pueden aplicar á este »capítulo las palabras del salmista: «¡Cuán bueno y her-»moso es habitar los hermanos muy unidos!» El que ha sido »nombrado general por unanimidad de votos, tiene emi-»nentemente sobre todos sus hermanos la palma de la »ciencia, de la prudencia y del espíritu. Es hombre de »piedad, que no solo ha ilustrado y defendido á la Iglesia »con sus bellísimos escritos, sino que todavía está pronto »á hacerlo cuando sus ocupaciones se lo permitan.»

Estos felices resultados costaron caro al Obispo de Ginebra, pues habiendo llegado al capítulo con graves enfermedades, estas se habian agravado mas aún con el gran trabajo que pedian, tanto la asistencia á las juntas como las conversaciones particulares con los religiosos, hasta el punto de que un dia, despues de haber sufrido largo tiempo sin quejarse de sus violentos dolores durante el capítulo, se vió obligado por la violencia del mal á levantar la

(1) Cartas DCIV, DCV, DCVI, DCVII, DCVIII, DCIX.

sesion y retirarse. A pesar de esto, los domingos y fiestas en que no habia junta, en vez de tomar el descanso que tanto necesitaba, empleaba todo su tiempo en los ejercicios de la caridad pastoral, predicando, confirmando, y confesando á todos los que se presentaban. Confirió tambien la tonsura y órdenes menores; y como la concurrencia de los pueblos que deseaban ser bendecidos por él era inmensa y los calores escesivos, le sucedió un dia caer desmayado en medio de la iglesia. Se temió algunos instantes por su vida; pero cuando hubo recobrado el sentido, dijo á los religiosos que le habian llevado lejos de la multitud: «Mal está que yo sea un miembro delicado bajo una ca-»beza coronada de espinas,» y quiso volver á emprender sus funciones, en las que continuó hasta la noche (1).

Habiendo terminado el santo Obispo los negocios que le habian llevado á Pignerol, fue á Turin, donde le llamaban los deseos de la corte. La princesa del Piamonte le habia hecho preparar un magnífico alojamiento, y queria tratarle en todo como á su gran limosnero; pero él la suplicó le dispensara de estos honores, y le permitiera ir á parar al convento de los padres Fuldenses, que se llamaba el monasterio de la *Consolante*. Estos, con gran sentimiento suyo, no pudiendo darle mas que una pequeña celda espuesta á los ardores del sol del mediodía, que la hacian muy penosa de habitar, le rogaron aceptara los hermosos alojamientos que le ofrecian en otras partes. «Dejadme, les »contestó, el consuelo de vivir algunos dias con vosotros »como vuestro hermano, puesto que en verdad lo soy.» (2) En efecto, antes de dejar el capítulo de Pignerol, habia pedido y obtenido ser afiliado en la órden, considerándose por este medio hijo de San Bernardo y hermano de los Fuldenses. «Quereis con vuestras atenciones echarme de »vuestra casa y de la de nuestro Padre San Bernardo. Yo

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 17 de junio.—Juan de San Francisco. lib. VI.—Carlos Aug., p. 555.

(2) Juan de S. Francisco, p. 394.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»estoy aquí á los pies de la Madre de toda consolacion; »¿dónde podré estar mejor?» (1)

El santo Obispo se quedó con los fuldenses, y allí tuvo el consuelo de vivir pobremente, porque estos religiosos no tenian ni ropa que darle.

Felizmente se disputaron la dicha de prestársela; y tal era la idea que tenian de su huesped, que decian al devolver estas ropas despues que le habian servido: «Guardad- »las cuidadosamente porque han servido á un santo, y un »dia se venerarán como reliquias.» Del convento, el santo Obispo iba á la corte cuando juzgaba que era conveniente; pero al ver al mundo se disgustó mas aún de él, y repitió lo que habia dicho en otro tiempo en París, que estaba haciendo un noviciado donde nunca profesaría.

Para facilitarle el ejercicio de su cargo, y al mismo tiempo para honrar su mérito, le propusieron dejara á su hermano el obispado de Annecy y aceptase el arzobispado de Turin, entonces vacante; mas lo rehusó sin titubear: y como el Marqués de Lullin, su amigo, le instase á que aceptase, haciéndole ver que en esta nueva posicion podria establecer ventajosamente á sus sobrinos: «Mis sobri- »nos, contestó riendo, son ya mas ricos y grandes que »hace algunos años, porque entonces nacieron desnu- »dos, y ahora poseen por lo menos cada uno un vesti- do.» (2)

Sin embargo, ya fuese por las molestias de la habitacion, por las etiquetas de la corte ó por sus trabajos pasados y presentes, Francisco cayó gravemente enfermo. Este accidente contrarió mucho á su caridad y celo, porque habia sabido que reinaba en Saboya una grande escasez, y el pensamiento de que su pueblo sufria sin que él pudiese aliviarlo, le hacia sufrir cruelmente. «¡Ah! decia, »cuando llegue á Annecy venderé mi mitra, mi báculo, »mis vestidos, mi vajilla y todo lo que poseo, para socor-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 19 y 20 de junio.
(2) Idem, 14 de mayo.

»rer á mis pobres.» (1) Por otra parte, habia sabido que el Mariscal de Lesdiguières habia abierto por fin los ojos á la luz, que él mismo le habia presentado tan viva y tan pura durante las misiones predicadas en Grenoble, y que el 24 de julio de aquel año 1622, habia abjurado el calvinismo en manos del Arzobispo de Embrun. Francisco deseaba aproximarse á este ilustre convertido, para sostenerle si era necesario en la nueva senda en que iba á entrar, y con este objeto, así que recobró la salud, pidió á la Princesa permiso para retirarse. Esta se lo concedió, y en testimonio de su veneracion le regaló un precioso anillo con un diamante, que valia tres mil francos (2).

Gozoso con este rico presente, cuyo valor destinaba al alivio de los pobres, dejó la corte despues de haber permanecido en ella tres meses, y se puso en camino para Annecy. Pero apenas se habia alejado ocho kilómetros de Turin cuando su criado, buscando el precioso anillo donde creia haberlo puesto y no encontrándolo, fué á decirle consternado que el regalo de la Princesa se habia perdido. «¡Dios sea bendito! contesto sin manifestar pena ni emo- »cion (tan desprendido estaba su corazon y tan sumiso á »las disposiciones de la Providencia) (3), ¡Dios sea bendito! »Este anillo era demasiado precioso para que me sirviese »de él, porque quizás hubiese tenido la tentacion de que »mi corazon se apegase á tan preciosa joya. Si no se en- »cuentra, es que Dios ha querido evitarme el cuidado de »emplear en limosnas la suma que de él hubiéramos sa- »cado (4). La Providencia lo destina quizás á hacer la for- »tuna de algun pobre que lo encontrará, y así podrá vivir »cómodamente el resto de sus dias, y entonces debo con- »siderar que no he perdido nada.»

Sucedió sin embargo de un modo muy diferente, pues

(1) Carlos Aug., p. 558.
(2) El P. la Riviere, lib. III.
(3) Carlos Aug.; p. 558.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec. IV.
(4) Dep. de la Madre Chaugy.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á corta distancia de allí, el mismo criado fué á decirle que habia encontrado el anillo en los pliegues de su vestido. Esta noticia no le alteró mas que la primera, y unido á la voluntad de Dios con un desprendimiento perfecto, conservó la misma igualdad de ánimo y de semblante. Habiendo llegado á una fonda, se apercibió que su capellan, Miguel Favre, reñia con el dueño de ella porque habia trasladado los efectos del santo viajero, de la habitacion que habia dado primero á otra menos cómoda, y no pudiendo sufrir este esceso de mal humor le reprendió dulcemente. «Aun »cuando nos hubiese hecho pasar, le dijo, de este cuarto »á otro menos cómodo, convendría sufrirlo con paciencia »y mansedumbre, porque ya sabeis que Nuestro Señor ha »dicho: Si alguno te quita tu túnica, dale tambien tu »capa.» (1)

Despues de haber viajado así á pequeñas jornadas, á causa de los dolores que le obligaban á menudo á detenerse, llegó á Annecy, donde todo el pueblo estaba lleno de gozo por volverle á ver.

CAPITULO XI.

Caridad de Francisco con los pobres.—Va á Avignon, y pasa de allí á Lion, donde muere.

(Año 1622.)

El primer cuidado de Francisco á su llegada á Annecy, fué socorrer á los pobres. Empezó por darles todo lo que poseia en dinero; y habiéndose agotado su bolsa, empeñó el anillo precioso que le habia dado la Princesa del Piamonte. Algunas personas caritativas informadas del hecho, se apresuraron á desempeñarlo y se lo hicieron entregar. Desempeñado así lo empeñó de nuevo, y el mismo rasgo de caridad se reprodujo con tanta frecuencia por una parte y por otra, que fué como un proverbio admitido en toda la ciudad que aquella sortija no pertenecia al Obispo de Ginebra, sino á todos los mendigos de Annecy.

(1) Carlos Aug., p. 559.

Mientras el santo Obispo se consagraba enteramente á las necesidades de los pobres, recibió una carta del Duque de Saboya que le mandaba fuera á unírsele á Avignon, á donde debia dirigirse para saludar á Luis XIII, y felicitarle por haber reducido á la obediencia á los hugonotes del Languedoc. La princesa del Piamonte, que debia ser de la partida, habia deseado la acompañara su gran limosnero.

Al saber esto todos los amigos del santo Obispo, que veian el mal estado de su salud, temieron por ella y le suplicaron no emprendiese este viaje, sobre todo en un tiempo que le era tan contrario, ofreciéndose ellos mismos á hacer que admitiese sus escusas el Duque de Saboya. Pero el hombre de Dios no quiso rendirse á este parecer, pues veia la voluntad divina en las órdenes de su soberano, y esperaba además obtener de Luis XIII algunas ventajas para la parte de su diócesis que pertenecia al reino de Francia, y estas dos consideraciones tuvieron mas fuerza que las otras. «Es preciso ir, dijo, á donde »Dios nos llama; iremos hasta donde podamos, y nos de»tendremos cuando la enfermedad no nos deje ir mas »allá.» (1) No obstante, preveia claramente que no habia de volver, y en su consecuencia puso todos sus negocios en un orden tan perfecto, como si estuviese en vísperas de morir. El 6 de noviembre reunió al Obispo de Calcedonia, á sus otros hermanos y á varios amigos, y les dijo ingénuamente que se aproximaba la hora de la partida; cuyas palabras interpretaron estos como alusivas á su partida para Avignon. «Este viaje, añadió al punto, »será seguido de otro; por eso os he reunido, con el fin »de leeros mi testamento.» Al oir esto ninguno pudo contener sus lágrimas, cuyo primer impulso de dolor procuró

(1) Carlos Aug., p. 566.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á corta distancia de allí, el mismo criado fué á decirle que habia encontrado el anillo en los pliegues de su vestido. Esta noticia no le alteró mas que la primera, y unido á la voluntad de Dios con un desprendimiento perfecto, conservó la misma igualdad de ánimo y de semblante. Habiendo llegado á una fonda, se apercibió que su capellan, Miguel Favre, reñia con el dueño de ella porque habia trasladado los efectos del santo viajero, de la habitacion que habia dado primero á otra menos cómoda, y no pudiendo sufrir este esceso de mal humor le reprendió dulcemente. «Aun »cuando nos hubiese hecho pasar, le dijo, de este cuarto »á otro menos cómodo, convendría sufrirlo con paciencia »y mansedumbre, porque ya sabeis que Nuestro Señor ha »dicho: Si alguno te quita tu túnica, dale tambien tu »capa.» (1)

Despues de haber viajado así á pequeñas jornadas, á causa de los dolores que le obligaban á menudo á detenerse, llegó á Annecy, donde todo el pueblo estaba lleno de gozo por volverle á ver.

CAPITULO XI.

Caridad de Francisco con los pobres.—Va á Avignon, y pasa de allí á Lion, donde muere.

(Año 1622.)

El primer cuidado de Francisco á su llegada á Annecy, fué socorrer á los pobres. Empezó por darles todo lo que poseia en dinero; y habiéndose agotado su bolsa, empeñó el anillo precioso que le habia dado la Princesa del Piamonte. Algunas personas caritativas informadas del hecho, se apresuraron á desempeñarlo y se lo hicieron entregar. Desempeñado así lo empeñó de nuevo, y el mismo rasgo de caridad se reprodujo con tanta frecuencia por una parte y por otra, que fué como un proverbio admitido en toda la ciudad que aquella sortija no pertenecia al Obispo de Ginebra, sino á todos los mendigos de Annecy.

(1) Carlos Aug., p. 559.

Mientras el santo Obispo se consagraba enteramente á las necesidades de los pobres, recibió una carta del Duque de Saboya que le mandaba fuera á unírsele á Avignon, á donde debia dirigirse para saludar á Luis XIII, y felicitarle por haber reducido á la obediencia á los hugonotes del Languedoc. La princesa del Piamonte, que debia ser de la partida, habia deseado la acompañara su gran limosnero.

Al saber esto todos los amigos del santo Obispo, que veian el mal estado de su salud, temieron por ella y le suplicaron no emprendiese este viaje, sobre todo en un tiempo que le era tan contrario, ofreciéndose ellos mismos á hacer que admitiese sus escusas el Duque de Saboya. Pero el hombre de Dios no quiso rendirse á este parecer, pues veia la voluntad divina en las órdenes de su soberano, y esperaba además obtener de Luis XIII algunas ventajas para la parte de su diócesis que pertenecia al reino de Francia, y estas dos consideraciones tuvieron mas fuerza que las otras. «Es preciso ir, dijo, á donde »Dios nos llama; iremos hasta donde podamos, y nos de»tendremos cuando la enfermedad no nos deje ir mas »allá.» (1) No obstante, preveia claramente que no habia de volver, y en su consecuencia puso todos sus negocios en un orden tan perfecto, como si estuviese en vísperas de morir. El 6 de noviembre reunió al Obispo de Calcedonia, á sus otros hermanos y á varios amigos, y les dijo ingénuamente que se aproximaba la hora de la partida; cuyas palabras interpretaron estos como alusivas á su partida para Avignon. «Este viaje, añadió al punto, »será seguido de otro; por eso os he reunido, con el fin »de leeros mi testamento.» Al oir esto ninguno pudo contener sus lágrimas, cuyo primer impulso de dolor procuró

(1) Carlos Aug., p. 566.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el santo Obispo moderar con algunas palabras de consuelo; les leyó luego su testamento, concebido en estos términos: «Nos, Francisco de Sales, por la gracia de Dios »y de la Santa Sede apostólica Obispo y Príncipe de Gi»nebra, queriendo hacer saber á todos los que correspon»de nuestra última voluntad, rogamos, en primer lugar á »Dios todopoderoso reciba nuestra alma en su gracia, y la »haga participar de la herencia eterna que nuestro Re»dentor nos ha adquirido con su sangre; en segundo lu»gar, invocamos á la gloriosa Virgen María y á todos los »santos, para que nos imploren en vida y muerte la mise»ricordia de Dios; en tercer lugar, si agrada á la Provi»dencia divina que la santísima, única y verdadera reli»gion católica y romana sea restablecido en la ciudad de »Ginebra á mi muerte, ordenamos que en ese caso sea en»terrado mi cuerpo en nuestra iglesia catedral, y si aún »no ha sido restablecida allí, ordenamos que sea enterrado »en medio de la nave de la iglesia de la Visitacion de An»necy, que hemos consagrado, á no ser que muramos »fuera de nuestra diócesis, en cuyo caso dejamos la elec»cion de nuestra sepultura á los que sean entonces de »nuestra comitiva; cuarto, aprobando con todo nuestro »corazon las sagradas ceremonias de la Iglesia, ordenamos »que en nuestro entierro estén encendidos trece cirios al »lado de nuestro atahud, sin mas escudo que los del nom»bre de Jesus, para demostrar que de todo nuestro cora»zon abrazamos la fé predicada por los apóstoles; pero »despues, detestando las vanidades y superfluidades que »el espíritu humano ha introducido en tales ceremonias, »prohibimos espresamente sea empleada otra alguna luz »en nuestras exequias, rogando á nuestros parientes y »amigos, y ordenando á nuestros herederos, no añadan »nada, y ejerciten su piedad hácia nos haciendo celebrar »el santo sacrificio de la Misa.»

Al dia siguiente, 7 de noviembre, el hombre de Dios empleó toda la mañana en hacer el exámen de su conciencia para una confesion minuciosa, y la tarde en confiar al

Obispo de Calcedonia todos los papeles importantes y reglamentos relativos al buen orden de la diócesis, despues de lo cual, pareciendo estar muy alegre: «Verdaderamen»te, dijo, me parece, por la gracia de Dios, que no toco la »tierra mas que con la punta de un pié, porque el otro »está ya en el aire para partir.» (1)

Estando en esto llegó un caballero francés que, impulsado por la necesidad, iba á pedirle limosna, prometiéndole despues de haberla recibido devolverle la misma suma de dinero: «Ya os podeis dar prisa, replicó, porque »si no la eterna Majestad me la devolverá muy pronto por »vos, porque espero que dentro de poco estaremos los dos »en estado de no necesitar nada.» Y en efecto, al cabo de dos meses el caballero y el Obispo de Ginebra no existian (2).

El 8 de noviembre Francisco se despidió de sus parientes y amigos como si no debiera volverlos á ver mas. »Poco importa, les dijo, que muera fuera de mi pais, con »tal que muera bien.» «Me voy con Nuestro Señor, dijo á »uno de sus párrocos que habia ido á pedirle su bendicion »antes de su partida: no nos veremos ya en este mundo.— »¡Oh! Monseñor, dijo el cura, cuando considero vuestro »semblante y vuestra salud, no desespero de volveros á ver »aún.—Sí señor, vivo ó muerto me vereis dentro de tres »meses;» lo cual se realizó en efecto, porque tres meses despues llevaron sus restos á Annecy (3).

Habiendo ido los canónigos en corporacion á despedirse de él, los abrazó á todos con ese afecto tan tierno que habia tenido constantemente hácia ellos, declarándoles que partia para Avignon y para la eternidad, y que se iba para no volver. «Este viaje me costará la vida, dijo al Pa»dre Anselmo, franciscano, uno de sus mas íntimos ami»gos, ya no nos veremos mas que en el cielo; pero es pre-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 7 de noviembre.
(2) Carlos Aug., p. 565.
(3) Idem, p. 561.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»ciso ser obediente como nuestro Maestro hasta la muerte »de la cruz.» (1)

Otra despedida habia mas costosa aún para el corazon del santo prelado; era la de sus amadas hijas de la Visitacion (2). Fué á ofrecer el santo Sacrificio á su capilla, con una magnífica casulla que debia á la espléndida generosidad de la infanta de Saboya, y se la dejó como recuerdo: «Porque, les dijo, cuando los amigos se separan, acostum»bran hacerse presentes.» Despues les dirigió algunas palabras santas, diciéndolas que ya no le quedaba mas que el cielo, recomendándoles sobre todo la humildad, la sencillez y la obediencia. «Mis amadas hijas, les dijo, no pi»dais nada y no rehuseis nada; estad siempre dispuestas á »lo que Dios y la obediencia quieran de vosotras. Que »vuestro único deseo sea amar á Dios, vuestra única am»bicion poseerle. Adios, hijas mias, hasta la eternidad.— »¡Monseñor, esclamaron llorando, Dios os volverá entre »nosotras!—Y si no le agrada que vuelva, ¿acaso se le de»berá bendecir menos por eso? Su beneplácito es siempre »igualmente amable.» El corazon del santo Obispo se enterneció sobre todo cuando, al salir de la casa, vió á la virtuosa tornera, Ana Jacobina Costa, postrada á sus pies y rogándole con lágrimas la bendijera. «Hija mia, le dijo, »he hecho otros muchos viajes, y nunca os he visto llorar »á mi partida. ¿Por qué estais hoy tan afligida?—¡Ah! es »que el corazon me dice que este viaje será el último, y »que no os volveremos á ver.—Y á mí, contestó Francis»co profetizando la próxima muerte de la tornera, me dice »el corazon que, si no vuelvo, nos veremos mas pronto de »lo que pensais.» (3)

Despues de haberse despedido así Francisco partió el 9 de noviembre, dejando su casa y toda la ciudad llena de luto y de llanto. El Obispo de Calcedonia se arrojó á sus

(1) Carlos Aug., p. 561.
(2) *Año Santo de la Visitacion*, 8 de noviembre.—Carlos Aug., p. 561.
(3) Idem, 10 de noviembre.

piés en el momento en que iba á montar á caballo, no pudiendo hablar sino con suspiros y sollozos, y así recibió el último ósculo de su santo hermano. Los principales del clero y de la ciudad quisieron acompañarle hasta Seynel, donde debia embarcarse en el Ródano; y cuando llegó á esta ciudad, en el momento de poner el pié en el barco, no se oia de todos lados mas que gritos y lamentos. Todos consideraban este momento como el de la última separacion, porque creian en la verdad de las predicciones que habia hecho de su próxima muerte. «Vendreis, les dijo, á »buscarme dentro de algun tiempo á este mismo lugar »donde me despido,» lo que se verificó, porque fueron allí dos meses despues á recibir sus despojos mortales; y despues de haber dado gracias á los que le habian acompañado, se embarcó para Belley. Hacia un frio estremado, aumentado por una brisa violenta y una lluvia glacial; y como le manifestasen lástima: «¿No sabeis, dijo, que esta»mos en servidumbre bajo los elementos de este mundo?» Habiéndole recordado entonces uno de sus familiares la profunda afliccion de su pueblo de Annecy: «No hablemos »de eso, dijo, hablemos mas bien del país feliz á donde »nos encaminamos; yo partiré para él muy pronto. Haré »como las tropas ligeras, porque partiendo sin tambor ni »trompeta, y llegando ántes que sepan mi partida, cuan»do oigas decir que estoy enfermo, sabed que ya habré »muerto;» y continuó hablando así de la dicha de la eternidad y de la vanidad de todo lo que pasa (1).

Habiendo llegado á Belley, su primer cuidado fué ir á ver á sus amadas hijas de la Visitacion. Al verle la hermana Simpliciana prorumpió en sollozos; y habiéndole preguntado el santo la causa de su dolor: «¡Ah! monseñor, »dijo, ¿es que vais á morir este año?—¿Qué decís, hija »mia, que voy á morir este año?—Sí, monseñor, pero os »ruego pidais á nuestro Señor y á su Santísima Madre que »no suceda así.—Oh, hija mia, contestó el siervo de Dios,

(1) Carlos Aug., p. 562.—Dep. de Favre, que estaba presente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»no me pidais eso, porque no lo haré.—Pero yo sí lo haré; »rogaré tanto á nuestro Señor y á la Santísima Virgen, que »lo dilatará algunos años.—Guardaos bien de hacerlo, mi »querida hija, dijo el santo Obispo con un tono casi de »súplica. Pues qué, ¿no os alegrareis de que vaya á des- »cansar? Estoy ya tan débil y pesado que no puedo con- »migo, y además ¿para qué me quereis? Teneis vuestras »constituciones, donde todas las cosas estan perfectamen- »te establecidas, y ademas os dejo á nuestra Madre de »Chantal, que os bastará. En fin, no debemos poner nues- »tras esperanzas en los hombres que son mortales, sino en »el Dios vivo.» Todas estas cosas se decian el 11 de no- viembre de 1622, y el 28 de diciembre del mismo año, el siervo de Dios ya no existia (1).

Despues de esta conversacion con la hermana Simpli- ciana, el santo entró en la capilla para decir Misa en ho- nor de San Martin, y en medio del santo sacrificio apare- ció en el altar rodeado de luz, «de suerte, dicen los »manuscritos de la Visitacion, que pareció á todos los »asistentes que estaban en el paraiso.» Despues de la Misa entró en el convento, y viéndolo muy pequeño, dijo que se complacia en ver á sus palomas en tan estrecha y ente- ra pequeñez. Habiendo encontrado á la señora de Boys que llevaba de la mano á una de sus niñas de edad de cinco á seis años, acarició á la niña, la llamó por su nombre aunque nunca la habia visto, y dijo haciéndole una cruz en la frente: «Hago esta señal sobre la pequeña María para »que sea un dia hija de la Visitacion,» lo que en efecto se verificó.

De Belley el santo partió para Lyon, donde despues de haber dicho Misa en la Visitacion de Bellecour, y hablado apenas un instante con la superiora, se vió obligado á di- rigirse á toda prisa al puerto para embarcarse: la embar-

(1) Fundacion inédita del décimotercero monasterio de la Visitacion, en la ciudad de Belley, p. 174.—Vida de las primeras madres de la Visitacion, t. 2, p. 36.

cacion iba á partir, cuando se presentó para entrar en ella; pero antes de recibirle, el batelero, que no le cono- cia, le pidió pasaporte. Los que acompañaban al Prelado se ofendieron de esta exigencia. «Dejadle, dijo el santo »Obispo, él sabe y hace su oficio de batelero, y nosotros »no sabemos el de viajero.» Y en vez de disgustarse inú- tilmente, hizo partir á su fiel Rolando para pedir un pasa- porte al gobernador de Lyon.

Él, entre tanto, permaneció en el puerto durante este tiempo, que fué mas de una hora, sufriendo un frio rigo- roso y un viento glacial, sin dar la menor señal de dis- gusto ó impaciencia.

Como se quejaban de la tardanza que ocasionaba este incidente: «Es cierto, contestó, que tengo prisa por lle- »gar; pero Dios quiere que espere y sufra este viento y »este frio, y es preciso quererlo tambien.» Y diciendo es- tas palabras, su frente serena revelaba á todos que su alma estaba tranquila y su corazon contento. Habiendo llegado por fin el pasaporte, entró en la barca y fue á co- locarse cerca del batelero, «porque, dijo, quiero contraer »amistad con este buen hombre y hablarle un poco de »Nuestro Señor.» (1)

La barca partió entonces y condujo á los viajeros á Valence. Allí visitó el monasterio de la Visitacion, funda- do por la señora de Ganelle, que vivia retirada en él como pensionista; y encontrando á esta santa señora muy afli- gida porque no querian á causa de su edad, de ochenta y cuatro años, recibirla como religiosa, decidió su admision: «porque, dijo, no hay edad que no sea digna de ser consa- »grada al servicio de Dios.» Quiso tambien visitar á una persona de eminente santidad llamada la hermana María de Valence; y como no sabia dónde vivia, se hizo conducir á su habitacion por una hermana tornera. Esta, que tenia mucho que hacer, andaba tan de prisa que el santo no po-

(1) Dep. de M. Pernot, sacerdote que lo acompañaba.—*Año Santo de la Visitacion*, 13 de noviembre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dia seguirlas. «Hija mia, le dijo, ¿quereis que vayamos un »poco mas despacio?»

Despues de haber moderado su marcha algunos instantes, volvió á tomar, sin pensarlo, su paso apresurado. El bienaventurado entonces, sonriendo y haciendo un esfuerzo, apresuró tambien el suyo cuanto le fue posible, diciendo: «Los que son conducidos deben seguir;» y llegado á la puerta de la habitacion la bendijo por tres veces, y poniéndole la mano en la cabeza le dijo: «Recibi»reis un dia el velo de la Congregacion;» lo que en efecto sucedió (1). Tuvo luego una larga conferencia con María de Valence, á pesar de la hora tan avanzada de la noche, y cuando salió encontró á los que le acompañaban impacientes de tanto esperar, hasta tal punto que uno de ellos no pudo disimular el disgusto general, y se lo dijo con algo de mal humor. «Señor, contestó sonriendo, sabed que hace »mucho bien á un pecador como yo hablar de corazon á »corazon con una santa esposa de Jesucristo, como es la »hermana de Valence. Ella rezará un *Ave María* por vos, »y despues que hayais dormido esta noche, no os volvereis »á acordar del disgusto de hoy.» (2)

De Valence pasó al Bourg-Saint-Audeol, y allí, al desembarcar, encontró á los cónsules de la ciudad que habian acudido á la ribera con todo el pueblo, para recibirle como á un angel del cielo. Le condujeron á la iglesia parroquial con todos los honores posibles, y á pesar de oponerse á ello, cantaron el *Te Deum* para dar gracias á Dios por la dicha de poseerle algunos instantes (3). Al dia siguiente entró en Avignon, y habiéndose presentado en la fonda llamada de la Manzana de Oro, sin poder encontrar allí alojamiento porque todo estaba ocupado, se hizo conducir con otro Prelado, que tambien buscaba habitacion, á la fonda de la calle de la Cruz. Durante el camino,

(1) Fundacion inédita de Valence, p. 166.
(2) *Año Santo de la Visitacion*, 14 de noviembre.
(3) Carlos Aug., p. 563.

mientras el otro Prelado, de mal humor, se quejaba de la lluvia que caia á torrentes y de lo desagradable que era ir de posada en posada á pié, el santo Obispo, sin manifestar que notaba siquiera estos contratiempos, no cesó de catequizar al mendigo que le conducia hasta que llegaron á la fonda, donde despues de haberle dado gracias por su trabajo con mucha bondad, le ofreció acordarse de él al dia siguiente en el santo Sacrificio (1).

Es imposible espresar la alegría que esperimentó el pueblo de Avignon al saber la llegada del hombre de Dios. Hombres, mujeres y niños, todos corrian en su seguimiento, le acompañaban por las calles y plazas, besaban los bordes de su capa, le pedian su bendicion, y se oia decir por todas partes á su paso: «Ese es el Obispo de Ginebra, »el apóstol del Chablais; el que ha compuesto la *¡Introduccion á la vida devota y el Tratado del amor de Dios!* Ese es el gran Francisco de Sales, el fundador de la Visitacion, el autor de tantos milagros. ¡Qué dicha la de verle! ¡Qué gracia nos ha hecho Dios con que le poseamos! (2) Este concierto de alabanzas y de aclamaciones confundia al humilde prelado, y para sustraerse de ellas resolvió salir lo menos posible. En una ocasion, no pudiendo sufrir estos gritos en su alabanza, entró en una librería como para mirar unos libros: «¡Ay! esclamó, lo que ha dicho Salomon »es muy cierto: ¡Vanidad de vanidades! Si me dejara »llevar del impulso que siento haria acciones ridículas »para desengañar á este pueblo; pero es preciso vivir con »sinceridad cristiana, no hacer el loco ni el sabio, no »hacer nada por ser alabado ó despreciado, sino obrar »sencilla y fielmente por Dios, nuestro divino Macstro.» Otras veces en semejantes circunstancias decia, con las lágrimas en los ojos: «Ah, Dios mio, es á Vos, solo á Vos »á quien pertenece toda gloria.» (3)

(1) Vida de la Madre Ballon, por el P. Crossi, lib. III, c. III.
(2) Carlos Aug., p. 563.
(3) Deposicion de Rolando que, le acompañaba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todo el tiempo que Francisco permaneció en Avignon, solo se ocupó de cosas santas. Al dia siguiente de su llegada, toda la ciudad estaba en movimiento para ver la entrada triunfal de Luis XIII, que volvia victorioso de la toma de Montpellier á los protestantes rebeldes, acompañado de las reinas María de Médicis y Ana de Austria. Las calles y ventanas estaban llenas de gente para gozar de este magnífico espectáculo, para el cual habia desplegado Avignon toda su pompa y la corte todo su esplendor. En medio de este entusiasmo general, el santo Obispo, de rodillas en su cuarto, hablaba con el cielo y oraba, sin dirigir una sola mirada á la comitiva que pasaba por delante de su ventana. Le propusieron ver al menos por un instante una fiesta tan magnífica: «Os dejo el sitio á voso»tros, que sois aún de este mundo, dijo, porque yo no »soy ya de él; me voy á mi Padre que está en los cielos, y »es preciso que trabaje en su obra para darle buena »cuenta.» (1)

Constante en este espíritu de desprendimiento, no fué á las fiestas de la corte sino lo menos posible; no trató con los grandes sino para los intereses de la religion; y no los recibió en su casa sino para hablarles de Dios y de su salvacion (2). Pasó el dia 19 de noviembre con los Jesuitas; y allí, despues de haber dicho Misa, prolongó tanto su oracion, que creyeron iba á pasar en ella toda la mañana, si no le suplicaban se rindiera al deseo de los religiosos, que querian pedirle su consejo sobre varias cosas. Un Padre se encargó de avisarle, y el santo Obispo se levantó al punto, diciendo: «Padre mio, la oracion es para »mí lo mas útil y lo mas dulce, pues por medio de esta »comunicacion de corazon, aprendo cada vez alguna cosa »buena para aplicármela á mí mismo.» Despues de comer los Padres se compartieron el favor de hablarle hasta la hora en que debia ir á ver al Princípe; y entonces, reti-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 16 de noviembre.
(2) Idem, 18 de noviembre.

rándose prontamente, dijo al Padre Rector que le acompañaba estas palabras, que prueban bien las santas disposiciones con que iba á la corte: «¡Oh! cuánto mas gusto »tengo en una hora de conversacion espiritual con una »buena alma, que en ver todas las curiosidades de la tier»ra! Adios, Padre mio, añadió con un profundo suspiro, »vamos al cielo, y muy pronto la tierra estará á nuestros »pies.» (1)

Los dias siguientes dijo Misa en varios conventos, cuyas comunidades ofrecian un interés especial á su piedad. Fué primero á los Padres de la Doctrina Cristiana, donde la profunda estimacion de que estaba penetrado hácia el venerable Cesar de Bus, su fundador, muerto quince años antes, le hizo rehusar los ornamentos negros que le habia preparado el sacristan, no queriendo celebrar sino con ornamentos blancos ante el cuerpo del hombre de Dios. «Quiero decir la Misa de los Confesores, pues el venerable »Cesar de Bus es un santo, y voy á dar gracias al Señor »por los favores que le ha hecho.» En el convento de Santa Práxedes predicó sobre las virtudes de Santa Cecilia, cuya fiesta se celebraba aquel dia, y pronosticó á las hermanas que dentro de poco tendrian cerca de ellas un monasterio de sus amadas hijas de la Visitacion.

En los Celestinos, que conservaban las reliquias del bienaventurado Cardenal Pedro de Luxemburgo, pronunció el panegírico de este santo personaje, sin mas preparacion que la oracion que hizo al pié de su tumba; y hubiera querido permanecer todo el dia en la Iglesia. «De»jadme, decia á los que le invitaban á retirarse, dejadme »que esté un poco mas cerca de este ilustre maestro. Nun»ca he leido nada que me haya producido tanta confusion »sobre mi vocacion eclesiástica, como la vida de este jóven »Cardenal.» (2) Fué á Tarascon á venerar las reliquias de Santa Marta, y hubiera querido ir á Saint-Baume para vi-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 19 de noviembre.
(2) Idem, 24 de noviembre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sitar la piadosa soledad de Santa Magdalena; pero el Cardenal de Saboya que acompañaba al Duque su padre, no quiso permitírselo, diciéndole que su corazon era un Saint-Baume, donde estaba siempre solitario, y que era preciso estar pronto, porque de un momento á otro podia partir la corte (1).

En efecto, el Duque de Saboya habia logrado el objeto de su viaje; habia tenido con el Rey varias conferencias secretas, y como una prueba de su afecto, le habia hecho presente de cuatro magníficos caballos, de una espada y un escudo guarnecido de diamantes y otras piedras preciosas. El Rey por su parte le habia acogido como á un hermano, y le habia invitado á que le acompañase á Lyon. Las dos cortes de Francia y Saboya partieron, pues, el 25 de noviembre, y Francisco se puso en camino en su seguimiento. Dos caballeros calvinistas se encontraron en el camino con él, los acogió con su amable dulzura y se detuvo el mayor tiempo posible en su compañía, procurando ilustrarlos y moverlos. Llegados á Pont-Saint-Esprit, estos señores refirieron lo que habian visto y admirado en él, y bien pronto entre todos los calvinistas de la ciudad no hubo mas que este grito: «Si todos los Obispos fueran »como este, decian cuando iba por las calles, todos sería»mos católicos, y ¿qué sería entonces de la religion de Lu»tero y Calvino?» (2)

A esta distancia de allí se detuvieron en una fonda para pasar la noche, y como estaban tomadas todas las camas, quisieron hacer conocer quién era, y lo prohibió. «Pero ¡Dios mio! dijo, ¿no sabeis que soy hombre de paz? »Bastantes molestias he causado para que dé ocasion á »otras nuevas;» y se retiró á un granero, se acostó sobre la paja, á pesar de sus incomodidades y el estremado rigor del frio. Por la mañana dos Jesuitas, que habian dormido en buena cama, al saber este incidente se apresuraron á

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 23 de noviembre.
(2) Carlos Aug., p. 564.—Juan de San Francisco, p. 508.

decirle cuánto habian sentido que no les hubieran avisado su llegada, y cuánto gusto hubieran tenido en cederle su lugar. «No lo he consentido, contestó, y ciertamente soy »deudor á esta circunstancia de una noche muy buena, »porque nunca he dormido mejor.» (1)

A su llegada á Valence, los habitantes se precipitaban á su paso en tan gran multitud, que le costó trabajo llegar á la fonda donde debia parar. Le colocaron primero en una buena habitacion; pero habiendo llegado algo despues una señora estranjera deseó ocuparla, y el caritativo Obispo se la cedió, pasando á otra muy incómoda. «Esta»blezcámonos aquí, dijo á los que le acompañaban, y esta»remos mejor que nadie.» (2)

No habiendo en esta habitacion mas que una cama, deseó cedérsela á Jorge Rolando, su mayordomo, y como este no quisiera aceptarla, «al menos, dijo Francisco, la »partireis conmigo;» y en su consecuencia hizo poner en el suelo el colchon y las mantas para Rolando, no reservando para sí mas que el jergon, sobre el cual se recostó vestido. Al dia siguiente, en el momento de partir, hizo llamar al fondista para pagarle. «Está ocupado, le dije»ron.—No le incomodeis, contestó, le esperaremos;» y viendo que su gente se impacientaba, «seamos atentos, les »dijo, así como pagamos sus bienes con nuestro dinero, »paguemos su buena voluntad con algunas palabras cor»diales.» Por último, llegó el fondista confuso por haber hecho esperar al santo Obispo en la calle, le dió con lo que le debia algunos santos avisos para santificarse en su estado, uniendo á esto su bendicion. Al salir de la fonda la multitud se apiñaba con tanto afan como á la llegada; parecia que no querian dejarle ir, y le acompañaron á una gran distancia de la ciudad (3).

Así que llegó á Lyon muchos de los mas distinguidos

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 26 de noviembre.
(2) Historia de la fundacion de Valence.
(3) *Año Santo de la Visitacion*, 28 y 29 de noviembre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

personajes se disputaban el honor de llevarle á su casa. El Sr. Jacobo Olier, intendente de la provincia, fué de los mas empeñados en ofrecerle la mitad de su casa, que siendo grande y próxima al Monasterio de la Visitacion, reunia todas las comodidades que se podian desear. Los Jesuitas fueron á su vez á rogarle aceptara su casa de San José; pero contestó á todos que habiendo previsto la dificultad que habia de encontrar alojamiento en una ciudad donde las dos córtes de Francia y Saboya iban á estar reunidas, se habia preparado con un alojamiento que no podia faltarle. Lo creyeron, y entonces, libre de toda solicitacion importuna, inspirado por su amor á la pobreza y á la sencillez, fué á pedir á sus amadas hijas de la Visitacion un pequeño cuarto que habia en la casa de su jardinero, reservado para el confesor del monasterio en los dias en que acudia á desempeñar sus funciones. Las religiosas le manifestaron que esta habitacion estaba muy espuesta á los vientos, que además no podia encenderse fuego en ella sin que molestase el humo, y que se comprometia su salud. Su respuesta fué como siempre, que nunca estaba mejor que cuando no estaba bien; que allí, estando cerca de ellas, podria serles mas útil; que estando mas apartado del bullicio de la corte, mas humildemente y con mas paz, podria hacer una vida mas recogida en Dios y mas accesible á los que quisieran hablarle; que allí, por último, tendria el gusto de no molestar á nadie (1). «¡Ay! dijo, bas»tante ruido he producido en esta ciudad, para que vaya »á ocasionar mas.»

Se situó, pues, en esta pequeña habitacion con alegría, y cuando sus amigos le reconvinieron, les contestó como á las hermanas: «Estoy muy bien en esta casa para »recibir las almas pecadoras que la Providencia me en»vie, y no estoy menos bien por lo que hace á mi tran»quilidad, porque la pequeñez de esta habitacion me

(1) Carlos Aug., p. 564 y 565.

»libra del bullicio de las grandes reuniones.» (1) Quisieron que al menos, en atencion al estado de sus piernas, que las tenía muy hinchadas y enfermas, no hiciera largas escursiones á pié y que aceptase un carruaje, sobre todo cuando fuera á predicar muy lejos. «¡Ah! ciertamen»te, contestó, tendria que ver que yo fuese en carruaje á »predicar la pobreza evangélica y la penitencia de San »Juan! Yo nunca quiero ir sino á pie.» (2)

El santo Obispo fué en Lyon lo que habia sido en todas partes, el apóstol infatigable, el hombre del cielo, para quien Dios y las almas eran todo, para quien el mundo y sus vanidades no eran nada. Mientras los habitantes corrian á ver á los reyes y reinas, á los príncipes y princesas; en tanto que las fiestas en honor de estos ocupaban los ánimos y llenaban la ciudad de ruido y de tumulto, él se ocupaba con sus amadas hijas de la Visitacion, en hablar de Dios y de los bienes eternos. Habia hecho todo lo que podia hacer por esta su querida órden. Trece monasterios habia fundado, á saber: los de Annecy, Lyon, Moulins, Grenoble, Bourges, París, Monferrand, Nevers, Orleans, Valence, Dijon, Saint-Etienne-en-Forez y Belley; no le restaba mas que darles su último adios y sus últimos consejos, y para eso aprovechó todos los momentos libres. «Padre mio, le dijeron un dia sus buenas hijas, escribidnos »en este papel lo que deseais mas de nosotras.» Tomó al punto la pluma, y escribió con mucho cuidado esta sola palabra: *Humildad;* considerando que ella sola valía por todas las instrucciones que podia darles.

En este estado de cosas llegaba á Lyon la santa Madre Chantal, que volvia de la visita de sus monasterios de Dijon, Montferrand y Saint-Etienne, siendo para ella un consuelo indecible oir por última vez á su santo director. Hacia tres años y medio que no le habia visto, y al ponerse en su presencia se sintió sobrecogida de sorpresa y ad-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 3 de noviembre.
(2) Carlos Aug., p. 565.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

miracion. La pareció sensiblemente cambiado y como todo transformado en Dios, pues el fuego sagrado que le consumia interiormente, hacia resplandecer su rostro con un brillo que no habia notado antes, ya porque, al aproximarse su muerte, Dios hiciera brillar en su frente como un reflejo radiante de la beatitud celestial, ya que hubiese llegado á la plenitud del hombre perfecto, á esa madurez del alma en Jesucristo, que se refleja esteriormente con una modestia angelical. «Madre mia, dijo el santo Obispo, »puesto que tenemos algunas horas libres, ¿quién de los »dos hablará primero?—Si quereis empezaré yo, contestó »aquella con ardor, pues mi alma tiene gran necesidad »de que la examineis.» Viendo el santo un poco de vehemencia en la que el queria libre de toda imperfeccion, le dijo suavemente, pero con gravedad; «Madre mia, ¿con »que teneis aún deseos vehementes? Yo creí encontraros »enteramente angelical. No hablaremos de nosotros aquí, »solo hablaremos de lo que concierne á nuestra congrega»cion. ¡Oh, cuánto amo nuestro pequeño instituto, porque »Dios es muy amado en él!» Conferenciando despues juntos por espacio de cuatro horas sobre los diferentes intereses de la congregacion, Francisco le dijo, que cuanto mas oraba mas le manifestaba Dios su voluntad de que el instituto continuara bajo la direccion de la Santa Sede y de los Obispos respectivos, mas bien que bajo la de un superior ó superiora general. «Vuestras hijas, añadió, son hi»jas del clero, y el clero ha sido la primer orden de la re»ligion.» La Madre Chantal accedió á estos pensamientos, considerándolos inspirados por Dios, porque veneraba á su bienaventurado padre como á un santo, y no pudo ocultárselo. «Padre mio, le dijo, no dudo que sereis un dia ca»nonizado, y espero poder trabajar en ello. Madre mia, con»testó Francisco con un tono muy serio, Dios podia hacer »este milagro, pero las personas que deben trabajar en mi »canonizacion no han nacido aún.» (1) La Madre Chantal

(1) Dep. de la Madre Chaugy.

hubiera querido prolongar su estancia cerca de su santo director, pero no se lo permitió, pues el deber la llamaba á la visita de los monasterios de Grenoble y de Belley, y partió á pesar del rigor del frio. Como la Madre Blonay manifestase al santo Obispo la pena que esto la causaba: «Hija mia, le contestó, ¿creeis que hay alguien que quie»ra mas que yo á nuestra Madre? La quiero como á mí mis»mo, pero es preciso vaya á cumplir la voluntad de Dios y »á preparar el lugar de mi morada;» palabras que no comprendió entonces la Madre Blonay, pero que se esplicó luego, cuando á la muerte del santo prelado supo lo que la ocupaba á la Madre Chantal el prepararle una sepultura (1).

El tiempo que Francisco se consagraba á sus hijas de la Visitacion, estaba ocupado en gran parte por las numerosas visitas que le agoviaban, acudiendo á consultarle de todas partes, como en otro tiempo iban á San Antonio en el desierto. Los grandes y aun los príncipes penetraban en la humilde casa del jardinero de la Visitacion, para que el hombre de Dios les comunicara sus luces. Entre los muchos que le visitaban con mas asiduidad estaba el intendente de justicia, el Sr. Olier, que le habia ofrecido su casa con tanto empeño. Francisco conoció muy pronto su mérito, y contrajo con él una íntima amistad. Este virtuoso señor y su digna esposa, tenian grandes inquietudes sobre la vocacion de uno de sus hijos llamado Juan Jacobo. Le habian destinado primero al estado eclesiástico: pero su carácter violento y arrebatado y su imaginacion acalorada, les hacia desconfiar de que pudiera ser un dia un buen sacerdote. Le reprendian sin cesar, le castigaban, le golpeaban, y con los golpes su natural se agriaba y empeoraba, y el mal iba creciendo con la edad. En su inquietud, la Señora de Olier fué á rogar al santo Obispo examinase él mismo la vocacion de su hijo, consultase á Dios sobre ella, y la fijase con una respuesta que ellos con-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 11 de diciembre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

siderarian como un oráculo del cielo. Habiéndola prometido que se ocuparia de él delante de Dios, aquella Señora le llevó sus hijos algunos dias despues; y como los acogiese á todos con igual ternura, abrazando á uno despues de otro y alabándolos á todos igualmente: «Monseñor, dijo la »madre, Juan Jacobo es el mas pequeño, no es juicioso y »me da muchos disgustos.—Señora, contestó Francisco »ilustrado sin duda con alguna luz profética, la única que »puede esplicar esta respuesta, es preciso perdonar alguna »cosa á la juventud; los caracteres alegres no son los peo»res; he consultado á Dios sobre la vocacion de este niño »y podeis consolaros, porque el cielo le ha escojido para »gloria y bien de su Iglesia. Dios, en la persona de este »niño, se prepara un buen siervo. No tengais ninguna »duda; cámbiense vuestros temores en acciones de gracias, »y si Dios me dejara algun tiempo sobre la tierra, os pe»diria me confiárais este niño para formarle yo mismo en »la virtud y en las ciencias eclesiásticas.»

Las visitas tan frecuentes que recibia el santo Obispo no le hacian descuidar ningun deber. Iba fielmente á rendir sus homenajes á las dos cortes de Francia y de Saboya, así como á los amigos que tenia en ambas, y en todas partes era honrado y venerado, en todas partes edificaba, y se acogian sus palabras como oráculos. Un dia que hablaba con un Padre Jesuita sobre el amor de San Francisco de Asís á los sufrimientos, la humildad de San Francisco de Paula y el celo apostólico de San Francisco Javier: «Sí, »dijo con aquel genio alegre que hacia su conversacion tan »encantadora, ó me cuesta la vida, ó he de ser algun dia »un cuarto San Francisco.» Dió una respuesta muy semejante á un virtuoso eclesiástico que decia en su presencia: «Ya hay tres Santos Franciscos canonizados; San »Francisco de Asís, San Francisco de Paula y San Fran»cisco Javier, no falta mas que San Francisco de Sa»les.—¡Ojalá! esclamó, que fuese santo!» (1)

(1) Carlos Aug., p. 566.

Habiendo dicho un doctor de la Sorbona, al retirarse maravillado de una larga conferencia que habia tenido con él sobre varios puntos importantes, que en todas partes le tenian por santo y que el mismo acababa de tener una prueba de ello: «¡Oh señor, contestó, Dios os libre de se»mejante santidad! Os engañais lo mismo que los demás; »no tengo mas que una buena voluntad de servir á Dios, »pero podeis contribuir con vuestras oraciones á que sea »un santo.» (1) Habiendo ido una vez á visitar á la Princesa de Soissons, una dama de la corte se le acercó. «Ver»daderamente, Monseñor, si estuviérais vestido de púrpu»ra, os tomaria por San Carlos.—En verdad, Señora, »contestó, de nada sirve estar vestido de púrpura, pero »seria de desear ser un San Carlos por las obras, ya que »no por los vestidos.» (2)

En sus relaciones con los grandes, Francisco no olvidaba á los pobres. Despues que habia dado á estos lo que tenia, pedia para ellos á los señores y señoras de la corte. Nadie rehusaba darle, pues la veneracion que inspiraba su santidad no lo permitia, é iba luego á llevar á los pobres los socorros que no habia podido darles desde luego. Iba igualmente á anunciar la palabra de Dios á todas partes á donde le invitaban; predicando el segundo domingo de Adviento en la iglesia de los Jesuitas, el 10 y el 21 de diciembre en la de la Visitacion y la víspera de Navidad en las Recoletas, para la colocacion de una cruz. En esta última ceremonia, en la que dirigió la palabra á invitacion de María de Médicis, sufrió mucho con el frio y se sintió mal (3). ¡Ah! no le restaban mas que tres dias de vida, y los tres fueron empleados en contínuos trabajos, capaces de fatigar la salud mas robusta. A media noche celebró la Misa en la Visitacion, dió la comunion á todas las religiosas, y predicó sobre el nacimiento del Salvador con un fervor se-

(1) Carlos Aug., p. 566.
(2) *Año Santo de la Visitacion*, 10 de diciembre.—Carlos Aug. p. 556.
(3) Carlos Aug., p. 567.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ráfico, lo que movió á la superiora, la Madre Blonay, á tomarse la confianza de preguntarle en la sacristía si habia recibido alguna gracia espiritual en esta Misa, pues me ha parecido, le dijo, haber visto al arcángel Gabriel á vuestro lado en el momento en que habeis entonado el *Gloria in excelsis*. «Mi querida hija, le contestó, mirándola dulce»mente, tengo el oido del corazon muy duro á las inspira»ciones, y necesito que los ángeles me hablen á los oidos »corporales y que llenen mis sentidos de una santa melo»día.» Nosatisfaciendoesta respuesta á la superiora, insistió, y el santo Obispo le dijo: «Es cierto que nunca he sido tan »consolado en el altar; el divino Niño ha estado en él visi»ble é invisible. ¿Y por qué no habian de estar tambien los »ángeles? Pero no os diré mas, porque hay aquí mucha »gente.»

Terminando así su conversacion, fué á confesar al Príncipe y á la Princesa del Piamonte, á los que dijo como su limosnero la Misa de la aurora en los Dominicos, y les dió la Comunion (1). Volviendo de allí prontamente á la Visitacion, encontró al capellan que iba á subir al altar. Este quiso retirarse y cederle su lugar, mas no quiso permitírselo, conforme á su principio de no molestar nunca al prójimo, ni procurarse su comodidad á espensas de otro. Dijo graciosamente que le convenia mas tener algun tiempo para recojerse; y oyó de rodillas, en un rincon de la iglesia, las tres Misas del capellan; de suerte que no empezó la suya hasta cerca del medio dia (2). Des-

(1) Roberto Arnaud d'Andilly cuenta en sus memorias (al fin de la 1.ª parte, p. 441, t. XI, de la 2.ª serie de la coleccion de Michaud y Poujolat, para servir á la historia de Francia), que él comulgó en esta Misa. Como este gran Obispo, dice, era íntimo amigo de mi padre, y despues de la Madre de Chantal, la religiosa que mas amaba era á mi hermana la Madre Angélica, y hácia mi tenia un particular afecto, fué para mí un encuentro muy agradable. Nos dió la comunion á la Señora de Senecay y á mí, asi como á algunos otros; fué á la sacristía despues de la Misa para verle, y no es decible la alegría con que me recibió, y me dijo abrazándome estas palabras: «¡Ay! hijo mio, os he reconocido *in fractione panis*.»

(2) Carlos Aug., p. 568.

pues de la comida, en la que comió muy poco, presidió la toma de hábito de dos hermanas de la Visitacion y predicó sobre las palabras de la Epístola del dia: «*Abnegantes im»pietatem et sæcularia desideria, sobrie et juste et pie viva»mus in hoc sæculo*. Renunciemos á la impiedad y á los »deseos del siglo para vivir sóbria, justa y santamente »sobre la tierra.....» Despues de algunos momentos de reposo dió una conferencia á sus amadas hijas, recibió en audiencia á gran número de personas que iban á verle, fué luego á despedirse de la Reina madre, María de Medicis, que partia al dia siguiente, y no pudo, á pesar de su escesivo cansancio, dejar la corte hasta muy adelantada la noche (1).

Al dia siguiente, fiesta de San Esteban, despues de haber dicho Misa y dado la Comunion á sus religiosas, fue á comer con uno de sus amigos, Vicario general de la diócesis y Canónigo de Saint-Nizier, comunicó con él varios negocios particulares, y volvió á las cinco para dar á sus amadas hijas su última conferencia, que duró cerca de dos horas, declarándolas desde el principio que les hablaba por última vez. «Mis amadas hijas, les dijo, es preciso »partir; vengo á gozar por última vez del consuelo que me »da vuestra virtud.» Les habló luego del amor divino, les dió instrucciones para la confesion y Comunion, para distinguir el pecado venial, que no puede proceder sino de la voluntad, de la imperfeccion, que proviene de fragilidad y sorpresa; estableció la diferencia que hay entre la virtud y el asentimiento de la virtud; y como continuaba su discurso sin pensar en terminarlo, sus criados fueron á buscarle con hachas encendidas, avisándole que ya era tarde. «Pasaria gustoso aquí toda la noche sin apercibir»me de ello, dijo, pero ya veis que la obediencia me llama, »y es preciso retirarse.—Antes, replicó la superiora, de»cidnos lo que deseais que nos quede mas profundamente »grabado en el espíritu.—Mi querida hija, dijo, no deseeis

(1) Carlos Aug., p. 568.—La Riviere, p. 654.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»nada, ni rehuseis nada: estas palabras lo encierran todo. »Mirad como el pequeño Jesus en el pesebre recibe la po- »breza, la desnudez, la compañía de los animales, el frio, »el rigor de la estacion y todo lo que su Padre permite. No »está escrito que tendiera nunca sus manos para pedir al- »guna cosa, abandonándose enteramente al cuidado de su »madre, pero sin rehusar tampoco los pequeños alivios »que esta le daba. Recibia los servicios de San José, las »adoraciones de los reyes y de los pastores, todo con la »misma indiferencia. Así no debemos ni desear ni rehusar »nada, sino sufrir y recibir igualmente todo lo que Dios »permite con respecto á nosotros.—Pero, monseñor, pre- »guntaron las religiosas, ¿no es lícito calentarse cuando »se tiene mucho frio?—Cuando el fuego está encendido, »contestó, bien se ve que es la intencion de la obediencia »que se calienten, con tal que no se haga con demasiado »ardor; y acabadas estas palabras, se retiró diciendo que »las llevaba á todas en su corazon.» (1)

Al dia siguiente, fiesta de San Juan, notó al levantarse que su vista se debilitaba mucho. «Esto signi- »fica, dijo á los suyos, que es preciso partir, y bendigo á »Dios por ello; el cuerpo que se debilita hace mas pesada »al alma.» Se confesó en seguida, dijo Misa con un fervor extraordinario, dió la Comunion á toda la comunidad, y despues de haber confesado á la superiora, se detuvo hablando algun tiempo con ella. Encontrando esta muy alterada su vista y su semblante, le preguntó si se sentia mal; á lo cual contestó tan solo que todo resultaba en bien para los que aman á Dios, y la bendijo diciéndola: «Adios, »hija mia, os dejo mi espíritu y mi corazon.»

Habiendo encontrado al salir de la iglesia al Duque de Bellegarde, gobernador de Borgoña, y al Sr. de Villeroz, gobernador de Lyon, habló largo tiempo con ellos con la cabeza descubierta, á pesar de un frio penetrante y una niebla muy espesa. Desde allí fue á ver al Duque de Ne-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 27 de diciembre.—Carlos Aug., p. 570.

mours, para desengañarle de las prevenciones que tenia contra sus oficiales del ducado de Ginebra, á los cuales queria castigar; y tuvo el consuelo de hacerlos confirmar á todos en sus cargos. Pasó de allí á casa del Príncipe del Piamonte, donde permaneció tambien mucho tiempo con la cabeza descubierta; y por fin volvió á su casa tan fatigado y rendido que no podia moverse (1). Su criado le propuso cambiase de calzado para estar mas cómodo. «Le »cambiaremos, dijo, si lo deseais, pero no iremos muy »lejos.»

Comió luego muy lijeramente, y despues permaneció largo rato pensativo, apoyado sobre la mesa. Escribió dos cartas, y habia ya empezado la tercera, cuando fue interrumpido por las visitas de varios religiosos de diferentes Ordenes, que creyendo que iba á partir para Annecy, acudian á desearle un feliz viaje y á pedirle su bendicion. Entre ellos se encontraba el rector de la casa de San José, que dirigian los Jesuitas; y como reclamara su benevolencia: «¿No sabeis, le dijo el santo Obispo, que soy todo de »San José?» Sus criados, testigos siempre de la recepcion que hacia á los que le visitaban, notaron que, contra su costumbre de acompañar siempre con gran cortesía á los que iban á verle, permaneció sentado sin ir á despedirlos, deduciendo de ahí que debia estar muy mal, y en su consecuencia le espusieron la conveniencia de diferir la partida para el dia siguiente (2). «¿Creeis, sin duda, que »estoy enfermo?» les dijo; y algunos instantes despues, dándole su criado cuenta de un sermon en que el predicador habia recomendado á la reina amara mucho á sus súbditos: «Y vos, amigo mio, le dijo con una voz débil, ¿me »amais mucho?» á cuyas palabras este buen criado no pudo contestar sino con sus lágrimas. «Pues yo tambien, añadió »su bondadoso amo, os amo mucho; pero amemos mas aún »á Dios, que es nuestro gran dueño;» y al decir estas pa-

(1) Carlos Aug., p. 571.
(2) La Riviere, p. 655.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

labras cayó desmayado. Eran entonces las dos de la tarde (1). Al punto abrieron las ventanas para que le diera el aire, y le pusieron en su cama. Una media hora despues le sobrevino una apoplegía que le paralizó completamente, y pareció quitarle del todo el conocimiento. Al ver esto todos se agolparon á su alrededor para auxiliarle; los médicos que acudieron, recomendaron se empleasen todos los medios posibles para evitar se aletargase, hablándole, frotándole la cabeza con lienzos calientes y haciéndole tomar bebidas amargas. Dejó que le hicieran todo lo que quisieron, porque entonces tenia su razon perfecta y su juicio sano. El rector de los Jesuitas le sujirió actos de fe, de esperanza, de caridad y de contricion, y el santo Obispo los repetia piadosamente en los intérvalos en que podia hablar. A todo lo que le decian no contestaba sino con palabras de edificacion (2). «¡En qué estado os veo! le dijo »un religioso amigo suyo.—Padre, mio, le contestó, aquí »espero la misericordia de Dios: *Expectans expectavi Do-*»*minum, et intendit mihi.* He esperado constantemente »en el Señor, y Él ha fijado sus ojos en mí (3).

»Si fuera la voluntad de Dios que muriéseis ahora, re»plicó el religioso, ¿no lo querríais?—Si Dios lo quiere, »contestó el santo enfermo con una dulce sonrisa, yo lo »quiero tambien; que sea esta hora ú otra ¿qué importa? »*Bonum est sperare in Domino* (4). *Dominus est; quod bo*»*num est in oculis suis faciat* (5). Es preciso abandonarse »al Señor. Él es el dueño; que obre segun su beneplácito.» Hizo luego la profesion de fe, despues de la cual añadió: «Quiero morir en la fe de la Iglesia católica, apostólica y »romana, la única religion buena; así lo juro y lo profeso. »Que me traigan, añadió, el sacramento de la Extrema»Uncion.—Monseñor, le dijo el Padre Maniglier, Jesuita

(1) Carlos Aug., p. 571 y 572.
(2) Idem, p. 575 y sig.
(3) Ps. XXXIX, 1.
(4) Ps. XXXIX, 1.
(5) Reg. II, 18.

»y uno de sus amigos, que habia corrido á su lado así que »supo el accidente, decid: *Transeat á me calix iste.* ¡Que »este caliz pase de mí sin que yo lo beba!—¡Oh, no! con»testó, vale mas decir: ¡Dios mio, que vuestra voluntad se »haga y no la mia!—Pues bien, entonces consagraos á la »Santísima Trinidad, dijo el Padre.—¡Oh! con todo mi co»razon dedico y consagro á Dios todo lo que está en mí, »mi memoria y acciones á Dios Padre, mi entendimiento »y palabras á Dios Hijo, mi voluntad y pensamientos á »Dios Espíritu Santo, mi corazon, mi cuerpo, mi lengua, »mis sentidos y todos mis dolores á la sagrada humanidad »de Jesucristo: *Qui non dubitavit manibus tradi nocen*»*tium, et crucis subire tormentum.*» (1)

Uno, creyendo que le convendria hacerle esperar su curacion, le dijo que creia que pronto estaria en su silla de Ginebra. «Nunca he deseado, dijo, la silla de Gi»nebra, sino su conversion.» (2) Luego se confesó, pidió de nuevo la Extrema-Uncion, y proponiéndole el vicario general, que acababa de llegar, se espusiera el Santísimo Sacramento por él en la iglesia de la Visitacion: «No, re»plicó, no lo merezco.—Pero al menos ¿no querreis que se »ruegue por vos?—¡Ah! sí, por mí, pobre pecador.—¿No »quereis invocar á la Santísima Vírgen?—¡Ay! he recur»rido á ella todos los dias de mi vida.» Y diciendo estas palabras cayó en un profundo letargo. El vicario general, para que saliera de él porque le era muy perjudicial, le ocurrió preguntarle: «Monseñor, ¿qué pensais de la reli»gion católica? ¿No seríais calvinista en el fondo de vuestro »corazon?—¡Oh, oh, esclamó con esfuerzo despertado por »el horror á la herejía, Dios me libre! Nunca fuí hereje; »eso sería en mí una traicion muy grande.» Y diciendo estas palabras hizo una gran señal de la cruz desde la

(1) Es decir, que no ha dudado entregarse en manos de sus verdugos y sufrir por nosotros el suplicio de la cruz. (Oracion de la Iglesia en la Semana Santa.)
(2) Dep. del Canónigo Gard.—Carlos Aug., p. 576.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

frente hasta el pecho. «Pero, le dijo el vicario general »despues de algun tiempo, ¿no temeis la muerte? Los ma- »yores santos la han temido, y tenian mucha razon: *¡O »mors, quam amara est memoria tua!* ¡Oh muerte, cuán »amarga es tu memoria! *Homini pacem habenti in subs- »tantiis suis,*» (1) contestó, es decir; para el hombre que posee su corazon en sus riquezas, queriendo significar con esto que, no estando asido á nada de este mundo, la muerte no tenia para él ninguna amargura (2).

Entre tanto el mal se agravaba por momentos; á la una de la madrugada le dieron la Extrema-Uncion, que habia deseado tan ardientemente, pero no el Viático, á causa de sus frecuentes vómitos, y contestó á todas las oraciones con los mayores sentimientos de piedad, habiendo recobrado como por milagro para este momento terrible toda su libertad de espíritu. Despues de la ceremonia se hizo poner en el brazo su rosario, del cual pendian varias medallas benditas que habia traido de Roma y de Loreto, y rogó á los eclesiásticos que velaban á su lado le sugirieran con frecuencia actos de fe, de esperanza, de caridad, de conformidad con la voluntad de Dios, de contricion y de humildad.

Por la mañana, cuando amaneció el dia que debia ser el último para él, habiendo recibido la visita del Obispo de Damasco, le conoció y estendió la mano para dársela en señal de amistad: «Vengo, le dijo el Obispo, para ayu- »daros en el último combate. *Frater qui adjuvatur à Fra- »tre quasi civitas firma* (3). El hermano ayudado por su »hermano es como una ciudad fuerte.—*Et Dominus salva- »bit utrumque;* contestó, el Señor salvará al uno y al otro.» Algun tiempo despues, el Obispo añadió: «*Jacta super Do- »minum curam tuam* (4).—*Et ipse te enutriet* (5), contestó

(1) Eccli. XLIX, 41.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec. X.—La Riviere, p. 657.
(3) Prov. XVIII, 19.
(4) Poned vuestra confianza en el Señor. (Ps. LVI, 23.)
(5) Y Él os alimentara. (Idem.)

»el enfermo, mi alimento es que cumpla la voluntad de »mi Padre.» (1)

El Duque de Nemours, Enrique de Saboya, á pesar de estar en cama y cruelmente atormentado de la gota, llegó despues del Obispo de Damasco. Conmovido al ver el estado en que se encontraba el venerable enfermo, se puso de rodillas al pié de su lecho, y con las lágrimas en los ojos le pidió su bendicion para él y su hijo, el Príncipe del Ginebresado, al cual el santo Obispo habia bautizado en París. Le preguntaron si conocia al que le hablaba: »Sí, ciertamente, contestó, es Monseñor el Duque de Ne- »mours, de quien soy vasallo.» Y estendiendo su mano ya muy trémula, le bendijo á él y al Príncipe (2).

La señora de Olier fue tambien con sus hijos para solicitar su última bendicion, y el santo enfermo, levantando su mano desfallecida, los bendijo con un aire de paz y de contento, que anunciaba las grandes esperanzas que fundaba sobre Juan Jacobo, el mas pequeño, destinado á ser padre de una sociedad dedicada á santificar al clero.

A eso de las diez los médicos opinaron sangrarle, y habiendo llegado poco despues el Padre Forier, antiguo director de su conciencia, que le preguntó si se acordaba de él, «*Si oblitus fuero tui,* dijo, *oblivioni detur dextera »mea;* Antes me olvidaré de mi mano derecha que de »vos (3).—Decid á Dios, como San Martin, añadió el pa- »dre: *Domine, si adhuc populo tuo sum necessarius, non re- »cusso laborem;* Señor, si soy necesario á vuestro pueblo, »no rehuso el trabajo.—¡Yo necesario! contestó, no, no, soy »un siervo completamente inútil: *Servus inutilis, inuti- »lis, inutilis,*» repitió hasta tres veces. Habiendo notado el esmero que tenia en asistirlo un hermano de la Compañía de Jesus: «Mi querido hermano, le dijo, tomais por »mí mucho trabajo; ¿qué podria yo hacer por vos?—Mon-

(1) Carlos Aug., p. 515 y sig.—La Riviere, p. 656 y sig.
(2) Carlos Aug., p. 576.
(3) Salmo CXXXVII, 5.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»señor, contestó este, acordaos de mí cuando llegueis al »reino de Dios.» El santo enfermo hizo una señal bondadosa en testimonio de su promesa. Habiendo notado tambien la afliccion de sus criados, á los que oia sollozar al rededor de su cama: «Hijos mios, les dijo, no lloreis; ¿no »sabeis que es preciso que se cumpla la voluntad de Dios?» y acabadas de decir estas palabras volvió á aletargarse. Cuando recobraba sus sentidos, era para hablar de Dios, implorar su misericordia y confiar en él. Tenia á menudo en la boca el salmo *Miserere mei, Deus;* tened piedad de »mí, Dios mio! Y habiéndole alguno oido repetir en voz baja el verso: *Amplius lava me, Domine, ab iniquitate mea, et à peccato meo munda me* (2); Lavadme, Señor, mas y mas de mis manchas, y purificadme de todo pecado, se permitió añadir que en su conciencia no le quedaba ya mancha que borrar, porque la habia puesto en buen órden. «Os engañais,» contestó al punto. Otras veces tomaba estas palabras del Salmista: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum. Misericordias Domini in æternum cantabo* (3). *Renuit consolari anima mea, memor sui Dei, et delectatus sum* (4). *¿Quando veniam et apparebo?* (5). Es decir: Mi corazon y mi carne se alegraron »en Dios vivo. Cantaré para siempre las misericordias del »Señor. Cuando mi alma estaba desolada, me acordé de »Dios y fui consolado. ¿Cuándo iré á comparecer ante »vuestra presencia?» Le gustaba tambien repetir las palabras de los Cánticos: *Indica mihi, dilecte mi, ubi pascas, ubi cubes in meridie.* «¡Oh! amado mio, mostradme el lu»gar donde apacentais vuestro ganado, donde descansais »en un eterno mediodía.» Y habiéndole dicho uno, para entretenerle con este pensamiento del paraiso: *Sanctus, sanctus, sanctus*, añadió: *Plena est omnis terra gloria*

(1) Salmo LXXXIII, 3.
(2) Salmo LXXXVIII, 3.
(3) Salmo LXXVI, 4.
(4) Salmo XII, 3.

»*ejus*,» y continuó el *Te Deum*, este hermoso cántico del cielo, donde estaba próximo á entrar.

Entre tanto las congojas eran cada vez mas frecuentes, y los médicos, para evitarlas, le hacian sufrir graves dolores, pues le arrancaban los cabellos, le daban friegas violentas en las piernas y en la espalda, hasta hacerle sangre. Vuelto en sí por la fuerza del dolor, distinguió al Arzobispo de Embrun que habia ido á visitarle; pero en vez de hablarle, exhaló los suspiros de que su corazon estaba lleno: «¡Oh Dios mio! mi alma está en vuestra pre»sencia, y mis gemidos os son conocidos. Sois vos mi Dios »y mi todo, mi deseo y el deseo de las colinas eternas.» Uno le sugirió uniese sus dolores á los de Jesucristo coronado de espinas. «Los que sufro, contestó, no merecen el »nombre de dolores en comparacion de aquellos.»

Por último los médicos, viendo al enfermo en el último estremo, quisieron ensayar los últimos remedios. Le habian puesto en la cabeza un parche de cantárida, y al quitárselo le arrancaron la piel. Dos veces le aplicaron el hierro ardiendo sobre la nuca, y una vez el boton de fuego en la parte superior de la cabeza, que se quemó hasta el hueso (1), y durante este largo martirio, cuya violencia le arrancó lágrimas, no exhaló una sola queja. Le preguntaron si sentia el daño que le hacian: «Sí, lo siento, »contestó dulcemente; pero haced todo lo que querais al »enfermo;» y su rostro no perdió nada de su serenidad y mansedumbre, ni sus labios articularon mas palabras que los nombres benditos de Jesus y de María. Como el cordero bajo la mano del que lo trasquila, sufria todo lo que querian hacer con él, y hacia lo que le mandaban; y conforme con su máxima de nada pedir y nada rehusar, no pidió nunca ningun alivio y nunca rehusó ningun remedio, por grande que fuera la violencia ó aversion que tuviera la naturaleza.

Una muerte mas pronta pareció ser el único resultado

(1) Carlos Aug., p. 577.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de estas crueles operaciones, y desde este momento no pronunció mas que algunas palabras. El Vicario general le preguntó donde queria ser enterrado; no contestó nada.

Habiéndole dicho una hermana de la caridad por darle algun consuelo, pero sin que fuera cierto, que su hermano el Obispo de Calcedonia habia llegado, le contestó: «Her»mana, no se debe nunca mentir.» Le preguntaron si no sentia dejar á sus amadas hijas de la Visitacion, y si no tenia inquietud por su instituto naciente: «*Qui cæpit opus, ipse perficiet, perficiet, perficiet* (1),» repitió hasta tres veces; es decir: «El que ha empezado la obra la acabará.» Le preguntaron si no temia ser vencido en el último combate contra el demonio: «*Oculi mei semper ad Dominum*, »contestó, *quoniam ipse evellet de laqueo pedes meos* (2). »Mis ojos estan fijos en el Señor; él es el que me salvará »del peligro.» Pero, le dijeron, entre los apóstoles hubo uno infiel: «*Expectans expectavi Dominum*, replicó, *et »exaudivit preces meas, et eduxit me de lacu miseriæ et de »luto fœcis* (3). Espero el socorro del Señor, oirá mi ora»cion, y me librará del abismo.» Y despues de estas palabras añadió: «*Qui cæpit, ipse perficiet.*»

Luego volviéndose á uno de los suyos, y estrechándole la mano: «*Advesperascit, et inclinata est jam dies* (4),» le dijo; se hace tarde y se va acabando el dia. Luego, habiendo pronunciado el nombre de Jesus, perdió el uso de la palabra, y no se conocia ya que vivia sino por el movimiento de sus labios y el de sus ojos, que levantaba al cielo á cada aspiracion piadosa que le sujerian. Por último, viendo que iba á espirar, todos los asistentes se pusieron de rodillas, repitieron las oraciones de la recomendacion del alma, y en el momento que se repetia por tercera vez la invocacion: *Omnes sancti Innocentes, orate pro eo*, porque este dia era la fiesta de los santos Inocentes, entregó

(1) Philip. I, 6.
(2) Salm. XXIV, 15.
(3) Luc. XXIX, 29.
(4) Idem, id.

su alma pura é inocente á Dios, con la misma paz y tranquilidad que habia acompañado á toda su vida, á las ocho de la noche, á los cincuenta y seis años de edad y veinte de su episcopado (1).

La noticia de esta muerte fué trasmitida al punto por un medio sobrenatural á Luis de Sales, su hermano, que estaba entonces en el castillo de la Thuile; á Carlos Augusto, su sobrino, que estaba gravemente enfermo, y fué repentinamente curado con la aparicion de su tio; á la Señora de Chantal que, encontrándose entonces en Grenoble, oyó muy distintamente durante su oracion estas palabras: *Ya no existe;* á la venerable Ana Jacobina Coste, aquella tornera de la Visitacion cuya virtud estimaba tanto; al Señor de Coëx, Prior de Talloires, que era tan amigo suyo (2). Pero sobre todo se estendió bien pronto por toda la ciudad de Lyon, y desde este momento un grito unánime y espontáneo proclamó la santidad del difunto, acudiendo los fieles en gran número á honrar su cuerpo y hacer tocar á él sus rosarios y otros objetos de devocion. El intendente Jacobo Olier mandó que le abrieran y embalsamaran, y en esta operacion se le encontró un corazon grande y ancho, sano y entero, el hígado quemado, uno de los pulmones como atravesado de una estocada, el ventrículo derecho del cerebro lleno de sangre cuajada y el izquierdo de agua, lo que concuerda con la paralisis del brazo y del lado izquierdo; pero lo que hubo mas notable fué, que se encontró su hiel endurecida, seca y dividida en trescientas piedrecitas, unidas unas á otras en forma de rosario, doradas ó esmaltadas de diversos colores, unas redondas, otras triangulares, y algunas de ocho caras, fenómeno estraño, que los médicos atribuyeron á la violencia contínua que se habia hecho para vencer la cólera, á la que era naturalmente inclinado (3).

(1) Carlos Aug., p. 579.
(2) *Vida de San Francisco de Sales*, por el P. de la Riviere, escrita en 1624, t. IV.—Carlos Aug., p. 581.
(3) Carlos Aug., p. 579.—La Riviere, p. 664.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Toda la sangre que se derramó con la operacion fué recogida en lienzos y pañuelos por la piedad de los fieles como preciosas reliquias, que obraron en efecto en lo sucesivo varias curaciones milagrosas. Se llegó hasta raspar la mesa y el suelo donde habian caido algunas gotas, y á recoger cuidadosamente todo lo que habia servido al santo enfermo. Su corazon fué dado al monasterio de la Visitacion, encerrado primero en un relicario de plata y luego en otro magnífico de oro, regalo de Luis XIII, que manifestó así su reconocimiento por la curacion que habia obtenido con la aplicacion de este corazon; una de las piedras mas gruesas de la hiel fué dada á María de Médicis, otra á Ana de Austria, otras dos á los Príncipes de Saboya Carlos Emanuel y Victor Amadeo, y uno de sus anillos á la Princesa real de Saboya; cuyos objetos todos fueron recibidos con gran respeto y magníficamente engastados. Por último, todo lo demás que habia perteneciido al hombre de Dios fué distribuido entre los Príncipes, los grandes y los religiosos, deseando todos tener alguna reliquia de un prelado tan santo.

El 30 de diciembre le hicieron las honras fúnebres en la iglesia de la Visitacion, y el superior de los Fuldenses hizo el panegírico, que fué seguido de las aclamaciones de todo el pueblo, proclamando que era verdaderamente un santo, y llamándole unos un Ambrosio y un Ireneo, otros un Gregorio y un Agustin. Al dia siguiente, Rolando y los demás individuos de la familia episcopal se preparaban á partir para Annecy con el cuerpo de su santo prelado, y hasta le habian colocado en las andas que debian llevar dos mulas alquiladas para este efecto, cuando el Señor Olier corrió á oponerse á la partida, deseando conservar en la ciudad de Lyon tan rico depósito. Rolando, sin desconcertarse por eso partió al punto para Annecy, y fué á buscar el testamento, que le autorizaba para llevárselo. Encontró á la ciudad deshecha en lágrimas, como si cada uno hubiera perdido á su padre; les dijo la oposicion con que tropezaba, y les leyó el artículo del testamento,

por el cual el santo Obispo dejaba la eleccion del lugar de su sepultura á los de su comitiva, en caso de morir fuera de su diócesis. Fuertes con este documento, los magistrados de Annecy escribieron al Príncipe del Piamonte y este al Rey de Francia, alegando que, puesto que la Saboya habia tenido el honor de dar al mundo y á la Iglesia este insigne personaje, tocaba á ella ser la guardiana y depositaria de sus restos mortales, y que además su última voluntad dejaba la eleccion del lugar de su sepultura á los de su familia, los cuales habian decidido que fuera en Annecy. El rey se rindió á unas razones tan poderosas; y con su orden, los canónigos de Annecy pudieron llevarse el cuerpo del santo prelado. Se resolvió que se les entregaria en la Cruz Roja, y los canónigos de San Nizier quisieron llevarle ellos mismos á hombros desde la plaza de Bellecour, donde estaba depositado. El santo depósito salió de Lyon el 18 de enero de 1623, y durante todo el camino fué como una procesion contínua de fieles, que acudian de todos los lugares circunvecinos para venerar al santo Obispo, y hacer tocar á su ataud rosarios y medallas. Llegado á Annecy, se le hicieron los funerales con la mayor pompa posible, despues de los cuales se depositó el cuerpo en la iglesia de la Visitacion (1). Allí fue donde los reyes, príncipes y hombres de todas las clases y condiciones fueron á venerarle, hasta en los dias desgraciados de la revolucion francesa, en los que fué necesario ocultarle á la impiedad, ciega devastadora de todo lo que es santo y sagrado. Restituida la paz del mundo, las piadosas hijas de la Visitacion se edificaron un nuevo monasterio y una nueva iglesia; y habiendo hecho llevar de París el Conde Paulo Francisco de Sales, sobrino del santo, entonces embajador del Rey de Cerdeña en Rusia, una magnífica urna que mandó hacer á su costa, se colocó en ella el cuerpo del santo Obispo, siendo trasladado luego con gran pompa á la iglesia de la Visitacion en procesion solemne,

(1) La Riviere, p. 668.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

compuesta de varios prelados, de un numeroso clero, de los fieles que concurrieron en gran número, y precedida por el ilustre Arzobispo de París, Monseñor Quélen.

Llegados á la iglesia se colocó la urna encima del altar, apoyada en la pared del fondo del santuario, y desde este tiempo, como antes, numerosas peregrinaciones hacen conocer aún todos los dias la veneracion de los pueblos al hombre de Dios, que pasó sobre la tierra haciendo tanto bien.

LIBRO OCTAVO.

Retrato de San Francisco de Sales.

Por mucho interés que nos haya ofrecido hasta ahora la vida del Obispo de Ginebra, es, sin embargo, muy cierto que la parte quizás mas útil de esta hermosa vida nos queda aún que referir. Además de los hechos que tienen relacion con una época particular, y de los que nos hemos ocupado, siguiendo paso á paso al santo Obispo desde la cuna hasta la tumba, hay otro orden de hechos que no pertenecen á ninguna época fija, porque constituyendo el estado habitual del hombre, pertenecen igualmente á todas las épocas. Los hechos históricos de la vida de un santo tienen una fecha fija; pero el hecho moral de sus bellas cualidades ó de sus virtudes no la tiene, no pudiéndose decir, estas virtudes son de tal año. Es preciso, pues, referirlas aparte, y este es el vasto campo que nos queda aún que recorrer; campo que encierra el mayor interés, porque los hechos históricos que hemos espuesto no son sino como las emanaciones de las bellas cualidades y virtudes que vamos á describir; y si los arroyos son graciosos y cristalinos, si el viajero se siente deliciosamente refrigerado cuando aproxima á ellos sus lábios abrasados, ¡cuánto mas bellas y benéficas serán las mismas fuentes de donde proceden!

Para dibujar este hermoso cuadro, trazaremos primero

las cualidades naturales de Francisco de Sales, que son como el fondo sobre el cual ha trabajado la gracia. Luego, despues de haber espuesto los medios con que se ha elevado á la santidad, contaremos lo que ha sido con relacion á Dios, al prójimo y á sí mismo. Para con Dios, ¡qué viveza de fe, qué esperanza tan firme, qué amor tan ardiente, qué conformidad con la voluntad divina, qué religion tan profunda, qué devocion á Jesucristo y á sus Santos! Con el prójimo, ¡qué caridad, qué dulzura, qué celo, qué prudencia, mezclada con una sencillez arrebatadora en la direccion de las almas y en los negocios! Y si se considera á él mismo, ¡qué modestia, qué humildad, qué espíritu de pobreza, qué mortificacion, qué paciencia, qué igualdad de alma!

Terminado este cuadro, nos será muy dulce ver tantas virtudes coronadas con la veneracion universal, con los milagros que siguieron á su muerte, y por último por la decision de la Iglesia, que le ha colocado en los altares. Tales son los asuntos llenos de interés que trataremos en este séptimo libro, donde haremos hablar á menudo al mismo santo ó á la santa Madre de Chantal, el alma que le ha conocido mejor; no pudiendo menos el lector de ganar con estas citas, muy preferibles á todo lo que pudiéramos decirle, porque las palabras de los santos están acompañadas de una gracia particular, y son la espresion mas pura de lo verdadero y de lo bello en el orden sobrenatural.

CAPITULO PRIMERO.

Cualidades naturales de San Francisco de Sales.

Francisco de Sales era de una constitucion sana y de una estatura elevada; tenia la cabeza fuerte y bien organizada, calva en la parte superior, pero adornada en la inferior de hermosos cabellos rubios un poco oscuros, la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

compuesta de varios prelados, de un numeroso clero, de los fieles que concurrieron en gran número, y precedida por el ilustre Arzobispo de París, Monseñor Quélen.

Llegados á la iglesia se colocó la urna encima del altar, apoyada en la pared del fondo del santuario, y desde este tiempo, como antes, numerosas peregrinaciones hacen conocer aún todos los dias la veneracion de los pueblos al hombre de Dios, que pasó sobre la tierra haciendo tanto bien.

LIBRO OCTAVO.

Retrato de San Francisco de Sales.

Por mucho interés que nos haya ofrecido hasta ahora la vida del Obispo de Ginebra, es, sin embargo, muy cierto que la parte quizás mas útil de esta hermosa vida nos queda aún que referir. Además de los hechos que tienen relacion con una época particular, y de los que nos hemos ocupado, siguiendo paso á paso al santo Obispo desde la cuna hasta la tumba, hay otro orden de hechos que no pertenecen á ninguna época fija, porque constituyendo el estado habitual del hombre, pertenecen igualmente á todas las épocas. Los hechos históricos de la vida de un santo tienen una fecha fija; pero el hecho moral de sus bellas cualidades ó de sus virtudes no la tiene, no pudiéndose decir, estas virtudes son de tal año. Es preciso, pues, referirlas aparte, y este es el vasto campo que nos queda aún que recorrer; campo que encierra el mayor interés, porque los hechos históricos que hemos espuesto no son sino como las emanaciones de las bellas cualidades y virtudes que vamos á describir; y si los arroyos son graciosos y cristalinos, si el viajero se siente deliciosamente refrigerado cuando aproxima á ellos sus lábios abrasados, ¡cuánto mas bellas y benéficas serán las mismas fuentes de donde proceden!

Para dibujar este hermoso cuadro, trazaremos primero

las cualidades naturales de Francisco de Sales, que son como el fondo sobre el cual ha trabajado la gracia. Luego, despues de haber espuesto los medios con que se ha elevado á la santidad, contaremos lo que ha sido con relacion á Dios, al prójimo y á sí mismo. Para con Dios, ¡qué viveza de fe, qué esperanza tan firme, qué amor tan ardiente, qué conformidad con la voluntad divina, qué religion tan profunda, qué devocion á Jesucristo y á sus Santos! Con el prójimo, ¡qué caridad, qué dulzura, qué celo, qué prudencia, mezclada con una sencillez arrebatadora en la direccion de las almas y en los negocios! Y si se considera á él mismo, ¡qué modestia, qué humildad, qué espíritu de pobreza, qué mortificacion, qué paciencia, qué igualdad de alma!

Terminado este cuadro, nos será muy dulce ver tantas virtudes coronadas con la veneracion universal, con los milagros que siguieron á su muerte, y por último por la decision de la Iglesia, que le ha colocado en los altares. Tales son los asuntos llenos de interés que trataremos en este séptimo libro, donde haremos hablar á menudo al mismo santo ó á la santa Madre de Chantal, el alma que le ha conocido mejor; no pudiendo menos el lector de ganar con estas citas, muy preferibles á todo lo que pudiéramos decirle, porque las palabras de los santos están acompañadas de una gracia particular, y son la espresion mas pura de lo verdadero y de lo bello en el orden sobrenatural.

CAPITULO PRIMERO.

Cualidades naturales de San Francisco de Sales.

Francisco de Sales era de una constitucion sana y de una estatura elevada; tenia la cabeza fuerte y bien organizada, calva en la parte superior, pero adornada en la inferior de hermosos cabellos rubios un poco oscuros, la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

frente ancha y despejada, los ojos azules pero un poco bizcos, cubiertos de cejas elevadas y bien arqueadas, las mejillas encendidas con vivos colores, la boca dulce, la fisonomía benévola y agradable, todas las facciones de una finura notable, y la tez de una delicadeza esquisita. Su voz era grave, su modo de hablar lento, y lo mismo su paso (1); pero siempre sus acciones eran dulces é insinuantes, sus ademanes corteses y agradables, su frente serena, su aire franco, su sonrisa modesta. Un testigo ocular (2) ha resumido en estas breves palabras el retrato del santo Obispo: «Toda su compostura esterior, dice, »era tan bella y encantadora, su aspecto tan grave y dul»ce á la vez, que mis ojos no podian cansarse de mirarle, »no pudiendo imaginar un continente mas majestuoso.»

Bajo este esterior tan notable se admiraba un alma mas notable aún, en la cual la naturaleza parecia haber reunido todos sus dones: un juicio esquisito, un buen sentido poco comun, una inteligencia fácil y fecunda, carácter sencillo é ingénuo, enemigo de ese adorno afectado que destruye las verdaderas bellezas de la naturaleza, una imaginacion rica y brillante, un gusto por el orden que le hacia atender con igual cuidado á las cosas pequeñas que á las grandes, y no dejaba nada para el dia siguiente, ni anticipar la víspera lo que habia de hacer el dia presente; un genio vivo, pero bueno, amante, y al mismo tiempo tan firme, que no se desconcertaba por nada; un corazon, por último, tierno, sensible y ardiente, pero que uniéndose á Dios, se hizo el foco de los mas grandes, puros y heróicos sentimientos, porque la gracia no muda el fondo del corazon y del carácter, sino que lo santifica; no destruye la ternura y sensibilidad, sino que la aplica á lo que es bueno.

Dotado de finura de espíritu así como de cortesía, de maneras hábiles en esa ciencia del mundo que sabe dar á

(1) Carlos Aug., *versus finem*.
(2) Dep. de Biard.

cada uno lo que le es debido, y mide, segun las personas y circunstancias, los diversos grados de respeto y amistad, era siempre afable y cortés como convenia, atento de corazon, complaciente sin lisonja, cumplido sin afectacion, modesto sin austeridad, alegre con bondad. Poseia en el mas alto grado el arte de la conversacion, sabiendo hacerla á la vez amable, agradable é instructiva, animándola sin querer brillar en ella, y diciendo cosas finas y delicadas sin buscarlas. El metal de su voz, la gracia de su lenguaje tan sencillo como noble, la alegría dulce y graciosa con que sazonaba todos sus discursos, daban á su conversacion un encanto que cautivaba la estimacion, el afecto y la confianza, y hacia decir de él, que jamás la virtud se habia mostrado con rasgos mas amables, y mas á propósito para ganar los corazones (1).

Tantas bellas cualidades estaban realzadas por una instruccion profunda y variada. Versado en la antigüedad profana y sagrada, le eran familiares los escritos de los filósofos, tales como Aristóteles y Platon, Epicteto y Séneca, así como las obras de los historiadores griegos y latinos; y los unos y los otros se presentaban oportunamente á su pluma ó en su boca, para confirmar con algun rasgo instructivo lo que pretendia demostrar. Conocia la Retórica y la Literatura; poseia igualmente todo lo que se sabia en su tiempo de Ciencias naturales; y si alguna vez su Física no es exacta, mas bien que á él se debe culpar á su época.

Pero lo que poseia en grado mas eminente era el conjunto de las ciencias eclesiásticas, tan vastas en su estension, tan elevadas y tan firmes en su doctrina; la ciencia de la sagrada Escritura, que cita casi en todas las páginas de sus escritos, y que comenta con tanta delicadeza como piedad; la historia de la Iglesia, que emplea tan oportunamente para la defensa de nuestros dogmas y la edificacion de las almas; las obras de los Santos Padres,

(1) De Cambis, *passim*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de los que refiere tan bellos pasajes; y por último sobre todo esto, porque es el resúmen de todo, la teología dogmática y moral. Fuerte en la ciencia del dogma, resolvia con una claridad maravillosa y una facilidad sorprendente, no solo las objeciones de los herejes, ninguno de los cuales osaba medirse con él, sino hasta las cuestiones mas árduas y profundas, tales como las de la gracia, que bajo su pluma ó en su boca parecian perder toda su oscuridad, segun el testimonio de uno de sus historiadores (1). No menos hábil en la ciencia de la moral, resolvia fácilmente todos los casos de conciencia, apoyando todas sus decisiones en la *Summa* de Santo Tomás, cuya doctrina se le habia hecho tan familiar, que encontraba al instante los principios de las resoluciones de que tenia necesidad, segun las diversas circunstancias. Toda la córte romana le admiró en el exámen público que precedió á su consagracion; los Cardenales Du-Perron y de Berulle, el doctor Duval y los demas doctores de la Sorbona le llamaron el teólogo mas sábio de su siglo; y el general de los Fuldenses, Don Juan de San Francisco, hombre eminente tanto en la ciencia como en la piedad, despues de haber repetido el mismo elogio en los mismos términos, añade que sobresalia en todas las partes de la teología, que tenia «un conocimien»to exacto del derecho canónico y una inteligencia tan »consumada de las sagradas Escrituras, que su espíritu »parecia trasformado en ellas, esplicando con una admira»ble claridad los pasajes mas oscuros y difíciles. Por últi»mo, dice el mismo historiador, era un espíritu eminente »por la perfecta bondad de su sentido natural, por la pro»fundidad de su ciencia adquirida, como por la abundan»cia de claridades y luces de que su alma estaba llena.» (2)

A semejantes testimonios solo nos resta añadir que, cuando el proceso de su beatificacion, se hizo un atento exámen de sus escritos, y el resultado fué una declaracion

(1) P. Filiberto Bonneville.
(2) Juan de San Francisco, lib. III, p. 231 y 232.

solemne de que merecian ser colocados entre los escritos de los Padres de la Iglesia.

Todas estas ciencias estaban acompañadas en Francisco de Sales de dos magníficos talentos, el de escritor y el de orador, tan importantes uno y otro para comunicar á los pueblos los ricos tesoros de doctrina que poseia. Ha sido el primero en sacar á nuestra lengua francesa de sus mantillas, y la ha manejado con una facilidad y gracia, con una sencillez noble y pura, á que no se habian aproximado Montagne y Malherbe, que vivieron poco antes que él, y que no igualaron Balzac y Voiture, que le fueron posteriores. En el seno de sus montañas; en medio de una poblacion inculta y poco ilustrada; entre los penosos trabajos de un ministerio, bastantes para absorber á un hombre enteramente; sin modelo, sin mas guia que la delicadeza de su gusto y el instinto secreto de las conveniencias, se elevó hasta llegar á ser uno de los padres de la lengua francesa, y merecer ser colocado por la Academia en primera línea entre los escritores de su siglo (1). Su imaginacion rica y brillante siembra todo lo que escribe de las mas risueñas imágenes, de las flores mas graciosas tomadas de toda la naturaleza, del cielo, de la tierra, y y de todo lo que en ellos se contiene. Aun cuando solo piense en hablar buenamente y para hacerse útil, su gusto delicado reviste todas sus palabras de una delicadeza esquisita; y su corazon sensible, manifestándose á través de la espresion, la anima, la trasforma, y le da un no sé qué de sávia de juventud que no tenia por sí mismo, dejándole no obstante ese tono de dignidad que convenia al carácter del escritor.

Un autor célebre ha dicho: «El estilo es el hombre.» Nunca quizás se ha verificado lo que espresan estas pala-

(1) En enero de 1638 la Academia francesa, establecida por Richelieu tres años antes, resolvió recoger en un diccionario las palabras recibidas ó consagradas por el uso, con las principales reglas de la gramática. Para esto el 22 de febrero siguiente, escogió los autores que habian escrito mas puramente en francés, y en esta eleccion comprendió á San Francisco de Sales.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bras mejor que en Francisco de Sales. La belleza y la precision de sus pensamientos os revelan su juicio perfecto; el candor con que los espresa os descubre aquel fondo amable de rectitud y bondad que poseia; sus figuras vivas y atrevidas, sin dejar de ser naturales; su lenguaje, atento y enérgico; su palabra, que se desliza siempre con dulzura y majestad, elegancia y ardor, os hacen ver al hombre de primer órden que, hábil en el arte de persuadir, sabe, encantándoos, conduciros á su objeto; la inteligencia superior que, sin perjudicar en nada á la solidez, brilla con su propia luz y su valor intrínseco; todo en él, en fin, os muestra su corazon tierno, espansivo y generoso. «Sus es»critos, dice el Padre Tournemine (1), respiran la caridad »en que ardia su corazon, y no se pueden leer sin que se »deslice en el alma una uncion celestial; es la dulzura y »la ternura de un corazon que ama y que quiere que no se »ame mas que á Dios; es la esencia de la moral de los li»bros sagrados y de los escritos de los Santos Padres, re»ducidos á los verdaderos principios y á la práctica. Allí »se encuentran por guias á la caridad y á la humildad in»separablemente unidas: la dulzura allana el camino; la »conformidad con la voluntad de Dios y la firme esperan»za en su bondad, hacen caminar con tranquilidad y ale»gría.»

Estas observaciones, aplicables á casi todos sus escritos, convienen de una manera mas especial aún á sus cartas, que se han recogido en número de novecientas. En ellas el mérito de Francisco, como escritor, brilla con resplandor mas puro; en ellas el estilo sencillo, natural, facil, gracioso, se doblega á todos los pensamientos y sentimientos: insinuante y suave para penetrar en los corazones, delicado y exacto para espresar las pasiones y movimientos del alma, abundante y lleno de colorido para pintar las relaciones, en ellas todos los asuntos, desde los mas humildes hasta la descripcion de la eterna bienaventuranza, están tratados con el género de encanto que les conviene; en ellos el escritor refiere su historia y su siglo; derrama su corazon por entero; y en ninguna parte la lengua francesa ha hablado un lenguaje mas encantador.

(1) Journal de Trevoux, julio 1736, art. 79.

El autor que escribió tan bien no sobresalia menos en el arte de predicar; tenia una accion poco viva, sin embargo, una palabra lenta, tarda y aun un poco pesada: oigámosle hablar á él mismo de este defecto. Habiendo el Obispo de Belley querido imitar en el púlpito la accion y pronunciacion de su ilustre amigo, Francisco le reconvino. «¿Quereis acaso, le dijo, imitar al Obispo de Ginebra »predicando?—Pero, replicó Mr. de Camus, ¿es ese por ven»tura un mal ejemplo? ¿No predica mejor que yo?—¡Oh, »Dios mio! contestó el santo Obispo, si las dotes naturales »pudieran cambiarse, ¡qué no daría yo por tener las vues»tras! Hago lo que puedo por escitarme, procuro apresu»rarme, y cuanto mas lo procuro, menos avanzo. Tengo »dificultad en encontrar mis palabras, y mayor aún en »pronunciarlas; soy mas pesado que un plomo, no puedo »ni moverme ni mover á los otros; en una palabra, sudo »mucho y no adelanto nada. Vos caminais á toda vela, y »yo al remo; vos volais, y yo me arrastro como una tor»tuga; vos teneis mas fuego en la punta de un dedo que »yo en todo el cuerpo; y sin embargo, me dicen que aho»ra pesais vuestras palabras, que contais los períodos, que »arrastrais las alas, que languideceis y haceis languide»cer á vuestros oyentes.» (1)

Pero la lentitud que no se toleraba en el Obispo de Belley, parecia un mérito en el Obispo de Ginebra; causaba gusto su pronunciacion lenta y un poco pesada, porque dejaba al auditorio mas tiempo para admirar la belleza de su doctrina, la nobleza y facilidad de su espresion, la uncion de sus palabras, la naturalidad de su tono y de sus ademanes, siempre apropiados á lo que decia, y de todo su

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, s. XXIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

continente, en fin, que era el de un hombre perfectamente penetrado de lo que decia; cosa que se apreciaba tanto mas, cuanto que se encontraba menos en los otros predicadores, pues entonces, segun el género admitido en esta época, la predicacion no era sino un caos informe de árida teología, de filosofía abstracta, de citas profanas griegas y latinas, de erudito fárrago y de patética ampulosidad. Francisco, por el contrario, tenia el buen sentido de mantenerse en esa elocuencia sencilla y natural, grave y modesta, que es el verdadero lenguaje de la uncion y de la dulce persuasion.

Si combatia un vicio, no era atacándolo con invectivas, sino mostrándolo tal cual es, deforme y despreciable, oponiéndole la virtud, y presentando esta á la inteligencia como soberanamente razonable, al corazon como infinitamente amable. Un lenguaje semejante no podia menos de arrebatar á los pueblos que, en medio de la depravacion del gusto, conservan siempre el instinto de lo bello.

Los sermones impresos del Obispo de Ginebra, dejan sin duda mucho que desear; pero la falta no está en el predicador. No tenemos mas que el sermon de la Asuncion escrito de su mano; los demás han sido recogidos por los oyentes, que los han arreglado á su modo, ó no son mas que borradores trazados por el santo Obispo, y llenados por los editores (1). «No se encuentra en ellos ya, dice uno de »sus historiadores (2), ni su espíritu ni su eminente doc»trina, ni las gracias de su elocuencia, ni los poderosos »atractivos de su piedad: lo que hacia en otro tiempo cor»rer las lágrimas, escitaba la admiracion de todos los

(1) Un editor moderno de las obras completas de San Francisco de Sales, afirma: 1.° que la edicion de los sermones del santo publicada en 1641, contenia veinticinco sermones *escritos de su mano*, pero que muchos de estos sermones no eran mas que diseños que algunos editores han respetado, y otros han arreglado á su modo; 2.° que algunos sermones habian sido fielmente recogidos por las religiosas de la Visitacion de Annecy, pero que, sin embargo, la santa Madre Chantal deseaba vivamente su correccion: lo que nos hace creer que la reproduccion no era tan fiel como lo pretende el editor.

(2) El Sr. de Maupas, prólogo.

»oyentes, atraía á los hombres mas grandes de Fran»cia, de Saboya, del Piamonte y de Italia, resultan»do siempre las iglesias demasiado pequeñas, no tiene »sino muy poco atractivo hoy para los lectores.» Este juicio del Sr. de Maupas es quizá un poco severo, y aunque no tengamos mas que despojos de la elocuencia de Francisco de Sales, aún son hermosos restos, cada uno de los cuales basta para hacer apreciar lo que seria el sermon entero.

CAPITULO II.

De los medios por los que Francisco de Sales se elevo á la santidad (1).

En el capítulo precedente no hemos considerado á Francisco de Sales sino como hombre, y hemos visto en él al hombre amable, instruido y lleno de talento. Ahora vamos á estudiarle como santo, lo cual constituye otro punto de vista no menos interesante para el corazon y para el espíritu. Pero así como para llegar á la cima de una alta montaña es preciso trepar por los senderos que conducen á ella, así antes de entrar en la relacion de las diferentes virtudes que han constituido la elevada santidad del Obispo de Ginebra, es preciso seguirle en los senderos por donde llegó á tan sublime perfeccion. Su rara inteligencia comprendió muy pronto que la ligereza del espiritu, tan poco inclinado á las cosas espirituales y tan facil á distraerse, y la mala tendencia del corazon, tan inclinado hácia la criatura con preferencia al Criador, eran los dos principales obstáculos á la virtud, siendo necesario oponerles la reflexion y la oracion; la reflexion, que fija é ilustra el espíritu, y la oracion, que desprende el alma de las cosas criadas, la une á Dios, y atrae la gracia que es la gran reformadora de los corazones.

(1) Dep. de santa Chantal, art. XXXIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

continente, en fin, que era el de un hombre perfectamente penetrado de lo que decia; cosa que se apreciaba tanto mas, cuanto que se encontraba menos en los otros predicadores, pues entonces, segun el género admitido en esta época, la predicacion no era sino un caos informe de árida teología, de filosofía abstracta, de citas profanas griegas y latinas, de erudito fárrago y de patética ampulosidad. Francisco, por el contrario, tenia el buen sentido de mantenerse en esa elocuencia sencilla y natural, grave y modesta, que es el verdadero lenguaje de la uncion y de la dulce persuasion.

Si combatia un vicio, no era atacándolo con invectivas, sino mostrándolo tal cual es, deforme y despreciable, oponiéndole la virtud, y presentando esta á la inteligencia como soberanamente razonable, al corazon como infinitamente amable. Un lenguaje semejante no podia menos de arrebatar á los pueblos que, en medio de la depravacion del gusto, conservan siempre el instinto de lo bello.

Los sermones impresos del Obispo de Ginebra, dejan sin duda mucho que desear; pero la falta no está en el predicador. No tenemos mas que el sermon de la Asuncion escrito de su mano; los demás han sido recogidos por los oyentes, que los han arreglado á su modo, ó no son mas que borradores trazados por el santo Obispo, y llenados por los editores (1). «No se encuentra en ellos ya, dice uno de »sus historiadores (2), ni su espíritu ni su eminente doc»trina, ni las gracias de su elocuencia, ni los poderosos »atractivos de su piedad: lo que hacia en otro tiempo cor»rer las lágrimas, escitaba la admiracion de todos los

(1) Un editor moderno de las obras completas de San Francisco de Sales, afirma: 1.° que la edicion de los sermones del santo publicada en 1641, contenia veinticinco sermones *escritos de su mano*, pero que muchos de estos sermones no eran mas que diseños que algunos editores han respetado, y otros han arreglado á su modo; 2.° que algunos sermones habian sido fielmente recogidos por las religiosas de la Visitacion de Annecy, pero que, sin embargo, la santa Madre Chantal deseaba vivamente su correccion: lo que nos hace creer que la reproduccion no era tan fiel como lo pretende el editor.

(2) El Sr. de Maupas, prólogo.

»oyentes, atraía á los hombres mas grandes de Fran»cia, de Saboya, del Piamonte y de Italia, resultan»do siempre las iglesias demasiado pequeñas, no tiene »sino muy poco atractivo hoy para los lectores.» Este juicio del Sr. de Maupas es quizá un poco severo, y aunque no tengamos mas que despojos de la elocuencia de Francisco de Sales, aún son hermosos restos, cada uno de los cuales basta para hacer apreciar lo que seria el sermon entero.

CAPITULO II.

De los medios por los que Francisco de Sales se elevo á la santidad (1).

En el capítulo precedente no hemos considerado á Francisco de Sales sino como hombre, y hemos visto en él al hombre amable, instruido y lleno de talento. Ahora vamos á estudiarle como santo, lo cual constituye otro punto de vista no menos interesante para el corazon y para el espíritu. Pero así como para llegar á la cima de una alta montaña es preciso trepar por los senderos que conducen á ella, así antes de entrar en la relacion de las diferentes virtudes que han constituido la elevada santidad del Obispo de Ginebra, es preciso seguirle en los senderos por donde llegó á tan sublime perfeccion. Su rara inteligencia comprendió muy pronto que la ligereza del espiritu, tan poco inclinado á las cosas espirituales y tan facil á distraerse, y la mala tendencia del corazon, tan inclinado hácia la criatura con preferencia al Criador, eran los dos principales obstáculos á la virtud, siendo necesario oponerles la reflexion y la oracion; la reflexion, que fija é ilustra el espíritu, y la oracion, que desprende el alma de las cosas criadas, la une á Dios, y atrae la gracia que es la gran reformadora de los corazones.

(1) Dep. de santa Chantal, art. XXXIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En consecuencia de esto, el primer medio que empleó fué la fidelidad á la oracion, y este ejercicio de reflexion y oracion á la vez, fué el soberano objeto de su estimacion. «La oracion, decia (1), iluminando nuestro entendimiento »con la claridad y la luz divina, purifica tanto nuestro »entendimiento como nuestra voluntad de afectos depra»vados..... Es el agua de bendicion que, con su riego, »hace reverdecer y florecer las plantas de nuestros buenos »deseos, limpia nuestras almas de sus imperfecciones, y »apaga en nuestros corazones la sed de nuestras pasio»nes.» Por eso cada mañana consagraba á ella lo menos una hora; por la tarde acompañaba el rezo del rosario con la meditacion de los misterios, en lo que empleaba otra hora; y además de eso, todos los momentos que durante el dia podia robar á los negocios los dedicaba á la oracion, sin contar con las horas de la noche que tomaba de su sueño para entregarse á este santo ejercicio, el mas noble y útil al mismo tiempo que puede ocupar al hombre sobre la tierra.

Procedia en sus oraciones con la misma sencillez que en el resto de sus acciones: hablaba con nuestro Señor familiarmente, como un niño con su padre; y muchas veces de una sola palabra, de un solo pensamiento que llevaba á la meditacion, de una sola peticion de la oracion dominical ó de la salutacion angélica sacaba tan dulces y santos afectos, que le ocupaban todo el tiempo de este ejercicio. «Por esto decia, que como una gota de aceite »derramada sobre una mesa muy lisa y barnizada va »extendiéndose siempre y dilatándose poco á poco, asi »tambien de un pensamiento que llevo á la oracion sale »un dulce, simple y suavísimo afecto, el cual poco á poco »va aumentándose, y perfuma mi corazon con un bálsamo »tan precioso que no sería capaz de explicarlo.» Otras veces se presentaba en la oracion con un solo sentimiento, y era la disposicion de agradar á su amado, de recibir de

(1) *Introduccion á la Vida devota*, p. II, cap, I.

él lo que tuviera á bien derramar en su corazon, ó de no recibir nada si le agradaba mas no derramar nada en él. «¡Oh Dios! decia, vedme aquí delante de vos; esto me »basta; yo descanso en vos, me abandono en vos; haced »en mí y de mí lo que os agrade, que yo siempre estaré »contento con tal que vuestro benéplacito se cumpla en »mí. ¡Guárdate, alma mia, de poner obstáculos á la opera»cion de Dios! Encerrémonos en ella sin movernos ni poco »ni mucho. ¡Oh espíritu, no siempre podemos dominarte! »Dios mio, detened este miserable atolondrado. ¡Oh quién »me concederá esta gracia, sino vos, Jesus mio!» Obtuvo en efecto esta gracia, y él mismo nos hace saber que llegó hasta el punto de no distraerse nunca. «¿Cómo podeis, »en medio de este estruendo de negocios que os asedian, »vacar tranquilamente á la oracion? le preguntó un dia »uno de sus amigos.—Gracias á la divina bondad, contestó, »estoy libre de distracciones todo el tiempo que me ocupo »en santas meditaciones.» «No sé qué he hecho á Nuestro »Señor, dijo otro dia á un canónigo de Annecy, que su »misericordia es incomprensible conmigo, porque no bien »me he puesto en oracion olvido todo, excepto á él, y me »parece entonces que no estoy mas que en él.» (1)

El santo Obispo no se inquietaba por las arideces que esperimentaba en este santo ejercicio. «Cuando Nuestro »Señor, decia, me da buenos sentimientos, los recibo con »sencillez y con una reverencia muy profunda, mezclada »de confianza, manteniéndome muy humilde, pequeño y »abatido en su presencia, como un hijo de amor. Cuando »no me los da, no pienso en ello ni me detengo á consi»derar si estoy consolado ó desolado.» Hubo un tiempo, en efecto, en el que estuvo privado de todo gusto sensible, derramando Dios sus luces sobre la parte intelectual de su alma, sin que la parte sensible ó inferior participara de ellas; pero por lo comun su rostro inflamado y casi radiante al salir de la oracion, demostraba las grandes sua-

(1) Juan de San Francisco, p. 493.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vidades interiores que habia gustado en ella. Un dia los sacerdotes del palacio episcopal, al pasar delante de su cuarto, cuya puerta habia dejado por descuido abierta, le vieron de pie con los brazos estendidos al cielo y como suspendido en éxtasis. Confuso por haber sido descubierto, corrió al punto hácia ellos y les dijo: «Hermanos »mios, si habeis visto en mí alguna cosa, os ruego no lo »digais á nadie.» (1)

Para demostrar, además, cuán adelantado estaba en este ejercicio, bastará recordar la manera tan delicada y perfecta con que ha descrito en sus obras los diferentes grados de la oracion y de la contemplacion. No se puede ser tan gran maestro en estas cosas sin haberlas esperimentado. Seguia en su oracion el método ordinario, y aunque dos ó tres veces, habiéndose puesto en la presencia de Dios sin preparacion, se hubiera encontrado, segun su espresion, «estremadamente bien cerca de su Majestad, con un solo »y simplicísimo afecto de amor, no se atrevió á prácticar »esto de ordinario. Quiero seguir, dice con su incompa- »rable candor, el camino de los santos que nos han pre- »cedido y de los sencillos; y no creo saber tanto que no »me considere contento y muy contento con que me »ayuden, deponiendo mi parecer y siguiendo el de aque- »llos que deben saber mas que yo.» (2)

Algunas veces, hácia el fin de su vida, sus grandes ocupaciones no le dejaban tiempo para consagrar una hora entera á la oracion, y entonces lo suplia con mayor recogimiento el resto del dia, y una union contínua con Dios, lo que le permitió decir á la santa Madre de Chantal, cuando esta le preguntaba si habia podido hacer su oracion por la mañana: «No, contestó, pero hago lo que »equivale á ella.» Es decir, que en todo lo que hacia ó decia no buscaba mas que la mayor gloria de Dios, y en eso ponia toda su dicha. «¡Oh que escelente es la oracion

(1) Dep. de Lesmontes.
(2) Carta CXCVI.

»activa!» decia un dia á uno de sus amigos; y habiéndole preguntado este amigo qué entendia por oracion activa: «Es, contestó, hacerlo todo en presencia de Dios y por su »servicio.»

Con efecto, el ejercicio de la presencia de Dios era el segundo medio que empleaba para elevarse á la santidad, objeto de todos sus deseos (1). Convencido de que la disipacion, si la dejaba entrar en su alma, hubiera dispersado muy pronto é inutilizado la buena semilla que habian depositado en ella las reflexiones y la oracion de la mañana, se habia formado dentro de sí como un templo, ó una soledad interior que llamaba el *Santuario de Dios*, donde no encontraba nada mas que el alma sola con Dios (2). Allí las noticias que disipan y preocupan tenian tan poco acceso, que decia á uno de sus amigos: «No me ocupo ni »hablo nunca de los negocios del mundo, sino por modo de »distraccion involuntaria.» (3) Allí, como abismado en el piélago de las perfecciones divinas, tan pronto consideraba á Dios como su Señor, su Rey y su Juez, manteniéndose su espíritu aniquilado á sus piés, como le consideraba como á su padre, su bienhechor y su amigo, animándose á amarle cada vez mas, y permaneciendo con frecuencia unido á Él como á su todo, despues de lo cual, todo lo demás es nada y menos que nada. Si estaba solo, se deleitaba en Dios á su placer; si estaba agoviado de negocios ó rodeado de personas que deseaban hablarle, se mantenia unido á Dios con frecuentes elevaciones de espíritu y de corazon. «No es creible, escribia á la santa Madre Chan- »tal (4), hasta qué punto estoy rodeado por todos lados de »negocios; no obstante, mi pobre y miserable corazon »nunca tuvo mayor reposo y deseo de amar á su divina »Majestad.» (5)

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VII, sec. II.
(2) Juan de San Francisco, p. 461.
(3) Dep. del Marqués de Lullin.
(4) Carta DCXLII.
(5) Mr. de Cambis, t. I, p. 401.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nunca, dice uno de sus historiadores, sus ocupaciones esteriores, que eran contínuas, le causaban la menor disipacion. Su aspecto solo hacia ver, que mientras se ocupaba con los hombres conversaba con los ángeles y respetaba la presencia de Dios. «Monseñor, le dijo un dia una »hermana de la Visitacion, llevais la vista muy baja por la »ciudad.—¿Y os parece, hija mia, contestó el santo, que »sin eso se podria marchar en la presencia de Dios? ¿Acaso »no está Dios en todas partes, añadió, y no se debe pensar »en Él sin cesar?» (1) Por eso la caridad, que le obligaba á comunicarse esteriormente, no le quitaba nada de la atencion interior que hubiera procurado la mas austera piedad; y sin embargo, este recogimiento no tenia nada de sombrío ni de triste, notándose siempre en su rostro una alegría dulce y moderada, que daba á sus conversaciones un encanto infinito, añadiendo la santa presencia de Dios un indefinible aumento de brillo á sus virtudes, como la presencia del sol da mayor lustre á las flores (2). «Cuando »tenia la dicha de entrar en su cámara, cerca de su ora»torio, dice un testigo en el proceso de su canonizacion, »le encontraba siempre tan atento á Dios y á las cosas ce»lestiales, que parecia que ningun negocio podia distraer»le (3).» «He comido á menudo á su mesa, dice otro, he »conversado á menudo con él, y declaro no haber oido »nunca salir de su boca ninguna palabra que no fuese de »Dios, ó que no escitase al amor divino con una suavidad »sin igual.» (4) La santa Madre Chantal le preguntó un dia si estaba mucho tiempo sin pensar en Dios, á lo que contestó: «Algunas veces un cuarto de hora.»

Todas las mañanas, en la oracion, entraba en este santo recogimiento, y despues su oracion iba estendiéndose todo el dia sobre el curso de sus acciones, sin que nada en el

(1) Vida de Santa Juana Francisca de Chantal, por el Sr. Bougaud, t. I, p. 352.
(2) El P. la Riviere.
(3) Dep. de Dumechey.
(4) Dep. del Cardenal Gard, de Messignier y de Dannant.

mundo le sacase luego de esta dulce union con su Dios, segun lo que escribia un dia. «Mi cuarto está lleno de »personas que me cogen cada cual por su lado, pero á pe»sar de esto mi corazon está solitario.» (1) De ahí resultaba que, con frecuencia, al salir de los negocios y de las conversaciones mas á propósito para disipar el alma, empezando á orar sin ninguna preparacion, se sentia de repente lleno de la presencia de Dios y recogido en sí mismo. Así practicaba lo que enseña en su *Introduccion* cuando dice: «La soledad interior no puede ser impedida »por la multitud de los que están á nuestro alrededor, »porque no rodean nuestro corazon sino nuestro cuerpo, y »de esta suerte nuestro corazon puede siempre permane»cer solo en presencia de Dios solo.» Esto era lo que él llamaba su paraiso en la tierra. «¡Oh qué feliz, esclama, es »el alma que en la tranquilidad de su corazon conserva »amorosamente el sagrado sentimiento de la presencia de »Dios! porque su union con la divina bondad llenará su »espíritu de infinita suavidad..... ¿Y por qué se inquietará »el alma recojida en Dios? añade. ¿No tiene bastante moti»vo para permanecer en reposo? Porque ¿qué buscará »si ha encontrado lo que buscaba? No le queda mas que »esclamar: He hallado al que ama mi alma, y no le deja»ré ya.»

Tenia la costumbre de decir que la mayor parte de las faltas que se cometen provienen de no mantenerse bastante en presencia de Dios (2); y en su consecuencia, para perfeccionarse en este santo ejercicio, que llamaba el custodio de la pureza y de la inocencia (3), recurria á varias santas industrias. Cuando estaba solo en su cuarto cantaba dulcemente, como por modo de recreacion espiritual, salmos, himnos y cánticos apropiados á los tiempos y misterios que celebraba la Iglesia, «y lo hacia, dice un testi-

(1) Carta DCCCLIV.
(2) El P. la Riviere, lib. IV, c. XLV, máxima 12, p. 569.
(3) Dep. de Miguel Favre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»go, con un tono tan modesto y religioso, que se veia bien »que tenia el espíritu y el corazon llenos de los pensamien- »tos que las palabras espresaban.» Si estudiaba, adoraba la verdad oculta bajo la corteza de las letras, y su estudio era una oracion que le recogia. Si hablaba, de todos los asuntos de conversacion sacaba reflexiones propias para inclinar á la virtud y al amor de Dios (1). «Cuando el »mundo viene á daros noticias, decia, es preciso dárselas »tambien, pero del otro mundo.» (2) Si veia hermosos pai- sajes: «Somos, decia, el campo del Señor; debemos culti- »var y sembrar en él el grano de su palabra.» Cuando veia una iglesia: «Somos templos vivos del Espíritu Santo, y »debemos adornarlos de virtudes.» A la vista de un arbol con flores: «No son solamente flores, sino frutos lo que »Dios nos pide.» Las hermosas pinturas le recordaban que el alma es imagen de Dios y debe hacerse semejante á él; los jardines, que nuestra alma, si la adornamos con los frutos de las virtudes, será para Dios un jardin de deli- cias. A la vista de una fuente suspiraba: «¡Ah, cuándo »beberemos á largos tragos en la fuente del Salvador!» Cuando veia los rios: «¿Cuándo iremos á Dios como estas »aguas van al mar?» Un cordero le recordaba la dulzura de Jesucristo, que se llama el Cordero de Dios. En los pobres veia los miembros amados del Salvador; en los sacerdotes sus ministros; y así toda la naturaleza le servia como de escalones para elevarse á Dios, y unirse al que era el único amor de su corazon (3).

Otra industria de su piedad era considerarse ante Dios como un hijo delante de su padre. «Haced, decia con una »sencillez encantadora (4), como los niños pequeños, que »con una mano se mantienen agarrados á su padre, y con »la otra cojen fresas ó moras á lo largo del camino. Del

(1) Dep. de Pablo Berard.
(2) Carta DCCXXXVIII.
(3) *Espíritu de San Francisco de Sales,* p. IV, sec. XXVI; p. XXI, seccion XXXI.
(4) *Introduccion á la vida devota*, p. III, cap. X.

»mismo modo, manejando los bienes de este mundo con »una mano, tened siempre con la otra la mano del Padre »celestial, volviéndoos de tiempo en tiempo á Él para ver »si le son agradables nuestras ocupaciones. Entre los ne- »gocios que no requieren una atencion tan grande, mirad »mas á Dios que á ellos; y cuando requieran toda vuestra »atencion, de tiempo en tiempo al menos mirad á Dios, »como los navegantes que, para llegar á la tierra que de- »sean, miran al cielo.»

No habia nada, ni aun el sueño, que el santo prelado no procurase tomar sino en presencia de Dios. «Debemos »tener á Dios ante los ojos, decia (1), siempre y en todas »partes, tanto solos como acompañados, en todo tiempo, »aun durmiendo, acostándonos en presencia de Dios, como »haria aquel á quien Nuestro Señor, estando aún en esta »vida, mandara dormir y acostarse en su presencia. ¡Oh »Dios mio, qué modesta y devotamente nos acostaríamos »si os viéramos! Sin duda cruzaríamos los brazos sobre el »pecho con gran devocion.»

Sin embargo, esta vida de oracion y de recojimiento no era suficiente para el deseo que tenia de su perfeccion. Temiendo que el tumulto del mundo y la multitud de sus ocupaciones llegasen á derramar demasiado su corazon al esterior y á ocasionar algun perjuicio á su virtud, cada año consagraba diez dias á un retiro espiritual, *á fin,* de- cia, *de recojer su pobre alma, combatida por los negocios.* Esta era regularmente entre Pascua y Pentecostés, y mu- chas veces hacia un segundo retiro por otra época (2).

En estos dias de recojimiento mas profundo, volvia á leer las resoluciones tomadas en el retiro precedente, así como el reglamento que se habia trazado en los ejercicios preparatorios de su consagracion. Notaba exactamente los puntos en que habia faltado, los confesaba al director de su conciencia, consultaba con él sobre el modo de corregir

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVI, sec. XLV.
(2) Dep. del canónigo Gard y de Francisco Favre.—La Riviere, p. 363.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus menores imperfecciones, y grababa en su corazon aún mas que en el papel sus resoluciones. Oraba luego largo tiempo, celebraba y hacia ofrecer en diversos lugares el santo sacrificio, para obtener del cielo las gracias necesarias para su direccion y la de su pueblo.

Estos son los tres medios con que Francisco de Sales se elevó á tan alta perfeccion; tales son, si se pueden decir así, los principios generadores de su santidad: vamos ahora á contar en detalle sus virtudes, y con un poco de reflexion será fácil verlas nacer de estos principios, como el arroyo nace de su fuente, el rayo de su foco y la planta de su raiz.

CAPITULO III.

Su fe.

La union íntima de Francisco de Sales con Dios, tal como la hemos considerado en el capítulo precedente, puede darnos la medida de la viveza de su fe. Ilustrada con luces sobrenaturales por ese contacto habitual con la Divinidad, si puede decirse así, ponia su gloria en abatir su espíritu y su corazon ante la verdad de Dios, revelándonos lo que debemos creer, y ante la autoridad de la Iglesia, intérprete de la revelacion divina. Lejos de serle penosa esta sumision de su razon, le era por el contrario una dicha incomparable no estar abandonado á las volubilidades y tinieblas de su propio espíritu, y ser dirigido en su creencia por la autoridad infalible de la Iglesia. «Siento »en mí, decia á la santa Madre Chantal (1), tan vivos tras»portes de amor por la fe, que toda mi vida he deseado »morir por ella; y esto es lo que me ha llevado diversas »veces á Ginebra, en medio de los herejes que atentaban »contra mi vida.» Así, ni la lectura de los libros produci-

(1) Dep. de la Madre Chaugy.

dos por la herejía, que estudió para refutarlos, ni las frecuentes relaciones con los herejes, entre los que vivió para convertirlos, pudo perjudicar en nada á su fe; viendo en eso un beneficio del Cielo, por el que se complacia en darle gracias con un corazon penetrado de reconocimiento. «¡Cuántas gracias, decia, no debo á Dios, de que mi débil »y corta inteligencia haya podido examinar los libros mas »inficionados de los herejes, sin sentir la menor impresion »de su daño! ¡Oh Dios, cuando pienso en este beneficio, »tiemblo de horror por mi ingratitud!» (1) «Dad gracias, »dice en otra parte (2), á la soberana claridad de Dios, que »derrama tan misericordiosamente sus rayos en mi cora»zon, que á medida que vivo entre los que estan privados »de ellos, veo mas distintamente su grandeza y su desea»ble suavidad.»

Su fe, en efecto, parecia ir siempre creciendo. «Bas»taba tratarle, dice la santa Madre Chantal, para reconо»cer que Dios le habia comunicado el don de la fe con una »perfeccion eminente, y dado acerca de nuestros misterios, »sobre el sentido de las Escrituras y la verdadera doc»trina de la Iglesia, conocimientos completamente extra»ordinarios. El Espíritu Santo habia derramado en el fon»do de su alma una luz tan clara, que veia las verdades »de la fe con una simple vista, con una certeza, un gusto »y una suavidad incomparables, que le causaban ardores »interiores, éxtasis, raptos de la voluntad, y hacian que »su corazon y su espíritu asintieran deliciosamente á las »bellas verdades que le eran mostradas.» Oigámosle á él mismo hablar sobre este asunto. «¡Oh! Dios, escribe (3), »mi alma no encuentra nada difícil de creer entre los efec»tos del divino amor; la belleza de nuestra santa fe me pa»rece tan arrebatadora, que muero de amor por ella, y me »parece que debo guardar el don precioso que Dios me ha

(1) Carta CLXXXIV.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVIII, seccion XXX.

(2) Carta CCLXXXIII.—Dep. de la santa Madre Chantal.

(3) *Tratado del amor de Dios*, lib. VIII, c. XII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus menores imperfecciones, y grababa en su corazon aún mas que en el papel sus resoluciones. Oraba luego largo tiempo, celebraba y hacia ofrecer en diversos lugares el santo sacrificio, para obtener del cielo las gracias necesarias para su direccion y la de su pueblo.

Estos son los tres medios con que Francisco de Sales se elevó á tan alta perfeccion; tales son, si se pueden decir así, los principios generadores de su santidad: vamos ahora á contar en detalle sus virtudes, y con un poco de reflexion será fácil verlas nacer de estos principios, como el arroyo nace de su fuente, el rayo de su foco y la planta de su raiz.

CAPITULO III.

Su fe.

La union íntima de Francisco de Sales con Dios, tal como la hemos considerado en el capítulo precedente, puede darnos la medida de la viveza de su fe. Ilustrada con luces sobrenaturales por ese contacto habitual con la Divinidad, si puede decirse así, ponia su gloria en abatir su espíritu y su corazon ante la verdad de Dios, revelándonos lo que debemos creer, y ante la autoridad de la Iglesia, intérprete de la revelacion divina. Lejos de serle penosa esta sumision de su razon, le era por el contrario una dicha incomparable no estar abandonado á las volubilidades y tinieblas de su propio espíritu, y ser dirigido en su creencia por la autoridad infalible de la Iglesia. «Siento »en mí, decia á la santa Madre Chantal (1), tan vivos tras»portes de amor por la fe, que toda mi vida he deseado »morir por ella; y esto es lo que me ha llevado diversas »veces á Ginebra, en medio de los herejes que atentaban »contra mi vida.» Así, ni la lectura de los libros produci-

(1) Dep. de la Madre Chaugy.

dos por la herejía, que estudió para refutarlos, ni las frecuentes relaciones con los herejes, entre los que vivió para convertirlos, pudo perjudicar en nada á su fe; viendo en eso un beneficio del Cielo, por el que se complacia en darle gracias con un corazon penetrado de reconocimiento. «¡Cuántas gracias, decia, no debo á Dios, de que mi débil »y corta inteligencia haya podido examinar los libros mas »inficionados de los herejes, sin sentir la menor impresion »de su daño! ¡Oh Dios, cuando pienso en este beneficio, »tiemblo de horror por mi ingratitud!» (1) «Dad gracias, »dice en otra parte (2), á la soberana claridad de Dios, que »derrama tan misericordiosamente sus rayos en mi cora»zon, que á medida que vivo entre los que estan privados »de ellos, veo mas distintamente su grandeza y su desea»ble suavidad.»

Su fe, en efecto, parecia ir siempre creciendo. «Bas»taba tratarle, dice la santa Madre Chantal, para reconо»cer que Dios le habia comunicado el don de la fe con una »perfeccion eminente, y dado acerca de nuestros misterios, »sobre el sentido de las Escrituras y la verdadera doc»trina de la Iglesia, conocimientos completamente extra»ordinarios. El Espíritu Santo habia derramado en el fon»do de su alma una luz tan clara, que veia las verdades »de la fe con una simple vista, con una certeza, un gusto »y una suavidad incomparables, que le causaban ardores »interiores, éxtasis, raptos de la voluntad, y hacian que »su corazon y su espíritu asintieran deliciosamente á las »bellas verdades que le eran mostradas.» Oigámosle á él mismo hablar sobre este asunto. «¡Oh! Dios, escribe (3), »mi alma no encuentra nada difícil de creer entre los efec»tos del divino amor; la belleza de nuestra santa fe me pa»rece tan arrebatadora, que muero de amor por ella, y me »parece que debo guardar el don precioso que Dios me ha

(1) Carta CLXXXIV.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVIII, seccion XXX.

(2) Carta CCLXXXIII.—Dep. de la santa Madre Chantal.

(3) *Tratado del amor de Dios*, lib. VIII, c. XII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»hecho, en un corazon penetrado todo él del perfume de la »devocion (1). Cuando nuestra inteligencia, elevada sobre »la luz natural, empieza á ver las verdades sublimes de la »fe, ¡oh, Señor, que alegría! El alma se deshace de placer »oyendo la voz de su celestial Esposo, que encuentra mas »suave que la miel de todas las ciencias humanas, ó viendo »su rostro, no en verdad en el medio dia de la gloria, sino »á la débil claridad del dia que nace..... ¡Oh! cuántas deli- »cias comunica al alma la santa luz de la fe, que muestra »con una certeza incomparable, no solo el orígen y desti- »no de las criaturas, sino el nacimiento del Verbo divino, »que con el Padre y el Espíritu Santo es un solo Dios ado- »rabilísimo y bendito por los siglos de los siglos! El docto »Platon nunca supo esto; el elocuente Demóstenes lo »ignoró tambien: *Hoc Plato nescivit, hoc Demosthenes »eloquens ignoravit* (2). Aquellos felices peregrinos de »Emaus decian despues de haber oido las palabras de la »fe: ¿No ardia nuestro corazon cuando nos hablaba en el »camino? Y si las verdades divinas producen tan grandes »suavidades cuando solo son propuestas con la luz oscura »de la fe, ¡oh, Dios mio! ¿qué será cuando las contemple- »mos á la claridad del medio dia de la gloria? La Reina de »Sabá esclamó, despues de oir las palabras de sabiduría »que salian de la boca de Salomon, que lo que le habian »dicho de esta sabiduría, no era sino una pequeña parte »de lo que la esperiencia le hacia conocer; pero cuando »lleguemos á la Jerusalén celestial, y el Rey de la gloria »nos manifieste con una claridad incomprensible las ma- »ravillas de la soberana verdad, y veamos claramente lo »que hemos creido aquí, ¡oh, entonces qué raptos, qué »éxtasis, qué admiracion, qué amor, qué dulzuras! No, »nunca, diremos en el colmo de nuestros trasportes, hu- »biéramos imaginado ver verdades tan deleitables.» (3)

(1) Carta CCLXXXVIII.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVI, seccion VIII.
(2) San Jeron., II ad Paulin., col. 570, ed. Bened., t. IV.
(3) *Tratado del amor de Dios*, lib. III, c. IX.

A la vista de una fe tan viva, se concibe lo que nos refieren los testigos que han depuesto en el proceso de su canonizacion. «Tenia, dicen, una gracia especial para es- »plicar y hacer comprender los misterios mas elevados; »los desenvolvia con tanta facilidad y gracia, que los mas »simples los comprendian fácilmente (1), sobresaliendo en »el don de atraer á la fe á las almas estraviadas, en afir- »mar á los espíritus vacilantes, en consolar y calmar á las »personas tentadas sobre la profundidad de nuestros mis- »terios (2). Donde el entendimiento, les decia, encuentra »mayor oscuridad, la fe tiene mas brillo.» Pero, en gene- ral, enseñaba que, en las tentaciones contra la fe, es pre- ciso vencer huyendo mas bien que combatiendo y razo- nando; es preciso imitar á los que defienden una plaza sitiada, que, viendo á los enemigos atacar un puesto ó es- calar por un lado, hacen una salida por otra puerta y co- jen al enemigo por la espalda; y que así, cuando la tenta- cion contra la fe sitia al entendimiento y quiere ganar á la razon, es preciso, en vez de detenerse en disputar y ra- zonar, salir por la puerta de la voluntad y darle una bue- na carga, lanzándose con viva fuerza, por medio de santos afectos y de una humilde sumision de nuestra voluntad á la autoridad de la santa Iglesia, diciendo, por ejemplo: «¡Viva Jesus, en quien creo; viva la santa Iglesia, á la que »me someto! ¡Oh, madre de los hijos de Dios! jamás me »separaré de vos; quiero morir en vuestro seno.» (3)

Para afirmarse en la fe, el santo Obispo decia que no conocia nada mejor que caminar á su luz y vivir de su vida. «Cuando os sobrevenga alguna notable dificultad, »decia, no movais nada sin haber mirado primero á la »eternidad.» Era una de sus máximas, refiere Mr. de Belley, que es preciso caminar delante de Dios segun el espíritu de la fe y no segun el sentido humano, es

(1) Dep. de Passis.
(2) Dep. de la Madre Chaugy.
(3) Dep. del Señor Charmoisy.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decir tomar la fe por regla de las acciones, de las palabras y de los deseos, dejándose guiar constantemente por ella, como los israelitas en el desierto seguian la columna que los precedia, aplicando á la propia conducta las máximas del Evangelio, y los ejemplos de Jesucristo y de los santos. No queria que se tomase una cosa porque gustara, ni que se dejase de tomar porque disgustara; pues esto era lo que el llamaba vivir segun la carne y los sentidos y no segun la fe. «Si una persona, »decia (1), que es muy dulce y muy agradable me ama y »me sirve, el quererla unicamente por esto, es amar segun »la carne y los sentidos; porque los animales, que no tie»nen mas guia que la carne y los sentidos, aman á sus »bienhechores y á los que los tratan con dulzura y cariño. »Pero si una persona es brusca, poco cortés, y me acerco á »ella, sin embargo, y le demuestro afecto, le hago algun »servicio, no porque tenga placer en ello sino porque tal »es el benéplacito de Dios; esto es obrar en espíritu de »fe. Si estoy triste y no quiero hablar, hago lo que los »loros. Si estoy triste y porque la caridad quiere que ha»ble lo hago, esto es vivir de la fe. Me veo despreciado »y me disgusto; los pavos y los monos hacen lo mismo. »Si me veo despreciado y me alegro, imito á los após»toles. Vivir pues de la fe, es hacer nuestras accio»nes, hablar y pensar como el espíritu de fe requiere de »nosotros. El alma, apoyada en el espíritu de la fe, se »alienta en medio de las dificultades, porque sabe que »Dios ama, tolera y socorre á los miserables que esperan »en él; se une á Dios y dice con frecuencia que todo lo »que no es Dios es nada; que lo que no es para la eterni»dad, no es mas que vanidad.» (2)

Por eso el santo Obispo tenia siempre fija la vista en su interior, para mantener allí contínuamente esta vida

(1) Carta DCCI.

(2) Dep. de Janus.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. XII y XIII.

de la fe. «Los que le han tratado mucho, dice uno de sus »historiadores (1), han reconocido que no seguia en nada »sus inclinaciones naturales.» Y cuando se presentaban á él, las hollaba con sus pies sin consideracion alguna, para no obrar ni hablar sino solo por Dios. «No debemos, decia, »servirnos de nuestro corazon, de nuestros ojos y de nues»tras palabras para satisfacer nuestro caracter é inclina»ciones, sino solo por el servicio del Esposo celestial.» Por eso todas sus inclinaciones, tanto las mas comunes como las mas elevadas, eran acompañadas de un espíritu de fe, y esto producia una intencion purísima de agradar á Dios, un deseo ardiente de obrar lo mejor posible por el puro amor del Salvador, por el cual su corazon aspiraba sin cesar por medio de santas elevaciones, ó al menos por miradas interiores llenas de afecto; de suerte que se puede decir, con el historiador ya citado (2), que toda la economía de su alma le estaba contínuamente presente; nada pasaba allí, nada se omitia, de que no se diera cuenta á la luz de Dios; y de esta escelente claridad le resultaba una delicadeza de conciencia tan grande, que no hubiera podido sufrir en él voluntariamente, no digo lo que sabia que podia desagradar á Dios, sino aun lo que creia deber serle menos agradable ó menos perfecto.

CAPITULO IV.

Su esperanza.

La esperanza cristiana tiene dos partes distintas; por un lado aspira á la posesion de Dios en el cielo, y cuenta con los socorros de lo alto para lograr esta dicha; por otro descansa en la providencia de Dios, con un abandono filial en medio de todos los acontecimientos de esta vida.

(1) El P. la Riviere, p. 534 y 582.

(2) Idem, p. 511.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decir tomar la fe por regla de las acciones, de las palabras y de los deseos, dejándose guiar constantemente por ella, como los israelitas en el desierto seguian la columna que los precedia, aplicando á la propia conducta las máximas del Evangelio, y los ejemplos de Jesucristo y de los santos. No queria que se tomase una cosa porque gustara, ni que se dejase de tomar porque disgustara; pues esto era lo que el llamaba vivir segun la carne y los sentidos y no segun la fe. «Si una persona, »decia (1), que es muy dulce y muy agradable me ama y »me sirve, el quererla unicamente por esto, es amar segun »la carne y los sentidos; porque los animales, que no tie»nen mas guia que la carne y los sentidos, aman á sus »bienhechores y á los que los tratan con dulzura y cariño. »Pero si una persona es brusca, poco cortés, y me acerco á »ella, sin embargo, y le demuestro afecto, le hago algun »servicio, no porque tenga placer en ello sino porque tal »es el benéplacito de Dios; esto es obrar en espíritu de »fe. Si estoy triste y no quiero hablar, hago lo que los »loros. Si estoy triste y porque la caridad quiere que ha»ble lo hago, esto es vivir de la fe. Me veo despreciado »y me disgusto; los pavos y los monos hacen lo mismo. »Si me veo despreciado y me alegro, imito á los após»toles. Vivir pues de la fe, es hacer nuestras accio»nes, hablar y pensar como el espíritu de fe requiere de »nosotros. El alma, apoyada en el espíritu de la fe, se »alienta en medio de las dificultades, porque sabe que »Dios ama, tolera y socorre á los miserables que esperan »en él; se une á Dios y dice con frecuencia que todo lo »que no es Dios es nada; que lo que no es para la eterni»dad, no es mas que vanidad.» (2)

Por eso el santo Obispo tenia siempre fija la vista en su interior, para mantener allí contínuamente esta vida

(1) Carta DCCI.

(2) Dep. de Janus.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. XII y XIII.

de la fe. «Los que le han tratado mucho, dice uno de sus »historiadores (1), han reconocido que no seguia en nada »sus inclinaciones naturales.» Y cuando se presentaban á él, las hollaba con sus pies sin consideracion alguna, para no obrar ni hablar sino solo por Dios. «No debemos, decia, »servirnos de nuestro corazon, de nuestros ojos y de nues»tras palabras para satisfacer nuestro caracter é inclina»ciones, sino solo por el servicio del Esposo celestial.» Por eso todas sus inclinaciones, tanto las mas comunes como las mas elevadas, eran acompañadas de un espíritu de fe, y esto producia una intencion purísima de agradar á Dios, un deseo ardiente de obrar lo mejor posible por el puro amor del Salvador, por el cual su corazon aspiraba sin cesar por medio de santas elevaciones, ó al menos por miradas interiores llenas de afecto; de suerte que se puede decir, con el historiador ya citado (2), que toda la economía de su alma le estaba contínuamente presente; nada pasaba allí, nada se omitia, de que no se diera cuenta á la luz de Dios; y de esta escelente claridad le resultaba una delicadeza de conciencia tan grande, que no hubiera podido sufrir en él voluntariamente, no digo lo que sabia que podia desagradar á Dios, sino aun lo que creia deber serle menos agradable ó menos perfecto.

CAPITULO IV.

Su esperanza.

La esperanza cristiana tiene dos partes distintas; por un lado aspira á la posesion de Dios en el cielo, y cuenta con los socorros de lo alto para lograr esta dicha; por otro descansa en la providencia de Dios, con un abandono filial en medio de todos los acontecimientos de esta vida.

(1) El P. la Riviere, p. 534 y 582.

(2) Idem, p. 511.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El primer aspecto constituye la esperanza cristiana en el sentido estricto de la palabra; el segundo punto de vista constituye la esperanza en un sentido mas lato, ó sea la confianza en Dios. Francisco de Sales, lejos de faltarle la esperanza bajo ninguno de estos dos aspectos, la tuvo en un grado eminente.

No considerando esta tierra sino como un lugar de destierro, aspiraba con toda su alma á los bienes de la vida futura, y se complacia en repetir á menudo las palabras del profeta. «¡Oh, cuánto se prolonga mi destierro! Mi alma »desfallece lejos de mi patria.» *¡Heu! ¡quia incolatus meus prolongatus est! Multum incola fuit anima mea* (1). Un dia que exhalaba este tierno suspiro delante del Obispo de Belley (2), este, imaginándose que hacia alusion á su ausencia de Ginebra, le contestó con estas otras palabras de los judíos desterrados de Jerusalén: «Nos hemos sentado á »las orillas del rio de Babilonia, y allí hemos llorado acor- »dándonos de Sion. *Super flumina Babylonis illic sedimur, »et flebimus cum recordaremur Sion* (3).—¡Ah! replicó, no »es este destierro el que me aflije; ¿acaso no estoy ya bas- »tante bien en la ciudad de refugio, nuestro querido An- »necy? El destierro de que hablo es esta vida; pues mien- »tras nos hallamos en este mundo estamos desterrados de »Dios y de nuestra patria. ¡Desgraciado de mí! ¿Quién me »librará de este cuerpo de muerte?

»No teneis razon, replicó el Obispo de Belley, en que- »jaros de esta vida, donde todo os sonrie, pues yo al me- »nos no veo mas que satisfacciones para vos; vuestros »amigos os respetan, los mismos enemigos de la religion »os veneran, y sois las delicias de todos los que os tratan.— »Todo eso, dijo el santo Obispo, es muy poca cosa, y se »debe contar poco con ello. Los que cantaron Hosanna al »hijo de David, gritaron tres dias despues: Crucificadle,

(1) Salmo CXIX, 5.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, s. III.
(3) Salmo CXXXVI, 1.

»*¡Crucifige!* Además, nada me es tan amado como mi al- »ma, y aun cuando me ofrecieran vivir tanto tiempo como »he vivido, con todos los contentos y prosperidades que »se pueden desear en esta vida, ¿qué es todo lo que pasa »con relacion á la eternidad?.....» «¡Oh, cuánto se de- »be desear la eternidad, escribia á la santa Madre Chan- »tal (1), á costa de las miserables vicisitudes de este »mundo!..... Todos los dias mi alma se enciende en el »amor y estimacion de las cosas eternas..... Dejemos correr »el tiempo, con el cual corremos poco á poco para ser tras- »formados en la gloria de los hijos de Dios..... La eternidad »es incomparablemente mas amable, porque su duracion »no tiene fin, sus dias son sin noches, y sus contentos »invariables (2). Mirando á este mundo y sus falsos bienes »deshacerse ante nuestros ojos, reconocemos el mal que ha- »cemos en poner nuestras afecciones y esperar los conten- »tos en otra parte que no sea en Dios y en su eternidad.»

Con esta esperanza de la eternidad consolaba á todos los que habian perdido ó estaban en peligro de perder alguno de los suyos. «¡Oh! si una vez se penetrase bien »nuestro corazon de la santa y feliz eternidad, escribia á »una madre cuyo hijo estaba en peligro (3), id, diríamos á »nuestros amigos, id, queridos amigos, á ese Sér Supremo »á la hora que el rey de le eternidad os ha señalado, que »poco despues iremos tambien nosotros, y puesto que el »tiempo no nos ha sido dado sino para eso y el mundo no »se puebla sino para poblar el cielo, haremos todo lo que »podamos para ser dignos de él.....» «Sí, ciertamente, de- »cia otro dia (4), el paso de nuestros amigos á una vida »mejor debe causarnos alegría, porque tiene por objeto »poblar el cielo y aumentar la gloria de nuestro rey; un »dia llegará en que iremos á unirnos á ellos, y entre tanto

(1) Carta DCCCLIV.
(2) Carta DCCCLV.
(3) Cartas DCCCXXXIV y DCCCXXXVII.
(4) Dep. de Santa Chantal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»aprendamos cuidadosamente el cántico del santo amor, »para que lo cantemos con mas perfeccion en la eternidad. »Bienaventurados los que no ponen su confianza en la vida »presente, y no la consideran sino como un puente para »pasar á la vida celestial, en la que solo debemos colocar »nuestra esperanza.....» «No hay nadie, decia tambien (1), »que tenga un corazon mas tierno para la amistad que yo, »y que sienta mas vivamente las separaciones, y no obs- »tante, estoy tan poco asido á la vanidad de esta vida, »que nunca me vuelvo á Dios con mas amor que cuando »me ha herido. Es preciso elevar el corazon al cielo, vivir »con pensamientos generosos y magníficos, que nos tengan »unidos á esta sagrada Providencia, que no ha dispuesto »de nuestros momentos mortales sino para la vida eterna; »no debiendo ver en la muerte mas que el paso á la eter- »nidad, donde las amistades empezadas en este mundo »volverán á reanudarse para no sufrir ya ninguna se- »paracion. Esperemos animosamente que suene la hora »de nuestra partida para ir á donde estan ya nuestros »amigos. No os prohibo que lloreis; nuestro Señor lloró »sobre Lázaro, y verdaderamente yo lloro tambien en se- »mejantes ocasiones; mi corazon de piedra por las cosas »celestiales, derrama lágrimas con estos motivos; pero de- »seo que no lloreis desmesuradamente y que manifesteis »preferir la eternidad á la figura de este mundo.

»Debemos, añade graciosamente (2), imitar á los al- »ciones, que segun dicen algunos, hacen su nido en medio »del mar, procurando un equilibrio tan perfecto, que el »movimiento de las olas no pueda sumergirlos, uniendo »tan bien las partes inferiores que no pueda penetrarlas »el agua, y no dejando mas que una abertura hácia el »cielo para respirar. ¡Oh! cuánto desearia que nuestros »corazones estuvieran tambien muy cerrados para el mun-

(1) Cartas DCCCXXXIV, DCCCXXXV, DCCCXXXVI, DCCCVIII, DCCCXL.

(2) Carta CLXII.

»do, y bien cubiertos por todos lados, para que las cosas »de la tierra no pudieran sumergirlos! ¡Cuánto deseo que »no se encuentre en ellos ninguna abertura sino la del la- »do del cielo para aspirar á nuestro Señor! ¡Oh, cuándo »nos trasformará de suerte que, aunque rodeados del mun- »do y de la carne, no vivamos sino del espíritu; que, aun »entre las vanidades del mundo, nuestra morada sea, sin »embargo, siempre el cielo, y aun permaneciendo entre los »hombres, no cesemos de alabar á Dios con los ángeles. »¿Cuándo lograremos que todas nuestras esperanzas estén »únicamente en el paraiso? ¿Cuándo nos consumirá el divi- »no amor, para hacernos morir enteramente á nosotros »mismos y vivir solo para Dios?»

Al mismo tiempo que el santo Obispo aspiraba tan ar- dientemente á la posesion de Dios en el cielo, confesaba en el fondo de su corazon, que si no considerase mas que su miseria no mereceria mas que el infierno; pero que lle- no de una humilde confianza en la misericordia de Dios y en los méritos de Jesucristo, esperaba firmemente partici- par algun dia de la dicha de los escojidos (1). «¿Qué ha- »bia de hacer Nuestro Señor de su vida eterna, decia (2), »si no se la diera á las pobres, pequeñas y miserables »criaturas como nosotros, cuya única esperanza es su so- »berana bondad? ¡Sí, Dios mio! tengo esta firme esperanza »en el fondo de mi corazon, que viviremos eternamente »en Dios; estaremos un dia todos juntos en el cielo: co- »bremos pues ánimo, que pronto subiremos allí..... ¡Oh »Dios mio, cuánto consuelo encuentro en la seguridad que »tengo de que mi corazon estará eternamente abismado en »el amor del corazon de Jesus! Poco importa cuál sea el »camino por donde á la Providencia le agrade conducir- »nos, con tal que lleguemos á ese punto.» (3)

Un caballero á quien el temor de la muerte y los jui-

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 25.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XV, sec. XV y XXX.

(3) Entretenimiento II.—Dep. de la santa Madre Chantal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cios de Dios habian sumido en una profunda tristeza, le consultaba un dia. «¡Ay, le contestó (1), qué tormento »tan terrible es este! Mi alma, que lo ha sufrido durante »seis semanas, se halla en circunstancias de compadecer »á los que están afligidos con esta pena; pero conviene »que os hable de corazon á corazon, y os diga que quien »tiene un verdadero deseo de servir á Nuestro Señor y »huir el pecado, no debe en ningun modo atormentarse »con el pensamiento de la muerte y del juicio. Si se debe »temer al uno y al otro, no debe ser con este temor que aba»te y quita la energía al alma, sino con un temor mezclado »de confianza, y por lo tanto dulce. Dios nos ayudará si se »lo rogamos, y si deseais ser todo de Dios, esperad en Él. »El que espera en Él no será confundido.»

Lleno de estos sentimientos, decia un dia á Mr. de Belley con su ingénuo y sencillo lenguaje, que era preciso morir entre dos almohadas, una humilde confesion de que no merecemos mas que el infierno, y una entera confianza de que Dios, en su misericordia, nos dará el paraiso. Otra vez, estando la santa Madre Chantal gravemente enferma: «Poned, le dijo, vuestra cabeza al pié de la cruz, y »manteneos allí humildemente y llena de confianza, para »recibir los méritos de la sangre que de ella destila.» Esta firme esperanza en el cielo era la que le alentaba en medio de las amargas penas é inmensos trabajos de su episcopado. «La grandeza de nuestras esperanzas en la vida »eterna, decia, debe hacer que apenas nos detengamos á »considerar los acontecimientos de esta vida mortal.»

Tenia gusto en repetir con frecuencia y enseñar á los demás estos dos versos, cuyo sentido vale mas que su rima.

Con el bien que yo espero, comparados
De recreo me sirven los cuidados.

Su confianza en Dios en todos los acontecimientos de

(1) Carta DCCCXXVIII.

su vida no era menos notable (1). Penetrado de la consideracion de que Dios es para nosotros un padre tierno, que hace concurrir todo en bien de los que le aman; de que habiendo enviado Nuestro Señor á los apóstoles sin dinero y sin provisiones, sin embargo nada les habia faltado; y de que todos los sucesos, grandes ó pequeños, vienen de la mano paternal de la Providencia, sin la cual no cae un cabello de nuestra cabeza, descansaba en Dios con mas confianza que pudo hacerlo jamás un niño en el seno de su madre. «Nuestro Señor, decia, me ha enseñado esta »leccion desde mi juventud, y si volviese á nacer, quisie»ra dejarme gobernar hasta en las cosas mas pequeñas por »esta divina Providencia, con una sencillez de niño y un »profundo desprecio de toda prudencia humana..... Es »para mí un gozo grande, decia, caminar con los ojos cer»rados bajo la direccion de la Providencia. Sus designios »son impenetrables, pero siempre dulces y suaves para los »que confian en ella. Dejémosla que conduzca nuestra »alma, que es su barca, que ella nos llevará al puerto. »Felices los que confian en Aquel que puede como Dios, y »quiere, como padre, darnos lo que nos conviene; desgra»ciados, por el contrario, los que ponen su confianza en »la criatura. Esta promete todo, da poco y hace pagar »muy caro lo poco que da.»

Conforme á estas máximas, escribia á una de sus hijas de la Visitacion (2): «Permaneced en paz en los dulces »brazos de la Providencia. Nunca perecerá el niño que se »mantiene firme en los brazos de un padre poderoso, no »solamente en medio de la dulzura y de la paz de las »prosperidades, cosa que todos saben hacerlo, sino entre »las temporales y las borrascas, lo cual solo es propio de los hijos de Dios.»

Un dia que habia sido contrariado en un proyecto que le interesaba mucho, escribia á la santa Madre de Chan-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VIII, sec. XV, p. XIII.
(2) Carta DCCVII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tal: «La Providencia lo ha dispuesto así, y ya sabeis la »fidelidad que mi corazon le ha prometido; yo la dejo ar- »reglar y disipar todas las cosas como le agrade, sin in- »quietarme por mis inclinaciones.» «Espero una gran bor- »rasca, escribia en otra ocasion á la misma confidenta de »sus pensamientos (1), pero la espero alegremente. Miro »á la Providencia de Dios, y espero que esta tormenta será »para su mayor gloria y mi tranquilidad, y esta esperanza »me llena de consuelo. Aunque el cielo se arme contra mí, »aunque la tierra y los elementos choquen entre sí, y to- »das las criaturas me declaren la guerra, no temo nada. »Me basta saber que estoy con Dios y que Dios está con- »migo.»

Un dia que atravesaba el lago de Ginebra en una pequeña barca poco sólida, esperimentaba un gozo infalible al ver su vida tan completamente en manos de la Providencia, no estando separado de la muerte sino por una tabla de tres dedos (2); y cuando le preguntaban cómo habia podido elevarse á esta igualdad de alma que tanto se admiraba en él: «Cuando se tiene confianza en Dios, con- »testaba, sin separarse jamás de un objeto tan igual y »constante, no se puede variar nunca; esta confianza es el »polo fijo sobre el cual ruedan todos mis deseos y movi- »mientos (3).» «¿Cómo, le preguntaron un dia, os habeis »espuesto tantas veces á caer en las manos de los here- »jes?—No ha sido, contestó, por atrevimiento ni falta de »conocimiento, sino por una simple confianza en la Provi- »dencia celestial. ¿No debemos dejar la vida y cuanto so- »mos á la disposicion de esta adorable Providencia? No »nos pertenecemos á nosotros mismos, sino á Aquel que, »para hacernos suyos, ha querido de una manera tan amo- »rosa ser enteramente nuestro.» (4)

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 28, p. 70.
(2) Carta LXXVIII.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XV, sec. XVI.
(3) Dep. de Jannes.
(4) Dep. de Miguel Favre.

Animado con esta firme confianza, siempre que tenia que emprender algun negocio que creia era del beneplácito de Dios, empezaba por colocarlo bajo la direccion de la Providencia, y hecho esto, se mantenia tranquilo y seguro del éxito. Cuando no encontraba algun apoyo en sus proyectos, ó preveia, segun la prudencia humana, imposibilidad en su ejecucion, lejos de concebir alguna inquietud ó sentir alterada su confianza, estaba mas firme y contento que nunca. «No veo cuándo podrá tener lugar el es- »tablecimiento de nuestro instituto, decia un dia á la »santa Madre Chantal (1), pero estoy seguro de que »Dios lo llevará á cabo,» como en efecto sucedió poco despues. Esta confianza no le impedia, sin embargo, obrar por su parte. Animoso é intrépido porque esperaba, impulsaba la empresa por todos los medios sin desalentarse, y era una máxima suya, que cuando Nuestro Señor nos encarga un negocio es preciso continuarlo hasta el fin á despecho de todas las dificultades, y no abandonarlo nunca.

Combatido de tentaciones terribles, porque Dios, para perfeccionar su virtud, quiso que estuviese espuesto á ellas, su confianza le llenaba de aliento. «Estoy atormen- »tado, escribe un dia á la santa Madre Chantal; me pa- »rece que no tengo ninguna fuerza para resistir, y que, si »se presentase la ocasion, sucumbiria, pero cuanto mas »débil me siento mas pongo mi confianza en Dios, y estoy »cierto de que llegada la ocasion, Dios me revestirá de su »fuerza, y devoraré á mis enemigos como si fueran cor- »derillos.» (2)

Si á veces tardaba en ser escuchada su oracion, no se desalentaba. «La Providencia no difiere su socorro, decia, »sino para provocar nuestra confianza. Si nuestro Padre »celestial no nos concede siempre lo que pedimos, es para »detenernos á su lado, y darnos ocasion á que le instemos

(1) Dep. de la santa Madre Chantal.
(2) Idem, art. 28, p. 72.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»con una amorosa violencia, como lo hizo ver bien á los »dos peregrinos de Emaus, con los cuales no se detuvo »sino ya al caer el dia, y cuando le obligaron con sus »ruegos.....»

Por último, dirigia á las almas probadas, predicándoles la confianza con un acento capaz de inspirarla. «Aun»que venga la tempestad y la borrasca, escribia á una de »estas, no perecereis, porque estais con Jesus. ¡Oh Salva»dor mio! salvadme. El os tenderá la mano, estrechadla »bien y continuad alegremente, sin reflexionar sobre vues»tro mal. En tanto que San Pedro tuvo confianza, la tem»pestad no pudo sumerjirle; pero así que temió se sumer»gió. El miedo es un mal mas grande que el mismo mal »que le causa. Es preten der demasiado el querer que nin»guna hoja de vuestro arbol se mueva; debe bastaros que »permanezca profundamente arraigado. Si dais alguna »caida, postraos ante Dios para decir en espíritu de con»fianza y humildad: Misericordia, Señor, porque estoy en»ferma. Levantaos luego en paz y seguid adelante, dester»rando toda desconfianza, con el pensamiento de que Dios »es mas misericordioso que nosotros miserables. Sufrid »sin turbacion la privacion de todos los gustos sensibles, »pues un acto solo hecho con sequedad vale mas que »muchos hechos con gran ternura, con tal que se haga con »un amor mas fuerte, aunque menos agradable. En fin, »abandonad todo vuestro sér completamente en manos de »la Providencia en medio de los accidentes de la vida y »aun en presencia de la muerte. Dios os ha guardado has»ta ahora; asíos á la mano de la Providencia. Ella os asis»tirá, y por donde no podais caminar os llevará en sus »brazos. No penseis en lo que os sucederá mañana, porque »el Padre Eterno, que ha tenido cuidado de vos hoy, lo »tendrá mañana y siempre, y no os enviará el mal, ó si os »le envia, os dará un valor invencible para sufrirlo. Si es»perimentais los asaltos de las tentaciones, no deseeis ser »libertada de ellas. Es bueno que las esperimentemos para »tener la ocasion de combatirlas y de conseguir victorias:

»sirven además para hacernos practicar las mas escelen»tes virtudes, y para establecerlas sólidamente en nues»tras almas.»

CAPITULO V.

Su amor á Dios.

Hay un amor encerrado en la esperanza, dice Francisco de Sales (1), que es bueno porque nos une á Dios, pero que es imperfecto porque se mezcla con el amor de nuestro propio interés, puesto que si amamos á Dios, es porque es bueno con nosotros y quiere hacernos felices. El amor perfecto, por el contrario, ó sea la verdadera caridad, se eleva sobre todo propio interés; él nos hace amar á Dios, no por el interés del bien que nos hace ó que nos reserva, sino porque tiene en sí mismo la infinita perfeccion digna por sí sola de arrebatar todos los corazones, la bondad soberana, la belleza incomparable que nunca puede ser bastantemente amada, aun cuando nunca hubiéramos recibido ningun bien ni debiéramos esperar ninguna recompensa, haciéndonos amar á Dios porque es Dios. Tal es el puro amor (2), la perfecta caridad de que San Francisco de Sales nos presenta un magnífico modelo.

La prueba de que amó así á Dios, se encuentra primero en su atencion delicada á observar, no solo los preceptos sino tambien los consejos evangélicos, y en huir hasta la apariencia del pecado, «á la manera, decia con su »agradable lenguaje, que la paloma de los Cánticos hacia »su morada á la orilla de las aguas, para ver en ellas de »lejos la sombra de las aves de rapiña volando y ocultán»dose en su retiro apenas percibia esa sombra.» (3) Aún

(1) *Tratado del amor de Dios,* lib. II, c. XVII.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales,* p. XIV, sec. VII.
(3) Dep. del can. Gard.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»con una amorosa violencia, como lo hizo ver bien á los »dos peregrinos de Emaus, con los cuales no se detuvo »sino ya al caer el dia, y cuando le obligaron con sus »ruegos.....»

Por último, dirigia á las almas probadas, predicándoles la confianza con un acento capaz de inspirarla. «Aun»que venga la tempestad y la borrasca, escribia á una de »estas, no perecereis, porque estais con Jesus. ¡Oh Salva»dor mio! salvadme. El os tenderá la mano, estrechadla »bien y continuad alegremente, sin reflexionar sobre vues»tro mal. En tanto que San Pedro tuvo confianza, la tem»pestad no pudo sumerjirle; pero así que temió se sumer»gió. El miedo es un mal mas grande que el mismo mal »que le causa. Es preten der demasiado el querer que nin»guna hoja de vuestro arbol se mueva; debe bastaros que »permanezca profundamente arraigado. Si dais alguna »caida, postraos ante Dios para decir en espíritu de con»fianza y humildad: Misericordia, Señor, porque estoy en»ferma. Levantaos luego en paz y seguid adelante, dester»rando toda desconfianza, con el pensamiento de que Dios »es mas misericordioso que nosotros miserables. Sufrid »sin turbacion la privacion de todos los gustos sensibles, »pues un acto solo hecho con sequedad vale mas que »muchos hechos con gran ternura, con tal que se haga con »un amor mas fuerte, aunque menos agradable. En fin, »abandonad todo vuestro sér completamente en manos de »la Providencia en medio de los accidentes de la vida y »aun en presencia de la muerte. Dios os ha guardado has»ta ahora; asíos á la mano de la Providencia. Ella os asis»tirá, y por donde no podais caminar os llevará en sus »brazos. No penseis en lo que os sucederá mañana, porque »el Padre Eterno, que ha tenido cuidado de vos hoy, lo »tendrá mañana y siempre, y no os enviará el mal, ó si os »le envia, os dará un valor invencible para sufrirlo. Si es»perimentais los asaltos de las tentaciones, no deseeis ser »libertada de ellas. Es bueno que las esperimentemos para »tener la ocasion de combatirlas y de conseguir victorias:

»sirven además para hacernos practicar las mas escelen»tes virtudes, y para establecerlas sólidamente en nues»tras almas.»

CAPITULO V.

Su amor á Dios.

Hay un amor encerrado en la esperanza, dice Francisco de Sales (1), que es bueno porque nos une á Dios, pero que es imperfecto porque se mezcla con el amor de nuestro propio interés, puesto que si amamos á Dios, es porque es bueno con nosotros y quiere hacernos felices. El amor perfecto, por el contrario, ó sea la verdadera caridad, se eleva sobre todo propio interés; él nos hace amar á Dios, no por el interés del bien que nos hace ó que nos reserva, sino porque tiene en sí mismo la infinita perfeccion digna por sí sola de arrebatar todos los corazones, la bondad soberana, la belleza incomparable que nunca puede ser bastantemente amada, aun cuando nunca hubiéramos recibido ningun bien ni debiéramos esperar ninguna recompensa, haciéndonos amar á Dios porque es Dios. Tal es el puro amor (2), la perfecta caridad de que San Francisco de Sales nos presenta un magnífico modelo.

La prueba de que amó así á Dios, se encuentra primero en su atencion delicada á observar, no solo los preceptos sino tambien los consejos evangélicos, y en huir hasta la apariencia del pecado, «á la manera, decia con su »agradable lenguaje, que la paloma de los Cánticos hacia »su morada á la orilla de las aguas, para ver en ellas de »lejos la sombra de las aves de rapiña volando y ocultán»dose en su retiro apenas percibia esa sombra.» (3) Aún

(1) *Tratado del amor de Dios,* lib. II, c. XVII.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales,* p. XIV, sec. VII.
(3) Dep. del can. Gard.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

era poco para él, refiere uno de sus historiadores (1), no desagradar á Dios, á quien únicamente amaba, aplicándose á amarle en todo lo mas perfectamente que le era posible; y si hubiera conocido un medio de agradarle un poco mas lo hubiera seguido al instante, aunque hubiera debido costarle la vida. La santa Madre Chantal confirma la misma observacion. «No se crea por esto, dice, que no »cometiese ninguna imperfeccion, sino que cuando esto le »sucedia, era por debilidad ó por sorpresa; y nunca hu»biera dejado á una sola apegarse á su corazon, por pe»queña que fuera. Todo estaba tan arreglado, tan tranqui»lo, y la luz de Dios se reflejaba con tanta claridad en »aquella hermosa alma, mas pura que el sol, mas blanca »que la nieve, que veia hasta los menores átomos de sus »movimientos; y nunca consentia voluntariamente en sí »lo que comprendia era menos perfecto, porque su amor »no se lo permitia. Así decia, que era preciso ligar nues»tros afectos y nuestras pasiones, todas nuestras inclina»ciones y aversiones, con la cadena de oro del santo »amor (2); y si reconociese en mi corazon, añadía, la me»nor fibra que no estuviese penetrada del amor de mi »Dios, la arrancaria al instante. ¡Ah! que me arranquen »el corazon si no he de emplearlo todo entero en amar (3). »¡O amar ó morir! porque la vida sin amor es peor que la »muerte. Morir á todo otro amor para vivir solo al de Je»sus, y poder cantar eternamente: Yo amo á Jesus.» (4) Una de sus máximas era «que la verdadera señal del amor »divino es amar igualmente á Dios en todas las cosas, »porque siendo siempre igual en sí mismo este soberano »Bien, la desigualdad de nuestro amor no puede venir sino »de la consideracion de alguna cosa que no es él (5). Si

(1) El P. La Riviere, p. 559.
(2) Dep. de Raynaud.—El P. La Riviere, p. 568.
(3) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 26.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. XVI.
(4) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VI, sec. XXX, p. XII.
(5) Idem, p. XV, sec, XXXIII; p. XI, sec. II.—Carta DCGXLVIII.

»no amásemos mas que á Dios, decia, la pobreza y las ri»quezas, la salud y la enfermedad, la muerte y la vida, »todas las vicisitudes de este mundo nos serian indiferen»tes, porque las veríamos todas en Dios, que las ordena ó »permite con infinita sabiduría.»

Pero el santo prelado no se limitaba á cerrar la entrada de su corazon á lo que no era Dios, sino que practicaba admirablemente lo que ha escrito en su *Introduccion á la vida devota* (1). »Los que aman á Dios, dice, no pueden »cesar de pensar en él, de respirar por él, de aspirar á él, »de hablar de él; y quisieran, si fuera posible, grabar en »todos los corazones el santo nombre de Jesus.» Por la noche cuando se despertaba, se le oia á menudo exhalar suspiros de amor y esclamar: «Ah, Dios mio, ¿cuándo se»reis conocido? ¿Cuándo os amarán como mereceis?» Y por la mañana al levantarse, protestaba á Dios que no queria hacer otra cosa durante el dia que amarle y hacer su voluntad. Entre el dia no vivia mas que de amor. «Ciertamente, decia, es preciso ó amar ó morir, ó mas »bien morir para amar; es decir, morir á todo amor que no »sea el de Jesus, y no vivir mas que para Aquel que ha »muerto para hacernos vivir eternamente en los brazos de »su bondad.» (2)

El móvil de todas sus acciones no era evitar el infierno ó ganar el cielo, sino puro amor (3). «Haced mucho »por Dios y no hagais nada sin amor, escribia (4); aplicad »todo á este amor; comed y bebed por amor.» Su corazon estaba tan lleno de él, que este sentimiento parecia absorver todos los demás. Si amaba á Dios, el temor de los castigos reservados á los que no le aman no se mezclaba para nada en este amor, y si temia á Dios, era únicamente por amor, como el amigo que teme desagradar á su amigo; ob-

(1) Part. II, c. XIII.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. XXXI.
(3) Idem, p. XIV, sec. XXXV y VII.
(4) Idem, p. XV, sec. XXII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

servando en esto su máxima, de que amar por temor, es poner hiel en el alimento ó vinagre en la bebida; pero que temer por amor, es poner azúcar en el acibar. Por eso toda su vida era como un ejercicio contínuo de amor, segun esta otra máxima que tenia con frecuencia en la boca: que todo lo que se hace por amor es amor; que el trabajo, el cansancio y la muerte misma no son mas que amor cuando se sufren por amor. Por poco que se le observase, era un hecho fácil de reconocer, que cuando hablaba en público, su rostro, sus ademanes, sus palabras se inflamaban, revelando á todos el fuego sagrado que ardia en su corazon. Cuando hablaba en particular, los que le escuchaban se sentian embalsamados de la suavidad celestial del amor divino, en el cual estaba como trasformado, hasta el punto de que no se podia menos de esperimentar algo de las llamas que le consumian, ni cansarse de verle y de oirle, pues esto era un goce siempre nuevo.

Este amor dominaba tan perfectamente en él sobre todo otro afecto, que nada en el mundo podia darle contento mas que Dios solo, al cual se mantenia tan constantemente unido, puramente y sin mezcla de ningun interés, que un dia tuvo el valor de decir á una persona que le era muy querida: «Si Dios me mandase sacrificaros, como mandó á Abraham que le sacrificara á Isaac, lo haria al instante.» (1) Otro dia dió una respuesta casi semejante á una religiosa que le rogaba le diera un lugar en su afecto. «Os amo tiernamente, le dijo, pero si Dios me ordenase »que os ahogase, lo haria resuelta y prontamente.» (2) Pero hay una cosa que revela aún mejor la fuerza de su amor. Con frecuencia se le oyó espresar el deseo de morir martir por el amor de Dios, y no como aquellos mártires á los que el cielo quitaba el sentimiento de sus sufrimientos, sino sintiendo los dolores de los mas horribles tormentos, para probar mejor á Dios su amor. Aún iba mas

(1) Dep. de la santa Madre Chantal.
(2) De Cambis, t. I, p. 422.

lejos: «¡Ay! verdaderamente, decia, me parece que el pa»raiso estaria entre las penas del infierno si el amor de »Dios pudiera estar en aquel lugar, y los tormentos de »los condenados me parecerian deseables si las llamas »que los consumen fueran un fuego de amor divino (1). »Todo me parece poco ó nada, fuera del amor de nuestro »gran Dios, y aun considero como nada todos los con»tentos celestiales comparados con el amor de mi Dios.»

Sin embargo, gemia porque no le amaba bastante. «No podríais imaginaros, escribia á una persona, el senti»miento que tengo del deseo de amar cada vez mas. ¿Para »qué vivimos sino para amar á esta soberana Bondad? »¡Ay! ¿Cuándo nos consumirá el divino amor, para hacer»nos morir enteramente á nosotros mismos y vivir solo »para él? (2) ¡Oh amor eterno! mi alma os quiere y os elige »por su herencia..... ¡Oh Dios mio! esclama en otra par»te (3), ¡qué dicha y qué gloria estar unido á vos con ca»denas de amor, arder en el mismo fuego de amor y en »la misma fragua que vos! ¡Ay! ¿cuándo estaremos unidos á »Dios con union perfecta? ¿Cuándo tendremos corazones »consumidos en su amor? ¡Oh, cuánto deseo que estemos »muy aniquilados para nosotros mismos á fin de vivir solo »para Dios! ¿Qué es lo que pido á Dios, sino el puro y »santo amor de mi Salvador?»

En el ardor de su amor, el santo Obispo tenia con frecuencia en la boca esta máxima: «Para quien Dios es todo, »el mundo es nada;» máxima conforme á aquellas palabras de San Francisco de Asís: *Mi Dios y mi todo;* y á aquellas otras de Santa Teresa: *Todo lo que no es Dios ó por Dios, es para mí nada.* Esplicando estas palabras, que gustaba de comentar, tenia costumbre de decir: «Nada »puede satisfacer en el mundo al que no se contenta con

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, s. XXIV; p. V, s. II; p. XVIII, s. XXVIII; p. VII, s. XVI.—Carta DCCCXIII.—Dep. de santa Chantal, art. 26.
(2) Carta LXXXIX.
(3) *Fin del Tratado del Amor de Dios.*—Carta DCCLIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Dios: *Cui quod satis est satis non est, huic unquam satis »nihil est.*» (1) El que tiene el amor de Dios, no tiene ya ni »temor, ni esperanza, ni deseo, ni ánimo, ni alegría sino »para Dios, y todos sus movimientos estan confundidos en »este único amor celestial (2). ¡Oh, qué buena cosa es no »vivir mas que en Dios, no trabajar sino para Dios, y no »alegrarse sino en Dios! En cuanto á mí, decia, no quiero »ser ya nada para nadie, ni que nadie sea nada para mí »sino en él y por él solo (3). ¡Sí, mi Dios! me parece que »todo es nada para mí fuera de Dios, en el cual y por el »cual amo mas tiernamente á las almas.» Verdaderamente era insensible á todo lo que mira á la tierra, y nada le movia sino Dios ó lo que tiene relacion con Dios. «Nues»tro señor, decian sus criados, no se anima sino por Dios, »no se inquieta por lo que se sirve en la mesa, ni porque »los manjares esten frios ó calientes, insípidos ó agrada»bles al gusto; pero no puede sufrir la menor ofensa de »Dios.»

Por último, dice la santa Madre Chantal, si se quiere saber el amor de Dios en que el santo prelado estaba abrasado, no hay mas que leer los doce libros de su *Tratado del amor de Dios*, donde se retrata ingénuamente á sí mismo, no siendo toda esta admirable obra mas que la historia fiel de su corazon y de su vida (4). Es imposible leer sobre todo el capítulo XXII del libro II, los capítulos III, IV, VII y IX del libro X, el capítulo XIV del libro XI, y el capítulo XIII del libro XII, sin sentir que el autor era todo fuego y amor á su Dios. En este hermoso tratado es donde su corazon, entregándose al amor que los teólogos llaman de complacencia, exclama: «¡Qué hermoso sois, »Amado mio. Bendito sea mi Dios para siempre, porque es »bueno! Poco me importa vivir ó morir, porque soy dema-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XIII, s. X.
(2) Dep. de la santa Madre Chantal.
(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, s. XXXIII.—Dep. de Desfages.
(4) Dep. de la santa Madre Chantal.

»siado feliz sabiendo que mi Dios es rico en toda suerte de »bienes, y que su bondad es infinita.» (1) Allí es donde, presentando otros motivos de amar, cuenta el amor de reconocimiento de que le penetran los beneficios de Dios, como son la creacion, la redencion, la justificacion. «¡Ah! »dice, ¿cómo se puede tener un corazon y no amar una »bondad tan infinita?» Allí, en fin, es donde espone el amor de benevolencia que es debido á Dios (2), es decir, el deseo inmenso que debe sentir todo corazon cristiano por verle conocido, amado y servido, y la pena que debe causarnos la ofensa de este Padre infinitamente bueno, cuyo amor de benevolencia está fundado sobre el principio de que el amor no puede sufrir ver ofender al que ama. No seguiremos al santo autor en la definicion que da de este amor, pues nos bastará decir que su vida entera es una manifestacion mas magnífica aún de él; porque si se entregó á tantas predicaciones y confesiones, si hizo volver al buen camino á tantos herejes y pecadores, si reformó tantos monasterios, si estableció la órden de la Visitacion, si consagró toda su vida á contínuos trabajos, no fué mas que para destruir el reino del pecado y establecer el amor de Dios en todos los corazones. Si escribió tantas cartas piadosas, si compuso tantas bellas obras, y particularmente su *Tratado del amor de Dios*, no fué mas que porque, no pudiendo predicar el amor de Dios tanto como lo deseaba, pensó que sus libros reemplazarian á su voz é irian á repetir á todos los paises como á todos los siglos este gran mandamiento de la ley: «Amad á Dios con todo »vuestro entendimiento, con todo vuestro corazon, con »toda vuestra alma y con todas vuestras fuerzas.» Tan grabadas estaban en el corazon del santo prelado aquellas palabras, que refiere de él la Madre Chaugy en su deposicion, que, «si se ama, es preciso trabajar en amar á Dios »y servir al prójimo; que la caridad es la madre del celo,

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XIV, s. I.
(2) Idem, p. I, s. XXXI; p. XIV, s. II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»y dice siempre al celestial Esposo, como Raquel á Jacob: »Dadme hijos, ó moriré.»

Para escitar á todos los corazones á amar, no cesaba de repetir que el mérito de todas nuestras obras y la perfeccion cristiana consisten en el amor. «El amor, decia, »es el que da valor á todas nuestras obras; no es por la »grandeza ni por la multiplicidad de las obras por lo que »agradamos á Dios, sino por el amor con que las hacemos; »y sufrir una burla con dos onzas de amor, vale mas que »sufrir el martirio con una onza del mismo amor (1)..... »Cada uno, decia, se forma una perfeccion á su modo; »unos la ponen en la austeridad de la vida, otros en la li»mosna, otros en la frecuencia de los sacramentos; por lo »que á mí hace, no conozco mas perfeccion que amar á »Dios de todo corazon y al prójimo como á nosotros mis»mos, no siendo todas las obras prácticas mas que medios »para llegar á la caridad, pero no la caridad misma, que es »la única que forma la perfeccion.» Cuando le preguntaban qué habia que hacer para llegar á amar á Dios de todo corazon y al prójimo como á nosotros mismos: «Es preciso, »contestaba, amar á Dios con todo nuestro corazon y al »prójimo como á nosotros mismos: no sé otra ciencia para »llegar á amar que amar, como se aprende á estudiar es»tudiando, á hablar hablando, á trabajar trabajando. Que »empiecen los aprendices, y á fuerza de amar se harán »maestros; y que los mas adelantados avancen siempre, y »no crean haber llegado nunca al término; porque la ca»ridad de esta vida siempre puede tener aumento (2). De»sead amar siempre mas, añadia, este es el medio de cre»cer siempre en el amor. Quien desea mucho la dileccion, »la busca, y el que la busca con cuidado, la encuentra. »¡Oh! cuánto debemos desear este amor y amar este deseo,

(1) Manuscrito de la Madre Fichet, p. 45.—*Espiritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec. XIII y XIV; p. IX, sec. XVIII; p. XV, sec. XXVI; y p. XXVI, sec. XLVIII.

(2) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. I, sec. XXIX y XXX.

»porque la razon quiere que deseemos amar siempre lo »que no puede nunca ser bastantemente amado, y que de»seemos lo que nunca puede ser bastantemente deseado (1). »La medida del amor, es amar sin medida.» (2)

CAPITULO VI.

Su conformidad con la voluntad de Dios (3).

El acto de amor mas escelente de que es capaz un alma cristiana, así como el grado mas alto á que puede elevarse, es, segun San Francisco de Sales, la union perfecta de su voluntad con la de Dios; esta union, que hace que no se desee otra cosa en este mundo mas que á Dios solo y su beneplácito, y que se quiera todo lo que él quiere y como lo quiere, estando siempre dispuesto á ir, con paz y alegría, á cualquier parte donde nos llame, á aceptar todo lo que nos envie y á hacer todo lo que nos pida. Tal fué la vida del santo Obispo de Ginebra; siempre resignado y unido á la voluntad de Dios por un amor mezclado de una santa confianza, siempre sumiso por anticipado á los efectos de la divina Providencia, conducia todos los negocios con una perfecta paz y reposo de su alma, sin turbarse, apresurarse ni inquietarse por el resultado, y sin alterarse si sobrevenia algun accidente contrario (4).

Emplear su tiempo en una cosa ó en otra, estar sano ó enfermo, ser alabado ó censurado, todo le era igual, porque en todo veia el beneplácito de Dios. «No mireis, de»cia, absolutamente las cosas que haceis por lo que ellas »son, sino el honor que encierran, por miserables que sean,

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. XXXII; p. XVIII, sec. X.
(2) Idem, p. XIII, sec. XII.
(3) Idem, p. X, sec. XXX; p. XIV, sec. IX; p. III, sec. XLII.
(4) Dep. de Moccand.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»y dice siempre al celestial Esposo, como Raquel á Jacob: »Dadme hijos, ó moriré.»

Para escitar á todos los corazones á amar, no cesaba de repetir que el mérito de todas nuestras obras y la perfeccion cristiana consisten en el amor. «El amor, decia, »es el que da valor á todas nuestras obras; no es por la »grandeza ni por la multiplicidad de las obras por lo que »agradamos á Dios, sino por el amor con que las hacemos; »y sufrir una burla con dos onzas de amor, vale mas que »sufrir el martirio con una onza del mismo amor (1)..... »Cada uno, decia, se forma una perfeccion á su modo; »unos la ponen en la austeridad de la vida, otros en la li»mosna, otros en la frecuencia de los sacramentos; por lo »que á mí hace, no conozco mas perfeccion que amar á »Dios de todo corazon y al prójimo como á nosotros mis»mos, no siendo todas las obras prácticas mas que medios »para llegar á la caridad, pero no la caridad misma, que es »la única que forma la perfeccion.» Cuando le preguntaban qué habia que hacer para llegar á amar á Dios de todo corazon y al prójimo como á nosotros mismos: «Es preciso, »contestaba, amar á Dios con todo nuestro corazon y al »prójimo como á nosotros mismos: no sé otra ciencia para »llegar á amar que amar, como se aprende á estudiar es»tudiando, á hablar hablando, á trabajar trabajando. Que »empiecen los aprendices, y á fuerza de amar se harán »maestros; y que los mas adelantados avancen siempre, y »no crean haber llegado nunca al término; porque la ca»ridad de esta vida siempre puede tener aumento (2). De»sead amar siempre mas, añadia, este es el medio de cre»cer siempre en el amor. Quien desea mucho la dileccion, »la busca, y el que la busca con cuidado, la encuentra. »¡Oh! cuánto debemos desear este amor y amar este deseo,

(1) Manuscrito de la Madre Fichet, p. 45.—*Espiritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec. XIII y XIV; p. IX, sec. XVIII; p. XV, sec. XXVI; y p. XXVI, sec. XLVIII.

(2) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. I, sec. XXIX y XXX.

»porque la razon quiere que deseemos amar siempre lo »que no puede nunca ser bastantemente amado, y que de»seemos lo que nunca puede ser bastantemente deseado (1). »La medida del amor, es amar sin medida.» (2)

CAPITULO VI.

Su conformidad con la voluntad de Dios (3).

El acto de amor mas escelente de que es capaz un alma cristiana, así como el grado mas alto á que puede elevarse, es, segun San Francisco de Sales, la union perfecta de su voluntad con la de Dios; esta union, que hace que no se desee otra cosa en este mundo mas que á Dios solo y su beneplácito, y que se quiera todo lo que él quiere y como lo quiere, estando siempre dispuesto á ir, con paz y alegría, á cualquier parte donde nos llame, á aceptar todo lo que nos envie y á hacer todo lo que nos pida. Tal fué la vida del santo Obispo de Ginebra; siempre resignado y unido á la voluntad de Dios por un amor mezclado de una santa confianza, siempre sumiso por anticipado á los efectos de la divina Providencia, conducia todos los negocios con una perfecta paz y reposo de su alma, sin turbarse, apresurarse ni inquietarse por el resultado, y sin alterarse si sobrevenia algun accidente contrario (4).

Emplear su tiempo en una cosa ó en otra, estar sano ó enfermo, ser alabado ó censurado, todo le era igual, porque en todo veia el beneplácito de Dios. «No mireis, de»cia, absolutamente las cosas que haceis por lo que ellas »son, sino el honor que encierran, por miserables que sean,

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. XXXII; p. XVIII, sec. X.
(2) Idem, p. XIII, sec. XII.
(3) Idem, p. X, sec. XXX; p. XIV, sec. IX; p. III, sec. XLII.
(4) Dep. de Moccand.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»en ser queridos de Dios, estar en el órden de su provi-»dencia y dispuestas por su sabiduría. La pureza de cora-»zon consiste en apreciar todas las cosas con el peso del »santuario, que no es otro que el de la voluntad de Dios; »por lo tanto no ameis nada con demasiado ardor, ni aun »las mismas virtudes, que se pierden á veces cuando tras-»pasan los límites de la moderacion.» (1)

«¿Qué quisiérais mejor, le preguntaron un dia (2), vi-»vir con buena salud, ó pasar el resto de vuestra vida pa-»ralítico en un lecho?—No quiero ni lo uno ni lo otro, »contestó, ambas cosas me son indiferentes, y tanto en lo »uno como en lo otro no quiero sino la voluntad de mi »Criador.—Pero en la salud, le replicaron, hareis mas bien »que en la enfermedad.—No quiero escojer, contestó, la »manera de servir á mi Dios: en la salud le serviré obran-»do; en la enfermedad le serviré sufriendo. A Él toca esco-»jer lo que mas le agrade; de los dos modos haré su volun-»tad, y esto me basta.—Pero ¿qué quereis mejor, vivir »largo tiempo para adquirir mas méritos, ó morir pronto »y de muerte repentina?—No quiero tener voluntad tam-»poco en eso; vida larga, vida corta ó muerte repentina, »son para mí cosas indiferentes. Me abandono sin reserva »á la Providencia, y al cuidado que desde toda la eternidad »ha resuelto tener de mi vida y de mi muerte.—Pero en »fin, ¿no quisiérais mejor, al salir de esta vida, ir derecho »al cielo sin ser detenido en el purgatorio?—Iré muy »contento al lugar que Dios me designe; y en cualquier »parte que esté, estaré satisfecho. Con la voluntad de »Dios, el purgatorio me sería un paraiso, y sin la volun-»tad de Dios, el cielo sería para mí un purgatorio.»

Un año en que se proponia predicar la Cuaresma, fué atacado de una fiebre cuotidiana, cuyo contratiempo, le-jos de arrancarle una sola palabra de disgusto ó de queja, no pudo hacerle perder ni un instante de su serenidad.

(1) Carta LXXXII.
(2) El P. la Riviere, p. 458 y sig.

«Si Dios, dijo, no quiere que le sirva predicando sino su-»friendo, cúmplase su voluntad.»

Hablándole en una ocasion del designio que tenian los herejes de lanzarle de su obispado: «Y bien, dijo con sere-»nidad, con eso estaré mas libre para servir á Dios y á las »almas.—Pero, añadieron, os pondrán en una prision.— »Pues bien, replicó, así tendré mas tiempo para rogar á »Dios y escribir alguna cosa para su gloria. Eso no me »causará ninguna pena. ¡Que la voluntad de Dios se cum-»pla!» Por eso era su máxima favorita, que no se debe de-sear nada, ni pedir nada, ni rehusar nada, sino perma-necer enteramente indiferente en las manos de Dios, tanto en la salud como en la enfermedad, en vida ó muerte, en buena ó mala fortuna, y en toda la variedad de posiciones, de lugares y de ocupaciones. «Cuando se »está acompañado, decia (1), es preciso estar contento, »porque Dios nos quiere allí, y cuando se está solo, se »debe amar la soledad por la misma razon. Cuando se está »fijo en una parte, no se debe pensar en cambiar de posi-»cion, sino que es preciso permanecer en la barca en que »nos encontramos para hacer la travesía de esta vida á la »otra, y es preciso permanecer en ella gustoso, porque, »aunque á menudo no hemos sido puestos allí por la »mano de Dios, sino por la de los hombres, Dios quiere »que permanezcamos en ella.» (2)

El santo Obispo no queria que nadie se atuviese á ciertos modos de servir á Dios mas que á otros, y confor-mando con la teoría la práctica, observaba el principio de abandonarse en todo y por todo al beneplácito divino, para depender de él absolutamente y sin ninguna reserva. Ha-cia con gusto sus ejercicios espirituales cuando podia; pero si la caridad ó algun otro obstáculo se lo impedia los dejaba sin pena, pasando con la misma indiferencia de la contemplacion á la accion y de la accion á la contem-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, sec. XXV.
(2) Idem, p. 575.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

placion, igualmente contento de la una y de la otra, con tal de hacer siempre la voluntad de su Dios.

«No, decia, sea lo que fuere lo que me suceda, nada »me separará de la firme resolucion en que estoy de que»rer plenamente todo lo que Dios quiera hacer de mí y de »lo que me pertenece. Quiero confundir mi voluntad con »la de Dios, ó mas bien quiero dejar á nuestro Señor que»rer en mí y por mí lo que le agrade, y depongo todo cui»dado de mí mismo en sus manos.» «Esta mañana, escribia »en una ocasion (1), he llevado á cabo un grande acto de »resignacion. ¡Oh, qué felices son las almas que viven »solo de la voluntad de Dios! Si por saborear solamente un »poco de ella con una consideracion pasajera, se tiene »tanta suavidad espiritual en el fondo del corazon, que »acepta esta voluntad santa con todas las crúces que pre»senta, ¿cuál será la de aquellas almas que están trasfor»madas plenamente en la union de esta voluntad? ¡Oh »Dios, qué bendicion someter todos nuestros afectos hu»milde y exactamente al mas puro y divino amor! Así lo »hemos dicho y resuelto; nuestro corazon tiene por ley »soberana la mayor gloria del amor de Dios: y la gloria »de este santo amor consiste en consumir todo lo que no »es él mismo para convertirlo todo en él.»

¿Qué cosa puede haber mas encantadora que el cuadro de un alma perfectamente abandonada á Dios, enviado por el santo prelado á la santa Madre Chantal?

«Permanecer simplemente, le dice (2), donde Dios nos »pone y como nos pone, á la manera que una estatua »en su nicho, con el convencimiento de que somos de »Dios y de que Él es nuestro todo, eso es lo que debemos »amar. Si una estátua en su nicho pudiese hablar y le »preguntaran: ¿Por qué estás ahí?—Porque mi amo me ha »colocado aquí, diria.—¿Por qué no te mueves?—Porque »quiere que esté inmóvil.—¿Qué bien te resulta de estar

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, sec. XXVII.
(2) Carta CXL.

»así?—No es por mí por quien yo estoy, es por obedecer á »la voluntad de mi dueño.—¿Mas acaso tú le ves?—No, »pero él me ve, y se complace en que esté donde me ha »puesto.—¿Pero no quisieras moverte para acercarte mas »á él?—No, á menos que él no me lo mandase.—¿No de»seas nada?—No, porque agradar á mi dueño es el único »contento de mi corazon.» Tal era en efecto el alma del santo Obispo de Ginebra; agradar á Dios era toda la ambicion de su corazon, su única pretension en este mundo, el único objeto de sus acciones, de sus palabras y de sus pensamientos. «¡Oh! Cuántas veces, refiere la santa Madre »Chantal, le he oido decir con un sentimiento estático es»tas palabras del Salmista: ¡Señor! ¿Qué hay para mí en »el cielo y qué deseo sobre la tierra sino á vos, mi por»cion y mi herencia en la eternidad? Y estas otras pala»bras del apóstol: Señor, ¿qué quereis que haga?.... Nues»tro centro, decia, es la voluntad de Dios; Dios quiere »que haga esto ahora, Dios quiere esto de mí, ¿qué mas »necesito? Mientras ejecuto esta accion, no estoy obligado »á hacer otra.»

Así no esperimentaba ese ardor que tienen algunos porque sus oraciones sean oidas segun sus deseos. «Eso »es, decia, querer acomodar la voluntad de Dios á la nues»tra, en tanto que, por el contrario, debemos someter nues»tra voluntad al beneplácito de Dios.» Aprobaba menos aún esas lamentaciones que hacian algunas veces en su presencia sobre las calamidades públicas. «Dejemos todo »eso, decia, á la Providencia, Dios sabe mejor que noso»tros lo que nos conviene; y si observamos sus manda»mientos todo se convertirá en bien nuestro (1). Es pre»ciso, añadia, tener una contínua é inviolable igualdad de »corazon en medio de la desigualdad de los acontecimien»tos; y aunque todas las cosas se cambien á nuestro alre»dedor, debemos permanecer constantemente inmóviles, »con la mirada fija solo en Dios. Que todo se trastorne ar-

(1) Dep. de Bonard.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»riba y abajo, no digo solamente á nuestro alrededor sino »dentro de nosotros mismos; que nuestra alma esté triste »ó alegre, en dulzura ó en amargura, en paz ó en turba- »cion, en claridad ó en tinieblas, en tentacion ó en repo- »so, gustosa ó disgustada; que el sol la abrase ó el rocío »la refresque, es preciso que siempre nuestra voluntad »mire al beneplácito de Dios, su único y soberano juez. »Cualquiera que sea la situacion en que Dios nos coloque, »todo nos debe ser igual. Tal es el blanco de la perfeccion »que debemos proponernos, y el que mas se aproxime á él, »ese se llevará el premio.» (1)

«Permaneced, decia á sus amadas hijas de la Visita- »cion (2), invariablemente fieles á la práctica de mante- »neros, por medio de un entero abandono de vosotras mis- »mas, en los brazos de la voluntad de Dios; y cada vez »que encontreis vuestro espíritu fuera de esta grata man- »sion, atraedle dulcemente á ella, haciendo una simple »entrega de vuestro corazon en el seno paternal de la di- »vina Bondad. Continuad allí sin apartaros para mirar lo »que haceis, lo que hareis ó lo que os sucederá. Si veis »nacer en vos alguna inquietud ó deseo, despojaos pronta- »mente de él, y entregadlo todo en manos de Dios con »dulzura y paciencia, aceptando en todo y por todo la »santísima voluntad de Dios, y protestando no querer mas »que á él y el cumplimiento de su beneplácito..... Hace »mucho tiempo que esperimento una suavidad singular »cuando oigo cantar estas palabras: *Desnudo salí del seno »de mi madre, y desnudo volveré á él. El Señor me lo ha »dado, el Señor me lo ha quitado; que su santo nombre sea »bendito;* ó cuando considero al Salvador naciendo desnu- »do en el pesebre y muriendo desnudo sobre la cruz, para »enseñarnos á no asirnos á nada en este mundo, á entre- »gar toda nuestra alma, nuestras acciones y sucesos al be- »neplácito de su Padre, abandonándonos con un amor de

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. III, sec. XLI.
(2) El P. La Riviere, p. 346.

»perfecta confianza, á merced del amor eterno que la di- »vina Providencia tiene por nosotros. Mantened vuestras »almas firmes en estos sentimientos, mis amadas hijas, »sin permitir que se entretengan en mirar á su alrededor »para ver si están satisfechos..... Escuchad é imitad al »Redentor, que canta el cántico de su amor sobre el árbol »de la cruz: *Padre mio, en tus manos encomiendo mi espí- »ritu.* Despues de dicho esto, ¿qué resta hacer, sino espi- »rar y morir de muerte de amor, para no vivir mas á nos- »otros mismos y dejar á Jesucristo vivir en nosotros? »Feliz el alma que se abandona así enteramente! En cual- »quier acontecimiento que se encuentre, pronunciará de »todo corazon el santo acto de aceptacion del Salvador: »*Sí, Padre mio, puesto que así lo quereis*, que se haga en »mí y de mí lo que agrade á vuestro corazon, por el cual »deseo vivir y morir como le plazca, sin reserva ni escep- »cion alguna. ¡Oh, viva Jesus, que ha muerto por nuestro »corazon, y que para siempre nuestro corazon muera en el »amor de este dulce Salvador!» Así exhortaba el santo prelado á sus hijas á unir su voluntad por la mañana á la de Dios, y á renovar frecuentemente durante el dia esta santa union con una mirada interior sobre la divina bon- dad, diciéndole en el fondo del corazon, dulce, pacífica y suavemente, mas bien que por modo de aspiraciones: «Sí, »Señor, lo quiero como vos lo quereis; sí Padre mio, sí, »siempre sí!»

Cuando asistia á un moribundo, nada le recomendaba tanto como el abandono de su propia voluntad en la de Dios «¡Oh Dios! le hacia decir, que vuestra voluntad se »haga y no la mia: que sea de mí, ó Padre celestial, lo »que tengais á bien;» dando por razon, que morir en el seno de la divina voluntad es dormirse, como San Juan, en el seno de Jesucristo, y que Dios no puede dejar que se pierda un alma que muere en la union de su voluntad con la divina (1).

(1) Carta DCCLXXXIV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El noveno libro de su *Tratado del amor de Dios*, no es otra cosa que la descripcion de un alma perfectamente unida á este divino beneplácito, comprendiéndose al leerlo que su pluma no hace mas que copiar lo que dicta su corazon. «¡Oh Dios! esclama, que vuestra voluntad se cumpla, no solo en la ejecucion de vuestros mandamientos, consejos é inspiraciones, á los cuales debemos obedecer, sino tambien en el sufrimiento de las aflicciones que nos sobrevienen; que vuestra voluntad haga por nosotros, para nosotros, en nosotros y de nosotros todo lo que le agrade.... (1) El corazon verdaderamente amante, continua, ama el beneplácito divino, no solo en los consuelos sino tambien en las aflicciones, y le ama mas todavía en las cruces, en las penas y en los trabajos, porque la virtud principal del amor es hacer sufrir al amante con el objeto amado..... (2) ¿Y cómo no se sobrellevarán amorosamente las adversidades, procediendo, como proceden, de la misma mano del Señor, tan amable cuando distribuye las aflicciones como cuando da el consuelo?» (3) En este mismo libro noveno es donde, despues de haber mostrado los trabajos de la vida, las aflicciones y la misma muerte, convertidos por la dulce misericordia de Dios en escalones para subir al cielo..... en medios para crecer en la gracia, en méritos para obtener nuevos grados de gloria, en espiacion para borrar nuestros pecados, de tal suerte impregnados y aromatizados con la suavidad de la divina clemencia, que su amargura es muy amable, esclama: «Abramos, pues, los brazos de nuestra voluntad; abracemos la cruz muy amorosamente, uniéndonos á la voluntad santísima de Dios, cantándole el himno de eterna conformidad: Que vuestra voluntad se haga en la tierra como en el cielo..... Sin duda las penas en sí mismas no pueden ser amadas; pero miradas como enviadas por

(1) Lib. IX, cap. 1.
(2) Cap. II.
(3) Cap. IV.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VII, sec. XVI y XVII.

la voluntad divina, son infinitamente amables, son de purísimo oro, y mas preciosas de lo que se puede decir..... Que nuestra voluntad esté, pues, indiferente á todo lo que Dios quiere, y que se coloque en sus manos como una bola de cera dispuesta á sufrir todas las impresiones que sean de su agrado, sin eleccion, sin preferencia de ninguna cosa, y sin mas amor que el de la voluntad divina; amando, no las cosas que Dios quiere, sino la voluntad de Dios que las quiere, dejándose conducir por esta divina voluntad como por un suavísimo lazo, y yendo con gozo á todas partes donde quiera el beneplácito divino, hasta preferir, si fuera posible, el infierno con la voluntad de Dios, al cielo sin esta divina voluntad..... Indiferencia es esta, añade, que se estiende á todo; á las cosas naturales, como la salud ó la enfermedad, la belleza ó la fealdad, la fuerza ó la debilidad; á las cosas de la vida civil, como los honores, los rangos, las riquezas; á las de la vida espiritual, como las sequedades ó consolaciones, los gustos ó arideces; en fin, á todos los acontecimientos, y á la accion lo mismo que al sufrimiento. ¡Oh! qué felices son estas almas animosas y fuertes en proseguir las empresas que Dios inspira, no menos prontas á dejarlas cuando Dios así lo quiere, y siempre tan dulces en los reveses como en las dichas.»

Gracias á esta conformidad tan perfecta con la voluntad de Dios, las mayores aflicciones encontraban al santo Obispo casi inalterable; las cruces mismas le eran muy amables; las cosas mas amargas le parecian muy dulces, recibiendo todas las contradicciones, no solo sin melancolía, abatimiento ni tristeza, sino con gozo y contento. Así podia escribir á la santa Madre Chantal, con motivo de una afliccion sensible que habia esperimentado: «¡Oh, qué cosa tan buena es no vivir mas que en Dios! Por esto esperimento en mi pena una dulzura cien veces mas suave que de ordinario.»

En fin, su abandono en el benéplacito de Dios se elevaba hasta tan alto grado de perfeccion, que se sentia dis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puesto á sufrir con una entera tranquilidad de alma los suplicios y la misma muerte, si Dios permitia que fuera injustamente condenado; y esta condenacion no ofrecia á su pensamiento mas que un punto de vista que le causase pena, y era el escándalo que resultaria si le creian culpable.

No se debe suponer, sin embargo, que esta conformidad con la voluntad divina llegaba al punto de hacerle insensible; su tierno corazon sentia vivamente la pena, pero se sometia á ella. «Lloro tambien en semejantes ocasiones, escribia á una persona afligida con la muerte de »uno de su familia; pero, alabado sea Dios, lo hago siempre con tranquilidad, y con un sentimiento de amorosa »direccion hácia la providencia de Dios; porque desde »que Nuestro Señor ha amado la muerte y nos la ha dado »como objeto de nuestro amor, no puedo querer mal á la »muerte porque me arrebata á mis hermanos ó alguna »otra persona, con tal que mueran en el amor de la muerte sagrada del Salvador.» (1)

Al santo Obispo le parecia bien que en la muerte de los suyos se concediera alguna cosa á la sensibilidad natural, pero con la condicion de que no se disminuyera en nada la conformidad con la voluntad de Dios. «Me guardo de de»ciros que no lloreis, escribia á una persona que habia »perdido una hermana muy querida (2), porque es justo que »lloreis en testimonio del sincero afecto que la teneis, á »ejemplo de nuestro querido Maestro, que lloró sobre su »amigo Lázaro. Pero no lloreis mucho, como hacen los »que, del todo entregados á esta miserable vida, no se »acuerdan de que caminamos á la eternidad, donde, si »vivimos bien en este mundo, nos reuniremos un dia »con los que hemos perdido para no separarnos de ellos »jamás. No podemos impedir á nuestro pobre corazon que »sienta la pérdida de los que eran en este mundo nues-

(1) Carta DCCCXXXVIII.
(2) Carta DCCLX.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVIII, sec. LIII.

»troos amables compañeros; pero no debemos tampoco »faltar á la solemne resolucion que hemos hecho de tener »nuestra voluntad inseparablemente unida á la de Dios, ni »cesar de decir á la divina Providencia: Sí, yo os bendigo »por todo lo que os agrade hacer (1). Esa imaginaria in»sensibilidad de los que no quieren que se sienta, me ha »parecido siempre una quimera; pero tambien, despues »de haber pagado el tributo á la parte inferior de nuestra »alma, es preciso rendir el deber á la superior, donde »reside como en su trono el espíritu de fe, que debe con»solarnos en nuestras aflicciones, y por nuestras mismas »aflicciones. Bienaventurados los que se alegran de ser »afligidos, y convierten la acibar en miel.» (2)

CAPITULO VII.

Su religion (3).

La religion es una virtud que, procediendo de un vivo sentimiento de las grandezas divinas, nos inclina á respetar profundamente á Dios y todas las cosas ó personas sagradas, por Dios. Animado de este espíritu, San Francisco de Sales no pronunciaba nunca el nombre de Dios ó el de Jesucristo sino con una profunda veneracion; y reprendia á los que, hablando ó escribiendo, mezclaban en sus discursos estos nombres sagrados como palabras indiferentes, ó por juego y sin razon suficiente. «No se debe »nunca, decia, hablar de Dios ó de las cosas que pertene»cen á la religion de cualquier modo, sino siempre con »gran respeto, estimacion y afecto.» (4)

Un dia le preguntaron qué era Dios. «Es, contestó,

(1) Carta CLXXX.
(2) Carta DCCX.
(3) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 38.
(4) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XII, sec. X.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

puesto á sufrir con una entera tranquilidad de alma los suplicios y la misma muerte, si Dios permitia que fuera injustamente condenado; y esta condenacion no ofrecia á su pensamiento mas que un punto de vista que le causase pena, y era el escándalo que resultaria si le creian culpable.

No se debe suponer, sin embargo, que esta conformidad con la voluntad divina llegaba al punto de hacerle insensible; su tierno corazon sentia vivamente la pena, pero se sometia á ella. «Lloro tambien en semejantes ocasiones, escribia á una persona afligida con la muerte de »uno de su familia; pero, alabado sea Dios, lo hago siempre con tranquilidad, y con un sentimiento de amorosa »direccion hácia la providencia de Dios; porque desde »que Nuestro Señor ha amado la muerte y nos la ha dado »como objeto de nuestro amor, no puedo querer mal á la »muerte porque me arrebata á mis hermanos ó alguna »otra persona, con tal que mueran en el amor de la muerte sagrada del Salvador.» (1)

Al santo Obispo le parecia bien que en la muerte de los suyos se concediera alguna cosa á la sensibilidad natural, pero con la condicion de que no se disminuyera en nada la conformidad con la voluntad de Dios. «Me guardo de de»ciros que no lloreis, escribia á una persona que habia »perdido una hermana muy querida (2), porque es justo que »lloreis en testimonio del sincero afecto que la teneis, á »ejemplo de nuestro querido Maestro, que lloró sobre su »amigo Lázaro. Pero no lloreis mucho, como hacen los »que, del todo entregados á esta miserable vida, no se »acuerdan de que caminamos á la eternidad, donde, si »vivimos bien en este mundo, nos reuniremos un dia »con los que hemos perdido para no separarnos de ellos »jamás. No podemos impedir á nuestro pobre corazon que »sienta la pérdida de los que eran en este mundo nues-

(1) Carta DCCCXXXVIII.
(2) Carta DCCLX.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVIII, sec. LIII.

»troos amables compañeros; pero no debemos tampoco »faltar á la solemne resolucion que hemos hecho de tener »nuestra voluntad inseparablemente unida á la de Dios, ni »cesar de decir á la divina Providencia: Sí, yo os bendigo »por todo lo que os agrade hacer (1). Esa imaginaria in»sensibilidad de los que no quieren que se sienta, me ha »parecido siempre una quimera; pero tambien, despues »de haber pagado el tributo á la parte inferior de nuestra »alma, es preciso rendir el deber á la superior, donde »reside como en su trono el espíritu de fe, que debe con»solarnos en nuestras aflicciones, y por nuestras mismas »aflicciones. Bienaventurados los que se alegran de ser »afligidos, y convierten la acibar en miel.» (2)

CAPITULO VII.

Su religion (3).

La religion es una virtud que, procediendo de un vivo sentimiento de las grandezas divinas, nos inclina á respetar profundamente á Dios y todas las cosas ó personas sagradas, por Dios. Animado de este espíritu, San Francisco de Sales no pronunciaba nunca el nombre de Dios ó el de Jesucristo sino con una profunda veneracion; y reprendia á los que, hablando ó escribiendo, mezclaban en sus discursos estos nombres sagrados como palabras indiferentes, ó por juego y sin razon suficiente. «No se debe »nunca, decia, hablar de Dios ó de las cosas que pertene»cen á la religion de cualquier modo, sino siempre con »gran respeto, estimacion y afecto.» (4)

Un dia le preguntaron qué era Dios. «Es, contestó,

(1) Carta CLXXX.
(2) Carta DCCX.
(3) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 38.
(4) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XII, sec. X.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»un espíritu infinitamente superior á toda inteligencia, »que está en todas partes sin que se le vea en ninguna, »como el alma está en el cuerpo sin ser vista.» Y diciendo esto, añadió con un tono grave y conmovido: «No preten- »do deciros lo que es Dios, sino solo haceros entender »que no sabré decirlo, y que soy un verdadero nada ante »esa inmensa bondad que adoro profundamente.» (1) Por eso, una de sus máximas era que se debia siempre hablar de Dios como Dios, es decir, con un soberano respeto, que no obstante no debe nunca degenerar en afectacion. Es- tando estudiando en París, siendo muy joven aún, refiere de sí mismo (2): «Sentí un fervor y un gran deseo de ser »santo y perfecto. Empecé á imaginar que para eso era »necesario llevar la cabeza inclinada cuando rezaba las »Horas, porque otro estudiante que era verdaderamente »un santo lo hacia; lo hice cuidadosamente algun tiempo, »y no por eso fuí mas santo.» Instruido con esta experien- cia se mantenia siempre y en todas partes, tanto solo como acompañado, en una actitud digna y modesta, tan senci- lla como respetuosa, por reverencia á la presencia de Dios; lo que le hacia decir que estaba á su gusto y sin violencia delante de los príncipes y reyes, porque estaba acostumbrado á estar en presencia de una majestad mas alta, que le mantenia en todas partes con respeto (3). Por el mismo principio, no hablaba de la accion de Dios en el universo sino con un lenguaje que manifestaba la vene- racion profunda de que estaba penetrado, hasta el punto de que no se le oyó nunca decir: «hace demasiado calor, hace demasiado frio,» ú otras palabras semejantes; repren- diendo á los que se permitian estas reflexiones, porque le parecian una desaprobacion del gobierno de la Providen- cia (4).

(1) El P. la Riviere, p. 410.
(2) Juan de S. Francisco, p. 494.
(3) Manuscrito de la Madre Fichet.
(4) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 28.—El P. la Riviere, p. 416.

Cuando estaba en la iglesia ó hacia alguna oracion, sus ojos modestamente bajos, su aspecto profundamente religioso y el resplandor de su rostro, sobre el cual la vi- veza de su fe y de su amor hacian reflejar como una luz divina, le revelaban á todas las miradas, mas como un ángel que como un hombre mortal. En la oracion se le veia humillado y como aniquilado ante la inmensa majestad de Dios. Rezaba el Breviario casi siempre de rodillas, otras ve- ces de pie, paseándose tranquilamente (1), mas nunca sen- tado, por cansado ó debilitado que estuviera por los traba- jos ó las enfermedades. Su piedad le hacia complacerse en decir el Oficio con el cabildo, no faltando nunca á él á no estar legítimamente impedido. «Estaba allí en su silla, dice »un autor contemporáneo (2), como una estatua en un ni- »cho, sin moverse, sin inquietarse, sin apresurarse, sin »mirar á un lado ni á otro, sin ocuparse de otra cosa mas »que de orar, trasportando dulcemente su corazon de un »versículo á otro, gustando y saboreando á su placer la »miel de las mas delicadas suavidades que el Espíritu Santo »allí destilaba; y como tenia la voz bastante fuerte, can- »taba las alabanzas del Criador con un tono melodioso, »que inspiraba en el alma de las personas que estaban »presentes los mas vivos sentimientos de piedad. Cuando »no podia cantar el Oficio con el cabildo, no por eso deja- »ba de ir á la iglesia á otra hora, en cuanto era posible, »para llenar mas dignamente el gran ministerio de la »oracion pública; y si no podia ir á decir el Breviario á »la iglesia, escogia para rezarlo un lugar donde no pudie- »se ser distraido. Pero en cualquier parte que orase, era »siempre con una actitud de perfecto respeto, de devocion »y de humildad, sin volver los ojos ó la cabeza (3); lo que »permitió decir á uno de sus amigos: Con frecuencia es- »toy tan agobiado de negocios, que no sé de qué lado vol-

(1) Juan de San Francisco, p. 170.
(2) El P. la Riviere, p. 117.
(3) Dep. de Angélica la Pesse, de Marrignier y de Passis.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»verme, ni por donde empezar, á pesar de eso, no me »importunan nada en el oficio, ni tengo nunca en él dis- »traccion. Me imagino entonces que estoy en el cielo, y »que canto las alabanzas de nuestro Criador con los án- »geles; luego, al salir del coro, encuentro que estos gran- »des negocios que me daban tanta inquietud, son despa- »pachados en un instante; y es nuestro Señor el que lo »hace.»

Ni aun la señal de la cruz dejaba el santo prelado de hacer con respeto; y recomendaba á todos que hicieran lo mismo, censurando mucho á los que lo hacian ligera- mente y sin atencion; y hasta habia imaginado las mas graciosas comparaciones para escitar la piedad de los fie- les en este acto religioso. «Mirad vuestro corazon, les »decia, como un jardin donde plantais el árbol sagrado de »la cruz; ó si quereis mejor, consideradlo como una forta- »leza donde enarbolais el estandarte del gran rey, que »no debeis rendir sino á aquel de quien es el estandar- »te, ó como un gabinete que cerrais con la llave de la »cruz, y que no debeis abrir sino á quien pertenece la »llave.» (1)

Pero sobre todo en el altar y en las diversas funciones del servicio divino, era donde la religion del santo Obis- po aparecia mas maravillosa. Hacia todas las ceremonias con tanto recogimiento, con tanta dulzura y serenidad, con tanta gravedad y decoro, que no se le podia mirar, sin admirar el respeto profundamente religioso en que estaba abismada su alma delante de Dios (2). En las procesiones á que asistia, su modestia angélica impresionaba á los es- pectadores y les inspiraba la piedad. Cuando ofrecia el santo Sacrificio era tanta su atencion que, segun la con- fianza que hizo á la santa Madre Chantal, no esperimen- taba ninguna distraccion; é imágen fiel de Jesucristo, su- premo sacrificador, tenia tanta majestad como sacerdote y

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 28.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec. XIX.

tanta humildad como víctima, que era un espectáculo en- cantador verle en el altar. Conservaba los ojos modesta- mente bajos, pronunciaba las palabras con voz dulce, gra- ve y reposada, sin apresurarse nunca, por mucho que tu- viera que hacer; procuraba escrupulosamente no faltar á la menor ceremonia (1), y aun hizo advertir á un ilustre prelado que omitia una de poca importancia: «Porque, »dice, en un ministerio tan elevado, es necesario sujetarse »á todo lo que está prescrito.» Admirable en todo, la re- ligion que le penetraba se manifestaba mas aún en los mo- mentos solemnes de la consagracion y comunion, en los que parecia como todo trasformado en Dios, retratándose en su rostro un candor tan pacífico, que no habia nadie que no se sintiese movido; quedando algunos tan penetra- dos de veneracion por haberle visto comulgar, que perma- neció vivo este sentimiento en el fondo de su alma hasta la muerte. «Le he visto varias veces, dice un testigo del »proceso de su canonizacion (2), ofrecer el santo Sacrificio »con tanta religion, que en medio de mi admiracion, no »podia ocuparme en otra cosa mas que en verle y en oir- »le.» «Le contemplaba entonces, dice otro testigo (3), »como un hombre completamenle estraordinario; y su de- »votísimo y modesto continente inspiraba piedad aun á los »mas indevotos.»

El sentimiento de la religion estaba tan vivo en él, que se confesaba todos los dias antes de subir al altar (4); y no menos celoso por el decoro esterior que por la pureza interior, no podia tolerar la menor irreverencia en el lu- gar santo. Las reprendia, unas veces en el instante mismo con una señal que imponia silencio ó que ordenaba un continente mas modesto, otras con un aviso paternal dado en la sacristía ó fuera de la iglesia, y algunas veces aun

(1) Dep. de la Madre Chantal, art. 33, p. 118.
(2) Dep. de Dumond.
(3) Dep. de Moccand.
(4) Dep. del canónigo Gard y de Favre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en público, si la falta era pública; pues su dulzura no podia callarse ante la ofensa de Dios. Predicando un dia en París en la iglesia de los Mínimos y terminado el exordio, se apercibió de que el Santísimo Sacramento estaba aún espuesto. Se calló y permaneció de pié en un profundo recogimiento, hasta que trascurrido algun tiempo sin que nadie adivinase la causa de su silencio: «¡Oh! por favor, »esclamó, si quieren que predique sentado y me cubra, »que mi Señor se cubra antes que yo.» Dijo esto con un tono tan piadoso que algunos se conmovieron hasta derramar lágrimas, y todos quedaron edificados (1).

La religion del santo Obispo no se limitaba solo á Dios, sino que se estendia aun á todas las cosas ó personas que tienen un carácter sagrado. Por esto veneraba profundamente la sagrada Escritura, y ponia en el número de las gracias mas preciosas que habia recibido del cielo, un conocimiento particular de ella (2). Veneraba igualmente la palabra de Dios predicada, y consideraba como una de las señales mas ciertas de predestinacion tener deseo de oirla para hacerse mejor. Por eso asistia á los sermones cuanto podia, sin dispensarse de ello nunca sino por causa grave, diciendo que no habia en ello nada de bueno en él, sino que le gustaba mucho oir la palabra divina. Se mantenia durante la predicacion muy atento, con la vista fija en el predicador, sin volver la cabeza ni dejarse vencer del sueño (3); y acostumbraba decir que nunca oia un sermon sin aprender alguna cosa que no sabia (4). Despues del sermon no consentia que censurasen la palabra de Dios, y decia que se debia honrar bajo cualquier forma que fuese presentada; lo que no impedia que en ocasiones oportunas diera á los predicadores consejos, animándolos al mismo tiempo. «Poco importa, decia, que el agua de una fuente

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 2 de abril.
(2) Dep. de la santa Madre Chantal, p. 28.
(3) Juan de San Francisco, p. 189.
(4) Dep. de Miguel Favre.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IX, seccion XIV; p. XV, sec. XXIX.

»pase por un conducto de madera, de hierro ó de plomo, »con tal que el jardin esté bien regado. Igualmente impor- »tan poco las cualidades del predicador que riega, con tal »que nuestras almas sean empapadas de la divina palabra, »como de un rocío celestial que hace germinar al Salva- »dor en el jardin de nuestros corazones.»

Despues de la palabra de Dios, los religiosos eran el objeto de su tierna veneracion, estimándolos como la parte mas amada de su rebaño, la gloria de la Iglesia y lo mas escogido de las almas perfectas. Se complacia en hablar con ellos de Dios y de las cosas celestiales, y tenia por principio respetar todos los privilegios que el Papa les concedia. Los Barnabitas y los Fuldenses, los Mínimos, los Capuchinos y los Cartujos le dieron cartas de hermandad con las cuales estaba admitido á participar de sus méritos, con lo cual se consideró muy feliz, y recibió este testimonio de afecto con gozo y reconocimiento. Habiendo querido un religioso llamarle su padre no lo consintió, y quiso que le llamara su hermano. Edificó hasta diez monasterios durante su episcopado, é hizo á todos los religiosos los servicios que estaban á su alcance. Evitaba caritativamente las demostraciones de interés que hubieran podido aparecer parcialidad, pero estimaba mas á los que se hacian mas útiles. Distinguia especialmente á los religiosos de la Compañía de Jesus; y cuando supo que Enrique IV los habia llamado á Francia, se apresuró á manifestar su gozo á su amigo Deshayes. «Me ha causado es- »tremada alegría, le escribe, el feliz resultado del negocio »de los Padres Jesuitas.» (1)

Este respeto á los religiosos en nada perjudicaba al que debia á los sacerdotes. Los trataba como á hermanos é iguales, sin que se dejase notar hácia ellos el menor aire de superioridad ó grandeza (2); no consentia que estuvieran delante de él con la cabeza descubierta; y cuando

(1) Dep. de Moccard, de Marrignier, etc.
(2) Dep. de la santa Madre Chantal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se sentaba, los hacia tambien sentar. Exigia á todos los de su casa que les tuvieran un particular respeto (1), y no permitia que ningun sacerdote, ni aun sus capellanes, le hicieran los servicios que son atribucion de los criados. «Observo, decia, que se mira en los sacerdotes su condi»cion ó procedencia temporal, y esto me aflije, porque no »se debe ver en ellos mas que su caracter digno del res»peto de los ángeles.» Habiéndole una persona hablado de un eclesiástico con la denominacion de «el curita,» la reprendió fuertemente por este modo de hablar, como poco respetuoso al caracter sacerdotal. Sobre todo no es posible decir el aprecio que hacia de los buenos párrocos: se le vió, estando para partir de Annecy para un viaje, retrasar su partida para ir á visitar á treinta y seis kilómetros de la ciudad á uno de sus curas, que le acababan de decir estaba enfermo (2); y cuando la muerte le arrebataba á alguno, la pena que sentia con esta pérdida revelaba en él el afecto del padre mas amante (3). En cuanto á los Cardenales, Obispos y demás dignatarios de la Iglesia, los tenia á todos en singular veneracion por razon de su caracter, no hablando de ellos sino con gran respeto, y tributándoles todos los honores correspondientes á su dignidad (4); y si viajaba por sus diócesis, los obedecia como el mas humilde de sus diocesanos. Estando un dia dando en la Visitacion de Bourges una conferencia espiritual, fueron á avisarle que el Arzobispo preguntaba por él. Interrumpió al punto su discurso y partió para el palacio arzobispal; y como las hermanas le manifestaran que hubiera podido diferirlo un cuarto de hora y terminar su exhortacion: «No, mis amadas hijas, les contestó, estoy en »la tierra de otro, y es preciso que obedezca.» (5) Al mismo tiempo nada igualaba á su piedad para con el Sumo

(1) Dep. de Vautier.
(2) Idem.
(3) Dep. de Moccand.
(4) Dep. del Abad de Mouxi.
(5) *Año Santo de la Visitacion*, 26 de setiembre.

Pontífice, en quien veneraba al Vicario de Jesucristo, á otro San Pedro, revestido de la plenitud del poder apostólico. Tomaba sus consejos ó sus órdenes para los negocios graves, no salia de Saboya sin su permiso, y por obediencia al juramento que prestan los Obispos el dia de su consagracion, le enviaba exactamente, cada cinco años, noticia del estado de su diócesis.

¡Cosa notable! su religion le inspiraba una deferencia particular aun hácia las personas casadas, por respeto al sacramento del matrimonio que habian recibido. Habiendo ido á Annecy un comerciante de París amigo suyo, quiso hospedarle en su casa; y todas las noches, despues de cenar, le acompañaba á su cuarto. Habiéndole rogado varias veces con instancia este hombre, confuso con tanto honor, que se abstuviera de ello: «Señor, le dijo el santo »Obispo, ¿sois casado?—No, monseñor, nunca lo he sido.— »Está bien, replicó, entonces, puesto que somos los dos »iguales, en adelante obraré mas familiarmente con vos;» sabiéndose luego que el respeto que tenia al sacramento del matrimonio le habia hecho tratar así á este estranjero (1).

CAPITULO VIII.

Su devocion á Jesucristo y á los santos.

«¡Viva Jesus á quien yo amo!» Este era como el grito contínuo de su corazon, herido en lo mas íntimo por el amor del Salvador de los hombres. Tenia con frecuencia estas palabras en la boca, y su pluma se complacia en escribirlas en sus cartas. «Sí, decia, es preciso buenamente »trasportar nuestros corazones en el de este rey inmortal »de los siglos, y no vivir mas que para él. ¡Oh! ¡cómo de»seo morir por el amor de mi Salvador!» En el ejercicio do las virtudes se representaba siempre á Jesucristo, y se

(1) El P. la Riviere, p. 551 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se sentaba, los hacia tambien sentar. Exigia á todos los de su casa que les tuvieran un particular respeto (1), y no permitia que ningun sacerdote, ni aun sus capellanes, le hicieran los servicios que son atribucion de los criados. «Observo, decia, que se mira en los sacerdotes su condi»cion ó procedencia temporal, y esto me aflije, porque no »se debe ver en ellos mas que su caracter digno del res»peto de los ángeles.» Habiéndole una persona hablado de un eclesiástico con la denominacion de «el curita,» la reprendió fuertemente por este modo de hablar, como poco respetuoso al caracter sacerdotal. Sobre todo no es posible decir el aprecio que hacia de los buenos párrocos: se le vió, estando para partir de Annecy para un viaje, retrasar su partida para ir á visitar á treinta y seis kilómetros de la ciudad á uno de sus curas, que le acababan de decir estaba enfermo (2); y cuando la muerte le arrebataba á alguno, la pena que sentia con esta pérdida revelaba en él el afecto del padre mas amante (3). En cuanto á los Cardenales, Obispos y demás dignatarios de la Iglesia, los tenia á todos en singular veneracion por razon de su caracter, no hablando de ellos sino con gran respeto, y tributándoles todos los honores correspondientes á su dignidad (4); y si viajaba por sus diócesis, los obedecia como el mas humilde de sus diocesanos. Estando un dia dando en la Visitacion de Bourges una conferencia espiritual, fueron á avisarle que el Arzobispo preguntaba por él. Interrumpió al punto su discurso y partió para el palacio arzobispal; y como las hermanas le manifestaran que hubiera podido diferirlo un cuarto de hora y terminar su exhortacion: «No, mis amadas hijas, les contestó, estoy en »la tierra de otro, y es preciso que obedezca.» (5) Al mismo tiempo nada igualaba á su piedad para con el Sumo

(1) Dep. de Vautier.
(2) Idem.
(3) Dep. de Moccand.
(4) Dep. del Abad de Mouxi.
(5) *Año Santo de la Visitacion*, 26 de setiembre.

Pontífice, en quien veneraba al Vicario de Jesucristo, á otro San Pedro, revestido de la plenitud del poder apostólico. Tomaba sus consejos ó sus órdenes para los negocios graves, no salia de Saboya sin su permiso, y por obediencia al juramento que prestan los Obispos el dia de su consagracion, le enviaba exactamente, cada cinco años, noticia del estado de su diócesis.

¡Cosa notable! su religion le inspiraba una deferencia particular aun hácia las personas casadas, por respeto al sacramento del matrimonio que habian recibido. Habiendo ido á Annecy un comerciante de París amigo suyo, quiso hospedarle en su casa; y todas las noches, despues de cenar, le acompañaba á su cuarto. Habiéndole rogado varias veces con instancia este hombre, confuso con tanto honor, que se abstuviera de ello: «Señor, le dijo el santo »Obispo, ¿sois casado?—No, monseñor, nunca lo he sido.— »Está bien, replicó, entonces, puesto que somos los dos »iguales, en adelante obraré mas familiarmente con vos;» sabiéndose luego que el respeto que tenia al sacramento del matrimonio le habia hecho tratar así á este estranjero (1).

CAPITULO VIII.

Su devocion á Jesucristo y á los santos.

«¡Viva Jesus á quien yo amo!» Este era como el grito contínuo de su corazon, herido en lo mas íntimo por el amor del Salvador de los hombres. Tenia con frecuencia estas palabras en la boca, y su pluma se complacia en escribirlas en sus cartas. «Sí, decia, es preciso buenamente »trasportar nuestros corazones en el de este rey inmortal »de los siglos, y no vivir mas que para él. ¡Oh! ¡cómo de»seo morir por el amor de mi Salvador!» En el ejercicio do las virtudes se representaba siempre á Jesucristo, y se

(1) El P. la Riviere, p. 551 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

animaba á hacer, decir y pensar todo como él. «Sigamos »é imitemos en todo á Jesus nuestro maestro, decia á sus »amadas hijas de la Visitacion (1). Si es necesario orar, »dar limosna, consolar á los afligidos, permanecer en so»ledad, trabajar, sufrir, representémonos cómo ha hecho »nuestro Señor todo eso, diciéndole por medio de una sim»ple mirada: Sí, Señor, quiero hacerlo todo como vos, y »unido á vos.» Consecuente con estos principios, cuando conferia las órdenes, se representaba á Jesucristo consagrando á sus primeros sacerdotes los apóstoles; cuando iba á consolar á los enfermos, le contemplaba visitando á la suegra de San Pedro y á la hija del príncipe de la Sinagoga; cuando recibia visitas, se le representaba acogiendo con bondad á los que querian hablarle; cuando asistia á algun convite, se le figuraba en la bodas de Caná; cuando estaba solo, le contemplaba en el desierto; cuando le perseguian, se le proponia huyendo á Egipto; en su trato con sus padres, se acordaba del modo con que se condujo con María y José; estando consolado, le adoraba en el Tabor; estando apenado ó en sequedad, se unia á sus dolores en el huerto de las Olivas ó en el Calvario; cualquier cosa, en fin, que fuera lo que le ocurriese ó lo que tuviese que hacer, Jesucristo era siempre su pensamiento dominante, y el divino modelo al cual procuraba acomodarse.

Se escitaba sobre todo á amarle cada vez mas con el recuerdo de sus misterios, que tenia continuamente presentes en su mente y en su corazon, como el objeto mas amado de su devocion (2). Los dias en que la Iglesia los venera le eran preciosos, y escitaban la efusion de su piedad: oficiaba en ellos pontificalmente con una humilde majestad y gran recogimiento, y se esforzaba en atraer hácia sí las gracias y las virtudes del misterio que celebraba.

En las santas fiestas de Navidad, el misterio del pe-

(1) El P. la Riviere, p. 346 y 348.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XIII, s. IV, V y VI.

sebre le penetraba de los mas piadosos sentimientos. «El »gran recien nacido de Belén, decia, sea para siempre »las delicias y el amor de nuestro corazon. ¡Ah, cuán her»moso es! Quiero cien veces mas ver á este pequeño Niño »en el pesebre, que á todos los reyes en su trono. ¡Dios »mio, cuántos santos afectos hace nacer este misterio en »nuestros corazones, sobre todo de renunciacion de los »bienes, honores y placeres de este mundo! No encuentro »misterio que mezcle mas suavemente la ternura con la »austeridad, el amor con el rigor, la dulzura con la seve»ridad. Santa Paula queria mejor vivir pobre en Belén »que rica en Roma; y lo comprendo: porque allí le pare»cia estar oyendo dia y noche al querido niño de Belén, »que la impulsaba al desprecio de la grandezas del mun»do y le inspiraba el amor á la abyeccion. ¿Qué es lo »que, en efecto, nos dice el Salvador en su silencio? Su »corazon inflamado de amor deberia inflamar el nues»tro..... Vuestro nombre, dice á una religiosa (1), está »escrito en el fondo de este divino Corazon, que palpita »sobre la paja por el ardiente deseo que tiene de vuestro »adelantamiento; no exhaló un solo suspiro en el que no »tengais parte..... Permaneced á los pies de este Salvador, »diciendo con la esposa de los Cantares: He encontrado al »que ama mi alma; le tengo y no le dejaré..... El Niño del »pesebre no dice palabra, y su corazon lleno de fervor »por los nuestros, no se manifiesta sino con quejas, lágri»mas y dulces miradas (2); pero ¡qué grandes cosas no me »dice este silencio! Me enseña á hacer la verdadera ora»cion mental; me enseña el fervor amoroso de un corazon »lleno de santos pensamientos, de santos afectos, y que »teme perder la suavidad de ellos si los pronuncia.»

Así hablaba el santo prelado del misterio de Navidad; pero no es menos tierno cuando habla del nombre de Jesus. «No tengo tiempo (escribe el primer dia del año),

(1) Carta DCCCL.
(2) Carta DCCCLI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»mas que para escribiros la gran palabra de nuestra sal-
»vacion: Jesus. Pronunciad de lo íntimo del corazon este
»nombre sagrado; y él derramará en todas las potencias
»de vuestra alma un bálsamo delicioso. Qué felices se-
»ríamos si no tuviéramos en el entendimiento mas que á
»Jesus, en la memoria mas que á Jesus, en la voluntad
»mas que á Jesus, y en la imaginacion solo á Jesus. Pro-
»curemos pronunciarle con frecuencia lo mejor que poda-
»mos. Dígnese este divino Niño impregnar nuestros cora-
»zones en su sangre y perfumarlos con su santo nombre,
»para que los buenos deseos que hemos concebido sean
»todos impregnados y perfumados (1). Mi corazon ¡oh Dios
»mio! os llama, mi mirada os desea; suspiro por vuestro
»rostro: es decir, mantengamos fijos nuestros ojos en Je-
»sucristo por la consideracion, nuestra boca con la ala-
»banza, y que todo nuestro sér no aspire sino á serle
»agradable.» (2)

Su devocion á la pasion del Salvador aún sobrepasaba lo que acabamos de decir. Todos los años, la noche del jueves al viernes santo se unia á la procesion de los penitentes de la santa Cruz. Revestido del hábito de la Cofradía iba por las calles con los pies descalzos, considerándose como la víctima espiatoria que debia inmolarse por la salvacion del pueblo, y al regresar, para honrar los sufrimientos de Jesucristo, se aplicaba una disciplina (3). Gustaba contemplar la imagen del santo Sudario, donde estaba la señal del cuerpo y las llagas del Salvador; la tenia en su Breviario, en su cuarto y en su gabinete de estudio, en su capilla y oratorio, en su sala de recibo y en la galería; y cuando le preguntaban la causa del atractivo que sentia hácia esta imagen: «¡Ay! decia, es que »este es el retrato de los sufrimientos de Jesucristo traza-»do con su propia sangre, y nada hay que pueda alimen-

(1) Carta DCCCLVIII.
(2) Carta DCCCLIX.
(3) *Año Santo de la Visitacion*, 18 de marzo.—Dep. de Miguel Favre.

»tar tanto la piedad y el espíritu de fervor.» (1) Con frecuencia meditaba los diversos misterios de la Pasion, é invitaba á los demás á hacer lo mismo, alegando los innumerables é inmensos frutos que el alma recoge de esta meditacion. (2) «¡Oh Dios! esclamaba, si este divino Sal-»vador ha hecho tanto por nosotros, ¿qué no deberemos »nosotros hacer por él? Si ha dado su vida por nosotros, »¿por qué no hemos de consumir la nuestra en su servicio »y por su amor? ¡Oh, que para siempre el dia de su santí-»sima Pasion sea el dia amado de nuestro corazon! ¡Oh »amor, qué doloroso eres! ¡Oh dolor, cuán amoroso!» (3) Una de sus máximas era que no habia aguijon mas poderoso para hacernos adelantar en el amor, como la consideracion de los sufrimientos y la muerte del Hijo de Dios (4). Llamaba á este misterio el mas dulce y el mas patético de todos los asuntos de piedad. «El monte Cal-»vario, decia (5), es la verdadera escuela del amor..... »Allí es donde las almas fieles acuden á sacar la miel del »amor en las llagas del leon de la tribu de Judá..... y en »el cielo, despues de la Bondad divina considerada en sí »misma, la muerte del Salvador será el motivo mas pode-»roso para arrebatar de amor los espíritus bienaventura-»dos..... Todo amor que no tome su origen en la pasion »del Salvador, es frívolo y peligroso. El otro dia en la »oracion, escribia á la santa Madre Chantal (6), conside-»rando el costado abierto de nuestro Señor y mirando su »corazon, me parecia que nuestros corazones estaban allí »alrededor suyo, y le rendian homenaje como al soberano »rey de nuestros corazones.»

Toda la vida del santo Obispo correspondia á estos piadosos sentimientos. Procuraba en todas las ocasiones

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. XXIV, p. V, sec. XXXII.
(2) Opus. p. 374.
(3) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 26.
(4) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VIII, sec. XII, p. X sec. XXV.
(5) Tratado del amor de Dios, capítulo último.
(6) Carta CLXV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

inculcar á los fieles la devocion á las llagas del Salvador; compuso varios sermones sobre este asunto; habló de él en varios capítulos del *Tratado del amor de Dios;* le consagró un capítulo en la *Introduccion á la vida devota;* y por último, publicó una *Meditacion de Jesus en la cruz*, donde espone lo que Jesus sufre en su cuerpo y en su alma, de qué modo lo sufre, por qué lo sufre; y de estas piadosas consideraciones, presentadas de la manera mas tierna, deduce piadosos afectos y resoluciones útiles para la reforma de la vida (1). Siempre llevaba sobre su corazon la *Historia de la Pasion* escrita por su propia mano, mirándola como un escudo contra las tentaciones y un contínuo estímulo para amar cada vez mas á Jesus paciente (2). Tenia un afecto especial al cuadro de Santa Magdalena al pie de la cruz; lo llamaba la biblioteca de sus padecimientos, y se complacia en colocarse en espíritu en el lugar de esta ilustre penitente, que, en retorno de sus lágrimas, habia recibido la sangre de Jesucristo para purificar todas sus manchas.

El Crucifico era, segun él, el verdadero libro del cristiano. «Apelo á vosotros todos, esclama en el entusiasmo »de su amor, ilustre doctor de la Iglesia, devoto San Ber»nardo, ¿dónde habeis sacado tan suave doctrina sino en »este libro? ¿Y vos, piadoso Agustino, que alimentábais »vuestra alma en las llagas del Salvador, *pascor à vulnere;* »y vos, seráfico Francisco de Asís, que habeis estraido del »libro de la Cruz tantas tiernas instrucciones; y vos, an»gélico Santo Tomás, que no habeis escrito nada sin tomar »antes consejo de Jesus crucificado; y vos, en fin, seráfico »doctor San Buenaventura, que parece no habeis tenido »al escribir vuestros piadosos opúsculos otro papel que la »cruz, otra pluma que la lanza, ni otra tinta que la san»gre de nuestro Salvador Jesucristo? ¡Oh, qué fuego os »abrasaba cuando vuestro corazon exhalaba este grito de

(1) Opus. p. 480.
(2) *Año Santo de la Visitacion*, 27 de marzo.

»amor: qué bueno es estar con Jesus crucificado! Quiero »hacer en él tres tiendas, una en sus manos, otra en sus »piés y la tercera en la llaga de su costado, donde quiero »descansar y velar, leer y hablar, orar y hacerlo todo.» (1)

«¡Oh! esclama en otro lugar (2), si nuestro Señor nos »ha amado hasta la muerte de cruz, ¿qué nos resta que »hacer, sino que muramos tambien de amor por Él, ó si no »podemos morir por Él, que al menos no vivamos sino para »Él? Ciertamente, si no le amamos, si no vivimos para Él »solo, somos ingratos y pérfidos. ¡Oh, Señor! decia San »Agustin, ¿es posible que el hombre sepa que habeis »muerto por él, y él no viva por vos? ¡Cómo, Dios mio, »decia sollozando San Francisco de Asís, habeis muerto »de amor por nosotros y nadie os ama!»

Para remediar este gran mal, el santo Obispo recomendaba (3) llevar siempre la cruz sobre sí, besarla á menudo con amor, mirarla con respeto y ternura, diciéndole: «¡Oh »Jesus! amado de mi alma; permitid que os estreche en »mi pecho como un ramillete de mirra; os prometo que »mi boca, que tiene la dicha de besar vuestra santa cruz, »se abstendrá en adelante de las maledicencias, de las »murmuraciones y de toda palabra que pudiese desagra»daros; que mis ojos, que ven correr vuestra sangre y lá»grimas por mis pecados, no mirarán ya las vanidades del »mundo, ni nada de lo que pone en peligro de ofenderos; »que mis oidos, que escuchan con tanto consuelo las siete »palabras pronunciadas por vos en la cruz, no se compla»cerán ya con las vanas alabanzas, con las conversaciones »inútiles, ni con las palabras que hieren al prójimo; que »mi espíritu, despues de haber estudiado con tanto gusto »el misterio de la cruz, no se abrirá ya á los pensamientos »é imaginaciones vanas ó malas; que mi voluntad, sumisa »á las leyes de la cruz y al amor de Jesus crucificado, no

(1) Sermon para la invencion de la santa Cruz.
(2) Sermon para el Viernes Santo.
(3) Conferencia XXII de la exaltacion de la Santa Cruz, p. 392.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»tendrá mas que caridad para mis hermanos; y que, en fin, »no entrará ni saldrá ya nada en mi corazon sino con el »permiso de la santa cruz, cuya señal bendita haré sobre »mí con veneracion, al acostarme y levantarme, y en me»dio de todas las angustias de la vida.»

Lo que el santo prelado enseñaba tambien á los otros, lo practicaba mucho mejor aún consigo mismo. «Cuando »el viento, escribe á la santa Madre Chantal (1), se en»cierra en nuestros valles y entre nuestras montañas, mar»chita las flores y arranca los grandes árboles, así yo, que »estoy colocado un poco alto en este cargo de Obispo, re»cibo mas incomodidades..... Pero al pié de la cruz sagrada »de nuestro Señor, la lluvia que cae por todas partes cal»ma este viento. Cuando yo estoy ahí, ó Dios, ¡qué en paz »está mi corazon, y cuánta suavidad le da este rocío rojo y »encendido!» «Permaneced siempre en el costado abierto »de nuestro Salvador, decia á la santa Madre Chantal, que »yo procuraré estar en él á menudo con vos..... ¡Qué bue»no es este Señor, qué amable su Corazon! Permanezca»mos en este santo asilo; que este corazon viva siempre en »nuestros corazones, y que su sangre hierva siempre en »las venas de nuestras almas.»

Por admirables que sean estos sentimientos hácia la pasion del Salvador, la devocion del santo Obispo á la divina Eucaristía no era menor, si es que no era aún mas tierna y afectuosa. Iba á las bendiciones del Santísimo Sacramento á todas partes donde sabia que debia tener lugar, y allí, ante el misterio de amor espuesto á sus adoraciones, se mantenia con grande respeto, siempre de rodillas, con una actitud tan modesta, una humildad tan profunda y una atencion tan perfecta, que todo el mundo quedaba edificado. Permanecia inmóvil como una estátua, prohibiéndose toda mirada, todo movimiento, aun el uso del solideo, prefiriendo sufrir las picaduras de los mosquitos ó insectos, que varias veces, segun se observó, ensan-

(1) Carta DCXLXII.

grentaron su cabeza calva, que hacer para lanzarlos ningun movimiento con la mano, lo que parecia acomodarse mal con la religion profunda de que estaba penetrado.

Cuando llevaba el Santísimo Sacramento en las procesiones estaba trasformado «entonces, refiere la santa Ma»dre Chantal (1), en un querubin luminoso, llevando sobre »su pecho al Dios de amor, sin casi mover los ojos; su co»razon esperimentaba ardores inesplicables; y su rostro »recogido, absorto con esta grande accion, inspiraba de»vocion á todos los que lo observaban. He llevado esta »mañana á mi Salvador en procesion, escribia un dia (2), »y me ha dado por su gracia mil santos pensamientos, en »medio de los cuales me ha costado trabajo contener mis »lágrimas. Me comparaba al gran sacerdote de la ley an»tigua, que llevaba sobre su pecho un rico pectoral ador»nado de doce piedras preciosas, en las que estaban gra»bados los nombres de las doce tribus. Pero ¡cuánto más »rico encontraba yo mi pectoral! Yo tenia este divino Sa»cramento bien estrechado contra mi pecho, y me parecia »que los nombres de los hijos de Israel estaban todos allí »señalados, y ¡oh, cuánto deseo tenia de que mi corazon se »hubiese abierto para recibir á mi Salvador! Pero no tenia »para abrirlo el cuchillo que se necesita, que es el amor, »único que lo hiende.»

Otra vez que habia llevado el Santísimo Sacramento con un calor estraordinario y estremo cansancio, que hizo temer por su salud, le preguntaron cómo se encontraba. «Un poco cansado el cuerpo, contestó (3), pero de corazon »y de espíritu, ¡oh, qué bien estoy! ¿Y cómo podria ser de »otro modo, despues de haber llevado en mi pecho y sobre »mi corazon un remedio tan divino? ¡Ay! si hubiera teni»do mi corazon bien abatido por la humildad, hubiera »atraido á mí á este divino Salvador, que ama tanto esta

(1) Dep. de la santa Madre Chantal.
(2) El P. la Riviere, p. 417.
(3) Idem, p. 416.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»virtud que se lanza hácia donde quiera que la ve. Dios »mio, cuánto me he conmovido cuando he oido cantar »aquellas palabras del Salmo: *Los gorriones tienen un asilo,* »*y la tórtola un nido donde poner á sus hijuelos.* ¡Oh, Reina »del cielo! me he dicho entonces, ¡oh María, casta tortoli»lla, vuestro polluelo tiene por nido mi pecho! Cuánto me »han impresionado tambien estas palabras de los Cánticos: »*Mi amado es todo mio y yo soy todo suyo; él mora en mi* »*seno;* y estas otras que Jesus parecia dirigirme: *¡Ponme* »*como un sello sobre tu corazon!* Y en efecto, era allí donde »yo le tenia.»

Se concibe cuál deberia ser el celo de un Obispo tan piadoso al subir al altar, para tener á Dios en sus manos, contemplarlo con sus ojos y recibirlo en su corazon. Celebraba todos los dias la santa Misa, aun cuando fuese de viaje (1), y decia que hubiera estado disgustado todo el dia si la hubiera omitido una sola vez (2). Para hacer mejor esta grande accion, se habia trazado por escrito un método que ha sido felizmente conservado, cuyo pormenor es el siguiente.

Empieza por actos de amor, de adoracion, de contricion, de satisfaccion y de ofrecimiento; de aquí pasa á la meditacion de los misterios acerca de nuestro Señor antes y despues de la Misa, acompañados de consideraciones y afectos apropiados á cada uno de ellos; luego viene el capítulo noveno del cuarto libro de la *Imitacion,* la oracion de Gregorio XIII *Ego volo Missam celebrare, etc.....,* y otras varias oraciones á Jesucristo, á la Santísima Virgen, á los ángeles y á los santos. Despues de esta preparacion, el santo autor bosqueja los piadosos sentimientos que deberán ocuparle en cada parte del sacrificio; luego traza el modo de dar gracias, que hace seguir de diversas fórmulas de oraciones; y espone el modo de honrar á nuestro Señor como padre, como abogado, como maestro, como

(1) Dep. de Angelica Pesse.—El P. la Riviere.
(2) Dep. de Moccand.

juez, como médico, como pastor y como remunerador de los escojidos (1).

Deseoso de hacer amar la sagrada Eucaristía tanto como él mismo la amaba, predicaba ó hacia predicar todos los años el domingo antes del Corpus, para invitar á su pueblo á que se preparase á esta gran solemnidad. Durante toda la octava daba él mismo la bendicion del Santísimo Sacramento, con el fin de atraer á ella mayor número de fieles; durante el año recomendaba en público y en particular la Comunion frecuente (2), y estendió esta devocion de tal manera, que en su diócesis, y principalmente en Annecy, la mayor parte se aproximaban á la sagrada mesa todas las fiestas y domingos, y los mas relajados por lo menos en las fiestas solemnes (3). Para que pudieran verificar dignamente este acto, compuso para el uso de los fieles: 1.° Diversos avisos y ejercicios relativos á la manera de oir la santa Misa (4). 2.° Tiernas exhortaciones á la Comunion frecuente, acompañadas de los principios que deben servir de regla en esta materia (5). 3.° Diversos ejercicios muy piadosos antes y despues de la Comunion, con una coleccion de oraciones é himnos traducidos para servir de preparacion y de accion de gracias (6). Allí es donde su corazon se ve arrojar centellas de amor, de admiracion y reconocimiento por el mas amable de todos los misterios.

De esta devocion tan tierna á Jesucristo, destilaba como el arroyo de su fuente y como la consecuencia de su principio, la devocion á María; y en efecto, era un pensamiento suyo, que el amor de la Madre es inseparable del amor del Hijo; que es faltar á este no honrar á aquella; que cuanto mas se ama á Jesucristo mas se debe amar á

(1) Opusc., p. 322.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XI, sec. XX.
(3) Juan de San Francisco, p. 491.
(4) Opusc., p. 475, 501 y 503.
(5) Idem, p. 206, 247, 590, 599, 604 y sig.
(6) Idem, p. 370, 583 y 636.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la que nos le ha dado, á la que Él ha amado tanto, y cuya gloria es la suya propia, porque saca de él todas sus grandezas; y que por último María, por su título de Madre de Jesucristo, nuestro soberano Padre, es nuestra Madre tambien, y así como Dios ha venido á nosotros por ella, desea que por ella tambien vayamos á Él (1). Consecuente con estos pensamientos, el santo Obispo tenia á María una devocion particular, un amor tierno, una confianza filial (2). «Siempre que entro, decia, en un lugar consagrado á esta »augusta reina, un estremecimiento de mi corazon me »hace conocer que estoy en casa de mi Madre, porque soy »sin duda el hijo de la que es el Refugio de los pecado»res.» (3)

Desde sus primeros años, esta devocion habia hecho las delicias de su corazon; habia entrado desde entonces en las cofradías ó congregaciones establecidas en su honor, y habia hecho voto de rezar el Rosario todos los dias de su vida, práctica que observó con tanta piedad, que empleaba en ella una hora entera, acompañando este rezo de la meditacion de los misterios del Rosario, y con tanta exactitud que cuando sus negocios le quitaban tiempo para hacerlo durante el dia, ponia su rosario en el brazo para acordarse de rezarlo antes de acostarse. Por avanzada que estuviese la noche, y aunque estuviera muy cansado, no quitaba nada á la oracion consagrada á María. Deseoso de estender una devocion tan amada de su corazon, recomendaba á menudo el rezo del Rosario, y enseñaba el método siguiente para hacerlo bien. «Despues »de cogido vuestro rosario por la cruz, decia (4), hareis »la señal de la cruz y os pondreis en la presencia de Dios »diciendo el *Credo*. En la cuenta mas gorda pedireis á »Dios la gracia de rezar bien el Rosario, en las tres peque-

(1) Dep. del Marqués de Lullin.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, s. XXX y XXXI.
(3) *Año Santo de la Visitacion*, 27 de agosto.
(4) El P. la Riviere, p. 50 y sig.

»ños pedireis lo mismo á la gloriosísima Virgen María, sa»ludándola como Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa »del Espíritu Santo. Hecho esto, considerareis los miste»rios gozosos, dolorosos ó gloriosos, ó algun otro devoto »asunto, que Dios os inspirará. Al acabar dareis gracias á »Dios en la cuenta mas gruesa por las gracias recibidas »durante este ejercicio, y en las tres pequeñas rogareis á la Santísima Virgen ofrezca al Eterno Padre vuestra me»moria, para que os acordeis siempre de sus misericordias; »al Hijo vuestro entendimiento, para que mediteis su sa»grada Pasion; y al Espíritu Santo vuestra voluntad, para »que esté siempre inflamada en su santo amor. En la »cuenta mas gorda, al decir el *Padre nuestro*, rogareis á »su divina Majestad lo acepte todo por su gloria y el bien »de la Iglesia, que convierta á los descaminados y que »bendiga á vuestros amigos. Luego direis el *Credo*, os per»signareis y besareis la cruz, protestando que deseais ser »devotísimo del divino Salvador y de su benigna Ma»dre. *Amen.*» Cuando el santo prelado oia tocar los *Angelus*, se descubria y rezaba de rodillas en cualquier lugar que se encontrase (1); y cuando disputaba con los herejes, se recomendaba siempre á la Santísima Virgen con entera confianza, con las palabras que le dirige la Iglesia: *Cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo.* Reclamaba igualmente su socorro en todas las dificultades, y predicaba á todos esta saludable práctica. «Encuentro, »decia, todo mi socorro en el Santísimo Sacramento y en »la Madre de Dios, de la que siempre he recibido auxilios »muy particulares y milagrosos. ¡Oh! yo conozco bien, »añadia (2), la dicha tan grande que hay en ser hijo, aun»que indigno, de tan gloriosa Madre! Emprendamos gran»des cosas bajo su proteccion; y si somos tiernos en su »amor, nos alcanzará lo que deseamos.» De aquí sus visitas á nuestra Señora *des Gres* cuando estudiaba en París;

(1) Dep. de Baysag.
(2) Dep. de la Santa Madre Chantal, art. 33, 117.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y mas tarde, sus peregrinaciones á Loreto, á Nuestra Señora de la Piedad de Thonon, á otros diversos santuarios de María, y la grande alegría que esperimentaba al encontrar en la visita de su diócesis muchas iglesias dedicadas á esta santa Madre de Dios. Un dia en que, por intentar subir á una colina muy escarpada sobre la cual estaba situada una iglesia de la Santísima Virgen, se habia ensangrentado los pies, los que le acompañaban quisieron detenerle y hacerle renunciar á una escursion tan penosa. «Es cierto, contestó, que estoy muy cansado, pero si bien »es para mí un motivo de vergüenza no estar bastante »acostumbrado á la fatiga en el servicio de Dios, al mis»mo tiempo me llena de alegría haber derramado mi san»gre en el servicio de la Madre de Dios.» (1)

Era tanta la devocion del santo Obispo á María que hablaba de ella en todos sus sermones, en todas sus conferencias y siempre que encontraba ocasion para ello (2); predicaba en todas sus fiestas; y el fervor, la alegría, la elocuencia de su palabra manifestaban sus sentimientos interiores. «¿Sabeis, escribia á la santa Madre Chantal (3), »que nuestra gloriosa Reina me concede siempre una asis»tencia particular cuando hablo de su divina maternidad? »Yo la rogaba que pusiese la mano en el precioso costado »de su divino Hijo para tomar en él sus mas queridas gra»cias y dárnoslas con abundancia.»

Su tierna devocion á María le inspiró el pensamiento de dedicar á esta reina del cielo su *Tratado del amor de Dios*, y no se puede leer esta epístola dedicatoria sin admirar los santos ardores de su corazon para con ella. «San»tísima Madre de Dios, le dice, la mas amable, la mas »amante y la mas amada de todas las criaturas; postrado »á vuestros pies os dedico y consagro esta pequeña obra »de amor á la inmensa grandeza de vuestra dileccion. ¡Oh

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 3 de agosto.
(2) Dep. de Favre.
(3) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 33, p. 119.

»Jesus! ¿á quién podré dedicar mejor las palabras de vues»tro amor, que al corazon amabilísimo de la mas amada »de vuestra alma?» Todos los meses asistia regularmente á la procesion de la cofradía del Rosario, á la que pertenecia, llevando el Rosario en la mano con un esterior profundamente recogido; y todos los años el dia de la presentacion, renovaba el voto que habia hecho de castidad, cuando aún estaba en el colegio, bajo los auspicios de María, así como la resolucion de no ser mas que de Dios y de la Iglesia (1). El dia de la Inmaculada Concepcion, dia el mas amado á su piedad de todas las fiestas de la Virgen, fué convertido por su celo en fiesta de obligacion en toda su diócesis; habia escogido esta fiesta para su consagracion; y cuando todavía no era mas que subdiácono, habia establecido bajo la advocacion de la Inmaculada Concepcion una cofradía de penitentes. Finalmente, la mayor parte de su vida episcopal fue empleada en fundar en la tierra una orden que cantase todos los dias las alabanzas de esta soberana Reina, á saber, la órden de la Visitacion, encargada de rezar todos los dias el Oficio de la Santísima Virgen.

Despues de María, San José ocupaba el primer lugar en la devocion del santo Obispo. La víspera de su fiesta ayunaba á pan y agua, y el dia mismo de ella celebraba una Misa solemne, á la que invitaba á los músicos de Annecy, predicaba en el Oficio de la tarde y se estendia con delicias en el elogio del santo, al que llamaba el glorioso padre de nuestro Salvador y nuestro amor, su primer adorador despues de María, el esposo de la Reina del mundo (2), el modelo mas acabado de la firmeza cristiana entre los accidentes de la vida y de la obediencia debida á Dios y á la Iglesia (3), y el tipo de la virginidad, de la humildad y de la constancia (4). «¡Oh Dios, decia, cuán

(1) Dep. del canónigo Gard.
(2) *Año Santo de la Visitacion*, 19 de marzo.
(3) Conferencia III.
(4) Panegírico de San José.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»necesario era que este santo tuviese un corazon bueno y »recto, puesto que le ha sido dado poseer á la Madre y al »Hijo! Con estos dos tesoros podia causar envidia á los »ángeles, y desafiar al cielo al mismo tiempo, por poseer »mas bien que ellos; porque ¿qué hay entre los ángeles »que sea comparable á la Reina de los ángeles, y qué hay »en Dios mas que Dios?» (1) Por último, quiso que este gran santo fuese el patrono del instituto de la Visitacion y el protector particular del monasterio de Annecy.

Tenia una devocion especial á los ángeles custodios, y eleva muy alto en su tercera conferencia el aprecio que debemos hacer de su asistencia. Tenia en particular al suyo propio un gran respeto mezclado de igual ternura, cuyo pensamiento se fundaba en que se complacia su piedad en que este ángel privilegiado acompañaba al arcángel Gabriel en el misterio de la Anunciacion, habia cantado en los cielos *Gloria in excelsis* la noche de Navidad, y habia hecho compañía á nuestro Señor en el pesebre y en el desierto. Cuando entró en el Chablais, saludó al ángel de la provincia; cuando conferenciaba con los herejes, saludaba á su ángel recomendándose á su proteccion; y cuando predicaba, hacia una larga pausa despues del *Ave María*, paseando sus miradas por todo su auditorio.

Habiéndole preguntado un dia uno de sus canónigos la causa de esto: «Saludo, le contestó, al ángel de cada uno »de mis oyentes, y le ruego prepare el corazon del que »tiene á su cuidado, con cuya práctica he recibido gran»des favores.» (2) En fin, cuando restableció los ermitaños del monte Voiron, les prescribió rezasen diariamente las Letanías de los santos ángeles, y los puso bajo la proteccion del coro de los Principados (3).

En cuanto á los santos que la Iglesia honra con su culto, los veneraba á todos, amaba y recomendaba la lectura de sus vidas, á las que llamaba el Evangelio en accion (1), pero veneraba entre ellos de un modo muy particular á aquellos que habian trabajado y sufrido mas por Dios y por la Iglesia, como San Pedro, los dos santos Juanes, San Luis, Santo Tomás de Aquino, San Bernardo, San Cárlos, cuyo sepulcro habia regado con sus lágrimas, y al que habia rogado le enseñara á gobernar la diócesis de Ginebra como habia gobernado la de Milan. Por la misma razon amaba á San Ignacio, hácia el cual, decia, habia concebido una tierna inclinacion cuando estudiaba en París, en Pádua y mas particularmente en Roma, visitando su sepulcro; á San Francisco Javier, á quien llamaba el gran modelo de los misioneros; á San Francisco de Paula, cuyo cordon llevaba esteriormente desde que lo recibió en Grenoble de manos del Padre Billy; á santo Domingo, padre de tantos apóstoles y apóstol él mismo; á San Sebastian, patrono de la capilla del castillo de Sales (2); á Santa Teresa, que habia renovado en el mundo la devocion á San José, del que tan poco se hablaba antes que esta Santa lo hiciera; al Buen Ladron y á la Magdalena (3), modelos ambos de la verdadera penitencia; á Santa Blandina, cuya prision y reliquia visitaba siempre que pasaba por Lyon, «porque, decia, que habia sido su protectora en la »mision del Chablais, y que su corazon se habia alentado »con la generosidad de esta sierva de Jesucristo;» (4) y por último á Santa Polonia, cuyo poder con Dios habia esperimentado un dia que sufria un fuerte dolor de muelas, pues habiéndole enviado la santa Madre Chantal un lienzo tocado á las reliquias de la Santa, pidiéndole se lo aplicase sobre la mejilla en que tenia el dolor mientras la co-

(1) Carta CXLIV.
(2) Dep. de Francisco de la Pesse.
(3) Dep. de Francisco Favre.

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XI, sec. XVII.
(2) *Año Santo de la Visitacion*, 20 de enero. A la manera que el cartel donde estaba escrito el nombre de cristiano colocado en el pecho de San Sebastian servia de blanco á las flechas de los verdugos, «así, decia el santo prelado, la »cruz que brilla en el pecho de los Obispos, es el blanco que los señala al uni»verso por siervos de Jesucristo espuestos á las contradicciones del mundo.»
(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VIII, sec. XXIV.
(4) *Año Santo de la Visitacion*, 2 de junio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

munidad hacia oracion por su curacion. «Vuestro reme-
»dio, le escribe pocos momentos despues devolviéndole el
»lienzo, ha sido eficaz..... y debo confesar, para gloria de
»Jesucristo y de su santa esposa Polonia, que no creia po-
»der decir Misa hoy á causa de la grande hinchazon de
»mi mejilla, pero, habiéndome apoyado en mi reclinatorio
»y habiéndome aplicado la reliquia, he dicho: ¡Dios mio!
»que se haga como mis hijas desean, si es vuestra volun-
»tad; y en el mismo instante ha cesado el mal, y mi me-
»jilla se ha deshinchado. ¡Oh, cuán admirable es Dios en
»sus santos! Ha querido que me sobrevenga el mal para
»honrar á su esposa Polonia, y darnos una prueba sensible
»de la Comunion de los santos.» (1) Por último, entre los santos mas amados del Obispo de Ginebra, debemos mencionar aún á los dos San Antonios, el uno patriarca de los solitarios, el otro la gloria de Padua. «He escojido al pri-
»mero, dice, para ser uno de los custodios de mi pequeño
»desierto interior, donde permanezco solo con Dios en me-
»dio del mundo y de los negocios que me rodean; porque
»¿me distraeré entre los hombres si este santo ermitaño no
»se distraia en sus oraciones con las legiones de demo-
»nios?» No amaba menos á San Antonio de Padua, cuyas predicaciones apostólicas han convertido á tantas almas; y reprendia á los censores que desaprobaban el uso popular de dirigirse á él para encontrar las cosas perdidas. «Dios, decia, ha hecho ver que esta era su voluntad,
»puesto que cien veces ha obrado milagros por la interce-
»sion de este santo; ¿pues por qué no creer en la eviden-
»cia de los hechos?....» «Verdaderamente, señor, dijo un
»dia á uno de estos críticos indiscretos, tengo deseo de
»que nos encomendemos juntos á este santo para encon-
»trar lo que estamos perdiendo todos los dias, vos la sen-
»cillez cristiana, y yo la humildad cuya práctica descui-
»do.» (2)

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 9 de febrero.
(2) Idem, 13 de junio.

Esta devocion de Francisco de Sales á algunos santos en particular, no perjudicaba en nada á lo que debia á los santos en general; reverenciaba á todos, sabiendo que Dios se complace en ver honrar á los que le han amado y servido mejor, y se edificaba con la variedad de sus virtudes. Habiéndole dicho un dia, cuenta uno de los empleados de su casa (1), «que la santidad de un santo no se parece á
»la de otro:—Verdad es que no, contestó, pues hay tantas
»suertes de santidad como de santos; y los santos no se
»parecen unos á otros mas que en el cuidado que han te-
»nido todos de tender al mismo fin.» De ahí ese celo piadoso que le hacia ir á decir Misa á las iglesias el dia que se celebraba fiesta de sus patronos, á predicar en ellas y á asistir á los Oficios y oraciones que se hacen en honor del santo tutelar, y de ahí tambien el gran respeto que tenia á las reliquias de los santos. Hemos visto con qué devocion veneró en Grenoble el manto de San Francisco de Paula, y en el monte Voison las reliquias de San German; y hacia lo mismo con las otras reliquias, venerando en ellos los templos que habia ocupado el Espíritu Santo y las arcas donde habia reposado á menudo la sagrada Eucaristía.

CAPITULO IX.

Su caridad con el prójimo.

Para comprender la caridad de Francisco de Sales, es preciso recordar que esta no era en él un amor humano que proviniese de un corazon bueno y sensible, sino una caridad sobrenatural en su principio y en su objeto: en su principio, porque procedia del amor mismo que tenia á Dios, pues segun su doctrina, el amor divino no solo ordena el amor del prójimo sino que le produce en el fondo

(1) Dep. de Miguel Favre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

munidad hacia oracion por su curacion. «Vuestro reme-
»dio, le escribe pocos momentos despues devolviéndole el
»lienzo, ha sido eficaz..... y debo confesar, para gloria de
»Jesucristo y de su santa esposa Polonia, que no creia po-
»der decir Misa hoy á causa de la grande hinchazon de
»mi mejilla, pero, habiéndome apoyado en mi reclinatorio
»y habiéndome aplicado la reliquia, he dicho: ¡Dios mio!
»que se haga como mis hijas desean, si es vuestra volun-
»tad; y en el mismo instante ha cesado el mal, y mi me-
»jilla se ha deshinchado. ¡Oh, cuán admirable es Dios en
»sus santos! Ha querido que me sobrevenga el mal para
»honrar á su esposa Polonia, y darnos una prueba sensible
»de la Comunion de los santos.» (1) Por último, entre los santos mas amados del Obispo de Ginebra, debemos mencionar aún á los dos San Antonios, el uno patriarca de los solitarios, el otro la gloria de Padua. «He escojido al pri-
»mero, dice, para ser uno de los custodios de mi pequeño
»desierto interior, donde permanezco solo con Dios en me-
»dio del mundo y de los negocios que me rodean; porque
»¿me distraeré entre los hombres si este santo ermitaño no
»se distraia en sus oraciones con las legiones de demo-
»nios?» No amaba menos á San Antonio de Padua, cuyas predicaciones apostólicas han convertido á tantas almas; y reprendia á los censores que desaprobaban el uso popular de dirigirse á él para encontrar las cosas perdidas. «Dios, decia, ha hecho ver que esta era su voluntad,
»puesto que cien veces ha obrado milagros por la interce-
»sion de este santo; ¿pues por qué no creer en la eviden-
»cia de los hechos?....» «Verdaderamente, señor, dijo un
»dia á uno de estos críticos indiscretos, tengo deseo de
»que nos encomendemos juntos á este santo para encon-
»trar lo que estamos perdiendo todos los dias, vos la sen-
»cillez cristiana, y yo la humildad cuya práctica descui-
»do.» (2)

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 9 de febrero.
(2) Idem, 13 de junio.

Esta devocion de Francisco de Sales á algunos santos en particular, no perjudicaba en nada á lo que debia á los santos en general; reverenciaba á todos, sabiendo que Dios se complace en ver honrar á los que le han amado y servido mejor, y se edificaba con la variedad de sus virtudes. Habiéndole dicho un dia, cuenta uno de los empleados de su casa (1), «que la santidad de un santo no se parece á
»la de otro:—Verdad es que no, contestó, pues hay tantas
»suertes de santidad como de santos; y los santos no se
»parecen unos á otros mas que en el cuidado que han te-
»nido todos de tender al mismo fin.» De ahí ese celo piadoso que le hacia ir á decir Misa á las iglesias el dia que se celebraba fiesta de sus patronos, á predicar en ellas y á asistir á los Oficios y oraciones que se hacen en honor del santo tutelar, y de ahí tambien el gran respeto que tenia á las reliquias de los santos. Hemos visto con qué devocion veneró en Grenoble el manto de San Francisco de Paula, y en el monte Voison las reliquias de San German; y hacia lo mismo con las otras reliquias, venerando en ellos los templos que habia ocupado el Espíritu Santo y las arcas donde habia reposado á menudo la sagrada Eucaristía.

CAPITULO IX.

Su caridad con el prójimo.

Para comprender la caridad de Francisco de Sales, es preciso recordar que esta no era en él un amor humano que proviniese de un corazon bueno y sensible, sino una caridad sobrenatural en su principio y en su objeto: en su principio, porque procedia del amor mismo que tenia á Dios, pues segun su doctrina, el amor divino no solo ordena el amor del prójimo sino que le produce en el fondo

(1) Dep. de Miguel Favre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del corazon, como su imagen y semejanza (1), y en su objeto, porque era á Dios mismo y á Jesucristo su Hijo al que veia y amaba en todos los hombres (2). «Me parece, decia (3), »que no amo nada en todo mas que á Dios y á todos los »hombres por Dios, y que todo lo que no es Dios ó por Dios »es para mí nada. ¡Oh! ¿Cuándo veremos al prójimo en el »pecho del Salvador? El que le mira fuera de ese lugar »corre riesgo de no amarle pura, constante é igualmente. »Pero allí, ¿quién no le amará? ¿Quién no lo tolerará? »¿Quién no sufrirá sus imperfecciones? ¿Quién lo encon»trará con poca gracia ó fastidioso, cuando se le ve en este »pacto sagrado tan amado y tan amable, que el Dios Sal»vador muere de amor por él? (4) A la manera que el coral, »añadía, en tanto que está en el mar es un arbusto ver»doso y sin belleza, pero así que lo sacan y lo esponen al »sol, encanta por su color encendido y su brillo; del mis»mo modo, mientras el amor al prójimo se limita á la na»turaleza, no tiene ni bondad ni hermosura, pero así que »es espuesto al sol del amor de Dios y santificado con su »espíritu, que es caridad, se manifiesta en toda su perfec»cion, socorriendo al prójimo con palabras, obras y ejem»plos, proveyendo á todas sus necesidades cuanto puede, »alegrándose de su dicha, sobre todo de su progreso espi»ritual, deseándole los bienes de la gracia y procurándo»selos con grande afecto, pero sin inquietud de espíritu »ni indignacion por los acontecimientos contrarios.» Penetrado de estos hermosos principios amaba al prójimo mas de lo que se puede espresar. «No creo, dice un testi»go de su vida habitual (5), que se pueda encontrar nun»ca en el mundo un hombre que tenga una caridad mas »perfecta con el prójimo. Servir y socorrer al prójimo,

(1) *Tratado del amor de Dios,* lib. X, c. XI.
(2) Idem, c. XII.
(3) Dep. de la Santa Madre Chantal.
(4) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. XXXIII; p. IX, sec. XV.—Conferencia XII.
(5) Dep. de Passis.

»tanto espiritual como corporalmente, era su contínuo »ejercicio. Las penas, los trabajos, las incomodidades, los »mayores peligros, no eran nada para él, con tal de ser »útil para socorrer á sus hermanos en Jesucristo. Plugo á »Dios Ntro. Señor, decia (1), hacer que mi corazon quiera »amar tanto á este amado prójimo, que así lo haya hecho. »¡Oh!¿ Cuándo llegará el dia en que estemos todos penetra»dos de dulzura y caridad para con el prójimo? Yo le he »dado toda mi persona, mis medios, mis afecciones, para »que se sirva de ellos segun sus necesidades.»

Era en efecto un principio del santo Obispo, que no se debia rehusar nunca á los otros el servicio ó consuelo que pudiera hacérseles; y efectivamente, se le ha visto siempre hacer al prójimo todo el bien que podia, á pesar del daño que pudiera sobrevenirle; y cuando, viéndole consumirse de fatigas, se le manifestaba que tanta abnegacion agotaría sus fuerzas y su vida: «Diez años de vida mas ó menos »no son nada,» contestaba; y continuaba sus escesivos trabajos, que segun la opinion de muchos abreviaron sus dias (2).

Los primeros sobre los cuales el santo Obispo ejercia su caridad, eran sus amigos. Sus bellas cualidades hacia que fueran en gran número, y él por su parte era el mejor amigo que se podia encontrar: amigo sincero y verdadero, enemigo de todo doblez, mas aún de toda lisonja; amigo generoso, que haciendo consistir su placer en procurárselo á los otros, nunca estaba mas contento que cuando habia podido hacer algun servicio, tratando siempre de hacer felices á riesgo de hacer ingratos; amigo fiel, siempre igual en su amistad; amigo discreto, incapaz de dejar comunicar un secreto por ligereza; pero sobre todo amigo tierno, compasivo, y que identificaba toda su alma, si puede decirse así, con la de sus amigos. Lo que mas temia despues de la ofensa de Dios, era disgustarlos, y este

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 27.
(2) Idem.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

temor llegaba hasta el punto de que hubiera querido morir á consecuencia de grandes enfermedades, á fin, decia, que sus amigos, cansados de ir á visitarle y sus criados de servirle, su muerte, en vez de afligir á nadie, fuese un alivio para todo el mundo (1). Pero oigámosle hablar á él mismo. «Soy en todo el resto de mi alma, dice, débil y »pobre; pero tengo un afecto muy fuerte y casi inmutable »para con aquellos que me conceden la dicha de su amis»tad (2). El que me provoque en materia de amistad, es »preciso que esté muy firme, porque, y no me quedo »corto (3), no hay nadie en el mundo que tenga el cora»zon mas tierno y lleno de afecto para sus amigos que yo, »ni que esperimente mas vivo sentimiento por su separa»cion (4). Siempre tomaré parte de los sucesos agradables »ó adversos que os sucedan, escribia á su amigo Desha»ges (5), el cual, por un sentimiento cristiano, habia per»donado una grave injuria, pero me alegro muy particu»larmente de este, que ha dado lugar al perdon que habeis »concedido al que sin motivo os habia mostrado desleal»tad; esto es lo que prueba el mayor esfuerzo del alma, »esto es lo que mas atrae el favor del cielo.»

El santo Obispo podia muy bien hablar así á su amigo, porque aunque tan bueno, tuvo sin embargo gran número de enemigos que con frecuencia le ultrajaban, como hemos visto en el curso de esta historia; de los cuales no se vengó nunca sino haciéndoles todo el bien posible; de suerte que era cosa sabida que bastaba haberle causado algun disgusto, para esperimentar al punto los efectos de su bondad, ó haberle ultrajado para recibir sus favores (6). «No sé, decia (7), cómo tengo formado el corazon; pero

(1) El P. la Rivière.
(2) Carta LXI.
(3) Carta LXIII.
(4) Carta LDCCCXXXIX.
(5) Carta L.
(6) Dep. de Lesmontex.—Dep. de la santa Madre Chantal.
(7) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, s. XXXII.

»esperimento tanto placer, siento una suavidad tan deli»ciosa y tan particular en amar á mis enemigos, que si »Dios me hubiera prohibido amarlos, me hubiera costado »trabajo obedecer. Tiene lugar, es cierto, un pequeño »combate, pero al fin se viene á parar á esta palabra de »David: *Disgustaos*, *pero no pequeis*. ¿Por qué no hemos »de tolerar á los que Dios mismo tolera, teniendo ante los »ojos el grande ejemplo de Jesucristo orando en la cruz »por sus enemigos, los cuales ciertamente no nos han cru»cificado y perseguido hasta la muerte? ¡Oh! ¿Quién no »amará á ese querido enemigo por quien Jesucristo ha »orado? Pues Él no oraba solo por los que le crucificaban, »sino tambien por los que nos persiguen y le persiguen en »nosotros, segun lo dijo San Pablo: ¿Por qué me persi»gues? palabras que deben entenderse de sus miembros.»

Habiendo faltado algunos religiosos un dia hasta llegar á la violencia y á vias de hecho, los contuvo con la firmeza que exigia su deber, pero sin ningun arrebato; y habiéndole pedido al dia siguiente el superior de la casa un favor señalado, se lo concedió con su acostumbrada bondad. «¿Cómo es posible, le dijo uno de su familia, que los »trateis así despues de lo que os han hecho?—Si este pa»dre me hubiera pedido uno de mis brazos, contestó, se lo »hubiera dado.» En una ocasion recibió dos cartas, una de las cuales era muy mortificativa y capaz de herir en lo mas vivo. «No contestaré, pero pediré á Dios hable al corazon »de este hombre y le haga conocer su voluntad.» La otra le decia que cierto caballero hablaba de él indignamente en algunas reuniones. «¿Qué otra cosa hay que deducir de »aquí, dijo, sino que es preciso que ruegue mucho á Dios »por él?» Hacia dos años que una persona le perseguia con palabras de menosprecio y desden á él y á su querida orden de la Visitacion, cuando, hablando en una de sus cartas de este personaje que se habia hecho su enemigo, escribe estas palabras: «Le amo de un modo increible. ¡Oh! »cuánto bien le deseo!» Y algun tiempo despues, habiendo sabido su muerte, manifestó un vivo dolor, como si hu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

biera perdido á un amigo. Algunos meses mas tarde, hablándole aún de este enemigo: «¡Ah! dijo, todos los dias »ruego á Dios por él cuando estoy en el altar santo.»

Así todos, amigos y enemigos, encontraban en el santo una acogida benévola, con la sola diferencia de que aquellos de quienes tenia mas motivo de queja, eran siempre los mejor tratados. Habiéndole manifestado una persona cierto dia la sorpresa que esto le causaba, añadiendo que le admiraba cómo podia tolerar á un hombre que murmuraba siempre de él: «Os admirareis menos, le contestó, »cuando sepais que una vez conseguido el ver á mis ene»migos, no se pasan quince dias sin que sean mis ami»gos.» (1) Era que, en efecto, la caridad que rebosaba de su corazon parecia derramarse en sus conversaciones, como igualmente en todo su semblante y en todas sus maneras. Una frente siempre serena, un aire franco y risueño, una contestacion viva y pronta, una dulzura inesplicable, hacian admirar en él todo lo que la virtud tiene de mas amable. Fácil en ceder á los deseos de los demás en cuanto le era permitido, vivia con todos en una perfecta inteligencia. «Me cuesta menos trabajo condescender »á la voluntad de los otros, que atraerlos á lo que yo »quiero.» (2) A veces se encontraba asediado por veinte ó treinta importunos, que querian hablarle en el momento en que otras ocupaciones importantes le absorvian en su cuarto; sin embargo, dejaba todo para oirlos, y no los interrumpia hasta que los dejaba enteramente satisfechos. Se prestaba á todos con el mayor agrado, sin dejar entrever la menor señal de disgusto, impaciencia ó cansancio, escepto una sola vez que, despues de haber estado así ocupado sin descanso en dar audiencia desde muy de mañana hasta las dos y media, esclamó: «¡No puedo mas! y despidió á las visitas, por la imposibilidad en que se encontraba de seguir oyéndolas.

(1) El P. la Rivière, p. 440.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, s. XXVIII.

Como eran principalmente las mujeres las que mas abusaban de su bondad, acudiendo en gran número á consultarle, el Sr. Deage, aquel antiguo preceptor al que el humilde prelado habia dejado la libertad de reprenderle como si siguiera siendo aún su discípulo, se permitió hacerle por ello algunas severas reconvenciones. «Esta »afluencia de mujeres en el palacio, le dijo, es inconve»niente, y temo que las malas lenguas abusen, atacando »vuestra reputacion que amo mas que la mia.—Señor, »contestó el santo Obispo, Dios, que es caridad, me ha »puesto en un ministerio de caridad, en el que me debo á »todos, y particularmente á los débiles y enfermos. Nues»tro Señor sabe que en todo eso no miro mas que su amor. »Mientras esté fuertemente unido á él no permitirá que »caiga, y me sostendrá con su mano poderosa. Una caña »en las manos de Jesucristo, se cambia en una columna »del templo.» (1) Otro censor se permitió á su vez echarle en cara esto mismo, añadiendo que no concebia cómo las mujeres recurrian tanto á él, á pesar de que él no las atendia gran cosa. «¿Y acaso os parece poco, replicó gra»ciosamente el santo prelado, dejarlas á ellas que lo digan »todo? Necesitan mas que haya oidos que las oigan, que »no lenguas que las hablen. Dicen bastante por ellas y por »mí; y sin duda esta facilidad que tengo en escucharlas »es lo que las hace apresurarse á venir á mí, porque nada »agrada tanto á un gran charlatan como un paciente oyen»te.» (2)

Despues de haber recibido á las personas que se presentaban, el caritativo pastor iba en persona á ver á aquellas á quienes la enfermedad impedia ir á él, y entonces era cuando brillaba mejor aún la ternura de su caridad. Parecia una madre á la cabecera de su hijo enfermo; las exhortaba, no con largos discursos que los hubieran fatigado sino con algunas cortas aspiraciones, dejándoles

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, sec. XXVIII.
(2) Idem, p. VII, sec. IV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiempo para saborearlas, diciéndoles, por ejemplo: «¡Dios »mio! Que se haga vuestra voluntad y no la mia. Dios y »Padre mio, en vuestras manos entrego mi alma, mi salud »y mi vida; me abandono á vos; os amo y me arrepiento »de no haberos amado siempre.» (1) Las tranquilizaba en sus inquietudes y las consolaba en sus aflicciones. «Mien»tras continueis en vuestra cama afligido, decia á una »persona enferma (2), os tributaré una reverencia especial »y un honor estraordinario, como á una criatura visitada »por Dios, vestida de su librea y como su esposa espe»cial. Cuando nuestro Señor estuvo en la cruz fué decla»rado rey aun por sus mismos enemigos; y las almas que »están en cruz son declaradas reinas. Los ángeles no nos »envidian mas que una cosa, y es que podamos sufrir por »nuestro Señor, en tanto que ellos no han sufrido nunca »por Él.» Habiendo encontrado un dia á un enfermo que se afligia con las penas que su enfermedad causaba á sus hijos: «Yo, por el contrario, le dijo, nunca estoy mas con»tento en mis enfermedades que cuando veo á los mios »que se toman mucho trabajo asistiéndome, porque enton»ces me digo: Si hacen todo esto por Dios, como quiero »creer que lo hacen, ¡cuántos méritos amontonan! ¡Qué »hermosa recompensa no les espera en el cielo! Y con esta »consideracion me parecen mas dignos de envidia que de »compasion.» (3)

Esta inmensa caridad del santo Obispo no hacia distincion entre los grandes y los pequeños, entre los pobres y los ricos; y los hombres del pueblo, los aldeanos, rústicos, groseros y mal vestidos, todos eran bien recibidos por él (4). Le confiaban sus pequeños negocios, y él, sin darles motivo para que sospecharan que abusaban de su bondad, escuchaba con benignidad todo lo que tenian que decirle,

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II. sec. V.
(2) Idem, p. XVIII, sec. LI.
(3) Dep. de Monhottier.
(4) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 49.—Juan de San Francisco, p. 422.

por insípidas ó fastidiosas que fueran sus esplicaciones, y contestaba á todos con tanta dulzura que se retiraban llenos de alegría (1).

No podia sufrir que esperasen en su cancillería cuando los negocios los llamaban á ella, y él mismo hacia les despachasen prontamente los documentos que necesitaban, ó les enviaba alguno de sus dependientes si no podia ir en persona (2).

Algunas veces les hablaba en su patuá para agradarles mas, y parecia complacerse mucho con ellos, no temiendo consumir así en cosas de poca importancia un tiempo que le era tan precioso para sus demás trabajos. «Estas pobres gentes, decia (3), tienen necesidad de ser »oidas y ayudadas en sus negocios como los grandes en »los suyos; si una cosa que no vale nada turba á un alma, »no se debe por eso dejar de consolarla. Los pequeños ne»gocios son grandes para los pobres, y además no es pe»queño negocio consolar á un alma que Jesucristo ha res»catado con su sangre.»

Con frecuencia sus criados se impacientaban porque daba tan libre entrada á toda suerte de gente, aun á personas de la mas vil condicion, á los vendedores ambulantes y á los charlatanes. «¿Dónde está entonces vuestra ca»ridad? les contestaba dulcemente; por lo que á mí hace »quiero demostrar mi afecto á estos amados prójimos, y »no me negaré nunca á ellos á cualquier hora que sea.»

Reconviniéndole yo un dia, dice la santa Madre Chantal, un poco por la larga conversacion que habia tenido con una persona de poco entendimiento y educacion, me contestó: «Soy deudor á todos: *Sapientibus et insipienti»bus debitor sum.*» Censurándole otra vez por haber hablado mucho tiempo con un pobre sobre una bagatela que yo llamaba una tontería: «Lo que llamais tontería, me

(1) Idem, art. 27.
(2) Dep. de Legaz.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, sec. IV.
(3) Dep. de la Santa Madre Chantal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»dijo, es grave para estas pobres gentes.» El Obispo de Belley cuenta igualmente que un dia tuvo que esperar mucho tiempo con varias personas al santo prelado, que estaba escuchando á una pobre mujer ciega y mendiga, y que manifestándole al fin de esta conversacion su admiracion por lo larga que habia sido: «¡Ah! dijo, esta ciega ve »mas claro en las cosas de Dios que muchos que tienen »buenos ojos, y me complazco en hablar con ella.» Se complacia en efecto en conversar con las almas sencillas, y su corazon, contento en su compañía, se dilataba deliciosamente: amaba sobre todo á los niños, los hablaba con bondad, y los bendecia con una dulce sonrisa.

Uno de sus mayores goces era oir á los pobres darle el título de padre. Un dia, refiere el Obispo de Belley (1), que viajaba con él por el lago de Annecy, los bateleros le decian *padre mio* y le hablaban familiarmente. «Veis, me »dijo, esta gente me llaman su padre, y efectivamente me »aman como si lo fuera. ¡Oh, cuánto mas placer me cau»san llamándome así, que los que me hacen muchos cum»plidos dándome el título de Monseñor!» Para mostrarse verdaderamente padre con los pobres de la ciudad y del campo, recibia con un aire lleno de bondad los pequeños presentes que le hacian en reconocimiento por las funciones de su ministerio; uno le presentaba un puñado de nueces ó de castañas; otros manzanas, huevos ó quesos; otros sueldos ú otra pequeña moneda, como estipendio de una Misa; distribuyendo lo que le daban en dinero á los pobres al salir de la Iglesia, y llevando lo que le daban en comestible en sus bolsillos ó en su roquete para comerlo en la mesa, con cuyo motivo citaba las palabras del salmo: «*La»bores manuum tuarum quia manducabis, beatus est, et bene »tibi erit* (2). Sereis feliz en comer el fruto de vuestro »trabajo.»

Se concibe fácilmente cuán caritativa debia ser una

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. XIV.
(2) Salmo CXXVII, 2.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV.

alma tan buena para con los pobres que estaban en necesidad. Todos los lunes y los jueves daba en la puerta de su palacio una limosna general, mas ó ménos grande, segun el rigor de los tiempos y de las estaciones, y distribuia á todos pan, sopa, legumbres ó vestidos. Los demas dias daba limosna individual á todos los que se presentaban, sin rehusar nunca nada á nadie; y si no tenia dinero á mano, lo pedia antes que dejar ir al pobre con las manos vacías, ó bien le daba su ropa, sus vestidos ó su calzado (1). Una vez dió hasta los zapatos que tenia puestos; en otra ocasion entregó las vinajeras de plata de su capilla, y cuando el mayordomo quiso reconvenirle por ello: «Las »vinajeras de cristal, le contestó sonriendo, son preferi»bles, porque en ellas es imposible confundir el agua y el »vino del sacrificio.» En el invierno sobre todo, no podia ver á los pobres mal vestidos y temblando de frio, sin que les diera al punto, ó dinero para comprarse vestidos, ó á falta de dinero los vestidos mismos de su guarda-ropa, cuando los pobres querian aceptarlos; porque con frecuencia se originaban dificultades con este motivo.

Habiéndose presentado un dia un pobre delante de él cubierto de harapos, mandó á su criado le diera uno de sus vestidos interiores; el criado obedeció, pero encontrando el pobre el vestido demasiado remendado: «Monseñor, es»clamó, considerad lo que me dan.—Mirad, dijo el cari»tativo Obispo al criado, si hay alguno mejor.—De todo »lo que teneis, contestó este, es lo menos malo.—¡Ay! »amigo mio, dijo entonces el santo prelado, no tengo otra »cosa mejor; tened la bondad de contentaros con eso.» (2) A veces el criado á su vez se disgustaba de ver desocupar así el guarda-ropa de su amo. «Amigo mio, decia el santo, »no os irriteis; estos vestidos son mas de los pobres que »mios, porque tienen mas necesidad que yo.» (3) Poco sa-

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 27.
(2) Dep. de Baytay.
(3) Dep. de Bonier.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tisfecho con esta respuesta, é infiriendo de ahí que su amo estaba dispuesto á continuar con sus larguezas, con frecuencia lo guardaban todo bajo llaves, pero entonces el santo Obispo se despojaba de sus vestidos interiores para vestir á los pobres.

Esto fué lo que ocurrió un dia en que, afligido con el espectáculo de un pobre casi desnudo, le dió la camisola nueva que llevaba debajo de la sotana, encargándole el secreto; y sufrió el frio todo el resto del dia hasta que, habiéndolo notado el criado al tiempo de acostarse, le dió otra (1).

Finalmente, todos los años el jueves santo servia la comida á doce pobres, y les distribuia una suma considerable, despues de haberles lavado los pies con un continente piadoso y humilde, que edificaba á todos los asistentes, y de haberselos besado con ternura (2).

Todos los religiosos que, pasando por Annecy, no tenia allí casa de su órden, como tambien todos los eclesiásticos que se presentaban, eran recibidos en el palacio. El santo prelado cuidaba de que nada les faltase, y unia á estos buenos oficios un afecto fraternal y cordial, que agradecian mas aún que el beneficio de la hospitalidad (3). Los recien convertidos que iban de Ginebra ó de otros lugares á refugiarse á Annecy, recibian tambien una parte de sus larguezas en relacion con sus necesidades. Si su posicion lo exigia, pagaba su hospedaje en la ciudad ó los conservaba consigo, y á veces hasta pagaba á algunos jóvenes el aprendizaje de algun oficio, colocaba á las jóvenes al servicio de señoras virtuosas, ó las proporcionaba el dote necesario, bien para entrar en un convento ó bien para casarse. Los pobres vergonzantes no quedaban olvidados en las solicitudes del caritativo pastor; tenia una lista circunstanciada de ellos, y se informaba con discrecion de todas sus necesidades, haciéndoles llegar sus limosnas de modo que no se ofendiera su delicadeza; y no pueden contarse, refiere un testigo ocular, á cuántos socorria así (1).

(1) Dep. de Legay, del canónigo Gard y de Claudio Girod, el mismo que recibió esta camisa, y que la guardó toda su vida como una reliquia.

(2) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 27.—Dep. de Angélica de la Pesse.

(3) Dep. de Rendu.—Dep. de la santa Madre Chantal, art. 27.

Por lo que hace á los pobres á quienes la enfermedad impedia ir á buscar su limosna, iba el mismo á llevársela hasta los rincones mas oscuros y hediondos, hasta los graneros y los establos. Unas veces les llevaba los socorros en dinero, otras les hacia llevar alimentos cuando podian comer, se lo partia él mismo en pedazos en el plato para evitarles este trabajo (2), y les prestaba con sus propias manos los mas humildes servicios. Un dia que querian impedirle se acercara á un pobre anciano á causa del mal olor que exhalaban sus enfermedades: «Dejadme, dijo, »que los malos olores de los pobres son para mí rosas.» Visitaba igualmente una ó dos veces en la semana las cárceles y los hospitales, aliviando y consolando á todos los que sufrian, é invitándolos por medio de dulces insinuaciones á que se confesasen y comulgasen (3).

Cuando se ausentaba, hacia que continuaran sus limosnas como si estuviera en Annecy; y además de estas larguezas de su caridad, proveia tambien á todas las necesidades de los monasterios y de las casas donde acogian á los indigentes, cuidando con una solicitud paternal de que no faltara nada de lo necesario á los que le rodeaban. Poniendo en práctica una caridad fuera de la regla comun, y que no nos atreveríamos á poner por modelo, distribuia aun en el santo tribunal, á sus penitentes pobres, una limosna proporcionada á sus necesidades, y les decia que reclamaran por este medio, si les convenia mejor, socorro en su necesidad. A los pobres que rehusaban confesarse, no dejaba por eso de socorrerlos; y con frecuencia daba grandes limosnas á las mujeres que le prometian salir del

(1) Dep. de Bonart.—Dep. de la santa Madre Chantal, art. 27.

(2) Dep. de la Hermana Flores.

(3) Dep. de Favre y de Baztay.—Dep. de la santa Madre Chantal, art. 27.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desórden en que vivian; y cuando, infieles á su palabra, continuaban en la misma vida, no por eso cesaba de hacerles bien. «Esto es tiempo y dinero perdido, le decian.— »¡Ay! contestaba, la miseria humana es tan grande! Es »preciso tener compasion, y no desesperar nunca de la con»version de nadie.» (1).

Algunas veces, en vez de pedir á título de limosnas, le pedian á título de préstamo, y condescendia gustoso, no porque contara mucho con la restitucion, sino porque este modo de dar era menos humillante. Habiendo un dia, un hombre de mediana condicion, recibido de él doce escudos en calidad de préstamo, quiso estender el recibo correspondiente. «No es necesario, dijo Francisco, me fio en »vuestra palabra; y por lo demás, no es una suma tan »grande que su pérdida me cause un grave perjuicio. No »os inquieteis por devolvérmelo, pues os aseguro que no »os lo pediré nunca.» Este hombre, demasiado orgulloso para querer aparecer que recibia una limosna, contestó que devolvería la suma recibida al cabo de un mes y que no la aceptaria sin un recibo. Francisco dejó que lo hiciese, y habiendo vuelto al cabo de un mes para pedirle prestado otros diez escudos, sin hablarle de los doce que le debia, Francisco le entregó su recibo diciéndole, «no me »pedís prestado mas que diez escudos, pues ahí teneis doce »que os doy de todo corazon.» Habiéndole pedido otro veinte y queriendo tambien darle recibo, el santo Obispo, que no tenia siempre sumas como esta á su disposicion, no queriendo tampoco despachar á este importuno descontento, fue á buscar diez escudos, y le dijo: «He encontrado »un espediente que nos hará ganar á los dos diez escudos, »si me quereis creer.—¿Cuál es, monseñor? le dijo al pun»to.—Nada mas facil, dice Francisco: no tenemos vos y »yo mas que abrir la mano; tened, ved ahí diez escudos »que os doy sin retribucion en vez de prestaros veinte,

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 27.

»vos ganareis así esos diez escudos, y yo miraré los otros »diez como ganados si me dispensais de que os los preste.» A este hombre le pareció muy bien este espediente, y se separó fuera de sí por la bondad de su caritativo pastor (1).

Parece increible que con una renta tan corta fuera posible hacer frente á tantas obras de misericordia, sin perjudicar al gasto de la casa episcopal, que el santo prelado mantenia siempre en un pié decoroso y digno de su posicion. Esto es un misterio que los contemporáneos no han podido esplicar, y que han mirado como un milagro, ó al menos una sensible prueba de todo el bien que puede hacer la caridad con medianos recursos, cuando es ella misma la provisora de la casa. Rolando, aquel fiel servidor del santo Obispo, que era el que administraba todas las rentas, no aceptaba del todo esta doctrina y á menudo ponia dificultad en dar dinero para las limosnas; pero siempre Francisco le obligaba á ello, asegurándole que no debia afligirse, con tal que cada año pudiese enlazarse con el siguiente, pues Dios proveeria á todo y no permitiria que llegara á faltar lo necesario por haber ejercitado la caridad con sus siervos (2); como en efecto la esperiencia lo demostró.

Sin embargo, por tierna que fuera la caridad de Francisco de Sales para con las necesidades del prójimo, era mas admirable aún para con sus defectos. «Es preciso, »decia, que los hombres tengan paciencia unos con otros, »y los mas valientes son los que toleran mejor los defectos »de los otros..... Es una gran parte de nuestra perfeccion »tolerarnos mútuamente en nuestras imperfecciones, y el »amor del prójimo en nada puede ejercitarse mejor que en »esta tolerancia (3). Es facil amar á los que tienen un ca»racter amable y complaciente; pero amar á los que tie»nen, por el contrario, un carácter molesto y desagrada-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. III, s. VI y VII.
(2) Dep. de Miguel Favre.
(3) Carta CCCXLIII.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, s. XII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»ble, es la verdadera piedra de toque de la caridad.» (1) «Es preciso, decia tambien, tener un corazon dulce y »bueno con el prójimo, particularmente cuando nos es »molesto y nos disguste, porque entonces no tenemos en »él nada que nos le haga amar, sino el respeto del Salva- »dor, que hace en esta ocasion el amor mas escelente y »mas digno, porque está mas limpio y purificado de lo que »es caduco.» Por esto el santo Obispo insistia vivamente, tanto en sus conversaciones como en sus escritos, sobre ciertas virtudes que decia no eran bastante estimadas; á saber: la cordialidad, la paciencia, la afabilidad, la bondad, la tolerancia con los defectos de los otros; y consideraba una ilusion imaginar que se pueden hacer grandes cosas por el prójimo cuando no se sabe tolerar los genios bruscos, desatentos, y sobre todo las importunidades de algunas personas que, en cosas de nada, vienen á molestarnos fuera de tiempo é inoportunamente (2).

Fiel á estos principios, Francisco toleraba los defectos de todos, se acomodaba al carácter de cada uno, conversaba gustoso con las personas mas groseras y de baja condicion, sin desdeñar á nadie por pobre y miserable que fuese.

Finalmente, sufria á todos sin hacer nunca sufrir á nadie, y recomendaba á todos hicieran lo mismo. Un dia en que por obedecer al médico se paseaba por el jardin de una casa religiosa que habia establecido en Annecy, gran parte á sus espensas, oyó á un religioso hipocondríaco murmurar de que el Obispo fuera á interrumpirle en sus meditaciones, por lo cual salió al punto del jardin sin quejarse, y se fué á pasear en medio del campo (3). «Otro dia, dice Mr. de Belley (4), me quejaba de algunos »nobles del campo que, siendo pobres como Job, tomaban »aires de príncipes y de grandes señores, y elogiaban sin »cesar su nobleza y los altos hechos de sus antepasados.—

(1) Carta DCCLXVIII.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVIII, s. VIII.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, s. XXV.
(3) Dep. de Passis.
(4) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, sec. VIII.

»¿Y por qué pretendeis, me contesto graciosamente, que »estas gentes sean doblemente pobres? Ellos se contentan »con su pobreza pensando que son ricos de honor; eso es »una debilidad de espíritu que se debe tolerar.» Habiendo pedido á la santa Madre Chantal una señora de distincion, cuya conducta en el mundo habia sido poco cristiana, le permitiera retirarse á la Visitacion, esta consultó al santo prelado. «No me pidais consejo para eso, le dijo, soy par- »cial por la caridad.»

En efecto, parecia tener una ternura particular hácia las personas que tenian alguna falta en su inteligencia, en su corazon ó en su cuerpo. No habiendo sido admitida una novicia en la Visitacion, porque se creia su rusticidad incompatible con las virtudes necesarias para vivir en comunidad, lo sintió mucho. «¿Acaso, madre mia, dijo á »santa Juana Francisca, se atiende mas á las imperfeccio- »nes de la naturaleza que á la buena voluntad de un alma, »que tiene valor de hacerlo todo para corregir sus faltas y »cumplir con los deberes de su vocacion? Madre mia, aña- »dió, ¿cuántos votos tiene en su favor?—Habiéndole dicho »el número: Son mas de la mitad, contestó, decid á nues- »tras hermanas que la novicia es recibida, y que sin falta »vendré tal dia á recibir sus votos.» (1)

Otra vez se presentaron dos jóvenes para ser religiosas, pero con la condicion de no dejar una sus pendientes y la otra una sortija de cristal que llevaba en el dedo. La Madre Chantal y la comunidad no querian admitirlas; pero el santo, conociendo que fuera de esto tenian una verdadera vocacion, las recibió por su propia autoridad, diciendo que se debia tolerar al prójimo hasta en sus bagatelas; y bien pronto las nuevas religiosas, reflexionando por sí mismas sobre su vanidad, arrojaron aquel inútil adorno, avergonzadas ante Dios y ante los hombres de una pretension tan ridícula (2).

(1) Apuntes de la Madre Greffier, p. 21.
(2) Idem, p. 17.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A esta indulgencia con los defectos del prójimo correspondia una aversion igual á la maledicencia que los censura y publica. «Si se quitara la maledicencia del »mundo, decia, se quitarian la mayor parte de los peca»dos (1). Por eso no podia sufrir que se hablara desfavorablemente de nadie; y cuando se atrevian á tener este lenguaje en su presencia, procuraba escusar el mal que se referia. «Si una falta tuviera cien caras, decia, sería nece»sario mirarla siempre por el lado mejor.» Si no podia atenuar su gravedad por ser cosa demasiado evidente, en seguida esclamaba levantando los ojos al cielo: «¡Oh, qué »grande es la miseria humana! *Sciant gentes quoniam ho»mines sunt.* ¡Qué violentas son á veces las tentaciones! (2) »¡Qué momentos tan tristes tiene el corazon humano!» Otras veces decia: «¡Ay! sin la gracia que nos ha preservado ó »sostenido, hubiéramos hecho cosas quizás peores y esta»ríamos ya en el infierno (3). ¿Quién sabe si se converti»rán, y serán un dia grandes santos? Los mas grandes pe»cadores se convierten á veces en los santos mas ilustres, »como David y San Agustin.»

Un dia, refiere de él el Obispo de Belley, se hablaba delante de él de una persona que habia cometido una falta muy escandalosa, y como se ponderase mucho este escándalo: «¡Oh, miseria humana, miseria humana!» esclamó. Viendo que continuaban hablando de lo mismo: «¡Oh, qué rodeados estamos de enfermedades,» añadió. Observando que todavía seguian: «¿Y qué otra cosa pode»mos pretender por nosotros mismos sino caidas? esclamó. »¡Ay, obraríamos quizas peor si Dios no nos tuviese de »su mano!» Finalmente, viendo que estas reflexiones no contenian á las malas lenguas, les cerró la boca con estas palabras que los sucesos probaron eran proféticas: «Esta »falta será causa de su salvacion, la sentirá vivamente y

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XII, sec. XIV.
(2) Idem, p. XVI, sec. XLIII.
(3) Idem, p. III, sec. XXVI.

»la reparará con una santa vida.» (1) «Es maravilla, escla»mó en otra ocasion semejante (2), que se tenga tanta ca»ridad con la castidad, hasta tomar su defensa cuando está »herida, y que se observe tan poco la castidad de la cari»dad, es decir, la pureza, la integridad de esta virtud, que »es, sin embargo, la madre, la reina y el alma de las »demas.»

Desenvolviendo luego este doble pensamiento, evitó así la maledicencia que lastimaba sus oidos. No fué menos ingenioso en hacer callar á otro censor que denigraba el saber de un sacerdote, al mismo tiempo que alababa su virtud. «Es cierto, dijo, que la ciencia y la piedad son los »dos ojos de un buen eclesiástico; pero así como no se »deja de recibir á las órdenes á los que no tienen mas que »un ojo, sobre todo si es el del cánon, así un sacerdote que »tiene el ojo del canon, es decir, la vida ejemplar y canóni»ca, puede ser un buen religioso. Si no tiene el talento que »brilla en el púlpito, basta que pueda exhortar y repren»der. Dios hizo instruir á Balaam por medio de su burra.»

Sin embargo, el santo Obispo no queria que nadie se turbase con las palabras importunas que oye á pesar suyo en la sociedad. «En las conversaciones, decia (3), quedaos »en paz con todo lo que se dice ó hace; porque si es bue»no, teneis motivo para alabar á Dios, y si es malo, teneis »ocasion de servir á Dios apartando de ello vuestro cora»zon, sin hacer el papel del admirado ó del disgustado, »porque no podeis mas, y no teneis bastante crédito para »impedir las malas palabras de los que las quieren decir, y »que las dirian aun peores si se manifestara quererlas evi»tar. Obrando así, permanecereis inocentes entre los sil»bidos de la serpiente, y como una amable fiera, no con»traereis ningun veneno con el trato de las lenguas vene»nosas.»

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, sec. XII.
(2) Idem, p. I, sec. XXIV.
(3) Idem, p. XV, sec. XX.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las burlas del prójimo no contristaban menos que las murmuraciones el corazon tan bueno del santo Obispo. Cuando las oia manifestaba su disgusto con la tristeza de su semblante y cambiaba la conversacion; ó si no podia, no temia decir á los que se burlaban: «¿Quién os ha dado »derecho para divertiros á espensas del prójimo? ¿Quisié»rais que os tratasen así, haciendo anatomía de vuestros »defectos? Divertirse buscando los defectos de los otros, es »señal de que no se ocupa uno nada de los suyos.» Habiéndose un dia una señorita permitido poner en ridículo los defectos naturales y las facciones desgraciadas de otra, el santo le dijo con bondad: «Dios es el que nos ha hecho; »no nos hacemos á nosotros mismos, y las obras de Dios »son perfectas.»

A estas palabras, la señorita empezó á reir diciendo que no encontraba á aquella persona perfecta. «Señorita, »le contestó, su alma es mas recta, hermosa y mejor que »la vuestra.» (1) No contento con desterrar de las conversaciones las palabras contra el prójimo, no queria que se censurasen los defectos de un pais ó de una provincia. «Se debe, decia, evitar el murmurar de las naciones, por»que si bien todas tienen sus defectos, todas tienen tam»bien sus escelencias particulares, y porque además eso »no sirve mas que para sembrar disgustos y querellas.» (2)

Por fin, tanta era la caridad del prelado con los defectos del prójimo, que prohibia hasta el pensamiento desfavorable sobre la salvacion de los que, despues de haber vivido mal, mueren sin haber dado señal de arrepentimiento. «No los condenemos, decia, pues nuestras conje»turas podrian engañarnos, porque la perseverancia final »no se decide por el mérito. Dios se ha reservado el secre»to de aquellos á quienes lo da.» Para confirmar esta verdad, contaba lo que habia oido decir á un predicador sobre la muerte de Lutero. «¿Quién sabe, decia este, si á la

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XII, sec. XI.
(2) El P. la Riviere, máx. XXVII, p. 570.

»hora de la muerte no le dió Dios su gracia eficaz? Es »cierto que si no se ha condenado, se ha escapado del »modo mas sutil que jamás en hombre alguno se vió en el »mundo; pero en fin, debemos tener una grande idea de la »bondad de Dios, que es infinitamente rico en misericor»dia con los que lo invocan. Jesucristo que ofreció su paz, »su amor y la salvacion á su discípulo traidor; ¿por qué no »hubiera podido ofrecer la misma gracia á este desgracia»do heresiarca?» Y de ahí deducia el caritativo prelado que no se debe nunca desesperar de la salvacion de nadie, ni deshonrar la memoria de los muertos (1).

La misma aversion que tenia el santo Obispo á la maledicencia, tenia á los pleitos, considerándolos como la ruina de la caridad entre los hombres. «Os aconsejan que »pleiteeis por cien escudos, dijo un dia á las hermanas de »la Visitacion, y yo os aconsejo que no lo hagais por mil. »Sería dificil que un santo se conservase tal entre pleitos. »*Litigare et non insanire vix sanctis conceditur* (2). Nunca, »añadió, pleiteó Nuestro Señor, aunque le hicieron mil »injusticias. No censuro á los que pleitean con tal que sea »justamente; pero yo digo, yo escribo, y si fuera necesario »lo escribiria con mi sangre, que el que quiera ser per»fecto é hijo de Jesus crucificado, debe practicar esta doc»trina: evitad los pleitos. Por mucho que el mundo mur»mure, y que la prudencia de la carne se despeche, las »palabras de Jesucristo deben ser preferidas. Al que quie»re quitarte tu túnica en juicio, dale tambien tu capa (3). »La paz es una santa mercancía, que merece comprarse á »un precio subido.» (4) Informado un dia de que un padre y un hijo pleiteaban uno contra el otro por un negocio de interés, los llamó. «Y bien, les dijo, ¿á cuánto asciende lo »que litigais? Ahí teneis mis candeleros de plata, tomad»los y no disputeis mas.»

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VII, sec. XXVIII.
(2) Juan de San Francisco, p. 446 y 447.
(3) Carta DCCXCIV.
(4) Carta DCLXIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El caritativo pastor empleaba una parte de sus dias en oir á los que tenian pleitos ó querellas, de las que le hacian árbitro, en lo cual ocupaba á veces dias enteros, tanto que se veia obligado á rezar de noche el Oficio y los demás ejercicios espirituales. Oia tranquilamente lo que tenian que decirle las partes, sus abogados ó procuradores, sin quejarse nunca de verse contrariado en sus negocios, sin manifestar ningun disgusto y con un afecto igual con todos, que provenia del recogimiento de su espíritu en Dios. «Porque, decia, es preciso tratar los negocios de la »tierra con los ojos fijos en el cielo.» Luego decidia segun su conciencia, y los despedia á todos contentos. Esto lo refiere él mismo en una de sus cartas: «He estado ocupado »en arreglar algunos negocios, dice (1), y mi casa ha es»tado llena de pleitistas; pero los he arreglado tan bien »con la satisfaccion de ambas partes, que se han retirado »en paz y tranquilos.»

La caridad de Francisco de Sales no se limitaba á los vivos, sino que seguia á los muertos hasta mas allá del sepulcro, y no era menos tierna para ellos que durante su vida. «¡Ay! decia (2), no nos acordamos bastante de nues»tros amados difuntos; su memoria parece perecer con el »sonido de las campanas, y nos olvidamos de que la amis»tad, que puede concluir con la muerte, no fué nunca ver»dadera: *L' amicicia che può finire, non fu mai vera;* y la »Escritura misma nos enseña que el verdadero amor es »mas fuerte que la muerte (3). Decir mal de los muertos »es una inhumanidad comparable á la de las bestias fero»ces, que desentierran los cuerpos para devorarlos: decir »bien para escitarse á imitarlos, es cosa loable; pero so»correrlos es cosa mejor aún, porque es como visitar á los »enfermos, es dar de beber á los que tienen sed de la vi»sion de Dios; es alimentar á los hambrientos, es rescatar

(1) Carta CXV.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, sec. XV.
(3) Cantic. VIII, 6.

»á los prisioneros, vestir á los desnudos, y procurar la »hospitalidad en la Jerusalén celestial; es consolar á los »afligidos, enseñar al que ignora, hacer, en fin, todas las »obras de misericordia en una sola.» (1) Por esto no se olvidaba de rogar y ganar indulgencias por las almas del purgatorio, y recomendaba á sus penitentes esta práctica como muy agradable á Dios (2).

CAPITULO X.

Su dulzura (3).

La dulzura reasume en algun modo toda la vida de San Francisco de Sales, siendo esta virtud la que constituyó desde su infancia hasta su último suspiro su caracter distintivo. Si hizo tan grandes cosas, fué por el imperio de su dulzura; si convirtió á tantos pecadores y herejes, si elevó á la perfeccion á tantas almas justas, consoló tantos corazones afligidos, fué por la uncion de su dulzura; si, en fin, los libros que compuso produjeron y siguen produciendo aún todos los dias tanto fruto en la Iglesia, es porque la dulzura se manifiesta en todas sus páginas y parece haber escrito ella misma todos sus renglones.

Sin embargo, la dulzura no le era innata, si puede decirse así, siendo su temperamento muy sanguíneo, naturalmente vivo, impaciente, colérico (4), y diciéndonos él mismo, que siendo Obispo se dejó una vez llevar de su carácter. «No se debe nunca, escribe en su carta sobre »la predicacion (5), manifestar cólera predicando, como lo »hice el dia de Nuestra Señora, cuando tocaron antes que »hubiese acabado, lo cual, añade, fue sin duda una de mis

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, sec. XVI.
(2) *Año Santo de la Visitacion*, 2 de noviembre.
(3) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 32, p. 107.
(4) Juan de S. Francisco, p. 383.
(5) Carta LXII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El caritativo pastor empleaba una parte de sus dias en oir á los que tenian pleitos ó querellas, de las que le hacian árbitro, en lo cual ocupaba á veces dias enteros, tanto que se veia obligado á rezar de noche el Oficio y los demás ejercicios espirituales. Oia tranquilamente lo que tenian que decirle las partes, sus abogados ó procuradores, sin quejarse nunca de verse contrariado en sus negocios, sin manifestar ningun disgusto y con un afecto igual con todos, que provenia del recogimiento de su espíritu en Dios. «Porque, decia, es preciso tratar los negocios de la »tierra con los ojos fijos en el cielo.» Luego decidia segun su conciencia, y los despedia á todos contentos. Esto lo refiere él mismo en una de sus cartas: «He estado ocupado »en arreglar algunos negocios, dice (1), y mi casa ha es»tado llena de pleitistas; pero los he arreglado tan bien »con la satisfaccion de ambas partes, que se han retirado »en paz y tranquilos.»

La caridad de Francisco de Sales no se limitaba á los vivos, sino que seguia á los muertos hasta mas allá del sepulcro, y no era menos tierna para ellos que durante su vida. «¡Ay! decia (2), no nos acordamos bastante de nues»tros amados difuntos; su memoria parece perecer con el »sonido de las campanas, y nos olvidamos de que la amis»tad, que puede concluir con la muerte, no fué nunca ver»dadera: *L' amicicia che può finire, non fu mai vera;* y la »Escritura misma nos enseña que el verdadero amor es »mas fuerte que la muerte (3). Decir mal de los muertos »es una inhumanidad comparable á la de las bestias fero»ces, que desentierran los cuerpos para devorarlos: decir »bien para escitarse á imitarlos, es cosa loable; pero so»correrlos es cosa mejor aún, porque es como visitar á los »enfermos, es dar de beber á los que tienen sed de la vi»sion de Dios; es alimentar á los hambrientos, es rescatar

(1) Carta CXV.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, sec. XV.
(3) Cantic. VIII, 6.

»á los prisioneros, vestir á los desnudos, y procurar la »hospitalidad en la Jerusalén celestial; es consolar á los »afligidos, enseñar al que ignora, hacer, en fin, todas las »obras de misericordia en una sola.» (1) Por esto no se olvidaba de rogar y ganar indulgencias por las almas del purgatorio, y recomendaba á sus penitentes esta práctica como muy agradable á Dios (2).

CAPITULO X.

Su dulzura (3).

La dulzura reasume en algun modo toda la vida de San Francisco de Sales, siendo esta virtud la que constituyó desde su infancia hasta su último suspiro su caracter distintivo. Si hizo tan grandes cosas, fué por el imperio de su dulzura; si convirtió á tantos pecadores y herejes, si elevó á la perfeccion á tantas almas justas, consoló tantos corazones afligidos, fué por la uncion de su dulzura; si, en fin, los libros que compuso produjeron y siguen produciendo aún todos los dias tanto fruto en la Iglesia, es porque la dulzura se manifiesta en todas sus páginas y parece haber escrito ella misma todos sus renglones.

Sin embargo, la dulzura no le era innata, si puede decirse así, siendo su temperamento muy sanguíneo, naturalmente vivo, impaciente, colérico (4), y diciéndonos él mismo, que siendo Obispo se dejó una vez llevar de su carácter. «No se debe nunca, escribe en su carta sobre »la predicacion (5), manifestar cólera predicando, como lo »hice el dia de Nuestra Señora, cuando tocaron antes que »hubiese acabado, lo cual, añade, fue sin duda una de mis

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, sec. XVI.
(2) *Año Santo de la Visitacion*, 2 de noviembre.
(3) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 32, p. 107.
(4) Juan de S. Francisco, p. 383.
(5) Carta LXII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»muchas faltas.» Otro dia, despues de haber sido insultado gravemente sin oponer una sola palabra á todas estas injurias, habiéndole preguntado su hermano si no habia sentido en sí ningun movimiento de indignacion: «¡Ah! »sí, contestó, sentia hervir la cólera en mi cerebro como »el agua que está en un vaso sobre el fuego.» (1) Pero á fuerza de exámenes de conciencia, continuados por espacio de veintidos años, á fuerza de vigilancia de combates y victorias sobre sí mismo, á fuerza, como él decia, «de »tomar á su cólera por el cuello, de ahogarla y hollarla á »sus pies,» logró dominar su genio, hasta llegar á ser, como Moisés, el mas dulce de los hombres de su tiempo, pudiendo decir, al saber que uno le acusaba de haberse encolerizado: «Soy un hombre miserable, sujeto á pasiones; »pero por la gracia de Dios, desde que soy pastor nunca »he dicho ninguna palabra apasionada de cólera á mis »ovejas.» (2)

No tenia esa dulzura falsa que hace todo el gasto de la política mundana á costa de algunas palabras y ademanes graciosos, sino esa otra dulzura verdadera é ingénua que parte del corazon, y es como la flor de la caridad; esa dulzura que es buena porque ama, que llena el alma de ternura, de indulgencia y de misericordia, y que trasmite al esterior una gracia sencilla y sin violencia, un aire de cordialidad sabiamente templado, fruto de un santo afecto (3). No era tampoco esa reserva tímida y cortada, que no se disgusta porque no se atreve, y menos aún esa apática indiferencia que no se altera por nada, porque no siente nada; que no aborrece, porque no ama; y que siempre cede, porque todo le es igual; sino una dulzura llena de alma y de sentimiento, pero al mismo tiempo acompañada de modestia y gravedad, que descendia rara vez á las caricias; «porque, segun él decia, no se debe usar con fre-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 2 de setiembre.
(2) Idem, 17 de mayo.—Carta CCCLXXXIX.
(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XII, sec. VIII; p. XI, sec. XXXII: p. X, sec. IX.

»cuencia de caricias, ni decir á cada paso palabras melo»sas, arrojándolas á puñados sobre el primero que se en»cuentra.» (1)

Era, en fin, una dulzura noble, digna y majestuosa, que llenaba á los que eran testigos de un espíritu religioso, en que el respeto y el amor tenian igual parte. «He co»nocido, dice Mr. de Belley (2), personas de clase, acos»tumbradas á hablar con príncipes y princesas, que me »han confesado se presentaban con mas compostura y »atencion delante del santo Obispo que de las mas altas »dignidades de la tierra: tan llena de majestad estaba su »dulzura.»

Esta virtud se manifestaba en su esterior por una benignidad de rostro, una afabilidad de maneras y una suavidad de lenguaje, que hacia agradable todo lo que hacia ó decia. «No creo, dice la santa Madre Chantal, que se »pueda espresar con palabras aquella esquisita dulzura »que Dios habia derramado en su alma, en su rostro, en »sus ojos y palabras.....» «No se ve nunca al Obispo de »Ginebra, decia el Baron de Cuse, sino con un rostro tan »dulce y suave, que derrama la devocion en el corazon.» Otro testigo añade (3): «Me parece que toda la mansedum»bre que puede haber en un hombre estaba reunida en él; »nunca podia cansarme de verle y de oirle, tan dulce y tan »agradable era, no ejecutando nunca una accion, ni pro»nunciando una palabra que no estuviera toda empapada »en la dulzura de nuestro Señor.» Esto era lo que arrancaba este grito al corazon de San Vicente de Paul: «¡Oh, »Dios mio, si Monseñor de Ginebra es tan bueno, cuánto »debeis serlo vos!»

Hay personas muy dulces en el trato ordinario de la vida, pero que, puestas á la prueba de la controversia y la disputa, se desmienten y dejan ver al hombre con sus vi-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XV, sec. III.
(2) Idem, p. XIV, sec. XXIII.
(3) Dep. de Lesmontex.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vacidades. No sucedia así con nuestro santo. En sus disputas como en sus escritos contra los herejes, observaba siempre la moderacion, la cortesía y las atenciones que prescribe la ciencia y las reglas de la caridad; siempre, en fin, aquella dulzura de lenguaje que dispone el corazon á recibir la verdad. Pensaba que el que se irrita hace su causa sospechosa; que la luz, que presentada por una mano delicada hiere á veces los ojos enfermos del hereje, le ciega infaliblemente cuando una mano imprudente se la arroja al rostro sin ninguna consideracion; y que finalmente, siendo el orgullo el carácter propio de la herejía, la menor dureza que se deslice, agria, enfurece y es causa de que no tenga efecto la conversion (1). «La ra»zon revestida de dulzura, tiene mas fuerza y brillo; re»vestida por el contrario de cólera, pierde su lustre y for»taleza (2). Jamás se ha establecido la verdad sin la cari»dad, añadia (3), pero la impiedad hace todo lo contrario. »Si se quitaran de los escritos de Calvino, de Zuinglio, de »Lutero, de Beza, las injurias, las calumnias, las maledi»cencias, las risas y las bufonadas que han escrito contra »el Papa, la silla de San Pedro y los católicos, se veria »que sus volúmenes son muy pequeños.»

El principal deseo de este ángel de dulzura, era que todos los que acudian al palacio fueran acogidos con bondad, sin distincion de personas; y sus criados tenian órden de no despedir nunca á nadie, á menos que negocios indispensables no hicieran su recepcion enteramente imposible, en cuyo caso la despedida era tan buena y tan cordial que quedaban alentados para volver. Introducidos en su presencia, recibia á todos con afabilidad, los oia con paciencia, como si no tuviera otra cosa que hacer, y derramaba tanta suavidad en los corazones, que se consideraba una gran dicha tener ocasion de ir á hablarle. Si es

(1) Dep. de Favre.
(2) El P. la Riviere, p. 570.
(3) Meditaciones de la Madre Chaugy.

con personas de consideracion les hacia grandes honores, y las nombraba con los títulos que mas les lisonjeaban. «Porque, decia, como no hay nadie que se ocupe menos »de los honores que yo, no hay tampoco nadie que quiera »hacerlos mas á los otros.» Habiéndole sucedido un dia tratar con mucha distincion al simple criado de un caballero, se lo hicieron notar. «Es, contestó, que no sé hacer »distincion de personas, y solo considero una cosa en ellas, »á saber, que todos llevan el carácter de cristiano.» En su conversacion no contradecia á nadie, mientras el deber le permitia callar, y si le era necesario oponer la verdad al error emitido, lo hacia con dulzura y destreza, sin querer parecer violentar á su contrario; «porque, decia, no se »gana nada tomando las cosas con aspereza (1).

Atraidos por tanta bondad, las visitas parecian multiplicarse cada dia, rodeándole sin cesar; y él, sin sentirse importunado, conservaba su dulzura y su paz. «Son, de»cia, hijos que corren al seno de su padre, y así como ja»más una gallina se disgusta cuando sus polluelos corren »todos á la vez á ponerse bajo sus alas, sino que estiende »por el contrario lo mas que puede sus alas maternales »para cubrirlos á todos; así mi corazon me parece tam»bien que se dilata á medida que el número de mis ama»dos hijos se aumenta en derredor mio.»

Entre esta multitud se encontraban frecuentemente grandes pecadores y á veces aun apóstatas, que acudian alentados por su bondad á arrojarse en sus brazos, y estos eran los que acogia de mejor corazon, conforme con su máxima de que se debe estar lleno de indignacion contra el mal para nunca permitírselo, pero lleno de dulzura y de conmiseracion para con el prójimo que lo ha cometido. Los estrechaba contra su corazon con una ternura maternal. «Venid, mis queridos hijos, les decia, venid para »que os abrace y os ponga en mi corazon. Dios y yo os »asistiremos con confianza.»

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XII, sec. XIV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A veces algunos de sus amigos se escandalizaban de este proceder, y le hacian algunas reconvenciones. «Cier»tamente, dijo un dia uno de ellos (1), Francisco de Sales »irá al cielo, pero en cuanto al obispo de Ginebra, no sé; »me temo mucho que su dulzura le juegue una mala pa»sada.—¡Ah! contestó, vale mas tener que dar cuenta de »demasiada dulzura que de demasiada severidad (2). ¿No »es Dios todo amor? Dios Padre, es el Padre de las mise»ricordias; Dios Hijo, se llama un cordero; Dios Espíritu »Santo, se muestra bajo la forma de una paloma, que es la »misma dulzura. Si hubiera alguna cosa mejor que la be»nignidad, Jesucristo nos la hubiera enseñado; y sin em»bargo no nos da á aprender de Él mas que dos lecciones; »la mansedumbre y la humildad de corazon. ¿Me quereis »pues impedir que aprenda la leccion que Dios me ha dado, »ú os creeis mas sábio que Dios?—Pero, le decian, son »apóstatas, hombres perdidos, indignos de vuestras cari»cias:» á cuyas palabras su corazon se oprimia de dolor con los ojos fijos en el cielo, esclamando: «¡Ay, solo Dios »y yo amamos á estos pobres pecadores! Quieren que los »trate con dureza porque son pecadores, como si por eso »mismo no fueran mas dignos de compasion y de ternura. »Quieren que olvide que son mis ovejas, y que rehuse mis »lágrimas á los que Jesucristo ha dado toda su sangre; y »¿con quién usaré yo de misericordia sino con los pecado»res? No, no tengo el corazon tan duro que sea capaz de »tratar con rigor á mis hijos. Vendrá un dia quizás en »que se cambiarán en corderos, y serán mas santos que »nosotros. Si Saulo hubiera sido rechazado, Pablo no hu»biera existido. Dios quiere enviármelos para que los cure; »¿y quereis que rehuse esto á Dios? Bien sé que soy su »Obispo, pero quiero mejor mostrarles que soy su padre. »El que ame el rigor que se aleje de mí, porque no quiero »tenerlo.»

(1) El P. la Riviere, p. 481.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XIV, s. XXXII.

Tanta bondad determinaba á los pecadores á depositar la carga de sus conciencias en el seno del hombre de Dios; y entonces era cuando su corazon se deshacia mas aún en dulzura. Les instaba por medio de dulces insinuaciones á decirlo todo; y cuando la confesion estaba terminada, los consolaba y alentaba. Un dia que hablaba así con una grande efusion de ternura á un penitente, que acababa de hacerle la humilde confesion de los desórdenes de su juventud: «Sin duda, le dijo este, la compasion os hace »hablarme así, pero en el fondo de vuestra alma, no po»deis menos de despreciarme.—Sería muy culpable, con»testó el santo Obispo, si despues de tan buena confesion »os tuviese aún por pecador; os considero por el contrario »mas blanco que la nieve, semejante á Naaman al salir »del Jordan. Os amo como á mi hijo, porque mi ministe»rio acaba de haceros renacer á la gracia; y os estimo »tanto como os amo, porque de un vaso de ignominia que »érais, os habeis trasformado en un vaso de honor y san»tidad. ¡Oh, cuánto amo vuestro corazon ahora que ama »tanto á Dios!» (1)

Interrogado poco despues por una penitente que le habia hecho la confesion de una vida muy licenciosa: «Os »miro ahora como á una santa, le dijo.—Pero, repuso ella, »vuestra conciencia os dice lo contrario.—No, replicó, os »hablo segun mi conciencia; antes de vuestra confesion »sabia de vos cosas muy desagradables que se repetian en »el mundo, lo cual me afligia tanto por la ofensa de Dios »como por interés de vuestra reputacion, que no sabia »cómo defender; pero ahora ya tengo que responder á lo »que puedan decir contra vos.—Pero, padre mio, el pasa»do queda siempre cierto.—De ningun modo; si los hom»bres os juzgan como el fariseo juzgaba á santa Magdale»na despues de su conversion, tendreis á Jesucristo y á »vuestra conciencia por defensores.—Pero en fin, vos mis»mo, padre mio, ¿qué pensais del pasado?—Os aseguro que

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. XI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»nada, porque ¿cómo quereis que mi pensamiento se de-»tenga sobre lo que no es ya nada delante de Dios? ¿Cómo »hacer para no pensar en nada, sino dejar de pensar ab-»solutamente? Yo no pensaré mas que en alabar á Dios y »en celebrar la fiesta de vuestra conversion. Sí, quiero »celebrar esta querida fiesta con los ángeles del cielo que »se alegran de la mudanza de vuestro corazon.» Y como al decir todo esto tenia el rostro bañado en lágrimas: «¿Llo-»rais sin duda por la abominacion de mi vida? le dijo la »penitente.—¡Oh! no, contestó el santo prelado, lloro de »alegría por vuestra resurreccion á la vida de la gra-»cia.» (1)

Tan dulce en todas las acciones de su vida como en el tribunal de la penitencia, nunca Francisco mandaba, ni aun á los que estaban bajo su obediencia, sino como por modo de súplica ó insinuacion, y nunca reprendia á nadie sino por medio de dulces demostraciones, ó con un silencio mas significativo aún que las palabras (2). Un dia en que le reconvenian por no haber reprendido severamente á un joven que habia ultrajado y aun golpeado á su madre, y que lo habian llevado á él para que lo hiciera conocer lo grande de su falta: «Qué quereis, contestó, he »hecho lo posible por armarme de una cólera que no pe-»case, y para deciros verdad, he temido perder en un »cuarto de hora la poca dulzura que he trabajado en reu-»nir hace veintidos años, gota á gota como el rocío, en el »vaso de mi pobre corazon, á la manera que una abeja »tarda varios meses en hacer un poco de miel que un hom-»bre consume de un bocado; además, ¿de qué sirve hablar »á quien no lo entiende? Este jóven no estaba en estado »de aprovecharse de mis reprensiones, porque la mala »disposicion de su corazon le habia quitado la razon y el »juicio; una correccion amarga no le hubiera servido de »nada y me hubiera perjudicado á mí mismo, que hubiera

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. III, sec. XXXVIII.
(2) Idem, p. VII, sec. XI.

»hecho como aquellos que se ahogan queriendo salvar á »los otros.» (1)

Esta dulzura daba al santo Obispo tanto imperio sobre los corazones, que, salvo algunos génios escepcionales, como el del hijo desnaturalizado de que acabamos de hablar, hacia de todos lo que queria y nadie podia resistirle. Como condescendia gustoso á los deseos de cada uno, todos tambien á su vez se rendian á los suyos, y se consideraban felices en poderle agradar. Un dia en que disputaban delante de él dos hombres con estremada violencia, los miró con bondad á uno despues de otro, acompañando esta mirada de algunas palabras de paz; y esto fué bastante para que, calmados y vencidos con su dulzura, se abrazasen el uno al otro. «Confieso ingénuamente, dice »Mr. de Belley (2), que tenia tanto placer en hacer algu-»na cosa que le fuera agradable, que cuando me manifes-»taba estar contento con lo que habia hecho, daba con la »cabeza en las estrellas..... y he conocido personas que se »estremecian cuando se acercaba á ellas, no por el temor »de desagradarle, porque nadie le desagradaba por desa-»gradable que fuese, sino por el temor de no agradarle »bastante.»

Por esta razon recomendaba constantemente la dulzura en el gobierno de los hombres. «El espíritu humano es »así, decia; se resiste al rigor; todo por dulzura, nada por »fuerza; la dureza pierde todo, ágria los corazones, en-»gendra el ódio, y el bien que hace, lo hace de tan mala »gana que no se le agradece. La dulzura, por el contra-»rio, maneja el corazon del hombre á su voluntad y lo »modela segun sus designios.» (3) De ahí estos proverbios que tenia con frecuencia en la boca: «Jamás el azúcar »echó á perder las salsas, pero en cambio, estas se pierden »á menudo por demasiada sal. En las buenas ensaladas se

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, sec. XXV.
(2) Idem, p. XIV, sec. XXIII.
(3) Idem, p. VII, sec. XI; p. X, sec. III.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»debe poner mas aceite que vinagre. Bienaventurados los »corazones blandos, porque ellos no se romperán (1). Bien- »aventurados los hombres dulces, porque ellos poseerán la »tierra; es decir, que serán dueños de los corazones, y to- »das las voluntades estarán en sus manos. Es preciso, aña- »dia, obrar en las almas como hacen los ángeles, por me- »dio de movimientos graciosos y sin violencia (2). Es ne- »cesario atraerlas, pero del mismo modo que los perfumes, »que no tienen otro poder para atraer que la suavidad; y »¿cómo puede atraer la suavidad sino suavemente? Es pre- »ciso, en fin, imitar el ejemplo de Jesucristo, que mante- »niéndose á las puertas de los corazones insta para que le »abran, pero sin forzarlos nunca.» (3)

El teatro mas ordinario de su dulzura era la cárcel del obispado, donde, segun la disciplina de la época, se encerraba á los eclesiásticos que daban algun escándalo. Cuando estos podian conseguir hablarle, alcanzaban casi siempre su gracia, no pudiendo su corazon tan bueno resistir á sus instancias; pero lo mas frecuente era que ántes los hubiese convertido con el ascendiente de su dulzura. Habiendo uno de ellos pedido con lágrimas una audiencia con el santo Obispo, los oficiales de la prision rehusaron primero acceder á sus ruegos, considerando que su falta merecia un castigo ejemplar; pero por fin, cediendo á sus instancias le presentaron á Francisco, y al punto el culpable se arrojó á sus piés, pidió misericordia y prometió cambiar de vida. «¡Ah! soy yo, contestó el san- »to Obispo cayendo á su vez de rodillas ante su prisione- »ro, soy yo quien os ruega, por la misericordia de Jesu- »cristo, que tengais compasion de mí y de todo el clero de »esta diócesis, de la Iglesia y de la religion, que compro- »meteis con vuestra conducta, de vos mismo y de vuestra »alma, que perdeis por toda la eternidad. Os lo pido por

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. III, sec. XXIII.
(2) Carta de la santa Madre Chantal, 14 de octubre de 1604.
(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VII, sec. XI.

»todo lo que hay de mas sagrado en el cielo y en la tierra, »por la sangre de Jesucristo que hollais con vuestros piés, »por el amor del Salvador que crucificais de nuevo, por »el espíritu de gracia al que haceis ultraje. Reconciliaos, »reconciliaos con Dios por medio de una sincera peniten- »cia.» Estas dulces palabras movieron tan vivamente al culpable, que desde entonces cambió de vida y fué un modelo de sacerdotes (1).

Habiendo pedido tambien otro una audiencia, los oficiales no quisieron consentir en ello, y sabiéndolo el santo Obispo: «Puesto que le prohibís, les dijo, que venga á »mí, no me impedireis á mí que vaya á él; puesto que no »quereis que salga de la prision, yo iré á buscarle á ella.» Fué en efecto, y viendo á aquel pobre hombre á sus piés, le levantó, le estrechó en sus brazos, le besó afectuosamente con lágrimas, y volviéndose á los oficiales: «¿No sa- »beis, les dijo, que Dios ha perdonado á este hombre? Y »si Dios lo justificó, ¿quién le condenará? No seré yo el que »lo haga..... Id, hermano mio, dijo al culpable, id en paz »y no pequeis mas..... conozco que estais verdaderamente »arrepentido.—Os engaña, le dijeron los oficiales, es un »hipócrita.—Si me engaña, dijo el santo prelado, se hace »á sí mismo mas daño que á mí; pero le creo sinceramen- »te arrepentido, y consiento en ser fiador suyo.—Monse- »ñor, dijo el recluso deshecho en llanto, estoy dispuesto »á recibir la penitencia que quieran imponerme, cual- »quiera que ella sea, pues por grande que sea igua- »lará á mi dolor por haber pecado, y hago libremente di- »mision de mi beneficio si así lo juzgais conveniente.—Lo »sentiria mucho, replicó Francisco, tanto mas cuanto que »espero que el campanario que al caer derribó la iglesia »con su escándalo, una vez reedificado la adornará en »adelante.» La prediccion del santo Obispo salió cierta, deduciendo de aquí esta memorable consecuencia: «Que

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, sec. X.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»con la dulzura se hacen penitentes y con la severidad »hipócritas.» (1)

Nada tan amable como los consejos que daba sobre este asunto al Obispo de Belley. «Sed siempre lo mas dul- »ce que podais, le decia, porque se cojen mas moscas con »una cucharada de miel que con cien barriles de vinagre. »Nada hay que edifique tanto como la caritativa indul- »gencia, pues en esta, como en el aceite de la lámpara, »luce la llama del buen ejemplo (2). Si es preciso caer en »algun estremo, que sea en el de la dulzura.—Pero, decia »el Obispo de Belley, cuando los hombres no corresponden »á vuestra dulzura sino con murmuraciones, calumnias y »censuras, ¿qué medio hay para ser dulce?—Seguir sién- »dolo, contestaba el Obispo de Ginebra. Ved al Hijo de »Dios; ¿de cuántas contradicciones y murmuraciones no »ha sido objeto? Tan santo como era se le miró como un »impostor, como un sedicioso, como un Samaritano po- »seido del demonio, y muchas veces cojieron piedras para »apedrearle. Sin embargo, no maldijo á los que lo maldi- »jeron, sino que devolvió bendicion por maldicion, pose- »yendo su alma en paciencia.—Pero, añadia Mr. de Ca- »mus, cuando son personas consagradas á Dios las que »están animadas de un santo celo contra nosotros, ¿no hay »motivo para que nos disgustemos?—No, contestó el santo »prelado, pues estas personas están sin duda en un error; »y además, ya sabeis que las moscas que hacen la miel »son las que tienen el aguijon mas picante.—Es preciso »esperar que un dia reconozcan su yerro, y entonces os »amarán mas que nunca..... No encuentro en esto mas »que una cosa que resulte en desventaja vuestra, y es que »hace que os quejeis, cuando convendria que no hablárais »de ello sino á Dios rogando por ellas (3). Pero, padre »mio, solo confio mis penas en vuestro seno y al oido de

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, sec. XI.
(2) El P. la Riviere, p. 584.
(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. III, sec. II; p. X, sec. XXXII.

»vuestro corazon ¿y á quién recurrirá un hijo, sino á su »padre?—Ciertamente que teneis razon, contestó Francis- »co, en decir que sois un niño; pero esto no conviene al »que Dios ha dado el ministerio de padre en su Iglesia. »Es preciso decir como el Profeta: *Me he callado y no he »abierto mi boca, porque sois vos, Señor, el que lo habeis »hecho*, es decir, el que lo ha permitido.—Padre mio, le »dije yo, os habeis vuelto demasiado duro y severo con- »migo; ¿dónde están, pues, vuestras antiguas bondades?— »Os trato, contestó, como me trataria á mí mismo en se- »mejante caso. Recordad la bienaventuranza prometida á »los que sufren persecucion por la justicia, y sed mas ani- »moso en lo sucesivo, ocultando bajo un profundo silen- »cio estos favores cuando Dios os los envie, sin dejar eva- »porar su perfume, y dando gracias al Padre celestial, que »se digna daros una pequeña parte en la cruz de su »Hijo.» (1)

Esta dulzura, que Francisco recomendaba tanto en todas circunstancias, la practicaba en su vida íntima hasta con los criados, no diciéndoles nunca una palabra de mal humor. Si los reprendia cuando cometian faltas, la correccion estaba tan mezclada con la dulzura, «que »entraba en ella, dice Mr. de Belley, mas aceite que vi- »nagre (2);» y si les pedia alguna cosa para su servicio, era siempre con palabras dulces y agradables (3). Habien- do ido á verle un dia un gran señor, y prolongándose la conversacion hasta la caida de la tarde, sin que los cria- dos pensaran ni en traer luz á su amo ni en alumbrar el palacio, Francisco, despues de haber conducido al señor por la oscuridad, dijo por toda reconvencion al criado en- cargado de encender: «¿Sabeis, amigo mio, que dos bujías »nos hubieran valido esta noche diez escudos de honor?» (4)

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XI, sec. I.
(2) Idem, p. V, sec. XXVII.
(3) Dep. de Dumon.
(4) Dep. de Ratelier.—Juan de San Francisco, p. 430.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Habiéndose estado entreteniendo otra vez dos de sus criados en jugar á las cartas en vez de cumplir con su ocupacion, salió sin ruido de su cuarto, arrojó al fuego con la escoba las cartas que estaban sobre la mesa, y se retiró sin decir nada (1). Cuando cumplian bien con su deber, los alentaba, y les demostraba con dulces palabras y amabilidad que estaba contento de ellos, que tenian toda su confianza, que aspiraba á hacerlos felices, que los consideraba en fin como sus hijos y como sus amigos; y cuando estaban enfermos, tenia con ellos los cuidados de una madre. Así era como queria que los amos tratasen á sus criados, no pudiendo ver sin dolor la conducta contraria y sus funestas consecuencias. Le objetaba contra todos estos principios, dice Mr. de Belley, el proverbio tan conocido: «La »familiaridad es causa de menosprecio.—Sí, me dijo, la »familiaridad grosera y reprensible, pero nunca la fami»liaridad cortés, cordial, honrada y virtuosa; porque como »procede del amor, engendra el amor verdadero, que no »está nunca sin estimacion y por consiguiente sin respe»to..... Nadie hay á quien se respete mas y se tema tanto »ofender como al que se ama cordialmente. Es preciso »que nos acordemos siempre de que nuestros criados son »prójimos nuestros y pobres hermanos, que la caridad nos »obliga á amar como á nosotros mismos. Amemos así á »estos queridos prójimos que están tan cerca de nosotros, »que habitan bajo el mismo techo y se alimentan de nues»tros mismos bienes, y tratémoslos como quisiéramos ser »tratados si estuviéramos en su lugar y fuéramos de su »condicion.» (2)

De aqui resultaba, que los criados le amaban como á su padre; y no hay cosa mas tierna que las informaciones que hicieron acerca de él en el proceso de su beatificacion. «No »puedo menos de llorar de ternura y devocion, dice uno de »ellos, Francisco Favre, cada vez que pienso en mi buen

(1) Dep. de Miguel Favre.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec. XXVII.

»amo, en tantas santas acciones como le he visto practicar »durante su vida; siendo mi único consuelo, despues de su »muerte, pensar en él y hablar de él á todos los que trato, »y rogarle todos los dias no olvide delante de Dios á su »pobre servidor.»

Los rasgos de recíproco afecto entre el amo y los criados son tan numerosos, que nos vemos obligados á limitarnos á referir tan solo una pequeña parte de ellos. Una noche, uno de sus criados que se dejaba llevar del esceso en beber, y habia recibido del santo Obispo algunas reprensiones con este motivo, salió para satisfacer su desgraciada inclinacion, volvió ya muy tarde al palacio y llamó á la puerta, pero nadie le contestó porque todos estaban dormidos. Francisco, que era el único que velaba, se levantó, fué á abrir, y encontrando á aquel pobre hombre de tal suerte embriagado que apenas podia andar, le cogió por el brazo, le hizo entrar, le llevó hasta su cama, allí le desnudó, le descalzó y le acostó, retirándose despues de haber arreglado su ropa como lo haria una madre con su hijo. Al dia siguiente el criado, acordándose de lo que habia hecho la víspera, estaba confundido y no se atrevia á presentarse delante de su amo; pero habiéndole Francisco encontrado solo: «Amigo mio, le dijo, ¿estábais acaso ayer enfermo?» A estas palabras el pobre muchacho cayó de rodillas y pidió perdon con lágrimas. El santo Obispo, movido de su arrepentimiento, le hizo una paternal pero severa reconvencion sobre el peligro en que se habia puesto de perder su alma por toda la eternidad, y le condenó á que añadiera cierta cantidad de agua al vino por un tiempo determinado. El culpable aceptó la penitencia, y fué tan fiel á ella, no solo durante este tiempo sino por todo el resto de su vida, que no volvió á caer nunca en ningun esceso (1).

Deseando otro criado casarse y habiendo ido por la noche, porque no se enterara su amo, á pedir la persona con quien deseaba casarse, Francisco, informado del hecho, se

(1) Dep. de la Hermana Greffier.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quejó dulcemente á él de este modo de obrar tan poco franco, y le ofreció ayudarle en su designio. Este hombre, conmovido con tanta bondad, le contestó que era demasiado feliz en vivir con tan buen amo, y que queria mejor renunciar al matrimonio que separarse de él; «No, dijo »Francisco, esa persona os conviene; el matrimonio con »ella os será ventajoso; yo me encargo de allanar todos los »obstáculos que se opongan á él y se hará;» lo que en efecto se verificó poco despues (1).

El santo Obispo se condujo casi del mismo modo con Francisco Favre, otro de sus criados, el cual, habiendo concebido el deseo de casarse con una jóven viuda, rica y virtuosa, llamada la señora Clavel, pensó un dia escribirle pidiéndole su mano, creyendo que se esplicaria mejor por carta que de palabra; pero cuando estaba ocupado en escribir, su amo entra en su cuarto y al punto arroja la pluma por un lado, el tintero por otro, y oculta el papel debajo de la mesa. El santo Obispo, sin decir nada al p rincipio, dió dos ó tres vueltas por el cuarto, y luego mirando al jóven: «Francisco, le dijo, cuando he entrado está- »bais escribiendo;» á lo cual el pobre hombre confuso, no supo qué responder. «¿Qué escribíais?» añadió su amo. Pero viendo que no se esplicaba, le dijo: «Por ventura no »soy amigo vuestro, y por eso no me haceis esta confianza.» Habiéndose esplicado, por fin, el muchacho, el santo Obispo leyó la carta. «No entendeis nada de esto,» le dijo, y al punto se sentó y escribió él mismo una carta perfectamente redactada, á la que no faltaba mas que la firma. «Tomad, dijo á Favre, copiad esa carta, enviadla, y vereis »como todo sale bien.» Favre obedeció, y algunos dias despues la viuda, alhagada por la gracia con que este hombre pedia su mano, fue á consultar al santo prelado, que la aconsejó se casara, asegurándola que el cielo los bendeciria, lo que en efecto sucedió (2).

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, s. XXVII.
(2) Idem, id.—Dep. de la Hermana Greffier.

Pero si se prestaba tan gustoso al casamiento de sus servidores cuando los creia llamados á ese estado, no empleaba menos bondad en disuadirlos de él cuando juzgaba que no les convenia. Así, habiéndole dicho un dia un jóven que estaba á su servicio, de buena presencia, amable y no menos virtuoso, que era buscado y solicitado en casamiento por algunos partidos ventajosos: «Querido hijo, »le contestó, estimo vuestra alma como la mia, y no hay »género de bienes que no os desee y que no quisiera procu- »rároslos si pudiera. Creo que no dudais de ello; pero me »parece que sois aún demasiado jóven para casaros, y que »conviene hacerlo cuando se tiene mas edad y mas juicio. »Pensadlo bien, porque cuando se está embarcado ya no »hay tiempo de arrepentirse. El matrimonio es una órden »en la que es preciso hacer la profesion antes que el novi- »ciado, y si hubiera un año de prueba como para la profe- »sion en los monasterios, pocos habria que profesasen. »Además, ¿por qué quereis dejarme? Yo soy viejo y mori- »ré pronto, y entonces podreis estableceros como os agra- »de. Os dejaré con mi hermano, que cuidará de propor- »cionaros una suerte tan ventajosa como los partidos que »se os presentan ahora.» Al decir estas palabras se arrasaron de lágrimas los ojos del santo Obispo, lo que conmovió tanto al jóven que se arrojó á sus pies, protestándole que le serviria hasta la muerte. «No, hijo mio, con- »testó el santo prelado, no quiero el sacrificio de vuestra »libertad; solo os doy un consejo de amigo, como lo daría »á mi hermano si estuviera en vuestro lugar.» (1) En fin, era tanta la bondad de Francisco con sus criados, que llegaba hasta el punto de obedecer á su ayuda de cámara para levantarse y acostarse, vestirse y desnudarse como si hubiera sido su servidor. Algunas veces, obligado á velar hasta bien entrada la noche para escribir cartas ó hacer diversos trabajos de su cargo, le invitaba á que se fuera á acostar: «¿Me tomais por un dormilon y un perezoso?»

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, s. XIX.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contestaba descontento el criado. Entonces su buen amo se apresuraba á terminar su trabajo para no hacer esperar mas tiempo á su criado. Habiéndose una vez durante el verano, despertado muy temprano por un trabajo importante que tenia que hacer, llamó al ayuda de cámara para que le ayudara á vestirse, y sin esperarle se vistió solo, y se puso á orar, á estudiar y á escribir. Habiendo amanecido, el ayuda de cámara se despertó, corrió al cuarto de su amo y le encontró ocupado en trabajar: «¿Quién os ha »vestido le preguntó bruscamente?—Yo, contestó Fran»cisco, ¿acaso no tengo suficiente edad y fuerzas para »ello?—¿Os costaba tanto llamarme? replicó el criado mur»murando.—Os aseguro, contestó este buen amo, que os »he llamado varias veces, y yo mismo he ido á vuestra »cama, pero os he encontrado dormido tan profunda y tran»quilamente que no he querido despertaros.—Teneis mu»cha gracia, replicó el criado para burlaros así de mí.— »¡Oh! amigo mio, contestó el buen Obispo, no lo he dicho »por burla sino por pura broma. Estad tranquilo para en »adelante, que yo os prometo que otra vez, puesto que lo »quereis, no me vestiré sin vos; os despertaré y os haré »levantar.» (1)

Pero fué sobre todo con Martin, el pobre sordo-mudo que tenia en su casa, con quien resplandeció de una manera mas tierna la bondad de este escelente amo con sus criados. Le habia encontrado en la Roche predicando allí la Cuaresma en 1605; y él mismo lo habia preparado á la comunion Pascual. De vuelta á Annecy, habia continuado dándole sus lecciones con tan feliz resultado, que este hombre habia llegado á conocer no solo nuestros misterios y las reglas de la moral, sino hasta el modo de producir y espresar por señas aun los pensamientos buenos ó malos del espíritu, el consentimiento perfecto é imperfecto de la voluntad, y la diferencia que hay del pecado mortal al venial. Esto nos lo atestigua un autor contemporá-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, s. XVIII.

neo (1). «Me acuerdo, dice, que un lunes ó martes de Car»naval por la noche, despues de cenar, el santo Obispo »hizo venir á Martin á su cuarto, donde habia una respe»table reunion, y le dijo que predicara. El sordo-mudo se »sentó al punto en su sillon, hizo la señal de la cruz, y se »puso á arengar sacando con fuerza de su pecho sonidos »inarticulados. Causaba placer verle representar el robo, »el homicidio, la gula, el orgullo, la vanidad de las mu»jeres y los demás vicios. Para hacer resaltar la gravedad, »levantaba los ojos al cielo, estendia los brazos; y para »mostrar que estos vicios conducen al infierno, se volvia »hácia el fuego y hacia gestos como si hubiera querido »sumir en él á los amadores de este siglo.

»Todas las noches, continúa el mismo autor, este po»bre sordo-mudo examinaba su conciencia antes de acos»tarse, veneraba, saludándolos, los cuadros de Nuestro Se»ñor, de la Santísima Virgen y de los santos, y tomaba »agua bendita con gran respeto. Todos los dias oia devota»mente la Misa, y tenia una religion profunda al Sacra»mento del altar.» Cuando queria confesarse, iba á buscar al santo Obispo á su cuarto, le llevaba á su gabinete ó al oratorio, y hacia salir á los que se encontraban allí, cerraba cuidadosamente todas las puertas y ventanas, examinando por todos lados si podian verle; y luego cayendo de rodillas, descubria por señas todo lo que habia hecho de reprensible, lloraba amargamente, se daba golpes de pecho; y el piadoso confesor, abrazándole con ternura y mezclando sus lágrimas con las suyas, le exhortaba tambien por señar á vivir mejor y á tener confianza. De tiempo en tiempo le admitia á la Comunion, y entonces se le veia aproximarse á la santa mesa con un respeto y devocion que edificaba á todos los asistentes. Un dia el Señor Favre de Valbone, admirando este prodigio de inteligencia, que atribuia á las oraciones del santo Obispo, inter-

(1) El P. la Riviere, pag. 592.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rogó á este por qué no habia pedido á Dios en favor de este desgraciado la palabra y el oido, cosa que hubiese obtenido tan facilmente. «Os confieso, hermano mio, que nunca »he tenido inclinacion á pedir á Dios este milagro, porque »me es muy útil conservar á este hombre tal como está, y »tener que ejercer con él una pequeña práctica de cari»dad diaria y doméstica.» (1)

Nada en efecto tan interesante como el afecto tierno y delicado del santo Obispo hácia este pobre sordo-mudo. En la mesa se complacia en hacerle algunas finezas, ofreciéndole viendas en el estremo de su tenedor. Encargaba á los otros criados le prodigaran sus cuidados; y cuando sabia que le habian causado algun disgusto: «¿Qué han »hecho á este pobre hombre? preguntaba al punto; id y »procurad contentarle;» y aun él mismo iba con frecuencia á acariciarle, como hubiera hecho una tierna madre para consolar á su hijo afligido. Por su parte, Martin amaba á su amo mas de lo que se puede espresar. Cuando volvia de sus viajes corria al punto á su encuentro, y le manifestaba con mil señas la alegría que esperimentaba con su vuelta. Este afecto fué creciendo con los años, de tal suerte que á la muerte del santo Obispo, este bueno y fiel servidor estuvo á punto de morir de pena. Trastornado, fuera de sí, no queria recibir ningun consuelo, y jamás un hijo lloró mas amargamente á un padre ó á una madre (2).

Pero no era solo con sus semejantes con los que Francisco se mostraba tan dulce y tan bueno, pues su bondad se estendia hasta los animales. Nunca les hacia ningun mal, é impedia cuanto podia que se les hiciese, diciendo que la compasion con los animales forma parte de un buen natural; que el que es dulce con ellos, lo es con mayor razon con los hombres; que, por el contrario, hacer mal á los animales, cualesquiera que sean, por solo el placer de hacerlo y sin razon suficiente, es indicio de un mal cora-

(1) Dep. de M. Favre.
(2) El P. la Riviere, p. 398.—Carlos Aug., p. 327.

zon. «Cuando estaba en mi casa, dice Mr. de Belley (1), »tenia un cervatillo que pacia en mi huerto, y habiendo »venido á visitarnos un señor de alta clase acompañado »de todo su séquito de caza, quiso hacer perseguir á aquel »animal por sus perros. Mucha gente se reunió para este »espectáculo; pero el hombre de Dios, despues de haber »tratado en vano de impedirlo, no quiso asistir. Por fin, »tocan los cuernos, y los perros se lanzan con grandes »ahullidos en persecucion del ciervo, pero el pobre ani»mal, como si hubiese conocido al que habia querido ser »su libertador, huyó al pié de la ventana donde estaba el »santo Obispo mirando con dolor, y dió saltos en la pared »como para ir á él. Francisco, conmovido hasta derramar »lágrimas, pidió gracia para él, pero en vano; el pobre ani»mal cayó bien pronto en poder de los perros. Cuando le »trajeron muerto apartó la vista de él, y cuando lo sirvie»ron á la mesa: ¡Ay! dijo, el placer que habeis esperimen»tado en perseguir á este pobre animal, me recuerda el »placer que esperimentan los demonios en perseguir á las »almas para precipitarlas en el pecado, y de este en la »muerte eterna.»

Es digno de llamar la atencion, que todo lo dulce que era Francisco con los que se le aproximaban, otro tanto queria que lo fueran consigo mismo (2), no ciertamente con esa dulzura débil que acaricia y contemporiza con los propios defectos, sino con esa dulzura humilde que se compadece de las propias miserias, que no se disgusta consigo mismo por un despecho de amor propio, sino que se anima con paz y energía para corregirse. «Tolerando »sus defectos con dulzura, dice uno de sus historiado»res (3), no se despechaba nunca consigo mismo; y el dis»gusto que tenia de sus faltas era pacífico, profundo y

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, sec. XXXIV; p. XIV, seccion XXXIII.
(2) *Introduccion á la vida devota*, p. III, sec. IX.
(3) Juan de San Francisco, p. 468.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»firme, considerando que nos castigamos mucho mejor á »nosotros mismos con un arrepentimiento tranquilo y »constante que con reconvenciones ágrias y coléricas. En »cuanto á mí, decia, no quisiera despues de una caida de »vanidad, por ejemplo, reprender á mi corazon con estas »palabras: Eres muy miserable y abominable, puesto que »despues de tantas resoluciones te has dejado llevar de la »vanidad. Muere de vergüenza; no levantes ya mas los »ojos al cielo, ciego cínico y desleal á tu Dios; sino que »quisiera corregirle razonablemente y por via de compa- »sion, diciéndole: Mira, pobre corazon mio, cómo hemos »caido en el foso que queríamos evitar; levantémonos, es- »peremos en la misericordia de Dios y volvamos á empren- »der el camino de la humildad. ¡Animo! estemos mas en »guardia, que ayudándonos Dios haremos mucho; fundan- »do en esto una firme resolucion de no volver á caer.» «Cuando nos sucede que cometemos una falta, dice en otra »parte, es preciso corregir á nuestro corazon dulce y tran- »quilamente, sin irritarnos ni turbarnos.» (1) «Postrémonos »ante Dios, añade en otro lugar (2), para decirle en espí- »ritu de confianza y humildad: Misericordia, Señor, porque »estoy enfermo; y luego levantémonos con paz, anudemos »el hilo de nuestros afectos y continuemos nuestra obra. »Es preciso que suframos nuestra propia imperfeccion, »para alcanzar la perfeccion; que tengamos paciencia con »nuestros propios defectos trabajando en corregirlos, para »lo cual debemos empezar todos los dias y no creer nunca »que hemos hecho bastante.»

(1) Carta DCCC.

(2) Carta DLXXXII.—*Espiritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, sec. XIX; p. XVIII, sec. XX y XXI.

CAPITULO XI.

Su celo (1).

Estamos habituados á mirar la dulzura como la virtud dominante y característica de Francisco de Sales; y si su nombre se ha conservado en la Iglesia, suave como un delicioso perfume, es porque en la apreciacion comun, este nombre se identifica con la dulzura misma. La santa Madre Chantal, sin embargo, juzgaba de un modo muy diferente de su bienaventurado Padre. A pesar de la alta idea que tenia de su dulzura, consideraba que habia en él una virtud mas dominante aún, y era el celo por la salvacion de las almas. Tal era, en efecto, el celo de este hombre apostólico, que no podia pensar, sin sentir su corazon traspasado, en la desgracia de los pecadores que se condenan, ó en el peligro de las almas que se relajan en el camino de la virtud. Esto le hacia derramar lágrimas amargas, y gemir dia y noche; y si los otros negocios venian á veces á distraer su espíritu, se le oia así que le volvia de nuevo aquel pensamiento, suspirar como un hombre á quien se toca en una llaga abierta. «¡Oh, Señor! decia, haced que »estos ciegos vean; decid una sola palabra y serán cura- »dos; convertidlos, y quedarán convertidos.» En la época del Carnaval escribia á la Madre Chantal (2): «Aquí me »teneis sumido en este triste tiempo; á pesar de lo mise- »rable y detestable que soy, tengo el corazon abismado »en el dolor, viendo tantas almas que se descuidan en sus »deberes. Estos dos últimos domingos, muchas Comunio- »nes se han reducido á la mitad, y todo por seguir la va- »nidad. ¡Oh, qué sensible me es esta desercion!» La pri- mera vez que celebró de pontifical en su catedral en la fiesta patronal de San Pedro Advíncula, no pudo contener

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 44, p. 169; art. 47, p. 187.

(2) Carta DCXLIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»firme, considerando que nos castigamos mucho mejor á »nosotros mismos con un arrepentimiento tranquilo y »constante que con reconvenciones ágrias y coléricas. En »cuanto á mí, decia, no quisiera despues de una caida de »vanidad, por ejemplo, reprender á mi corazon con estas »palabras: Eres muy miserable y abominable, puesto que »despues de tantas resoluciones te has dejado llevar de la »vanidad. Muere de vergüenza; no levantes ya mas los »ojos al cielo, ciego cínico y desleal á tu Dios; sino que »quisiera corregirle razonablemente y por via de compa- »sion, diciéndole: Mira, pobre corazon mio, cómo hemos »caido en el foso que queríamos evitar; levantémonos, es- »peremos en la misericordia de Dios y volvamos á empren- »der el camino de la humildad. ¡Animo! estemos mas en »guardia, que ayudándonos Dios haremos mucho; fundan- »do en esto una firme resolucion de no volver á caer.» «Cuando nos sucede que cometemos una falta, dice en otra »parte, es preciso corregir á nuestro corazon dulce y tran- »quilamente, sin irritarnos ni turbarnos.» (1) «Postrémonos »ante Dios, añade en otro lugar (2), para decirle en espí- »ritu de confianza y humildad: Misericordia, Señor, porque »estoy enfermo; y luego levantémonos con paz, anudemos »el hilo de nuestros afectos y continuemos nuestra obra. »Es preciso que suframos nuestra propia imperfeccion, »para alcanzar la perfeccion; que tengamos paciencia con »nuestros propios defectos trabajando en corregirlos, para »lo cual debemos empezar todos los dias y no creer nunca »que hemos hecho bastante.»

(1) Carta DCCC.

(2) Carta DLXXXII.—*Espiritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, sec. XIX; p. XVIII, sec. XX y XXI.

CAPITULO XI.

Su celo (1).

Estamos habituados á mirar la dulzura como la virtud dominante y característica de Francisco de Sales; y si su nombre se ha conservado en la Iglesia, suave como un delicioso perfume, es porque en la apreciacion comun, este nombre se identifica con la dulzura misma. La santa Madre Chantal, sin embargo, juzgaba de un modo muy diferente de su bienaventurado Padre. A pesar de la alta idea que tenia de su dulzura, consideraba que habia en él una virtud mas dominante aún, y era el celo por la salvacion de las almas. Tal era, en efecto, el celo de este hombre apostólico, que no podia pensar, sin sentir su corazon traspasado, en la desgracia de los pecadores que se condenan, ó en el peligro de las almas que se relajan en el camino de la virtud. Esto le hacia derramar lágrimas amargas, y gemir dia y noche; y si los otros negocios venian á veces á distraer su espíritu, se le oia así que le volvia de nuevo aquel pensamiento, suspirar como un hombre á quien se toca en una llaga abierta. «¡Oh, Señor! decia, haced que »estos ciegos vean; decid una sola palabra y serán cura- »dos; convertidlos, y quedarán convertidos.» En la época del Carnaval escribia á la Madre Chantal (2): «Aquí me »teneis sumido en este triste tiempo; á pesar de lo mise- »rable y detestable que soy, tengo el corazon abismado »en el dolor, viendo tantas almas que se descuidan en sus »deberes. Estos dos últimos domingos, muchas Comunio- »nes se han reducido á la mitad, y todo por seguir la va- »nidad. ¡Oh, qué sensible me es esta desercion!» La pri- mera vez que celebró de pontifical en su catedral en la fiesta patronal de San Pedro Advíncula, no pudo contener

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 44, p. 169; art. 47, p. 187.

(2) Carta DCXLIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus lágrimas; y despues del oficio, se retiró á la capilla de San Pedro para llorar con mas libertad. Habiéndole preguntado su hermano Luis de Sales la causa de su dolor: «¡Ay! le dijo, veo á mi iglesia de Ginebra aherrojada »con las cadenas de la herejía y del pecado; y para rom»perlas, en vez de un ángel solo me tiene á mí, vuestro »hermano, miserable pecador.» «Sí, decia á la Madre Chan»tal en otra ocasion, las cadenas de San Pedro, á quien mi »iglesia está dedicada, ligan estremadamente á mi corazon »y le oprimen con fuerza, cuando veo que la divina Pro»videncia ha permitido que mi diócesis sea la silla de la »herejía.» (1) Nunca cantaba en el coro, ó rezaba en su oficio el salmo de los Israelitas desterrados en Babilonia, *Super flumina Babylonis*, sin que le viniesen las lágrimas á los ojos con el recuerdo de su amada Ginebra, de la que se veia desterrado, no porque desease las riquezas, sino porque se afligia al ver perderse tantas almas. *Da mihi animas*, decia, *cætera tolle tibi;* dadme las almas, que yo no deseo mas que eso (2).

Por otra parte, la alegría de su corazon era incomparable cuando veia á las almas convertirse y darse enteramente á Dios, como refiere él mismo en una carta que escribia á la santa Madre Chantal, al salir de una mision donde habia estado confesando sin descansar dia y noche. «Estos dias han sido para mí preciosísimo oro, le decia. »¡Oh, qué consuelo me ha causado la conversion de un »gran número de almas! He hecho la recoleccion con lá»grimas, en parte de alegría, en parte de amor, en medio »de mis queridos penitentes. ¡Oh, Salvador de mi alma! »qué gozo ver entre otros á un caballero de veinte años, »bizarro como el dia, valiente como su espada, volver á »la religion católica, acusarse tan santamente de todos sus »pecados, que se veia claramente en él la accion de la »gracia y sus secretos movimientos, elevados y admira-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 1.º de agosto.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec. XX.

»bles, para volverle á la senda de la salvacion. ¡Cuán fue»ra de mí estaba, y cuántos besos de paz le di!» (1)

Así toda la vida de este hombre apostólico fué una inmolacion contínua de sí mismo en bien de las almas, hasta el punto de dejar el servicio que miraba directamente á Dios, para ir á donde le llamaba el servicio del prójimo; diciendo á menudo, que su dicha sería morir por la conversion de las almas, ó ser enviado por el Papa á las Indias, al Japon ó á Nicópolis, cuyo título habia llevado cuando coadjutor, para predicar allí la fe con peligro de su vida (2). «No temais importunarme, escribia á un sacerdote (3); he »sacrificado mi vida y mi alma á Dios y á su Iglesia, y »¿qué importa que me incomode con tal que pueda hacer »algo por la salvacion de las almas? Para la caridad no »hay pena que no sea muy amada: *Ubi amatur, non labo»ratur; vel si laboratur, labor amatur.*»

La alegría suprema en este mundo, á su parecer, era ganar un alma á Dios. Antes que dejar el cuidado de los pecadores, preferiria dejar mil mitras y báculos si los tuviera. A veces, en sus viajes, bajaba del caballo, para confesar y consolar en medio del campo, á los pobres que querian confiarle sus pesares (4); y cuando sus compañeros de viaje se quejaban: «Soy Obispo para los pecadores, »les contestaba, pastor para las ovejas enfermas, y médico »para los que sufren.» Habiendo un dia encontrado en su camino á un pobre caido en tierra, se aproximó á él, reconociendo que estaba herido de muerte, pero que su alma se hallaba mas enferma aún; porque este desgraciado, en vez de pensar en la eternidad, á la que estaba próximo á entrar, no hacia mas que maldecir de su enemigo, y jurar que se vengaría y que denunciaria el atentado al juez criminal. «Amigo mio, le dijo el santo Obispo, mas teneis

(1) Carta LII.
(2) Dep. de Langin.
(3) Carta CCXXI.
(4) Dep. de Moquet.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»necesidad de un sacerdote y de un médico que del juez »yo me encargo de hacer venir á un médico; pero entre- »tanto, os ruego pongais en órden vuestra conciencia.» En seguida, aproximando su oido á la boca del desdichado, escuchó su confesion, le hizo deponer todo pensamiento de venganza, y devolvió á su alma, con la dicha de la inocencia recobrada, la paz y la resignacion.

Este mismo celo le hacia asistir con gusto á los criminales condenados á muerte, para ayudarlos á bien morir; y despues de haber oido su confesion, volvia á menudo á verlos para prepararlos al último paso, sugiriéndoles de tiempo en tiempo actos de fe, de esperanza y de caridad, de contricion, de resignacion con la voluntad de Dios y de abandono en su misericordia. «Besando amorosamen- »te los pies de la justicia de Dios, les decia, es como se »llega con seguridad entre los brazos de su misericordia; »porque escrito está, que los que esperan en su bondad no »serán confundidos.» Estas dulces palabras llenaban su corazon de tanta confianza, que se vió á algunos ir á la muerte con alegría y contento, diciendo como San Agustin: «Vale mas morir amando á Dios, que vivir ofendiéndole.» (1)

A este gran celo fué al que debió la Iglesia la conversion de setenta y dos mil herejes, veinticinco mil en el Chablais y en las provincias vecinas, y otros cuarenta y siete mil en los demás lugares donde dirigió sus pasos (2). De aquí tambien aquella inmensa correspondencia con las almas, dispersada en diferentes provincias, para dirigirlas por los senderos de la perfeccion; de aquí aquel ardor por la santificacion de sus sacerdotes, que era á sus ojos la primera condicion de la reforma de los pueblos; de aquí tantos sínodos y constituciones, tantas exhortaciones apremiantes para la exacta observancia de los cánones, tantos remedios de todas clases, que hicieron del

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, s. VI.
(2) Dep. de Largin.

clero de su diócesis el mas regular y ejemplar de la Iglesia; de aquí, por lo que á él mismo concernia, esos trabajos contínuos y esa abnegacion incesante por el mayor bien de las almas. «Una multitud de personas acuden á »mí, escribe á la santa Madre Chantal, para saber cómo se debe servir á Dios. Ayudadme con vuestras observaciones, »pues aunque tengo mas ardor que nunca, ya veis que »son tantos los hijos que se arrojan en mis brazos, que »perderé la fuerza si el amor de Dios no me aumenta el »vigor.» De aquí tantos escelentes escritos para evangelizar á los que no podia llegar su palabra, tantas escursiones apostólicas, tantas visitas pastorales á través de las montañas y de las rocas, tanta asiduidad infatigable para predicar á todas partes donde iba, dentro ó fuera de su diócesis.

Desde su entrada en el estado eclesiástico hasta su última enfermedad, tuvo por principio no rehusar ninguna invitacion para anunciar la divina palabra (1). Casi todos los años predicaba en alguna parroquia las misiones del Adviento y de la Cuaresma, y en estas misiones predicaba casi todos los dias. Cuando estaba en Annecy, se pasaban pocos domingos y fiestas en que no predicase en alguna Iglesia, y esto sin contar las ocasiones que se presentaban durante la semana; y cuando salia de Annecy, á cualquier parte que fuese, tanto lejos como cerca, evangelizaba á los pueblos ávidos de oirle, lo que le hizo decir poco antes de su muerte, que habia predicado durante su vida mas de cuatro mil sermones (2).

En todas sus predicaciones, un solo sentimiento le conducia al púlpito, y este era el celo por la gloria de Dios y la salvacion de las almas; celo tan purificado de todo interés humano, que predicaba con tanto gusto en el campo como en la ciudad, delante de los pobres como de los ricos, como hemos podido notar á menudo en el curso de

(1) Dep. de Favre.
(2) Dep. de Santa Chantal, art. 35, p. 125.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esta historia. Aunque el auditorio se redujese tan solo á unas cuantas personas, les dirigia la palabra con el mismo ardor que en medio de las asambleas mas numerosas. «Nun»ca estoy mas contento, decia, que cuando al subir al »púlpito veo poca gente, pues una esperiencia de treinta »años me ha demostrado que entonces es cuando se saca »mas fruto; he visto siempre á la predicacion producir ma»yor bien en las pequeñas concurrencias que en las gran»des. Por eso, decia, ni un grande auditorio me alienta, ni »uno pequeño me desanima; con tal que alguno quede edi»ficado, eso basta.» (1)

Su modo de predicar estaba muy lejos de ser estudiado, preparando sus sermones lo mas frecuentemente paseándose y meditando en un santo recogimiento, lo que era para él como un foco de luz que le iluminaba sobre lo que debia decir. Hablaba luego en el púlpito de una manera sencilla y enteramente apostólica, únicamente preocupado por el deseo de ser útil á las almas. «He notado siempre, dice un testigo interrogado en el proceso de su »beatificacion (2), que predicaba apostólicamente, bus»cando solo la salvacion de las almas y no el aplauso de »las criaturas. Una vez se detuvo de repente en el púlpito, »habiéndose apercibido de que su palabra halagaba dema»siado los oidos de sus oyentes, que estaban á punto de »aplaudir, y tomó un estilo mas sencillo, y mas propio »para que se olvidaran del orador, con el fin de que no pen»saran mas que en el fondo de las cosas.» «Aclaraba todo »lo que decia, cuenta otro testigo (3), con palabras tan »inteligibles, con comparaciones tan sensibles y con es»posiciones tan claras, que las personas mas rústicas com»prendian y referian al salir de la iglesia, con un contento »incomparable, las hermosas enseñanzas que habian reci»bido de su boca.»

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, s. XXXVIII.
(2) Dep. del abad de Monai.
(3) Dep. de Passis.

Tal era en efecto la idea que habia concebido del modo de anunciar la palabra de Dios, no pudiendo sufrir ni afectacion en el estilo y en los pensamientos, ni flores que no pudiesen producir frutos. «Aunque sea loable, decia, »emplear los vasos de los egipcios en el adorno y servicio »del tabernáculo, esto debe hacerse sobriamente. La in»terpretacion del Evangelio debe ser conforme á su sen»cillez, y es necesario guardarse de acicalar la palabra de »Dios. Lo que prueba en favor de un buen predicador, »añade, no es que se esclame: ¡Oh, que bien ha hablado, »qué hermosas cosas ha dicho! sino que se diga hiriéndo»se el pecho: ¡Oh, yo viviré mejor en adelante; qué nece»saria es la penitencia; qué hermosa es la virtud; qué »odioso el pecado; qué amable la cruz; este sermon nos »servirá de reconvencion el dia del juicio si no hacemos »buen uso de él. La enmienda, en fin, de la vida y no los »discursos, es lo que da testimonio del sermon.» (1)

Así, cuando oia hablar de algun predicador célebre: »¿Cuántos de sus oyentes se han convertido? preguntaba;» y sobre esto fundaba su juicio. Un dia en que un predicador de mucha fama habia predicado en su presencia y todos decian de él maravillas, llamó aparte á unos de los admiradores: «Y bien, les dijo, ¿qué fruto habeis sacado del »sermon?» Uno hizo esclamaciones sobre el mérito del orador sin mezclar ninguna reflexion útil, pero otro, mas ingénuo, contestó francamente: «Si yo le hubiera enten»dido, sería señal de que habria dicho cosas muy ordi»narias y comunes, pero su mérito es haber dicho cosas »tan altas y sublimes que estan fuera de nuestro alcan»ce;» de todo lo cual deducia el santo, cuán obligados estan los ministros del Evangelio á procurar no brillar, sino instruir y edificar.

Por lo que á él tocaba, no hablaba nunca en el púlpito sino bajo la impresion de este pensamiento y el fuego vivo y penetrante de sus miradas; en las que se leia el celo que

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XV, s. IX; p. III, s. III y IV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ardia en su interior; el afecto que se pintaba en todas sus facciones, el sonido dulce y tierno de su voz, lleno de compasion para las miserias del hombre; la uncion con que contaba lo mismo las divinas misericordias que las esperanzas de la vida futura, las alegrías de la buena conciencia, ó los saludables terrores del juicio de Dios y el rigor de sus venganzas, lo que mezclaba en sus discursos con una sabia templanza, penetraban hasta el fondo de las almas obstinadas, hiriendo la fibra del arrepentimiento y encendiendo en las tibias el fuego sagrado. Parecia al verle, dice un testigo (1), que se veia un serafin abrasado en el amor de Dios, y todo su aspecto revelaba que habia en su corazon un horno de amor. Cuando predicaba en presencia de los herejes, no procuraba confundirlos sino persuadirlos, y establecia la verdadera doctrina sin manifestar atacar de frente la herejía (2); «porque, decia, »cuando ven que se les ataca, se mantienen en guardia; »y el orgullo, que teme quedar vencido, se obstina á pro»porcion que le prueban su engaño.» Para prevenir este inconveniente, no trataba la controversia sino disfrazándola, presentaba la verdad en su ingénua sencillez con sus gracias y atractivos, tan propios para ganar los corazones rectos; y cuando parecia solo que desenvolvia su tésis, deshacia todas las objeciones, sin que pareciese siquiera que hablaba de ellas, esponiendo clara y sencillamente los principios que la desarrollaban. De aquí pasaba á los movimientos tiernos y piadosos que nacian del asunto mismo, y en esta parte del discurso era donde ponia toda su esperanza. «Despues de treinta años de predicacion, decia, he »notado que solo cogiendo á los hombres por el corazon se »convierten, que los discursos morales tratados con pie»dad y celo, son como carbones encendidos que se arrojan »al rostro de los protestantes que os escuchan; quedando »así edificados y haciéndose mas dóciles, se prestan á las

(1) Dep. de Janus.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, s. V; p. XIV, s. XVII.

»aclaraciones privadas que se les da de los puntos en los cuales difieren de nosotros.»

Por último, á estas condiciones de la buena predicacion, el santo apóstol unia otra que recomendaba á todos los predicadores, y era la brevedad: «Creedme, les de»cia (1), que os hablo por una larga esperiencia. Cuanto »mas digais, menos se retendrá, y cuanto menos digais, »mas se aprovechará. A fuerza de cargar la memoria de »los oyentes se la abruma, á la manera que se apaga una »lámpara cuando se echa demasiado aceite, y se sofocan »las plantas regándolas demasiado. Cuando un discurso es »muy largo, el fin hace olvidar el medio, y el medio el »principio. Los medianos predicadores son admisibles, con »tal que sean cortos, y los escelentes fastidian si son de»masiado largos.» Poco y bueno, tal era su máxima; y la apoyaba en el ejemplo de los santos Padres, cuyas homilías son cortas pero llenas de ciencia y de doctrina.

Cuando con los discursos tan notables cuyo método acabamos de contar no obtenia la conversion, el santo prelado terminaba ordinariamente la obra en particular por medio de conferencias pacíficas y amistosas, en las que dejaba con mucha paciencia á los herejes é incrédulos que dijesen á su gusto todo lo que tenian que oponer contra la religion; y cuando le llegaba á él la vez de hablar, en lugar de perder el tiempo en disputar, les esponia clara y sencillamente la verdadera doctrina sobre el punto de que se trataba, sin decir ninguna palabra que dejara entrever la controversia, haciendo resaltar por un lado las bellezas de la fe católica bien entendida, y por otro la perfidia de los ministros que la han desfigurado, cuyo medio, segun la esperiencia le habia hecho conocer, era el mejor para convertir á los herejes.

Si grande era el celo de Francisco por el ministerio del púlpito, no lo era menos por el tribunal de la peni-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, sec. XXXVII; p. XVI, sec. XV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tencia (1). Convencido que de todas las funciones del ministerio eclesiástico esta es la mas útil á las almas, consagraba á ellas todo el tiempo que le dejaban libres sus demás deberes. Todos los domingos y fiestas que no oficiaba, celebraba la Misa muy temprano para entrar en el confesonario mas pronto, y permanecia en él mientras se presentaban penitentes (2). Los demas dias, á toda hora se le encontraba pronto á recibir á los que reclamaban su ministerio. Un dia estaba ya revestido de sus ornamentos para decir Misa, y se dirigia ya al altar, cuando una pobre mujer le detiene en el camino y le pide que la confiese, lo cual le hace volver atrás, y dejando sus ornamentos oye su confesion. Cuando, como sucedia mil veces, en el momento en que se iba á poner en la mesa algunas personas le llamaban al confesonario, dejaba su comida y á toda su gente que se quejaba, y se rendia al deseo de los penitentes. Encontrándose otras veces ocupado en el confesonario en el momento en que daba la hora de comer, lo que le sucedia sobre todo en sus visitas pastorales, en las que oia las confesiones de todos los que se le presentaban, iban á decirle que la hora de la comida habia pasado. «Ya »voy,» contestaba con dulzura; y luego, arrebatado por su celo, se olvidaba de lo que le habian dicho, y seguia confesando hasta que no quedaba nadie (3). Le sucedió tambien varias veces dirigirse á distancias como de dos ó tres jornadas de marcha, para oir á los enfermos que deseaban confesarse con él (4); y cuando iba fuera de Annecy á visitar á algunos amigos, parece no haber ido á aquellos lugares sino para confesar. «No me atrevo ya, decia un »dia (5), á visitar á los que me honran con su afecto, por»que cuando creo no detenerme en su casa mas que dos ó »tres dias, me veo obligado á pasar allí toda la semana

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 12 y 160.
(2) Dep. de Legay.
(3) Dep. de Daunant.
(4) Dep. del can. Gard.
(5) El P. la Riviere, p. 488.

»para oir las confesiones de la tercera ó cuarta parte de »los que se presenten, y cuando es solo una noche la que »debo pasar, me veo obligado á estar hasta la una ó dos »de la madrugada oyendo estas benditas confesiones.»

No sabia lo que era hacer distincion de personas: una multitud de penitentes de todas clases acudia á él, y él recibia á todos con igual amor y dulzura, esceptuando á los mas pobres y repugnantes, á los que acogia con mayor ternura que á ninguno, porque, segun decia, «con estos es »la caridad mas pura y verdadera.» Ni aun á los niños pequeños dejaba de prodigar su ministerio, y lo hacia de un modo tan bueno y paternal, que tenian gusto en acudir á él á menudo. Todos estos trabajos le llenaban de gozo, «porque, decia, que los confesores deben ser como los se»gadores y vendimiadores, que nunca están mas contentos »que cuando tienen mas trabajo. ¡Qué consuelo y qué ho»nor á la vez es, añadia, que se digne Dios servirse de »nuestro ministerio para retirar del pecado á tantas po»bres almas y volverlas á la vida de la gracia! Debemos »estar en medio de nuestros trabajos como la madre que, »despues de haber esperimentado los dolores del parto, »se consuela de todos sus sufrimientos con el gozo de ha»ber dado á luz un hijo.»

Cuando veia que los penitentes esperimentaban dificultad en confesarse, por temor, vergüenza ó ignorancia, los ayudaba dulcemente á esplicarse, y procuraba por todos los medios abrir su corazon á la confianza. «¿No soy »acaso vuestro padre? les decia. ¿Por qué temereis? Dios »solo espera vuestra confesion para perdonaros. Yo ocupo »el lugar de Dios, ¿por qué, pues, tendreis vergüenza de »mí, que además soy un pecador? Aunque hubiérais hecho »todos los males imaginables no me causaran espanto, y »las faltas de mis penitentes no disminuyen en nada mi »afecto.» (1) Luego les concedia todo el tiempo que deseaban para esplicarse bien, sin darles prisa para que acaba-

(1) El P. la Riviere, p. 386.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sen. Si los veia aún vacilantes y poco resueltos á decirlo todo, los alentaba con buenas y dulces palabras.

Si los veia poco contritos y mal dispuestos esperimentaba un dolor tan vivo, que lloraba él primero las faltas que le confesaban, obligando de este modo al penitente á llorarlas tambien. Habiéndose presentado un dia en su tribunal un pecador contando sus desórdenes con un tono y lenguaje que anunciaban bien claramente que carecia, no solo de todo arrepentimiento sino hasta de todo pudor y decencia (1), el santo confesor, al oirle prorumpió en suspiros y sollozos. «¿Qué teneis, preguntó el penitente? »¿acaso os sentís malo?—No, estoy bien, gracias á Dios; vos »sois el que estais malo.—Yo no, estoy perfectamente.— »Pues bien, entonces continuad, dijo el santo Obispo.» El culpable entonces continuó con el mismo tono su deplorable historia, y el santo confesor volvió á llorar con mas amargura. «Pero ¿por qué llorais? preguntó el penitente.— »Lloro, dijo Francisco, porque vos no llorais.» A esta palabra, avergonzado de sí mismo y sintiéndose cambiado: «¡Oh, qué miserable soy! exclama el culpable; los demás »confesores hacen llorar algunas veces á sus penitentes, y »yo hago llorar á mi confesor. Mis pecados arrancan lá»grimas al inocente, y yo, sin embargo, no los lloro.» Esta consideracion le movió hasta el punto de ir á caer desvanecido. Francisco entonces le consoló, le alentó, encontró en él disposiciones tan perfectas que creyó poder absolverlo, y desde aquel momento hasta la muerte, este hombre fué un modelo de fervor en el servicio de Dios. Nada era tan tierno como las efusiones de corazon del santo prelado, cuando habia podido atraer así á los penitentes á una sincera conversion. «¡Oh, cuánto amo vues»tra alma, les decia; qué bella está ahora! Los ángeles se »alegran y regocijan con este motivo. Os felicito con ellos, »pero es necesario, sin embargo, que ofrezcais á nuestro »Señor y á mí que no volvereis á caer.» Escuchando lue-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. X.

go con benignidad la triste relacion de sus estravíos, les recomendaba que no se dejasen dominar, ni por el amor propio que, esclavo de una falsa vergüenza, conduce á veces á disminuir la verdad, ni por un temor mal entendido de no decir lo bastante, que cree que vale mas exagerar, sino que se acusasen con candor de lo que les pareciese cierto, ó en caso de duda, lo mas aproximado á la verdad. Les recomendaba sobre todo que se confesasen, no para descargarse y aliviarse, sino para agradar á Dios y unirse con él; no por temor, sino por amor (1). Dóciles á estos consejos, todos se separaban de él con una firme voluntad de observar una vida mejor, y con el propósito de acudir á menudo á buscar un padre tan bueno; no pudiendo decirse el bien inmenso que tuvo por fruto un celo tan sabio y tan ilustrado para la direccion de las almas.

CAPITULO XII.

Su prudencia y su sencillez.

Juntamos aquí estas dos virtudes, por la íntima relacion que las une; porque si la prudencia nos enseña á pensar, á decir ó á hacer lo que conviene en el tiempo y del modo que se debe, la sencillez la secunda, dirigiendo todas las potencias del alma únicamente á su deber, sin dejarse llevar por lo que se pueda pensar ó decir alrededor suyo. El Obispo de Ginebra poseia estas dos virtudes en grado eminente. Fué desde luego notable por su prudencia; no viéndosele nunca hacer nada á la lijera, ni con ese ardor que se turba precipitándose y ahogando la reflexion. Siempre, antes de obrar ó hablar, reflexionaba sobre lo que iba á hacer ó á decir; y siempre tambien que podia, pedia consejo para unir el juicio de los demás al suyo propio; y sobre todo oraba en proporcion á la impor-

(1) El P. la Riviere, p. 383 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sen. Si los veia aún vacilantes y poco resueltos á decirlo todo, los alentaba con buenas y dulces palabras.

Si los veia poco contritos y mal dispuestos esperimentaba un dolor tan vivo, que lloraba él primero las faltas que le confesaban, obligando de este modo al penitente á llorarlas tambien. Habiéndose presentado un dia en su tribunal un pecador contando sus desórdenes con un tono y lenguaje que anunciaban bien claramente que carecia, no solo de todo arrepentimiento sino hasta de todo pudor y decencia (1), el santo confesor, al oirle prorumpió en suspiros y sollozos. «¿Qué teneis, preguntó el penitente? »¿acaso os sentís malo?—No, estoy bien, gracias á Dios; vos »sois el que estais malo.—Yo no, estoy perfectamente.— »Pues bien, entonces continuad, dijo el santo Obispo.» El culpable entonces continuó con el mismo tono su deplorable historia, y el santo confesor volvió á llorar con mas amargura. «Pero ¿por qué llorais? preguntó el penitente.— »Lloro, dijo Francisco, porque vos no llorais.» A esta palabra, avergonzado de sí mismo y sintiéndose cambiado: «¡Oh, qué miserable soy! exclama el culpable; los demás »confesores hacen llorar algunas veces á sus penitentes, y »yo hago llorar á mi confesor. Mis pecados arrancan lá»grimas al inocente, y yo, sin embargo, no los lloro.» Esta consideracion le movió hasta el punto de ir á caer desvanecido. Francisco entonces le consoló, le alentó, encontró en él disposiciones tan perfectas que creyó poder absolverlo, y desde aquel momento hasta la muerte, este hombre fué un modelo de fervor en el servicio de Dios. Nada era tan tierno como las efusiones de corazon del santo prelado, cuando habia podido atraer así á los penitentes á una sincera conversion. «¡Oh, cuánto amo vues»tra alma, les decia; qué bella está ahora! Los ángeles se »alegran y regocijan con este motivo. Os felicito con ellos, »pero es necesario, sin embargo, que ofrezcais á nuestro »Señor y á mí que no volvereis á caer.» Escuchando lue-

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. X.

go con benignidad la triste relacion de sus estravíos, les recomendaba que no se dejasen dominar, ni por el amor propio que, esclavo de una falsa vergüenza, conduce á veces á disminuir la verdad, ni por un temor mal entendido de no decir lo bastante, que cree que vale mas exagerar, sino que se acusasen con candor de lo que les pareciese cierto, ó en caso de duda, lo mas aproximado á la verdad. Les recomendaba sobre todo que se confesasen, no para descargarse y aliviarse, sino para agradar á Dios y unirse con él; no por temor, sino por amor (1). Dóciles á estos consejos, todos se separaban de él con una firme voluntad de observar una vida mejor, y con el propósito de acudir á menudo á buscar un padre tan bueno; no pudiendo decirse el bien inmenso que tuvo por fruto un celo tan sabio y tan ilustrado para la direccion de las almas.

CAPITULO XII.

Su prudencia y su sencillez.

Juntamos aquí estas dos virtudes, por la íntima relacion que las une; porque si la prudencia nos enseña á pensar, á decir ó á hacer lo que conviene en el tiempo y del modo que se debe, la sencillez la secunda, dirigiendo todas las potencias del alma únicamente á su deber, sin dejarse llevar por lo que se pueda pensar ó decir alrededor suyo. El Obispo de Ginebra poseia estas dos virtudes en grado eminente. Fué desde luego notable por su prudencia; no viéndosele nunca hacer nada á la lijera, ni con ese ardor que se turba precipitándose y ahogando la reflexion. Siempre, antes de obrar ó hablar, reflexionaba sobre lo que iba á hacer ó á decir; y siempre tambien que podia, pedia consejo para unir el juicio de los demás al suyo propio; y sobre todo oraba en proporcion á la impor-

(1) El P. la Riviere, p. 383 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tancia del asunto, esperando mucho mas de la luz de Dios que de su propia inteligencia; no procediendo nunca á la ejecucion, hasta que con la ayuda de todos estos medios, habia visto claramente lo que era mejor. Entonces obraba, pero tranquilamente, estudiando y aprovechando las circunstancias favorables, buscando y tomando siempre los medios dictados por la rectitud é inspirados por la caridad. Tan discreto en la conversacion como en la accion, nunca se le oyó decir una palabra inconveniente; nunca reveló un secreto; y media tan bien todas sus espresiones, que no manifestaban ni mas ni menos que lo que queria decir (1).

De aquí resultaba ese perfecto tacto de que dió tantas pruebas en su trato con las autoridades civiles de Francia y de Saboya, y que le valió no solo vivir siempre en buena inteligencia con ellas, sino hasta su estimacion y respeto. De aquí tambien esa habilidad en el gobierno de su diócesis, que administró con igual éxito, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra, dirigiendo tan sábiamente todos los espíritus, conduciendo tan bien todos las cosas, que conservó siempre las inmunidades de la Iglesia y el favor de los príncipes opuestos entre sí. De aquí finalmente, aquella elevada inteligencia en la direccion de los negocios, si se trataba de impedir un mal, no escuchaba el ardor de un celo irreflexivo, pues que, precipitándose, decia, se retrasa el éxito en vez de adelantarlo, sino que se tomaba tiempo para pensar maduramente ante Dios los mejores medios que se podian emplear, y tenia cuidado de no comprometer nada con una palabra ó una accion imprudente; escogiendo con el mayor cuidado el momento y el modo de obrar ó de hablar, «á fin, decia, de no come»ter faltas queriendo remediarlas.» (2) Así sucedia que su celo, infatigable en su actividad porque la caridad lo animaba, no era menos moderado en sus efectos, porque lo re-

(1) Dep. de la Santa Madre Chantal, art. 28.
(2) Dep. de Baytay.—Dep. de Santa Juana Francisca de Chantal, art. 28.

gulaba la prudencia. Si habia una dificultad práctica que resolver, la examinaba con la calma de la reflexion, y le daba siempre una solucion tan juiciosa como razonable, segun nota uno de sus historiadores que habia vivido con él (1). Por eso le consultaban de todas partes como á un oráculo de prudencia; en los negocios importantes se queria tener su parecer (2); y era nombrado árbitro en las diferencias. Varias veces le ocurrió encontrar á caballeros en el campo, prontos á terminar su querella con un duelo; pero con su llegada los reconciliaba con satisfaccion de ambas partes, como de ello fueron testigos las ciudades de Seyroel, de Saint-Rombert y otros muchos lugares donde su presencia previno las mayores desgracias (3). En una ocasion fué uno á consultarle sobre lo que deberia hacer para atraer al bien á algunas personas de elevada condicion que daban escándalo: «Empezad, le dijo, por ha»cerles dos ó tres visitas de cortesía, sin décir nada de »vuestro designio, y procurad insinuaros poco á poco en »su afecto. Cuando lo hayais logrado, haced recaer insen»siblemente la conversacion sobre la belleza de la virtud »y la fealdad del vicio, y luego traédmeles.» Se los llevaban en efecto, y entonces, con una prudencia maravillosa, los decidia á romper los lazos que los detenian lejos del deber y de la virtud (4). Por eso un testigo de su vida habitual nos dice: «Siempre admiré la grandeza y la esce»lencia de su prudencia, que hacia convergir todas sus »obras para la mayor gloria de Dios y la salvacion de las »almas, para la exaltacion de la fe y el buen gobierno de »su diócesis. Era, continúa, una prudencia que tomaba, »que tenia por fuente el espíritu de Dios, y usaba de me»dios llenos de caridad y de benignidad, acompañados de »una paz tan grande interior y esterior, que á pesar de

(1) Juan de San Francisco.
(2) Dep. de Baytay y de Pesse.
(3) Dep. de Miguel Favre.
(4) Dep. del Sr. de Charmoisy.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»sus contínuas ocupaciones, nunca se apresuraba ni se »turbaba.» (1)

Pero en ninguna parte la prudencia del santo Obispo resaltaba con mas brillo que en la direccion de las almas: si habia dudas ó escrúpulos de conciencia los aclaraba con una decision clara y precisa, tan firme como pronta, que tranquilizaba á las conciencias inquietas y sosegaba á las almas mas turbadas (2). «Era, dice la santa Madre Chan»tal, una cosa que arrebataba oirle hablar de Dios y de la »perfeccion, pues tenia términos tan precisos y tan inte»ligibles, que hacia comprender con gran facilidad las »cosas mas delicadas y elevadas de la vida espiritual, es»tando dotado por Dios de una luz particular para la di»reccion de las almas, á las que gobernaba con una pru»dencia celestial.» Penetraba hasta el fondo de los corazones, veia claramente su estado así como el principio que los hacia obrar, y les trazaba su regla de conducta (3). Discernia con claridad lo que era pecado y lo que no lo era, lo que se podia prohibir y lo que se podia tolerar, y hacia que todos encontraran en su posicion la santidad mas eminente sin exigir nada de estraordinario, hermanando la devocion con el bien estar y los atractivos inocentes de cada estado, enseñando una libertad santa que no traspasaba los límites de la virtud, una sábia condescendencia que no perjudicaba nunca al deber, y una alegría cristiana que se unia á las leyes mas austeras del Evangelio.

Procuraba hacer la piedad amable, mostrándola siempre al mundo, dulce, afable y dispuesta á complacer; y verdadera imágen de la bondad de Dios sobre la tierra, siempre noble, fuerte y acomodada á su clase. Habiéndole consultado una mujer sobre la resolucion que queria tomar de hablar poco: «Apruebo el hablar poco, le contes-

(1) Dep. del Dr. Marrignier.
(2) Juan de San Francisco, p. 263.
(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. XIX.

»tó (1), con tal que lo poco que hableis sea graciosa y ca»ritativamente, y no melancólica y artificiosamente. Sí, »hablad poco y con dulzura, poco y bueno, poco y senci»llo, poco y franco, poco y amable.»

Insistia sobre todo en los deberes del estado, y queria que se fuera buen amigo, atento, servicial y complaciente hasta el punto de decir vagatelas en las recreaciones, cuando podia ser útil para alegrar á los demás. Así era como prevenia la censura que se hace generalmente á la devocion de ser rara, desagradable y antisociable, al mismo tiempo que la reputaba con su conducta, siempre tan amable y piadosa, tan fina y modesta, tan complaciente y exacta, tan franca como recogida, y que se hacia amar igualmente de Dios y de los hombres.

Un dia una señora cristiana, obligada por su clase á estar en la corte, le espuso su temor de perder la piedad en un lugar tan peligroso. «Mientras mantengais muy fir»me en vuestra alma, le escribió (2), la resolucion de ser »toda de Dios, el Espíritu Santo suplirá con su asistencia »lo que no podreis hacer. Reemplazareis vuestros ejerci»cios con frecuentes elevaciones del corazon á Dios, y los »sermones con una devota y atenta lectura de buenos li»bros. La sujecion y la vida en sociedad os proporcionará »mil ocasiones de mortificaros mucho y de quebrantar »vuestra voluntad, lo que no es un medio despreciable de »perfeccion, si usais de él con humildad y dulzura de co»razon. Ninguna sociedad ni sujecion puede impediros »que hableis á menudo con nuestro Señor, con sus ánge»les y sus santos, que visiteis á menudo las calles de la »Jerusalen celestial, que escucheis luego los sermones in»teriores de Jesucristo y de vuestro buen ángel, ni que co»mulgueis todos los dias en espíritu, todo lo cual debeis »hacer con alegría de corazon.»

En la direccion de las almas, el santo director tenia

(1) Carta DCCCLXII.
(2) Carta CXXXII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por primer principio respetar la accion de Dios en los corazones, conduciéndolos segun la inspiracion y atractivo de este divino espíritu, mas bien que segun sus miras particulares; y en segundo lugar no pedia á sus penitentes, en punto á perfeccion, ni mucho, ni muy pronto, ni demasiado á la vez, enseñándoles á volar al cielo poco á poco como las palomas, cuando no podian elevarse como las águilas; á seguir un sendero comun, cuando no eran capaces de otro mas perfecto. «Si no podeis tomar el vuelo de »la contemplacion, les decia, podeis hacer una lectura »acompañada de algunas reflexiones; si vuestra salud no »puede sobrellevar el ayuno, podrá sufrir la privacion de »algun manjar; si no podreis abandonar el mundo, podreis »no participar de su espíritu; si el amor puro os causa »admiracion, amad al menos por reconocimiento é inte»rés; si no sentís una contricion muy viva, esforzaos en »desearla y pedirla; si no podeis hacer grandes limosnas, »dad al menos un vaso de agua; si no podeis sufrir groseras »injurias, tolerad una pequeña reprension sin murmu»rar; si ser despreciado es una prueba superior á vuestras »fuerzas, sufrid una pequeña frialdad; porque no se os pide »que sacrifiqueis vuestra vida, sino que sufrais ligeras »incomodidades, y que conserveis la paciencia en peque»ños contratiempos.»

Era tambien uno de sus principios, que en la direccion de las almas es preciso ocuparse mas del corazon que del esterior (1). «Una vez ganada esta fortaleza, decia, el resto »no se sostiene ya; y así como cuando el fuego está en »una casa se arrojan todos los muebles por la ventana, »así tambien cuando el amor de Dios se apodera de un co»razon, todo lo que no es Dios le parece poca cosa.» Una señora de elevada clase que se habia colocado bajo su direccion, continuaba, á pesar de estar dedicada á la piedad y á la práctica de las buenas obras, en tener un tren brillante, presentándose siempre con elegancia, y frecuentando los círculos de la alta sociedad. El mundo quiso hacer que se escandalizaba por esto, pero el santo director la dijo que continuara con la misma conducta, porque en todo ello no se proponia mas que un objeto legítimo, que era agradar á su marido.

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, s. VII.

Censurándole que le dejase llevar pendientes: «No sé, »contestó, si tiene ó no pendientes, porque siempre se pre»senta en el santo tribunal con la cabeza cubierta; y ade»mas, la santa mujer Rebeca no perdió nada de su santi»dad por ponerse los pendientes que le dió Eliezer en »nombre de Isaac.—Pero, le dijeron, hace poner sus dia»mantes sobre una cruz de oro que lleva, lo cual es va»nidad.—Lo que llamais vanidad, replicó, es lo que mas »me edifica, porque yo quisiera que todas las cruces del »mundo estuvieran cubiertas de diamantes y piedras pre»ciosas, pues en nada mejor se pueden emplear sus joyas »que en adornar la cruz.» A otra señora que usaba perfumes y aguas de olor, le escribió: «Dios me dió el otro dia »el pensamiento de deciros que era necesario dejar esos »olores; pero me contuve segun mi método, que es la sua»vidad, para dejar lugar á los movimientos, que poco á »poco los ejercicios espirituales acostumbran á producir »en las almas que se consagran enteramente á la divina »bondad. Mi espíritu es estremadamente amigo de la sen»cillez, pero dejo ordinariamente en manos de Dios la se»gur con que se cortan estos inútiles retoños.»

Sería necesario copiar sus cartas para comprender cuánta era su prudencia en la direccion de las almas. Allí es donde se ve con qué santa industria apropia sus consejos y lenguaje á todas las situaciones y caracteres; cómo presenta los preceptos de la piedad bajo diversas formas al alcance de cada uno, aunque siempre de una manera amable y que gana el corazon; cómo pone el dedo en todas las llagas, y les aplica por medio de su palabra un bálsamo que las cura; cómo se compadece de la debilidad humana sin lisonjearla; cómo la anima cuando está abatida, inspirándole la confianza y el amor, el abandono en Dios,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la obediencia al guia que la conduce; cómo alienta, en fin, y la eleva por grados hasta las mas sublimes virtudes.

Así todos los que tuvieron con él relaciones de conciencia estan unánimes en celebrar su prudencia. «Un dia, »dice, un sacerdote de su diócesis se tomó el trabajo de »instruirme sobre la direccion de las almas, y me enseñó »mas en dos horas que lo que habia yo aprendido durante »dos años en el estudio de los casos de conciencia.» (1) El célebre padre Cotton decia que no estaba seguro de la salvacion de su alma, que cree caminar por sendas estraordinarias, sino cuando tenia el parecer del Obispo de Ginebra; y el padre Suffren añadia, que habia aprendido mas para la direccion de las almas en algunas horas de conversacion con el santo prelado, que en toda su vida. Con efecto, segun opinion del general de los Fuldenses, Francisco discernia, con una delicadeza y facilidad incomparables, los movimientos, las inclinaciones y todos los estados del alma, hasta el punto de que alguno de sus penitentes aseguró que leia claramente en sus corazones como á través de un cristal. Habiendo ido á buscarlo una persona atormentada con el temor de condenarse: «Para »salvar vuestra alma, la dijo al verla, no debeis pensar en »perderla;» mas como pidiera mas ámplias esplicaciones: «Teneis mas necesidad de sumision que de razon,» la añadió, con lo cual se retiró consolada.

Pocas personas han poseido en tan alto grado aquel golpe de vista tan fino y tan profundo que penetraba hasta lo mas íntimo de las conciencias, y aquella especie de intencion sobrenatural que es el alma de una sabia direccion. Tenia un conocimiento tan maravilloso del estado de las personas que dirigia, que les descubria, tan pronto los pecados mortales que no se atrevian á confesarle, como los secretos mas ocultos de su interior. Hablándole un dia un cura, pero sin atreverse á decirle lo que sentia en el fondo de su alma contra él: «Qué os dice el corazon?» le

(1) Dep. de Daunant.

preguntó, y el sacerdote sorprendido de semejante interrogacion, cayó á sus pies y le pidió perdon. «De todo co»razon os perdono, contestó el santo prelado, y ya sabeis »soy vuestro hermano y vuestro amigo.» (1) Habiendo otra vez encontrado en Annecy á una señorita cuya hermana pensaba ser religiosa: «No será vuestra hermana »la que sea religiosa, le dijo, sino vos;» lo que en efecto se verificó aunque entonces no pensaba en ello (2). Habiendo en otra ocasion ido á visitarle un caballero que meditaba siniestros designios, de los que no habia hablado á nadie, Francisco le descubrió todo lo que pasaba por su alma y lo que se proponia ejecutar; hablándole con tanta fuerza, que le hizo renunciar á sus culpables proyectos (3). Finalmente, muchas veces le trajeron algunas personas que se decian poseidas del demonio, y nunca se dejó engañar, discerniendo admirablemente á los poseidos de los que no lo eran.

Las mujeres, naturalmente, deseaban tener frecuentes relaciones con un maestro tan hábil en la piedad; pero para tratar con ellas, su prudencia puso á su reputacion y su virtud bajo la salvaguardia de tres precauciones: la primera era verlas sin mirarlas, es decir, no fijar nunca una mirada curiosa en su rostro, de modo que pudiera distinguir sus facciones, su belleza ó su deformidad; siendo tan fiel á esta práctica, que observaba sin afectacion, que tan luego como se alejaban de su presencia las personas, ni podia decir cómo era su rostro. El obispo de Belley dice (4), que refiriéndole un dia lo que se decia, de que una señora de su pais y parienta suya era la mujer mas hermosa de aquella provincia: «Lo he oido decir, contes»tó.—Pero, repliqué, por vos mismo sabreis que lo es, por»que la veis á menudo.—Es cierto, dijo, que la veo con

(1) Dep. de Raffi.
(2) Dep. de Darrit y de la Madre Greffier.
(3) Dep. de Demosheim.
(4) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. VII, s. XXIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»frecuencia, pero nunca la he mirado.—¿Y cómo se puede »ver á las personas sin mirarlas? le dije.—No mirando, »contestó, sino en general, y nada mas que lo preciso »para poder distinguir una mujer de un hombre, pero no »fijamente con una mirada detenida y que distinga de- »masiado.»

La segunda precaucion era tener siempre consigo un eclesiástico que, testigo de su conducta, pudiese dar cuenta en caso de necesidad y advertírselo á él mismo, si en su aspecto ó sus maneras le sucedia faltar en algo á aquella modestia perfecta, á aquella gravedad digna y sencilla, que consideraba esenciales á su caracter (1); cuyo eclesiástico se mantenia á cierta distancia para no perjudicar en nada á la libertad de las comunicaciones. Su tercera precaucion consistia en dejar siempre abierta la puerta del departamento donde recibia á las personas de otro sexo, á las que tenia cuidado de no atraer á su palacio. Encontraba mal que un eclesiástico buscase la sociedad de las mujeres, porque, como decia, aunque no se haga mal á sí mismo, se lo hace á los otros por las sospechas que les hace concebir. Un dia que habia dado este aviso á un jóven eclesiástico, le vió luego venir al palacio llevando á unas señoras de la mano: «Señoras, les dijo el santo »Obispo despues de haberlas saludado, permitid que diga »una palabra á este señor;» y conduciendo á su gabinete al jóven eclesiástico cayó de rodillas ante su Crucifijo, y con un tono firme: «¿Hasta cuándo, hijo mio, le dijo, ha- »reis la sangre de mi Salvador, no solo inútil sino tremen- »da por vuestro mal ejemplo? Una vez que como Obispo »estoy encargado de vuestra alma, justo es que pague por »vos;» y al punto, descubriendo sus espaldas, se aplicó una fuerte disciplina, mientras que el eclesiástico, postrado á su lado, lloraba de arrepentimiento diciendo: «Yo he pe- »cado y mi pastor paga por mí!» (2)

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, XXVIII.
(2) Manuscrito de la Madre Fichet.

A estas medidas de prudencia, el santo Obispo unia un esterior modesto, que respiraba la modestia de los ángeles (1); y despues de todas estas precauciones, no se preocupaba con esos temores que turban y que mantienen en el alma el pensamiento del mal, y se cambian ellos mismos en una tentacion. No mirando en todas las personas que recibia mas que almas que salvar, que consolar ó que sostener, lo hacia buena y sencillamente; porque si tenia la prudencia de la serpiente, tenia aún mas la sencillez de la paloma, que tan bien se hermanaba con su alma recta y cándida.

«Sí, ciertamente, escribia á la Santa Madre Chan- »tal (2), las pobres y blancas palomitas son mas agrada- »bles que las serpientes; y si hubiera de unir las cualida- »des de la una á las de la otra, no daria de ningun modo »la sencillez de la paloma á la serpiente, porque no por »esto dejaria de ser serpiente; sino que daria la prudencia »de la serpiente á la paloma. porque no por esto dejaria »de ser bella. ¡Oh! sí, entreguémonos á esta santa senci- »llez, hija de la inocencia y hermana de la caridad. No »sé, decia en otra ocasion (3), que es lo que me pasa »con esta pobre virtud de la prudencia; pues que si la »amo, no es mas que por necesidad, y porque es la sal »y la antorcha de la vida; pero la belleza de la sencillez »me arrebata, y daria con gusto cien serpientes por »una sola paloma..... Si la dosis de la serpiente y la pa- »loma fuera igual no estaria tranquilo, porque la ser- »piente puede matar á la paloma, pero la paloma no ma- »tará nunca á la serpiente..... Dícenme que en un siglo tan »astuto como el nuestro, es necesaria la prudencia para no »ser sorprendido; y aunque no censure esta máxima, un »buen cristiano preferirá siempre ser yunque á ser mar- »tillo, robado á ladron, muerto á asesino, y mártir á tira-

(1) Manuscrito de la Madre Fichet.
(2) Dep. de Mocard.
(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VIII, s. XXIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»no. Diga lo que quiera la prudencia del siglo, vale mas »ser bueno y sencillo que astuto y malicioso.»

Si Francisco de Sales amaba tanto la sencillez, era porque la concebia de un modo muy diferente del que la concibe el mundo. La sencillez, segun él, no era mas que el candor del corazon que camina recto á la verdad, al deber, á Dios solo; y nada estaba mas en armonía con el temple de su alma (1).

Amigo de la verdad, no podia sufrir ni la sombra de la astucia y del disimulo, y le causaba horror engañar al prójimo para atraerle á sus intenciones aun las mas legítimas. Detestaba toda mentira ó equívoco, y tenia por principio, «que la fidelidad, la franqueza y la sencillez del »lenguaje son uno de los mas bellos ornamentos de la vida »cristiana. Por eso, nota un historiador, en su ingénuo »lenguaje (2) nunca se humillaba sin que tuviese el senti»miento interior de la humildad, y nunca se ofrecia á »prestar servicios que no fuese de todo corazon. Desconocia »los cumplimientos de los cortesanos, y todas sus palabras »eran francas é ingénuas, procediendo en todo sencilla»mente y con franqueza.» Habiéndole escrito una persona con sinceridad que habia tenido una maligna envidia contra otra: «Vuestra carta, le contestó (3), ha embalsa»mado mi alma con un perfume tan delicioso, que hace »mucho tiempo no he leido nada que me haya dado tanto »consuelo: así es como se debe meter la mano en los plie»gues de nuestros corazones para arrancar los retoños del »amor propio. ¡Oh Dios! qué contento para el corazon de »un padre muy amante, oir á su hijo declarar que el suyo »ha sido envidioso y maligno: feliz envidia, que ha sido »seguida de tan ingénua confesion. Vuestra mano, al es»cribir esta carta, ha ejecutado una accion mas esforzada »que todas las de Alejandro.»

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, s. XXXV.
(2) El P. la Riviere, p. 522.
(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, s. XXIII.

«Un dia, en que el sol era muy ardiente, cuenta el »Obispo de Belley (1), llegué á su casa muy abatido con »el calor, mas él me preguntó riendo si queria que encen»dieran fuego.—¿Pués qué, le dije, quereis acabar de asar»me?—¡Ah! contestó, es que el fuego calienta á los que »tienen frio y refresca á los que tienen demasiado calor.» Luego despues de un momento de reflexion: «Mirad, aña»dió ingénuamente, acabo de obrar con doblez, porque »acordándome de haberos oido decir que temeis mucho al »frio y que nunca sentís demasiado calor, me he querido »reir del esceso de calor que sentís y de lo que decís al»gunas veces, que vale mas sudar que tiritar, y que el »fuego en todo tiempo es bueno. ¡Juzgad cuánto distaba »mi respuesta de mi pensamiento!» Manifestándole en otra ocasion el Obispo de Belley su admiracion de que el Duque de Saboya no le empleara como diplomático en las cortes estranjeras, sobre todo en Francia, donde su reputacion de prudencia, probidad y piedad era tan grande: «Encuentro por el contrario, contestó, que el Duque de »Saboya, no empleándome, da pruebas de sabiduría y buen »juicio, porque solo las palabras de prudencia humana y »de política me llenan de espanto. Hablándoos con fran»queza no sé mentir, disimular, ni fingir hábilmente; y la »mentira es la obra maestra de la política y su resorte »principal. No quisiera por todo el mundo decir una pala»bra falsa; hablo á la antigua francesa, sencillamente y »de buena fe, y mis labios espresan siempre mi pensa»miento.»

Escribiendo un dia á la superiora de cierta comunidad: «Pedid consejo, le dice con una maravillosa senci»llez, porque vuestro sexo necesita ser conducido, y nun»ca sale bien de ninguna empresa sino por medio de la »sumision, no porque con frecuencia no tenga tanta luz »como la que tiene el otro, sino porque Dios lo ha estable»cido así.»

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, sec. XXIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aquella alma cándida no caminaba solo rectamente á la verdad sin rodeo ni disimulo, sin artificio ni doblez, sino tambien al deber sin ningun respeto humano, sin pensar si su accion agradaría ó desagradaría á los hombres, sin otra mira en fin que la de agradar á Dios. No era mas ardiente porque su accion debiera ser aplaudida, ni mas tímido porque debiera escitar murmuraciones, pues no veia mas que su deber, y no hacia ningun caso de lo demás. «Por esto, hace notar la santa Madre Chantal (1), »nada era tan sencillo como su vida, en la que no se veia »ninguna singularidad, ni nada que pudiese producir la »admiracion en los que solo miran el esterior. Hacía una »vida comun, pero de un modo tan divino y celestial, que »nada en ella era tan admirable como esto mismo. Toda la »belleza de su alma estaba en el interior, en la perfeccion »de las virtudes desarrolladas allí por Dios de una manera »divina; y el brillo principal de su santidad consistia en el »modo no comun con que ejecutaba las acciones mas co- »munes.»

«Durante catorce años que he estado bajo su direccion, »refiere Mr. de Belley (2), durante los cuales he procura- »do observar sus acciones, hasta sus menores gestos, sus »palabras y sus instrucciones, nunca he descubierto en él »nada que mostrara nada de singularidad.»

No menos notable en fin, por la sencillez con que se dirigia á Dios en todas las cosas haciéndolo todo por amor, sin tener en cuenta para nada ni á sí mismo ni á las criaturas, sin mas deseo que agradar al Dios á quien ámaba y sin mas pretension en este mundo que la de serle agradable: «Mirad, decia (3), cómo un niño pequeño, que no co- »noce aún mas que á su madre, solo tiene un amor y es el »que tiene á su madre, y una sola pretension que es el

(1) Carta de Santa Juana Francisca de Chantal.—Juan de San Francisco.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. I.
(3) Conferencia XII.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VI, sec. XIX.

»seno de su madre, reclinado en el cual ya no quiere otra »cosa; así el alma que posee la perfecta sencillez no tiene »mas que un amor que es para Dios, una sola pretension »que es la de descansar en el seno del Padre celestial, y »en él, como un hijo de amor, hacer su morada, dejando »enteramente todo el cuidado de sí mismo á su buen pa- »dre, sin afligirse por nada, sino manteniéndose en esta »santa confianza. Los deseos de las virtudes y de las gra- »cias no le inquietan, no porque descuide lo que encuen- »tra en su camino, sino porque lo acepta sin ardor, y sin »buscar otros medios de perfeccion que los que tiene á la »mano. No se aparta ni á la diestra ni á la siniestra, para »ver lo que dice, lo que piensa ó lo que hace, sino que »sigue sencillamente su camino, sin pensar mas que en »hacer lo que juzga que debe hacer; permaneciendo tran- »quilo en la confianza que tiene, de que Dios sabe su de- »seo, qué es agradarle, y esto le basta.»

En este retrato de la sencillez cristiana, Francisco se pinta á sí mismo faccion por faccion, y nos muestra desnudamente su bella alma.

De esta sencillez interior se comunicaba al esterior un modo de obrar y de vivir que, desprendido de toda singularidad, parecia no tener nada que no le fuera comun con otros muchos, hasta el punto de que los espíritus poco reflexivos ó poco instruidos en las cosas espirituales, que solo llaman santo á lo que es estraordinario, se engañaban á veces sobre el raro mérito de su Obispo. «Mucha »sorpresa nos habia de causar, decian un dia entre sí los »canónigos de la catedral, que nuestro Obispo estuviera »algun dia en el catálogo de los santos; desempeña, es »cierto, muy bien todos sus deberes, pero despues de todo »vive como los demas, regala á sus canónigos y á las de- »mas personas espléndidamente, y hasta va á pasearse por »el lago para recrearse con ellos. Estos buenos canónigos, »observa monseñor Bernex, Obispo de Annecy, al que de- »bemos esta observacion, juzgaban por las apariencias, ol- »vidando que en todas las cosas trabajaba para la santifi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»cacion de su alma, y que bajo esta corteza de vida comun »hacia siempre acopio de gracia y santidad.»

De aquí monseñor Bernez, digno intérprete de los sentimientos del santo, deducia, exhortando á las hijas de la Visitacion, estas palabras: «No admitais ninguna singula»ridad en vuestra conducta; desterrad todo lo que pudiese »haceros caer en ella, pues por bueno que os parezca es »un escollo peligroso para una hija de Santa María. Que »la humildad, la caridad, la sencillez, caracteres particu»lares de las hijas de San Francisco de Sales, hagan reco»nocer y mantengan vivos los ejemplos de tantas santas »religiosas que os han precedido en este monasterio.» (1)

CAPITULO XIII.

Su modestia.

La modestia cristiana es una virtud que regula todas las acciones del hombre segun el órden y la decencia, en todo tiempo y lugar, tanto solo como acompañado, tanto en el interior del alma como en el esterior, y esto por respeto á Dios y á sus ángeles que nos están mirando, por respeto al prójimo al que debemos edificar, y por respeto á nosotros mismos; estando obligados á honrar el carácter sagrado de que hemos sido revestidos en el bautismo, en la confirmacion, y sobre todo en el órden si hemos recibido este último sacramento. Esta virtud, generalmente muy poco apreciada, es sin embargo de una grande escelencia, tanto porque pide de nuestra parte una sujecion contínua, que es el fruto de un ánimo grande, como porque es un homenaje de todos los momentos hecho á la presencia de Dios; porque edifica al prójimo y le llama á su deber; y en

(1) Anales del monasterio de la Visitacion de Rumilly, año 1704. Manuscrito que poseia Mr. Croisollet, notario de Rumilly.

fin, porque facilita todas las virtudes cuya práctica encierra.

Penetrado de esta doctrina, San Francisco de Sales daba una grande importancia á la modestia; y para ajustar perfectamente á ella su conducta, la habia estudiado bajo todas sus formas, si puede decirse así. Sabemos por las notas encontradas en sus papeles, que dividia la práctica de ella en seis partes, á saber: modestia del cuerpo, del rostro, del lenguaje, del vestido, y por último, modestia del entendimiento y de la voluntad (1).

Por modestia del cuerpo entendia la castidad, el mas precioso ornamento del alma cristiana, el floron mas preciado de la corona sacerdotal, la castidad que en un cuerpo de carne nos hace vivir vida de ángeles, y nos inicia desde este mundo á la pureza del cielo. Esta amable y bella virtud formaba las delicias de su corazon, y parecia brillar en toda su persona. Segun el testimonio de la santa Madre Chantal (2), su rostro, su mirada, su aspecto, sus acciones y palabras, todo en él respiraba un perfume de pureza, y llevaba como un sello de inocencia y de pudor.

Convencido de que la castidad es como un hermoso espejo que el menor soplo puede empañar, como una linda flor que la menor cosa puede ajar, como un precioso cristal que el mas leve choque puede romper, vigilaba cuidadosamente su corazon y sus sentidos para alejar toda ocasion de mal y conservarse perfectamente puro. Nunca, como hemos indicado ya en otro lugar, miraba á nadie para discernir la hermosura de la fealdad, porque veia sin mirar, segun su espresion, nunca recibia á las mujeres sino en una habitacion abierta y en presencia de uno de sus eclesiásticos, no hablándolas sino con una gravedad dulce, acompañada de una modestia que las mantenia en un religioso respeto; jamás persona alguna, aun entre los

(1) El P. la Riviere, p. 517 y sig.—Conferencia IX.
(2) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 29.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»cacion de su alma, y que bajo esta corteza de vida comun »hacia siempre acopio de gracia y santidad.»

De aquí monseñor Bernez, digno intérprete de los sentimientos del santo, deducia, exhortando á las hijas de la Visitacion, estas palabras: «No admitais ninguna singula»ridad en vuestra conducta; desterrad todo lo que pudiese »haceros caer en ella, pues por bueno que os parezca es »un escollo peligroso para una hija de Santa María. Que »la humildad, la caridad, la sencillez, caracteres particu»lares de las hijas de San Francisco de Sales, hagan reco»nocer y mantengan vivos los ejemplos de tantas santas »religiosas que os han precedido en este monasterio.» (1)

CAPITULO XIII.

Su modestia.

La modestia cristiana es una virtud que regula todas las acciones del hombre segun el órden y la decencia, en todo tiempo y lugar, tanto solo como acompañado, tanto en el interior del alma como en el esterior, y esto por respeto á Dios y á sus ángeles que nos están mirando, por respeto al prójimo al que debemos edificar, y por respeto á nosotros mismos; estando obligados á honrar el carácter sagrado de que hemos sido revestidos en el bautismo, en la confirmacion, y sobre todo en el órden si hemos recibido este último sacramento. Esta virtud, generalmente muy poco apreciada, es sin embargo de una grande escelencia, tanto porque pide de nuestra parte una sujecion contínua, que es el fruto de un ánimo grande, como porque es un homenaje de todos los momentos hecho á la presencia de Dios; porque edifica al prójimo y le llama á su deber; y en

(1) Anales del monasterio de la Visitacion de Rumilly, año 1704. Manuscrito que poseia Mr. Croisollet, notario de Rumilly.

fin, porque facilita todas las virtudes cuya práctica encierra.

Penetrado de esta doctrina, San Francisco de Sales daba una grande importancia á la modestia; y para ajustar perfectamente á ella su conducta, la habia estudiado bajo todas sus formas, si puede decirse así. Sabemos por las notas encontradas en sus papeles, que dividia la práctica de ella en seis partes, á saber: modestia del cuerpo, del rostro, del lenguaje, del vestido, y por último, modestia del entendimiento y de la voluntad (1).

Por modestia del cuerpo entendia la castidad, el mas precioso ornamento del alma cristiana, el floron mas preciado de la corona sacerdotal, la castidad que en un cuerpo de carne nos hace vivir vida de ángeles, y nos inicia desde este mundo á la pureza del cielo. Esta amable y bella virtud formaba las delicias de su corazon, y parecia brillar en toda su persona. Segun el testimonio de la santa Madre Chantal (2), su rostro, su mirada, su aspecto, sus acciones y palabras, todo en él respiraba un perfume de pureza, y llevaba como un sello de inocencia y de pudor.

Convencido de que la castidad es como un hermoso espejo que el menor soplo puede empañar, como una linda flor que la menor cosa puede ajar, como un precioso cristal que el mas leve choque puede romper, vigilaba cuidadosamente su corazon y sus sentidos para alejar toda ocasion de mal y conservarse perfectamente puro. Nunca, como hemos indicado ya en otro lugar, miraba á nadie para discernir la hermosura de la fealdad, porque veia sin mirar, segun su espresion, nunca recibia á las mujeres sino en una habitacion abierta y en presencia de uno de sus eclesiásticos, no hablándolas sino con una gravedad dulce, acompañada de una modestia que las mantenia en un religioso respeto; jamás persona alguna, aun entre los

(1) El P. la Riviere, p. 517 y sig.—Conferencia IX.
(2) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 29.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que lo frecuentaban mas íntimamente, notó nada en el que pudiese formar la mas leve nube sobre su virtud, siendo su interior aún mas perfecto que el esterior, y pudiendo confiar á la santa Madre Chantal, bajo el sello del secreto, la íntima confianza de que el cielo le habia concedido la gracia de conservar en toda su pureza la flor de la virginidad.

Por eso gozó toda su vida de una reputacion universal de hombre perfectamente casto, inocente y virgen; y en ningun tiempo, segun el dicho de los testigos llamados á deponer en el proceso de su beatificacion, esta envidiable reputacion fué manchada con la mas lijera sombra; viéndose sus enemigos, que le acusaban con frecuencia sobre otras materias, obligados á guardar silencio en este punto: testimonio auténtico ante el cual debe desaparecer la fábula inventada por algunos historiadores modernos, que suponen al santo Obispo acusado injustamente en materia de costumbres, y permaneciendo varios años bajo el peso de esta acusacion.

La modestia del cuerpo estaba resguardada por la modestia de su aspecto; no habiendo nada tan perfecto como su presencia. Tenia siempre la cabeza derecha, evitando igualmente la lijereza que la vuelve á todos lados, la negligencia que la deja caer hácia delante, y el aire orgulloso y altanero que la levanta hácia atras. Su rostro estaba siempre tranquilo y libre de toda violencia, notándose en él un aire de bondad, de dulzura y de piedad que ganaba el corazon y lo llevaba á Dios; siempre alegre, sereno y franco, pero sin aturdimiento ni indiscrecion, sin risas ruidosas, inmoderadas ó muy frecuentes; modesto y contenido, sin entregarse nunca á esas libertades que, paseando en todos sentidos la curiosidad, disipan el espíritu y el corazon.

Su paso ni lento ni precipitado, ni mas grave ó lijero que lo que convenia, estaba siempre en relacion con la santidad de su estado; y todo su continente en fin era noble y santo, majestuoso sin pretension, natural sin flojedad ó pereza. Nunca se vió en él una postura ó una accion que no estuviera en el órden ó que se pudiese decir inspirada por el deseo de sus comodidades, hasta el punto de que, como lo hemos observado ya en otra parte, sufria las picaduras dé las moscas y de los mosquitos que, introduciendo su aguijon en su cabeza ó en su rostro, hacian le saltase la sangre, sin que hiciera un movimiento ó un gesto para alejarlos (1). Habia en toda su presencia una igualdad sin violencia y siempre digna, sostenida constantemente por la veneracion profunda que le inspiraba la presencia de Dios en todo lugar, igualmente que la santidad de su carácter episcopal; y no consideraba que hubiera otro tiempo mas que el del sueño para descansar de la noble fatiga que pide el respeto á Dios y á sí mismo.

Vamos á referir lo que nos ha hecho conocer una piadosa curiosidad del Obispo de Belley, la cual, aunque en sí era una indiscrecion censurable, se ha convertido, por tratarse de un santo, en una revelacion edificante.

«Cuando venia á verme á mi residencia, cuenta Mr. Ca»mus (2), tenia gusto en mirarlo por los agujeros que ha»bia hecho á propósito en algunos lugares de las puer»tas y del techo, para contemplarle solo, retirado en su »cuarto, y ver de qué modo se conducia en el estudio, »en la oracion, en la lectura, en la meditacion, cuando »estaba sentado, andando, acostado, levantado, escribien»do, en una palabra, en todas las acciones en que se obra »con mas libertad cuando se está solo. No obstante nunca »le noté que se dispensara de la mas exacta ley de la mo»destia; tanto solo como acompañado, tenia una igualdad »en todo su esterior semejante á la de su corazon. Nunca »observé en él ningun movimiento estraordinario de los »ojos, de las manos ni de la cabeza, manteniéndose siem»pre en su reposo acostumbrado, por un efecto del ejer»cicio de la presencia de Dios, que recomendaba á todas

(1) Dep. de Lesmontex.—Dep. de Santa Chantal, art. 28.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, s. I.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»las almas que estaban bajo su direccion. Solo, estaba con »tanta compostura como delante de mucha gente. Si ora- »ba se hubiera dicho que estaba en presencia de los án- »geles y de todos los bienaventurados, inmóvil como una »columna y con un continente lleno de respeto; y nunca »observé que cruzase, pusiese ó apoyase una rodilla sobre »otra, ni la cabeza en la mano; habiendo siempre en él una »gravedad acompañada de tanta dulzura, que llenaba á los »que le miraban, de amor y de respeto.»

La misma modestia que tenia el santo prelado en su persona, observaba para hablar. Su tono de voz era siempre moderado, ni muy alto ni muy bajo, lo necesario para que lo oyeran bien; siempre lleno de dignidad acompañado de sencillez; nunca brusco, imperioso ni magistral; siempre bueno, dulce y benéfico, sin ser meloso ni tímido. Queria mas oir á otros que hablar él; pero no obstante hablaba con oportunidad, evitando como dos estremos, el demasiado hablar, que priva á los demás del placer de decir los propios pensamientos, y el de hablar muy poco, que hace recaer sobre ellos la fatiga de la conversacion, y denota una notable indiferencia para los que hablan. Nunca interrumpia al que hablaba, ni prevenia con una respuesta precipitada al que le interrogaba; jamás, en las discusiones que se originaban en su presencia, se apresuraba á decir su parecer, como si se hubiera considerado mas sabio que los demás; sino que dejaba hablar á sus interlocutores cuanto querian, esperando con paciencia su vez, y entonces, con un lenguaje siempre dulce y contenido, tranquilo y modesto, conveniente, edificante y caritativo, hablaba sin ardor, emitia su pensamiento con sencillez, decia las cosas mas amables con dignidad, y encontraba, aun en las cosas mas indiferentes, observaciones cristianas que llevaban á Dios á los que las escuchaban. Si se trataba de cosas dudosas, las aclaraba en los términos de la duda, sin usar un tono decisivo y terminante; y si se queria luego entrar en polémica y disputar, se abstenia de sostener la querella, queriendo mejor, como aquel de

quien habla San Gregorio Naciazeno, dejarse vencer cediendo con dulzura, que triunfar disputando con obstinacion.

A la modestia en el hablar unia la modestia en los vestidos. Mirando la limpieza y el órden como una virtud, y la falta de aseo y el desórden como un vicio, no permitia que sus vestidos estuvieran sucios, manchados ó rotos, sino que los queria siempre acomodados á su persona. Por otro lado, mirando como un vicio mayor aún el lujo y el espíritu profano, no queria en sus vestidos nada rico y brillante, nada de afectado ó que se resintiera del mundo y de la moda del siglo. Todo su traje era sencillo y comun; era la pobreza que edifica, unida á la limpieza y á la decencia que hacen conocer al hombre de órden y de buena casa; el cristiano bien regulado en el interior, que se refleja en todo su esterior.

Con efecto, estas prácticas esteriores no eran mas que el reflejo de la modestia interior del santo Obispo, de la modestia de su entendimiento y de la modestia de su voluntad. Segun este hábil maestro de la virtud, el entendimiento y la voluntad tienen su bello semblante como el cuerpo; y sus potencias se desarreglan en sus movimientos como los sentidos esteriores en sus acciones. El entendimiento se descompone tan pronto por efecto de una actividad escesiva, como por una negligencia vituperable, y con mas frecuencia aún por la presuncion. Para combatir la escesiva actividad del entendimiento, el hombre de Dios se mantenia siempre en guardia, primero contra la imaginacion que disipa el espíritu, que gasta inútilmente las fuerzas intelectuales, y arrebata al deber un tiempo precioso; luego contra la curiosidad, que quiere conocer lo que es inútil saber, que corre ávidamente en busca de noticias y se alimenta de ellas con pasion; y en fin, contra las preocupaciones, que matan el presente bajo el peso del pasado y del porvenir. Con esta mira se habia trazado como regla invariable de conducta no ocuparse en cada momento sino de aquello que el órden de la Providencia le

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diera que hacer para aquel momento, y desechar de su espíritu todo lo demás; no inquirir nunca lo que no tenia necesidad de saber, ni detenerse á considerar lo que solo era objeto de curiosidad, no leer sino lo que era útil para llenar bien sus deberes, y hacer con órden y moderacion aun aquello mismo que tenia que hacer, ocupándose solo de la accion presente, sin preocuparse con lo que habia precedido, ni adelantar con el pensamiento lo que debia seguirse; con moderacion, sin prestar á ello, ni el ardor desmesurado que quita la paz del alma, ni el ánsia del resultado que apasiona la voluntad.

Su entendimiento se trasladaba pacíficamente de un deber á otro, combatiendo de este modo su escesiva actividad. Por otro lado, para corregir la negligencia no concedia nunca un momento á la pereza, estando desde por la mañana hasta la noche ocupado sin descanso, como de ello tenemos prueba, no solo por los testigos de su vida que lo han declarado así, sino tambien por su prodigiosa correspondencia y sus numerosos escritos, por su asiduidad en el confesonario y en el púlpito, por su celo por la salvacion de las almas, y por sus innumerables trabajos que hemos ya referido. Por fin, para combatir la presuncion del entendimiento, se mantenia en la desconfianza de si mismo y de sus propios pensamientos, deferia con gusto al parecer de los demas, le gustaba pedir consejo, y aborrecia el atrevimiento temerario de esos espíritus presuntuosos que creen saberlo todo y hablan de todo como doctores.

La modestia de la voluntad no cedia á la del entendimiento; haciéndola consistir en dos cosas, á saber, la firmeza y la condescendencia. Sin la firmeza, decia, no se tiene mas que una voluntad caprichosa, inconstante y lijera, que pasando de un deseo á otro, no sabe fijarse en nada; y sin la condescendencia no se tiene mas que una voluntad obstinada y poco razonable, que tropieza y se estrella contra todos los obstáculos; que oprime los corazones, disgusta los ánimos, echando á perder cuanto toca; y

tanto en un caso como en otro la voluntad pierde toda su modestia. Consecuente con estos principios, su voluntad firme y constante para continuar el bien, era una roca contra la cual podian venir á estrellarse las olas sin quebrantarla. No conocia los caprichos, las fantasías, ni las pueriles aprensiones; queria firmemente lo que debia querer, pero nada mas; y se prohibia severamente todo lo que no era conveniente querer. Sin embargo, no era obstinado; sabia ceder cuando la razon lo pedia, cuando el mayor bien lo requeria, y tambien cuando podia hacerlo sin inconveniente. Se sometia á sus criados para lo que no tenia relacion sino con su persona; y los que mejor le han conocido, han declarado que se hubiera sometido á un niño en las cosas que no interesaban á la gloria de Dios ó á los deberes de su cargo.

CAPITULO XIV.

Su humildad (1).

La humildad, segun la doctrina de Francisco de Sales, no es mas que la espresion de la verdad aplicada á sí mismo en todo su rigor y en todas sus consecuencias (2). ¿Qué es, en efecto, la verdad con relacion al hombre, sino la persuasion de que nosotros por nosotros mismos no somos nada, porque todo nuestro ser y todas nuestras facultades proceden de Dios, que puede retirarlas á cada instante? Una lijera alteracion en el cerebro puede hacer perder á la mejor inteligencia todo su génio, al mas sabio toda su ciencia y hasta su misma razon. La mas lijera tentacion puede derribar nuestra virtud, y el menor accidente empañar nuestra belleza; porque de nosotros mismos no tenemos nada estimable, siendo el pecado la única cosa que procede de

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 30.
(2) Conferencia sobre la generosidad, p. 82.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diera que hacer para aquel momento, y desechar de su espíritu todo lo demás; no inquirir nunca lo que no tenia necesidad de saber, ni detenerse á considerar lo que solo era objeto de curiosidad, no leer sino lo que era útil para llenar bien sus deberes, y hacer con órden y moderacion aun aquello mismo que tenia que hacer, ocupándose solo de la accion presente, sin preocuparse con lo que habia precedido, ni adelantar con el pensamiento lo que debia seguirse; con moderacion, sin prestar á ello, ni el ardor desmesurado que quita la paz del alma, ni el ánsia del resultado que apasiona la voluntad.

Su entendimiento se trasladaba pacíficamente de un deber á otro, combatiendo de este modo su escesiva actividad. Por otro lado, para corregir la negligencia no concedia nunca un momento á la pereza, estando desde por la mañana hasta la noche ocupado sin descanso, como de ello tenemos prueba, no solo por los testigos de su vida que lo han declarado así, sino tambien por su prodigiosa correspondencia y sus numerosos escritos, por su asiduidad en el confesonario y en el púlpito, por su celo por la salvacion de las almas, y por sus innumerables trabajos que hemos ya referido. Por fin, para combatir la presuncion del entendimiento, se mantenia en la desconfianza de si mismo y de sus propios pensamientos, deferia con gusto al parecer de los demas, le gustaba pedir consejo, y aborrecia el atrevimiento temerario de esos espíritus presuntuosos que creen saberlo todo y hablan de todo como doctores.

La modestia de la voluntad no cedia á la del entendimiento; haciéndola consistir en dos cosas, á saber, la firmeza y la condescendencia. Sin la firmeza, decia, no se tiene mas que una voluntad caprichosa, inconstante y lijera, que pasando de un deseo á otro, no sabe fijarse en nada; y sin la condescendencia no se tiene mas que una voluntad obstinada y poco razonable, que tropieza y se estrella contra todos los obstáculos; que oprime los corazones, disgusta los ánimos, echando á perder cuanto toca; y

tanto en un caso como en otro la voluntad pierde toda su modestia. Consecuente con estos principios, su voluntad firme y constante para continuar el bien, era una roca contra la cual podian venir á estrellarse las olas sin quebrantarla. No conocia los caprichos, las fantasías, ni las pueriles aprensiones; queria firmemente lo que debia querer, pero nada mas; y se prohibia severamente todo lo que no era conveniente querer. Sin embargo, no era obstinado; sabia ceder cuando la razon lo pedia, cuando el mayor bien lo requeria, y tambien cuando podia hacerlo sin inconveniente. Se sometia á sus criados para lo que no tenia relacion sino con su persona; y los que mejor le han conocido, han declarado que se hubiera sometido á un niño en las cosas que no interesaban á la gloria de Dios ó á los deberes de su cargo.

CAPITULO XIV.

Su humildad (1).

La humildad, segun la doctrina de Francisco de Sales, no es mas que la espresion de la verdad aplicada á sí mismo en todo su rigor y en todas sus consecuencias (2). ¿Qué es, en efecto, la verdad con relacion al hombre, sino la persuasion de que nosotros por nosotros mismos no somos nada, porque todo nuestro ser y todas nuestras facultades proceden de Dios, que puede retirarlas á cada instante? Una lijera alteracion en el cerebro puede hacer perder á la mejor inteligencia todo su génio, al mas sabio toda su ciencia y hasta su misma razon. La mas lijera tentacion puede derribar nuestra virtud, y el menor accidente empañar nuestra belleza; porque de nosotros mismos no tenemos nada estimable, siendo el pecado la única cosa que procede de

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 30.
(2) Conferencia sobre la generosidad, p. 82.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nosotros y que está en nosotros, fuera del cual todo es de Dios y pertenece á Dios; y porque en fin, somos por nosotros mismos incapaces de todo bien, hasta de un pensamiento ó una palabra útil para la salvacion, como lo enseña el apóstol San Pablo: «El mal que hago es verdade»ramente mal y verdaderamente mio, decia el siervo de »Dios á imitacion de San Hugues, y el bien que hago no »es puro bien ni puramente mio (1).

De estas verdades incontestables, Francisco de Sales deducia como rigorosa consecuencia: 1.° Que no debemos estimarnos, sino tener por el contrario los mas bajos sentimientos de nosotros mismos, reservando toda estimacion y amor para Dios solo, fuente única de todo lo que es bueno. 2.° Que no debemos buscar la estimacion y la alabanza, cosas que pertenecen á Dios solo, y que solo quererlas para nosotros, seria querer la injusticia y la mentira. 3.° Que debemos amar la oscuridad, las humillaciones y los desprecios, porque tal es la condicion debida á la nada y al pecado, condicion que Jesucristo ha sido el primero en sufrir y que nosotros debemos sufrir á ejemplo suyo. De aquí, por consiguiente, este santo prelado deducia la muerte del orgullo, la ruina del amor propio, de la ambicion, de las pretensiones y de las susceptibilidades que ocasionan tanto mal en el mundo. De aquí, por último, inferia la necesidad absoluta de la humildad para salvarse. Oigámosle esponer á él mismo estas importantes verdades. «El que hace provision de virtud sin humildad, dice (2), »es semejante al que lleva en sus manos un poco de polvo, »que lo arrastra el viento..... La humildad moral se de»tiene en el conocimiento de su miseria y pobreza, mas la »humildad cristiana llega hasta el amor de esta pobre y »miserable condicion, hasta alegrarse por no ser nada y »ser tenido por nada, por respeto á la verdad y á las hu»millaciones del Verbo encarnado. Los actos exteriores de

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 1.° abril.
(2) El P. la Riviere, máx. 47, p. 530.

»humildad no son la humildad, pero sin embargo le son »muy útiles; son la corteza de la virtud, y conservan su »fruto.» (1). Esta doctrina de San Francisco de Sales es la historia de su vida.

Lleno de estos humildes sentimientos que tan bien convienen á nuestra pobre humanidad, no se dejaba seducir por el amor propio. Ni la elevada nobleza de su casa, ni sus raras cualidades, ni los dones naturales y sobrenaturales que Dios habia depositado en él, ni su dignidad episcopal, unida á tanta ciencia y doctrina, ni la estimacion y veneracion de que estaba rodeado, nada podia hinchar su corazon ni alterar su modestia. «Me llaman, dijo un »dia (2) con motivo de una carta llena de elogios que un »religioso le habia dirigido, me llaman una flor y un fé»nix; pero en la realidad no soy mas que un hombre vil, »el mas verdadero nada de todos los nadas, la flor de la »miseria humana; y me aflige que este buen padre no »ocupe su espíritu con alguna cosa mejor. Se elogia el »bien que hacen mis predicaciones y mis escritos; pero, »¡ay! soy como un ugier de vianda, que distribuye todo á »los demás y no toma nada para sí; como un laud que no »oye sus propios sonidos; como la escala que sirve para »que suban los otros á donde ella no va; como las mues»tras de las fondas, que invitan á los transeuntes á que en»tren á comer bien, mientras que ellas pasan la noche á »la intemperie. Además, cuando estoy en el púlpito, decia »haciendo alusion á su pronunciacion, que era un poco »lenta y pesada, me cuesta trabajo encontrar las palabras, »soy mas pesado que un tronco, sudo mucho sin adelan»tar nada, y me arrastro como una tortuga.» (3)

Por eso, cuando los aduladores le incensaban con sus elogios, les imponia silencio. «Señores, les decia, Fran»cisco de Sales es un pobre hombre, que se conoce mejor

(1) Carta LXXXIV.
(2) Dep. de Santa Juana Francisca de Chantal, art. 30, p. 93.
(3) *¿Cuál es el mejor gobierno?* por el P. Binet, p. 189 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»que vosotros le conoceis; Dios sabe lo que soy.» Y refiriéndole un dia que cierto prelado no cesaba de hablar bien de él: «Ese buen Señor, contestó, me daría mas gus»to no ocupándose de mí; yo me conozco bien, y mi con»ciencia y mi confesor son dos testigos irrecusables de »mis miserias.» Su humildad se mostró mas severa aún con Mr. de Belley, cuando predicando delante de él en Annecy, se permitió repetirle la alusion algo inconveniente que habia hecho en otro tiempo á su nombre de Sales el Obispo de Saluces: «*Sal es;* sois la sal con la cual »toda la masa de este pueblo está sazonado, segun lo que »dijo el Salvador á sus apóstoles: *Sois la sal de la tierra.*» Este elogio hirió á Francisco en lo vivo de tal suerte, que al volver á su casa reprendió severamente al predicador. «Ibais tan bien, le dijo, marchábais tan rectamente que no »comprendo que es lo que os ha hecho dar este mal paso, »con el cual todo lo habeis echado á perder, habiendo bas»tado esa palabra para hacer perder el efecto de todo el »sermon. ¿No sabeis que no se debe alabar á los hombres, »sino despues de su muerte? Verdaderamente que soy una »sal muy hermosa, una sal pasada y echada á perder, que »no sirve sino para ser tirada y hollada. Ciertamente que »si habeis dicho eso con el fin de producirme confusion, »habeis encontrado un buen medio, pero perdonad siquie»ra á vuestros amigos.» (1)

«Padre mio, le dijo un dia el Obispo de Belley, ha»blando de su paso tan atrevido por la ciudad de Ginebra »en 1610, si los Ginebrinos os hubieran matado, cuanto »peor os hubiesen tratado tanto mejor hubiera sido para »vos, porque de un confesor hubieran hecho un mártir.— »¿Y qué sabeis, contestó Francisco, si Dios me hubiera »dado la constancia necesaria para conquistar semejante »corona?—¿Sin duda, padre mio, querríais mas sufrir mil »veces la muerte que renunciar á la fe?—Lo que debiera

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, sec. XII.

»hacer bien lo sé, ¿pero lo hubiera hecho? San Pedro esta»ba mas resuelto que yo, y sin embargo, ya sabeis lo que »hizo. Bienaventurado el qne desconfia de su debilidad y »no confia mas que en Dios: todo lo podemos cuando Él »nos fortifica, pero sin Él nada podemos.» (1)

Los humildes sentimientos que Francisco tenia de sí mismo, resaltaban mas aún cuando veia la singular estimacion que todo el mundo le rendia (2). Habiéndole regalado un dia cierto autor unas poesías que habia compuesto: «No creia, le contestó, que supiéseis que existia en el »mundo, donde siendo verdaderamente muy poca cosa, »confinado en este rincon de nuestras montañas, me ten»go por invisible; pero así como las grandes luces ponen »en descubierto los átomos, concibo que hayais podido »verme. Mirad, decia otro dia que habia recibido grandes »elogios, estas personas con sus alabanzas y su estimacion »me hacen cojer un fruto muy amargo de su amistad. »Cuando haya muerto no rogarán por mi alma, que cree»rán se ha ido derecha al cielo, y eso será causa de que »padezca por mas tiempo en el purgatorio: he ahí la ven»taja que me resultará de esta reputacion.» (3) Es cosa admirable que este santo Obispo temiese á veces un castigo mas terrible aún que el purgatorio, siendo juzgado digno del infierno en el tribunal de la divina justicia; y á pesar de haber hecho un uso tan bueno de su vida, escribia á la santa Madre Chantal: «¡Ay! cuando pienso que he »empleado todos los momentos de mi existencia en cosas »de este mundo, temo que Dios no quiera darme su eter»nidad feliz, puesto que no quiere darla sino á los que han »usado bien del tiempo (4). Me estremezco cuando refle»xiono en la carga que pesa sobre mis hombros, y no pue»do admirarme bastante de que Dios me la haya impuesto,

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, sec. XIV.
(2) Carta DCCXLV.
(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, sec. XIII; p. XIV, sec. XXIV.
(4) Carta DCCCLIV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»habiendo en todas partes tantos sujetos mas dignos que »yo de este honor.» (1)

Toda la conducta de Francisco estaba en relacion con estos sentimientos. «Observé, dice Mr. de Camus, que »cuando recibia á alguno aunque fuera de los mas infe»riores, tomaba el aspecto de un inferior que está en pre»sencia de su superior, acogiendo, hablando, escuchando »con la mas humilde deferencia, por mas tiempo que le »hicieran perder é importunidad que esperimentase. So»meterse á los superiores, decia, es mas bien justicia que »humildad; someterse á los iguales es amistad, cortesía, »ó bien parecer; pero someterse á los inferiores es un acto »esclusivo de la humildad, lo que nos dice que no siendo »nada, debemos ponernos á los pies de todo el mundo.» Por esta misma razon las cartas que escribia á sus sacerdotes parecian mas bien de un igual ó de un hermano que de un superior. «Nunca he acertado á hacer, decia, lo »que hacen algunos que, despues de haber sido elevados »en dignidad, quieren hacerse honrar, y no se dignan »cuando escriben poner al pié de la carta: «Vuestro muy »humilde servidor,» como no sea que se dirijan á personas »muy superiores á ellos. Por lo que á mí hace no sé distin»guir de personas, todos llevan la imágen del Salvador, y »me firmo escribiendo á todos, «vuestro muy humilde ser»vidor;» escepto cuando escribo á Pedro ó á Francisco, »mis lacayos, porque podian creer que me burlaba de ellos »si me firmara así.» (2)

Habiendo reclamado un dia sus consejos un religioso en una grande afliccion que le habia sobrevenido: «¡Buen »Dios! le escribe, ¿es posible, padre mio, que yo, que ape»nas he empezado aún á ser buen sacerdote, pueda ins»truir á santos religiosos?» (3) No se consideraba digno sino del olvido y desprecio de los hombres, y su mayor

---

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VIII, sec. V.
(2) Dep. de Biard y de Desfages.—El P. la Riviere, p. 424.
(3) Dep. de Rendu.

deseo hubiera sido acabar sus dias en un lugar desconocido de todo el mundo, con el fin de ser olvidado para siempre (1). En su testamento, como lo hemos visto, pidió ser enterrado, si moria en Annecy, en medio de la iglesia de la Visitacion, con el objeto de ser hollado por los pies de todos los que entraran en ella, prohibiendo al mismo tiempo se gastase nada para la pompa de la ceremonia, ni encender mas de doce cirios delante de su ataud (2).

«Toda mi vida, decia un dia, he deseado el lugar mas »bajo, y temia tanto ser Obispo porque harian caso de mí, »que era una pena para mi corazon encontrarme en una »reunion donde no hubiese prelado al cual pudiera some»terme. Por eso, si no hubiera sido por consideracion á la »voluntad de Dios, hubiera querido mejor llevar el agua »bendita como simple eclesiástico, para dedicarme mas »cómodamente á la salvacion del pobre pueblo, que llevar »el báculo en la mano y la mitra en la cabeza (3).

Llevado de este espíritu de pobreza, no permitia cuando iba por la ciudad de Annecy ú otra, que sus criados hicieran apartar á los transeuntes que se encontraban en su camino. «Son hombres como nosotros,» decia; y tomaba para sí el camino mas modesto (4). Si encontraba á algun pobre, le saludaba con un aire de bondad, y se complacia con frecuencia en hablar con él. Si le hacian algun servicio por lijero que fuese, lo agradecia con una efusion de corazon, que demostraba que en su concepto no se le debia ninguno. En fin, en todo se conocia que en su propia estimacion se ponia á los pies de todo el mundo, dejando con gusto á los demás las funciones mas brillantes y escogiendo para sí las mas oscuras, como catequizar á los niños, llevarlos en procesion por la ciudad, confesar á los criados y á las mujeres mas humildes, vi-

---

(1) Dep. del abad de Mouxi.
(2) Dep. de Bonald.
(3) De Cambis, t. I, p. 514.
(4) Juan de San Francisco, p. 423.—El P. la Riviere, p. 427.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sitar á los pobres y á los enfermos, oir á los aldeanos referir sus cuitas, consolarlos, terminar sus diferencias, á veces hasta servir de padrino á los niños de los trabajadores y de los artesanos; desempeñando todos estos oficios bajos con una gracia y una alegría sin igual, lo que producia un fruto admirable entre los eclesiásticos, atrayendo al cumplimiento de su deber á los mismos que estaban mas apartados de él (1).

Sin embargo, este hombre tan humilde no dejaba de ser tentado alguna vez por la vanidad. Habiendo oido un dia el elogio de otro Obispo, que decian era incomparable en sus sermones, esperimentó un sentimiento de envidia; pero apenas hubo notado en sí este mal sentimiento, cuando, tomándolo segun su espresion, como un inmundo reptil, le quebrantó el cuello, y en seguida llevó á este buen Obispo al seno del Padre celestial con estas humildes palabras: «Señor, dadle mil bendiciones, y hacedle cada dia »mas capaz de recibir vuestras santas gracias;» despues de lo cual, abatiéndose profundamente ante Dios y confesando su nada, ofreció al Señor tenerse toda su vida por un verdadero nada, y le rogó le hiciese la gracia de no consentir nunca en semejantes pensamientos (2).

Escuchémosle á él mismo referir otra tentacion de vanidad, en una carta que escribe á la santa Madre Chantal (3). «El otro dia, sin pensar en ello, me vino al espí»ritu una tentacion, no de desear no ser eclesiástico, pues »esto hubiese sido demasiado grosero, sino que porque »un poco antes, hablando con personas de confianza, ha»bia dicho que si estuviera aún libre y fuera heredero de »un ducado, escojeria á pesar de eso el estado eclesiástico, »me sobrevino una lucha en el alma entre el sí y el no, »que duró algun tiempo. Veia segun me parece, allá aba»jo, muy abajo, en lo mas profundo de la parte inferior de

(1) Dep. de Biard.
(2) Meditaciones de la Madre Chaugy.
(3) Carta CXLI.

»mi alma, este sentimiento de amor propio, que se hincha»ba como un sapo. Me burlé de él, y no quise siquiera pen»sar que pensaba en ello, con lo cual se desvaneció como »humo y no lo volví á ver mas. ¡Oh, Señor, dije enton»ces (1), salvadnos! Mandad á estos vientos de vanidad que »cesen, y volverá la paz. Cuando estoy al pié de la cruz, »¡oh Dios! mi alma está en paz, pero apenas me he aleja»do de él un paso, el viento sopla de nuevo.»

Pero no solo el santo Obispo se elevaba por medio de su humildad sobre los honores y alabanzas, sino que sabia tambien, cosa todavía mas difícil, sufrir con una paz perfecta el desenfreno de las malas lenguas contra su persona. Cuando iban á referirle el mal que algunos espíritus críticos decian contra él: «¿No dicen mas que eso? respon»dia, pues ciertamente no lo saben todo: aún me adulan y »me tratan con indulgencia. Bien veo que tienen mas com»pasion de mí que envidia, y que me creen mejor de lo que »soy. Sí, ciertamente, Dios sea bendito, es preciso corre»girse. Si no merezco ser reprendido por eso, lo merezco »por otras cosas.—¿Pero acaso, le decian, no es preciso ser »muy malo para prorumpir contra vos en tan falsas cen»suras?—Eso es un aviso que me dan, replicó, para que »me guarde de hacer lo cierto, y me hacen un favor avi»sándome para que evite semejante escollo.» Cuando veia que se irritaban contra los calumniadores: «¡Oh! decia, »¿os he dado yo poder para que os irriteis por mí? Dejad»los que hablen; esa es una cruz de palabras que lleva el »viento, y se necesita ser muy delicado para no poder su»frir el zumbido de una mosca. ¿Quién os ha dicho que »soy irreprensible? Quizás ven ellos mis defectos mejor »que yo y que los que me aman. Muchas veces miramos »como calumnia la verdad que no nos agrada; y despues »de todo ¿qué mal nos hacen los que tienen mala opinion »de nosotros? No son adversarios sino auxiliares, que se »unen á nosotros para destruir nuestro amor propio, que

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»es nuestro mayor enemigo: «¿por qué pues disgustarnos »con ellos? (1) Una onza de virtud practicada en medio de »las contradicciones, de las censuras y de las reprensio- »nes, vale mas que diez libras de virtud practicada en »medio de la paz.»

Tenia consigo á su antiguo preceptor, Mr. Deage, que, por un celo inmoderado por su perfeccion y un resto de hábito magistral, le reprendia en todas ocasiones. Si el santo prelado decia alguna palabra graciosa para alegrar la conversacion, el Sr. Deage le manifestaba al punto que todas las palabras de un Obispo deben ser graves y serias; si predicaba, el Sr. Deage encontraba siempre algo que censurar en el sermon; si acogia de un modo cordial á los que le visitaban, el Sr. Deage le citaba el proverbio, que la familiaridad hace despreciables á los que están constituidos en dignidad. Otras veces, su austero censor se disgustaba de que Francisco no se incomodase; se ofendia de que el hombre de Dios perdonase las ofensas; le repetia sin cesar que era demasiado bueno, y que su bondad lo echaria todo á perder; y el humilde Obispo sufria con gusto el ser reprendido contínuamente como un niño (2).

En el ardor de su celo por el honor de su antiguo discípulo, se irritaba siempre que le decian que hablaban mal de él, por poco que fuera. «¿Por qué, le decia Fran- »cisco, sois tan sensible á mi reputacion? ¿Acaso soy per- »fecto? ¿Acaso soy santo? Y aunque lo fuera, ¿no han sido »por ventura los santos el objeto de la contradiccion de »las lenguas? ¿Qué no han dicho de nuestro Señor, que »era la perfeccion misma? ¿No reprendió San Pablo á San »Pedro, y él mismo no fué llamado insensato por haber »sido demasiado letrado?» (3)

Habiéndose irritado un dia contra él una persona, fué á

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, s. XXVIII.
(2) Idem, p. I, sec. XXIX.
(3) Idem, p. I, sec. XXVIII.

buscarle y á decirle francamente que tenia en su corazon mucha aversion y desprecio hácia su persona. «Pues yo, »contestó sin pedirle la razon de su disgusto, os amo aún mas »que ántes.—¿Cómo es eso? dijo esta persona muy admira- »da.—Porque para hablarme así es preciso que tengais mu- »cho candor y franqueza, y aprecio mucho esta cualidad.— »Pero lo que yo os digo, replicó, no es un sentimiento pasa- »do, es un sentimiento que tengo aún en este momento en el »corazon contra vos.—El sentimiento, contestó Francisco, »de que os hablo lo tengo este momento en mi corazon, y lo »tendré siempre, segun lo espero de la gracia de Dios.—La »causa de mi cólera, dijo esta persona, es que habeis apo- »yado con vuestra recomendacion á mi parte contraria en »un pleito de gran cuantía.—Es cierto, dijo el santo pre- »lado, y lo he hecho porque he creido que estaba la jus- »ticia de su parte.—Por eso es por lo que no os quiero, »dijo esta persona, pues deberíais conduciros como un pa- »dre comun y no como parte, y no está bien que favorez- »cais á una mas que á la otra.—Los padres comunes, re- »plicó el santo Obispo, examinan, en las querellas de sus »hijos, quiénes son los que tienen razon y quiénes no, y la »sentencia que han dado es una prueba que la justicia es- »taba de la parte contraria.—Me hacen una injusticia, re- »plicó.—Os aseguro, dijo Francisco, que si hubiera sido »uno de vuestros jueces, yo mismo os hubiera condena- »do.—Buen modo teneis de curar mi aversion.—Mientras »os domine la pasion, contestó, no vereis claro en vuestro »negocio y os quejareis, pero cuando el tiempo haya tran- »quilizado vuestro espíritu, bendecireis á Dios y á vues- »tros jueces por haberos quitado un bien que no podeis »poseer en conciencia, y entonces vuestra aversion hácia »ellos y hácia mí cesará.—*Amen*, contestó el otro, pero yo »quisiera saber si lo que me habeis dicho de que me amais »mas que antes, lo decís de todo corazon.—Sí, le dijo el »santo prelado, porque me gusta que se diga francamente »lo que se siente en el corazon, porque los que manifies- »tan su llaga hacen su cura mas fácil. En cuanto á vos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»por mucha aversion que tengais actualmente contra mí, »queda en el fondo de vuestro corazon un abogado que de- »fenderá secretamente mi causa y hará que la gane con »vuestro afecto, así que se haya apagado el fuego de la »pasion.—¡Qué engañado he estado! replicó, hubo un »tiempo en que os tenia por santo.—Os engañásteis, con- »testó el humilde Obispo, estoy muy lejos de serlo. Algu- »nos de mis amigos tienen un velo delante de los ojos y »me creen como quisieran que fuera; pero os prefiero á »vos, que teneis de mi persona un sentimiento mas justo, »primero porque sois de mi parecer, y luego porque la »idea que teneis de mí me es mas útil. Los que me aplau- »den me esponen al peligro de perderme por la presun- »cion; pero los que me desprecian hacen lo que deben, me »ponen en el caso de practicar la humildad y me inspiran »bajos sentimientos de mí mismo, colocándome así en el »camino de la salvacion.» (1)

Otras muchas veces el santo Obispo fue objeto de in- justas censuras, como hemos visto en el curso de esta his- toria, y nunca opuso á ellas mas que dulzura y silencio. «Dejad que pase la cólera, decia con el apostol; las balas »de cañon pierden su fuerza en la lana, y hacen mal en »los cuerpos duros que las resisten (2). ¿Y qué es, en re- »súmen, lo que los hombres pueden decir contra nosotros, »despues de lo que han dicho contra el Salvador, que mu- »rió en la cruz entre dos ladrones y saturado de opro- »bios? En presencia de un ejemplo tan grande, ¿quién no »tendrá vergüenza de quejarse y mas todavía de tener re- »sentimientos? (3) Sin duda, añadia (4), no se debe com- »prometer la reputacion, porque siendo como una muestra »que hace conocer dónde mora la virtud, su ausencia per- »judicaría al bien que podríamos hacer, pero no conviene

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VII, s. XIX.
(2) Idem, p. XII. s. VII.
(3) Id., id. id.
(4) *Introduccion á la vida devota*. p. III. cap. VII.

»inquietarse por los ataques que la lengua de los maldi- »cientes pudieran hacerle, porque tienen por raiz la bon- »dad, que en tanto que está en nosotros, puede siempre »reproducir el honor que le es debido.» «Pero en fin, le »preguntaban un dia, ¿cómo debemos conducirnos con los »censores injustos ó calumniadores?—Primeramente, dijo, »se puede contestar segun la verdad, con tal que se ha- »ga de una manera dulce, pacífica, sin palabras agrias, sin »turbacion ni emocion. Jesucristo, acusado de estar po- »seido del demonio, contestó sencillamente: No lo estoy, »*Dæmonium non habeo;* si despues de esto continúan acu- »sándoos, conviene callar. El silencio es el agua que apa- »ga la calumnia; mas la réplica es el aceite de la lámpara »en que aquella se fomenta (1); ó cómo dice Tácito: el que »la desprecia la hace caer; el que se irrita le da consis- »tencia: *Spreta, exolescunt, si irascaris, agnita videntur* (2). »Es preciso que se endurezca la piel del corazon contra »estas cruces que no son mas que palabras, ó un sonido »del cual se puede decir que se lo lleva el viento (3). El »que es demasiado sensible á la opinion de los hombres, »no tendrá nunca la paz del corazon.»

Las faltas de atencion no turbaban mas su humildad que los discursos críticos. «Ojalá, decia, que fuera tan in- »diferente á todas las demás cosas como á los desprecios »que me hacen.» (4)

El secretario de un príncipe le escribió un dia de un modo poco conveniente y respetuoso, á cuya falta de aten- cion el humilde prelado opuso una respuesta llena de hu- mildad y de cortesía; y habiéndole manifestado alguno de su familia que valdria mas hablar de otro modo á aquel desatento: «No, contestó con gracia, tiene un buen talen- »to y esto le enseñará á escribir mejor en adelante.» (5).

(1) *Introduccion á la vida devota*, p, XVI, s. XXIV.
(2) Anales, IV, 34.
(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVIII, s. XXX.
(4) El P. la Riviere, p. 468.
(5) Id., p. 426.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tanta era la humildad del santo Obispo, que deseaba aparecer á las miradas del mundo, no solo humilde sino tan vil y abyecto como él se creia á sí mismo. «Me he figu»rado, referia un dia á uno de sus amigos (1), que moria »en un cadalso ó era quemado vivo en virtud de una sen»tencia de muerte dada injustamente contra mí, y me he »alegrado de perder el honor con la vida por respeto al »beneplácito divino, si le agradaba permitirlo así.» Era tambien una de sus máximas, que si el mundo no encontraba nada que decir de nosotros, no seríamos buenos siervos de Jesucristo. «Bienaventurados son los humil»des, decia, porque llegarán seguramente al puerto; esta »es la bienaventuranza que mas me agrada: y en el úl»timo dia de la justicia, si se encontrase alguna en mí, »que sea oculta á todo el mundo y conocida de Dios »solo.» (2)

De ahí viene que nunca se le oyó decir una sola palabra que redundara en ventaja suya; nunca se le vió preferirse á nadie, sino que, por el contrario, tenia una habilidad maravillosa para ocultar el bien que estaba en él, y lo que le podia hacerse estimar, para que Dios solo estuviera en el secreto de sus méritos; y por eso no se hubiera permitido nunca la menor accion ó la menor palabra con la intencion de parecer virtuoso. «Lo hacia todo, »dice la santa Madre Chantal, por cumplir con su deber »y sin otra mira que la voluntad de Dios.» (3) En la práctica de las virtudes, prefería á las mas brillantes, que estan segun su bello lenguaje colocadas en lo mas alto de la cruz para que se vean y se admiren, las que nacen al pie de ella, y pasan desapercibidas á los ojos de los hombres, como la humildad, la dulzura, la cordial tolerancia con el prójimo, la condescendencia con los gustos de los demás, la sencillez, la modestia. Estas, decia, son las mas

(1) El P. la Riviere, p. 446.
(2) Dep. de la Madre Chaugy.
(3) Dep. de la santa Madre Chantal.

fragantes y las mas impregnadas con la sangre del Salvador, y ellas mortifican y santifican el corazon mas eficazmente que los cilicios, que las disciplinas y las otras mortificaciones que hacen se pase por un santo (1). «Sed »siempre muy pequeña, escribia á la santa madre Chan»tal (2), y abatíos todos los dias á vuestros propios ojos. »¡Oh Dios, qué grandeza tan elevada es esta pequeñez!»

Conforme con este principio, consideraba que no se debia nunca hablar ni bien ni mal de sí mismo, sino procurar hacerse olvidar por medio del silencio (3), y cuando una persona le decia de sí misma mucho mal, tenia por práctica cogerle la palabra y encarecerle aún mas, con el fin de corregir este amor propio disfrazado, que no habla mal de sí sino para que los otros piensen bien. Habiéndole hablado una religiosa elevada al cargo de superiora, de su incapacidad para este empleo: «Teneis razon, le dijo; las »que os han nombrado no ignoraban vuestra incapacidad, »lo limitado de vuestro entendimiento, la debilidad de »vuestro juicio, y todos vuestros defectos tan patentes; pero »Dios ha permitido vuestra elevacion, para obligaros de »este modo á que os corrijais, y es preciso trabajar en »ello con celo, pero al mismo tiempo con confianza en el »poder de la gracia.» Lo mismo sucedió á Mr. de Belley, pues habiéndole dicho este prelado cuán lejos se encontraba de la santidad que pide el episcopado: «Lo que de»cís es cierto, contestó, y lo creo mas que vos; os consi»dero como un hombre salvado del naufragio ó que sale de »un incendio cuyo humo os ha oscurecido el rostro; pero »despues de todo es preciso animaros á la perfeccion, po»niendo vuestra confianza en Dios, que se complace en »elevar su poder sobre nuestra enfermedad y su fortaleza »sobre nuestra debilidad.»

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. III, s. XXI; p. VII, s. XXV.
(2) Carta DCXLIV.
(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, s. XIII; p. II, s. XXX; p. XIV, s. XXXV; p. X, s. XIX; p. XIV, s. XXIX.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Francisco, sin embargo, respondia de un modo muy distinto cuando le hacian alguna de esas confesiones que cuestan mucho al amor propio, y no pueden proceder sino de una franca humildad. Entonces estaba lleno de gozo, y felicitaba con una grande efusion de ternura al que tenia el valor de hablar así. El mismo Mr. de Belley lo esperimentó de una manera notable. Habiendo tenido Francisco ocasion de hablar de su poca memoria: «¡Ah! »le dijo, no teneis por qué quejaros; la memoria y el en- »tendimiento se encuentran reunidos rara vez en un mis- »mo hombre en grado eminente; vos teneis el entendi- »miento, que es la mejor parte, y yo tengo la memoria: »pero os cederia con todo mi corazon una parte de ella por »tener un poco de vuestro entendimiento, porque este úl- »timo me hace falta muchas veces.» A estas palabras, Francisco fuera de sí de gozo se arrojó á su cuello, y abrazándole le dijo con una amable sonrisa: «¡Oh! cuánto pla- »cer me causais; no he conocido mas que á un hombre »que me haya dicho como vos que no tenia entendimiento; »este es un caudal del cual los que mas carecen de él, son »los que se creen mejor provistos. Se encuentran muchas »personas que se quejan de su mala memoria, ó de sus »pasiones; pero nadie quiere reconocer que tiene poco »entendimiento, y todos rechazan esta acusacion como »una infamia. No os inquieteis, añadió, el entendimiento »se desarrollará en vos con la edad, pues es uno de los »frutos de la esperiencia y de la ancianidad. No sucede »así con la memoria; cuanto mas se adelanta en edad me- »nos se tiene, y por eso no espero que la mia mejore; »pero con tal que tenga la suficiente para acordarme »de Dios, con eso me basta: *Memor fui Dei, et delectatus »sum.*»

Por lo demás, la humildad de Francisco no tenia nada de triste ni de sombría, sino que estaba llena de amabilidad y de gracia. «El abatimiento y el desprecio de sí mis- »mo, decia, debe de ser practicado de un modo dulce, »pacífico, constante, y no solo suave sino aun con gozo y

»alegría de corazon.» (1) Aún mas apartado estaba del desaliento que inspira á algunas almas la vista de sus miserias, «pues, decia, que los que se despechan por ver- »se imperfectos se parecen á los que se arañan el rostro por »el disgusto que sienten de no ser hermosos, aumentando »así su deformidad en vez de remediarla.» (2) «Quisiéramos »estar sin imperfeccion alguna, escribia (3), pero es pre- »ciso tener paciencia, por ser nuestra naturaleza humana »y no angelical. Nuestras imperfecciones no deben agra- »darnos, y debemos decir con el apostol: «Desgraciado »de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?» »Pero no deben ni admirarnos, ni desalentarnos, ni afli- »girnos, ni mucho menos inspirarnos desconfianza del »amor de Dios hácia nosotros, Dios no ama ni nuestras »imperfecciones ni nuestros pecados veniales, pero nos »ama mucho á pesar de ellos; así como la enfermedad del »hijo desagrada á su madre, sin que por eso deje de amar- »le, pues su amor es tierno y compasivo. Decimos algunas »veces (4), ¿por qué no seré tan fervoroso como los sera- »fines? ¡Ay! nos preocupa tanto el ser buenos ángeles, que »nos olvidamos de ser buenos hombres y buenas mujeres. »Nuestra imperfeccion debe acompañarnos al sepulcro, »porque no podemos andar sin tocar la tierra. ¡Amadas »imperfecciones, que nos hacen reconocer nuestra miseria, »nos ejercitan en la humildad, en el desprecio de nosotros »mismos, en la paciencia y en la diligencia, y no obstan- »te las cuales, Dios considera la preparacion de nuestro »corazon, que es agradarle!..... Caminemos paso á paso, »mantengámonos á los piés de nuestro Señor, y practique- »mos algunas pequeñas virtudes que estan al alcance de »nuestra pequeñez.

»Quiero hablar de las virtudes que mas se practican »descendiendo que ascendiendo, como son la paciencia, la

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, s. XXXIV.
(2) Carta CDXLIX.
(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, s. IX; p. XVIII, s. XXII.
(4) Id., p. XVI, s. VII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»tolerancia con el prójimo, la humildad, la dulzura, la »afabilidad y la tolerancia con nuestras imperfecciones.» »No os turbeis, dice en otro lugar (1), por vuestras im- »perfecciones, y trabajad siempre con valor en levantaros »cuando caigais en ellas; empezad todos los dias, sin creer »haber hecho nunca bastante: no hay mejor medio que »este para completar bien la vida espiritual. ¿Cómo re- »prenderemos á los otros con un espíritu de dulzura, si »nos reprendemos á nosotros mismos con despecho, dis- »gusto y amargura? ¿Cómo nos corregiremos, si no te- »nemos el espíritu tranquilo y en reposo? La humildad, en »fin, pide que nos creamos aún muy lejos de la perfeccion, »y que en vista de esto, volvamos á empezar cada dia.»

Si la humildad de Francisco estaba muy lejos del desaliento, lo estaba mas aún de los sentimientos del filósofo que hollaba á los piés el orgullo de Platon con un orgullo aún mayor. Un dia que citaban en su presencia como axioma estas cuatro palabras: *Spernere mundum, spernere mullum*, *spernere sese*, *spernere sperni;* «tengo, replicó, »algo que decir sobre todos estos desprecios. 1.° *Spernere »mundum;* esto es cierto si se habla de los falsos bienes ó »de los juicios del mundo, pero es falso si se entiende de »las personas. 2.° *Spernere mullum* dice demasiado poco, »porque se debe estimar y respetar á todos como á imá- »genes de Dios, y que valen mas que nosotros. 3.° *Sper- »nere sese;* esto es cierto si se entiende de lo que en nos- »otros es de nosotros, pero es falso si se entiende de lo que en nosotros es de Dios, porque eso se debe estimar y respe- »tar. 4.° *Spernere sperni* es malo, y se deja ver en ello el »orgullo, pues se debe estimar el desprecio como cosa que »nos es debida; estar contentos de que piensen de nosotros »como nosotros; de que nos ayuden á tenernos en nada; y »no ver en los oprobios sino dones de Dios, dignos de todo »nuestro amor y reconocimiento.» (2)

(1) Carta CLXXVII.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XII, sec. XIII.

CAPITULO XV.

Su espíritu de pobreza.

«No he conocido nunca, dice la santa Madre Chantal, »un alma mas desinteresada y mas completamente vacía »de toda aficion á las cosas de la tierra que nuestro bien- »aventurado Padre.» Habiéndole rogado un dia dos per- sonas, que se interesara en su favor con el Duque de Saboya para obtener alguna gracia, y habiéndole ofrecido una buena recompensa si lo conseguia: «No me conoceis, »les contestó con dulzura, no soy interesado, y no hago »nada por el dinero, pero estad ciertos de que trabajaré »con mas gusto por vuestro negocio que si fuera mio.» Habiéndole deseado otra persona, en una carta, mucha prosperidad y grandeza temporal: «¡Buen Dios! le contes- »tó, ¿qué es lo que me deseais? Por la gracia divina, no »espero ni deseo otra grandeza ni otra prosperidad en este »miserable mundo, que las que el Hijo de Dios ha tenido »en el pesebre de Belén..... El que tiene su corazon en el »cielo, no se inquieta por las cosas de la tierra.» Diciéndole un dia que el mundo se burlaba de los que no aspiraban á hacerse una posicion cómoda y brillante: «Pues »yo, contestó, me burlo de estas bagatelas, y uno de mis »mayores consuelos es imaginarme que no tengo nada, »y pensar que cuando muera tampoco tendré nada..... »Mi mayor deseo es carecer de alguna cosa necesaria »para imitar á Jesucristo, el rey de los pobres, y nunca »me encuentro mejor que cuando no estoy bien.....» «Es »preciso vivir en este mundo, decia á uno de sus sacerdo- »tes, como si tuviéramos el alma en el cielo y el cuerpo »en la sepultura (1). La sabiduría del mundo dice: Bien- »aventuradas las casas ricas, pero nuestro Señor ha dicho:

(1) Dep. del abate Legay.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»tolerancia con el prójimo, la humildad, la dulzura, la »afabilidad y la tolerancia con nuestras imperfecciones.» »No os turbeis, dice en otro lugar (1), por vuestras im- »perfecciones, y trabajad siempre con valor en levantaros »cuando caigais en ellas; empezad todos los dias, sin creer »haber hecho nunca bastante: no hay mejor medio que »este para completar bien la vida espiritual. ¿Cómo re- »prenderemos á los otros con un espíritu de dulzura, si »nos reprendemos á nosotros mismos con despecho, dis- »gusto y amargura? ¿Cómo nos corregiremos, si no te- »nemos el espíritu tranquilo y en reposo? La humildad, en »fin, pide que nos creamos aún muy lejos de la perfeccion, »y que en vista de esto, volvamos á empezar cada dia.»

Si la humildad de Francisco estaba muy lejos del desaliento, lo estaba mas aún de los sentimientos del filósofo que hollaba á los piés el orgullo de Platon con un orgullo aún mayor. Un dia que citaban en su presencia como axioma estas cuatro palabras: *Spernere mundum, spernere mullum*, *spernere sese*, *spernere sperni;* «tengo, replicó, »algo que decir sobre todos estos desprecios. 1.° *Spernere »mundum;* esto es cierto si se habla de los falsos bienes ó »de los juicios del mundo, pero es falso si se entiende de »las personas. 2.° *Spernere mullum* dice demasiado poco, »porque se debe estimar y respetar á todos como á imá- »genes de Dios, y que valen mas que nosotros. 3.° *Sper- »nere sese;* esto es cierto si se entiende de lo que en nos- »otros es de nosotros, pero es falso si se entiende de lo que en nosotros es de Dios, porque eso se debe estimar y respe- »tar. 4.° *Spernere sperni* es malo, y se deja ver en ello el »orgullo, pues se debe estimar el desprecio como cosa que »nos es debida; estar contentos de que piensen de nosotros »como nosotros; de que nos ayuden á tenernos en nada; y »no ver en los oprobios sino dones de Dios, dignos de todo »nuestro amor y reconocimiento.» (2)

(1) Carta CLXXVII.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XII, sec. XIII.

CAPITULO XV.

Su espíritu de pobreza.

«No he conocido nunca, dice la santa Madre Chantal, »un alma mas desinteresada y mas completamente vacía »de toda aficion á las cosas de la tierra que nuestro bien- »aventurado Padre.» Habiéndole rogado un dia dos per- sonas, que se interesara en su favor con el Duque de Saboya para obtener alguna gracia, y habiéndole ofrecido una buena recompensa si lo conseguia: «No me conoceis, »les contestó con dulzura, no soy interesado, y no hago »nada por el dinero, pero estad ciertos de que trabajaré »con mas gusto por vuestro negocio que si fuera mio.» Habiéndole deseado otra persona, en una carta, mucha prosperidad y grandeza temporal: «¡Buen Dios! le contes- »tó, ¿qué es lo que me deseais? Por la gracia divina, no »espero ni deseo otra grandeza ni otra prosperidad en este »miserable mundo, que las que el Hijo de Dios ha tenido »en el pesebre de Belén..... El que tiene su corazon en el »cielo, no se inquieta por las cosas de la tierra.» Diciéndole un dia que el mundo se burlaba de los que no aspiraban á hacerse una posicion cómoda y brillante: «Pues »yo, contestó, me burlo de estas bagatelas, y uno de mis »mayores consuelos es imaginarme que no tengo nada, »y pensar que cuando muera tampoco tendré nada..... »Mi mayor deseo es carecer de alguna cosa necesaria »para imitar á Jesucristo, el rey de los pobres, y nunca »me encuentro mejor que cuando no estoy bien.....» «Es »preciso vivir en este mundo, decia á uno de sus sacerdo- »tes, como si tuviéramos el alma en el cielo y el cuerpo »en la sepultura (1). La sabiduría del mundo dice: Bien- »aventuradas las casas ricas, pero nuestro Señor ha dicho:

(1) Dep. del abate Legay.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»¡Bienaventuradas las pobres! La verdadera bienaventu»ranza en esta vida, es contentarse con lo que basta; y »nada bastará nunca al que lo suficiente no basta.» (1) Por eso repetia con frecuencia estas palabras de un autor italiano: «*Povero si, ma contento;* Soy pobre, pero estoy con»tento. Porque ¿quién no amará la pobreza que nuestro »Señor ha amado tanto, y de la que ha hecho su fiel com»pañera toda su vida?» Cuando le parecia que le compadecian por la poca renta del obispado: «¿Cuánta tenian »los apóstoles? contestaba (2). Ellos, que eran mas gran»des Obispos que nosotros, no tenian tanta; y ¡cuántas »personas honradas hay que tienen menos que yo! Mi »obispado, decia tambien, me vale tanto como el arzobis»pado de Toledo, porque me vale el cielo ó el infierno, lo »mismo que el de Toledo á su Arzobispo, segun nos con»duzcamos uno y otro en nuestro cargo. Me considero »mas rico que ningun Obispo de Francia, porque mis ren»tas bastan á mis necesidades (3). Es una gran renta te»ner lo necesario, cuando á esto se une la piedad que nos »enseña á contentarnos con lo que tenemos. Cuanto mas »se tiene mas se gasta; porque se tiene mas trenes y cria»dos que arruinan, y con frecuencia no sobra á los que »los tienen mas que me sobra á mí; llegando á veces hasta »llenarse de deudas; y así considero una gran riqueza no »tener nada. Cuando hay poco se tiene menos que dar, »menos cuidados para gastar, menos inquietudes para con»servar ó distribuir, y menos cuenta que dar á Dios. Para »contentarse con lo poco, no hay mas que considerar á los »que son mas pobres que nosotros, porque no somos po»bres si nos comparamos con ellos. Si no queremos mas »que lo necesario, no seremos casi nunca pobres; mas si »queremos todo lo que pide la pasion, nunca seremos ri-

(1) Carta DLXXI.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VIII; s. V; p. XVI, s. XIV y XV.
(3) Idem, p. XIV, sec. XXXIV.—Dep. de Pernet.

»cos. El secreto para enriquecernos en poco tiempo y á »poca costa, es moderar nuestros deseos; imitando á los »escultores, que hacen su trabajo por sustraccion, y no á »los pintores, que hacen el suyo por medio de adicion. »Por lo que á mí hace apenas conozco la pobreza, pues »Dios ha sido tan bueno para mí que me ha dado lo que »deseaba el sábio, que es un estado intermedio entre las »necesidades de la indigencia y la abundancia de las ri»quezas; y así, contento con mi suerte, me considero »rico.» (1)

Este espíritu de pobreza evangélica, esta elevacion de alma sobre todos los bienes de este mundo, fué lo que le inspiró la renuncia de su patrimonio en favor de sus hermanos, sus inmensas limosnas, y aquella indiferencia con la cual se vió amenazado de la privacion de sus temporalidades por el senado de Chambery; las generosas renuncias de toda suerte de honorarios, tanto despues de la mision del Chablais, cuyos gastos al menos querian satisfacerle, como despues de las Cuaresmas predicadas en la córte, en Dijon, en Saint-André-des-Arts, y finalmente, aquella resistencia á todas las proposiciones para abadías y ricos beneficios que le hicieron tan repetidamente.

Inspirado por este mismo espíritu, supo reducir sus necesidades á los mas estrechos límites. No tenia mas que el número indispensable de servidores, vestidos con limpieza pero con sencillez, y sin llevar en su traje ninguna cosa rica ni brillante, como espadas ó penachos. El mismo no llevaba nunca vestidos de seda ó de mucho valor; siendo la ropa esterior de sarga morada, decente, limpia y sencilla, y la interior de piel ó hecha con los pedazos usados de la de encima, y casi siempre remendada. Su mesa era de las mas frugales, y en 1603, 1604 y 1620, en cuyos años hubo una gran escasez de granos, hizo aún disminuir de lo ordinario. Todos sus muebles eran sencillos pero

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XIV, sec. XXXIV; p. VIII, seccion V; p. II, sec. XXI y XXII; p. VI, sec. XIV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decentes, y toda la casa episcopal, en fin, revelaba la morada del padre de los pobres, que gasta lo menos posible para poder dar mas limosnas. Tenia cerca de Annecy una posesion que pertenecia al obispado, donde le hubiera sido agradable ir de tiempo en tiempo, si hubiera habido una casa para su uso; mas nunca quiso edificarla; y habiéndole preguntado la razon de ello un sacerdote: «Es, contes»tó (1), porque considero como una gracia de Dios habitar »una casa estraña en todas partes por donde voy. Esto es »para mí un honor, porque lo miro como un rasgo de se»mejanza con Jesucristo, que nació en un establo y no »tuvo durante su vida dónde reclinar su cabeza.» A pesar de tanta economía, sus muchas limosnas parecian una cosa inesplicable, considerando el pié de decencia en que sostenia su casa y lo reducido de sus rentas. «Un dia, dice »Mr. de Belley, le manifesté mi sorpresa por esto.—Dios »es, me contestó, quien multiplica los cinco panes.—Pero, »le pregunté, ¿cómo es eso?—Si no fuera por un milagro, »repuso, no podria suceder; ¿y acaso no es una gran feli»cidad para nosotros vivir de esta suerte por milagro? Mi»rad, le dijo, enseñándole un vestido interior que le ha»bian hecho con una sotana vieja, ¿no es verdad que mis »gentes hacen pequeños milagros, pues de un vestido vie»jo han hecho uno nuevo? Hablándoos francamente, si tu»viera mas no sabria que hacer de ello, y soy feliz viviendo »como un niño que no tiene cuidado alguno: bástale á »cada dia su propio mal. Uso de los bienes de este mundo »como los perros de las orillas del Nilo, que beben el agua »del rio corriendo, por miedo de ser presa de los coco»drilos.»

Este verdadero pobre de Jesucristo no manejaba el dinero sino para distribuirlo; y con trabajo distinguia algunas monedas y conocia su valor (2). Habia hecho á su mayordomo depositario de sus fondos, y este disponia de ellos

(1) Dep. del Canónigo Gard.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec. X.

para el gasto de la casa como le parecia. Solo el santo Obispo le preguntaba de tiempo en tiempo si se debia algo, con el fin de suprimir en los gastos de su casa lo que fuera necesario para pagar pronto las deudas si las habia (1); y cuando era preciso comprar alguna cosa ó pagar en los viajes el gasto en las hospederías, no permitia que el mayordomo regatease, sino le hacia pagar toda la suma pedida, á no ser que el abuso fuera evidente y notable; y si luego le oia quejarse del fondista: «Amigo mio, le con»testaba, hay que considerar en lo que nos piden, no solo »el precio de nuestro alimento sino tambien los cuidados, »las inquietudes, las vigilias y la buena voluntad de los »que nos reciben, cosas que nunca pueden ser suficien»temente pagadas.» (2) Rara vez dejaba al dinero ocioso en manos de su mayordomo, y le pedia casi todos los dias algo para los pobres, para los monasterios y demas casas que vivian de limosnas, cuyas distribuciones ocasionaban á veces la escasez en la casa del Obispo. Encontrándose un dia el mayordomo sin recursos, fué á quejarse á él de que no tenia dinero: «Tanto mejor, contestó Francisco, »eso nos hace mas conformes á Jesucristo. Este adorable »Salvador no tuvo donde reposar su cabeza, y nosotros es»tamos muy lejos aún de este estremo.—Pero, en fin, ¿de »dónde sacar el dinero? pregunta el mayordomo.—Hijo »mio, replicó el Obispo, es preciso vivir cconómicamen»te.—Seguramente que es buen tiempo de economías, »cuando ya no hay nada.—No me comprendeis, replicó el »santo; quiero decir que es preciso vender ó empeñar al»guna pieza de nuestro uso ó alguno de nuestros muebles, »para comprar que comer; ¿no es esto vivir de lo que te»nemos?» (3)

Para evitar las reconvenciones de su mayordomo, al que no queria contristar demasiado, Francisco considera-

(1) El P. la Riviere, p. 531.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VII, sec. VII.
(3) Idem, p. II, sec. XXII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ba como una fortuna recibir dinero sin que él tuviese conocimiento de ello, y lo distribuia al punto en diferentes sumas, con las que hacia varios paquetes envueltos con cuidado para repartirlos á los pobres; y de esta suerte dió un dia hasta cuatrocientos florines.

A pesar de esta estrema pobreza, el santo Obispo sabia ser espléndido cuando lo creia conveniente para el honor de su ministerio y la gloria de Dios; y varias veces recibió á grandes señores con tanta distincion, que se admiraban cómo, con tan poca fortuna, podia hacer tantas magnificencias. Entonces admitia en su casa de un modo pasajero las tapicerías, las vajillas de plata y otros muebles de lujo; pero en medio de todo eso, no disminuia nada de su espíritu de pobreza, mirando todo este lujo como lodo, y haciendo el mismo aprecio de los platos de plata que si fueran de barro (1).

CAPITULO XVI.

Su mortificacion.

La necesidad de la mortificacion para ser virtuoso ha sido reconocida hasta por los mismos paganos, uno de los cuales tenia por máxima: privarse y sufrir; *abstine et sustine*. Pero la doctrina del Evangelio y la uncion de la gracia la hicieron sentir mejor aún al santo Obispo de Ginebra. «Es preciso morir, decia, para que Dios viva en nos»otros; porque es imposible llegar á la union de nuestra »alma con Dios por otro camino que el de la mortificacion. »Estas palabras *¡es preciso morir!* son duras, pero serán »seguidas de una gran dulzura, porque no se muere á sí »mismo sino con el fin de unirse á Dios por medio de esta »muerte (2). Es preciso morir á todo otro amor para no

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VIII, sec. VIII.
(2) Conferencia sobre la pretension religiosa, p. 373.

»vivir mas que al de Jesus, á fin de no morir eternamen»te (1). ¡Dios mio! bien quisiera morir por mi Salvador, »pero si no puedo morir por Él, que al menos viva para »Él solo (2). Es preciso vivir en este mundo, decia, como »si tuviéramos el alma en el cielo y el cuerpo en la sepul»tura. La oracion sin la mortificacion es un alma sin cuer»po, así como la mortificacion sin la oracion es un cuerpo »sin alma.» (3)

Conformando su conducta con este lenguaje, Francisco de Sales empezó por mortificar su cuerpo. Como lo consideraba un esclavo que se rebela cuando se le halaga y se condesciende con sus deseos, jamás concedia á sus sentidos la menor delicadeza ó superfluidad.

Se limitaba en todo á lo estrictamente necesario; era para él un trabajo ir á tomar su alimento; y muchas veces si no le hubieran instado, lo hubiera olvidado por completo. Ayunaba frecuentemente; y aun se puede decir que su vida era un ayuno contínuo, pues tan poco era lo que comia en cada comida; y hubo algunos años en los que, salvo una lijera colacion que le llevaban por la noche á su cuarto, no hacia mas que una comida al dia, encontrando en eso la doble ventaja de mortificarse y aprovechar mas el tiempo para su vasta correspondencia é inmensos trabajos (4).

No estaba sujeto á ninguna mortificacion particular, y queria mejor suprimir á veces alguna que hacer ostentacion de ella. Habiendo ido á visitarlo un prelado á Annecy, fué un viernes por la noche á su cuarto á avisarle que la cena estaba pronta. «¡La cena! le contestó su huesped, »yo no ceno hoy; lo menos que se debe ayunar es una vez »en la semana.» Francisco al punto le hizo llevar la colacion á su cuarto y fué á cenar con sus capellanes, los

(1) *Tratado del amor de Dios*, lib. XII, cap. XIII.
(2) Carta CDXVII.
(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XIII, sec. XIV.
(4) Idem, p. IV, sec. VIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ba como una fortuna recibir dinero sin que él tuviese conocimiento de ello, y lo distribuia al punto en diferentes sumas, con las que hacia varios paquetes envueltos con cuidado para repartirlos á los pobres; y de esta suerte dió un dia hasta cuatrocientos florines.

A pesar de esta estrema pobreza, el santo Obispo sabia ser espléndido cuando lo creia conveniente para el honor de su ministerio y la gloria de Dios; y varias veces recibió á grandes señores con tanta distincion, que se admiraban cómo, con tan poca fortuna, podia hacer tantas magnificencias. Entonces admitia en su casa de un modo pasajero las tapicerías, las vajillas de plata y otros muebles de lujo; pero en medio de todo eso, no disminuia nada de su espíritu de pobreza, mirando todo este lujo como lodo, y haciendo el mismo aprecio de los platos de plata que si fueran de barro (1).

CAPITULO XVI.

Su mortificacion.

La necesidad de la mortificacion para ser virtuoso ha sido reconocida hasta por los mismos paganos, uno de los cuales tenia por máxima: privarse y sufrir; *abstine et sustine*. Pero la doctrina del Evangelio y la uncion de la gracia la hicieron sentir mejor aún al santo Obispo de Ginebra. «Es preciso morir, decia, para que Dios viva en nos»otros; porque es imposible llegar á la union de nuestra »alma con Dios por otro camino que el de la mortificacion. »Estas palabras *¡es preciso morir!* son duras, pero serán »seguidas de una gran dulzura, porque no se muere á sí »mismo sino con el fin de unirse á Dios por medio de esta »muerte (2). Es preciso morir á todo otro amor para no

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VIII, sec. VIII.
(2) Conferencia sobre la pretension religiosa, p. 373.

»vivir mas que al de Jesus, á fin de no morir eternamen»te (1). ¡Dios mio! bien quisiera morir por mi Salvador, »pero si no puedo morir por Él, que al menos viva para »Él solo (2). Es preciso vivir en este mundo, decia, como »si tuviéramos el alma en el cielo y el cuerpo en la sepul»tura. La oracion sin la mortificacion es un alma sin cuer»po, así como la mortificacion sin la oracion es un cuerpo »sin alma.» (3)

Conformando su conducta con este lenguaje, Francisco de Sales empezó por mortificar su cuerpo. Como lo consideraba un esclavo que se rebela cuando se le halaga y se condesciende con sus deseos, jamás concedia á sus sentidos la menor delicadeza ó superfluidad.

Se limitaba en todo á lo estrictamente necesario; era para él un trabajo ir á tomar su alimento; y muchas veces si no le hubieran instado, lo hubiera olvidado por completo. Ayunaba frecuentemente; y aun se puede decir que su vida era un ayuno contínuo, pues tan poco era lo que comia en cada comida; y hubo algunos años en los que, salvo una lijera colacion que le llevaban por la noche á su cuarto, no hacia mas que una comida al dia, encontrando en eso la doble ventaja de mortificarse y aprovechar mas el tiempo para su vasta correspondencia é inmensos trabajos (4).

No estaba sujeto á ninguna mortificacion particular, y queria mejor suprimir á veces alguna que hacer ostentacion de ella. Habiendo ido á visitarlo un prelado á Annecy, fué un viernes por la noche á su cuarto á avisarle que la cena estaba pronta. «¡La cena! le contestó su huesped, »yo no ceno hoy; lo menos que se debe ayunar es una vez »en la semana.» Francisco al punto le hizo llevar la colacion á su cuarto y fué á cenar con sus capellanes, los

(1) *Tratado del amor de Dios*, lib. XII, cap. XIII.
(2) Carta CDXVII.
(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XIII, sec. XIV.
(4) Idem, p. IV, sec. VIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que le contaron que aquel Obispo estaba tan apegado á sus ejercicios de piedad y á sus ayunos que no dejaba nunca ninguno, cualesquiera que fuesen los que le vinieran á visitar. Al dia siguiente el santo prelado, hablando de este hecho con el Obispo de Belley: «Mirad, le dijo, no se »debe estar tan asido á las propias prácticas, aun las mas »piadosas, que no se las interrumpa algunas veces; de otro »modo, bajo pretesto de fidelidad, se desliza en ellas un »amor propio muy refinado. El ayuno de un viernes in»terrumpido, hubiera ocultado otros muchos; en estos ca»sos se puede trasladar el ayuno á otro dia, ó si no reem»plazarlo con la condescendencia, que es hija de la cari»dad y debe serle preferida.» (1)

Francisco se abstenia igualmente de estos ayunos voluntarios, cuando veia que su salud podia padecer con ellos: «Porque, decia, Dios ha ordenado que tratemos »nuestros cuerpos como requiere su debilidad; que los con»sideremos como pobres enfermos, con caridad y pacien»cia; y este ejercicio no es menos meritorio, porque mor»tifica el corazon y el ánimo. Si el cumplimiento de nues»tros deberes nos procura alguna enfermedad ó abrevia »nuestra vida, se debe bendecir á Dios por ello y sufrirlo »con gusto; pero sin embargo de esto, el respeto á la Pro»videncia y la caridad con nosotros mismos nos obligan á »abstenernos de las penitencias que arruinan la salud, »porque así como es una delicadeza que nos asemeja á »las mujeres el ser demasiado tiernos con nuestra salud, »sería tambien una dureza que se asemejaria algo á la bar»bárie, el despreciarla completamente..... Así como el es»píritu no puede soportar el cuerpo cuando está demasiado »grueso, así el cuerpo no puede soportar al espíritu cuan»do es demasiado delgado, debiéndose tratar al cuerpo »como se haria con un hijo, al cual se corrije pero sin des»truirle.»

«Un dia, dice Mr. de Belley, viendo que yo ayunaba

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 28, p. 76.

»con frecuencia, me preguntó si el ayuno me costaba mu»cho, y le contesté que no tenia casi nunca apetito, y que, »cuando me ponia á la mesa, era casi siempre sin ganas »de comer.—Entonces no ayuneis mas, me dijo.—¿Y por »qué, padre mio, estando el ayuno recomendado en la sa»grada Escritura?—Sí, dijo, pero lo está para los que tie»nen mejor apetito que vos. Haced alguna obra buena, y »mortificad vuestro cuerpo de otro modo.» (1) En conformidad con estas máximas, y advertido algun tiempo antes de su muerte, por la debilidad de su estómago y su falta de fuerzas, de la necesidad de moderar sus austeridades, se conformó con lo que exigia su salud.

Indiferente, por lo demás, á toda suerte de alimentos, nunca encontraba nada que decir, cualquiera que aquel fuese y de cualquier modo que le fuese presentado; pues todo era de su gusto, ya frio, ya caliente, ya salado, ya insípido. Comia lo que le presentaban sin hacer nunca la menor observacion, y recomendaba á los demás la misma práctica, diciendo que se debia tener gran respeto á aquellas palabras de nuestro Señor, *comed lo que os presentan.* Comer indiferentemente de todo sin ninguna eleccion, es, decia, la mejor mortificacion, pues de este modo se tiene la ventaja de ocultar á los hombres la propia austeridad, y sin embargo, no es pequeña la de acomodarse á lo que no guste y la de rehusar lo que se desea (2). Habiéndole un dia servido un plato de huevos escalfados nadando en agua, continuó mojando, despues de haber comido los huevos, su pan en el plato, en el que solo quedaba el agua, y cuando se lo hicieron notar: «Habeis hecho »mal, contestó, en descubrirme mi error, porque gracias »á mi apetito, no he comido nunca una salsa con mas gus»to que esta; tan cierto es el proverbio de que: No hay »mejor salsa que el apetito.» (3) Otra vez le sirvieron por

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. IX.
(2) Idem, p. IV, sec. XXVIII; p. XVI, sec. XXVII.
(3) Idem, p. IV, sec. XIX.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

descuido un huevo podrido, pero él lo comió sin decir nada, y cuando le manifestaron su sentimiento por esta falta: «¡Los hemos comido tantas veces buenos! contestó »dulcemente, que no hay razon para que no los coma- »mos malos, si Dios permite que nos sean presentados (1). »No tomar lo que os sirven, decia, y hacer eleccion de los »manjares, es mostrar un espíritu preocupado con los »manjares y las salsas; comer lo que es bueno sin compla- »cerse en ello, lo que es malo sin manifestar disgusto, y »mostrarse tan indiferente en lo uno como en lo otro, eso »constituye la verdadera mortificacion.»

No bebia sino muy poco vino y este mezclado con bastante agua; no comia comunmente sino manjares ordinarios, dando por razon, cuando le reconvenian por ello, unas veces que le gustaba ser alimentado como los pobres, otras que tenia un estómago ordinario, que preferia las viandas mas comunes (2). Jamás se servian en su mesa manjares esquisitos y delicados, á no ser que hubiera huéspedes: y si entonces se los presentaban, los hacia pasar discretamente á los que estaban á su lado, ó los dejaba en su plato, para enviarlos á algunos enfermos que pedian sus restos, unos por necesidad, otros, en mayor número, por un sentimiento de devocion. Al hacer la visita pastoral prohibia á los curas y á los monasterios que le sirvieran nada estraordinario, diciendo, que por poco que le dieran era siempre mucho, y que no queria que hicieran gasto por él (3). Si estaba en la mesa de los ricos, se privaba de todo lo mas que podia, sin que se conociera su mortificacion.

«Un dia, dice Mr. de Belley, que le habia servido en »mi mesa un manjar muy delicado, advertí que lo separa- »ba hábilmente en un lado de su plato para comer otro »mas ordinario.—Os cojo *in fraganti*, le dije. ¿Dónde está

(1) Dep. de la santa Madre Chantal.
(2) Idem.
(3) Dep. de Passis.

»ahora el precepto: *Comed lo que os presenten?*—No sabeis, »me contestó, que tengo un estómago de aldeano, que tie- »ne necesidad de viandas sólidas, y que vuestros manjares »delicados no le podrian sostener?—Padre mio, le contes- »té, esas son escusas vuestras, y con tales industrias ocul- »tais vuestra mortificacion.—Ciertamente, esclamó, no »entiendo de fingimiento y os hablo con toda sinceridad. »Convengo en que mi apetito encuentra mas gusto á los »manjares delicados; pero como nos ponemos á la mesa »para alimentarnos y no para satisfacer la gula; como no »debemos comer sino para vivir, tomo lo que conozco que »me alimenta mas. Sería vivir para comer escoger el ali- »mento segun el gusto de los manjares y de las salsas. »Sin embargo, para que veais que quiero honrar vuestro »plato, tened un poco de paciencia y os daré gusto, y des- »pues de haber echado los cimientos á la comida con estos »alimentos mas sustanciosos, los cubriré con las delicade- »zas que me servís.» (1)

Tan mortificado en todo lo demás como en su alimento, evitaba con gran cuidado todo lo que podia resentirse de la sensualidad y del lujo; tomaba sencillamente los vestidos que le daban sus criados, sin preferir unos á otros; y cuando fué á la abadía del Sixt, rehusó las sábanas finas y delicadas que habian ido á buscar á dos leguas de distancia, y se hizo poner las ordinarias que usaba la comunidad (2). No se calentaba casi nunca, y soportaba alegremente los mayores frios, igualmente que los mayores calores. En sus viajes desafiaba á las lluvias, á la nieve, á los vientos y las injurias de la intemperie; y cuando llegaba á las posadas sufria sin quejarse nunca los malos alojamientos, los malos alimentos y la carencia de las cosas necesarias, repitiendo graciosamente su espresion favorita: «Nunca estoy mejor que cuando no estoy bien.»

Dormia poco, no perdia nunca el tiempo, y no conocia

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec. V.
(2) Dep. de Zoenos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el juego ni el aburrimiento. Nunca se recreaba sino cuando la condescendencia con el deseo de los demas ó con las órdenes del médico le obligaban á ello; pero aun entonces era tan afectuoso y amable con los otros, como severo consigo mismo. «Cuando iba á visitarle, refiere Mr. de Be»lley (1), tenia cuidado de divertirme despues del trabajo »de la predicacion, llevándome él mismo á pasear en una »barca por el hermoso lago de Annecy, ó por los hermosos »jardines que se encuentran en sus agradables riveras; y »cuando venia á verme á Belley, no rehusaba otras seme»jantes diversiones á que yo le invitaba, pero nunca las »pedia ni iba á ellas por sí mismo.» Si algunas veces por motivo de su salud iba á pasearse al campo, utilizaba su paseo hablando con los aldeanos que encontraba, entrando en sus cabañas, y recibiendo con un aire satisfecho lo que le ofrecia su hospitalaria sencillez.

Con frecuencia se aplicaba la disciplina hasta derramar sangre (2), considerando que no se compra demasiado cara á este precio la castidad. «Esa noble virtud, decia, »que conserva á nuestras almas blancas como las azucenas, »puras como el sol, que consagra nuestros cuerpos, nos da »la facilidad de ser todos de Dios, y nos permite decir á »nuestro Señor: mi corazon y mi carne se estremecen de »alegría en vuestra bondad, por la cual renuncio á todo »otro placer.» Pero tenia gran cuidado en hacer esta mortificacion en secreto, escogiendo, para castigar así duramente su cuerpo, la noche, cuando no creia ser oido, y ocultando tan bien su disciplina durante el dia, que no lo descubrieron hasta despues de su muerte. Su mismo ayuda de cámara no tuvo de ella mas que sospechas, fundadas en el agua rojiza por la sangre que encontró en el fondo de la palangana de su amo, que habia lavado en ella el instrumento ensangrentado (3).

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. XXVI.
(2) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 28 y 77.
(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. XXI.

Esta mortificacion, por austera que parezca, era sin embargo inferior á otra que se habia impuesto, y que consistia en conservar constantemente todo su esterior en esa modestia, decencia y decoro tan perfecto de que hemos hablado ya; y era sobre todo inferior á su mortificacion interior, verdadero martirio por el cual inmolaba todo el hombre á Dios. Daba el primer lugar en su estimacion á esta última mortificacion, que encierra el sacrificio del espíritu y del juicio, de la voluntad y del amor propio; y acostumbraba á decir que una onza de este vale mas que muchas libras de aquella (1). Deseando una hermana de la Visitacion hacer muchas mortificaciones corporales: «Con»tentaos, le dijo, con las mortificaciones que están encer»radas en la exacta observancia de la regla. El demonio »nada desea tanto como abatir el cuerpo para inhabilitarlo »para los ejercicios regulares, y hay cierta presuncion en »querer caminar á la perfeccion por otro camino que las »compañeras. La divina Providencia os proporcionará su»ficientes ocasiones de mortificaros si sois fiel en abrazar»las, y debeis estar solo pronta para seguir los movimien»tos del espíritu de Dios;» (2) cuyo consejo se aplicaba tambien á sí mismo.

Mortificaba su espíritu prohibiéndole toda clase de vanas imaginaciones, de pensamientos inútiles ó estraños que hacen perder el tiempo, disipan el alma, hacen mirar con disgusto el trabajo y las cosas sérias, ponen en peligro la virtud, y son origen de mil distracciones en la oracion, como tambien de mil obstáculos en el servicio de Dios; y lo que hemos dicho de su recogimiento habitual, es una prueba de ello bien notable.

Mortificaba su juicio, evitando la tenacidad en sus ideas y la obstinacion en sus sentimientos. Era una cosa singular que siempre preferia el juicio de los demás al suyo propio, á no ser que se tratara de materias, en las

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XV, s. X; p. XVII, sec. XXII.
(2) Vida de la Madre Ana Margarita Clement.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que debia como Obispo decidir y hablar; en cuyo caso tomaba el partido que consideraba mejor; y firme entonces é inalterable como una roca, no sabia ceder.

Mortificaba su voluntad, doblegándola constantemente á lo que creia ser el beneplácito de Dios y el órden de la Providencia, sin hacer ningun caso de sus gustos ni de sus repugnancias, de sus deseos ni de sus aversiones. Recibir todos los dias gran número de cartas, algunas de las cuales eran de doce á quince páginas y con frecuencia muy difíciles de leer, sujetándose á contestar á todas, y cuando decian que se tomaba demasiado trabajo, «qué importa, »contestaba, mientras hago eso, no estoy obligado á hacer »otra cosa.» (1) Toda su vida, nota un autor contemporáneo (2), era un ejercicio contínuo de obediencia, conformándose con ardor á los menores deseos de sus superiores, que eran en el órden eclesiástico el Papa, el Nuncio de Turin, el Arzobispo de Viena su metropolitano; y en el órden civil, el Duque de Saboya. Condescendia con una deferencia mas tierna tambien con la voluntad, no solo de sus iguales los Obispos, con quienes se encontraba en relaciones, sino hasta con sus inferiores y domésticos, siempre que el deber y la prudencia se lo permitian; siendo cosa que llenaba de admiracion ver cómo se dejaba conducir por estos últimos en las cosas indiferentes.

«Todos los dias, escribia á la santa Madre Chantal (3), »aprendo á no hacer mi voluntad y á hacer lo que no »quiero.....» y en esta inmolacion contínua de su propia voluntad, en esta renuncia de los deseos, aún los mas naturales, era en lo que el santo Obispo colocaba toda la virtud. «Poco importa al demonio, escribia á una de sus »penitentas (4), que desgarreis vuestro cuerpo, con tal »que hagais vuestra propia voluntad; porque no teme la

(1) Juan de San Francisco, p. 432.
(2) El P. la Riviere, p. 430 y sig.
(3) Carta DCGVII.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. III, s. XLVII.
(4) Carta CDXCVIII.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, s. VIII.

»austeridad sino la obediencia, y ninguna austeridad vale »tanto como el sacrificio de vuestra voluntad siempre su»misa y continuamente obediente..... ¡Oh! cuántos y cuán»tas que ayunaron se perdieron, pero obedientes ni uno »solo. El miserable Fariseo ayunaba dos veces á la sema»na, y se perdió; el publicano no habia ayunado, y fue jus»tificado (1). La obediencia es todo delante de Dios..... No »deseeis ser otra cosa que lo que sois, pues ¿de qué sirve »edificar castillos en el aire si hemos de vivir en la tier»ra?..... (2) Por lo que á mí toca no conozco mas que el »cántico del cordero, que algunos quizás encontrarán un »poco triste, pero que es armonioso y dulce para el cora»zon: *Padre mio, que se haga no como yo quiero, sino como »vos lo querais.* ¡Oh, que siempre nuestros corazones es»ten unidos al suyo y nuestras voluntades á su beneplá»cito.» (3)

Mas fiel aún en mortificar sus inclinaciones y su carácter, consideraba este punto como el sello de la verdadera virtud, y acostumbraba decir, que sin la mortificacion que muda el carácter y doblega las inclinaciones, «se »puede ser muy devoto y muy malo: muy devoto si se ora »mucho, si se hacen los ejercicios de piedad, si se tiene fe, »misericordia, paciencia; y muy malo, si con todo eso se »conserva orgullo, envidia, odio y otros vicios seme»jantes.»

En fin, no mortificaba menos enérgicamente este amor propio que lleva á buscarse á sí mismo en todas las cosas, y á huir todo lo que molesta, á satisfacer los propios gustos y á retroceder ante las repugnancias. Él mismo nos dice que hizo una guerra contínua á las inclinaciones desarregladas de su corazon y á su vivacidad natural, hasta que lo logró. «Tengo, decia con su ingénuo candor, »dos pasiones que me ha costado mucho destruir; á saber,

(1) El P. la Riviere, p. 581.
(2) Carta DCCLXXX—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XV, s. XXV.
(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVIII, sec. VII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»el amor y la cólera.» Triunfó del amor cambiando de objeto y dirigiéndolo enteramente á Dios; triunfó de la cólera *sujetando su corazon con las dos manos*, como decia algunas veces, para contener la impetuosidad de su carácter (1); y esto fué lo que le valió tantas gracias, conforme á su máxima favorita, «que el que mortifica mas sus incli»naciones naturales, atrae mas las inspiraciones sobrena»turales.» (2) «Largo tiempo, dice la santa Madre Chantal, »tuvo que luchar con sus pasiones, pero á fuerza de ge»nerosidad las venció de tal suerte, que le obedecian como »esclavas, y al fin no se reconocia de ellas casi ninguna »huella.» Dios habia ordenado tan bien todas sus inclinaciones segun la razon y la ley del Evangelio, que no hacia ninguna accion que no estuviera acompañada de alguna virtud cristiana, y habia limpiado tan perfectamente su corazon de todo afecto terreno, que pudo decir con verdad (3). «Yo quiero pocas cosas; lo que quiero, lo quiero »muy poco; no tengo casi deseos, y si volviera á nacer no »tendria ninguno. Si Dios viniera á mí, iria tambien á Él; »si no venia, me mantendria allí, sin pedir ni rehusar na»da, sin entretenerme con ningun deseo, sino queriendo »lo que Dios quiere.»

Esta era la doctrina que el santo Obispo inculcaba con mas frecuencia á sus amadas hijas de la Visitacion. «Es »preciso, les decia (4), renunciar á todo, primero á los »bienes exteriores, como las casas y propiedades, los pa»rientes, amigos y conocidos; luego los bienes del cuerpo, »como la salud, la hermosura, las comodidades y los go»ces de los sentidos; despues á los bienes imaginarios que »dependen de la opinion de otros, y se llaman gloria, ho»nor, reputacion; y por último á los bienes del corazon, »que son los consuelos espirituales. Es preciso entregar

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, s. XXIX.
(2) Idem, p. X, s. I.
(3) Conferencia XXI.
(4) Idem III.

»todo eso en manos de Nuestro Señor, para que disponga »de ello como le agrade, y servirle con estos bienes igual»mente que sin ellos; y estas renuncias se deben hacer, »no por desprecio, sino solo por abandono en el puro amor »de Dios. Jamás, decia, se llegará á la perfeccion mien»tras se tenga algun afecto por pequeño que sea á alguna »imperfeccion, aunque no sea mas que un pensamiento »inutil; y no se puede creer cuánto mal causa eso á un »alma..... Nuestros afectos son preciosos siempre que sean »todos empleados en amar á Dios, y así es preciso cuidar »de no emplearlos en cosas inútiles; y una falta, por pe»queña que sea, hecha con afecto, es mas contraria á la »perfeccion que otras ciento hechas por sorpresa y sin »tanto afecto.»

CAPITULO XVII.

Su paciencia.

Muy diferente de los hombres del mundo, Francisco de Sales tenia su dicha en el sufrimiento. «Su fin, decia, es »casi el único bien que podemos hacer en este mundo; »porque rara vez hacemos algun bien en que no mezclemos »algun mal. Además, nuestro Señor nunca está mas cer»ca de nosotros que cuando sufrimos con paciencia por su »amor; vela por nosotros cuando reposamos en paz sobre »su seno, y nos hace sacar ventaja de nuestras tribulacio»nes..... Bienaventurados los crucificados! (1) Una onza de »sufrimiento vale mas que una libra de accion (2). Debe»mos con frecuencia inmolar nuestro corazon á el amor de »Jesus en el altar mismo de la cruz, en la que Él inmola el »suyo por nuestro amor. La cruz es la puerta real por don-

(1) Dep. de la Santa Madre Chantal, art. 31.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XII, s. I.
(2) Carta DCCVII.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XV, s. XVIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»el amor y la cólera.» Triunfó del amor cambiando de objeto y dirigiéndolo enteramente á Dios; triunfó de la cólera *sujetando su corazon con las dos manos*, como decia algunas veces, para contener la impetuosidad de su carácter (1); y esto fué lo que le valió tantas gracias, conforme á su máxima favorita, «que el que mortifica mas sus incli»naciones naturales, atrae mas las inspiraciones sobrena»turales.» (2) «Largo tiempo, dice la santa Madre Chantal, »tuvo que luchar con sus pasiones, pero á fuerza de ge»nerosidad las venció de tal suerte, que le obedecian como »esclavas, y al fin no se reconocia de ellas casi ninguna »huella.» Dios habia ordenado tan bien todas sus inclinaciones segun la razon y la ley del Evangelio, que no hacia ninguna accion que no estuviera acompañada de alguna virtud cristiana, y habia limpiado tan perfectamente su corazon de todo afecto terreno, que pudo decir con verdad (3). «Yo quiero pocas cosas; lo que quiero, lo quiero »muy poco; no tengo casi deseos, y si volviera á nacer no »tendria ninguno. Si Dios viniera á mí, iria tambien á Él; »si no venia, me mantendria allí, sin pedir ni rehusar na»da, sin entretenerme con ningun deseo, sino queriendo »lo que Dios quiere.»

Esta era la doctrina que el santo Obispo inculcaba con mas frecuencia á sus amadas hijas de la Visitacion. «Es »preciso, les decia (4), renunciar á todo, primero á los »bienes exteriores, como las casas y propiedades, los pa»rientes, amigos y conocidos; luego los bienes del cuerpo, »como la salud, la hermosura, las comodidades y los go»ces de los sentidos; despues á los bienes imaginarios que »dependen de la opinion de otros, y se llaman gloria, ho»nor, reputacion; y por último á los bienes del corazon, »que son los consuelos espirituales. Es preciso entregar

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, s. XXIX.
(2) Idem, p. X, s. I.
(3) Conferencia XXI.
(4) Idem III.

»todo eso en manos de Nuestro Señor, para que disponga »de ello como le agrade, y servirle con estos bienes igual»mente que sin ellos; y estas renuncias se deben hacer, »no por desprecio, sino solo por abandono en el puro amor »de Dios. Jamás, decia, se llegará á la perfeccion mien»tras se tenga algun afecto por pequeño que sea á alguna »imperfeccion, aunque no sea mas que un pensamiento »inutil; y no se puede creer cuánto mal causa eso á un »alma..... Nuestros afectos son preciosos siempre que sean »todos empleados en amar á Dios, y así es preciso cuidar »de no emplearlos en cosas inútiles; y una falta, por pe»queña que sea, hecha con afecto, es mas contraria á la »perfeccion que otras ciento hechas por sorpresa y sin »tanto afecto.»

CAPITULO XVII.

Su paciencia.

Muy diferente de los hombres del mundo, Francisco de Sales tenia su dicha en el sufrimiento. «Su fin, decia, es »casi el único bien que podemos hacer en este mundo; »porque rara vez hacemos algun bien en que no mezclemos »algun mal. Además, nuestro Señor nunca está mas cer»ca de nosotros que cuando sufrimos con paciencia por su »amor; vela por nosotros cuando reposamos en paz sobre »su seno, y nos hace sacar ventaja de nuestras tribulacio»nes..... Bienaventurados los crucificados! (1) Una onza de »sufrimiento vale mas que una libra de accion (2). Debe»mos con frecuencia inmolar nuestro corazon á el amor de »Jesus en el altar mismo de la cruz, en la que Él inmola el »suyo por nuestro amor. La cruz es la puerta real por don-

(1) Dep. de la Santa Madre Chantal, art. 31.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XII, s. I.
(2) Carta DCCVII.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XV, s. XVIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»de se entra en el templo de la santidad, y el que le bus-»ca fuera de ella no encontrará nunca una sola hebra (1). »En este mundo, nuestra herencia está en la cruz; en el »otro estará en la gloria.»

Hablándole un dia de una persona llena de cruces y aflicciones: «¡Oh! qué feliz es esa querida alma, contestó, »en tener alguna cosa que sufrir por nuestro Señor, que »ha escogido la cruz para fundamento de su Iglesia y fa-»vorece á todos los que la llevan! Puesto que á esa perso-»na no le queda sino poco tiempo de vida, bueno es que »ese poco tiempo lo emplee en el sufrimiento..... Amemos »nuestras cruces, decia á las almas afligidas (2), pues son »todas de oro, miradas con los ojos del amor; y aunque »nuestro Señor esté allí como muerto entre los clavos y »las espinas, se encuentra sin embargo en ella un tesoro »de piedras preciosas, que nos formarán una corona de »gloria si llevamos animosamente la de espinas..... Vivid, »pues, alegre entre las espinas de la corona del Salvador, »y como un ruiseñor en su zarzal, cantad: «¡Viva Je-»sus!» (3) El tiempo de las aflicciones y de las contradic-»ciones es el tiempo de la bella estacion, cuando el alma re-»coge las mas ricas bendiciones del cielo y practica las mas »bellas virtudes (4), y un dia de este tiempo es mas pro-»vechoso que seis de otro; á la manera que las mejores »vides crecen entre las piedras, las mas vigorosas virtu-»des nacen entre las aflicciones (5), y nunca se practica »mejor el amor de nuestro Señor que en medio de las cru-»ces. ¡Viva Jesus! en el Tabor, san Pedro aunque tosco »tuvo valor para decirlo; pero, decir ¡viva Jesus! en el Cal-»vario, eso solo pertenece á la Madre y al discípulo amado »de Jesus. El corazon que ama no puede menos de amar y

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XV, s. XVIII.
(2) Carta DCCCXXV.
(3) Carta DCCXXVIII.
(4) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XI, s. III.
(5) Carta LXXII.

»de aceptar suavemente las flechas que la mano de Dios le »dirije (1). Permanezcamos, pues, siempre fijos en la cruz »y que cien mil flechas traspasen nuestra carne, con tal »de que el dardo inflamado del amor de Dios haya pene-»trado antes en nuestro corazon! ¡Que esta divina herida »nos haga morir de su santa muerte, que vale mas que mil »vidas!» (2) «¿En qué, decia en otra ocasion (3), manifesta-»remos nuestro amor á aquel que ha sufrido tanto por no-»sotros, sino es en medio de las contrariedades, las repug-»nancias y las aversiones? Arrojémonos entre las espinas »de las dificultades; dejemos que nuestro corazon sea tras-»pasado con la lanza de las contradiciones; comamos ajen-»jos, bebamos hiel y traguemos el vinagre de las amar-»guras temporales, porque nuestro dulce Salvador es el »que lo quiere así. Como las llamas se alimentan entre »las espinas, el amor divino crece entre las tribulaciones »aún mejor que en medio de las satisfacciones.» (4)

El hábil maestro de la vida espiritual distinguia tres clases de cruces, que apreciaba como incomparablemente mejores que las otras. Las primeras son las que nos im-portunan y desagradan mas por su frecuencia. «Las cru-»ces que se encuentran en la calle, decia, son escelentes, »pero las que se encuentran en la casa valen mucho mas, »porque pesan mas; valen mas que los cilicios, las disci-»plinas, los ayunos y todo lo que la austeridad ha inven-»tado, y en ellas es donde se manifiesta la generosidad de »los hijos de la cruz. Las segundas son las que se presen-»tan por sí mismas. Hé ahí, escribia á una persona que-»rida (5), una multitud de cruces que no habeis escogido; »Dios os las ha dado con su mano; recibidlas, besadlas y »amadlas, que están todas embalsamadas de la escelencia

(1) Cartas DCCXXXIII y DCCCXXXV.
(2) Carta DCXLIV.
(3) Dep. de Bissel.
(4) Carta CCXIII.
(5) Carta LCIII.—Dep. de la santa Madre Chantal, art. 28, p. 79.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»del lugar de donde vienen (1), y en ellas es donde mas se »encuentra el beneplácito de Dios. Amo infinitamente mas »el mal que nos viene de nuestro Padre celestial, que el »que viene de nuestra propia voluntad.» El santo Obispo esplica mejor aún su pensamiento en uno de sus sermones, en el que comenta aquellas palabras de nuestro Señor: «*Si alguno quiere venir en pos de mí, tome su cruz.* Tomar »su cruz (2) es recibir y sufrir con una entera sumision »todas las penas y contradicciones, todas las aflicciones y »mortificaciones que nos suceden en esta vida, grandes ó »pequeñas, conformes ó contrarias á nuestros gustos, sin »ninguna escepcion. Quisiéramos escojer nuestras cruces, »tener otra diferente de la nuestra, llevar una cruz pesada »que tuviera siquiera algun descanso, mas bien que una »mas lijera que fatiga por su duracion: pero esto es una »ilusion, porque nuestra cruz es la que debemos llevar y »no otra, y su mérito no está en su calidad, sino en la »perfeccion con que se lleva. Hay con frecuencia mas vir»tud en no decir una palabra prohibida, en no levantar »los ojos con una mirada curiosa, que en llevar un cilicio. »La condescendencia con los caractéres de los demas, la »dulce, pero justa tolerancia con el prójimo, he ahí, de»cía, mis virtudes predilectas. ¡Oh, cuánto mejor es aco»modarse á los demás que querer inclinar á los otros á »nuestro génio y opiniones!»

La tercera clase de cruz mas especialmente amada por el corazon de San Francisco de Sales, era la injusta persecucion. Le preguntaban un dia (3), cuál era, entre las ocho bienaventuranzas, la que le parecia mas escelente, creyendo que iba á contestar que la segunda: *Bienaventurados los mansos;* pero contrariamente á lo que esperaban, contestó: «Bienaventurados lo que sufren persecucion por la

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, sec. XXIV; p. XVIII, seccion VII.

(2) Sermon para el dia de San Blas.

(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVIII, sec. XXXIX; p. XIII, seccion XXVIII.

»justicia. Esta bienaventuranza colocada la última, es la »primera en mi estimacion, y la considero como la sobe»rana dicha de la vida presente, porque los que son per»seguidos injustamente tienen mayor semejanza con el »Salvador y llevan una vida oculta con Jesucristo en Dios: »parecen malos y son buenos, muertos y están vivos, po»bres y son ricos, locos y son cuerdos, detestados de los »hombres, pero bendecidos por Dios.»

La vida del santo Obispo estaba en un todo conforme con estas bellas doctrinas. Siempre se le veia prestarse con gusto á las importunidades de los que querian hablarle, sin manifestar jamás ninguna pena por ser interrumpido contínuamente en medio de sus mas graves ocupaciones. Consideraba todos estos contratiempos enviados por la Providencia, que los permitia y ordenaba, y los aceptaba con amor sin perder nada de la serenidad de su alma ni de su rostro.

Este hombre tan bueno tuvo enemigos y perseguidores que le contrariaron, que censuraron sus acciones mas santas, y le dirigieron ásperas reconvenciones y palabras desatentas. Dios, sin duda, lo permitia así para hacer resplandecer la virtud de su siervo; no oponiendo Francisco á todos estos ataques sino palabras llenas de fe y de dulzura, que revelaban un alma libre de toda hiel y amargura. «Es preciso, decia, compadecerse de la debilidad humana; »¿qué sería de nosotros si Dios nos tratase sin compasion? »Las persecuciones son partículas de la cruz de Jesucristo, »y no se debe perder la menor de ellas.» (1)

Habiendo un dia ido un acreedor á pedirle el pago de una suma considerable, de la que se habia hecho fiador por un caballero amigo suyo, que estando en el ejército no podia ir á pagar su deuda, el santo Obispo le manifestó con la mayor dulzura posible, que la fortuna del caballero era muy superior al crédito, y que por lo tanto no habia peligro de perder ni el capital ni los réditos, rogándole

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, sec. XV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tuviera paciencia hasta su vuelta. El acreedor, sordo á estas razones, gritó, alborotó y quiso ser pagado en el acto. «Pues bien, dijo Francisco, no os pido mas que el tiempo »necesario para escribirle y tener su contestacion, y se»reis pagado.—No quiero esperar, replicó, y espero ser »pagado hoy mismo.—Señor, dijo el santo Obispo con ad»mirable mansedumbre, ¿tendreis valor, en vez de alimen»tarme como mi feligrés, de quitarme el pan de la boca? »Escasamente poseo lo necesario para mi subsistencia, y »nunca he tenido en mi poder la suma que me pedís; pero »si quereis reclamar de mí antes que del principal deudor, »os abandono todo cuanto tengo, hasta mis muebles, para »que los vendais; solo os pido que me ameis por Dios y no »lo ofendais con cólera, ódio y escándalo; hacedlo así y »quedaré contento.—Todo eso es charla cortesana, replicó »el acreedor, y siguió irritándose y vomitando mil inju»rias.—Señor, dijo Francisco con serenidad, voy á hacer »todas las diligencias posibles para satisfaceros; pero »quiero que sepais que, si me hubiéseis sacado un ojo, os »miraria con el otro tan amorosamente como si fuérais mi »mejor amigo.» El santo Obispo escribió al punto al caballero, el cual acudió á pagar su deuda; y el acreedor, confuso por su falta, volvió á pedir perdon á Francisco, que le recibió con los brazos abiertos y le siguió amando despues con particular ternura, llamándolo su amigo reconquistado (1).

Otras veces el santo prelado preferia mas oponer á las injurias el silencio, «porque, decia, no conozco mejor re»medio en las contradicciones que no hablar, no manifes»tar ningun disgusto, y conservarse con una gran dulzura »para con aquel que nos ha ofendido. Por poco que se diga, »el amor propio siempre dice demasiado, y deja escapar »palabras tan mal digeridas, que dejan en el corazon una »amargura que dura todo el resto del dia. Cuando no se »dice nada, se sonrie de buen corazon y se deja pasar el

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, sec. VII.

»chubasco, se espanta la cólera, se desconcierta la indis»crecion, y se tiene mucho tiempo el corazon alegre.» (1)

La paciencia del santo Obispo estuvo tan á prueba de las enfermedades como de las injurias. Este hombre, de una constitucion tan sana, tuvo que tolerar en sus últimos años muchas enfermedades corporales; y en medio de sus dolores, se le vió siempre tranquilo y resignado, sin que se notase jamás en él una palabra de queja ni un aire de tristeza y contrariedad. Consideraba que Dios le hacia una gracia muy grande enviándole sufrimientos, «porque, de»cia, que no haciendo mucha penitencia voluntaria, es »bueno que haga un poco de la necesaria.» (2) Escuchemos lo que dice Mr. de Belley sobre este asunto. «Todos »los que le han visto enfermo, dicen, cuentan maravillas »de su dulzura y de su indiferencia en los sufrimientos. »Tenia en medio de sus dolores una paciencia mezclada »con tanto amor y dulzura, que no se le oyó nunca mani»festar el menor deseo que no fuese conforme con la vo»luntad de Dios, ni echar de menos en manera alguna los »servicios que hubiera podido hacer á Dios y al prójimo »teniendo salud. Queria sufrir porque tal era el beneplá»cito divino. El sabe mejor que yo, decia, lo que me con»viene. Hágase lo que sea mas agradable á sus ojos. ¡Oh, »Dios! que se haga vuestra voluntad y no la mia. Sí, Pa»dre celestial, así lo quiero, porque os agrada. Señor, »quiero que vuestra ley y vuestra voluntad estén para »siempre grabadas en mi corazon.» A la pregunta de si queria tomar una medicina, beber alguna bebida, ser sangrado, respondia: «Haced lo que querais, Dios me ha »puesto á la disposicion de los médicos;» y consecuente con esto, aceptaba todo lo que le ofrecian con una sencillez de obediencia incomparable. Si se lo preguntaban, decia sencillamente su mal, sin exagerarlo con quejas escesivas ni disminuirlo con disimulo, considerando lo pri-

(1) *¿Cuál es el mejor gobierno?* por el P. Binet, p. 196.
(2) Juan de San Francisco, p. 411.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mero cobardía y lo segundo doblez; y aunque la parte inferior de su alma estuviera bajo el peso del dolor, la serenidad de la parte superior se reflejaba en su rostro y sobre todo en sus ojos, en medio de las nubes del sufrimiento (1). Convencido, como escribia á la santa Madre Chantal, que sufriendo se sirve á Dios mas perfectamente que obrando; persuadido además de que sus sufrimientos eran poca cosa comparados con lo que merecia, y sobre todo con lo que nuestro Señor habia sufrido por él, nunca queria pedir su curacion. «Nunca, decia (2), tendré valor »de pedir á nuestro Señor que cure mi dolor de cabeza por »el mérito de aquel que sufrió en la suya adorable, que »cure mis ojos por los sufrimientos de los suyos en la cruz, »y que me vuelva la salud en consideracion de sus dolo»res, como si no hubiera sufrido sino para que no sufra»mos.» El santo Obispo ocultaba sus enfermedades, y las sufria de pié cuanto podia, diciendo que la cama no se habia hecho sino para las grandes enfermedades; y cuando el mal le obligaba á guardarla, recibia con agrado y reconocimiento los buenos oficios que le hacian, tomaba sin repugnancia todos los remedios como tambien los alimentos que le presentaban, y se olvidaba en cierto modo de sí mismo, para no pensar mas que en Dios y en sus servidores: en Dios para recojerse en él y en la meditacion de los bienes eternos, y en sus servidores para compadecerse de ellos por el trabajo que les daba el cuidado de su persona.

No por esto se crea que dejara de sentir en su alma una viva oposicion al sufrimiento; pero lo vencia por un esfuerzo de virtud, y practicaba escelentemente lo que contaba él mismo de otro, persona muy enferma, á la que se aproximaba alabando su constancia, ponderando sus dolores, y admirando su valor, su silencio y su buen ejemplo. «¡Ah, padre mio, esclama esta (3), qué decís! vos no

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec, XXII; p. XII. sec. II.
(2) Idem, p. XVII, sec. XII.—Carta DCCXXVIII.
(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VIII, sec. III.

»veis los combates de mi naturaleza; todo en ella está en »desórden y mudado; si me dejara llevar de sus impulsos, »gritaria y me impacientaria, murmuraria y maldeciria; »pero Dios sella mis labios con un freno que hace que no »me queje de los golpes de su mano, que he aprendido por »su gracia á amar y á venerar. Soy como aquel profeta á »quien el ángel llevaba por un cabello; mi paciencia no »está pendiente sino de un hilo muy delgado, y si Dios no »me ayudara, quedaria perdido.—¡Ah! dijo el santo pre»lado cuando se retiró, he ahí la verdadera paciencia cris»tiana, no solo animosa sino tambien humilde y amante; »pero no se lo digais, no sea que se deje llevar de la va»nidad, la cual echaría á perder todo el valor de esta gra»cia, cuyas aguas no se deslizan sino por los valles de la »humildad.»

CAPITULO XVIII.

Su igualdad de alma.

Era un espectáculo admirable la igualdad de alma en que se mantenia invariablemente el santo Obispo de Ginebra, no viéndosele nunca desolado por la contradiccion, abatido por la tristeza, arrebatado por la alegría, ni arrastrado por la precipitacion. Siempre dueño de su corazon y de sus pasiones, tenia en medio de los negocios mas enfadosos, lo mismo que en los agradables, siempre la misma serenidad de rostro y de maneras, de suerte que se decia de él que estaba tan tranquilo, tan dulce, tan modesto, tan en presencia de Dios y tan dueño de sí mismo en cada una de sus acciones, como en el mismo altar (1). En la corte y en las sociedades mas ruidosas á que se veia obligado á asistir, era el mismo que en la Visitacion y entre los mas santos religiosos. En medio de la diversidad de situacio-

(1) Dep. de Mocard y de la Madre Chaugy.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mero cobardía y lo segundo doblez; y aunque la parte inferior de su alma estuviera bajo el peso del dolor, la serenidad de la parte superior se reflejaba en su rostro y sobre todo en sus ojos, en medio de las nubes del sufrimiento (1). Convencido, como escribia á la santa Madre Chantal, que sufriendo se sirve á Dios mas perfectamente que obrando; persuadido además de que sus sufrimientos eran poca cosa comparados con lo que merecia, y sobre todo con lo que nuestro Señor habia sufrido por él, nunca queria pedir su curacion. «Nunca, decia (2), tendré valor »de pedir á nuestro Señor que cure mi dolor de cabeza por »el mérito de aquel que sufrió en la suya adorable, que »cure mis ojos por los sufrimientos de los suyos en la cruz, »y que me vuelva la salud en consideracion de sus dolo»res, como si no hubiera sufrido sino para que no sufra»mos.» El santo Obispo ocultaba sus enfermedades, y las sufria de pié cuanto podia, diciendo que la cama no se habia hecho sino para las grandes enfermedades; y cuando el mal le obligaba á guardarla, recibia con agrado y reconocimiento los buenos oficios que le hacian, tomaba sin repugnancia todos los remedios como tambien los alimentos que le presentaban, y se olvidaba en cierto modo de sí mismo, para no pensar mas que en Dios y en sus servidores: en Dios para recojerse en él y en la meditacion de los bienes eternos, y en sus servidores para compadecerse de ellos por el trabajo que les daba el cuidado de su persona.

No por esto se crea que dejara de sentir en su alma una viva oposicion al sufrimiento; pero lo vencia por un esfuerzo de virtud, y practicaba escelentemente lo que contaba él mismo de otro, persona muy enferma, á la que se aproximaba alabando su constancia, ponderando sus dolores, y admirando su valor, su silencio y su buen ejemplo. «¡Ah, padre mio, esclama esta (3), qué decís! vos no

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, sec, XXII; p. XII. sec. II.
(2) Idem, p. XVII, sec. XII.—Carta DCCXXVIII.
(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VIII, sec. III.

»veis los combates de mi naturaleza; todo en ella está en »desórden y mudado; si me dejara llevar de sus impulsos, »gritaria y me impacientaria, murmuraria y maldeciria; »pero Dios sella mis labios con un freno que hace que no »me queje de los golpes de su mano, que he aprendido por »su gracia á amar y á venerar. Soy como aquel profeta á »quien el ángel llevaba por un cabello; mi paciencia no »está pendiente sino de un hilo muy delgado, y si Dios no »me ayudara, quedaria perdido.—¡Ah! dijo el santo pre»lado cuando se retiró, he ahí la verdadera paciencia cris»tiana, no solo animosa sino tambien humilde y amante; »pero no se lo digais, no sea que se deje llevar de la va»nidad, la cual echaría á perder todo el valor de esta gra»cia, cuyas aguas no se deslizan sino por los valles de la »humildad.»

CAPITULO XVIII.

Su igualdad de alma.

Era un espectáculo admirable la igualdad de alma en que se mantenia invariablemente el santo Obispo de Ginebra, no viéndosele nunca desolado por la contradiccion, abatido por la tristeza, arrebatado por la alegría, ni arrastrado por la precipitacion. Siempre dueño de su corazon y de sus pasiones, tenia en medio de los negocios mas enfadosos, lo mismo que en los agradables, siempre la misma serenidad de rostro y de maneras, de suerte que se decia de él que estaba tan tranquilo, tan dulce, tan modesto, tan en presencia de Dios y tan dueño de sí mismo en cada una de sus acciones, como en el mismo altar (1). En la corte y en las sociedades mas ruidosas á que se veia obligado á asistir, era el mismo que en la Visitacion y entre los mas santos religiosos. En medio de la diversidad de situacio-

(1) Dep. de Mocard y de la Madre Chaugy.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes no variaba; los cambios se obraban alrededor suyo, pero no en él, y sabia ser igualmente santo en todas partes pasando á través de las ocasiones mas profanas sin dejarse nunca profanar, mostrando en todas partes y siempre la misma modestia, la misma dulzura, afabilidad, igualdad de alma y de semblante, y el mismo deseo de agradar á Dios y de hacer la virtud amable á los demás (1).

Cualesquiera que fueran las penas que amargaran su vida, jamás su paciencia fué alterada ni por un momento (2), pudiendo decir el Cardenal de Berulle: «Este pre»lado tiene una paz imperturbable.» En efecto, todas sus facciones, todas sus palabras y todo su modo de obrar no respiraba mas que la paz, sin que nadie en el mundo fuera capaz de alterarla ni de turbarla. «Aunque el universo, »decia, se trastornara de arriba abajo, no deberíamos tur»barnos, porque el universo no vale tanto como la paz del »alma.»

«El médico, escribia con motivo de una alteracion que »esperimentó su salud (3), me ha ordenado el reposo, y yo »me ordeno tambien con gusto otro remedio, y es la tran»quilidad; y al procurarme el reposo corporal, he pensado »en el reposo espiritual con que nuestros corazones deben »someterse á la voluntad de Dios.....» «Yo ví hace algun »tiempo, decia graciosamente á la santa Madre Chan»tal (4), una jóven que llevaba un cubo de agua en la ca»beza, en medio del cual habia puesto un pedazo de ma»dera; quise saber con qué objeto, y me dijo que era para »contener el movimiento del agua, y evitar que esta se »derramase. En adelante, pues, me dije á mí mismo, es »preciso poner la cruz en medio de nuestros corazones »para contener los movimientos de nuestros afectos, para »que con este leño no se derramen en medio de las in»quietudes y turbaciones.» «Seamos todos de Dios, escribia

(1) El P. la Riviere, p. 465.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales,* p. VIII, sec. XVI.
(3) Carta CLX.
(4) Carta CLV.

»en otra ocasion (1), sin que nos aturda el estruendo que »nos presenta la diversidad de las cosas mundanas, pues »en nada podemos manifestar tanto nuestra fidelidad como »entre las contrariedades. La soledad tiene sus combates »y el mundo sus contradicciones; y por eso en todas partes »es preciso tener buen ánimo, porque en todas partes el »socorro del cielo está pronto para los que confian en Dios, »y que con humildad y dulzura imploran su paternal »asistencia; pero guardaos bien de dejar que vuestra vigi»lancia se convierta en turbacion é inquietud. Estando »embarcado como estais entre las olas y vientos de varias »contradicciones, mirad siempre al cielo y decid á nuestro »Señor: ¡Oh Dios! por vos es por quien navego, sed mi »norte y mi guia. Luego consolaos con el pensamiento de »que cuando estemos en el puerto, las dulzuras que allí »tendremos nos harán olvidar el trabajo que nos ha cos»tado llegar á él. ¿Qué importa que tengamos que atrave»sar todas estas tempestades, con tal de que conservemos »el corazon recto, la intencion buena, el ánimo firme, la »vista fija en Dios, y en Él puesta toda nuestra esperanza? »La verdadera virtud no se alimenta con el reposo este»rior, como tampoco los buenos pescados en las aguas es»tancadas de los pantanos.» Movido de este mismo espíritu de paz y de abandono en la providencia, el santo obispo decia á la santa Madre Chantal, hablándole del designio de fundar la orden de la Visitacion: «Si no agrada á Dios »que nuestros proyectos tengan buen resultado, á mí »tampoco me agrada, y por eso no se debe perder una ho»ra de sueño.»

Un dia que acababan de tratarle indignamente en presencia de la Madre Chantal, esta le preguntó que era lo que habia sentido en un suceso tan penoso á la naturaleza: «Nunca he tenido tanta paz,» le contestó. Otro dia viendo á uno de sus criados que se impacientaba: «Miguel, le

(1) Carta DCCXLVIII,—*Espíritu de San Francisco de Sales,* p. XVII, s. XXXIV.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»dijo riendo, no os inquieteis, que una onza de paz vale »mas que cien libras de riquezas.» (1) Le interrumpian á cada paso en sus ocupaciones y ejercicios de piedad; llovian sobre él los negocios incesantemente; las contradicciones venian á poner obstáculos á sus designios é inclinaciones; genios estravagantes ó inteligencias obtusas, incapaces de entender la razon, disputaban con él sobre los puntos mas claros; y en medio de todos estos contratiempos, no se notaba la menor variacion en sus maneras ni en el tono de su voz. Cuando la caridad lo exigia, dejaba con paz sus ejercicios espirituales, aun aquellos mismos que mas amaba, porque decia: «Es preciso unirse inviola»blemente á Dios solo, pero no á los medios particulares »de servirle.» Quejándose á él una persona que sufria violentos dolores de cabeza, de que no podia dedicarse á la meditacion: «Será preciso que os indemniceis de ella, le »contestó (2), duplicando las oraciones jaculatorias de »aceptacion del beneplácito divino, que os envia este im»pedimento á la meditacion para uniros mas íntimamente »á él por medio del ejercicio de la santa y tranquila re»signacion. ¿Qué importa que estemos con Dios de un mo»do ó de otro, puesto que no buscamos mas que á Él, y no »lo encontramos menos en la mortificacion que en la ora»cion?» Despachaba los negocios uno á uno, aplicándose á cada uno como si ningun otro lo hubiera precedido ni debiera seguirle, y acogia todas las contradicciones con una suavidad incomparable. «Desde hace algun tiempo, »escribia un dia, estoy lleno de oposiciones y secretas »contradicciones, que han atentado contra mi tranquili»dad, pero ellas mas que nada me producen una paz muy »dulce y suave, y me presagian la próxima union de »mi alma con Dios, que es el único anhelo de mi cora»zon.»

No quería que nadie se apresurára por nada. «Vale

(1) Dep. de Miguel Favre.
(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XV, s. XVIII.

»mas, decia (1), hacer poco y bien, pues no es por la mul»tiplicidad de las cosas que hacemos por lo que adelanta»mos en la perfeccion, sino por el fervor con que las ha»cemos (2). La devocion es un fervor dulce, tranquilo, so»segado, pero el apresuramiento es su ruina. Es un aca»loramiento indiscreto, turbulento, que deshace en vez de »edificar, desarraiga en vez de plantar.» »Apresuraos dul»cemente, decia en otro lugar; se hace bastante pronto lo »que se hace bien, y á cada dia le basta su trabajo. El que »emprende dos ocupaciones á un tiempo no sale bien con »ninguna, pues eso es pretender enebrar varias agujas »de una vez.» «Sed cuidadosos (3), pero no os apresureis en »hacer todo lo que teneis que hacer, decia en otra oca»sion. Toda clase de ardor turba la razon y el juicio, y »nos impide hacer bien la cosa que hacemos con apresu»ramiento. Las lluvias que caen dulcemente fecundizan la »tierra; pero los torrentes la devastan.»

Censuraba mucho á los que en las conversaciones dicen palabras precipitadas y sin reflexion, y deseaba que se hablase poco y bien, con un alma tranquila y siempre igual. Pero sobre todo á las personas encargadas del cuidado ó direccion de los otros, era á los que mas prescribia esta paz. «El cuidado mas perfecto, decia (4), es el »que se aproxima mas al cuidado que Dios tiene de nos»otros, que es un cuidado lleno de tranquilidad y de quie»tud, que en medio de su mayor actividad no esperimenta »sin embargo ninguna emocion, y siendo uno se hace todo »en todas las cosas;» cuyos principios eran la regla de su conducta. «Era costumbre suya, dice uno de sus historia»dores (5), no precipitarse, terminar los negocios uno des»pues de otro, y aplicar pacíficamente á cada uno toda su

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VI, s. IX; p. VIII, s. XVIII; p. X, s. XII; p. XVI, s. XXXV; p. XVIII, s. VI.
(2) Idem, p. XIV, s. XXIV.
(3) Introduccion á la vida devota, p. III; c. X.
(4) Carta DCCXXII.
(5) El P. la Riviere, p. 523.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»atencion, como si no hubiera tenido otra cosa en que »pensar.»

Esta igualdad de alma tan maravillosa, tomaba su origen en su humildad y en su mortificacion: en su humildad, porque colocando su confianza en Dios, no en sí mismo, y elevándola sobre todos los juicios de los hombres, de sus críticas lo mismo que de sus alabanzas, le hacia tener el alma mas animosa, mas generosa, y mas capaz de grandes y nobles designios; en su mortificacion, porque enseñado á contar por nada todas las consideraciones de fortuna y bienestar de parientes ó amigos, de grandes ó poderosos, abrazaba todos los trabajos, proseguia las obras mas útiles á través de contradicciones de toda especie, con una seguridad y una paz imperturbables, sin que nada le hiciera nunca apartarse de ellas cuando se trataba de llenar un deber, y sin que su alma tranquila, con la mirada fija en Dios solo, perdiera nada de su igualdad y de su paz (1). Por eso, decia hablando de la igualdad de su alma: «Nuestro principal mal es que nos estimamos demasiado á »nosotros mismos, y si en algun pecado ó imperfeccion in»currimos ya estamos turbados é impacientes, porque nos »creíamos buenos, resueltos y firmes, y cuando nos encon»tramos con que no hay nada de eso y que hemos caido en »tierra, nos turbamos disgustados y descontentos, viéndo»nos engañados en lo que nos toca tan de cerca. Si supiéra»mos bien lo que somos, en vez de sorprendernos por ver»nos caidos nos admiraríamos de poder permanecer de pie »un solo dia, y aún una sola hora. Si nos es preciso tener »paciencia con todo el mundo, debemos tenerla primero »con nosotros mismos que nos importunamos mas que nadie.» (2) «No escuseis ni acuseis sino con madura delibe»racion á vuestra pobre alma, decia (3), no sea que si la »acusais sin fundamento la hagais insolente; y si la acusais »ligeramente, disminuyais su valor y la hagais pusiláni-

(1) El P. la Riviere, p. 464.
(2) Carta DCCLXXXII.
(3) Carta DCCXXIII.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, s. XX.

»me. Esforzaos en hacer perfectamente lo que haceis, y »cuando lo hayais hecho, no penseis mas en ello, sino pen»sad en lo que os resta por hacer, caminando sencillamen»te por el camino de Dios, sin atormentar vuestro espí»ritu. Conviene que aborrezcais vuestros defectos, no con »un odio de despecho y turbacion, sino con un odio tran»quilo; que los veais con paciencia, y que los hagais ser»vir para abatiros á vosotros mismos en vuestra propia »estimacion.» (1) «Mirad vuestras faltas, continúa, con mas »compasion que indignacion, con mas humildad que se»veridad, manteniendo vuestro corazon lleno de un amor »dulce, apacible y sosegado.» (2)

«Nuestro segundo mal es que nos amamos con esceso, »y si no tenemos gustos sensibles ya estamos tristes (3). »Si encontramos algunas dificultades en nuestros justos »designios, ya nos apresuramos á combatirlas con inquie»tud, porque amamos demasiado nuestros consuelos, nues»tros gustos y comodidades. No quisiéramos mas que azú»car en el servicio de Dios, y no miramos á Jesus postrado »en tierra, sudando sangre y agua por efecto de su deso»lacion interior..... Nos negamos á entender que así como »los dulces secos son los mejores (4), lo que se hace en se»quedad es mas meritorio ante Dios que lo que se hace »con consuelo..... «Ser buen siervo de Dios, dice en otro »lugar (5), no es estar siempre consolado, siempre en dul»zura, sin aversion ni repugnancia para el bien; porque, »segun eso, ni San Pablo, ni Santa Angela, ni Santa Ca»talina de Sena hubieran servido bien á Dios. Ser siervo »de Dios es ser caritativo con el prójimo, tener en la parte »superior una invariable resolucion de seguir la voluntad »de Dios, y una muy humilde humildad y sencillez para »confiar en Dios; levantarse tantas veces cuantas se ha

(1) Carta CLXVI.
(2) Carta CVIi.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVII, s. XIX.
(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. XXIV.
(4) Idem, p. III, sec. LI; p. XVI, sec. LXIV y XXLIV.
(5) Idem, p. XV, sec. XXI; p. XVI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»caido; sobrellevarse á sí mismo en sus abyecciones, y to-
»lerar tranquilamente á los demás en sus imperfecciones.»
«Mi querida hija, escribia á la Madre Chantal (1), Dios no
»quiere que tengais el goce de vuestra fe, de vuestra es-
»peranza y de vuestra caridad, sino para serviros de él
»cuando no hay otro remedio; la teneis no obstante y en
»muy buen estado, pero sois como un niño privado por su
»tutor del manejo de todos sus bienes. ¡Qué felices somos
»en estar así destetados, pero sujetos á este celestial Tutor!
»A nosotros nos toca adorar la amable Providencia arro-
»jándonos en sus brazos. No quiero, Señor, el goce de mi
»fe, de mi esperanza y de mi caridad, sino para deciros
»en verdad, aunque sin gusto y sin sentimiento, que mo-
»riré antes que dejar mi fe, mi esperanza y mi caridad.
»Señor, si es vuestro beneplácito que no tenga ningun
»placer en la práctica de las virtudes, yo consiento con
»toda mi voluntad en ello..... Si nos sobreviene alguna
»pena, añade el santo Obispo, es preciso recibirla con una
»sumision tranquila al beneplácito de Dios. Si tenemos
»algun motivo de alegría es preciso recibirla tranquila y
»moderadamente, sin alterarnos por ella. Si conviene huir
»el mal debe hacerse pacíficamente y sin turbacion, pues
»de otro modo, huyendo, podríamos caer y dar al ene-
»migo ocasion de matarnos. Si hay que obrar el bien es
»preciso hacerlo pacíficamente, pues de no ser así come-
»teríamos muchas faltas con nuestro apresuramiento. Mas
»aún, no se debe uno detener sino en el bien que Dios
»quiere, pues de otra suerte, aunque lo que deseamos sea
»bueno, el deseo será malo, porque no será conforme á la
»voluntad de Dios, que no quiere de nosotros esta clase de
»bien, sino otra (2). Si nos sorprende el número de nues-
»tras imperfecciones no debemos turbarnos, porque no hay
»nada que las conserve mas que la inquietud y el apresu-
»ramiento de quitarlas. Por último, si estamos combati-

(1) Carta CCLV.
(2) Carta CLXVII.

dos de tentaciones (1), no debemos por eso ni inquietarnos,
»ni cambiar de postura, pues es el diablo que anda dando
»vueltas al rededor de nuestro espíritu para ver si en-
»cuentra alguna puerta abierta. Lo mismo hacia con Job,
»con San Antonio, con Santa Catalina de Sena, y con una
»multitud de almas buenas que conozco, y con la mia pro-
»pia, que no vale nada y que aún no conozco bien. No de-
»bemos disgustarnos por esto; dejarle ladrar teniendo
»bien cerradas todas las avenidas, que al fin se can-
»sará; y si no se cansa, Dios le hará levantar el sitio.
»Es buena señal que haga tanto ruido y estruendo al re-
»dedor de la voluntad, pues eso es prueba de que no
»está dentro. Guardaos bien de irritaros contra vuestro
»corazon por estos enojosos pensamientos que le rodean;
»porque el pobre no tiene la culpa, y Dios mismo no está
»disgustado con él, sino que, por el contrario, su sabidu-
»ría divina se complace en ver que este pequeño corazon
»se pone á temblar á la sombra del mal, como un polluelo
»á la sombra del milano que revolotea sobre él. Recurra-
»mos á la cruz, abracémosla de corazon y permanezcamos
»en paz á la sombra de este santo árbol, pues es imposible
»que cosa alguna nos manche mientras tengamos una fir-
»me resolucion de ser todo de Dios (2). No debemos es-
»pantarnos en las tentaciones, sino permanecer someti-
»dos con una alegre y dulce resignacion al beneplácito
»divino. Las tentaciones no pueden quitar nada á la pure-
»za del corazon que no las ama; no las miremos por lo
»tanto, sino miremos fijamente á nuestro Salvador, que
»nos espera al otro lado de la tormenta, y tengamos en su
»servicio un amor grande y firme, que no se inquieta ni
»por lo dulce ni por lo amargo, y que sin cesar repita:
»¡Viva Jesus! persuadidos de que las tentaciones no nos
»turban sino porque pensamos demasiado en ellas y las
»tememos mucho.» (3)

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XVI, s. XXI.
(2) Carta DCLVIII.
(3) El P. la Riviere, p. 576.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XIX.

De la universal veneracion de que fué objeto Francisco de Sales durante su vida y despues de su muerte.

Las grandes virtudes que acabamos de describir, atrajeron á Francisco de Sales la veneracion de todos los pueblos. Francia, Italia, Alemania, Flandes, y todos los estados de Europa estaban acordes en este mismo sentimiento, que cada uno espresaba á su manera. Unos le llamaban un doctor de la Iglesia; otros, un Obispo de los primeros siglos; y todos un santo, un apostol, y un hombre de Dios en el que habitaba el Espíritu divino (1). Cuando iba por las calles y las plazas, no le miraban sino con admiracion como á un angel de Dios; y se consideraba como una gracia digna de envidia el favor de verle, de aproximarse á él y de recibir su bendicion. Muchos á quienes la distancia privaba de esta gracia, le escribian para consultarle como á un oráculo del cielo, y respetaban en su decision la decision misma de Dios. Hasta los mismos protestantes de Ginebra y de otros paises participaban, con respecto á él, del sentimiento universal; y á pesar de las injurias con que intentaron varias veces herirle, nunca pudieron encontrar otra cosa que decir de él sino que era papista, es decir, católico. Habiendo prorumpido un dia un ministro en invectivas contra el clero católico, una señora de su religion le impuso silencio con solo esta palabra: «Señor, mostradme uno de nuestros pastores que sea tan »santo como el Obispo de Ginebra.» (2) «Si no fuera tan »afecto á la Iglesia romana, decia otro ministro, sería un »hombre perfecto.» (3)

(1) Dep. de Francisco Favre.
(2) Juan de San Francisco, p. 508.
(3) Idem, p. 509.

Cuanto mas de cerca se le estudiaba en el pormenor de su vida íntima, mas alta idea se concebia de su santidad. Francisco Favre, su ayuda de cámara, conservaba con veneracion todo lo que habia sido de su uso; sus vestidos usados, su ropa blanca, sus sombreros y su calzado; y como le preguntaran qué queria hacer con ello: «Preveo, con»testó, que algun dia todas estas cosas serán reliquias, y »por mucho que se economicen, no habrá suficientes para »todos los que querrán tenerlas.» (1) La santa Madre Chantal, que conocia mejor aún el fondo de esta alma angélica, refiere que la tenia en tanta veneracion, que cuando recibia sus cartas no las abria ni leia sino de rodillas, besándolas por respeto, y considerando todo su contenido como inspirado por el espíritu de Dios (2). Habiéndoseme un »dia, dice, escapado el calificarle de santo en una de mis »cartas, me reprendió diciéndome que la Iglesia no me »habia dado poder de canonizar á nadie.» «Pero, añade, »todo lo que he conocido de esta alma santa es superior á »lo que puedo decir, y creo que ninguna lengua humana »es capaz de espresar la virtud que Dios habia depositado »en este santo prelado..... Nuestro Señor no habia olvi»dado nada para la perfeccion de esta alma que su mano »misericordiosa y poderosa se habia formado. ¡Dios mio! »¿me atreveré á decirlo? me parece que este santo Obispo »era una viva imágen de Jesucristo; porque verdadera»mente la vida de esta alma era toda sobrenatural y divi»na, y no soy yo la única que piensa así, sino que muchas »personas me han dicho que, cuando veian á este bienaventurado, les parecia ver á Nuestro Señor sobre la tier»ra.» San Vicente de Paul hablaba de Francisco de Sales como la Madre Chantal, y Mr. Belley refiere (3) que le dijo un dia en París, que nada le representaba tanto el modo de vivir de Nuestro Señor durante su vida mortal,

(1) Notas de la Madre Greffier, p. 22.
(2) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 51.
(3) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, s. I.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

como el continente angelical del santo Obispo de Ginebra, y que se podia decir de él, que estaba no solo revestido sino todo lleno de Jesucristo.

Despues de la muerte del santo prelado, el sentimiento de veneracion fue aún mas notable y mas universal. El modesto mausoleo elevado á su memoria en la iglesia de la Visitacion, se trasformó en lugar de peregrinacion á donde la multitud acudia de todas partes, llevando ofrendas de oro y plata, lámparas, corazones, y otros símbolos de veneracion. Los fieles en gran número iban á orar allí; muchos sacerdotes ofrecian el santo sacrificio junto al cuerpo del bienaventurado; y desde la mañana hasta el medio dia el altar estaba constantemente ocupado. Sus cartas, sus libros, sus vestidos, todo lo que habia sido de su uso fue recogido piadosamente como otras tantas reliquias. Su retrato se estendió por todas partes; y el mismo Duque de Saboya quiso tenerlo en su cámara, complaciéndose en saludarlo con un religioso respeto. Hasta los herejes de Ginebra no pudieron menos de rendir tributo á su memoria, habiendo dicho el ministro Tunetin publicamente, «que era preciso confesar que Mr. de Sales »hubiese sido el hombre mas perfecto y completo del mun»do, si no hubiera sido tan afecto á la religion romana;» y aun se supo por el Baron de Chateauvieux, que vivia entre los ginebrinos, que estos convenian en que, si su secta les permitiera honrar á algunos como santos, tendrian menos repugnancia en rendir un culto religioso á este hombre, que á los demás de quien se ha hablado desde los apóstoles (1).

En medio de esta veneracion universal, la Francia, á quien Francisco de Sales habia amado tanto, no se quedó atrás: la piedad de sus fieles lo invocó como á santo, y sus Obispos fueron intérpretes del sentimiento general cuando en la asamblea del clero en 1625, dirigieron al Papa Urbano VIII una carta colectiva para pedir la beatificacion del siervo de Dios. He aquí el testo literal de esta carta, bello monumento de la piedad del episcopado francés (1).

(1) Dep. del Señor de Charmoisy y de Francisco Favre.

SANTISIMO PADRE.

I. Despues de besar los pies de vuestra Santidad, tenemos el honor de representarle que ha sido Dios servido, hace algunos años, de llamar á sí al reverendísimo Francisco de Sales, de feliz memoria, Obispo de Ginebra. Vivió entre nosotros, y vimos brillar en él todas las virtudes con una armonía tan perfecta, que arrastraba muchas personas á su imitacion, atrayendo gran número á la verdadera fe, y llenando á todo el mundo de admiracion. Por fin, este generoso atleta, consumido por los trabajos, dejó este lugar de angustias y combates para ir, como tenemos una dulce esperanza, á gozar en el cielo del divino reposo, y á recibir de la mano del justo Juez la corona de gloria.

II. La Francia al perderle, ha manifestado con su sentimiento cuánto le amaba, y manifiesta aún mas por su veneracion la grande opinion que tiene de su santidad. Todos los franceses desean su canonizacion, y nosotros mismos hoy, en calidad de pastores, unimos nuestros ruegos á los deseos de los fieles, y esperamos que nuestra instancia será bien recibida de Vuestra Santidad.

III. Sabemos, Santísimo Padre, que sois el único en la tierra que puede permitir levantar templos en honor de las personas muertas en el Señor, y os suplicamos permitais que recurramos públicamente á la poderosa intercesion de aquel que, durante su vida, nos dió tantos caritativos auxilios.

IV. Al pedir á Vuestra Santidad que se digne proponer á la veneracion del mundo cristiano las virtudes de este

(1) Coleccion de las actas de las juntas generales del clero de Francia, t. II. Piezas justificativas, p. 133.—Se puede leer el testo en latin; solo damos aquí la traduccion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

grande hombre, no se puede decir que hay temeridad en nuestra demanda ni precipitacion en nuestro culto, porque es nuestro hermano y una gran parte de su vida ha pasado á nuestra vista. Le hemos visto sobresalir en piedad, en dulzura y en santidad; y los pueblos reverenciaban en él estas cualidades eminentes, que le ganaban los corazones, ó mas bien los ganaban para Jesucristo. El sincero testimonio que damos á Vuestra Santidad es un deber que la caridad nos impone, y que no podríamos dejar de cumplir sin sacrilegio ni diferir sin faltar á la piedad.

V. Hemos visto á este venerable Obispo, tan pequeño á sus propios ojos por su humildad como grande por su dignidad á los del universo, unir en su persona una afabilidad encantadora con un raro saber, y una modestia admirable con una elocuencia sublime; bastando verle para sentirse inclinado á la virtud, y oirle para abrasarse enteramente en el divino amor.

VI. Siempre que subia al púlpito para anunciar la palabra de Dios (lo que hacia con mucha frecuencia en diferentes lugares, y sobre todo en París), se veia un concurso de oyentes tan prodigioso, que las mas grandes iglesias no podian contenerlos, quedando la mayor parte tan conmovidos, que se deshacian en lágrimas y detestaban los desórdenes ó la tibieza de su vida pasada, renunciando á ellos sin dilacion. Tal era el efecto ordinario de sus sermones, y por eso estaba en todas partes en tan gran reputacion, que se apresuraban á acudir de los países mas lejanos para oirle, y aun algunas veces tan solo para verle.

VII. Trató siempre duramente á su cuerpo y nunca usó de indulgencia consigo, á pesar de sus contínuos sufrimientos; de suerte que, aunque sucumbia á menudo bajo el peso de la fatiga, no interrumpió por eso sus laboriosas ocupaciones; y estaba en el colmo de su alegría, cuando la multitud de sus santas obras no le dejaba un momento de reposo, proporcionándole sin cesar ocasion de hacer una ámplia cosecha de méritos.

VIII. Finalmente, cuando hubo terminado sus dias en Lyon, y la noticia de tan gran pérdida se estendió por toda la Francia, escitó en ella los mas vivos sentimientos tan universalmente, que no hubo persona, por poco sensible que tuviera el corazon á la piedad, que no gimiera, como si hubiera perdido á su propio padre; no porque temiesen por la felicidad del hombre de Dios, al que todos miraban como un bienaventurado, sino porque se veian privados de aquel cuya compasiva y solícita caridad habian esperimentado en tantas ocasiones, no pudiendo implorar públicamente su intercesion con Dios, por no haberse obtenido la autorizacion de la Santa Sede.

IX. Esta autorizacion es, Beatísimo Padre, la que todos los pueblos piden con ardor, y principalmente los habitantes de París, que han tenido con tanta frecuencia la dicha de oir sus sermones, de admirar su elocuencia y de esperimentar la uncion de sus discursos; y los de la ciudad de Lyon, entre los que se conserva su corazon, tan fresco y tan encendido como si estuviera todavía vivo, sin que se pueda notar en él la menor mancha, la menor arruga ni la menor alteracion, signo venerable de la pureza de alma y de la integridad de costumbres de este grande hombre.

X. Esperamos, Santísimo Padre, que accedereis á los ruegos de nuestra asamblea y á los votos unánimes de nuestros pueblos, no difiriendo el declararle bienaventurado segun el poder de vuestra jurisdiccion, que se estiende hasta el cielo, para que lo que ha sido hasta hoy objeto de una opinion universal, adquiera por vuestra decision el grado de certeza necesaria para autorizar un culto público.

Dado en París, en la junta general del clero, el martes 19 del mes de agosto de 1625.

Vuestros mas humildes y adictos hijos, los Cardenales de la santa Iglesia Romana; los Arzobispos, Obispos y eclesiásticos que componen la asamblea del clero de Francia.

El clero de Francia no se contentó con esta primera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

demanda, sino que reiteró sus solicitaciones el 11 de agosto de 1630, el 12 de enero de 1656, el 2 de setiembre de 1660 y el 15 de junio de 1661, como de ello dan fe las diferentes cartas referidas en las actas de sus asambleas generales; pues tanto deseaban la glorificacion del santo Obispo.

CAPITULO XX.

Milagros con que Dios reveló al mundo la santidad de Francisco de Sales.

El entusiasmo general que sentian todos los corazones por el Obispo de Ginebra no era solo efecto de sus altas virtudes, sino que lo producian y escitaban mas cada dia los numerosos milagros, que manifestaban á todo el universo la incontestable santidad del hombre de Dios.

La Madre Chaugy, superiora de la Visitacion, interrogada sobre este punto bajo juramento en el proceso de beatificacion del santo Obispo, hizo esta notable declaracion: «Los milagros, dice (1), que Dios ha obrado por medio »de nuestro venerable fundador, tanto en su sepulcro como »en otros diversos lugares, son en tan gran número, que »he visto, por las relaciones fieles de diversos paises, que »ha resucitado diez y siete muertos, curado diez y nue»ve sordo-mudos, dos leprosos, veinte ciegos, ciento dos »paralíticos, catorce gotosos, treinta y cuatro atacados de »males incurables, cincuenta y dos atacados de úlceras »sin esperanza de curacion, cincuenta y un cojos, diez y »nueve epilépticos, trece hidrópicos y treinta y siete fre»néticos. Deben unirse á esto: diez personas libradas de »un peligro inminente de naufragio; ochenta y siete muje»res que han dado á luz felizmente despues de haberle in»vocado en un peligro manifiesto de muerte; mas de seis »mil personas curadas de fiebres pestilenciales, y varias vi-

(1) Proceso de canonizacion, sec. V, p. 823.

»llas y aldeas preservadas de la peste en el tiempo en que »este azote reinaba en Saboya. He tenido en mis manos »las relaciones de todos estos milagros, y sé que ha habi»do además de estos otros muchos, cuya relacion no ha »sido escrita.»

Entre tantos prodigios, referiremos solo en compendio los siete milagros que menciona la bula de canonizacion, rogando al lector recuerde que, como lo demuestran las actas del proceso aún existente, cada uno de estos milagros ha sido comprobado por las mas severas y minuciosas averiguaciones, con el nombre, el lugar, el tiempo, los testigos y todas las circunstancias de los hechos, los cuales han sido reconocidos de notoriedad pública en la época misma en que han sido alegados solemnemente en prueba de la santidad del siervo de Dios.

El primero de estos milagros fué la resurreccion de Jerónimo Genin (1). Este era un niño de quince años, colocado por sus padres en casa del cura de Ollieres para que aprendiera la lengua latina. Disgustado de su maestro, al que encontraba demasiado severo, Genin se escapó una mañana para volver á la casa paterna. Llegado á la orilla del rio de Fier, ordinariamente poco considerable y fácil de atravesar sobre tablas echadas de una orilla á otra, pero entonces prodigiosamente crecido y desbordado á consecuencia del derretimiento de las nieves, titubeó algunos instantes antes de intentar un paso tan peligroso. Por fin, puesto de rodillas, hace voto de ir, si lo consigue, á oir una Misa en el sepulcro de Francisco de Sales, y levantándose penetra en el rio; pero llegado á su mitad, las ondas que mujen le espantan, se le va la cabeza, cae sobre las tablas que vacilan y de allí al rio, gritando por tres veces: «*¡Bienaventurado Francisco de Sales, sálvame!*» y renovando su voto desaparece envuelto en las olas. Su hermano Francisco, que le acompañaba, corre llorando al pueblo de Asnay, distante un kilómetro, y cuenta á sus

(1) Proceso de canonizacion, vol. III, p. 367 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

habitantes la horrible desgracia que acaba de suceder. Un hábil nadador acude al punto con toda la poblacion del lugar para buscar el cuerpo del ahogado; le busca en varios lugares del rio, y por fin, á las cuatro y media, es decir ocho horas despues del accidente, encuentra el cadáver que conduce á la orilla. Era cosa horrible de ver aquel cuerpo lleno de agua hasta la garganta, todo lleno de heridas por los golpes de las piedras contra las cuales le habian arrojado las olas, con el rostro negro y lívido y la boca llena de sangre y arena. Se deliberó sobre si se le enterraría en seguida, pero se juzgó conveniente trasladar la ceremonia al dia siguiente, para invitar á ella al cura de Ollieres. Apenas supo el cura la triste noticia acudió al punto, y afligido á la vista del cadáver, que parecia ya en putrefaccion y exhalaba un olor fétido, se puso de rodillas é hizo voto de celebrar, durante nueve dias, la Misa junto al sepulcro de San Francisco de Sales si Dios para gloria de su siervo volvia á este niño á la vida. Ora durante la noche al lado del difunto, que habia sido trasladado á una granja vecina, y al dia siguiente á las once de la mañana va á hacer levantar el cuerpo, cuya proximidad no se podia ya aguantar á causa de su fetidez; pero ¡oh prodigio! mientras se cantaba el salmo de costumbre para la ceremonia, el niño levanta el brazo y esclama: «¡Oh, Bienaventurado Francisco de Sales!» El cura entonces interrumpe su canto, se aproxima, y oye al que hacia veintiseis horas que estaba muerto, gritarle con una voz fuerte: *El Bienaventurado Francisco de Sales me ha resucitado*. Le traen al punto sus vestidos, y el muerto se levanta y se manifiesta á todos lleno de vida, aunque quedándole aún los dolores de sus heridas. Va á Annecy á hacer oracion en el sepulcro del santo Obispo, y sus dolores desaparecen en el acto, encontrándose en un estado perfecto de salud, que le permite emprender de nuevo sus estudios, llegando á ser con el tiempo doctor en teología.

El segundo milagro fué la curacion súbita de un ciego

de nacimiento de la parroquia de Arit, en los Bauges, llamado Claudio Marmot (1). Segun el testimonio de tres médicos de Annecy, este ciego no tenia resto alguno de ojo humano, en el lugar de cuyo órgano habia dos pequeñas películas blancas como la nieve, sin ninguna apariencia de pupila. Le llevaron al sepulcro del siervo de Dios, é hicieron en él por su curacion una novena de oraciones. Al noveno dia, en el momento en que se le hacia tocar el lugar de los ojos con el sepulcro, esclamó trasportado de alegría: *¡Dios mio! veo, me parece que estoy en el cielo*, quedando desde este momento, en efecto, completamente curado.

La curacion de Petronila Evraz, de la parroquia de Sallanches, no fué menos notable. Paralítica de nacimiento, tenia las piernas de tal suerte secas que se habian reducido á solo los huesos y la piel, y al mismo tiempo tan débiles, tan flexibles, que se doblaban como se queria, pudiéndoselas poner sobre los hombros, y siendo incapaces absolutamente para sostenerla de pié. Su padre, afligido con una enfermedad que los médicos declaraban incurable, hizo voto de visitar el sepulcro del santo Obispo, de hacer decir allí una Misa y de tener ardiendo un cirio. Fué pues á Annecy, y en el mismo instante en que cumplia su voto, la paralítica, en Sallanches, se levantaba de su cama gritando que estaba enteramente curada, desde cuyo tiempo, en efecto, no esperimentó ya ninguna debilidad en las piernas.

Como la precedente Claudia Julliard, de la parroquia de Mienssy, paralítica de nacimiento (2), no habia podido hasta la edad de diez años sostenerse un solo momento sobre sus pies. Su madre, siguiendo el consejo de una parienta suya, la llevó al sepulcro del siervo de Dios para pedir en él su curacion. Desde el segundo dia de su visita á esta tumba venerada, la niña se levantó de repente so-

(1) Proceso de canonizacion, vol. V, p, 524 y sig.
(2) Idem, vol. IV, p. 13 y sig.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre sus piernas, que se habian vuelto firmes, siendo la curacion tan completa, que pudo hacer á pié una parte del camino desde Annecy á Mienssy.

Mas célebre aún que todo lo que hemos dicho, fué la resurreccion de Francisca de la Pesse, hija de Francisco de la Pesse, señor de Viallon, consejero del Duque de Saboya.

Esta niña, de edad de nueve años, impulsada por el deseo de ir á cojer flores á las orillas del rio de Thioux, que bañaba el jardin, donde jugaba sola, se habia adelantado imprudentemente sobre una tabla mal segura destinada á servir como de puente. A la mitad del rio, engrosado por las nieves, se inclinó para recoger un guante caido á sus pies, perdió el equilibrio y se ahogó. Su madre al oir esta noticia recomienda á su hija al santo Obispo de Ginebra, y le ofrece un corazon de oro si llega á recobrarla. Despues de muchas pesquisas por todo el rio, se llegó á descubrir en el fondo del agua su cadáver tendido en tierra, con el rostro descubierto y las piernas enredadas en las hierbas que habia en el fondo del rio. Sacada de allí por un hábil nadador despues de varias tentativas sin resultado, y de haber permanecido mas de dos horas en un agua helada, los médicos testificaron, hechas varias esperiencias, que no habia en ella ningun rastro de vida, y que estaba verdaderamente muerta. A pesar de esta decision, la piadosa madre no perdió su confianza, y puesta de rodillas oró con toda su alma, repitiendo esta esclamacion llena de fe: «¡Bienaventurado Francisco de Sales, »vuélveme mi hija!»

Mientras que oraba así, tres señoras amigas suyas entraron en el cuarto donde estaba el cuerpo de la difunta para volverlo á ver antes de enterrarlo, y con gran sorpresa suya vieron que de repente la niña abre los ojos, junta las manos, se sienta en su cama, y muy admirada de oir á todos gritar «¡milagro!» pide sus vestidos para levantarse, diciendo que habia dormido muy bien. La Madre, informada del prodigio, corre, cae de rodillas, renueva su

voto de ofrecer un corazon de oro al sepulcro del santo Obispo, y al punto las heridas de su rostro, hasta entonces todo hinchado y lívido, desaparecen; la niña recobra su primera hermosura con una frescura de vida y de salud perfecta, que se conservaron tan bien que vivió muchos años, y entró en la orden de la Visitacion, donde fue un modelo de piedad.

Además de los cinco milagros que acabamos de referir, la comision averiguó otros dos del mismo género, á saber, la curacion repentina de dos hombres paralíticos de nacimiento, cuyos detalles callamos, para no aumentar nuestra obra con la relacion de hechos que no añadirian nada á la edificacion de los lectores.

CAPITULO XXI.

Canonizacion de Francisco de Sales.

Despues de la muerte del Obispo de Ginebra, la Madre Chantal, mejor informada que nadie de la santidad del siervo de Dios, testigo además de los milagros innumerables que se obraban todos los dias en su sepulcro, emprendió provocar informaciones jurídicas sobre la vida y milagros del bienaventurado Juan Francisco de Sales; cediendo facilmente á su ruego comisionó á D. Justo Guerin para este grave negocio, y el 22 de mayo de 1624, este, feliz con una comision que tanto agradaba á su corazon, empezó, auxiliado por varios colaboradores, á proceder á las informaciones, trasladándose con un celo infatigable á todos los lugares que habian sido el teatro de las virtudes y milagros del santo Obispo. Esta averiguacion hizo patentes tantos prodigios de santidad, que se creyó deber dirigirse al Sumo Pontífice para obtener el nombramiento de comisarios apostólicos, que se encargaran de averiguar los milagros. La Madre Chantal, para ilustrar mejor á la Santa Sede sobre la santidad del siervo de Dios, compro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre sus piernas, que se habian vuelto firmes, siendo la curacion tan completa, que pudo hacer á pié una parte del camino desde Annecy á Mienssy.

Mas célebre aún que todo lo que hemos dicho, fué la resurreccion de Francisca de la Pesse, hija de Francisco de la Pesse, señor de Viallon, consejero del Duque de Saboya.

Esta niña, de edad de nueve años, impulsada por el deseo de ir á cojer flores á las orillas del rio de Thioux, que bañaba el jardin, donde jugaba sola, se habia adelantado imprudentemente sobre una tabla mal segura destinada á servir como de puente. A la mitad del rio, engrosado por las nieves, se inclinó para recoger un guante caido á sus pies, perdió el equilibrio y se ahogó. Su madre al oir esta noticia recomienda á su hija al santo Obispo de Ginebra, y le ofrece un corazon de oro si llega á recobrarla. Despues de muchas pesquisas por todo el rio, se llegó á descubrir en el fondo del agua su cadáver tendido en tierra, con el rostro descubierto y las piernas enredadas en las hierbas que habia en el fondo del rio. Sacada de allí por un hábil nadador despues de varias tentativas sin resultado, y de haber permanecido mas de dos horas en un agua helada, los médicos testificaron, hechas varias esperiencias, que no habia en ella ningun rastro de vida, y que estaba verdaderamente muerta. A pesar de esta decision, la piadosa madre no perdió su confianza, y puesta de rodillas oró con toda su alma, repitiendo esta esclamacion llena de fe: «¡Bienaventurado Francisco de Sales, »vuélveme mi hija!»

Mientras que oraba así, tres señoras amigas suyas entraron en el cuarto donde estaba el cuerpo de la difunta para volverlo á ver antes de enterrarlo, y con gran sorpresa suya vieron que de repente la niña abre los ojos, junta las manos, se sienta en su cama, y muy admirada de oir á todos gritar «¡milagro!» pide sus vestidos para levantarse, diciendo que habia dormido muy bien. La Madre, informada del prodigio, corre, cae de rodillas, renueva su

voto de ofrecer un corazon de oro al sepulcro del santo Obispo, y al punto las heridas de su rostro, hasta entonces todo hinchado y lívido, desaparecen; la niña recobra su primera hermosura con una frescura de vida y de salud perfecta, que se conservaron tan bien que vivió muchos años, y entró en la orden de la Visitacion, donde fue un modelo de piedad.

Además de los cinco milagros que acabamos de referir, la comision averiguó otros dos del mismo género, á saber, la curacion repentina de dos hombres paralíticos de nacimiento, cuyos detalles callamos, para no aumentar nuestra obra con la relacion de hechos que no añadirian nada á la edificacion de los lectores.

CAPITULO XXI.

Canonizacion de Francisco de Sales.

Despues de la muerte del Obispo de Ginebra, la Madre Chantal, mejor informada que nadie de la santidad del siervo de Dios, testigo además de los milagros innumerables que se obraban todos los dias en su sepulcro, emprendió provocar informaciones jurídicas sobre la vida y milagros del bienaventurado Juan Francisco de Sales; cediendo facilmente á su ruego comisionó á D. Justo Guerin para este grave negocio, y el 22 de mayo de 1624, este, feliz con una comision que tanto agradaba á su corazon, empezó, auxiliado por varios colaboradores, á proceder á las informaciones, trasladándose con un celo infatigable á todos los lugares que habian sido el teatro de las virtudes y milagros del santo Obispo. Esta averiguacion hizo patentes tantos prodigios de santidad, que se creyó deber dirigirse al Sumo Pontífice para obtener el nombramiento de comisarios apostólicos, que se encargaran de averiguar los milagros. La Madre Chantal, para ilustrar mejor á la Santa Sede sobre la santidad del siervo de Dios, compro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

metió al P. la Riviere, religioso de la órden de los Menores, á escribir su vida, y decidió á D. Justo Guerin á hacer el viaje á Roma para abogar por la causa que tanto le interesaba. Este, despues de haber permanecido en Roma todo el año 1626 para activar el negocio, obtuvo por fin, de la Santa Sede, la introduccion de la causa, y el nombramiento de tres comisarios apostólicos para hacer el informe oficial.

Fueron estos el Arzobispo de Bourges, el Obispo de Belley y Jorge Namus, doctor de Lovaina. Estos comisarios dieron principio á sus trabajos en Annecy en 1627, oyendo á mas de cinco mil testigos, tanto sobre las virtudes como sobre los innumerables milagros del hombre de Dios. El 4 de agosto de 1632, despues de haberse recogido todas estas declaraciones, procedieron á la apertura del sepulcro, y encontraron el cuerpo sin lesion ni alteracion alguna, con los vestidos intactos, y solamente manchados de un color amarillento por efecto de la humedad del sitio.

En 1634, D. Justo Guerin volvió á Roma en compañía de D. Mauricio, para llevar todas las piezas del proceso y apresurar su exámen. Habiendo urdido los Jansenistas varias intrigas para poner obstáculo á la beatificacion, consideró inútiles todos sus esfuerzos por el momento, y volvió á partir el 17 de mayo de 1636, despues de haber depositado las piezas del proceso en los archivos del Vaticano.

Habiendo hecho concebir esperanzas el advenimiento de Inocencio X al solio pontificio, ocurrido en 1644, de continuar la causa, se envió en 1647 un nuevo procurador que obtuvo la reunion de dos congregaciones, la preparatoria y la general, quedando todo detenido sin embargo hasta la muerte de este Papa, ocurrida en 1655. Entonces subió al trono pontificio, bajo el nombre de Alejandro VII, el Cardenal Chigi, el cual, cuando era todavía jóven, habia consultado á Francisco de Sales sobre su entrada en el estado eclesiástico. Este piadoso Obispo, despues de haber dicho Misa para obtener las luces del cielo, le habia asegurado que Dios lo llamaba á este estado, y que si era fiel en no buscar las dignidades, poseeria las mas considerables de la Iglesia. «Yo, Monseñor de Sales, »dijo el jóven Chigi, os aseguro que si soy Papa os cano»nizaré.» (1) En efecto, Alejandro VII dió órden para que se trabajara en la causa del santo Obispo y que se procediera con el mayor rigor, para que todo el mundo supiera bien que esta canonizacion era una obra no de favor, sino de rigorosa justicia. El 26 de abril de 1655 se dieron tres decretos, y ya se creia tocar pronto al término, cuando se reconoció un vicio esencial de formas, que obligó á empezar de nuevo todo el proceso con nuevos gastos. Tal fue el término de la segunda prosecucion del proceso.

La tercera, que terminó con la beatificacion del siervo de Dios, empezó el mes de enero de 1656. Los Obispos del Puy, de Belley y de Maurienne, designados como comisarios apostólicos, fueron á Annecy para emprender las informaciones sobre los milagros y virtudes del santo Obispo, abrieron de nuevo su sepulcro, y no encontraron ya las carnes intactas; pero en cambio exhalaron suaves olores que los médicos declararon no podian menos de ser sobrenaturales, y que estendiéndose por todas partes, penetraron á los asistentes de un alto respeto y de la mas tierna devocion. Mientras que en Roma, igualmente que en Annecy, se trabajaba con ardor en la prosecucion del proceso, que tan vivamente interesaba á todos los corazones, un desgraciado, para dilatar el negocio, arrojó en el consistorio un billete infamatorio, diciendo que el santo

(1) Esta anécdota, referida por Cotolandi y algunos otros historiadores, ha sido rechazada como cosa imposible, porque dicen, que el Cardenal Chigi nació en Sena en 1598, y por consiguiente tenia á lo mas dos meses cuando el último viaje de Francisco de Sales á Roma. A esta objecion se puede contestar que, si la entrevista entre el jóven Chigi y San Francisco de Sales no hubiese podido tener lugar en Roma, pudo tener lugar en Milan en 1613, ó en Turin en 1622, durante el último viaje que el santo hizo á estas dos ciudades. El jóven Chigi tenia catorce años cuando el santo fué á Milan, y veintitres cuando fue á Turin. En ambas épocas pudo encontrar al santo Obispo y consultarle.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Obispo no estaba bautizado. Se sabia que la imputacion era falsa, pero no podia probarse, porque los registros de la parroquia de Thorens habian sido quemados con la iglesia. Felizmente Dios hizo que se encontraran dos pruebas: la primera en un papel hallado en los archivos del castillo de Sales; la segunda en el testimonio de un aldeano de Thorens, que atestiguó con juramento haber oido muchas veces decir á su padre, que habia tenido el honor de tocar las campanas en el bautizo del Señor de Sales.

La peste que ocurrió en este tiempo retardó la marcha del proceso, y finalmente en 1658, todos los testimonios y piezas de informacion hechas en Annecy fueron enviadas á Roma en 1659, el proceso fue declarado válido y en buena forma, y se concedió dispensa por el Papa, de trece años que restaban para completar los cincuenta que trascurren de costumbre entre la muerte y el decreto de beatificacion. El 28 de diciembre de 1661 fue anunciada esta por un breve Pontificio, y celebrada con pompa once dias despues. El 2 de octubre de 1662, Alejandro VII recogió en consistorio los votos de los Cardenales, Patriarcas, Arzobispos y Obispos para la canonizacion; y por último el 19 de abril de 1665, despues de nuevas averiguaciones y discusiones, el bienaventurado Francisco de Sales, fue solemnemente canonizado por el breve de Alejandro VII, cuya traduccion damos á continuacion.

ALEJANDRO VII, OBISPO, SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS.

Que esto sea para perpétua memoria.

«Aunque la Iglesia católica, semejante á una ciudad fuerte defendida con murallas invencibles y por valientes guerreros, no teme los insultos de las potestades infernales, está no obstante principalmente sostenida, despues de los méritos del Redentor, por el socorro que le presta continuamente la santidad de los siervos de Dios. Porque siendo el hombre naturalmente mas dócil á la voz del ejemplo que á la del precepto, no es facil decir los mara-

villosos frutos de salvacion que produce en la Iglesia el buen olor de sus virtudes. Por esto Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, nos ha mostrado de una manera inefable el camino de la salvacion, no solo con su doctrina sino tambien con sus acciones, haciendo servir á este fin la alianza maravillosa de su doble naturaleza en una sola persona. Si tenia una doctrina que enseñar: *Mi doctrina*, decia, *no es mia, sino de mi Padre que me ha enviado*. Si proponia alguna cosa para practicarla: *Os he dado el ejemplo*, decia, *para que obreis del mismo modo que he obrado con vosotros*. Por lo cual muchos predecesores, dirigidos por el Espíritu Santo, han introducido en la Iglesia la loable costumbre de colocar la santidad en un lugar eminente, para que no sea como una lámpara oculta bajo el celemin, sino que, semejante á una antorcha colocada sobre el candelero, arroje un vivo brillo ante los hombres, y les represente la luz augusta que ha dicho, hablando de sí mismo: *Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas*. Han querido que la santidad brille á los ojos de los hombres, con el fin de atraerlos de la veneracion á la imitacion, y de dirigirlos y conducirlos por un camino trillado, á las inmortales delicias de la celestial y triunfante Jerusalén. Sí; diga lo que quiera la impiedad, tan contrario sería á las reglas del bien parecer como de la justicia, no rendir despues de su muerte un culto religioso á hombres que, por la santidad de su vida y la predicacion del Evangelio, lo han merecido bien de la república cristiana.

»Por estas causas, y conforme á la antigua costumbre de los Soberanos Pontífices, despues de haber invocado al Señor y haber consultado con nuestros venerables hermanos, Nos, por la inspiracion divina, hemos decretado poner en el número de los nombres que la Iglesia católica reverencia el de Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, célebre por su doctrina, admirable por su santidad, y que en nuestros dias ha sido el apoyo de la Iglesia y un antídoto contra el veneno de las herejías.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I. »Francisco nació el 21 del mes de agosto del año de gracia 1567, en el castillo de Sales, en el ducado de Saboya, diócesis de Ginebra; fué regenerado en el mismo lugar sobre las fuentes bautismales. La piedad, que no era menos hereditaria en su casa que la nobleza de la sangre, le fue inspirada desde la cuna. En su infancia no se le vió correr tras las frivolidades con que se divierte esta edad, sino que impulsado por el espíritu de piedad, y como preludio de la santidad angélica que debia brillar en él, pasaba una parte de su tiempo entretenido con los altarcitos que él mismo habia levantado y adornado. Su caridad le hacia tan sensible á la miseria de los pobres, que si no tenia con que aliviarlos, se deshacia en lágrimas.

II. »A medida que crecia en edad, se veian crecer en él la piedad y la sabiduría. Compartia su tiempo entre el estudio y la oracion; no frecuentaba las plazas públicas, sino que su gusto era visitar los templos del Señor. Huia las malas compañías, y no trataba con otras personas sino con aquellas de quienes pudiera recibir ó á quienes pudiera comunicar semillas de virtudes.

III. »Despues de haber sido fortalecido con el sacramento de la confirmacion, se dedicó á hacer aún mayor provision de virtud y doctrina, con el fin de servir mejor de instrumento á las miras que la gracia de Dios pudiera tener sobre él. Habiendo recibido del cielo un alma buena, la hizo mejor aplicándose mas y mas á cultivar su inteligencia con el estudio de las letras, y á santificar su cuerpo con la práctica de las virtudes.

IV. »Despues de haber estudiado las bellas letras en el colegio de Annecy, aprendió la filosofía y la teología en la Universidad de París, donde hizo al mismo tiempo admirables progresos en la virtud y la santidad; porque frecuentaba la congregacion establecida en honor de la Madre de Dios en el colegio de la Compañía de Jesus. Allí, cada ocho dias, alimentaba su alma con el pan eucarístico, seguia con fervor todos los ejercicios de piedad, sobre todo los que tenian por objeto el culto de la Santísima Virgen,

á la que tenia tan gran devocion, que hizo voto de perpétua castidad al pié de su imágen, que se venera en la iglesia de San Estéban *des Grés*.

V. »Fortalecido con este voto como con un remedio saludable, fué á Padua á tomar lecciones de jurisprudencia. Allí tuvo ocasion de esperimentar mas de una vez los felices efectos de su voto, triunfando de los artificios de algunos condiscípulos que habian llevado el descaro hasta intentar corromper su virtud con los encantos de algunas mujeres impúdicas. Opuso á estas desgraciadas una resistencia invencible, y las puso en fuga escupiéndolas en el rostro.

VI. »Terminado el curso de sus estudios, se dirigió á Roma para considerar allí los restos de la piedad primitiva, que queria reproducir en su conducta. Allí fué donde su fe y su religion encontraron un teatro digno de ellas, y donde atrajo del cielo una abundancia maravillosa de las gracias del Espíritu Santo, para elevar el edificio de santidad empezado desde su infancia, y conservado y aumentado con el fuego de la juventud.

VII. »Por eso Francisco, vencedor del mundo y de sí mismo, volvió á su patria para recojer en ella los frutos de los conocimientos que habia adquirido en sus estudios. Sus esperanzas y las de sus compatriotas no salieron vanas, y el Obispo Granier, que gobernaba entonces la diócesis de Ginebra, tuvo, al verle, un presentimiento de la abundante cosecha que su llegada prometia á esta iglesia; y trasportado de gozo; esclamó, por un espíritu profético, que tenia en él un sucesor.

VIII. »Un ancho y vasto campo se abrió entonces al celo de Francisco, para trabajar como deseaba en la salvacion de las almas; porque aunque por obedecer á su padre hubiera aceptado el cargo de abogado general, renunció á la toga de senador, así que conoció que querian hacerle tomar otro estado, al que habia renunciado con su voto; entró en el sacerdocio, despues de haber pasado sucesivamente por todos los grados de las sagradas órdenes,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y fué elevado á la dignidad de prepósito de la iglesia mayor de Annecy. Conforme con la máxima que tenia constantemente en la boca y en el corazon, de que: *Lo que no es para la eternidad no es mas que vanidad*, consagró todos sus cuidados á recordar á los hombres el pensamiento de la eternidad. Estableció con este fin la cofradía de los Penitentes de la Santa Cruz, atrajo al seno de la Iglesia gran número de herejes, y armado de la espada de la palabra de Dios, atacó por orden del Obispo la herejía de Calvino, que reinaba en el Chablais y en los paises circunvecinos.

IX. »Es imposible espresar con cuánto ardor, constancia, alegría, firme confianza en Dios é inalterable caridad con el prójimo, ha combatido la herejía y sometido estos pueblos al yugo de la verdadera fe.

X. »Se cuenta, que dirigiendo sus miradas desde lo alto de la fortaleza de los Allinges por las vastas campiñas de los alrededores, y contemplando los deplorables estragos que la religion católica habia sufrido allí por parte de la herejía, el ardor de su celo se inflamó hasta el punto de exhalar profundos suspiros, y no pudo tener reposo hasta que se dirigió á Thonon, capital de la provincia. Allí, habiendo enarbolado la bandera de la verdad, y haciéndose todo para todos, logró, á fuerza de instrucciones y de paciencia, levantar á la religion abatida, y echar por tierra, como otro David, á la impiedad dominante.

XI. »Pero lo que hubo en él mas admirable es que, siempre infatigable, no desesperó en ningun tiempo ni en ningun lugar de los negocios de la religion, y que jamás le espantaron los obstáculos, encontrando cuando no podia vencerlos el arte de evitarlos ó de eludirlos. No teniendo la libertad de decir la santa Misa en Thonon, iba todos los dias al castillo de los Allinges, á cuatro millas de distancia, para celebrar allí el santo Sacrificio; y por la misma razon atravesaba diariamente el rio Drance, arrastrándose con los piés y las manos sobre una tabla cubierta de hielo.

XII. »Calumniado, tratado por todas partes de perturbador del reposo público, de seductor de los pueblos y de insigne mágico, ni el temor de la infamia, ni las emboscadas que le tendian, ni los peligros de la muerte á que estuvo espuesto, pudieron hacerle abandonar en manera alguna el restablecimiento de la fe católica, que habia emprendido.

XIII. »Jamás tomó consejo de la prudencia mundana ni del respeto humano; sino que, acordándose del consejo del Evangelio, cuando no podia manifestarse claramente y dar testimonio público de la fe, se retiraba y parecia desaparecer algunos instantes, para volver á aparecer despues de un poco de silencio, y levantarse con mas fuerza que nunca contra la herejía. Contenia por algun tiempo el ardor de su celo retirándose á los hornos, á viejas ruinas, entre el horror de sombrías selvas ó de profundos hielos; allí se refugiaba como en la tienda del Señor, para escapar mas facilmente á las emboscadas de los herejes, ocultándose á sus miradas.

XIV. »Volviendo de nuevo al combate con una magnanimidad sublime, en vano tenia pruebas manifiestas de que atentaban á su vida, pues se reia de ellas, y no aceptaba los soldados que querian darle para defenderle; y habiéndole rogado el Baron de Hermance, gobernador del castillo de los Allinges, que no saliera de él sin escolta, contestó que no necesitaba mas que la de los santos Angeles que le habia dado la Providencia.

XV. »Y como el mismo comandante sostenia que los herejes debian ser vencidos por la fuerza, y le mostrara las piezas de artillería y la guarnicion de la plaza, ofreciéndole ponerlas á su disposicion para reprimir á los herejes ó atraerlos á mejores sentimientos, Francisco hizo ver bien el grande aprecio que tenia de la divina palabra, contestando que no se necesitaban aquellas máquinas donde Dios permitia que se pudiera anunciar su palabra.

XVI. »No permitió Dios que una confianza tan admirable quedara confundida, porque habiéndole encontrado unos asesinos que fueron enviados para matarle, y ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

biéndose arrojado sobre él espada en mano, su sola presencia y su dulzura los desarmó. Tan cierto es que Dios no abandona nunca á los defensores de la fe que ponen toda su confianza en la divina Providencia.

XVII. »Por lo cual el siervo de Dios, seguro de la proteccion celestial por innumerables esperiencias, quiso mejor defender los intereses de la religion que ejecutar las órdenes de su padre, que le mandaba pusiera en seguridad su vida, espuesta á contínuas emboscadas, y volver á su casa, donde podria entregarse al servicio de Dios con seguridad y reposo.

XVIII. »Por el contrario, se aplicó á la defensa de la Iglesia con mas celo y cuidado que nunca; y como habian puesto obstáculos á que trabajase en la conversion de los herejes por el ministerio de la predicacion, se puso á instruirlos por escrito, y compuso varios tratados de controversia, en los que atacaba á la herejía hasta en sus últimas trincheras. Trabajó tanto, que logró erigir una parroquia en Thonon; y poco despues atrajo á la luz de la verdad á muchos hombres notables por su ciencia, cuya autoridad servia de grande apoyo á la mentira, y cuya conversion contribuyó mucho á la propagacion de la fe católica en aquellos paises.

XIX. »En medio de estos felices resultados se mantuvo siempre en los límites de una sábia prudencia, temiendo que si se conducia con demasiada libertad destruyera la obra de Dios. Por esto, al desempeñar en Thonon las funciones de cura, y llevar el santo Viático á los fieles gravemente enfermos, no lo hacia públicamente, para prevenir las irreverencias que los herejes hubieran podido cometer contra este adorable sacramento, sino que llevaba la sagrada hostia en una caja de plata suspendida de su cuello, caminando con un paso grave, un aire venerable, el sombrero puesto, envuelto en su capa, y sin saludar á nadie en el camino.

XX. »El ruido de su habilidad en atraer á los herejes decidió á Clemente VIII, nuestro predecesor, de feliz memoria, á ordenarle emprendiera la conversion del ministro Teodoro de Beza, el defensor mas celoso del calvinismo, y conferenciase solo con él, con la esperanza de que la vuelta de esta oveja al redil de Jesucristo serviria para conducir á él á otras muchas; cuya comision desempeñó Francisco admirablemente. Fué á Ginebra con peligro de su vida, y tuvo varias conferencias con Beza, mostrándole tan claramente la verdad, que le obligó á reconocer sus errores. Pero por un secreto juicio de Dios, no pudo decidirle á volver al seno de la Iglesia, gracia inefable de que sus pecados le habian hecho indigno.

XXI. »Por este tiempo un cruel contagio que infestó á Thonon y los países inmediatos, cada dia arrebataba un número prodigioso de personas. Francisco de Sales proveyó á las necesidades corporales con su caridad y á las espirituales con sus instrucciones, con tanta bondad, perseverancia é industria, que se hizo universalmente amar y admirar. No se podia comprender cómo podia atender á tantas necesidades, sobre todo habiendo rehusado las sumas de dinero que le habian sido ofrecidas por varias personas, y en particular por el Obispo Granier.

XXII. »Por esto el Obispo, impulsado por tantas señales de inequívoca santidad, quiso tenerle por coadjutor de su solicitud pastoral. Le envió á Roma con negocios concernientes á la fe católica, y rogó á nuestro predecesor Clemente VIII le honrara con esta dignidad. El Soberano Pontífice tuvo un placer en acceder á esta súplica; le hizo sufrir, segun costumbre, un exámen, en el que Francisco dió tales pruebas de su doctrina, que habiéndose postrado á los pies del Santo Padre, este le hizo levantar, le abrazó, y le dirigió estas palabras: *Bebe, hijo mio, del agua de tu cisterna y de la fuente viva de tu pozo; que tus aguas corran por todas partes, y que se hagan fuentes públicas, donde todo el mundo pueda apagar su sed.*

XXIII. »Elevado á esta nueva dignidad, que daba un aumento de autoridad á su celo, se entregó enteramente al cuidado de estender la religion católica y de disminuir

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la herejía. De vuelta á Annecy, desempeñó todas las funciones episcopales durante la ausencia del Obispo, estableció un seminario (1), y fundó en Thonon la Santa-Casa, donde se encontraban diferentes manufacturas y un almacen de géneros, para impedir á los habitantes de la ciudad y de los lugares vecinos el comercio con los Ginebrinos; porque no ignoraba cuán peligroso es para la salvacion el trato con los impíos.

XXIV. »La constancia del siervo de Dios fué sometida á nuevas pruebas. El enemigo de que habla el Evangelio, el sembrador de cizaña, habia escitado la guerra entre la Francia y la Saboya. Los Ginebrinos quisieron aprovecharse de esta conjuracion en favor de la herejía, con el pretesto de socorrer á la Francia; se apoderaron del Chablais y del bailiage de Ternier, lanzaron á los curas católicos, y enviaron predicadores de la secta de Calvino á los lugares y castillos vecinos, para sembrar por todas partes el veneno del error y arrancar el buen grano de la verdad católica.

XXV. »No bien lo supo Francisco, cuando acordándose de aquellas palabras del rey profeta: *Aunque vea ejércitos enteros levantarse contra mí, mi corazon no temerá; en lo mas fuerte del combate, mi confianza en Dios será inalterable*, se arrojó con el valor que inspira la religion en medio de los campos, le detuvieron, y siguiendo el uso de la guerra le condujeron al comandante Sr. de Vitry, capitan de guardias del rey. Fué recibido con las mayores muestras de honor, y restituido con reales órdenes que impedian innovar nada en materia de religion, y mandaban que en todos los lugares donde se habian hecho innovaciones, fuera todo restablecido al estado en que estaba antes.

XXVI. »No contento con esta victoria que reparaba las pérdidas de la religion, alcanzó otra que enriqueció á la

(1) Lo que el Papa llama aquí seminario no era mas que un seminario en gérmen, que se componia de siete niños de coro. (Véase t. I, p. 365.)

religion á espensas de la herejía, porque como el pais de Gex era del dominio de la Francia, se presentó al rey en París, y obtuvo de él despachos que le permitian predicar en este país las verdades católicas, y predicó con tanta gracia y eficacia, que convirtió gran número de herejes.

XXVII. »Tenia una elocuencia á la que era difícil resistir, y que la santidad é inocencia de su corazon le habian merecido del cielo; por lo que el rey cristianísimo no encontraba á nadie mas capaz que á Francisco para ganar el corazon de Jacobo I, rey de Inglaterra, y someterle al yugo de la verdadera fe; y Paulo V, nuestro predecesor de feliz memoria, le delegó algunos años despues, para terminar como árbitro las diferencias que se habian suscitado entre el Archiduque Alberto, la Archiduquesa Clara Eugenia y el clero del Franco-Condado.

XXVIII. »Pero aunque su celo por los intereses de la Iglesia fuera muy ardiente, estaba sin embargo contenido durante su coadjutoría, de un lado por la autoridad de su padre, que le llamaba sin cesar á cuidados domésticos, y del otro por el respeto debido á su Obispo, temiendo parecer que queria mezclarse en sus acciones. La muerte de ambos le dejó en plena libertad para seguir los impulsos de su caridad, é ir á todas las partes á donde le llevaba su piedad.

XXIX. »Gozando pues de la plenitud de su autoridad, llenó en toda su estension las funciones de un Obispo. Se le vió poner á cubierto su rebaño del diente asesino de los libertinos y de los herejes, habituados á tender, como los lobos, emboscadas á las ovejas; se le vió publicar santas ordenanzas para establecer el buen órden en el clero, hacer vivir de una manera piadosa y edificante á los que componian su casa, proponerse por modelo á los santos Padres y los mas respetables Obispos de la antigüedad, tener sínodos, restablecer las antiguas leyes de la disciplina eclesiástica ó hacer otras nuevas, y sobre todo trabajar sin descanso en conservar la religion católica en toda su pureza, tanto formando las costumbres de los ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tólicos, como refutando los errores de los herejes y haciendo volver al rebaño de Jesucristo á las ovejas descarriadas.

XXX. »Por esto, y sobre todo por haber hecho entrar en el seno de la Iglesia á dos caballeros del pais de Gex, animó de tal suerte contra él á los ministros calvinistas, que impulsados por la rabia y el furor le hicieron envenenar; pero no murió, por un efecto de la proteccion de la Santísima Virgen, á quien se encomendó.

XXXI. »Un peligro tan grande, lejos de entibiar su celo, no hizo sino animarle mas que nunca á trabajar en el ministerio de la divina palabra. Sus predicaciones obtuvieron en Dijon, en Grenoble, en París y en otros lugares gloriosas conquistas para la fe católica, convirtiendo entre otros á Claudio Boucart, profesor público de teología en Lausanne; á Francisco, Duque de Salignieres, virey del Delfinado; y á Barbier y Jacobo Filipo, célebres ministros de la secta de Calvino.

XXXII. »Y para no dejar, con relacion á sus predicaciones, ningun motivo que pudiera hacer dudar de la pureza de sus intenciones, rehusó generosamente todo el dinero que le fué ofrecido como estipendio ó testimonio de amistad, aun de los mismos príncipes, hasta el punto de que habiéndole rogado la Duquesa de Longueville aceptara una bolsa llena de oro, le contestó que queria dar gratuitamente lo que graciosamente habia recibido, y que no queria mas recompensa por la predicacion evangélica que el salario precioso ofrecido por el dueño de la viña á los obreros que la cultivan.

XXXIII. »Se sabe que siendo gran limosnero de Cristina, Duquesa de Saboya, se contentó con llevar el título de esta dignidad, y rehusó siempre con gran modestia la pension que le correspondia; y que habiéndole esta princesa hecho presente de un diamante de gran precio, de valor de quinientos escudos, lo destinó á los pobres diciendo: *Esto será bueno para nuestros pobres de Annecy.*

XXXIV. »Pero su constancia debia ser puesta á mas

rudas pruebas, para que así brillara mas la grandeza de su fe. Dos cosas sobre todo son propias para hacer vacilar la fe, y son la pérdida y la ganancia. Pero en vano el demonio hizo brillar la una y la otra á los ojos de Francisco, pues su fe, bien lejos de sufrir el menor ataque, recibió con ello un nuevo lustre.

XXXV. »El rey de Francia le hizo saber que su intencion era que se dirigiera al pais de Gex para conferenciar allí con el Baron de Luz, que gobernaba en nombre del rey el ducado de Borgoña, sobre los medios de restablecer en este pais el ejercicio público de la religion católica. El Ródano, que era preciso atravesar para ir á Gex, estaba entonces tan crecido con las lluvias, que no se podia pasar en barca sin un peligro evidente de perder la vida. Habia un puente en Ginebra, pero era necesario atravesar esta ciudad, y esto es lo que Francisco hizo con intrepidez, sin estar provisto de mas armas que la oracion, sin dejar sus vestidos de Obispo y sin ocultar su nombre.

XXXVI. »Despues de haber permanecido una hora en Ginebra, llegó felizmente á Gex. Algunos hombres impíos, para entorpecer los asuntos de la religion que le habian llevado allí, le acusaron á la corte de Saboya, por haber emprendido este viaje, para entrar en tratos con el rey de Francia, y hacerle entrega de sus derechos sobre la ciudad de Ginebra. Al principio se desechó esta calumnia, pero luego encontró crédito en el ánimo del senado, que bien fuera por castigar, ó bien por intimidar al Obispo, dió una sentencia que declaraba sus bienes confiscados en provecho del príncipe.

XXXVII. »Francisco, sin alterarse, contestó que se engañaban creyendo que esta sentencia le perjudicaba, pues él solo la miraba como un aviso que Dios le daba de ser todo espiritual, porque ya no tendria nada temporal. El senado, conmovido con estas palabras, le pidió perdon y le devolvió los bienes, porque es ley de Dios que la fe hace al hombre mas respetable, á medida que sufre por ella.

XXXVIII. »Si Francisco fue insensible al temor de las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pérdidas, no lo fue menos á los atractivos de las ganancias, aunque ocultos bajo el especioso velo del bien. Rehusó la dignidad de coadjutor de París que se le ofrecia, alegándole que una renta mas considerable le pondria fuera de la necesidad, dando por razon de su renuncia estas palabras de la Escritura: *El Señor me gobierna; no me deja carecer de nada; El es el que me ha colocado en el lugar de pastor donde estoy*.

XXXIX. »No es de admirar que Francisco, que habia establecido tan sólidamente el cimiento de la fe, haya levantado hasta la cima de la perfeccion un completo edificio de santidad adornado con todas las virtudes, y que la Iglesia no vacile en tributar con un consentimiento unánime, á un hombre tan grande, los honores y las prerogativas de los santos.

XL. »Tenia un amor tierno y compasivo hácia los pobres, llevaba siempre consigo una lista de ellos, y procuraba sobre todo reconocer á los pobres vergonzantes. Sóbrio en su alimento, sencillo en sus vestidos, se privaba severamente á sí mismo de toda superfluidad, á fin de mantenerse en una santa economía, y tener mas con que aliviar las miserias de los pobres; porque el carácter de la verdadera caridad es privarse á sí mismo para poder dar mas á los otros.

XLI. »Enviaba á los pobres los manjares que servian á su mesa, se despojaba de sus vestidos interiores y hasta de la camisa para cubrirlos, empeñaba su vajilla de plata, sus candeleros, sus vinajeras y hasta su anillo pastoral, para socorrer á las necesidades de los pobres.

XLII. »Para poner á cubierto del peligro la castidad de las doncellas pobres, les procuraba el dote mas considerable que podia. Recibia en su casa á los peregrinos y religiosos con una cordialidad fraternal.

XLIII. »Su mano estaba abierta siempre á las necesidades de los indigentes, con tanta abundancia que, habiendo estado todo el país afligido por un hambre cruel, no despidió nunca á ningun pobre sin darle limosna; y hacia distribuir cierta cantidad de trigo á cada una de las familias que padecian necesidad. Su beneficencia era tan grande, que habiendo encontrado á un pobre sordo-mudo desprovisto de todo socorro, no solo le procuró todo lo necesario para la vida temporal, sino que le recogió en su casa, donde se encargó él mismo de su educacion, y logró (tan ingeniosa es la caridad) hacerle comprender con señas y gestos las verdades de la salvacion. En fin, su caridad ha sido tan ardiente, y ha sabido emplear tan utilmente el ministerio de las demas virtudes, que se asegura que sometió á la fe católica hasta setenta mil herejes.

XLIV. »Esta misma caridad ha producido de su fondo inagotable, libros cuyas saludables instrucciones han regado con sus aguas fecundas los corazones de los hombres de todos los estados, y han producido una cosecha abundante de vida evangélica.

XLV. »De la prudencia profunda que acompañaba á esta misma caridad, han emanado las leyes de tantas congregaciones que ha instituido, como son: la del Santísimo Sacramento, de la Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen, de los ermitaños del monte Voiron, y sobre todo de la Orden de la Visitacion de Santa María. Esta orden, que está bajo la regla de San Agustin, ha esparcido tan viva luz, que en el espacio de poco tiempo se ha propagado hasta el número de mas de ciento treinta monasterios.

XLVI. »Finalmente, los aguijones contínuos de la misma caridad, instaban dia y noche el corazon de este celoso pastor á procurar con todas sus fuerzas el bien de su diócesis.

XLVII. »Estaba ocupado en la visita de su diócesis y en camino para volver á Annecy, cuando despues de haber celebrado la santa Misa en Lyon, fué atacado de una violenta apoplegía; recibió los sacramentos de la Iglesia con la piedad y la humildad mas edificantes; hizo su profesion de fe, repitiendo á menudo estas palabras: *No soy mas que un siervo inútil: que se haga la voluntad de Dios y no la mia. ¡Oh, mi Dios y mi todo!* Al dia siguiente, fiesta de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

santos Inocentes, cuando rezaban las Letanías y llegaron al verso: *Santos Inocentes, rogad por él*, entregó su inocente alma á Dios, el año de gracia 1622 y á los cincuenta y cinco años de su edad.

XLVIII. »Ademas plugo al Altísimo, que es admirable en sus santos, glorificar no solo con la veneracion y el culto de los pueblos á un hombre de tan elevada santidad, sino tambien por un gran número de prodigios y milagros, de suerte que este caritativo pastor, tan útil á los hombres durante su vida, ha continuado haciéndoles despues de su muerte importantes servicios. He aquí algunos de los milagros que han sido averiguados por informaciones públicas, hechas por nuestra autoridad y por la de la sagrada Congregacion, y examinados con el mayor cuidado.

XLIX. »Jerónimo Genin se habia ahogado, y se iba á llevar á enterrar su cadáver, cubierto con un lienzo y exhalando ya un olor fétido, cuando de repente resucitó, movió los brazos, y levantó la voz para publicar las alabanzas de Francisco, asegurando que en el momento de su resurreccion se le habia aparecido, revestido de sus ornamentos pontificales, con un rostro radiante y lleno de bondad. Esta resurreccion fué acompañada de otras circunstancias no menos milagrosas.

L. »Claudio Marmot, de edad de siete años, ciego de nacimiento, enteramente privado del órgano de la vista, habiendo venido á postrarse al sepulcro del siervo de Dios obtuvo, despues de haber terminado una novena de oraciones, el uso de la vista.

LI. »Juana Petronila Evraz, de edad de cinco años, estaba paralítica, teniendo sus piernas y muslos reducidos á tal grado de delgadez, que se la consideraba incapaz de poder hacer nunca ningun movimiento; pero á la hora misma que su padre oraba por ella en el sepulcro de San Francisco, se encontró de repente curada y corrió á los brazos de su madre.

LII. »Claudio Julliard, de edad de diez años, estaba enfermo de una paralisis con la que habia nacido, y que

le habia quitado el uso de sus miembros. Su madre le llevó tres veces al sepulcro de San Francisco para que lo besara, á la tercera vez sintió que de repente la fuerza y el vigor animaban sus miembros, que hasta entonces habian estado sin movimiento; se levantó, se mantuvo en pié y anduvo con firmeza.

LIII. »Francisco de la Pesse habia caido en un rio donde se habia ahogado. No solo resucitó, sino que, por otro milagro, las heridas, la hinchazon y las demás señales deformes que tenia á consecuencia de este accidente, desaparecieron.

LIV. »Jacobo Fuegdin, que estaba completamente baldado desde su nacimiento y tenia todos los nervios contraidos, fué de repente curado.

LV. »Cárlos Motecon, que estaba tambien baldado desde su nacimiento, y cuyo cuerpo presentaba un aspecto horrible y deforme, fué súbitamente curado; tomó la forma humana en toda su perfeccion y anduvo con facilidad.

LVI y LVII. »Por lo cual, para tributar á una santidad de vida tan resplandeciente los honores que merece, y para corresponder á los ruegos que á Nos nos han hecho nuestros amadísimos hijos en Jesucristo, Luis rey de Francia; la reina Ana su madre, viuda; la reina de Inglaterra María Enriqueta; nuestros amados hijos los nobles Cárlos Manuel, duque de Saboya y príncipe del Piamonte, Cristina su madre, viuda, duquesa de Saboya; Francisco Mario, duque de Baviera, y la duquesa Adelaida su esposa, y tambien el clero de Francia, los príncipes y señores del mismo reino, y toda la órden de las religiosas de la Visitacion de Santa María; despues de haber celebrado públicamente en la santa basílica del príncipe de los apóstoles, el 28 de diciembre de 1661, la beatificacion del mismo Francisco de Sales, terminado el sacrificio de la Misa, Nos dimos nuestro consentimiento para que se procediera á la canonizacion. En fin, cuando ya no faltaba nada de las formalidades que se requieren para una ceremonia tan santa de lo que prescriben las reglas de nuestros santos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Padres, los decretos de los sagrados cánones, la antigua costumbre de la Iglesia romana y las ordenanzas de los nuevos decretos, Nos hemos considerado que era un deber de justicia rendir en la tierra un culto de alabanza y veneracion al que Dios colma de honores en el cielo.

LVIII y LIX. »Por esto Nos y los Cardenales de la santa Iglesia romana, los Patriarcas, Arzobispos y Obispos nuestros amados hijos, prelados de la corte de Roma, nuestros oficiales y demas personas de nuestro séquito, el clero secular y regular de la misma ciudad, y una grande afluencia de pueblo, habiéndonos dirigido solemnemente á la santa Basílica del Vaticano, tres demandas nos han sido hechas por el mismo decreto de canonizacion, en nombre del rey cristianísimo, por nuestro muy amado hijo el noble Cárlos, Duque de Crequy, su embajador cerca de Nos. Habiendo entonces implorado la gracia del Espíritu Santo con himnos, letanías y otras oraciones, obrando en honor de la santísima é indivisible Trinidad, por la exaltacion de la fe católica y el aumento de la religion cristiana, en virtud de la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, de la de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo, y de la nuestra, despues de una madura deliberacion y de frecuentes oraciones para implorar la asistencia divina, oido el consejo de nuestros venerables hermanos los Cardenales de la santa Iglesia romana, de los Patriarcas, Arzobispos y Obispos que están actualmente en Roma, hemos decretado y definido que el bienaventurado Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, es santo, y Nos le hemos inscrito, como por estas presentes Nos le inscribimos, en el catálogo de los santos; mandando que todos los años, el 29 de enero, se haga en la Iglesia universal, con piedad y devocion, memoria de él como de un Confesor Pontífice. *En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.*

LX. »Y por la misma autoridad, Nos hemos concedido á todos los fieles de uno y otro sexo, verdaderamente contritos y confesados, que cada año, en el dicho dia 29 de enero, visitasen el sepulcro donde reposa su cuerpo, siete

años y otras tantas cuarentenas de indulgencia, dispensándoselas misericordiosamente en el nombre del Señor, y en la forma que se usa en la Iglesia, por el mismo tiempo de penitencia que les hubiese sido impuesta, á que estuvieran obligados de cualquier manera que fuese.

LXI. »Despues de eso, para alabar y dar gracias á la infinita bondad y á la suprema majestad de Dios por haber querido servirse de nuestro ministerio, para tributar á Francisco de Sales, Obispo de Ginebra, el culto, los elogios y los honores que la Iglesia acostumbra tributar á los santos confesores pontífices, Nos hemos cantado el *Te Deum;* luego hemos rezado la oracion en el altar de San Pedro, y hemos celebrado, segun la costumbre, una Misa solemne del segundo domingo despues de Pascua, añadiendo una segunda oracion, que ha sido la propia de San Francisco de Sales, con la secreta y la postcomunion del comun de los confesores pontífices; y Nos hemos concedido á todos los fieles presentes á la ceremonia, la indulgencia plenaria y remision de todos los pecados.

LXII. »Que Dios, que es admirable en sus santos, sea bendito porque hemos recibido su misericordia en medio de su templo por el don que ha hecho á su Iglesia de un protector y un intercesor nuevo para con su Majestad, para la tranquilidad de la misma Iglesia, aumento de la fe católica, para la instruccion y conversion de los herejes, que están errantes fuera del camino de la salvacion.

LXIII. »Por lo demas, como sería difícil que el original de la presente bula pudiera ser llevado á todas partes donde fuera necesario, Nos queremos que á las copias, aun impresas, revestidas de la firma de un notario público, y provistas del sello de alguna persona constituida en dignidad, se preste la misma fe en todas partes que la que se da al original, si fuera producido ó presentado.

LXIV. »Que no sea permitido á nadie infringir este acto de decreto, de definicion, inscripcion, ordenanza, estatuto, concesion, largueza y declaracion de nuestra voluntad, y que nadie sea tan temerario que se atreva á contravenir

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á ello. Si alguno tuviera la audacia de cometer semejante atentado, sepa que incurrirá en la indignacion de Dios omnipotente, y de sus bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo.

»Dado en Roma, en San Pedro, el año de la Encarnacion de nuestro Señor 1665, 13.° dia antes de las calendas de mayo (19 de abril), el 11.° de nuestro pontificado.=Firmado en el original, *Alejandro*, Obispo de la Iglesia católica.»

Roma celebró esta canonizacion con una magnificencia extraordinaria, digna de la alta veneracion de Alejandro VII á San Francisco de Sales. Annecy y la mayor parte de las ciudades de Francia rivalizaron con la ciudad santa, estando el nombre de San Francisco de Sales lo mismo en las bocas que en todos los corazones; y numerosos milagros de conversiones notables fueron la recompensa de un culto religioso tan fervoroso. El lector querrá asociarse sin duda á este impulso general de nuestros padres en la fe, y rogar á su vez al santo Obispo de Ginebra. Le ofrecemos con esta intencion, al terminar nuestra tarea, la oracion mas útil y mas bella que puede dirigirse á San Francisco de Sales, pues es un piadoso resúmen de toda esta historia, bajo una de las formas mas usadas en la Iglesia, cual es la de Letanías.

LETANIA

EN HONOR

DE S. FRANCISCO DE SALES.

Señor, tened piedad de nosotros.
Señor, tened piedad de nosotros.
Jesucristo, oidnos.
Jesucristo, escuchadnos.
Dios Padre celestial, tened piedad de nosotros.
Dios Hijo Redentor del mundo, tened piedad de nosotros.
Dios Espíritu Santo, tened piedad de nosotros.
Santísima Trinidad, que sois un solo Dios, tened piedad de nosotros.
Santa María, concebida sin pecado, rogad por nosotros.
San Francisco de Sales, que amásteis tanto á María y recobrásteis al pie de sus altares la paz y la esperanza,
Vos, que fuísteis tan celoso del culto de esta santa Madre de Dios,
Vos, que calmásteis con la uncion de la dulzura un natural impaciente y colérico,
Vos, que estábais dispuesto á arrancar de vuestro corazon la menor fibra que no estuviera penetrada del amor de Dios,
Vos, que en medio de las injurias estábais siempre tranquilo, lleno de dulzura y bondad,
Vos, cuyo caracter siempre igual, semejante á sí mismo, no se desmintió nunca,
Vos, que supísteis sufrir todo de todo el mundo, y no hicísteis nunca sufrir á nadie,
Vos, cuyo interior estaba tan tranquilo, tan recogido y tan unido á Dios.
Vos, cuyo esterior tan bueno, tan afable y á la vez

Ruega por nosotros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á ello. Si alguno tuviera la audacia de cometer semejante atentado, sepa que incurrirá en la indignacion de Dios omnipotente, y de sus bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo.

»Dado en Roma, en San Pedro, el año de la Encarnacion de nuestro Señor 1665, 13.° dia antes de las calendas de mayo (19 de abril), el 11.° de nuestro pontificado.=Firmado en el original, *Alejandro*, Obispo de la Iglesia católica.»

Roma celebró esta canonizacion con una magnificencia extraordinaria, digna de la alta veneracion de Alejandro VII á San Francisco de Sales. Annecy y la mayor parte de las ciudades de Francia rivalizaron con la ciudad santa, estando el nombre de San Francisco de Sales lo mismo en las bocas que en todos los corazones; y numerosos milagros de conversiones notables fueron la recompensa de un culto religioso tan fervoroso. El lector querrá asociarse sin duda á este impulso general de nuestros padres en la fe, y rogar á su vez al santo Obispo de Ginebra. Le ofrecemos con esta intencion, al terminar nuestra tarea, la oracion mas útil y mas bella que puede dirigirse á San Francisco de Sales, pues es un piadoso resúmen de toda esta historia, bajo una de las formas mas usadas en la Iglesia, cual es la de Letanías.

LETANIA

EN HONOR

DE S. FRANCISCO DE SALES.

Señor, tened piedad de nosotros.
Señor, tened piedad de nosotros.
Jesucristo, oidnos.
Jesucristo, escuchadnos.
Dios Padre celestial, tened piedad de nosotros.
Dios Hijo Redentor del mundo, tened piedad de nosotros.
Dios Espíritu Santo, tened piedad de nosotros.
Santísima Trinidad, que sois un solo Dios, tened piedad de nosotros.
Santa María, concebida sin pecado, rogad por nosotros.
San Francisco de Sales, que amásteis tanto á María y recobrásteis al pie de sus altares la paz y la esperanza,
Vos, que fuísteis tan celoso del culto de esta santa Madre de Dios,
Vos, que calmásteis con la uncion de la dulzura un natural impaciente y colérico,
Vos, que estábais dispuesto á arrancar de vuestro corazon la menor fibra que no estuviera penetrada del amor de Dios,
Vos, que en medio de las injurias estábais siempre tranquilo, lleno de dulzura y bondad,
Vos, cuyo caracter siempre igual, semejante á sí mismo, no se desmintió nunca,
Vos, que supísteis sufrir todo de todo el mundo, y no hicísteis nunca sufrir á nadie,
Vos, cuyo interior estaba tan tranquilo, tan recogido y tan unido á Dios.
Vos, cuyo esterior tan bueno, tan afable y á la vez

Ruega por nosotros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tan grave y sencillo, recordaba á Jesucristo conversando con los hombres,

Vos, á quien no se vió nunca, ni arrebatado por la alegría ni por la precipitacion, ni abatido por la tristeza, ni afligido por la contradiccion,

Vos, cuya paciencia, cuya serenidad y cuya paz no fueron nunca alteradas ni turbadas,

Vos, que teníais por principio no desear nada, no pedir nada y no rehusar nada,

Vos, que veíais en todas las cosas el beneplácito de Dios y su amable Providencia, en la cual descansábais con mas confianza que un niño en el seno de su madre,

Vos, que os abrasábais en un ardiente amor de Dios,

Vos, que teníais por divisa *ó amar ó morir*, porque la vida sin amor os parecia peor que la muerte,

Vos, á quien nada podia dar contento mas que Dios solo y su beneplácito,

Vos, que queríais que el amor de Dios os fuera tan habitual como el respirar,

Vos, que entre las contínuas ocupaciones esteriores conservábais interiormente una atencion llena de amor, de respeto y de confianza en Dios,

Vos, que teníais tanto amor al augusto Sacramento de nuestros altares,

Vos, que en la iglesia parecíais un ángel por vuestro aspecto tan piadoso y tan modesto,

Vos, que mirábais los tabernáculos como un paraiso en la tierra,

Vos, cuya vida era una oracion contínua,

Vos, que en vuestros escritos habeis dejado á la Iglesia un tesoro de sábios consejos, donde los espíritus puros van á beber con gozo las santas dulzuras de la devocion,

Director tan prudente de las almas,

Doctor tan sábio de la verdadera piedad,

Modelo de santos sacerdotes y buenos pastores,

Ruega por nosotros.

Vos, que tanto amábais al prójimo,

Vos, que mirábais á Dios en todos los hombres y á todos los hombres en Dios,

Vos, que buscábais las ovejas estraviadas del Señor á través de los hielos, las rocas, las persecuciones y mil peligros de muerte,

Vos, que estábais tan lleno de ternura y caridad hácia los pecadores,

Vos, que llorábais sobre Ginebra infiel,

Vos, que por el imperio de vuestra dulzura ganásteis á la Iglesia mas de setenta mil herejes,

Vos, que despues de una vida toda de amor, habeis muerto de amor,

San Francisco de Sales, el mas dulce de los hombres,

San Francisco de Sales, el mas amable de los santos,

Ruega por nosotros.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, perdonadnos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, escuchadnos, Señor.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, tened piedad, Señor, de nosotros.

Jesus, oidnos.

Jesus, escuchadnos.

℣. Ruega por nosotros, San Francisco de Sales.

℟. Para que seamos con vos dulces y humildes de corazon.

ORACION.

Dios mio, que para la edificacion de los pueblos y la gloria de la religion, nos habeis presentado en San Francisco de Sales el modelo mas perfecto de la verdadera virtud; poned en nuestras almas toda la uncion de su dulzura, todo el ardor de su caridad y toda la profundidad de su humildad, para que podamos participar de su gloria algun dia en el cielo y amaros con él por todos los siglos. Amen.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE DE LAS MATERIAS

CONTENIDAS EN EL TOMO SEGUNDO.

LIBRO V.

San Francisco de Sales funda la Orden de la Visitacion.

CAPÍTULO I. *Origen de la Orden de la Visitacion (año 1610).* 1
II. *Desarrollo de la Orden de la Visitacion.....* 37
III. *Reglas que da Francisco á la Visitacion.—Rápidos progresos del Instituto.....* 75

LIBRO VI.

Desde la fundacion de la Visitacion en 1610 hasta la muerte del santo Obispo en 1622.

CAPÍTULO I. *Francisco continúa su episcopado en el ejercicio del celo y de la caridad.—Su parecer en las discusiones relativas al poder de los Papas sobre el poder temporal de los reyes (de 1610 á 1612).....* 97
II. *Nuevas conversiones obradas por el Obispo de Ginebra.—Peregrinacion á Milan.—Rasgo de desinterés.—Libertad de varios presos.—Trabajos en el pais de Gex (año 1613).....* 122
III. *Francisco establece á los Barnabitas en Annecy y á los Cartujos en Ripoll.—Es favorecido con el don de profecía.—Es convocado por el emperador de Alemania á la dieta de Ratisbona.—Va á Lyon á visitar al Arzobispo, y á Sion en el Valais, para asistir á la consagracion del Obispo de esta ciudad.—Rasgos notables de caridad y firmeza (de 1614 á 1615).....* 137

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV. *Francisco establece á los Barnabitas en Thonon, y nombra vicario general á su hermano Juan Francisco.—Recibe la visita del Arzobispo de Lyon.—Es nuevamente calumniado ante el Duque de Saboya.—Nuevos rasgos de su caridad (de 1615 á 1616)*..... 152

V. *Bella conducta de Francisco de Sales en la guerra del Piamonte.—Hace publicar su* Tratado del Amor de Dios.—*Predica dos Advientos y dos Cuaresmas en Grenoble.—Pierde al Baron y la Baronesa de Torens y á dos de sus mejores amigos.—Convierte á un pecador desesperado.—Carta de Paulo V, y á Luis XIII (de 1616 á 1618)*..... 166

VI. *Francisco deja hacer su retrato.—Su carta á Lessius.—Va á París para acompañar al Príncipe del Piamonte.—Vive allí apostólicamente y hace gran numero de conversiones (años 1618 á 1619)*..... 198

VII. *Francisco es nombrado gran limosnero de la Princesa Cristina.—Rehusa los mas ricos beneficios.—Otros rasgos de su desinterés.—Es calumniado (año 1619)*..... 222

VIII. *Francisco envia á su hermano á Turin en calidad de primer capellan de la Princesa del Piamonte, y predica el Adviento en Annecy.—Ultrajes que le hacen.—Constituciones que da á los ermitaños del monte Voiron.—Gracias estraordinarias y milagros.—Desprecio de los honores.—Su dolor al saber la defeccion de un amigo suyo.—Viaje á la abadía de Sixt, y santa muerte de su abad (años 1619 y 1620)*..... 233

IX. *Francisco de Sales recibe la visita del Obispo de Calcedonia, su hermano.—Trabajos incesantes del santo Obispo.—Reforma de las Bernardinas.—Traslacion de las reliquias de San German (año 1621)*..... 246

X. *Plan de retiro de Francisco.—Presentimiento de su muerte y severidad con que se trata.—*

Preside el capítulo de los fuldenses.—Permanece tres meses en Turin.—Pierde y encuentra un anillo precioso.—Su dulzura en las posadas.—Su vuelta á Annecy (años 1621 y 1622)..... 257

XI. *Generosidad de Francisco para con los pobres.—Va á Aviñon y vuelve á Lyon, donde muere, (año 1622)*..... 268

LIBRO VII.

Retrato de San Francisco de Sales.

Capítulo I. *Cualidades naturales de Francisco de Sales*.. 303

II. *Medios con que Francisco de Sales se elevó á la santidad*..... 311

III. *Su fe*..... 320

IV. *Su esperanza*..... 325

V. *Su amor de Dios*..... 335

VI. *Su conformidad con la voluntad de Dios*..... 343

VII. *Su religion*..... 353

VIII. *Su devocion á Jesucristo y los santos*..... 361

IX. *Su caridad con el prójimo*..... 379

X. *Su dulzura*..... 401

XI. *Su celo*..... 423

XII. *Su prudencia y sencillez*..... 435

XIII. *Su modestia*..... 450

XIV. *Su humildad*..... 457

XV. *Su espíritu de pobreza*..... 475

XVI. *Su mortificacion*..... 480

XVII. *Su paciencia*..... 491

XVIII. *Su igualdad de alma*..... 499

XIX. *De la universal veneracion de que fué objeto durante su vida y despues de su muerte*... 508

XX. *Milagros con que Dios manifestó al mundo su santidad*..... 514

XXI. *Su canonizacion*..... 519

Letanía en su honor..... 541

FIN DE LA TABLA DEL SEGUNDO TOMO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TABLA CRONOLÓGICA

DE LOS HECHOS REFERIDOS EN ESTA HISTORIA.

Esta tabla nos ha parecido útil: 1.º para ofrecer al lector un medio de encontrar los hechos que quisiera buscar en esta historia, 2.º para restablecer el órden cronológico, con frecuencia alterado por la necesidad de reunir los hechos análogos, con el fin de dar mas interés á la relacion.

TOMO I.		*Pág.*
1567.	Francisco de Sales es consagrado á Dios por su madre antes de su nacimiento	6
	Presentimientos de su madre con este motivo	7
	Su nacimiento y su bautismo	8
	Debilidad de su temperamento	9
1568.	Su primera infancia	10
1569.	Su primera educacion	12
	Su virtud precoz	15
1573.	Sus primeros estudios en la Roche	18
1575.	Va á continuarlos á Annecy	20
	Sus progresos y sus virtudes	21
1577.	Su primera Comunion y su Confirmacion	24
1578.	Recibe la tonsura	25
	Vida mas perfecta que hace entonces	26
	Sus relaciones con sus hermanos	27
1580.	Va á estudiar la retórica á París en el colegio de los Jesuitas	28
	Sus triunfos y sus virtudes en esta nueva posicion	31
1582.	Estudia la filosofía	38
	Une á ella el estudio de la teología, de la sagrada Escritura y del hebreo	40
	Es combatido de una fuerte tentacion	43
	Cómo triunfa de ella	46
	Frutos que saca	49
1586.	Su regreso á Saboya	52
	Su vida de familia	53
	Va á estudiar el derecho á Padua	54
	Continúa el estudio de la Teología y de la sagrada Escritura	56
	Bellas reglas de conducta que se traza	58
	Se pone su valor á prueba	63
	Ataques á su castidad	64
1587.	Austeridades que practica	66
	Cae gravemente enfermo	67

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

	Pide que su cuerpo, despues de su muerte, sea abierto.	69
	Recibe el grado de doctor	72
1591.	Su viaje á Roma	75
	Idem á Loreto	78
	Idem á Ancona. Se libra de un naufragio	79
	Sufre una tempestad en la travesía de Ancona á Católica	80
	Pequeño accidente que revela en él una gran virtud	81
	Correccion fraterna á uno de sus compañeros de viaje.	82
1592.	Su vuelta á Saboya	83
	Su visita al Obispo de Ginebra	83
	Es recibido abogado en el senado de Chambery	85
	Confia su vocacion á su madre	88
	Tentativas de su padre para casarle	89
1593.	Rehusa la dignidad de senador	91
	Mueve á su hermano Luis á que se una á la corte del Duque de Nemours.	91
	Ruega á su padre le deje seguir su vocacion	93
	Obtiene este permiso, y es nombrado prepósito del cabildo	94
	Francisco rehusa de nuevo la dignidad de senador	98
	Recibe las órdenes menores y el subdiaconado	99
	Su primer sermon	99
	Edificacion que causa en la ciudad	102
	Proyecta la cofradía de la Cruz	104
	Redacta sus reglamentos	105
	La establece	107
	Recibe el diaconado y el sacerdocio	107
	Retiro antes de su primera Misa	109
1594.	Sus primeras predicaciones	111
	Juicio de su padre sobre sus sermones	112
	Su celo por el ministerio de la confesion	113
	Es nombrado gran penitenciario	115
	Rehusa por tercera vez la dignidad de senador	116
	Toda su familia le escoge por confesor	118
	Forma á su hermano Luis de Sales en la perfecta virtud.	119
	Preside una tesis de teología	120
	Es nombrado cura de Petit-Bornand	121
	Le calumnian ante el Obispo de Ginebra	122
1595.	Peregrinacion de los cofrades de la Cruz á Aix (Saboya)	124
	Fiesta patronal de Annecy-le-Vieux	130
	Estado del Chablais desde la invasion del protestantismo	131
	Francisco es escogido para la mision del Chablais	135
	Oposicion del señor de Boissy su padre	137
	Se asocia á su primo el canónigo Luis de Sales	141
	Lucha que tiene que sostener con su padre	142
	Su entrada en el Chablais	144
	Su llegada al castillo de los Allinges	145
	Sus primeras visitas á Thonon	147
	Oposicion de los ministros	149
	Nueva oposicion de su padre y bella conducta de su madre	150
	Jorge Rolando va á unirse con él	151

	Viajes á Thonon, á pesar de las dificultades de los caminos	152
	Pasa una noche de invierno en un bosque	153
	Intentan asesinarle	153
	Pasa una noche en una iglesia arruinada y otra en un horno	154
	Contrariedades que encuentra en todas partes	155
1596.	Escribe el libro de las controversias	157
	Mision á los soldados en los Allinges	160
	Sensible contricion de un soldado	162
	Nuevos obstáculos á la conversion del Chablais	163
	Gracias particulares que Dios concede al santo apóstol.	164
	Nueva oposicion del señor de Boissy	165
	Intentan de nuevo asesinarle	170
	Algunos herejes consienten en oir sus sermones	170
	Nueva tentativa de asesinato	172
	Rehusa hacerse acompañar por los soldados	173
	Va á fijar su domicilio en Thonon, y tratan asesinarle allí	175
	Algunos herejes se convierten, y el castillo de Sales es su refugio contra la persecucion de los herejes	176
	Peligro á que se espone para ofrecer el santo sacrificio	178
	Predica ante siete oyentes	179
	Predica en medio del mercado de Thonon	181
	Su piedad llevando el Viático á los enfermos.	182
	Predica la Cuaresma en Thonon	183
	Propone una conferencia pública á los ministros, que la rehusan	184
	Conversion de una anciana protestante	187
	Conferencia con el Baron de Avully	188
	Abjuracion del abogado Poncet	189
	Favores espirituales que Dios concede al santo apóstol.	191
	Se encuentra alentado por varias personas	192
	Conversion y libro de Sponde	194
	Defiende un escrito piadoso de su amigo el senador Favre	195
	Diversos modos de instruccion que emplea	196
	Conversion del baron de Avully	196
	Conferencia con el ministro la Faye, en Ginebra	198
	Nuevo proyecto de asesinato contra el santo apóstol.	201
	El senador Favre le dedica una de sus obras	202
	Esposicion al Duque de Saboya para el feliz éxito de la mision	203
	El Papa encarga á Francisco que trabaje en la conversion de Beza	206
	Va á Turin llevado por los intereses de la mision	208
	Su entrevista con el Duque de Saboya	209
	De regreso á Thonon, celebra la Misa de Navidad en la iglesia de San Hipólito	216
	El senador Favre es nombrado presidente del consejo del Ginebresado en Annecy	220
1597.	Conversion de tres parroquias	221
	Ceremonias de la ceniza el primer dia de Cuaresma	223
	Publica sus *Consideraciones sobre el Símbolo*	224

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El ministro Viret ataca este escrito, y es confundido con la refutacion del santo apóstol..... 225
Abjuracion del primer síndico de Thonon..... 226
Conversion de la guarnicion..... 227
Historia de Jacobina Coste..... 230
Primera conferencia con Teodoro de Beze..... 231
Francisco administra los sacramentos á un enfermo en el mismo Ginebra..... 235
Hace esfuerzos por obtener las medidas que juzga mas útiles para el bien de la mision..... 237
Establece curas en varias parroquias..... 238
Les da varias conferencias..... 240
Tratado de la Demonomanía..... 241
Denuncia al Papa y al Duque de Saboya la situacion de la abadía de la Abundancia..... 243
Celo del Baron de Avully..... 244
Segunda conferencia con Beza..... 244
Francisco calma el furor de los herejes..... 248
Impide un duelo..... 250
Tratamiento hecho al ministro Galletier por los suyos. 250
Tercera conferencia con Beza..... 251
Bello elogio del Obispo de Ginebra por el mismo Beza. 253
Beza reconoce la verdad, pero no se atreve á abrazarla. 254
Consejo de Annemasse..... 256
Cuarenta Horas de Annemasse..... 257
Ereccion de una cruz en Annemasse..... 261
Oposicion de los ministros..... 264
Vida apostólica de Francisco..... 265
Su celo por la familia de Blonay..... 267
Ardor escesivo del Padre Querubin..... 269
Censura este Padre la dulzura de Francisco..... 273
1598. Francisco se consagra al servicio de los apestados.... 275
Los Jesuitas establecidos en Thonon..... 276
Trabajos del Padre Querubin y su conferencia con el ministro Lignarius..... 277
Conversion de Fernando Bouvier..... 278
Proyecto de las Cuarenta Horas en Thonon..... 281
Rehusan los ministros conferenciar con Francisco.... 282
Conferencia con el coronel Brotty..... 283
Francisco es elegido Coadjutor de Ginebra y aprobado por el Duque de Saboya..... 284
Nueva negativa de una conferencia por los ministros. 285
Francisco rehusa ver á su madre..... 286
Resucita á un muerto..... 287
Es designado para refutar al ministro la Faye..... 289
Se da principio á las Cuarenta Horas de Thonon..... 290
Numerosas procesiones que se dirigen allí..... 291
Bellos resultados de sus ejercicios..... 292
El Obispo de Ginebra pide y obtiene gracia para los herejes rebeldes..... 294
Llegada del legado y del Duque de Saboya á Thonon para otras Cuarenta Horas..... 296
Se da principio á la ceremonia y abjura el ministro Petit..... 298
Procesion magnífica..... 299

Abjuraciones multiplicadas..... 303
Distribucion de limosnas en Ripaille y Filly..... 306
Reclamacion de los berneses, bella respuesta del Duque de Saboya..... 307
Consejo del Duque de Saboya, y palabras decisivas de Francisco en esta ocasion..... 308
Primera memoria que el santo apóstol presenta al Príncipe..... 309
Medidas severas del Príncipe contra los herejes..... 312
Su celo por su conversion..... 315
Combina nuevas medidas con Francisco..... 317
Francisco va á descansar al castillo de Sales..... 321
Rehusa la coadjutoría de Ginebra..... 323
Obtiene tres conversiones notables..... 324
Es escogido para ir á Roma á abogar por los intereses de la religion en la diócesis de Ginebra..... 326
Rehusa cobrar los gastos de la mision del Chablais... 327
Elogio que hace del Duque de Saboya..... 328
Se obtiene su consentimiento para la coadjutoría.... 331
Cae gravemente enfermo..... 332
Sus consejos en el capítulo..... 335
1599. Su curacion y su partida para Roma..... 337
Tentacion que se le suscita en una posada..... 339
Su devocion en San Pedro y en las Catacumbas..... 340
Audiencia del Papa..... 341
Sufre un exámen público para ingresar en el episcopado..... 344
Sus relaciones con lo mas escogido del clero romano. 349
Es preconizado coadjutor..... 351
A su vuelta visita á Loreto..... 352
Oposicion de los caballeros de San Mauricio y San Lázaro á la ejecucion del breve Pontificio..... 354
Respuesta de Francisco..... 354
Su instancia al Duque de Saboya..... 357
Su vuelta á Annecy..... 360
Cura á un enfermo..... 361
Funda la Santa Casa de Thonon..... 362
Solicita del Duque de Saboya recursos para establecer curas en las parroquias..... 367
1600. Publica su libro del Estandarte de la Cruz..... 370
Su entrevista con Enrique IV en el Chablais..... 373
Es hecho prisionero por los franceses..... 376
Obtiene la proteccion del Gobernador del Chablais... 377
Organiza las parroquias del Chablais..... 378
Conversion de Gaspar de Faverge..... 380
1601. Tratado de paz entre la Francia y la Saboya..... 381
Muerte del Señor de Boissy..... 382
Cuaresma en Annecy..... 386
Conversion del distrito de Gaillard..... 387
Lanza á los ministros de dos parroquias que habian invadido..... 389
Va á París para defender la causa de la religion..... 390
Borrasca en el Saona..... 390
Llega á París y presenta varias memorias al ministro Villeroy..... 392

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1602. Predica la Cuaresma en la corte ... 395
Convierte á las Señoras de Perdrauville y de Raconis. 395
Sus relaciones con la B. María de la Encarnacion ... 397
Rehusa un magnífico presente ... 399
Pronuncia la oracion fúnebre del Duque de Mercurio .. 401
Es acusado de una conspiracion ... 405
Alta estimacion con que le honra Enrique IV ... 406
Trabaja en el establecimiento de las Carmelitas de Francia ... 409
Nuevas conversiones que obra ... 411
Obtiene por fin algunas concesiones en el país de Gex ... 413
Jubileo de Thonon ... 414
Sabe la muerte del Obispo de Ginebra ... 418
Sus sentimientos con este motivo ... 419
Sus cartas á Enrique IV para el establecimiento de la religion en el pais de Gex ... 420
Su carta á las Hijas de Dios de París ... 422
Su retiro para la consagracion ... 425
Reglamento de vida que se traza entonces ... 426
Su consagracion ... 430
Su entrada solemne en Annecy ... 432
Organiza su casa episcopal ... 436
Nombra los individuos de su administracion ... 439
Confiesa á los pobres y predica sin descanso ... 441
Reforma un grave abuso ... 442
1603. Establece la esplicacion del catecismo en su diócesis. 444
Su aficion á los niños ... 447
Su celo con los sacerdotes jóvenes ... 450
Ordenando que ve á su ángel custodio ... 451
No da los beneficios sino por concurso ... 452
Su celo con los nuevos sacerdotes ... 453
Circular á los confesores ... 453
Publica un Ritual nuevo ... 457
Recomienda el estudio á los sacerdotes ... 458
Casa á su hermano Luis de Sales ... 459
Visita al Obispo de Saluces ... 460
Trata de arreglar una diferencia entre su cabildo y la colegiata de Annecy ... 461
Empieza la reforma de la abadía de Sixt ... 465
Va á Gex llevado por los intereses de la religion ... 473
Es envenenado en Gex ... 475
Carta al Papa llena de elogios del Duque de Saboya .. 476
Va en peregrinacion á Thonon ... 479
Conversion del Baron de Ivoire ... 481
Tiene un sínodo ... 482
Consejos que da á un nuevo Obispo ... 487
1604. Acepta la mision de la Cuaresma en Dijon ... 488
Retiro preparatorio ... 490
Bello orden establecido en su familia ... 491
Dios le revela el establecimiento de la Visitacion ... 492
Cuaresma en Dijon ... 494
Historia de la señora de Chantal hasta esta época ... 497
Sus primeras entrevistas con ella ... 511
Termina su proceso con el Arzobispo de Bourges, le

asiste en su primera Misa, y recibe gracias extraordinarias en ella ... 512
Veneracion de la Señora de Chantal hácia el santo Obispo ... 513
La confiesa por primera vez ... 514
Ataque del ministro Cassegrain ... 515
Rehusa todo estipendio por la mision, y deja con su partida un profundo pesar ... 516
De vuelta á Annecy, obtiene el establecimiento de los Mínimos en Semur ... 518
Cartas notables á la abadesa de Puy d'Orbe ... 520
Cartas á la presidenta Brulard ... 524
Cartas al Arzobispo de Bourges sobre la predicacion .. 527
Carta al presidente Fremiot sobre la preparacion á la muerte ... 529
Predica la Cuaresma en la Roche ... 530
Conoce á un sordo-mudo y le coloca en su casa ... 532
Cuán sensible es á la muerte de Clemente VIII ... 533
Sus sentimientos sobre el cardenalato que Leon IX le reservaba ... 534
Establece la cofradía del Santísimo Sacramento, celebra su segundo sínodo, y completa sus primeras constituciones ... 536
1605. Visita á Very ... 538
Hace la visita de su diócesis ... 539
Va á predicar el jubileo en Annecy ... 543
1606. Continua sus consejos á la Señora de Chantal ... 543
Predica la Cuaresma en Chambery despues de haberse preparado con un retiro ... 544
El Senado quiere privarle de sus rentas ... 546
Felices resultados, y ordenacion durante la Cuaresma. 548
Su firmeza inalterable ante los peligros ... 548
Su caridad con un condenado á muerte ... 551
Su serenidad en medio de las pruebas ... 552
Visita el Faucigny con estremas fatigas ... 553
Conversiones notables que allí obra ... 554
Su fidelidad en edificarse de todo lo que ve y oye ... 557
Estiende, para enviarla á Roma, una relacion exacta del estado de su diócesis ... 560
Lo envia todo á Roma por medio de su hermano Juan Francisco ... 563
1607. Hace evangelizar el pais de Gex ... 564
Predica la Cuaresma en Annecy ... 567
Establece allí la academia Florimontana ... 568
Jubileo de Thonon ... 571
Reforma la abadía de la Abondance ... 572
Pronuncia la oracion fúnebre de la Duquesa de Nemours ... 573
Asegura algunos recursos á la *Santa-Casa* de Thonon. 575
Su parecer sobre las disputas relativas á la cuestion de gracia ... 576
Muerte de su hermana menor ... 578
Correspondencia con la Señora de Chantal ... 578
Consejos que la dirije ... 579
Remite á Roma las informaciones sobre el abad de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Fenouillet, nombrado para el obispado de Montpellier..... 582
1608. Predica la Cuaresma en Rumilly..... 583
Conversion de dos protestantes..... 584
Enrique IV quiere llevarle á Francia..... 585
Rasgo de su mortificacion..... 586
Convierte á tres eclesiásticos..... 587
Es denunciado al Papa..... 589
Hace un viaje á Borgoña y al Franco Condado..... 591
Publica el libro de la *Introduccion á la vida devota*..... 599
Se propone la composicion de varias obras..... 612
1609. Pruebas de familia..... 613
Muerte de su cuñada..... 614
Reforma de la abadía de Talloires..... 615
Consagracion de Mr. de Camus, electo Obispo de Belley..... 618
Atraviesa intrépidamente Ginebra, y va á Gex..... 620
Es calumniado al Duque de Saboya..... 622
Visitas del Obispo de Belley..... 624
Muerte de su madre..... 641
Sus sentimientos al saber la muerte de Enrique IV... 643

TOMO II.

1610. Tiene una entrevista en San Claudio con la Señora de Chantal..... 5
La consuela en sus penas interiores..... 9
Tiene otra entrevista con ella en el castillo de Sales.. 10
Triunfa de una tentacion difícil..... 13
La Señora de Chantal deja su familia y va á Annecy. 13
Renuncia sus bienes..... 13
Da principio á la vida de comunidad..... 37
1611. Vida edificante de las primeras religiosas de la Visitacion..... 37
Severidad del santo fundador sobre la obediencia..... 40
Recibe su profesion..... 42
Críticas de que son objeto..... 43
Caso que el santo fundador hace de estas críticas.... 43
Muerte del presidente Fremiot..... 44
Viaje de la Señora de Chantal á Borgoña..... 45
Las religiosas de la Visitacion probadas con la enfermedad..... 46
1612. La Señora de Chantal se emplea en la visita de los enfermos..... 47
Cae tambien enferma..... 48
Sentimientos del santo Obispo en esta ocasion..... 51
Obtiene su curacion..... 52
Sabios consejos del santo fundador..... 53
Su libro de las *Conferencias espirituales*..... 57
Desarrollo de la Visitacion..... 62
1613. Segundo viaje de la Señora de Chantal á Borgoña.... 64
Regresa, y cae gravemente enferma..... 64
Piadosa industria del santo Obispo para conducir á la perfeccion á las religiosas de la Visitacion..... 65

Ultrajes que recibe..... 66
Obtiene que la infanta de Saboya se declare protectora de la orden de la Visitacion..... 68
Pone la primera piedra en el primer monasterio de la Visitacion..... 69
Envia una colonia de hermanas de la Visitacion á Lyon. 71
Gracias y pruebas de la nueva fundacion..... 71
Cartas á la Madre Chantal en esta ocasion..... 73
Cambia su primer designio con respecto á la orden de la Visitacion..... 75
Funda en Moulins un convento de la Visitacion..... 76
Redacta las constituciones de la Visitacion..... 77
Las hace aprobar en Roma..... 82
Espíritu con el cual es preciso observarlas..... 83
Reglas para la eleccion de personas..... 86
La Madre Chantal va á establecer un monasterio en Bourges..... 91
Va á Bourges á presidir el capítulo de la Visitacion... 91
Hace ir á la Madre Chantal á París para fundar allí un monasterio..... 91
Funda monasterios de la Visitacion en Orleans, Nevers y Monferrand..... 93
Dirije á las superioras de los monasterios reglas de conducta..... 93
Francisco de Sales intenta fundar un seminario..... 97
Preside dos tésis de Teología..... 98
Determina á su hermano Luis de Sales á entrar en el sacerdocio..... 99
Muerte del Sr. de Deage..... 99
Va á vivir á la casa del presidente Favre..... 101
Hace sembrar las tierras de un caballero arruinado... 102
Uso que hace del producto de su libro la *Introduccion*. 102
Conversion de la Señora de Saint Sergues y de Nicolás Bartholonio..... 103
Conversion del Baron de Monthelon..... 104
Interés que toma el santo Obispo en la fundacion del oratorio..... 105
Trabaja sin descanso; modo santo de hacer sus viajes. 106
Numerosos milagros que obra..... 106
Conducta ofensiva del senado de Saboya hacia él; obtiene una reparacion..... 108
Predica la Cuaresma en Chambery..... 109
Pide á la Santa Sede la ereccion de esta ciudad en obispado, y solicita la canonizacion de Amadeo III, Duque de Saboya..... 109
Es escogido por árbitro de una diferencia por un hereje. 111
Le reclaman de Lyon y de París para predicar la Cuaresma..... 112
Su parecer en las cuestiones relativas al poder del Papa sobre el poder temporal de los reyes..... 112
El santo Obispo obra nuevas conversiones..... 122
Va en peregrinacion á Milan..... 123
Predica en Turin y espone el santo Sudario..... 126
A su vuelta oficia el dia de Pentecostés..... 129
Acto de desinterés..... 130

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Posesos libertados ... 131
Sus trabajos en el pais de Gex ... 131
Obtiene socorros de Luis XIII ... 134
Sus gemidos por la invasion de la autoridad seglar en las cosas religiosas ... 135
Paloma que viene á posarse sobre él mientras oficia ... 136
1614. Establece á los Barnabitas en Annecy ... 137
A los Cartujos en Ripailles ... 139
Es favorecido con el don de profecía ... 140
Es convocado por el Emperador á la dieta de Ratisbona. 140
Viaje á Lyon ... 141
Va á la consagracion del Obispo de Sion ... 142
Vota y hace votar impuestos para el Duque de Saboya. 145
Es calumniado con el Duque de Nemours; carta llena de energía que le dirige ... 146
Su firmeza con los habitantes de Seyssel ... 147
Firmeza igual con dos solicitadores de beneficios ... 148
Su aversion á las alabanzas ... 151
Establece á los Barnabitas en Thonon ... 152
Nombra Vicario general á su hermano Juan Francisco. 153
Recibe la visita del Arzobispo de Lyon ... 155
Modifican por su consejo el instituto de la Visitacion. 155
Rehusa un beneficio á un caballero ignorante ... 155
Es calumniado al Duque de Saboya ... 156
Ultrajes que recibe de un abogado ... 158
1616. Da dos candeleros de su capilla ... 163
Su paciencia con un importuno ... 163
Su caridad con un señor de Normandía ... 164
Su bella conducta en la guerra del Piamonte ... 166
Proyecto para la reforma de los monasterios ... 167
Publica su *Tratado del amor de Dios* ... 168
Predica el Adviento en Grenoble ... 176
Sus relaciones con el mariscal Lesdignieres ... 176
1617. Los ministros se irritan ... 177
Rasgos de su santidad ... 178
Vuelve á Grenoble para predicar la Cuaresma ... 179
Obra varias conversiones notables ... 179
Venera el manto de San Francisco de Paula y recibe el gran cordon de la Orden ... 182
Vuelve prontamente á Annecy; su afecto á esta ciudad. 183
Escribe á Paulo V para recomendarle á un caballero convertido ... 184
Pierde á su hermano el Baron de Thorens ... 185
Cinco meses despues pierde á su cuñada la Baronesa de Thorens ... 187
Escribe á Roma en favor de las religiosas de Santa Clara ... 189
Retrato que hace de su amigo Juvenal Ancina, antiguo Obispo de Saluces ... 190
Vuelve á predicar una segunda Cuaresma en Grenoble. 191
1618. Escribe á Luis XIII sobre los asuntos de la religion en el pais de Gex ... 192
Pierde dos amigos íntimos ... 193
Dispone á bien morir á un pecador desesperado ... 195
Vuelve á predicar una segunda Cuaresma en Grenoble. 196

Establece allí un monasterio de la Visitacion ... 196
Visita la gran Cartuja ... 197
Deja hacer su retrato ... 198
Su abnegacion por complacer á los demás ... 199
Carta que escribe á Lessius ... 200
El santo Obispo va á París para acompañar al Cardenal de Saboya ... 201
Su primer sermon en esta ciudad ... 202
Gran resultado de los sermones siguientes ... 204
Se presta á todos los sermones que le piden ... 205
Numerosas é ilustres conversiones que obra ... 208
Sus relaciones con varios herejes ... 212
Visitas que le hacen las señoras ... 214
Amistad que contrae con el decano de la facultad de Teología, el P. Suflen, M. Bourdoire y San Vicente de Paul ... 214
Sus relaciones con la madre Angélica Arnaud y con su hermana Inés Arnaud ... 218
Sus grandes trabajos en París ... 220
Cae allí enfermo ... 221
Es nombrado gran limosnero de la princesa Cristina ... 222
1619. Es presentado á la princesa Enriqueta ... 223
Rehusa la abadía de Santa Genoveva ... 224
Rehusa la Coadjutoría de París ... 224
Sus sentimientos sobre las grandezas ... 225
Sentimientos que causa su partida para volver á Saboya ... 227
Confiesa á un caballero desconocido á su paso por Lyon. 228
Asiste á la bendicion de la primera piedra del monasterio de Grenoble ... 229
Su desinterés á su llegada á Annecy ... 229
Otros rasgos de su caridad ... 229
Le acusan injustamente; sus sentimientos en esta ocasion ... 231
1620. Su hermano Juan Francisco es nombrado primer capellan de la princesa Cristina; le envia á Turin á desempeñar este cargo ... 233
Predica el Adviento y la Cuaresma en Annecy ... 234
Ultrajes que le hacen ... 234
Da constituciones á los ermitaños del monte Voiron ... 235
Gracias estraordinarias y milagros del santo Obispo ... 238
Luis XIII procura llevarle á Francia ... 239
Su hermano Juan Francisco es nombrado coadjutor con el título de Obispo de Calcedonia ... 240
Dolor que esperimenta con la apostasía de un amigo suyo ... 241
Nueva reforma de la abadía del Sixt ... 241
Milagros que se obran á su visita en estos monasterios. 243
Nuevas desavenencias en esta abadía; santa muerte del abad ... 244
Recibe la visita del Obispo de Calcedonia ... 246
Intenta la reforma de las Bernardinas de la abadía de Santa Catalina ... 247
Consigue poco á pesar de las bellas instrucciones que les da ... 248

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Permite á cinco religiosas de esta casa, ir á fundar á Rumilly un convento de Bernardinas reformadas... 250
1621. Presentimientos de su muerte... 252
Forma al Obispo de Calcedonia para el ministerio episcopal... 253
Vida comun de los dos prelados... 254
Traslacion de las reliquias de San German... 255
Proyecto de retiro... 256
Planes de composicion para ocuparse en el retiro... 257
Educacion de Carlos Augusto de Sales... 259
Conversacion de la Baronesa de Chermont... 260
Nuevos presentimientos de su muerte... 261
1622. Va á Signerol á presidir el capítulo de los fuldenses... 262
Va de allí á Turin, donde permanece tres meses... 265
Cae gravemente enfermo... 266
Despues de su curacion regresa á Annecy... 267
Su igualdad de alma al perder y encontrar un anillo precioso... 267
Cuidado que toma de los pobres á su llegada... 268
Recibe orden del Duque de Saboya para dirigirse á Avignon... 269
Hace su testamento... 270
Se despide de sus parientes y amigos... 271
Se despide de la Visitacion... 272
Su partida... 272
Contratiempo en Lyon, que sufre con una dulzura perfecta... 274
Su visita á Valence... 275
Su paso por Bourg-Saint-Andeol... 276
La alegría del pueblo de Avignon á su llegada... 277
Su paso al Pont-Saint-Esprit en Valence... 280
Llegado á Lyon escoje para alojamiento la casa del jardinero de la Visitacion... 282
Vuelve á ver allí á la Madre Chantal... 283
Juicio que forma del Sr. Olier, siendo aún niño... 285
Palabras notables sobre su santidad... 287
Gran fatiga que se impone para la fiesta de Navidad 287
Su última conferencia en la Visitacion... 289
Debilidad que esperimenta el 27 de diciembre... 291
Es atacado de una apoplegía á las dos y media de la tarde de este mismo dia... 292
Rasgos edificantes de su enfermedad... 292
Dolores que le hacen sufrir los médicos... 297
Muere el 28 de diciembre á las ocho de la noche... 298
Honras fúnebres que se le tributan... 300
Veneracion de que es objeto... 308
Milagros que se obran despues de su muerte... 514
Su canonizacion... 519

FIN DE LA TABLA CRONOLÓGICA.

D. S. B.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

